



*Si te
Traiciona
el Corazón*

ELEANOR RIGBY

D.J.57

Si te traiciona el corazón



Eleanor Rigby

© 2019, Eleanor Rigby

Título: Si te traiciona el corazón

Primera edición: octubre de 2019

Sello: Independently published

Diseño de portada: Elena Salvador

Maquetación: Elena Salvador

Imágenes: Adobe Stock Images, Unsplash

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Prólogo

—Como les iba diciendo antes de que aquel caballero me interrumpiese tan abruptamente... —Arian carraspeó y se ajustó la sucia corbatilla de chalina con las manos. Una sonrisa taimada cruzaba su rostro—. La conclusión de las guerras napoleónicas supuso una conveniente excusa para que los Bellamy se retirasen a descansar a la agradable campiña inglesa. Según el señor de aquella casa y de todas las demás, se tenía merecido el descanso tras el exhaustivo periodo conflictivo en el que, por supuesto, no había participado ni siquiera atrincherado tras un mapamundi surcado de chinchetas. Aun así, el caballero, que de nombre, apellido y apodo era conde —así exigía que se le llamara, en caso de que alguien pudiera olvidar su nobilísima preponderancia en el Imperio británico—, celebraba la victoria un veintiuno de noviembre de 1815 con una botella de champán. Unas horas más tarde, borracho y orgulloso, estaría engendrando el primero de muchos hijos mortinatos a su delicada esposa, una rubia con nombre de bien precioso que su padre le había conseguido por el precio de no hacer nada.

»Es de importante mención que, entre la retahíla de virtudes de nuestro señor conde —apostilló, ladino—, destacaba su insaciabilidad respecto a las mujeres. Lo suyo no era apetencia sexual, mis queridos amigos, sino el mal de la glotonería en su más amplia definición; un hambre voraz y asesina de envoltorios de tafetán y seda pálida.

»No vayan a creerse que nuestro conde jamás fuera leal a su esposa. Estamos hablando de la flor y nata de la sociedad, una criatura etérea sacada del último escalón de la aristocracia inglesa. Por desgracia, no todo es perfecto —suspiró y fingió tristeza frunciendo las cejas—. Si tan solo lady Pearl Bellamy hubiera estado en condiciones de tolerar semejante ritmo de bandido, tal vez la familia no hubiese tenido que enfrentar una interminable lista de bastardos, pero el destino quiso que la condesa hubiera nacido con tendencia a padecer... digamos... cólicos.

—¿Cólicos? —preguntó alguien entre el improvisado público.

—Un eufemismo de diarreas periódicas. Tal y como lo oyen —aclaró Arian, viendo que se levantaba un murmullo—. Había que ver a la condesa de Clarence, con sus tirabuzones de hilo dorado y sus morritos de querubín,

aferrada al orinal como si fuera su bolsito de paseo y maldiciendo todo el santoral por orden alfabético. Una preciosa portada por la que el conde, como les digo, había pagado el precio de su reputación... Pero absolutamente podrida por dentro, obligada a permanecer en su nube con olor a mierda durante semanas.

»Semanas que Norbert Bellamy no podía soportar en celibato —concluyó, entrelazando los dedos de las manos—. La primera vez que lady Pearl sufrió una descomposición monumental, allá por el verano de 1817, nuestro héroe del día se echó a los brazos de la hija de un pirata tuerto con pata de palo. La segunda vez que el joven ángel de la brea se intoxicó con la comida, y datamos 1819, el conde no pudo resistirlo y sedujo a la esposa de un abogado en ciernes en plena temporada otoñal. La tercera vez que, como digo, la condesa quedó preñada de sus propias deposiciones, su marido el trotamundos viajaba a Francia para levantar las faldas de una perfumista con un acento sureño del todo encantador. ¿Quieren concreción? Invierno de 1820.

»La cuarta y última vez que nos consta que lady Pearl aterraba a los miembros del servicio con sus tremebundas ventosidades, el protagonista estaba encontrándose en los establos con una moza a la que también acudía a veces su buen amigo duque en momentos de extrema necesidad..., que, quizá por ser la primavera de 1820, lucía un escote demasiado tentador. ¡Imposible de obviar para un catador profesional como él!

Se levantó un coro de risas, acompañado de vítores que Arian sofocó con un gesto de mano.

—Pero no he venido a Jermyn Street, a esta taberna repleta de hombres ambiciosos y mujeres ávidas de chismorreos, para hablar de las dotes sexuales de un caballero importante... Sino de su certera puntería y pasión por engendrar bastardos —proclamó, sonriente—. Solo cuatro conocidos, que no reconocidos; cada uno nacido en una estación del año.

»El primer vástago, por sus ancestros dedicados a la piratería, ha heredado la manía de decorarse la cinturilla del pantalón con una colección de cuchillos. Aun nacido en un humilde barco de carga perfumado con orín y sudores, se le considera uno de los jóvenes más atractivos de su generación; un hombre de carácter templado, cálido al trato y ardiente para cualquier atrevida que le haga insinuaciones. Por favor, solicito un aplauso para mi hermano mayor, Foxcroft Stubton, también conocido como Fox por su astucia, inteligencia innata y, por qué no decirlo... fama de casanova y bravucón.

»Le sigue el descendiente del otoño. Se le oyó llorar por primera vez en la cama donde esta infiel esposa había concebido a su primer hijo. A este segundo

no consiguió hacerlo pasar por legítimo. El bastardo heredó los cálidos ojos castaños de nuestro conde de bragueta suelta, como asimismo su cabellera rubia. Habría resultado una traición imperdonable para el verdadero marido de su madre si el primer movimiento de la criatura no hubiera sido agarrar el dedo acusador del esposo cornudo, ganándose así unos aprecio que se desarrollarían en años venideros. Con todos ustedes, Cassidy Davenport: el hombre que, con su cultura, conocimientos y sentido común, sirve hoy día como genio de los números a todos los que lleváis un negocio.

»En cuanto al muchacho de origen francés, y de apellido Varick... ¿Qué podría haberle esperado como hijo de un inglés, a finales de la guerra napoleónica? Nada salvo la miseria. Sorprendentemente, nuestro magnífico conde, cansado de acunar en sus brazos a niños legítimos pero fallecidos en el vientre materno, lo hizo traer a Inglaterra para tenerlo a resguardo, en caso de que alguna vez lo necesitara... Y que no se dijese ni bromeando que Norbert Bellamy no tenía corazón, porque aunque no volcara sus afectos en la criatura, por lo menos se preocupó de que se muriese de hambre en territorio inglés. Este muchacho del que os hablo, que sin ir más lejos cumple hoy sus buenos treinta años, no es otro que... ¡El bastardo que tenéis delante!

La sala irrumpió en aplausos y carcajadas, contagiados por la mordaz hilaridad de su bufón habitual. Arian hizo una grandilocuente reverencia con la que casi tocó el suelo con la nariz. El movimiento le sirvió para echar un vistazo rapaz a los rostros colorados que le atendían. Ni uno solo aguantaría una copa más sin caerse para atrás, a excepción del único caballero que sacaba una cabeza a los borrachos de turno. Arian reconoció enseguida la fina melena de volutas doradas, y lo que era peor —o mejor, dependiendo de su disposición a usar los puños—: la mirada cargada de reproches de la que se acompañaba.

Cassidy le hizo una señal para que bajase de la mesa. En El Galgo no había presupuesto ni para un ridículo altar donde pudiera hacerse notar, y eso le lastimaba de veras; cuánto le gustaría guardar el respeto a la mesa que le inculcaron de joven, evitando plantar allí sus sucias botas remendadas.

Qué importaba. Arian iba de taberna en taberna exhibiendo su pantomima particular. Al día siguiente danzaría en Truro, o en Salisbury, o donde lo guiara el viento, y quizá allí le ofrecieran un escalón donde no corriera el riesgo de pisotear las viandas de su público.

—¿Se puede saber qué estabas haciendo? —inquirió Cassidy en cuanto lo tuvo cerca. Más por mantener la pose que porque le importase la integridad física de Arian, no lo agarró por el pescuezo. Por extraño que pudiese parecer, no

sonaba mosqueado—. ¿Es aquí a donde vienes cuando te pierdo de vista? ¿A ponerte a ti mismo a caer de un burro... junto al resto de tus hermanos?

—Eres el único de los cuatro al que este número no le divierte, Cass.

—Porque soy el único que tiene un trabajo decente.

Arian aireó la mano.

—No vas a perder clientes por esto. Para desgracia de todos, y por muy ilegítimo que seas, te necesitan. Tu mente maestra es única en el condado.

»En fin. ¿Para qué me buscabas?

Cassidy miró a un lado y a otro.

Encajaba tan poco en aquel ambiente festivo, donde las pobres almas en pena como ellos disfrutaban de sus desventajas, que Arian tuvo que retener una carcajada. Aunque lo de la risa quizás tuviera algo que ver con que anduviese algo avisado, cortesía del ron barato que había descorchado la hija del tabernero, una dulzura de ojos redondos a la que habría ido a trajinarse si no le hubiese molestado su hermano más cabal. La diferencia entre sus atuendos, expresión e incluso equilibrio entre ellos era palpable. Nadie diría que Cassidy era el muchacho nacido de una relación extramarital, mientras que a Arian nunca lo imaginarían en el seno de una familia decente.

—No es una noticia que debiera dar aquí, pero hace horas que tendría que estar reunido con el señor Bowster y no voy a perder más tiempo en este antro contigo. Hace veintisiete minutos se me ha comunicado que ha de leerse la última voluntad de lord Norbert Bellamy. Su muerte se certificó hace dos días.

—No me digas que me ha dejado una carta pidiéndome disculpas.

—No exactamente. Resulta que, revisando el testamento por orden de él mismo, figuras como heredero de su título, propiedades y tierras, y por supuesto las obligaciones vinculadas a esto.

Arian le sostuvo la mirada con una risotada en la punta de la lengua.

—Cómeme los huevos.

A Cassidy no debió tentarle la propuesta, porque no hizo ningún movimiento.

—Te estás quedando conmigo, ¿no? —insistió Arian—. Entiendo que no te haya hecho ilusión que te mencione en mi relato, pero no tienes que vengarte de esa manera. Fíjate, me están dado hasta escalofríos y sé que solo intentabas bromear.

—¿Puedes recordar la última vez que bromeé, fuera en ambiente festivo o sobre un asunto serio?

La sonrisa de Arian se disolvió en el acto. Esa era una excelente

puntualización.

Cassidy no sabía nada de diversión, y ni mucho menos tenía sentido del humor como para burlarse de las circunstancias de su nacimiento. Si acaso se le daba bien hacer algo más divertidos los hechos históricos con una narración políticamente incorrecta. Justo como a él. No obstante, para eso necesitaba dos botellas de whisky maltés, y en aquel ambiente, Cassidy no podría haber catado la calidad a la que era asiduo.

Estaba sobrio y hablaba en serio.

—Me creo que el conde haya estirado la pata —accedió, dudoso—, pero...

Antes de que pudiera terminar, Cassidy sacó del bolsillo interior de la chaqueta un papel doblado. Eso de los compartimentos secretos en los abrigos no eran ni de lejos el último grito en moda, sino una obsesión de Cassidy por tener espacio para llevar encima todo lo que pudiera resultarle necesario en un momento dado. Y con esto se debería entender que, por cargar, cargaba hasta sus muelas del juicio.

—Puedes leerlo tú mismo.

Arian tomó el papel entre los dedos y lo examinó con cara larga.

—Para leer esto voy a necesitar días.

Cassidy suspiró.

—En ese caso deja que te resuma el contenido. Y disculpa si te abordo en un mal momento, pero no es como si un condado en herencia pudiera esperar a tu sobriedad para cobrar efecto.

Arian sonrió con incredulidad.

—¿Cómo diablos voy a heredar yo un carajo, Cass?

—Supongo que, de todos los bastardos condecorados en tu agradable historieta, tú eres el que menos despreciable se le antojaba.

—No ha debido ser consciente de que le dejaba su fortuna a un juglar de taberna decidido a destruir su reputación.

—En mi opinión, habría sido mucho peor que el pirata de tu hermano mayor, o el canalla de Bast, al que parece que se te ha olvidado mencionar, hubiesen recibido en herencia unas diez mil hectáreas de terreno de cultivo. Quién sabe qué habrían hecho con ellas... Bueno, yo sí lo sé. Se habrían presentado en mi despacho al día siguiente preguntándome cuál sería el presupuesto para impulsar una cadena de casinos, y si sería mucho pedir que la única norma fuera que las mujeres fuesen desnudas.

Tuvo que ser aquella suposición la que despertara a Arian de la conmoción y diera de bruces con una realidad para la que no estaba preparado. Ni siquiera se

atrevió a intentar leer el contenido del pergamino.

Fuera lo que fuese que ahora llevara su nombre, no pretendía hacerse cargo.

—No comprendo esta repentina muestra de caridad, y por supuesto que no pienso aceptarlo —repuso sin vocalizar.

Cassidy no recogió el testamento, lo que le puso algo más nervioso.

—Intenta recordar que no eres ningún estúpido y sabes cómo funciona la sucesión. Te ha reconocido como hijo legítimo. A partir de ahora eres conde de Clarence y tienes que encargarte de la finca en Gateshead... entre otras muchas propiedades.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»?

—¿Dónde está el truco?

—¿Te refieres al punto en el que esta herencia se convierte en tu mayor desgracia? No lo hay. He revisado el testamento de arriba a abajo varias veces y no hay letra pequeña que valga. El conde sabía aumentar sus ingresos y cuidar de sus tierras; si lo que temes es que te haya endosado una zona estéril y un libro de cuentas con números negativos, no ha sido así. Aunque tampoco sé qué nos extraña tanto. No ha sido capaz de engendrar un niño legítimo en treinta años. Si no quería que su fortuna acabase en manos de ese primo tan despreciable al que nunca toleró... Debía elegir entre sus bastardos. Felicidades —concluyó, esbozando al fin una sonrisa—. Has sido el elegido.

Como si se hubieran puesto de acuerdo para sacarlo aún más de quicio, los beodos alrededor exclamaron a voz en grito, y sin entonación alguna, el inicio de un himno. Arian se vio atrapado entre cuerpos tambaleantes y sudorosos y berridos insoportables que chapurreaban el inglés con un pésimo acento del este de Londres.

Quería alzar su voz por encima de todo eso, desahogar su ira con un grito liberador, pero así no solucionaría nada. Tuvo que tragarse la serie de preguntas que iba formulándose. Entre ellas, qué criterio habría seguido el conde para seleccionarlo, y en qué situación de su vida como heredero se toparía con la trampa. Porque si de algo estaba seguro, era de que el conde le había soltado todo aquello por un alto precio. Uno que ya podía imaginarse: empezaba por su libertad y terminaba en sus decisiones.

Sabía de unos cuantos que estarían saltando de alegría si hubieran sido los... afortunados. Tal y como Cassidy acababa de mencionar, Foxcroft ya estaría apuntando con el dedo los antros en los que dilapidaría hasta el último centavo, y Bast se habría enfrentado a la ruina al día siguiente después de comprar una línea

de casas en Mayfair para albergar a sus tropecientas queridas, tan comprometido como estaba con empeorar su reputación. A aquellos dos les importaba tan poco lo que dijera su partida de nacimiento y el distanciamiento de su progenitor, que abrirían los brazos a cualquier herencia. Sobre todo si era tan cuantiosa.

Pero Arian no era así. Nunca lo fue, y de ahí que hubiera evitado el contacto con el conde desde que supo que no pretendía hacerse cargo de él.

No quería que le endilgaran ninguna poderosa hacienda, por el amor de Dios. Pretendía ser un miserable por el resto de sus días.

Y sin embargo...

Volvió a mirar el testamento, que no a leerlo. Tragó saliva mientras ponía su atrofiada mente en funcionamiento. Aquello era un castigo, no le cabía la menor duda. Clarence pretendía arrebatarse el maravilloso albedrío del pobre como venganza por sus múltiples infracciones protocolarias y a la altura a la que había puesto su apellido por pura satisfacción personal. No obstante, y retomando el lado bueno del asunto, quizás estar en posesión de todo lo que fue suyo le aportara algún beneficio. Sin ir más lejos, y si le apetecía, podía empeñarlo, quedarse el dinero y dedicarse a viajar por Europa.

Nadie lo echaría de menos. Y no era como si, por ser ahora el predilecto de Norbert, la entera sociedad aristócrata fuera a abrirle las puertas de sus casas.

—Ya veo que lo vas asimilando —habló Cassidy—. Sería buena idea que para el momento en que me digas cuál será tu siguiente movimiento, nos encontremos fuera del establecimiento. Estoy empezando a marearme y sabes que me irrita la falta de ritmo.

Arian asintió y movió la mano hacia la salida. Varios le abordaron en el breve camino, felicitándolo por sus ironías y esperando encontrarle alguna vez inaugurando fiestas venideras. Por ir practicando un poco de la superioridad aristocrática, o quizás porque seguía fuera de sí, Arian los ignoró y caminó con decisión hasta que pudo respirar aire fresco.

Cassidy estaba a su lado cuando cuadró Arian logró organizar sus dudas.

—Tengo tres preguntas.

—Siempre suelen ser tres.

—¿La reina podría quitarme mis pertenencias? Soy un bastardo. Dudo que le convenga a alguien que haya heredado... esto.

—No te ha reconocido como hijo. Supuestamente eres un sobrino lejano que recibió una educación impecable en Europa. Por eso nadie le ha visto el pelo en treinta años.

Un sobrino. Un maldito sobrino. Ni reconocerle como hijo había sabido

hacer.

—No hay quien se crea tamaña estupidez.

—Por supuesto que sí. No serías el primero ni tampoco el último. Y aunque no fuera creíble, es la palabra de Clarence contra la de los demás. Su condado no es poca cosa.

—Eso nos lleva a la segunda pregunta. Dime con exactitud qué he heredado. Cassidy lo recitó de memoria, sin mirar una sola vez.

—Diez mil hectáreas de territorio para cultivo; quince mil dedicadas a pasto, con una zona de caballerizas habilitada, toda ella en las cercanías del lago de Gateshead, nordeste de Inglaterra... Muy cerca de Durham, no sé si te ubicas.

—No tengo ni puñetera idea de qué me hablas. ¿Qué más?

—La finca de Gateshead está provista de animales de granja; muy cerca se ubica la residencia de campo habitual, una mansión georgiana espectacular rodeada de jardines. Beltown Manor.

—Hasta tiene nombre propio —ironizó.

—Aparte, cuentas con la residencia de temporada, cerca de Knightsbridge, y un par de casas poco interesantes donde se sabe que Clarence mantenía a sus queridas.

—Ah, pero si se decidió a hacerlas oficiales. Qué considerado... ¿Dónde se encuentran esas casas? Siempre he querido una en Mayfair.

Cassidy puso los ojos en blanco.

—Por lo visto, a Clarence no le gustaba el ambiente por allí. Lo más cercano es Grosvenor Square, pero la fortuna que has heredado tanto en patrimonio como en efectivo te serviría para comprarte medio barrio. Clarence tenía una silla en la Cámara, por cierto. ¿Cuál es tu tercera pregunta? Llego tarde a una reunión.

Arian tiró de la comisura del labio a un lado.

—¿Con cuánto me quedaría si lo vendiera todo?

Cassidy le sostuvo la mirada con los párpados entornados. Siempre iba acompañado de una mueca que daba a entender a quien lo miraba que no estaba a su mismo nivel intelectual. En el caso actual era cierto: Arian no sabía ni escribir, y Cassidy era un prodigio matemático como no se había visto otro en años, dicho por los periódicos y la prensa para mujeres. Arian apenas había aguantado la risa leyendo lo que se decía sobre él en las revistas de escándalos. Aparentemente era uno de los grandes partidos de la clase media.

—Algunas parcelas están vinculadas al título, y como comprenderás, este no es transferible. A no ser que te des por muerto, algo que nadie se va a creer cuando todo el mundo te ha visto esta noche saltando sobre las mesas de El

Galgo.

—Podría haberme partido la crisma durante una pirueta, eso es lo de menos —repuso—, pero aún no odio suficiente a nuestro querido padre para molestarme en hacerme el fiambre. ¿Tampoco la podría hipotecar?

—No. Aunque... —Cassidy lanzó un vistazo al cielo—, podrías alquilarla a alguien. Por supuesto, es una medida muy arriesgada. Nadie querría que sus vecinos se enterasen que va a prestarle su vivienda a alguien; se daría por supuesto que estás en bancarrota y...

—Magnífico. Encárgate de endosarla a alguien.

Cassidy pestañeó una vez.

—¿Ni siquiera vas a molestarte en ir a verla? He estado allí, Arian, y no es ninguna casita de juguete. Está en perfectas condiciones. Serías la envidia de Inglaterra...

—Uno de mis deseos desde la infancia —ironizó—. Me importa un carajo todo esto, Cass. Deshazte de todo, vende lo que se pueda vender, alquila lo que se pueda alquilar, y que sea rápido. Después me das el dinero. —Evocó a Pilatos frotándose y sacudiéndose las manos y se dio la vuelta—. Acabo de decidir que voy a gastarme la fortuna de mi padre en fulanas y viajes. Y tal vez me ponga unos dientes de oro.

—Ve a verla —insistió Cassidy.

Arian se giró hacia él con cara de pocos amigos.

—Soy conde —le recordó, arrastrando las palabras—. No puedes decirme lo que he de hacer.

—Ah, no, amigo. Eres un bastardo con harapos, y para colmo, estás borracho. Así que, como tu recién nombrado secretario y administrador...

—No te he nombrado nada en ningún momento.

—...Te digo que vayas a Beltown Manor y te presentes como el conde. Lo mínimo que debes hacer es transmitir confianza a la gente a tu cargo. El que alquilase la vivienda podría echarlos de sus puestos, y estamos hablando de criados que llevan trabajando allí desde que Londres era un terreno baldío. Ve y dales seguridad, explícales en persona los cambios que quieras ejecutar, y luego decide, cuando tengas una mínima idea de lo que conlleva.

»Por el amor de Dios, has heredado una fortuna. Lo quieras o no, ahora tienes responsabilidades, y lo último que debes hacer es recordar al mundo por qué los bastardos deben ser despreciados. Justo lo que conseguirás si sigues con esa actitud.

La habilidad de Cassidy Davenport para tocar todos sus puntos débiles en un

solo discurso era terrorífica. No se había dejado nada.

Arian tuvo que aflojar un poco. Podía odiar a su padre todo cuanto quisiera, que los jornaleros y sirvientes no merecían pagar por ello. Él sabía bien lo que dolía un despido por traspaso.

—En ese caso solo me queda una pregunta más.

—Soy todo oídos.

Arian envió una mirada cansada al cielo. Tuvo que devolverla a su hermano al marearse, sonando muy poco convincente al decir:

—¿Cuándo partimos?

Capítulo 1

Llevaba casi ocho horas de viaje intentando cerrar los ojos, pero ni la sensación de incomodidad, ni el traqueteo del carruaje, ni el absurdo palique de su hermano mayor colaboraban a inducir el sueño. Todo lo contrario. Arian había desistido de echar una siesta pegando la mejilla a la ventana. Ahora se entretenía observando las vastas tierras inglesas que le quedaban por conocer.

Era o eso, o unirse a la sangrienta partida de cartas que estaba teniendo lugar. Fox no tenía ni una maldita idea de cómo se ganaba honradamente. Por no saber, ni se figuraba de qué iba el vingt et un, pero a base de trampas y distracciones ya había derrotado a Cassidy suficientes veces para que su tremendo ego se hubiera resentido.

En otras circunstancias, Arian habría exigido su abanico de naipes y un lugar en el juego, pero esa mañana se había levantado con un estado de ánimo muy particular. Su objetivo era hacerse un poco de rogar, demostrarle al mundo y a sí mismo que una responsabilidad nobiliaria no iba a trastocar sus horarios, pero Cassidy lo levantó de la cama a las cinco de la madrugada para embarcarse en un viaje que estaba resultando insoportable. Ponerse en marcha con el frío que hacía, lo mucho que odiaba los carruajes y en compañía del hombre-bala, que no paraba de exigir paradas para estirar sus piernas de zancudo, no estaba resultando una forma satisfactoria de inaugurar la nueva etapa de su vida. Pero es que si por él hubiera sido —y de él debería haber dependido—, no se habría embarcado en una misión que no podía importarle menos.

Esto lo tuvo que comentar en voz alta al comienzo del viaje, solo para desahogarse, ganándose enseguida un reproche divertido por parte de Foxcroft.

—Es probable que estemos ante la persona más desagradecida en toda la tierra habitada —entonó, con esa voz de trovador tan característica suya—. Préstale atención, Cassidy. No oirás otra queja igual.

—¿A quién se supone que debo agradecer..., y el qué? —le replicó Arian—. ¿Olvidas de qué manos viene el regalito?

—A caballo regalado no se le mira el diente —insistió Fox, que sin tener en cuenta que siendo todo músculos debía pesar más o menos un quintal, se tiró sobre los asientos del carruaje casi como si fuera su objetivo partir las ruedas—. De todas formas, y si no las quieres, siempre puedes entregarme todas tus

riquezas. Es para eso por lo que me has invitado a tu mansión, ¿verdad? Para decirme en el último momento que me lo entregas todo.

—Para nada. Solo pensé que cuantos más bastardos pisaran el recibidor, más probabilidades habría de que se hundiera el suelo.

—El suelo no lo sé, pero la tumba del conde amanecerá mañana con una grieta —aseveró Fox, divertido—. Lástima que Bast esté de viaje, se nos llega a unir y seguro que podemos invocar al fantasma de nuestro padre con la fuerza de la sangre en común.

—¿Invocar? ¿Para una audición, dices? ¿Quién, en nombre de Dios, querría una última cita con Clarence? —bufó Cassidy, cruzando las piernas.

—Yo. Siento curiosidad por su elección. ¿Por qué Arian? —inquirió Fox—. No debió tratar mucho con él o conocerlo en lo absoluto si pensaba que era el más adecuado para preservar la fortuna... ¿Qué pensaba que harías con ella? —continuó, esta vez sonriendo a Arian—. ¿Meterla en el banco y no mirarla ni de refilón?

—Esa ha sido una de las ideas que han cruzado mi mente. No tengo muchos principios, pero sí buena memoria, y esa sería una forma de vengarme: no aceptando su soborno por respeto a mí mismo. Enseguida se me pasó y decidí que sería pura justicia invertirla.

Fox levantó las gruesas cejas oscuras.

—¿Invertirla? No sabes ni multiplicar.

—El dinero también se puede invertir en el placer, Fox. He oído que en Italia hay unas mujeres bellísimas —explicó, con una sonrisa perversa—. Creo que será mi primer destino cuando me embarque destino al continente. Rávena, Roma, Sicilia, Génova, Florencia... Estoy especialmente interesado en Venecia. Ha despertado mi curiosidad eso de que las calles sean de agua. Ahora sueño con fornicar con alguna fulana en una de las famosas góndolas... Con el gondolero gozándose el espectáculo.

Foxcroft soltó una carcajada.

—Estáis los dos invitados —añadió, recostándose.

—Te tomaré la palabra. Soy un voyeur empedernido.

—A mí puedes llevarme si te sobra sitio —aceptó Cassidy—. Ni loco perdería la oportunidad de probar un helado italiano.

Arian y Fox intercambiaron una mirada divertida.

—Se nota que somos hijos de distinta madre —rio el mayor de los tres—. A uno le interesa la comilona, a otro el espectáculo, y al último, estar allí este cuando este sucede.

—También es evidente que somos hijos del mismo padre —acotó Arian—: a fin de cuentas, y a nuestra manera, los tres queremos darnos el festín.

—Sobre festines habría que ir hablando. De alguna forma debemos celebrar el ascenso de nuestro hermano. ¿Organizarás una de esas magníficas fiestas en la casa de campo, con orquesta propia y jardín retocado?

—¿Cómo que retocado? En Inglaterra no se doman y moldean los jardines como en Versalles, Fox. Aquí nos jactamos de que la naturaleza crezca en libertad.

Fox soltó una carcajada.

—Tendrías que ver la naturaleza de mi última amante. —Levantó las cejas y trazó un triángulo en el aire—. La tenía totalmente esquilada, por orden de la madame de Sodoma y Gomorra. Para que veas que algunos jardines ingleses se podan con frecuencia.

—Nunca dije que la libertad perteneciera a alguien más que a los ricos —atajó Cassidy—. Ninguna noble acaudalada se pone cera ardiendo donde no da el sol, puedes estar seguro.

—Porque además de no darle el sol, tampoco le da su marido —se burló Arian—. ¿Y cómo sabes tú eso? ¿Será esa una de las ventajas de tener un pie en cada mundo, que puedes joder con ricos y pobres?

—Cualquiera puede joder con ricos y pobres. La única diferencia entre unas y otras, es que las prostitutas quieren que las traten bien, y las estiradas prefieren que les falten el respeto.

—En resumen, la mujer siempre quiere lo que no tiene —dedujo Fox, intrigado por la argumentación de Cassidy—. ¿No somos todos así? Los casados quieren estar solteros, los solteros quieren estar casados; los pobres quieren ser ricos... Y ningún rico quiere ser pobre excepto Arian, que refunfuña porque ahora le espera una mansión georgiana y una vida de prestigio.

»Retomando ese tema... ¿Cuáles son tus planes?

—Visitaré a los arrendatarios y hablaré con el servicio de cada una de las propiedades para comunicarles mi deseo de alquilar las viviendas anexionadas al condado. Cass se encargará de poner en venta lo que se pueda vender y cerrar los tratos, como mi notario representante, mientras...

—... Mientras él jode con una ramera en una góndola veneciana —concluyó Cassidy.

Gracias al cielo, la conversación sobre la dichosa herencia no se prolongó mucho más, en parte porque a aquel grupo de bastardos se le daba de maravilla virar a otros asuntos. Estos convergían casi siempre en temáticas poco galantes y

bromas subidas de tono, aunque como siempre, se imponían los tratos económicos en los que Cassidy nunca dejaba de pensar...

—Seguramente alquilará la casa un empresario venido arriba. No sobran imbéciles sin modales con afán de protagonismo, ansiosos por comprarse un título. Podríamos poner la renta muy alta, a un precio casi inasequible, para que las ganancias anuales bastaran para mantener tu casa en Mayfair...

...y a las dudas existenciales que tanto preocupaban a Fox.

—¿En el cielo habrá casino? Es evidente que fue una creación del diablo por todas las almas que corrompe, pero me cuesta imaginar a Dios pasándolo en grande sin una baraja francesa. Y yo, cuando muera, iré a donde pueda seguir jugando a la ruleta, así que tal vez deba ir preparándome para el infierno...

En cuanto a Arian, de vez en cuando soltaba algún comentario para recordarles que estaba presente, y que ni por asomo le impresionaba el hecho de estar dirigiéndose a la casa de su padre.

Lo cierto era que aún no lo había asumido, y gestionar lo paradójica que era la vida se le complicaba cargando con un dolor de cabeza infernal. Subirse a un carruaje estando resacoso, malhumorado e histérico en secreto no entraba en su lista de «las mejores cinco decisiones». Acabó dormitando de mala manera durante medio día, dándose cabezazos contra el cristal, y siendo blanco de las bromas pesadas de Fox, que cuando no se puso a gritar fingiendo que les perseguían los salteadores de caminos, le hizo cosquillas con la pluma estilográfica de Cass en la nariz. A Arian no se le ocurría nada peor que aguantar en un espacio reducido con el hombre-bala durante más de quince minutos, ya ni hablar las casi nueve horas que duraba el trayecto. Por fortuna, Foxcroft tenía, además de un pésimo sentido del gusto y el mismo vello que un oso pardo, una facilidad para coger el sueño que le vino de perlas a sus dos niños. Las horas que pasó roncando fueron un alivio para Cass y Arian, que aprovecharon el descanso para enumerar todos los motivos por los que sería una inconveniencia rebanarle el pescuezo. E intentar tenerlas presentes para cuando despertara.

Pormenores aparte, y yendo directamente a la cuestión, la exclamación que despabiló a Arian cuando llegaron a su destino habría herido la sensibilidad de una dama. Foxcroft soltó un juramento de marinero al avistar en el horizonte el impecable dibujo de la mansión.

Arian se asomó con un ojo aún pegado. Su reacción se redujo a una sonrisa cargada de ironía, que se acentuó al observar la mandíbula desencajada del mayor. En cuanto a Cassidy, era algo más escueto, pero de todos modos se le veía impresionado. Estaba claro que algo muy malo debía pasar con él, el único

y verdadero heredero, porque Beltown Manor no dejaba de parecerle un montón de piedras bien apiladas.

Dios sabía que intimidaba ser responsable de tamaño edificio, pero la emoción no iba más allá. A Arian no le preocupaba en qué resultaría el manejo de la propiedad. No pretendía sentirla suya, ni familiarizarse con la zona, ni mucho menos dormir en la habitación del conde. Antes pasaría las navidades entre la brea de los establos, y eso que no sería la primera vez que roncaba entre henos y animales pulgosos.

Sus hermanos le miraban como si fuera un bicho raro por rechazar una vida de riquezas y comodidades, cuando él las sentía tan sucias que debía contenerse para no ordenar al cochero que diera la vuelta. Era bastante sencillo comprender su punto de vista. En esa casa había residido el hombre que le arruinó la vida incluso antes de nacer, y no solo, sino con su esposa legítima y sus criados fieles. Allí habían tenido lugar fiestas y banquetes mientras él se hacía un ovillo a las puertas de algún negocio hostelero con la esperanza de que el horno siguiera caliente.

Arian apartó la vista y se miró los pantalones, los mejores que tenía en su armario. Esos que reservaba para ocasiones especiales, como un bailecillo rural, una feria de pueblo o una cita algo más seria con la hija de algún hombre trabajador. Aun siendo sus mejores galas, estaban gastados y remendados por la rodilla y los tobillos.

Su sonrisa se ensanchó algo más.

Su padre le estaba entregando las llaves del paraíso cuando él ya no lo necesitaba. Arian se había muerto de hambre, de frío y de tristeza demasiadas veces para ver aquello como un gesto de caridad o una bendición. Más bien se le antojaba una broma de muy mal gusto. Y que no le dijeran a él que no tenía sentido del humor, que no por nada se había ganado la vida vendiendo sus miserias en forma de trova, pero aún tendrían que pasar los años para que viera sus lamentables condiciones y la superioridad de un noble como algo divertido.

Aunque, a decir verdad, por encima del desprecio estaba contenida la intriga. No dejaba de preguntarse desde el día anterior por qué. Arian había visto a su padre una sola vez, y no fue un encuentro precisamente sentimental, así que dudaba que le hubiera movido el aprecio. Tendría que asegurarse de que Clarence estaba en plena posesión de sus facultades, y no bajo los efectos del opio, cuando firmó aquel maldito testamento.

—Bienvenido a casa, milord —proclamó Fox, abriendo la puerta del carruaje y abalanzándose al exterior—. Espero que la estancia sea de su agrado...

—Cierra el pico.

Arian asomó la cabeza bajo la puerta. El coche acababa de detenerse a unos metros del portón principal. Frente a este, y como sabía que ocurriría dado que esperaban su visita, se habían colocado dos filas de sirvientes imitando un pasadizo.

Miró por el rabillo del ojo a Cassidy, vestido de forma impecable con su corbata de seda y sus botas sin remiendos. Luego a Fox, que aun siendo muy fiel a su estilo estrafalario, vestía prendas de segunda mano muy bien conservadas. Finalmente devolvió la mirada a sus pantalones. Estos gritaban «muerto de hambre» haciendo hincapié en cada una de las tres palabras.

«Maldita sea, eres conde. No tendrán el valor de levantar los ojos del suelo, y menos de comentar tu atuendo... al menos delante de ti», se espetó. No reconocería ni ante jurado que estaba crispado como los gatos por el pánico a no encajar. Entre otras cosas porque no pretendía hacerlo.

Sin indecisión que valiera, plantó los pies con propiedad sobre la grava y caminó derecho a la entrada. Cassidy le había estado comiendo la oreja con consejos para sobrevivir a las presentaciones. Arian los repitió para sí y se detuvo justo en la puerta, delante el mayordomo.

—Milord —saludó este, haciendo una reverencia—. Bienvenido a Beltown Manor. Soy Anthony Bowler, encargado de la intendencia de la casa. Espero que lo encuentre todo de su...

—Mi hermano tiene una urgencia fisiológica —cortó—. ¿Dónde están los orinales?

Bowler le sostuvo la mirada sin mostrarse en absoluto sorprendido. Parecía uno de esos hombres a los que todo parecía aburrirle, culpa del párpado amplio, y llevaba la soberbia grabada en el ángulo de la barbilla, elevada muy por encima de sus posibilidades.

—Uno de nuestros lacayos le proporcionará lo que necesite. ¿George? —El muchacho rompió fila y se acercó, solícito. Manifestó la orden y lo hizo desaparecer en el interior con un asentimiento de cabeza—. ¿Ha tenido un viaje agradable?

—Ha sido un viaje infernal, así que, si no le importa, podríamos ahorrarnos las presentaciones e ir a lo importante.

Bowler solo parpadeó una vez.

—¿Y qué entiende por «lo importante», milord?

Arian echó un vistazo alrededor.

—Enséñeme de qué va todo esto. Tengo el presentimiento de que me voy a perder.

—Como desee, milord.

Arian lanzó una mirada recelosa a su espalda. Tal y como imaginaba, todos los sirvientes le observaban con atención. No le extrañaba, como tampoco la incredulidad que se advertía en las caras de los más jóvenes. Podía leer sus pensamientos: acababa de llegar el nuevo señor de la casa, un bufón del tres al cuarto que ni siquiera se había tomado la molestia de decir su nombre.

Se dirigió a Bowler con la mandíbula apretada.

—No me gusta eso de «milord». Llámame Arian.

—¿Tutearle yo?

—Si te parece demasiado, que sea señor Varick.

Cruzó las puertas con los hombros rígidos, sin esperar el asentimiento del mayordomo.

De alguna forma creyó que podría manejarse al menos en la primera planta de la casa, pero tuvo que detenerse a los cuatro pasos. No habría sabido a donde tenía que dirigirse a continuación.

Solo el recibidor era una composición de las grandes gestas de la arquitectura neoclásica y el ostentoso decorado que Arian nunca creyó que vería en persona. Una imponente y amplia escalera de mármol gris hacía las conexiones entre el primer y el segundo piso; los cristales colgantes de la lámpara de araña emitían destellos sobre los mosaicos de las alfombras. Los altos techos permitían que en las paredes se lucieran paisajes y representaciones religiosas, junto a una inmensa chimenea en funcionamiento. Al lado de esta había una muchacha muy joven con un cepillo y un recogedor, arrodillada ante el fuego para atrapar las cenizas. Los accesos laterales a terceros y cuartos pasillos estaban delimitados por arcos amplios arcos ojivales.

Arian no detuvo su escrutinio ni para entregar la chaqueta al encargado del ropero, que enseguida recibió otras instrucciones del mayordomo.

—No será necesario que lo guardes, John. El abrigo del señor nos será más útil si no vuelve a ponérselo.

»Sígame, milord. Antes de hacerle un recorrido le llevaré al salón principal. Le están esperando.

—¿Quién te está esperando? —preguntó Fox, pegado a su hombro—. ¿Es posible que haya más criados en esta casa? ¿Es posible que haya más criados en

Inglaterra?

—Por norma general, con la llegada del propietario sale todo el servicio a dar la bienvenida. Y por norma general, el propietario, si no es un bastardo francés, se detiene a presentarse.

Arian lo miró de reojo.

—Resulta que soy un bastardo inglés, así que no me voy a dar por aludido. Y no esperarás que me aprenda veinte nombres, ¿no? Te aseguro que la mala educación y la superioridad no son cualidades de los bastardos. Clarence tampoco le estrechaba la mano al que vaciaba los orinales.

—¿Qué importa la educación cuando vives en un palacio? —exclamó Fox—. Debes organizar una fiesta, Arian. Aunque solo invites a tus amigos de El Galgo y a los vecinos menos insoportables. Hay que sacarle partido a un sitio como este.

—Te encargarías tú de las invitaciones, y de hacerlas de anfitrión —acotó Arian, siguiendo al mayordomo. Este se paró ante una pesada puerta de caoba, que empujó para quedarse en el umbral—. Recuerda que no pienso quedarme aquí mucho tiempo. Ni toda esta riqueza ni la exuberancia de la mansión maldita van a retenerme un solo segundo en...

—Milord, le presento a las ahijadas de nuestro difunto conde de Clarence.

Arian dejó la frase a medias y se giró enseguida hacia Bowler. La mandíbula casi se le cayó al suelo al dar un paso hacia delante y toparse con dos caras desconocidas en un mismo diván.

Ambas jóvenes se levantaron, se alisaron la falda y se estiraron para saludarle con una reverencia. A su lado se unieron otras dos que no había visto, una dejando a medias su labor de costura y otra soltando la novela que leía. Se incorporó una quinta, bastante más alta y orgullosa, y una sexta, ocupada hasta el momento con un par de horquillas rebeldes.

—De izquierda a derecha... Lady Audelina Verona Marsden, lady Sicily Brenda Marsden, lady Sienna Rachel Marsden, lady Geneva Dorothy Marsden, lady Frances Rome Marsden, y lady Florence Ginger Marsden.

El cansancio acumulado y la sucesión de nombres le marearon un solo segundo antes de que la perplejidad le abofeteara sin compasión.

Foxcroft rompió a reír como un niño y le pasó un brazo por el hombro.

—¿No querías irte de viaje por Italia? Pues aquí tienes las capitales más interesantes... ¡Y sin salir de casa!

—¿Quién nos falta? —continuó Cassidy—. Tenemos Roma, Sicilia, Génova, Verona, Siena...

—Lady Venetia es la que queda por venir, señor Davenport —dijo el mayordomo—. Tenía unos asuntos que atender en el pueblo.

Las cejas de Foxcroft se perdieron bajo el abundante flequillo. Un segundo después estaba riéndose a mandíbula batiente.

Una de las muchachas, la más joven, interpretó el comentario y su reacción como una broma divertida y sonrió. Fue esa reacción genuina la que convenció a Arian de que allí nadie estaba quedándose con él; eran mujeres de carne y hueso, con una opinión al respecto, y él, el hombre más desgraciado sobre la faz terrestre.

Lo peor de todo no era gozar de compañía inesperada, sino que habiendo sido su padre el tutor de todas ellas, a su muerte, se convertían en responsabilidad suya.

Arian olvidó que todo el mundo estaba esperando su reacción con el alma en vilo y cerró las manos en dos puños. Todo lo que dijo fue un sencillo y poco inspirador:

—Hijo de perra.

Capítulo 2

Venetia se había despertado esa mañana con un buen presagio, y desde que terminó su proceso de acicalamiento hasta la hora presente, el día se había desarrollado tal y como lo tenía programado. Tal y como a ella le gustaban las cosas: con calculada perfección.

Así debía ser.

El único imprevisto fue el tropiezo con el señor Barry durante la vuelta a casa, que la obligó a detenerse sin remedio. El hombre había perdido a su mujer hacía tan solo un par de semanas y estaba desesperado por hallar a alguien con quien compartir el peso de los recuerdos. Venetia no había podido negarse. Reconocía sin vergüenza que los viudos eran su debilidad, y que por culpa de esto había llegado tarde a la recepción del nuevo conde de Clarence.

Según el joven lacayo, lord Arian Varick llevaba en Gateshead veintidós minutos exactos cuando ella había hecho su apresurada entrada. Venetia apareció con una excusa perfecta: cargaba un ramo de rosas frescas para perfumar el rellano de la escalera. Tan solo un gesto de amabilidad que podía interpretarse como una forma de honrar el próximo florecimiento del condado, o como un síntoma de su obsesión con los detalles.

Venetia ordenó traer un par de jarrones para acomodar las rosas y unas alfombrillas de seda para colocarlas debajo. No soportaba ir a cambiar el agua y comprobar que había dejado un cerco sucio sobre la madera.

Si su hermana Dorothy la hubiese oído especificar que quería porcelana de Chantilly, o los especiales de Capodimonte, y luego visto sacando unas pequeñas tijeras para podar los brotes sobrantes, la habría abordado con su lógica: «Pero... Sabes que eres la única persona que mira los jarrones del rellano de la escalera, ¿no? Ni siquiera sabemos que los hay». A lo que ella respondería con calma, y no tan resignada como orgullosa: «En efecto, pero yo sí me fijo y pretendo deleitarme cuando lo haga, no llevarme un disgusto».

—Milady... —interrumpió una voz acelerada—. El señor Bowler d-dice que... que d-debería d-delegarme las t-tareas de aderezo.

—Por supuesto que no debería hacer tal cosa. Pero es un detalle por parte del señor Bowler. —Se giró para sonreír a modo de agradecimiento, cuando se fijó en la falda llena de hollín de la muchacha—. ¡Dios, Lottie! ¡No me digas que has

recibido así a milord!

La muchacha miró hacia abajo, ruborizada hasta las orejas.

—L-lo siento... No t-tenía otra cosa. Pero d-dudo q-que me haya visto, e-estaba limpiando la chimenea cuando él ha llegado.

—¿Qué hacías limpiando la chimenea en un momento tan importante? —exclamó, irritada—. Debías estar en la fila, como todos.

—L-la señora M-Milton no c-consideró... N-no consideró que y-yo debiera... P-pensó que sería un insulto para m-milord que yo estuviera... allí, entre ellos.

Venetia presionó los labios sin saber qué decir. La señora Milton era uno de los miembros del servicio más estrictos en lo que respectaba a la etiqueta, pero también era cierto que Lottie en concreto pagaba su mal humor. A Venetia no le parecía justo. Sin embargo, no tenía ningún derecho a inmiscuirse en las jerarquías de los sirvientes, y cómo gestionara la señora Milton a las bastardas de su marido ni siquiera entraba en asuntos del hogar, sino en disputas familiares donde ella no tenía ni voz, ni voto.

Además... Venetia podía entender el rencor de Milton. Le sobraban motivos para diferenciar a Charlotte del resto, lo que por supuesto no significaba que estuviera de acuerdo con el trato que le dispensaba. Por el amor de Dios, solo tenía catorce años y el miedo a la señora Milton le había originado un problema de tartamudez incurable. Estaba segura de que Charlotte albergaba más culpa por las circunstancias de su nacimiento que su propio padre, y le dolía más a ella que la esposa en discordia, lo que ya era decir. Por lo que tenía entendido, al progenitor le era indiferente la situación excepto cuando la señora Milton lanzaba sus pullas.

Con el objetivo de hacerla sentir mejor, le entregó un trío de rosas que ella miró con los ojos muy abiertos.

—No le demos mayor importancia. Si no te ha visto, está olvidado. Anda, cógelas —la animó—. He oído que pasado mañana inicia la feria de invierno en el pueblo. Puedes usar los pétalos para perfumar el baño, o arrancar el tallo y ponértelas en el pelo con algunas horquillas. Yo me encargaré personalmente, si quieres. Se me da muy bien hacer peinados.

Lottie miró a Venetia temblando de ilusión.

—¿D-de v-veras haría eso? M-me encantaría ir a la f-feria, he oído q-que hay j-juegos con fuego, farolillos de colores y pan d-de jengibre helado. ¡Y música!

Venetia sonrió.

—¿Te gusta la música?

—S-sí, milady. C-creo que la música... La m-música es el único

acompañamiento q-que se puede disfrutar a s-solas.

—Esa ha sido una apreciación muy sagaz —apuntó, con las cejas arriba.

—Y por ahí d-dicen que es el alimento d-del amor —apostilló, con algo menos de timidez.

—Efectivamente, lo dijo William Shakespeare. ¿Cómo lo sabes?

—Uriel a v-veces me lee p-por las noches. P-pero lo decía el s-señor D-Darcy, milady, n-no Shakespeare.

Venetia reprimió una risita volviendo a sus arreglos florales.

—Tienes razón, el señor Darcy encuentra una forma muy interesante de hacer dicha mención en su conversación con Lizzie. ¿Uriel te está leyendo Orgullo y Prejuicio?

—S-sí, milady. Él está intentando c-conquistar a una m-muchacha d-del pueblo, a la hija d-del... del l-librero. Le dijo q-que esa era su n-novela preferida y la estamos l-leyendo para imp... impresionarla.

—No dudo que Uriel conseguirá ponerla a sus pies. Nada le gusta más a una mujer que saber que la escuchan cuando habla de sus pasiones. —Volvió a guardar las tijeras en el bolsillo—. Ve a limpiarte y cámbiate el delantal. ¿Sabes dónde se encuentra milord?

—Estaba en el d-despacho, r-reunido con sus dos acompañantes, m-milady. Pero le j-juro que no me ha v-visto, estoy s-segura... S-se l-lo p-prometo.

—La pregunta es... ¿Lo has visto tú a él?

—Sí, m-milady.

—¿Y? —la animó—. ¿Cómo es?

Lottie parpadeó, nerviosa.

—N-no lo sé, m-milady. Debería preguntarle a Uriel, él sabrá... Lo s-sabrará mejor que yo. La señora Milton d-dice que no se debe... h-hablar de los señores.

—No te he pedido que lo critiques, Lottie, sino una descripción. Una impresión que te haya causado. Lord Clarence no dio ningún detalle y confieso que siento curiosidad. ¿Es de la edad de nuestro conde, que en paz descansa?

—P-pues... Tenía el c-cabello muy claro, m-milady... C-casi blanco. N-no le he visto b-bien... Y-ya sabe que no v-veo muy bien, p-pero creo q-que no. Era m-mucho más alto q-que el conde, y más j-joven, aunque estaba m-malhumorado.

—¿Cómo que malhumorado? —inquirió Venetia, arrugando la frente. Lottie bajó la vista al suelo—. ¿Ha ocurrido algo en mi ausencia? —Al ver que no contestaba, se acercó a ella y le frotó el hombro—. ¿Charlotte?

—L-la señora Milton d-dice que... c-cotillear sobre los asuntos d-de los señores es una b-bajeza.

—No estás cotilleando, Lottie, te estoy preguntando abiertamente.

—Es q-que yo no debería... Q-quiero decir... Y-yo seguí a m-milord porque sentía c-curiosidad. C-creo que escuché algo q-que no debería.

—¿Qué fue?

Lottie levantó la mirada avergonzada.

—M-milady, c-creo que el conde n-no sabía que ustedes... que lady Audelina y las d-demás... vivían aquí.

—¿Por qué lo dices?

Lottie tragó saliva. Se puso de puntillas y pegó la mano a la oreja de Venetia, que abrió los ojos de golpe y se separó cuando la muchacha terminó su relato.

—¿Que dijo qué? —exclamó con incredulidad—. Estoy convencida de que oíste mal. Recuerda lo que dijo lord Clarence; nuestro nuevo conde ha pasado toda la vida viajando por Europa, y vivió durante años en Francia. Tendrá un acento difícil.

—M-más que acento, yo d-diría que es de personalidad d-difícil, milady. N-no he ido a F... Francia, p-pero un portazo debe significar lo mismo aquí q-que allí. —Se mordió el labio enseguida—. N-no debería haber dicho eso, l-lo siento m-muchísimo...

El chirrido de una puerta abriéndose cortó la posible respuesta de Venetia. Por el pasillo voló el eco de una serie de pasos y la observación de un hombre sereno.

—...Creía que no podías ser más grosero preguntando por los orinales, pero te has coronado haciendo tremendo comentario delante de las muchachas. Desde luego no estás dando ejemplo.

Venetia frunció el ceño hacia Lottie, que se había quedado inmóvil. «¿Ese es el conde?», preguntó moviendo los labios. Porque de ser así, le extrañaría que hubiese dicho aquella grosería delante de sus hermanas. Parecía tranquilo y su voz era como el terciopelo gastado.

Lottie negó con la cabeza.

—Llevo horas y horas de viaje ininterrumpido y de repente me topo con las siete llaves del infierno —espetó una voz distinta. Su tono puso firme a Venetia, que se giró hacia el recibidor esperando atisbar al menos sus coronillas—. Discúlpame si no tenía tiempo ni ganas de lidiar con sensibilidades ajenas.

—Menuda impresión se habrán llevado.

—Ya tienen algo interesante de lo que hablar a la hora de la cena. ¿Y es que no cuenta mi propia impresión? Son siete malditas mujeres, Cassidy. Siete. No una, ni dos, ni cinco. Son siete.

—Como las vidas del gato, los pecados capitales... Las siete partidas de Alfonso el Sabio —contestó otro hombre, con un acento curioso y cantarín.

—Siete bocas de alimentar, siete habitaciones ocupadas en esta maldita mazmorra; siete problemas que tengo que resolver para poder marcharme...

—Oh, venga ya. Además de dinero, Clarence te ha proporcionado una familia compuesta por siete exquisitas mujercitas en edad de amar. ¿De qué te quejas?

—Si tengo que explicarte de qué me quejo, es que no soy yo el imbécil de los tres. —Los pasos del hombre se detuvieron a orillas de la escalinata principal—. Tengo que sacar todo eso de mi casa lo antes posible.

Venetia se envaró, notando una fuerte presión en la mandíbula. ¿Había dicho «todo eso»? ¿Cómo se atrevía a referirse a las Marsden de esa manera tan despectiva?

Azuzada por la ofensa, se acercó al borde del primer escalón.

—Qué rápido te has hecho a la idea de que es tu casa... Esperaba más resistencia por tu parte, igual que espero que con «todo eso» te refieras a tus hermanos los bastardos, y no a un grupo de muchachas que no tienen donde ir —medió la voz de la razón—. Desconozco las circunstancias del acuerdo con Clarence, pero no hace falta ser omnisciente para saber que no están aquí por gusto.

—Por supuesto que no. ¿Quién viviría en una mansión de cuento de hadas, arropado por un ejército de sirvientes y con el único compromiso de no dar un palo al agua, si no estuviera obligado a ello?

—Tú, por ejemplo.

Venetia hizo una mueca. Hasta ella llegó el bufido del hombre rabioso, al que vio con mayor o menor claridad al detenerse frente a la escalera principal. Allí pudo ver que, tal y como dijo Lottie, su cabello era de un rubio pálido muy singular.

—La moraleja es que me importa un ardite. Son una responsabilidad de la que no pretendo hacerme cargo. Si no voy a quedarme la casa, lo que hay dentro menos aún.

—No creo que el asunto de las ahijadas sea una obligación permutable, Arian. Por lo pronto considero un movimiento inteligente averiguar a qué se debe...

—¿Aún tienes alguna duda? Clarence quería divertirse en el infierno. Apuesto lo que sea a que lo está pasando de maravilla viendo cómo me tiro del pelo.

—Es un espectáculo entretenido, sin duda —brindó el tercero.

Hubo un pequeño silencio en el que Venetia trató de apaciguar su estómago revuelto.

Había contemplado la posibilidad de que el heredero del condado fuese un tirano despreciable y quisiera deshacerse de ellas. En parte por eso había procurado que su recibimiento fuese inolvidable. Pero no se le hubiera ocurrido jamás que zanjaría el asunto sin dar la cara, bufando un simple:

—Por mí todo esto puede irse al infierno, Cass. Eres tú el que me ha convencido de venir aquí. Ahora deshazte de ellas para que pueda seguir adelante con mis planes.

Venetia masticó el ultraje antes de escupirlo al interrumpir.

—¿Y cuáles son sus planes, milord?

Aunque no era su estilo presentar sus respetos con el gesto contraído y las mejillas ardiendo, la buena y contenida educación no consiguió detenerla. Venetia se precipitó escaleras abajo con las faldas bien agarradas. Procuró hacer suficiente ruido con los zapatos para que nadie se moviera de allí hasta escucharla. No se paró a conocer a los otros dos: su atención recayó sobre el personaje principal.

Lo miró con altivez.

—Grandes palabras las tuyas, milord; las que cabe esperar en un caballero de su posición —espetó con ironía. Se agarró a la baranda con una mano para que la fuerza de la bajada no la impulsara hacia delante—. ¿Acaso no leyó la división testamentaria de su tío?

El conde no contestó enseguida. Se la quedó mirando increíblemente rígido, con la mandíbula encajada a la fuerza y los ojos a rebosar de una energía magnética indescriptible. Parecía que un rayo le había caído tan cerca que alrededor de él quedaban vestigios de esa electricidad.

Venetia casi se encogió cuando le dirigió una apreciativa mirada de cuerpo entero.

—¿Quién demonios eres tú? —preguntó, bajando la voz una octava.

El cambio repentino en su tono desorientó a Venetia, que no pudo tomárselo como una ofensa. Pese a la pésima elección de palabras, había sonado mucho más incrédulo que despectivo.

Se le puso la carne de gallina, como si la hubieran acariciado con un látigo.

—Lady Venetia Marsden.

No supo qué le molestó, si su nombre, su apellido, o la primera palabra de todas.

—Lamento que se creyera tan importante como para que Clarence la mencionase al redactar sus últimos deseos, lady Venetia —respondió él, casi sin parpadear.

Aquel comentario traicionero casi atravesó su armadura.

—No esperaba que encontrara mi nombre en el documento, sino una simple mención a sus obligaciones heredadas —expresó, severa—. Con Beltown Manor y los beneficios económicos, hay ciertas responsabilidades. Sean cuales sean sus propósitos, mis hermanas...

—¿Son mi prioridad? —probó.

—No, pero se lo pensará dos veces antes de «deshacerse de nosotras». — Venetia bajó los últimos dos escalones—. No puede venir aquí, chasquear los dedos y hacernos desaparecer.

Arian se giró del todo hacia ella. Venetia se encogió al impacto de su mirada de rastreador, tan envolvente como la niebla crepuscular.

—Nunca pensé que fuera sencillo, pero eso no significa que no vaya a poner todo mi empeño para lograrlo. Verá, milady: deseo disponer de la casa para mí solo, y eso significa que deben volar lejos del nido.

Le molestó su edulcorada condescendencia. Mientras la blandiera no podría acusarlo de burro sin más. Tendría que guardar la compostura.

—No podemos ir a ningún otro lugar. Por eso y por el amor que lord Clarence profesaba a nuestro padre, decidí apadrinarnos.

Por la forma en que sonrió, supo que le había abierto un pasadizo por donde filtrar una réplica perfecta.

—Lord Clarence, no yo. No pretenderá que mantenga las promesas que alguien ajeno a mí y contrario a mis principios hizo a un caballero que ni conozco.

—¿Contrario a sus principios? —repitió, incrédula—. ¿Qué clase de principios son esos, que no comparte la idea de proteger a unas niñas huérfanas?

Los ojos del hombre brillaron. Eran del tono de las brumas espesas que desdibujaban el paisaje. El contraste con su piel morena tenía un efecto delirante.

—¿Se supone que es usted una niña? Porque mirarla no me devuelve a ninguna época de inocencia. No me parece que su orfandad sea clave en este asunto.

—¿Y cuál es la clave? ¿Que es usted un acaparador y un caprichoso, al que solo le importa él mismo?

Consiguió que Arian se envarase, molesto por la respuesta.

—No tengo que darle ninguna explicación sobre mis movimientos.

—Pues yo no pienso moverme de aquí hasta saber cuáles son las razones de su tiranía.

Arian le sostuvo la mirada.

—Entonces le deseo un muy feliz año nuevo de antemano.

Venetia evitó que se saliera con la suya dejándose llevar por un impulso incoherente: agarrarlo del brazo a la desesperada. Nada más sentir la corriente, retiró la mano. Arian se giró de nuevo hacia ella, con los ojos entornados.

Dos líneas grises capturaban la intriga y una emoción mucho más compleja.

—No me dé la espalda —ordenó, con menos propiedad de la que le habría gustado.

Protegió la mano del intenso escrutinio al que él la sometió, cubriéndola con la otra y escondiéndola entre los pliegues de la falda. El hecho de que aquella estupidez la hubiera desequilibrado aumentó su irritación.

—Necesito la casa vacía para atraer posibles rentistas, y con siete habitaciones ocupadas a nadie le va a tentar el alquiler.

¿Era eso? ¿Quería alquilar Beltown Manor, la vivienda por deferencia de los condes de Clarence? ¿Acaso tenía una remota idea de lo que eso significaría, del efecto que tendría sobre su reputación? Venetia quiso vomitar la breve lista de insultos que conocía, pero incluso furiosa sabía que no le convendría rechistar al hombre que tenía el poder sobre su familia.

—¿Y qué hay de las otras tantas propiedades de Clarence? Posee varias repartidas por toda Inglaterra, y hasta donde me consta, todas ellas deshabitadas.

—Todas serán alquiladas o vendidas. Sin excepción —recalcó—. Son mi propiedad y les sacaré tanto partido como me sea posible.

—Son su propiedad, pero nosotras hemos vivido aquí durante años —se empecinó—. Conocemos la casa y el terreno mucho mejor que usted. Los sirvientes nos aprecian y es mutuo. Hemos ayudado a cuidarla desde...

—No me maree con sentimentalismos baratos. La palabrería emotiva me vale basura. La casa será alquilada, y si quiere seguir viviendo en ella, tendrá que pagar una buena suma. ¿Puede hacerlo? —Venetia no pudo contestar, a lo que el hombre chasqueó la lengua—. Es una lástima, pero no puedo hacer nada más. Caso cerrado.

—¿Es que no tiene compasión? —se desesperó ella.

—Solo en ocasiones especiales, y no hacia una manada de señoritingas con guantes de seda. Si se le da bien hacer algo, practíquelo a cambio de dinero y alquílese una habitación en Vine Street.

—Somos las hijas de un marqués —espetó, tensa.

—¿Y cuál es el trasfondo de eso, aparte de que me importa un carajo? ¿Que no sabéis hacer nada excepto chupar la sangre de los que se conmueven con unos llorosos ojos verdes?

Venetia tensó los puños.

—No estaría bien visto que trabajáramos. La más joven de mis hermanas solo tiene quince años.

—He visto prostitutas menores que su hermana. Y por lo que se dice, bastante mañosas.

Venetia abrió los ojos de golpe. El calor subió tan rápido por su cuerpo que se asustó de su propia reacción. Las palabras salieron de su boca pisándose unas a otras.

—¿Cómo diablos se atreve?

—Arian... —intentó intervenir uno de los caballeros que lo acompañaban. Venetia no había tenido tiempo de fijarse en ninguno de los dos, pero ambos parecían tan sorprendidos como ella.

—Si las hijas de un marqués no pueden trabajar, que comprometan a un hombre bajándose la falda. Eso les asegurará una cena caliente y un hogar acogedor. ¿No le gusta la idea? —inquirió, cruzándose de brazos—. Por lo que he oído, todas las mujeres lo hacen tarde o temprano. Unas reciben unos sucios peniques a cambio y a otras les regalan perlas, pero prostitución y matrimonio es el mismo negocio.

—Es usted un animal —siseó, ruborizada hasta los huesos—. Retire lo que ha dicho ahora mismo.

—Solo estaba haciendo sugerencias. No es mi culpa que lo que no sea abanicarse sobre un costado le parezca deshonroso. Me parece bastante más humillante estar rogando por una habitación en mi casa teniendo dos manos, dos piernas y un coño para encontrar un empleo.

Algo dentro de Venetia se quebró en el momento en que alzó la mano y le giró la cara de una precisa bofetada.

—Pues deje que le haga yo otra sugerencia a usted: ¡váyase al infierno, o a la pocilga de la que haya salido! —le gritó—. ¡Quién me iba a decir que el sistema de sucesión se habría modernizado tanto! ¡Ahora permiten heredar condados a los cerdos!

Se dio la vuelta, temblando tanto que apenas se sostenía sobre las piernas, y echó a andar hacia el saloncito más cercano. No contó con que Arian, mascullando una maldición terrible, la seguiría dando grandes zancadas.

Cuando se dio cuenta, apretó el paso y tiró de la primera puerta que encontró.

Antes de encerrarse, se giró para mirarlo a los ojos.

—Repítelo si tienes lo que hay que tener, bruja —masculló él.

Ella hizo una mueca y agarró el picaporte con más fuerza.

—¿Qué hay que tener? ¿Agallas? Puedo ahogarle con ellas si así me lo propongo.

Le cerró la puerta en las narices y giró la llave de la cerradura para, acto seguido, guardársela en el bolsillo de la falda. Se quedó inmóvil en el sitio, notando el corazón latiendo acelerado y la sangre cerca de la evaporación.

Al primer golpe, Venetia retrocedió hasta tropezarse con un pequeño reposapiés, en el que acabó sentada de cara a la puerta.

—¡Abre la puerta ahora mismo! —rugió.

—Arian, ya basta —decía una voz tranquilizadora.

Ella cerró los ojos e inspiró hondo.

Se sentía... No sabría describirlo. Era una mujer fácil de llevar al límite, porque cualquier alteración del medio, cualquier mínimo desorden, cualquier palabra pronunciada a maldad, sacaba lo peor que llevaba dentro. Su padre siempre decía que su sensibilidad inaudita la conduciría a la destrucción, y tal vez el momento había llegado. Aquello no era un enfado corriente, ni la típica irritación que la atosigaba cuando las mellizas se ensuciaban la falda en el jardín. Había cruzado todos los límites de aguante del ser humano hasta verlo difuso en la distancia.

Dio un respingo brutal cuando la madera se quebró, cediendo al brutal envite de un hombro macizo. Venetia se levantó de golpe, asustada por la violencia de su interrupción, pero no fue miedo lo que la invadió cuando lo vio acercarse siendo un bloque de acero y emociones a flor de piel.

Sus ojos se encontraron un breve instante en el que ella creyó ver un destello de algo terrible y peligroso pero que, sin embargo, no significaba nada que pudiera hacerle daño.

No fue una impresión desacertada. Arian se detuvo a unos pasos de ella y no hizo el amago de castigarla. Se limitó a señalarla con un dedo. Solo entonces, Venetia reparó en cuán grandes eran sus manos.

—Tenéis veinticuatro horas para recoger vuestras pertenencias, armar los baúles y largaros de mi casa. Cuando mañana me levante no quiero ver ni rastro de presencia femenina. ¿He sido claro?

Venetia lo desafió alzando la barbilla.

—Eso ya lo veremos.

Arian no se quedó de brazos cruzados ante su actitud díscola. Avanzó con los

músculos engarrotados y los ojos brillando como el filo de una espada. Venetia respiró una sola vez, consciente de repente de que sin ayuda del escalón, aquel hombre le sacaba una cabeza con facilidad. No le costaría nada desarmarla. Pero pese a ver algo tan agresivo en su forma de mirarla que resultaba palpable, no sintió que fuera a causarle el menor mal. Una intuición que estaba segura de que podría haberle costado la vida si se hubiera equivocado.

Quedaron tan cerca que estuvo a punto de rozar su pecho con la nariz.

Arian no se quedó ahí. Dio una lenta vuelta alrededor de ella, como si quisiera asegurarse de que sus dos perfiles asimilaban el mensaje. Venetia ardió de rabia, y entre esa rabia se meció un sentimiento igual de furioso que le hizo aguantar la respiración.

—Si no obedeces... —empezó, con una voz robada de las cavernas. Su aliento le llegó como un latigazo de fuego—, vas a tener que atenerte a las consecuencias. Y no creo que una mujer como tú esté preparada para lo que un hombre como yo sería capaz de hacer si le provocan.

Se le erizó el vello de la nuca.

—Eso solo lo diría alguien que no ha conocido a muchas mujeres como yo —repuso con orgullo, controlando la voz. Hubo un pequeño silencio en el que solo se oyeron los pasos de él, trazando la media luna que le quedaba para volver a mirarla a la cara.

Venetia no pudo ni quiso explicarse las cosquillas que dominaron su pecho al encontrarse con sus ojos.

—Dalo por hecho —respondió, con un susurro amenazante—. Pero eso no suavizará el castigo.

—Atrévase a ponerme un solo dedo encima y se arrepentirá de haber nacido.

Venetia estaba segura de haber sonado contundente, pero la reacción de Arian no fue tan desmedida como cuando lo insultó. Tampoco se rio. Solo la miró. No necesitaba más para intimidar, y aun así decidió acorralarla entre sus brazos.

—Yo nunca pongo solo un dedo encima, mujer. Encuentra tu camino o tarde o temprano lo acabarás comprobando.

Capítulo 3

Si no hubiera estado tan furioso, tal vez Arian habría llegado antes a la conclusión de que dar vueltas como un tigre enjaulado no resolvería sus problemas. No obstante, le tomó alrededor de media hora despejar la cabeza de ideas que no le hacían sentir orgulloso, y no porque implicasen la violación de alguno de los mandamientos.

Por primera vez en su vida estaba cabreado consigo mismo debido a la naturaleza de su enfado: una estúpida discusión con una mujer. Habiendo sobrevivido sin pestañear a maltratos bastante más extremos, deducía que lo que palpitaba en su mejilla era el orgullo herido y no el dolor infligido por una mano de porcelana. Más que nada porque ni lo había notado.

—¿No crees que va siendo hora de que te tranquilices? —propuso Cassidy, que había estado esperando con santa paciencia a que Arian detuviera su paseo. Estaba apoyado junto al ventanal, estudiando el paisaje sin mucho interés—. Te aseguro que ella ha salido peor parada que tú en esa discusión.

Arian le lanzó a su hermano una mirada llena de sombras.

—¿Bromeas? He recibido una bofetada.

—Una muy merecida. Y no será la última si no moderas tu comportamiento.

—Disculpe, señor Davenport, pero me ha parecido entender en tu respuesta que estás de su parte.

—La has insultado. Se ha sentido tan agredida que su respuesta ha sido agredirte.

—Es lo que hacen las mujeres cuando un comentario no les gusta: usar la mano.

—No, Arian, las damas de buena cuna no suelen abofetear a sus anfitriones, ni a nadie. Han recibido una educación muy reglamentada.

—¿De veras? Pues ella debió saltarse esas lecciones para aprender defensa personal con los boxeadores de Old Bond Street —masculló, frotándose la cara.

—Ella se estará preguntando dónde enseñan a los sobrinos de condes a romper puertas. Por cierto; si quieres alquilar la propiedad, te convendría no despiezar el mobiliario.

—No he dicho nada malo —insistió.

Cassidy ni parpadeó al decir:

—Has insinuado que debería dedicarse a la prostitución.

Arian lo miró sin comprender.

—¿Y?

El hermano mayor le sostuvo la mirada, tratando de discernir si se estaba quedando con él. Enseguida descubrió que, simplemente, Arian no tenía ni una remota idea de lo que había significado su comentario. Por desgracia, eso no supuso ningún consuelo.

—Por el amor de Dios, Arian. No debo explicarte que a las mujeres no puedes mandarlas a joder por dinero sin más, ¿verdad?

—Cuando le he hablado así a las mujeres, no se han quejado.

Cassidy se frotó la sien con los ojos cerrados.

—Debe ser porque es raro que una cortesana se ofenda si te refieres a ella usando sinónimos de su oficio —expresó con suavidad—. Entiendo que pueda haberte confundido la reacción de milady, puesto que solo has tratado con amantes experimentadas, mozas y meretrices. Pero ahora que te aclaro que no se puede tratar de la misma forma a damas que a taberneras, debes hacerte cargo de tu comentario. Referirte a la hija de un marqués de esa manera ha sido una inmundicia.

Arian torció la boca.

—¿Por qué? ¿Acaso es ella mejor que las fulanas?

Cassidy levantó las cejas.

—Espero por tu bien y el de tu otra mejilla que no se te ocurra decir eso en su presencia.

—¿Por qué? —insistió—. Lo ha tomado como un insulto porque las fulanas le parecen seres humanos de segunda; criaturas lamentables que se humillan y no son mejores que las bestias. Es un problema basado en su opinión, porque a mí me parecen mujeres tan respetables como la misma reina, y que ejercen un empleo tan honesto como cualquier otro. Uno muy necesario. Que sepas que, si las putas se extinguieran, al día siguiente lo haría cada maldito hombre de esta ciudad.

—No voy a decirte que no, aunque el detalle de comparar a Su Majestad con las fulanas no haya sido muy apropiado... Pero comprenderás que tu concepción positiva de la prostitución no sea compartida por el resto de Inglaterra. Sobre todo cuando para expresarla pones de ejemplo que su hermana pequeña podría aplicar a un puesto.

—El resto de Inglaterra solicita los servicios de las jóvenes cortesanas con mucha más frecuencia que yo mismo —repuso con testarudez—. Disculpa si no

he hablado desde la hipocresía como hacen los demás, difamando el trabajo de las fulanas cuando luego son los primeros en bajarles la falda.

—Entiendo tu punto, Arian, pero no creo que lady Venetia lo vea de la misma forma.

—Me es indiferente la opinión que tenga lady Venetia. Para mí no es más que otra señoritinga acomodada y engreída que se cree en el derecho de desprestigiar el trabajo honesto de los demás. ¿Y qué si le hubiera propuesto que se ganara la vida desatascando chimeneas o limpiando los orines de aristócratas, como hacía yo? ¿También se habría ofendido? ¿Cuándo diablos dejará de molestarle la desesperación de los pobres a la gente rica?

—Ella es una mujer rica en una situación desesperada.

—Pues que se busque la vida. No parece entender que eso es mucho más honrado que vivir de la caridad de otros.

Hubo un silencio en el que se sostuvieron la mirada. Arian vio reflejada la opinión de Cassidy en su meridiano semblante. Estaba de acuerdo con él. Lo comprendía. Como siempre. Cassidy era el único que se tomaba la molestia de escucharlo y extraer las que eran sus verdades.

Pero no podía solo darle la razón, y eso Arian lo sabía. Debía distanciarlo de sus principios y ayudarlo a comprender la mentalidad colectiva, sobre todo la de los ricos: sería mucho más beneficiosa a la larga, y necesario para que le fuera llevadero moverse en su entorno. Ya había quedado claro que la función comunicativa de Arian era muy limitada en cuanto al significado. Él hablaba con un objetivo y se entendía otro distinto.

Salvo cuando contaba sus historias. Entonces podía exponer sus ideas, sus gustos, potenciar su imaginación, y que nadie pensara que estaba loco o era un grosero, cuando la verdad era que pocas veces abría la boca con la intención de herir a los demás.

Esa conclusión no fue lo único que Arian vio en la expresión de Cassidy, sino también algo que le irritó aún más.

—Así que es eso. Te ha molestado que considere un insulto un tipo de trabajo al que se han visto forzadas tus amistades o incluso tú mismo.

—Yo jamás he sido el querido de nadie, pero claro que he hecho cosas que no deseaba hacer para ganarme el pan. Comparado con todos los crímenes que he cometido, la prostitución me parece un signo de nobleza. Pero supongo que es fácil verla como el diablo cuando se vive en una mansión, se viste de seda y satén, y se es bella como un ángel.

De nuevo un breve silencio meditabundo por parte del mayor.

—¿Todo esto por una bofetada? No es la primera que te dan. Ni la segunda.

—No sabría decirte qué puesto ocupa en la lista, pero no, no me molesta el golpe, sino quién lo ha dado. Que una ricachona a la que le cambian las sábanas se atreva a menospreciarme me saca de mis casillas.

—Tú tampoco la has tratado como corresponde.

—No le he hecho una reverencia, si es a lo que te refieres. Ni he besado su mano. Le he hablado como te hablo a ti. Como te hablaría a ti si me cabreas. No veo que ella esté en un plano de superioridad para ofrecerle una cortesía especial, y así considero que debe ser el trato. De igual a igual.

Cassidy se frotó las dos sienes.

—Ya estoy viendo lo difícil que será decodificar tu lenguaje y tus principios para que te entiendan en este lugar. En este mundo, más bien. Los aristócratas no son de pensamiento flexible, y no perdonan una falta.

—Me da igual. No es como si pretendiera quedarme. Estaré viajando por ciudades cuya lengua oficial desconozco. Mejor. Así no habrá malentendidos.

Cassidy contuvo un suspiro.

—Hablando de eso, iría siendo hora de que diéramos una vuelta por los alrededores para informar a los arrendatarios de tus planes. El objetivo inicial al emprender este viaje, ¿recuerdas?

—Hasta que no se marchen esa arpía y el resto de sus hermanas, no pienso poner un pie fuera de esta casa, ni tampoco informar a nadie de nada.

—¿Por qué? ¿Has cambiado de opinión?

—¿Respecto a ellas? No. Si su representante me hubiera tratado con algo más de respeto, quizá me lo hubiese pensado —masculló—. La razón es simple: hasta que no me las quite de encima, no me voy a largar. Tengo que esperar a que suceda para programar los demás. Hay que seguir un orden lógico, ¿no es lo que siempre dices?

Cassidy asintió.

—Mañana por la tarde daremos ese paseo —zanjó, dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Mañana? ¿Las has mandado a hacer sus maletas con en veinticuatro horas?

Arian se detuvo justo en la entrada. Miró por encima de su hombro.

—Hay más de treinta sirvientes en esta casa. Estoy seguro de que se pueden apañar con ellos para doblar sus trapitos.

—Cada sirviente tiene una tarea específica, no puedes poner a la cocinera y a los lacayos a... —Sacudió la cabeza—. ¿Voy a tener que explicarte también la

jerarquía del servicio?

Arian no contestó y salió del despacho, aún irritado. No le estaba hablando con deferencia. Cassidy era un excelente conversador y cuidaba cada detalle para que nadie pudiera ofenderse con su tono. Pero había captado el mensaje de la charla, y no le gustaba un pelo: era un elefante en una cristalería, un animal que acababa de llegar a la civilización y se obcecaba en seguir sus costumbres prehistóricas.

Y así seguiría.

Arian sabía que su forma de ser horrorizaría a la clase alta. Ya lo había hecho. Venetia Marsden era lo bastante expresiva para que captar al vuelo que le parecía un ingrato. Eso le causaría problemas. Lo tenía asumido. No Venetia, sino su honestidad, su manera de ver el mundo, de moverse por él y de tratar a su prójimo, tan distinta de como marcaba un protocolo del que ni había oído hablar. Lo más cerca que Arian estuvo de un noble fue cuando, de niño, se perdió en Londres y acabó en una de las calles principales, donde un caballero con botas relucientes lo pateó para que «volviera a su alcantarilla». Luego estaba el encuentro con su padre, pero siendo fiel a sus sentimientos, Arian prefería incluirlo en la categoría de cabrón y eso anulaba su estatus social. Por tanto, su contacto con el mundo de los privilegiados había sido bastante reducido, y en consecuencia, sus habilidades para moverse por él... inexistentes.

Siempre había sido así con gente un poco más importante que él: tenderos, taberneros, comerciantes... Arian los trataba como le salía del corazón, sin atender a criterios establecidos que nadie se molestó en enseñarle, y eso le traía problemas de los que se libraba muy por los pelos.

Por Dios, claro que no pretendía insultar a lady Venetia. Lo único en lo que había podido pensar al verla, fue en que estaba ante la criatura más hermosa de toda la cristiandad. No se le pasó por la cabeza contrariarla de ninguna forma. Y de ahí que estuviera enfadado consigo mismo. Haberse prendado de una damita estúpida era lo peor que le podría pasar a alguien como él, y por tantísimos motivos que no merecía la pena pararse a contarlos.

Y sin embargo... Le ardía el hombro que ella le había tocado. Las partes del cuerpo que ella había mirado. Toda su composición interna andaba revolucionada por haber estado en contacto con el mismo aire y en la misma habitación, y por un instante, en la misma sintonía. La brutal tensión del encuentro y la conciencia de que ella estaría bajo su mismo techo durante todo un día le había dejado el corazón débil, y ofuscado como nunca.

Si Venetia fuera cualquier otra mujer, pasaría esas veinticuatro horas metido

en su cama. Si no fuese una de esas mimadas que odiaba y cuyo sentimiento era recíproco, la habría desnudado en ese mismo recibidor y le hubiera hecho el amor hasta el día siguiente. Tan intenso era el deseo que le había azotado pese a sus contradicciones, que aun habiendo pasado solo una hora desde que la perdió de vista, necesitaba verla de nuevo.

Emprendió una búsqueda exhaustiva por la mansión, esperando no cruzarse a nadie indeseado y rogando porque Venetia no se hubiera retirado a su habitación. Claro que, en última instancia, podría entrar. A fin de cuentas, esta formaba parte del complejo del que era propietario y podía disponer de él cuando quisiera... pero pretendía pasar desapercibido para ella.

No quería conversación ni deseaba su compañía. Era odiosa.

Solo necesitaba observarla.

No tropezó con nadie en los pasillos, encontrando el grave silencio tan novedoso como chirriante. En el barrio donde él vivía nunca se respiraba paz. El ruido de gritos, carruajes, conversaciones y otros, casi siempre llenaba los recodos más inaccesibles, y las raras veces en las que desaparecía, el vecino tenía el deber de preocuparse, porque significaba que algo malo había ocurrido. Había que echarse a la calle armado hasta los dientes, y pobre de la muchacha que se perdiera a partir de una determinada hora.

En Beltown Manor la situación no era muy distinta. Imaginaba que los criados y las muchachas se habrían retirado al oír sus gritos.

«Mejor», se convenció.

Un suspiro femenino lo bastante exagerado para captarlo desde el pasillo dirigió su atención a una puerta entornada. Arian se aproximó con el cuerpo en tensión y asomó la cabeza.

No pudo ver gran cosa porque la entrada estaba taponada por un biombo de celosías color malva. Supuso que ese no era el acceso principal a dicha habitación, y se arriesgó a entrar sin emitir sonido.

Usó el biombo para ocultarse, aprovechando los pequeños agujeros del entramado para captar la figura vestida de luto que se movía.

Venetia.

En ella, el negro como una reivindicación de que lo sobrio podía ser lo más bello. Estaba buscando algo en una estantería muy humilde, que aun así reunía más libros de los que Arian había leído en su vida, y entonces lo encontró: un reloj de pie que estuvo investigando mientras paseaba por la habitación.

Observó el movimiento de su falda con un nudo en la garganta; una versión más tranquila del ondular que lo había hipnotizado al huir de él. Observó el

juego de sus manos; el vibrar de sus dedos. Observó sus finas muñecas y su ceño sutil.

Estando a solas se movía con la misma gracilidad que acompañada. Era tan femenina que sentía que era la primera vez que veía a una mujer de verdad, como si todas las anteriores hubieran sido una copia mal hecha o un dibujo sin detalles.

No había visto nunca algo así, una criatura que pudiera seducir al aire al caminar. Cualquier movimiento suyo le parecía digno de devota admiración. Cuando bajó las escaleras, cuando agarró la barandilla, cuando hizo un mohín con los labios y sus cejas se plegaron sobre los ojos que habían robado de Dios la belleza inmortal. Incluso al abofetearlo, al correr lejos de sí, al encararlo con los puños apretados, al permanecer inmóvil mientras él buscaba un solo defecto en ella dando una vuelta completa alrededor... Todo en ella le había resultado tan turbadoramente perfecto que se había sentido impotente.

Arian había visto toda clase de mujeres. Altas, menudas, rubias, morenas, pelirrojas, gordas y delgadas, más risueñas y más distantes, más y menos bellas... Todas ellas doncellas, tabernerías o ramera, la clase más baja entre los no privilegiados. Ni siquiera tuvo la suerte de estar en presencia de una cortesana como las que se conseguían los ricos, bien peinadas, perfumadas y vestidas. Él solo conocía a las enfermas del muelle. Y no por eso quería verlas inferiores a la joven que intentaba poner en funcionamiento ese reloj parado. No dejaban de ser humanos admirables por luchar contra su fatal destino. Pero debía rechazar su moral obsesionada con la igualdad para admitir la verdad irrefutable: aquella mujer era algo distinto.

—¿No has tenido suficiente con la escena de antes? —preguntó una voz masculina en su oído—. ¿Has venido a buscarla para continuar el espectáculo?

Arian se sobresaltó por la repentina interrupción. Como mecanismo de defensa, usó el codo para noquear a su agresor, que no supo que era Fox hasta que lanzó un berrido.

Este sonido captó la atención de Venetia.

—De acuerdo, de acuerdo, lo capto... —balbuceó Fox, retrocediendo con la nariz agarrada. De esta empezó a salir sangre a borbotones, manchando su camisa bordada—. No quieres compartirla.

—¿Quién hay ahí? —exigió saber Venetia, dejando el reloj sobre la mesilla y acercándose con el ceño fruncido. Alzó las cejas, horrorizada, al ver a Fox herido y a Arian intentando disculparse—. ¿Se puede saber qué ha pasado? ¿Y qué hacen aquí?

No estaría siendo justo si dijera que la magia se iba al garete cuando hablaba. Lo irritaba sobremanera lo que decía, pero su voz era suave y ligera, igual que los murmullos lejanos que captaba el oído antes de rendirse al sueño.

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Por qué no iba a estar aquí? Es mi casa.

Odió que reaccionara como si le repugnara respirar el mismo aire que él.

—Y mi sala de uso personal.

—Su sala de uso personal. —Echó un vistazo desinteresado a las estanterías. Ya se lo había imaginado. Olía a ella por todas partes—. ¿Y qué hace en su sala de uso personal? Labor social imagino que no.

—¿Qué hace usted en la suya? ¿Se da un descanso de las discusiones que parece ir buscando, o pelea también con las paredes?

—¿En mi habitación propia? Dormir y joder.

Ella se mostró de nuevo horrorizada, aunque logró suavizar su expresión enseguida. No se le escapó que se ruborizaba levemente y le dedicaba una rapidísima mirada de arriba a abajo, como si se lo estuviera imaginando haciendo ambas cosas.

—Yo había venido a presentarme —intervino Fox—. Es usted la única Marsden que no conozco, milady.

—Creo que eso deberíamos dejarlo para después. Está sangrando, señor.

—Oh, sí, ya veo que no puede dejar de mirar. No se preocupe por mí, soy un tipo algo atolondrado. Me he golpeado con la puerta al entrar. Espero que no le dé miedo la sangre.

—Al contrario. He visto suficientes heridas como para considerarme enfermera.

—¿De veras? ¿Se pincha mucho con las agujas cuando borda?

Venetia le dirigió una mirada que pretendía ser fría. Estaba conteniendo sus emociones por educación, pero no conseguía disimular lo que opinaba de él. Y aunque Arian no podía soportar ese desprecio, admitía que la estaba provocando para poder mirarla a la cara sin revelar la inquietud que le producía su cercanía.

—Las mellizas son muy revoltosas. Juegan mucho en el jardín, corren y se caen. Han debido raspase los codos cientos de veces, por no mencionar los cortes y las espinas clavadas... Florence incluso se dislocó un hombro.

»Será mejor que venga conmigo —añadió, haciéndole un gesto a Fox—. Hay que salvarle esa nariz.

Venetia buscó por toda la habitación algún pañuelo de tela. La nariz del señor Stubton no era tan importante como proteger la moqueta de lamparones que luego no saldrían; las alfombras Aubusson eran demasiado delicadas para ponerse a frotar con agua y con jabón, o al menos eso había repetido una de las doncellas más atrevidas cuando las mellizas mancharon la del salón principal. Un poco de barro en la suela del zapato no se podía comparar con una hemorragia como esa, capaz de impresionar a alguien que llevaba viendo la sangre correr desde la tierna infancia, pero, en realidad, no era la obligación de sanar la herida lo que la hacía sentir como si la estuvieran apuntando con una pistola. Tenía que ver con algo que también la apuntaba y era peligroso: los ojos de Arian la perseguían allá donde iba, instituyendo una nueva forma de intimidación.

Sacó los pañuelos de una cajita de madera tallada e hizo una señal a Fox para que se pusiera cómodo en el diván.

—Mire hacia arriba, señor Stubton. No, no se tumbe, ni tampoco eche la cabeza hacia atrás del todo. Solo lo suficiente para que pueda... Sí, así. Gracias.

—Palpó el tabique nasal y el lateral de las aletas—. ¿Le duele?

—Yo no conozco el dolor, milady. Estoy insensibilizado.

—Eso le vendrá bien en algunas situaciones, pero necesitaría saberlo para asegurarme de que no se ha roto la nariz. Por lo que noto... No parece que el hueso haya salido de su sitio.

—Lo que me extraña es que no estuviera fuera antes de chocar con la puerta. Si encuentra alguna deformación es por mis antecedentes. Me he partido los hocicos tantas veces que tengo que respirar por la boca, así que si hay que amputar... No se preocupe.

Le costó entender lo que decía. Proyectaba su voz como un narrador de historias, pero su acento era casi ininteligible. ¿Gales, quizá? ¿América? La verdad era que ni Venetia conocía suficientes paisanos de dichas tierras para compararlos, ni le parecía que viniera de un lugar concreto. Sonaba a una mezcla de todas las jergas conocidas.

—¿Tan torpe es usted?

—Solo en tierra firme, milady.

—Es decir... Casi todo el tiempo.

—Casi nunca —corrigió—. Soy un hombre de mar. Estoy acostumbrado a caminar por un suelo que se tambalea, tanto que se me ha olvidado repartir los equilibrios y voy dando tumbos por la calle.

Venetia no pudo sonreír. La simple presencia de Arian, sentado a su derecha,

apagaba cualquier señal de buen humor. Sin embargo, sintió una gran simpatía por el hombre al que atendía. Procuró no tocarle demasiado la zona inflamada mientras limpiaba el reguero escarlata.

—Así que es usted marinero —apuntó. Eso explicaba lo del acento—. Y veo que por vocación.

—No sé si por vocación, pero es lo único que he conocido y cuando tuve la oportunidad de elegir... Descubrí que la vida en tierra no me satisfacía.

—Y sin embargo, aquí está.

—Tenía que acompañar a Arian en su viaje a la nueva vida, solo para asegurarme de que no armaba un escándalo. Ya ve que no he podido hacer mucho para evitarlo, y por eso le pido disculpas. —Sonrió con encanto—. Estoy deseando volver a sentir la brisa en la cara, el viento en mi contra, el vaivén del navío y el rumor de las olas... Allí sí que soy útil.

Venetia se apartó lo suficiente para apreciar la serenidad encerrada en su semblante de ojos cerrados. Esa vez sí le devolvió el gesto, conmovida por su pasión.

—Por cómo lo describe hace que sienta envidia, señor Stubton. Y eso que ni siquiera he visto el mar.

El hombre la miró exagerando el sentimiento de ultraje.

—¿Cómo puede decir eso delante de un pirata y quedarse tan tranquila? Está forzándome a echarla sobre mi hombro y llevármela a conocer el Caribe, milady. Pero no quiero creerla. Es imposible que no haya paseado nunca por la playa, viviendo en Gateshead.

—No llevo mucho tiempo aquí, tan solo unos tres años, y estando el conde tan enfermo no hemos salido muy a menudo. Así que pirata, ¿eh? —retomó, mientras doblaba el pañuelo y continuaba por la parte limpia—. ¿Ese es su rango? Pensé que por su desenvoltura, amor al puesto y aspecto cuidado, sería capitán... O contraamaestre. Nada por debajo del condestable.

Él levantó las cejas con una sonrisilla juguetona.

No era un hombre que pudiera llamarse guapo. Tenía la nariz irregular, la mandíbula muy prominente, la cara llena de pequeñas cicatrices, pecas y manchas por el sol, y la barba que lucía era de todo menos favorecedora. Pero su magnetismo, su facilidad para embaucar con una inofensiva conversación, elevaba las características del atractivo a una categoría superior. Se lo imaginaba atracando en el puerto de una ciudad inglesa, en el norte de España, en Normandía o en la India, y regresando a casa con el amor de una mujer distinta en el bolsillo. Era uno de esos hombres irresistibles cuyo encanto hablaba un

lenguaje universal.

—Veo que conoce las partes de una tripulación —se maravilló—. Lamento defraudarla, pero no, no ostento ningún cargo importante dentro del navío. Soy un simple navegante al que llaman corsario cuando debe embarcarse en alguna misión imperial. Como sabrá, la gente como yo está ya en decadencia. La edad de oro de la piratería se extinguió hace mucho... Ahora se llevan más las contrabandistas, y preferiría no vérmelas con la cárcel. O con la horca.

—Pero ha dicho que lleva toda la vida entre barcos —insistió—. Siendo así, ¿cómo es posible que no haya ascendido?

—Escalar puestos no es tan sencillo, a veces son hereditarios y yo no dejo de ser un bastardo. Mi padre nunca me ha reconocido y eso es pecado aquí, en el mar, y en el cielo.

La mano de Venetia quedó suspendida en el aire, sorprendida por la confesión. No era la clase de historia que se contase a una mujer que uno acababa de conocer, y mucho menos cuando esta pertenecía a una familia noble. Era sabido que los bastardos no entraban en las casas ni tenían un pase en las vidas de los ilustres señores como lo fueron su padre o lord Norbert Bellamy. Sin embargo, le impresionó por el significado peyorativo y la humillante reputación que su clase había dado a los hijos ilegítimos, no porque tuviera algún prejuicio.

—Qué tontería —murmuró al final, retomando su labor.

—¿El qué, milady?

—Que se censure la bastardía y no las relaciones extramaritales. Que se condene a los niños y no a los padres. Los primeros son los desprotegidos, a fin de cuentas. Es pura maldad marcar a una criatura a hierro por los errores de sus parientes. Aunque mucho me temo que yo no puedo hacer nada para cambiar eso.

—¿Por qué no?

Venetia se envaró nada más oír su voz. Le tentó la posibilidad de no mirarlo al contestar, y al final se arrepintió de haberse mostrado educada. No estuvo preparada para enfrentar sus ojos llenos de recelos.

—Sería una mujer en contra de los cimientos de la sociedad. Incluso si solo me quejara sería desterrada.

—Y prefiere seguir al rebaño y ocultar su verdadero sentir a gozar de la libertad de expresión.

—¿De qué me sirve la libertad de expresión si estoy sola? —espetó, frunciendo el ceño—. Hay una serie de normas de convivencia a las que me debo ceñir para no tener problemas. Una de ellas es no interceder por lo que se

considera una lacra... Con el debido respeto, señor Stubton —se apresuró a añadir, poniéndole una mano en el hombro—. Ya sabe cuál es mi opinión.

—No se preocupe. Gente mucho menos adorable me ha dedicado insultos peores.

—Tenemos opiniones diferentes sobre el encanto, pues. No encuentro nada ni remotamente atractivo en la hipocresía.

Venetia enfrentó a su pesadilla con la mandíbula apretada.

No había vuelta atrás. Una vez lograban sacarla de sus casillas, lo que solía costar mucho más que una conversación, ya la tenían fuera de ellas para siempre.

—No es hipocresía, sino conveniencia. Saber lo que es adecuado para uno y actuar acorde con ello es solo una señal de inteligencia.

—¿Y se considera inteligente a sí misma? —se burló.

Venetia soltó el pañuelo sobre el diván, olvidando a Fox.

—Ya veo que antes de que acabe el día va a dar un repaso a todos los insultos del diccionario.

—Yo no la he insultado, solo la he definido. Pero sí, tengo que intentar darle la vuelta a mi repertorio en el menor tiempo posible, ya que mañana no estará aquí. Sobre eso, ¿no tiene maletas de las que encargarse?

Venetia le sostuvo la mirada tratando de camuflar la rabia.

—Está usted muy seguro de que voy a obedecer.

—Tengo la garantía de mis propias amenazas. Confío en que ya que se cree tan inteligente, no se atreverá a desafiarme. Menos aún conociendo las consecuencias.

—Por lo que veo, milord, no se hace una idea del impacto que tendrá en su reputación que eche a siete mujeres respetables a la calle.

—Estoy muy al tanto del impacto que tendrá, y por eso estoy deseando que vaya a llorar a otros brazos.

El corazón le dio un salto en el pecho. Había soportado toda clase de agravios en corta y larga distancia, a la cara y en cuanto se daba la vuelta; toleró obscenidades y propuestas desagradables de caballeros venidos a menos, y, sin embargo, nada le afectaba tanto como el desdén de aquel hombre.

—Es usted un grosero y un desalmado. ¿Cómo es posible que tenga a un hombre como el señor Stubton a su lado? —masculló, ofendida—. No me sorprenderá si me confiesa que le paga unos honorarios por hacerle compañía.

—Por desgracia es algo que hago gratis, pero agradezco que haya dejado caer que merezco que se me pague. No ando muy bien de calderilla y me vendría bien un empujón económico.

—Tal vez lo que sí le sorprenda sea saber que el señor Stubton es mi medio hermano. Teniendo seis hermanas sabrá la mella que hace en la gente todo el asunto de la sangre y los parientes en común.

La ardiente furia de Venetia fue reemplazada por las dudas.

—¿Medio hermano? ¿Significa eso que tiene el mismo derecho a heredar Beltown Manor que usted?

—Significa eso mismo. Y él habría estado encantado de cederles la magnífica mansión. Supongo que es una pena que Clarence me eligiera a mí.

—No comprendo —dijo en tono seco—. ¿Comparten padre, entonces?

—Padre y también sino. Soy el tercer bastardo de Clarence; él es el primero. —E hizo una ridícula genuflexión, manteniendo intacta la sonrisa burlona—. Estoy seguro de que ahora le parecerá toda una bendición no tener que compartir techo con... ¿Cómo lo ha llamado? ¿Una lacra?

No hubo palabras en el mundo que pudieran describir la sorpresa de Venetia. Estuvo treinta segundos exactos sin decir nada, solo mirando a Arian con una combinación de emociones que no resultaría en nada bueno. La primera fase por la que pasó, fue la incredulidad. Veía a ese intento de caballero mintiendo solo para molestarla. Durante la segunda, cayó en la cuenta de que él no la despreciaba lo suficiente para llegar a ese punto, y que su principal defecto no dejaba de ser que su honestidad resultaba cruel. Al final asimiló sus palabras, que le cayeron como una jarra de agua fría.

Alguna que no tenía legitimidad alguna la estaba echando de su hogar.

—Ha cometido un grave error sincerándose conmigo, señor —dijo en tono frío—. Los hombres de su condición no pueden ostentar ni un título ni mantener las propiedades vinculadas. Si esto saliera a la luz y llegara a oídos de los administradores de la reina, lo despojarían de su herencia en un abrir y cerrar de ojos.

—Deje que plantee dos cuestiones. La primera es que mucho me temo que su gran amenaza será en vano, porque el testamento fue revisado por expertos a los que pretende chivarse. En segundo lugar, y por si no lo recuerda... Es usted una mujer frente al testimonio de un conde. No es que yo esté muy enterado de las jerarquías, pero no le va a importar a nadie lo que tenga que decir.

Venetia se estiró tanto que pudo oír como le crujía la última vértebra.

—Todo el mundo lo acabará sabiendo y no querrán saber nada de usted. El lugar donde quiere irrumpir es muy selecto y dudo que haya sitio para un falso heredero.

—¿Qué le ha hecho pensar que quiero irrumpir en alguna parte? Antes de

que esa gente pueda mirarme por encima del hombro, yo ya me habré reído de ellos llenando esta casa de todas las criaturas que tan infames os parecen. —Se acercó a ella amenazadoramente. Inició la enumeración sacando los dedos—. Prostitutas, estibadores, mineros, incluso ladrones y contrabandistas...

Venetia lo miró horrorizada.

—Estará tan orgulloso de sustituir a mujeres de buena fe por criminales y pecadores.

—Sí, lo estoy. Va siendo hora de que los privilegios se los queden otros.

No pudo soportarlo ni un segundo más. Le retiró la mirada con una mueca de consternación y salió de la sala en la que solía relajarse. Si se marchaba al día siguiente, ya no volvería a poner un pie allí, y no había tenido la oportunidad de aprovecharla para descansar una última vez; y si no, si se quedaba, le sería imposible entrar sin maldecir el diván donde Arian había acomodado su zafiedad.

—¿Nesha? —llamó una voz sosegada—. Nesha, ¿a dónde vas tan ofuscada? ¿Qué te pasa?

Detuvo la marcha y atendió a su única hermana mayor. Audelina fruncía el ceño con preocupación. Lo que correspondía era contarle las consecuencias de su encontronazo con el conde. Así podrían llenar los baúles con sus pertenencias y marcharse, un plan que ahora veía con otros ojos: casi preferiría morir en la calle a compartir techo con un animal como ese. Pero entendía que sus hermanas no serían tan orgullosas y tenía el deber de protegerlas. Eso haría, enfrentándolo una tercera vez y con resultados fatales si fuera necesario.

Un monstruo como aquel no iba a echarla de su casa.

—No me pasa nada. Esta mañana me encontré con el señor Barry y estaba recordando nuestra conversación. Sabes que los viudos me ponen de un humor extraño.

—Te ponen triste, no histérica... ¿A dónde vas?

—A mi habitación. Buenas noches.

Subió las escaleras a toda prisa, pagando la frustración con el pasamanos.

Las ganas de llorar la invadieron de nuevo. No tenía ni la más remota idea de adónde podrían ir. El nuevo marqués de Wilborough, heredero de su padre por línea lejana, era un ser despreciable y maldito que les hizo lo mismo tres años atrás: expulsarlas de su hogar como si fueran la peste, y aún en pleno duelo. Ni siquiera la intervención del conde de Clarence logró poner orden. Teniendo esos antecedentes, Venetia se había concienciado para la posibilidad de que sucediera otra vez. Sobre todo cuando el nuevo heredero descubriera por qué las siete

hermanas serían siempre una carga y nunca esposas, madres o anfitrionas. Pero quiso confiar en que Clarence buscaría a alguien apropiado entre sus parientes, alguien que transigiría al conocer su situación... No a un animal que se negaría a escucharlas.

Quiso creer que ese era el problema, que Arian no sabía por lo que habían pasado y por eso no se solidarizaba, pero a esas alturas, engañarse no serviría de nada. Era imposible frenar a un hombre que llegaba con un objetivo. Y aquel era más testarudo y estaba más convencido que ningún otro que hubiese conocido antes. No se le ocurría ni una sola grieta por la que pasar. Por eso tendría que desafiarlo, arriesgándose a que se impusiera a la fuerza, para ganar más tiempo.

Venetia pasó toda la noche dando vueltas por la habitación. Arian Varick era un perro indecente y desconsiderado, pero se figuraba que no le pondría la mano encima por muy rebelde que fuera su reacción..., ¿verdad? Había conocido a hombres violentos de veras, y estos solían ser los que menos lo aparentaban. Claro que, apostar todo a esa carta... Venetia quería a sus hermanas lo suficiente para soportar un golpe, solo que, por preferencia, los evitaría.

Tal vez Fox abogara por su causa. Le había dado la sensación de que tenía un corazón muy noble... cuya grandeza sería proporcional a la testarudez de Arian.

Se devanaba los sesos pensando en un trato que los beneficiara a ambos y no se le ocurriría ninguno. Él no quería a nadie en su casa y eso era lo contrario a la principal súplica de Venetia. A no ser, claro estaba, que pagara por ello.

¿Podría hacerlo? ¿Y si se comprometía a trabajar? ¿Podría reunir lo suficiente al año para abonar la cantidad exacta? Venetia solo podría ejercer como institutriz, doncella o dama de compañía. Y así no se ganaba ni para vivir en una casita pequeña alejada de la mano de Dios, como para sostener la economía de una mansión con una escolanía de sirvientes. A no ser que todas trabajaran sin excepción y pidieran cobijo en la casa de algún noble, aceptando por fin su situación de damas venidas a menos...

Aún lo seguía meditando cuando las primeras luces del amanecer se filtraron por la ventana. Venetia lanzó una mirada triste al espectáculo de su momento preferido del día. Horas y horas estrujándose los sesos y no había sacado nada en claro. Se abrazó a sí misma, tirando a la vez del batín de satén. Al palpar la tela, su humor se vino abajo.

¿No había dicho Arian algo de... señoritingas vestidas de satén? ¿Era satén lo que llevaba? ¿O era seda?

¿Qué importaba? Sus prendas siempre habían sido caras.

La puerta de la habitación se abrió de golpe. No tuvo que girarse para saber

quién era. Se lo había avisado: a la mañana siguiente quería verlas a todas desfilando fuera de su propiedad. Y ella aún estaba sin vestir, muerta de frío y de miedo a lo desconocido.

Frente a esto último, Arian Varick le sonó incluso familiar al infiltrarse en su cuarto.

Se atrevería a decir que, nada más despertar, había ido a buscarla para asegurarse de que cumplía su orden. No vestía más que unos pantalones de algodón algo ceñidos y desgastados, como los que se pondría un hombre poco apasionado por el camisón para dormir, y una camisa de lino con los cordoncillos sin abrochar.

Venetia se estremeció. No había visto nunca a un hombre sin su atuendo de noche. Y él ni siquiera llevaba zapatos.

—Veo que tiene serios problemas para reconocer la autoridad —comentó en voz baja—. ¿Las órdenes de Clarence las acataba, o tampoco?

—Clarence no buscaba hacerme desgraciada —contestó en el mismo tono. Se cerró la bata con un movimiento enérgico, avergonzada por su interrupción—. No puede estar aquí. Es inapropiado.

—Si hubiera preparado sus bártulos no me habría obligado a visitarla.

—Eso no importa. No estoy visible.

—Y yo no estoy para estupideces. ¿Dónde está su baúl?

Venetia apretó los labios.

—No le prometí que fuera a obedecer, señor. Si viene a castigarme puede comenzar. Le aviso que tendrá que ser muy contundente cuando use la mano para moverme de mi sitio.

Arian encontró sus ojos con la mandíbula encajada.

Sobrevino un silencio cortante y lleno de posibilidades.

—¿Cree que la voy a golpear? ¿Así interpretó mi ultimátum?

—¿A qué se refería, si no?

—Vístase y prepare sus cosas o lo haré yo mismo. Y tengo entendido que a las mujeres ricas no les gusta que toquen sus pertenencias.

—A las mujeres ricas no nos gusta que toquen lo que amamos; una vez tocado eso, lo demás nos importa un comino —espetó. Vio que se dirigía al armario y lo abría de par en par—. ¿Qué hace? ¿Va a ir habitación por habitación sacando vestidos?

—Una vez derrotado al cabeza de grupo, la guerra se acaba. En cuanto usted esté en la calle con su sombrerito a medida, sus hermanas la seguirán como corderitos.

El pánico y la desesperación volvieron a adueñarse de ella. Lo agarró de la camisa por detrás y tiró, sin fuerzas, para apartarlo.

—¿Por qué está haciendo esto? ¿Qué tan importante puede ser el dinero para usted? —Usó su propio cuerpo para echarlo a un lado, sin conseguirlo—. ¡Clarence tiene miles de libras! ¡Miles! No necesita alquilar ninguna casa, no necesita hacer nada. Con su fortuna podrá vivir de forma holgada y costearse todos los viajes que tenga programados...

Arian la sostuvo por los hombros cuando sus empujones empezaron a tener resultados.

—No es una cuestión de dinero, prestigio, poder o lo que esté insinuando. No quiero hacer nada con lo que ahora me pertenece. Ni disfrutarlo, ni donarlo, ni mucho menos invertirlo en causas decentes. Mi único deber ahora es vivir en el pecado. Es mi venganza personal. Arruinar la estirpe de otro aristócrata hijo de perra.

Venetia lo miró a los ojos en busca de algún detalle que la convenciera de estar bromeando. Para su tremenda consternación, estaba siendo honesto. Aunque una parte de ella asumió que se estaba interponiendo en lo único que le daría paz, no pudo apiadarse del todo de sus sentimientos.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? ¿Por qué tiene que pagarlo con mi familia? Yo no le he causado ningún daño, señor Varick. No sé qué le hizo lord Clarence... Quiero creer que sus razones para odiarlo de esa manera y hacer que nosotras lo suframos son totalmente legítimas. Pero no es justo que lo traslade a nosotras.

—No voy a negarlo. Claro que no es justo. Igual que no es justo que haya caído esta responsabilidad en mis manos, que no sé ni cómo gestionar, ni he buscado jamás. Igual que cientos de historias que he presenciado y que harían quedar su situación como un capricho ridículo.

—¿Y usted se burla de mí porque no asumo que debo trabajar para ganarme la vida, cuando es el primero que se niega a atender su obligación? Lo quiera o no, esto es lo que le ha tocado.

Los ojos grises del hombre refulgieron como el filo acerado de una espada.

—Claro que atenderé mi obligación... A mi manera. Está muy equivocada si piensa que usted forma parte del grupo. Y estará loca de remate si piensa que quiere convertirse en una de ellas. La estoy librando del escarnio social.

Venetia le dio el perfil, ocultando una sonrisa sarcástica.

—¿Librarme del escarnio social? ¿Acaso sabe usted cuál es mi situación social? Puede que estuviera allí hace mucho tiempo. ¿O es que no le extraña que

haya aquí siete mujeres en edad casadera sin marido?

Al ver que con aquel razonamiento había sembrado la duda en él, cogió carrerilla y prosiguió.

—A mis hermanas y a mí no nos quieren en ningún sitio, señor Varick. Y si no quiero que acaben como usted propuso, pasando hambre y vendiendo su cuerpo al mejor postor... Debo suplicar piedad por su parte.

—De nuevo difamando a las prostitutas.

—Dios santo, no las difamo. Me duele que deban vivir así porque yo no sería capaz de hacer algo parecido. No me parece un trabajo indigno en general, sino indigno de mí. Mis padres me desheredarían si supieran que me dedico a complacer a... Yo no sería capaz de soportarlo. Tal vez haya cortesanas a las que les sea fácil ejercer, porque es lo único que conocen, pero nosotras nunca podríamos acostumbrarnos.

»Por favor —rogó, conteniendo las lágrimas. Agarró su camisa con los puños crispados—. Usted me odia, odia a las mujeres como yo y todo lo relacionado conmigo... Pero en el fondo no es tan malo como para desearnos cualquier miseria. No lo es —insistió, queriendo convencerlos a los dos. A ella y a él—. Si no va a apiadarse de nosotras dejándonos la casa, al menos denos tiempo para que podamos buscar trabajos acordes a nuestras habilidades.

A través de las lágrimas observó que la nuez del hombre temblaba. Sus ojos se habían perdido en algún punto de su rostro, y su desenfoque solo podía significar que estaba lejos de allí, en una realidad distinta. Este debió parecerle lamentable, porque presionó los labios y la sostuvo contra él como si acabara de ver algo terrible.

La soltó tan rápido como se atrevió a tocarla.

—¿Cuánto tiempo? —espetó con brusquedad.

—No lo sé. Un mes.

—Un mes. —Se pasó una mano por la cara—. No puedo tenerte aquí un mes.

—No soy tan miserable como piensa, ni sería tan insoportable la convivencia conmigo. Estoy todo el día entrando y saliendo, haciendo recados, ayudando al servicio y garantizando la comodidad de mis hermanas. No estoy bailando desnuda en la calle ni en las canteras, pero tampoco me abanico toda la tarde. De hecho, trabajo tanto que no me vería nunca. Solo a la hora de comer.

Arian le sostuvo la mirada durante todo su monólogo. No estaba impresionado, pero había algo en su expresión que le decía que se estaba reservando una emoción clave para dejar de sentirse tan pequeña a su lado.

—Créeme, encontraría la forma de verte todo el tiempo.

—Eso ya es problema de su obsesión con las discusiones. Pero si cree que un mes será demasiado, deme dos semanas. Quince días. Prometo no cruzarme en su camino, fijarme un horario distinto y no pasar ni de casualidad por los salones que quiera frecuentar. Aunque, si soy honesta, dudo que alguien nos contrate tan rápido. Nadie nos quiere, señor Varick. Ya se lo he dicho.

Él arqueó una ceja.

—¿Y eso lo está diciendo para que me apiade de usted, o para que la eche lo antes posible? Porque no me queda claro.

—Solo le digo que no somos invitadas a ninguna parte por un motivo, y eso se reflejará también en nuestra oferta de trabajo. No solo somos huérfanas.

—¿Y qué sois?

—Parias.

—Ahora me siento un poco más en sintonía con ustedes, fíjese —ironizó—. Si va a salir a cazar un trabajo, yo participaré en la búsqueda. No me fío de que vaya a cumplir su palabra.

—Mi palabra vale lo mismo que la suya.

—Justo lo que insinuaba: nada.

Venetia intentó alejarse, de nuevo ofendida, pero él se lo impidió abrazándola por la cintura y cogiéndola por la nuca. No encontró el aliento para formular una orden que lo distanciara de su cuerpo, y menos tan cerca de sus ojos de hipnotista.

Había algo en aquella mirada... Algo que le encogía el corazón y lo ponía a vibrar de compasión, en contra de todo lo que en realidad pensaba. No sabía qué era y no se consideraba ninguna intrépida como para ansiar descubrirlo, pero sí le intrigaba lo suficiente para permitir que la abrazara a su manera autoritaria.

—Tiene mucha suerte de haber nacido con carácter y belleza. Seguro que supo desde el principio que me convencería. —Debería haber sonado como un cumplido, pero lo dotó de un significado tan desagradable que la desorientó—. Pero he cambiado de opinión. Le ofrezco dos alternativas.

Venetia se puso en tensión.

—La primera, quince días para encontrar trabajo. Uno para cada una de sus hermanas, donde obtengan un lecho caliente donde dormir. Y la segunda... Concertar matrimonios para las siete con un hombre de mi elección.

Abrió los ojos como platos.

—¿Qué ocurre? ¿Le desagrada? Porque es mi última oferta. —La soltó y retrocedió, tambaleándose un poco, como si hubiera perdido su centro—. Tiene

hasta el mediodía para meditarlo. Consúltelo con sus hermanas si le apetece. A las cinco como muy tarde, vendrá al despacho y me contará qué ha decidido.

Arian no prolongó mucho más su discurso. Su caminata a la salida denotó que no tenía ningún cargo de conciencia. Venetia tuvo que detenerlo diciendo su nombre con voz ahogada hasta tres veces. Cuando se giró, las luces del alba se filtraron entre sus mechones pálidos, y colorearon de una hermosa melancolía sus iris de plata.

—¿Qué le ha hecho cambiar de opinión? —murmuró.

Él no sonreía, pero algo cambió en la distribución de la satisfacción en su semblante. Aunque se tornó oscuro por un escaso segundo, regresó enseguida a la burla gamberra.

—Me gusta que las mujeres me rueguen. Sobre todo las nobles.

Capítulo 4

La imaginó sufriendo y eso fue todo. Le resultó imposible soportarlo.

La vio reuniéndose con un hombre bajo el círculo luminoso de una farola, en los suburbios del Londres más descarnado; cogiendo las monedas que ofrecía, con dedos temblorosos, y levantándose la falda para acabar con ello lo antes posible. Había visto pasar su vida miserable en las calles del East End y un impulso irracional lo obligó a cambiar de planes.

No tenía mucho sentido. Una mujer de su clase conseguiría antes un trabajo respetable que verse rebajada a uno para el que no estaba preparada. Venetia sería doncella o dama de compañía antes que la fulana de nadie. Era resolutiva, testaruda y demasiado hermosa. Y en caso de optar por ese camino, nunca tendría la necesidad de pavonearse con coloretos y carmines en los confines del barrio cockney. Sería la querida más amada de un duque, tanto así que fijaría el precio más alto de toda Inglaterra.

Pero eso tampoco le habría aplacado, si entre tanto pesimismo hubiera conseguido recordar sus virtudes. La mera idea de que Venetia Marsden yaciera con un hombre por necesidad le producía náuseas y un intenso dolor en el pecho, quizás porque había sentido su desolación al insinuarlo.

Era cierto. Tal vez las prostitutas pudieran desempeñar su labor sin pestañear, hablando de las más deshumanizadas por la costumbre, pero una mujer nacida en la abundancia no se desenvolvería con facilidad. Entre las obligaciones, la resaca y el hecho de estar alojado en casa de su peor enemigo, no había conseguido verlo con claridad. Tuvo que hacerla llorar para entender el verdadero significado de echar a la calle a siete muchachas. Siete como ella.

Seguía defendiendo que uno solo podía llamarse honorable si trabajaba para ganarse el pan. No había nada más honrado que luchar por la supervivencia, y por eso los aristócratas le parecían una lacra social. Sabía que tarde o temprano se extinguirían, porque tarde o temprano, el pueblo se cansaría de ver a los ricos engordar mientras ellos se morían de hambre. Ya hubo una revolución en Francia, un ataque a la nobleza ya disuelta. Era cuestión de tiempo que el mundo se contagiara de su espíritu libertador.

Sin embargo, él no podía impulsar ese movimiento, y mientras tanto debía tomar decisiones acordes con la realidad. Unas de las que no se arrepintiera más

adelante. Proteger a un grupo de mujeres que Clarence amó iba en contra de sus objetivos, pero no podía tratar a sus ahijadas como al resto de sus posesiones. Así solo se había puesto al nivel de esos animales con pedigrí que compraban esposas y tenían ayuda para vestirse.

—Veo que ya has entrado en razón —adujo Cassidy, apoyado en el marco de la puerta.

Arian dejó de prestar atención a la colección de volúmenes del despacho. Se reunió con él en el pasillo y juntos tomaron la dirección del invernadero. Cassidy se había empeñado en que conociera todas las partes de la casa.

—No cantes victoria tan pronto. En mi casa no vivirán de gratis. Las voy a casar.

—Esa es una estupenda noticia, sobre todo comparada con la decisión de echarlas como perros. Ya sabrás que a las mujeres nobles las entrenan para encontrar marido, y algunas llegan a creerse que eso es lo que desean.

—Las mujeres nobles corrientes, quizás. Pero si las hermanas de Venetia son como ella, presiento que también rechazará esta propuesta y la disputa continuará hasta el Juicio Final.

—Dios no lo quiera. Ni tú tienes tanto aguante para soportar este ritmo de discusiones, y menos con ella —apuntó, levantando una ceja. Se arreglaba los puños de la camisa al añadir—: Fox me ha contado que le partiste la nariz por interrumpir tu sesión de espionaje.

—Eso no fue así.

—Claro que fue así —se defendió Fox, que apareció de la nada. El mar le había curtido la piel de tal forma que el frío ni le afectaba. Esto le permitía vestir solo una fina chaqueta y parecer acalorado al salir al exterior—. Tienes un oído sobrenatural. Debiste oírme entrar.

Arian lo ignoró y se adentró en el invernadero, una imponente y preciosa estructura de metal rematada por cúpulas de cristal grueso. Estas distribuían distintas formas de arcos entrecruzados, la mayoría descoloridos por la frágil influencia del sol y el paso de los años. El interior no era menos impresionante; allí era más fácil apreciar la altura de los techos y preservar el calor. Al respirar, los pulmones se le llenaron de esa densa y agradable humedad propia de los espacios naturales cerrados.

—Sois conscientes de que, si se decanta por la opción del matrimonio, tendréis que enviar una urgente misiva a vuestros mejores amigos para endosarles a las muchachas, ¿verdad? —retomó.

—¿Eso lo dices porque tú no tienes amigos a los que recurrir? —se carcajeó

Fox.

—Creo que lo dice porque sus amigos no son dignos de las jóvenes.

—Lo digo porque mis amigos no se casarían con ricachonas. Ellos piensan como yo —cortó Arian. Paró en medio del camino de piedrecitas que giraba a la derecha, y apoyó la mano con despreocupación en el respaldo de un banco de piedra—. Pero por supuesto que voy a agotar mis recursos, o dicho de otra manera... Deberíais ir eligiendo a la Marsden que más os guste.

Cassidy lo miró desapasionado.

—No sé por qué me sorprende tu solución ni la forma en la que la planteas. Diría que lo que me asombra es que des por hecho que nos someteremos a tus órdenes.

—Es la mejor idea que he tenido desde que he llegado a este lugar. Y no puedes decirme que salierais perdiendo con estos matrimonios. Son hijas de un marqués. Pura sangre azul.

—Yo las prefiero con sangre roja y bien caliente —apuntó Fox.

—Vamos... No son nada feas, al menos por lo que pude apreciar.

—Hay de todo, como en los mejores burdeles —atajó Fox. Arrancó una florecilla distinta y oculta entre los brotes de pensamientos.

Arian aprovechó su distracción para señalarle y mirar a Cassidy.

—¿A él no le vas a decir nada por comparar la unidad de las Marsden con un prostíbulo?

—Él es marinero, puede permitirse ser vulgar. De hecho, se la recomiendo para sobrevivir entre sus semejantes. Tú eres conde y debes responsabilizarte de lo que dices.

—Empiezo a pensar que tenías la esperanza de que nada más poner el pie en «Tierra Santa» me convirtiera en un caballero de postín. Un pecado de ingenuidad por tu parte, sobre todo siendo un hombre que no cree en los milagros.

—Ahí tengo que darle la razón, Cass. Sabes dónde ha estado Arian desde que era un niño. Conoces los ambientes en los que se ha movido. Dale tiempo para que se vaya concienciando de lo que significa todo esto. Ya es un paso que haya parado el desahucio.

—¿A costa de casarnos con las Marsden? —inquirió Cass, levantando una ceja.

—Eres lo que tengo a mano y no estás de mal ver. Quizá entregando a Fox tenga más problemas.

—¿Bromeas? Soy, con diferencia, el guapo y encantador de los tres. Cass

tiene su inteligencia, y tú... Bueno querido; tú lo intentas.

—Permíteme que te corrija. Yo soy el guapo —repuso Arian—, tú eres el bromista, y Cass, el listo.

—¿Por qué no dejamos las categorías a las mujeres?

—Porque para las mujeres solo existe una categoría: la de la conveniencia —respondió Arian, mirando a Cassidy.

—Exacto. Y yo soy convenientemente apuesto —zanjó Fox, con una sonrisa de sobrado—. Me apuesto las botas a que el último en casarse serás tú.

—Eso por supuesto, dado que no pretendo casarme.

—Un momento, y a ver si lo he entendido bien —intervino Cassidy, soltando una flor que estaba estudiando de cerca—. ¿Vas a concertar un matrimonio entre las Marsden para tus hermanos y tus amigos, mientras tú continúas soltero?

—No puedo casarme, Cass porque no puedo tener un heredero. Lo único que he de hacer, ahora que no puedo librarme de este peso sobre los hombros, es sabotear lo que he recibido. Eso incluye obstaculizar la línea de sucesión.

—Aunque no tuvieras un hijo, el título acabaría en manos de alguien.

—Pero no tendría el apellido Bellamy, ni tampoco mi sangre. La estirpe de la que Clarence tanto se jactaba tiene que extinguirse. Además de que un crío y una esposa decente solo traerían honor a la casa. Estaría cumpliendo con lo que se espera de mí.

—Si lo que te preocupa es la honorabilidad, cástate con tu caballo —soltó Fox—. Si Calígula pudo nombrarlo senador...

Arian miró a Foxcroft sin entender.

—¿Quién es Calígula?

—Veo lo que quieres decir —interrumpió Cassidy—. Pero si no vas a predicar ese ejemplo, yo no te voy a seguir. No lo haría aunque tomaras esposa.

—¿Por qué no? ¿Acaso no quieres descendencia o mujer? De los tres, eres el único al que reconocieron sus padres. Te apellidas Davenport porque te lo puso el abogado. Tus hijos nunca serán acusados de haber sido engendrados por un bastardo. Tendrían una vida espléndida.

—Por ahora no me apetece casarme. Estoy muy cómodo con mi amante.

—No son realidades irreconciliables. ¿Y quién no sueña con tener dos mujeres?

—Alguien que tuviera que mantenerlas a ambas —bromeó Fox.

—Como yo, por ejemplo —cabeceó Cass.

—Nadie querría otra dama con una señora como esa. Su viuda es una belleza sin igual —defendió Fox—. Tampoco cuentes conmigo, Arian. Yo estoy casado

con el mar. Nunca podría sentir nada parecido por una mujer, y no me casaría para castigarla con mi ausencia.

—¿Estás seguro de que tu ausencia sería un castigo? —se burló—. Llévatela a tus viajes y cierra el pico.

—Un barco no es lugar para una dama. No sería feliz. Y eso por no añadir que las mujeres dan mala suerte a bordo de un navío.

—A un lado tus estúpidas supersticiones, ¿qué quieres decir con todo esto? ¿Que vas a morir solo montado en un barco?

—Tú vas a hacerlo también, solo que en la cama de nuestro padre. Yo por lo menos tengo a mi tripulación —apostilló con perspicacia—. No contemplo la existencia de una joven capaz de hacerme cambiar de idea. Si la hubiera, entonces lo dejaría todo para seguirla al final del mundo. Pero no es ninguna de las Marsden, me temo.

—¿Cómo lo sabes?

—El amor a primera vista es el único que existe —expresó, avanzando por el camino de tierra—. Las he visto a todas y he tratado personalmente con ellas. Ninguna me ha inspirado nada. Pero conozco a unos cuantos hombres que no se negarían a desposar a las muchachas.

Cassidy miró a Arian.

—No me parecerá apropiado que cases a las hijas de un marqués con bucaneros y contrabandistas.

—No hablo de los contrabandistas, que de todas formas son muy respetables, sino de hombres con dinero, sentido común y los pies en la tierra con los que he tratado. Tengo de todo. Tenientes y capitanes, retirados y aún a bordo, con y sin lesiones permanentes, jóvenes y más maduros. Elegirán donde quieran. Incluso si les apetece un español o un francés...

Arian soltó una carcajada que no llegó a su cenit. Al ubicar una figura femenina entre los brotes de rosas, se irguió y juntó los labios, interiormente encogido por el encuentro con sus ojos verdes. Ella tuvo una respuesta parecida. Rompió la postura —estaba agachada junto a las flores— y se incorporó para enfrentarlo. Al quitarse el sombrero de ala ancha y pasarse el dorso de la mano por la frente, unos mechones oscuros resbalaron por sus sienas.

—Lady Venetia —saludó Fox, poniendo los brazos en jarras—. No sabíamos que estaba aquí. ¿La molestábamos con nuestra cháchara infernal?

—En absoluto —sonrió, aunque algo incómoda—. Ni siquiera me había dado cuenta de que me acompañaban. Por mí no rompan filas, hay espacio para todos.

Fox y Cassidy hicieron un educado asentimiento con la cabeza que ella devolvió antes de volver a sus labores. Arian la siguió con la mirada.

Venetia agarró la regadera que la esperaba en el borde del camino y volvió al pasillo delimitado por piedrecitas, alejándose en dirección a otro cuadrante. El frufú de la falda recreó un eco en sus oídos que taponó los comentarios de sus hermanos.

—Aléjate un poco —oyó que decía Fox—. No vaya a ser que vuelva a darle un pronto posesivo y nos golpee por mirarla.

Arian se giró hacia él, molesto.

—Fue un accidente. No puedes atacar a un hombre por la espalda.

—¿Y a una mujer sí? Porque parecías a punto de saltar sobre ella, justo como ahora. No te culpo —se carcajeó Fox. Se dirigió con tranquilidad hacia el banco de piedra y allí se sentó como si fuera amo y señor, separando las piernas todo lo que pudo y más—. No sé qué es más evidente, si que la quieres para ti, o que la única forma de conseguirlo sería tomándola en contra de su voluntad.

Los ojos de Arian se convirtieron en una fina línea grisácea.

—¿Qué estás diciendo?

—Digo que sería mejor que te fueras olvidando de milady. Las mujeres como esa... —Hizo un gesto con la barbilla hacia su figura vestida de negro—, no están al alcance de hombres como tú. Te despacharía antes de que pensaras el primer halago.

—¿A qué te refieres con «hombres como yo»? Porque la última vez que me levanté, seguía siendo conde de Clarence. Y los condes pueden tener lo que les venga en gana... ¿O me han informado mal?

—A eso me refería con que podrías tomarla en contra de su voluntad. Podría casarse contigo por conveniencia, o entregarse a ti por obligación; sobre eso, la madre de Cass sabe mucho, ¿no? Clarence se fijó en ella y no es como si pudieras negarte a las órdenes de un hombre de esa importancia. —Encogió un hombro—. Pero nunca dejaría de despreciarte. Ser conde no es solo el título y las posesiones, sino la actitud. Y tu actitud... En fin, no hace falta que comente nada al respecto. Podemos remitirnos a lo sucedido hace poco más de veinticuatro horas.

Arian miró a Cassidy, que había perdido el hilo de la conversación en favor de la observación del terreno. Esperó con paciencia a que regresara de su embeleso.

—¿Piensas como él?

El mediano buscó con la mirada el punto negro. Venetia estaba a tan solo

unos metros, lo bastante lejos para no averiguar el tema de conversación, pero también suficientemente cerca para apreciar su delicada belleza.

—Creo que atreverte a desear a una mujer así sería un capricho descarado incluso para ti. Eres un maleducado y no has sabido respetar ninguno de los ámbitos de su vida.

—¿Acaso eso le importa a las aristócratas? Lo único que esperan de un matrimonio es comodidad.

—Pero no estamos hablando de matrimonio, ¿me equivoco? Sino de seducción —acotó Cassidy, con su acostumbrada perspicacia—. Partiendo de la base de que las mujeres de su condición no ceden a relaciones impúdicas, dudo que fuera a entregar sus principios a cambio de las caricias de un hombre que la desprecia.

Arian quiso desmentirlo, pero la palabra de Cassidy no era de fácil derribo. No tenía ni la mitad de su sabiduría respecto al protocolo, conveniencia matrimonial y pensamiento aristocrático, y, además, su hermano nunca mentía. Al final tuvo que quedarse callado, mientras atendía a lo lejos las faenas de jardinería de la joven. La impotencia se fue adueñando de él poco a poco. Al lado de una mujer así era imposible no experimentar una detestable sensación de inferioridad.

Odiaba que, aun siendo ahora noble, siguiera teniendo la impresión de que debía disculparse por pisar el mismo suelo que una «sangreazul». Si había sacado una buena lectura de su nueva vida, era la convicción de que nadie volvería a pasarle por encima. Y ella lo hacía de forma constante. La diferencia entre los malos tratos del pasado y las miradas llenas de reproches de lady Venetia, era que las segundas no solo le hacían rabiarse, sino que también... le dolían. Por un lado sentía la imperiosa necesidad de demostrarle, como solo harían los tiranos, que ella ahora estaba a su merced y debía obedecer. Si él le pedía cualquier locura impensable, tendría que cumplirla. Se le había pasado por la cabeza mantenerla en casa, a ella y al resto de su tropa, a cambio de la cata de su cuerpo. Pero seguía siendo un hombre con conciencia, muy a su pesar, y era la propia claridad de la mujer la que iluminaba sus pensamientos, lo que desterraba cualquier mala idea.

Solo quería dejar de ver el desprecio en sus ojos.

—No he sido tan terrible con ella, ¿verdad? —preguntó, vacilante.

—Claro que no. Has sido bastante peor.

Arian fulminó a Cassidy con la mirada. Este ni se inmutó.

—Sabes que digo la verdad. Discúlpate y se acabó.

¿Disculparse? Ella lo había amenazado, abofeteado e insultado sin filtro varias veces, por no mencionar que un humilde juglar de taberna también tenía su orgullo. Por lo pronto no pensaba pedir perdón a alguien que, por bastardo, le giraría la cara en público. A él y a sus hermanos. Por no mencionar que lo último que aquella engreída necesitaba era que le diera más motivos para creerse por encima. Si llegaba a enterarse de lo débil que le hacía sentir estaría perdido. Perdería su poca credibilidad.

—Necesitaré que también contactes a tus amigos —le dijo a Cass, cambiando de tema—. Seguro que conoces a algún rico u hombre importante que ande en busca de esposa.

—Sí, conozco a unos cuantos. Pero mi trabajo se aleja bastante del de una casamentera.

—Oh, ¿y yo sí tengo cara de Cupido? Cierra el pico y ayúdame a resolver este maldito caos. Es lo mínimo que puedes hacer habiendo sido el portador de la mala noticia. A veces me pregunto por qué no rompiste el testamento y lo enterraste con los restos de Clarence.

—Porque no soy sepulturero y me dan respeto los muertos. —Le dio una palmadita en la espalda—. Ya no podemos cambiar nada. Lo más inteligente que puedes hacer es acostumbrarte a este nuevo mundo. Estoy aquí para ayudarte, dirigirte si aún no encuentras la dirección, aconsejarte... Me importa tanto como a ti que halles tu camino.

—Bueno, ya está bien. —Se quitó su brazo de encima—. ¿Qué has desayunado? ¿Poesía de Shakespeare?

—Milord —interrumpió una voz femenina. Arian soltó a Cassidy y se giró con rapidez. La mirada airada de Venetia lo puso en su lugar antes de que pudiera decir nada—. Cuando quiera nos veremos en su despacho para zanjar el asunto.

Arian asintió.

—La esperaré allí —respondió con voz queda. Ella se recogió la falda y, tras despedir al silencioso Fox con una sonrisa, se dispuso a marchar. Solo Dios sabría por qué Arian tuvo que intervenir otra vez—. Hace un buen trabajo aquí, lady Venetia. Es un lugar encantador.

El cuerpo femenino estuvo a punto de quebrarse por la rigidez. Lo enfrentó con el ceño fruncido, quizás buscando la ironía. Al no encontrarla, parpadeó y murmuró:

—Gracias, milord.

La vio salir con prisa, como si no quisiera arriesgarse a que la abordara de

nuevo. O a que estropease el momento. O tal vez solo la esperaba una tarea importante; no había necesidad de ponerse en el peor de los casos, pero la cabeza de Arian estaba programada para verlo todo desde la perspectiva que fuera más humillante. Humillante para él mismo. No obstante, eso estaba a punto de cambiar.

Si su padre lo pudo legitimar, conseguiría que Venetia y el resto de sus hermanas lo hicieran también. Incluso contaba con que, con el tiempo, iría deshaciéndose de la mediocre consideración en la que se tenía. Y el primer paso para acercarse a ese objetivo sería a través de ella.

—Hace poco también era imposible que abandonara las cloacas para dormir entre doseles, ¿no es cierto? —retomó, sin perder de vista el vestido negro—. Mucho más imposible que ganarse los afectos de una mujer rica.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Fox.

—Quiero decir que conseguiré que me corresponda.

—Para eso primero tendrás que hacer que deje de odiarte, ¿no crees?

—¿No has oído lo que se dice? —intervino Cassidy, con una sonrisa sutil—. Del amor al odio hay solo un paso.

Foxcroft bufó.

—Yo diría que en el caso de Arian se necesita más que un paso. Se necesita un viaje a América... solo de ida. Pero buena suerte con eso. Desde luego, ver cómo lo intentas resultará de lo más divertido.

Capítulo 5

Venetia se detuvo delante de la puerta del despacho. En lugar de entrar, tuvo la prudencia de aguardar a que el conde llegara. Aunque parecía de buen humor esa mañana, tal vez encontrara en el atrevimiento de sentarse la excusa perfecta para volver a denostarla. Pensó, con una sonrisa triste, que nunca tuvo un problema de ese tipo con Norbert, quien insistía en que se movieran como si estuvieran en su casa. Hasta el punto en que se lo creyó.

No se permitía pensar mucho en él. No solo porque su muerte, aunque esperada, fuese un recuerdo doloroso. No porque odiaría tener que admitir que nada volvería a ser lo mismo. Era porque tenía demasiadas responsabilidades que afrontar y la pena en la que la había sumido su marcha entorpecería la búsqueda de soluciones que tanto necesitaba.

A veces parecía que en el mundo de los aristócratas no había cabida para la tristeza, la ilusión y el resto de emociones humanas: nada más se enterraba a un noble, debía celebrarse una fiesta en honor a otro. Y luego la gente se atrevía a llamarlos desalmados y superficiales, como si no sufrieran las consecuencias de ese continuo vaivén emocional; como si no hubieran tenido que traicionar su corazón para seguir una regla de comportamiento que alguien impuso una vez. Uno debía poner en pausa su humanidad para sobreponerse al día a día. Algunos lo conseguían rápido porque eran fuertes, por la costumbre que arrastraban de la infancia, o porque tenían tan interiorizado su deber que por cuestión de prioridades no daban mayor importancia a las tragedias. Otros, como era el caso de Venetia, lo conseguían aferrándose a lo que tenía a su lado.

Sus hermanas.

Pero era cuestión de tiempo que le faltaran, porque la idea del conde de separarlas para estrenarse como esposas había sido acogida con gran júbilo. Venetia se había enfrentado a las seis esa misma mañana para exponer la situación actual. Debían marcharse lo antes posible, y para ello, sus manos serían entregadas en matrimonio.

Le habría gustado que la reacción generalizada hubiera sido similar a la suya: que todas se hubiesen levantado en contra de las órdenes del conde y hubieran defendido con uñas y garras la casa que Norbert abrió para ellas.

Nada más lejos de los aplausos, sonrisas y saltos que dieron por todo el

salón.

—¿Significa eso que iremos a Londres y seremos presentadas en sociedad? —preguntó Rachel, mirándola con sus enormes ojos tristes. En su tono casi siempre civilizado se impuso un leve temblor de emoción—. ¿Y nos invitarán a bailes... e iremos a fiestas, a las carreras de caballos en Ascot, a las cacerías y las partidas de cricket?

—¡Cricket! —exclamaron Frances y Florence al unísono. Se miraron con una sonrisa juguetona. Fue la segunda la que siguió hablando—. ¿Las mujeres pueden participar en esas carreras? Alban me ha enseñado a montar a horcajadas. Estoy segura de que podría ganarle a cualquiera, sobre todo si hay un gran premio en juego. ¿Lo hay?

—¿Qué más dan los caballos? —se quejó Frances—. Yo lo que siempre he querido es conocer la ciudad. Dicen que parecen dos diferentes, tan distintos como son el barrio rico del pobre, y que en el menos privilegiado se pueden encontrar toda clase de negocios ilegales...

—Nadie ha dicho que vayamos a ir a Londres —cortó Venetia—. Lo único que sé es que lord Clarence quiere que nos marchemos de su casa y para eso ha ofrecido la alternativa de casaros.

—¿Por qué lo haces sonar como si fuera una tragedia? —espetó Brenda, poniendo los brazos en jarras.

—Porque lo es. Nos está obligando a dejar todo lo que Norbert nos cedió porque pretende alquilar la casa, y...

A saber por qué no quiso continuar cuando solo estaría contando la verdad. Quizá porque se dio cuenta de que estaría imponiendo a sus hermanas una idea negativa del conde, cuando sería injusto. Era cierto que a ella la había tratado como a un perro, y que se había referido a sus hermanas en no muy buenos términos, pero no sentía que fuera nadie para poner en su contra a un elenco de muchachas solo para que la acompañaran en el sentimiento. Además de que saltaba a la vista que ninguna tenía nada en su contra. Más bien al revés.

—A mí me importa un comino por qué quiera que nos marchemos. Soy la primera que odia esta jaula de oro con todas sus fuerzas. Vivimos alejadas de la civilización, donde Cristo perdió las sandalias; no salimos ni para ir al pueblo, que de todos modos está repleto de paletos, y la única interacción que tenemos con seres humanos aparte de nosotras mismas, se limita a dar órdenes a los sirvientes —farfullaba Brenda—. Que haya llegado un hombre decidido a encontrarnos un marido decente me parece un regalo de Dios.

—Más que un regalo de Dios, es un milagro —habló Audelina al fin, que

hasta entonces había estado absorta en su lectura. Ni el desahucio ni el matrimonio le parecían más importantes que averiguar si Emma admitiría o no sus sentimientos por el señor Knightley—. Difícilmente encontrará a un hombre dispuesto a casarse con una Marsden; no me quiero ni imaginar la caza de brujas que sería convencer a siete.

—Oh, por favor. —Brenda puso los ojos en blanco—. Ni sabrán si seguimos vivas, como para recordar nuestra historia familiar. Hace casi cuatro años ya. Estoy segura de que desde entonces ha habido suficientes escándalos para tapar veinte como el de nuestros padres.

Audelina cerró el libro con su característica parsimonia y lo dejó sobre la mesilla. Su serenidad ayudó a apaciguar parte del nerviosismo de Venetia, que aún guardaba la esperanza de que se pusiera de su parte y las animara a rebelarse.

—Yo no estaría tan segura. La gente tiene muy buena memoria para lo que le interesa.

—Oh, vamos... ¡Míranos! —exclamó Brenda—. Llevamos tres años recluidas en una mansión en Gateshead, a millas de la ciudad donde sucede la magia. ¿De veras crees que le va a interesar a alguien recordarnos?

—Con la de cosas malas que se me podrían ocurrir para pasar a la historia... Sería injusto que me recordaran por una que ni siquiera hice yo —añadió Frances, con la barbilla entre los dedos entrelazados—. Podría liberar a los perros de caza de algún noble en mitad de una fiesta, o limpiarme un estornudo con el vestido de una dama de la corte, o...

—Yo alegro de que milord vaya a darnos la oportunidad de construirnos una nueva reputación —apuntó Rachel.

—Desde luego es lo más bonito que podrían hacer por nosotras —continuó Brenda. Empezó a caminar alrededor del diván, mirando a Venetia por encima del hombro—. Ese estúpido egoísta de Norbert tenía poder e influencia de sobra para colocarnos al frente de un marquesado, y no lo hizo porque le daba un miedo terrible quedarse solo. No dejaba de repetir que no nos invitarían a ninguna fiesta, que seríamos las apestadas... Cuando con solo aparecer detrás de su apellido nos podríamos haber convertido en las casaderas más solicitadas de la historia. Teniendo en cuenta su lamentable papel, ¿de verdad crees que Arian Varick es el hombre malo? Buena suerte intentando hacer que lo vea como el villano.

—Yo no he intentado tal cosa, ni tampoco lo haré —repuso, ofendida—. He expuesto los hechos tal y como son.

—¿De veras? Porque no te he oído decir en ningún momento que Arian Varick nos ha salvado la vida. Será cosa mía, que prefiero salir y que me escupan a los pies si es necesario, a permanecer recluida en una fantasía donde no pasan las horas, me salen arrugas y ya he bordado todas las telas de la maldita Inglaterra.

—Odio ser yo la que lo diga, pero tiene un punto —nurmuró Rachel—. No importa cuál sea el trasfondo de su deseo de casarnos. No cuando nos beneficia en todos los sentidos.

—Yo no estoy muy interesada en un marido, pero reconozco que puede ser una experiencia muy divertida —exclamó Florence—. Y estaría dispuesta a sacrificar mi soltería a cambio de las miles de propuestas ociosas que hay en la capital. O en cualquier otro sitio. Tengo Gateshead demasiado visto.

—Menudo eufemismo —bufó Brenda—. Gateshead lo tengo visto, comido, masticado y vomitado. Es peor que el condenado infierno.

La reacción de Brenda no le sorprendía en lo más mínimo. Nunca se sintió en sintonía con Norbert, pese a que este intentaba por todos los medios complacerla. Además, era la única que aún se refería a sus padres en pésimos términos.

No siempre había tendido a culpabilizar a los demás de sus miserias, pero sí que nació con un complejo de superioridad que se acentuaba con el paso de los años. Y no lo escondía. Era una de esas mujeres que se dejaba conocer en todos los sentidos porque no se avergonzaba de sus defectos. Incluso pretendía que alabaran su virtuosismo como ella lo hacía. Venetia sabía que si había llegado a ese punto era porque podía permitírselo; porque todos satisfacieron sus caprichos desde la tierna infancia y se había convertido en una belleza de aspecto exótico a la que se le permitiría cualquier exceso.

En cuanto a las demás, debería haberlo supuesto. Las mellizas, Frances y Florence, tenían una imaginación inigualable que les permitía reinventarse a sí mismas en el día a día, haciendo de una finca mil veces recorrida, el escenario de una batalla de dragones, o de un establo abandonado, la torre donde una doncella lloraba el regreso de su caballero. No obstante, a la par que iban haciéndose mujeres, crecía su ambición y ansia de explorar el mundo, descubriendo que Beltown Manor se les quedaba pequeño. Rachel, aun siendo lo bastante introvertida para no atreverse a soñar en voz alta, guardaba anhelos románticos en su corazón que habían encontrado el momento perfecto para salir a la luz. Audelina siempre abogaba por la coherencia y la unanimidad, y aunque no quisiera salir de casa puesto que todo lo que necesitaba estaba entre las páginas

de una novela, se sacrificaría por el bien de sus hermanas.

En cuanto a Dorothy...

—Dorothy —llamó Venetia. La pequeña levantó la vista de los zapatitos y la miró con una sonrisa escueta—. No has dicho nada en todo este rato. ¿Qué te parece la idea?

Dorothy era una jovencita vulnerable, en extremo sensible y dependiente, todo esto como resultado de la cadena de hechos traumáticos ocurridos durante su infancia. Solo tenía diez años cuando tuvo que afrontar la marcha de su madre, y doce cuando su padre murió. La necesidad de una figura paterna la había empujado a los brazos abiertos de Norbert Bellamy, llegando a compenetrarse tan bien con él que en los últimos tiempos se la había escuchado llamándola «papá». Era otra de esas pérdidas que no conseguía superar, aunque trataba por todos los medios de mostrarse alegre y no preocupar a sus hermanas.

—Yo... —Se miró las manos—. Estoy... No he dicho nada porque me ha sorprendido la... generosidad del conde. Estoy muy... emocionada por la oportunidad que nos ofrece. —Esbozó una sonrisa—. Será divertido.

—¿Divertido? Dorothy, un matrimonio no es un juego. Si te lo tomas así es muy probable que no salga bien.

—Pero es la finalidad de nacer mujer. Hemos sido educadas para esto. Tiene que salir bien. Confío en que saldrá bien —insistió, como si quisiera convencerse a sí misma.

Y tal vez lo hubiera hecho. A lo mejor Dorothy salió del salón para el almuerzo creyendo que la ilusionaba la idea, pero Venetia se quedó un rato más allí sentada, meditando.

Solo tenía quince años. Las muchachas de su edad aún estaban terminando su educación a manos de institutrices o en internados para señoritas. Por muy claro que tuviera su deber, no estaba lista para cumplirlo. Sobre todo porque Venetia, creyendo que su situación no mejoraría, se encargó de que se hiciera a la idea de que era casi imposible que llegara a casarse algún día. Estaba convencida de que su reacción tenía que ver con aquello: Dorothy se acomodó en la garantía de que nadie querría tener nada que ver con las Marsden, y ahora no sabía cómo encajar otra alternativa. Eran demasiadas malas noticias y giros radicales en muy poco tiempo, y nadie a excepción de Brenda había esperado un milagro.

—Estarán bien —le aseguró Audelina, cogiéndola de la mano—. Y no creas que eres una incomprendida. Entiendo tu frustración. Siempre te has sentido a salvo de todos con Norbert.

—No creo que lo entiendas. Tú nunca has sido blanco de burlas —murmuró, negando con la cabeza—. Preferiría trabajar a volver a exponerme en el mercado matrimonial, sabiendo lo que dirán de mí. Aunque no es como si hubiera pretendido casarme en primer lugar. Si se me ocurre mezclarme con vosotras cuando os presenten, os repudiarán por mi culpa.

»No intentes consolarme o convencerme de lo contrario —añadió, al ver que Audelina iba a replicar—. Tú misma lo has dicho antes. La gente tiene muy buena memoria para lo que le interesa, y mientras lord Wilborough esté vivo, lo que pasó... también.

Audelina estrechó su mano en un vano intento por transmitirle fuerzas.

—¿Lo sabe el conde?

—No —murmuró—. Y no sabría cómo decírselo.

—En mí no busques una lluvia de ideas. Pero da igual de qué forma: se lo tienes que decir. Será peor si se entera por otras fuentes.

—Si ya me ha despreciado sin hacer más que darle la bienvenida, no quiero ni imaginar cómo se tomará...

Sacudió la cabeza y se quedó mirando los dibujos de la alfombra. Notó que su hermana se sentaba a su lado en la redistribución de los pesos del almohadón.

—Vamos, Nesha. Tener miedo no es tu estilo.

Venetia la miró con ojos tristes.

Su hermana era una criatura muy particular. Etérea, habitante de mundos imposibles y lejanos, y a la vez, terrestre, más mundana que ninguna. Era cariñosa de una forma que escapaba a la comprensión de los más inteligentes: Audelina no abrazaba ni regalaba besos, y ya era una hazaña que contar a los nietos que la hubiera cogido de la mano. No obstante, su amor se sentía con solo compartir una mirada. Sus dulces ojos castaños encerraban la bondad de una madre, de una abuela, de una Virgen. Hacía sentir comprendido a todo el que se sentara a su lado.

—Y no me da miedo. Él no me da miedo. Ni lo que piense de mí —replicó. Tragó saliva—. Me da miedo cómo hace que me avergüence de mí misma por cosas que nunca me han parecido nada del otro mundo. Imagina cómo me haría sentir si le hablara de lo único que aún me afecta.

—Confío en que se percatará de tu desconsuelo al hablar del tema y no se atreverá a decir nada desagradable.

—Oh, se nota que no has lidiado con él. No es la clase de hombre capaz de advertir el sufrimiento ajeno. Ni de los que se solidarizan. Es despiadado y grosero.

—Grosero, puede ser. Pero mí no me pareció despiadado cuando casi se le salieron los ojos al vernos. Yo diría que esto le viene grande y necesita ayuda. Piensa que no todo el mundo tiene tu talento para encontrar soluciones, poner parches y organizar vidas.

Venetia había suspirado entonces, en el salón con su hermana, y suspiró de nuevo con la espalda apoyada en la puerta del despacho. Habían pasado ya diez minutos desde que empezó a esperar; una hora y media desde su encuentro en el invernadero, donde Arian se había burlado de sus flores con un comentario irónico. Bueno... Siendo justos con la verdad, no sonó sarcástico al decir que admiraba su mano con la jardinería, pero conociéndolo solo un poco debía ponerse en lo peor.

—«El amor es un humo que sale del vaho de los suspiros», dijo Romeo — exclamó un vozarrón cantarín. Venetia se topó de frente con los ojos negros del único pirata que también era bandolero—. ¿A qué viene tanta melancolía, milady? Si no me han informado mal, al final del día tendrá un esposo en camino.

No le dio tiempo a madurar que pareciese que Arian consultaba cada paso que daba con su hermano. Apareció un segundo caballero, este mucho más esbelto y elegante, con intenciones de presentarse. Saltaba a la vista que no tenía nada que ver ni con Arian ni con Fox; vestía de forma impecable y con un escrúpulo que rozaba lo enfermizo. Llevaba las ondas del cabello acomodadas como imaginaría en un príncipe, y su expresión calma era el reflejo del sentido común.

Venetia extendió la mano antes de que tuviera que pedírsela. Recordó haberlo visto cuando bajaba las escaleras para abofetear a Arian... o ese había sido más o menos el orden de actuación. Y después otra vez en el invernadero.

—Lady Venetia, por fin nos conocemos propiamente. Cassidy Davenport a su servicio.

—Encantada de conocerle —murmuró, dudosa—. ¿Usted también ha venido en calidad de acompañante? El señor Stubton me dijo que ofrecía apoyo moral a milord.

—No con exactitud. Ofrezco apoyo moral, pero también administraré sus finanzas a partir de ahora. Soy experto contable en Londres. Aunque es cierto que se me han asignado otros roles; también estoy aquí para traducir al cristiano los exabruptos del señor Varick y representarlo en según qué ocasiones.

Aquello le produjo una extraña punzada de decepción.

—¿Quiere decir con eso que no va a venir él en persona esta tarde?

—No va a tener esa suerte —interrumpió el tercero de la discordia. Venetia soltó la mano de Cassidy y se giró hacia él. Fue quien empujó la puerta del despacho sin mucha elegancia y le hizo un gesto para que pasara—. ¿No es esto lo que se hace? ¿Dejar que las mujeres cojan sitio antes?

—Sí, eso ha estado muy bien como gesto educado —asintió Cassidy.

—Gracias, señor Davenport.

—A la orden, milord.

Venetia alternó una mirada a uno y a otro con la sensación de que se estaban riendo de ella. Demostró que no le importaba cuadrando los hombros y pasando, después de murmurar un seco agradecimiento que fue contestado con un gruñido.

Siempre fiel a su naturaleza animal.

Entró sin prepararse para enfrentar los recuerdos. La abordaron sin paños calientes nada más fue consciente de dónde estaba.

Se había convencido de que era el despacho de Arian ahora; de que, con él allí dentro, no le costaría separarlo de todas las veces que leyó para Norbert o le contó las batallitas del día mientras él ponía en regla sus asuntos diplomáticos. Pero la cruda realidad fue que reconoció en el aire el olor familiar de su pariente.

Todo estaba en su sitio. Cada detalle irrelevante. Como si nadie hubiera entrado allí desde entonces, o lo hubiese hecho sin tocar nada. El sillón orejero de la esquina opuesta al escritorio seguía apuntando hacia la ventana. Ella lo había movido así la última vez para que la luz natural alumbrara las pequeñas letras de su última lectura. Nadie había limpiado la minúscula mancha de brandy de la alfombra, y la montura que el conde usaba para aumentar la visión de cerca reposaba todavía sobre un montón de papeles.

La abrumadora certeza de que no podría retener las lágrimas fue acogida con voz de alarma. Venetia cogió aire de golpe y buscó alguna distracción para controlar sus emociones, encontrando una inspiradora de sobra en la mueca de Arian. Este también estaba observando el rincón preferido de Clarence, pero era obvio que no le generaba los mismos sentimientos.

El nuevo conde caminó como si no quisiera dejar huella hacia el escritorio, que miró de reojo y con la mandíbula desencajada antes de decidir que no iba a sentarse. Se cruzó de brazos y esperó a que sus dos perros fieles abandonaran todo recelo para acomodarse en los sillones.

Venetia lo enfrentó también de pie. La única forma de combatir su intimidatoria presencia era estirándose y mirándolo como si no le importara demasiado, armándose de una máscara que ayudara a reconducir sus

pensamientos.

Arian Varick no era uno de esos hombres fáciles de desdeñar, y no necesitaba la aristocrática postura o la finura de Norbert Bellamy para hacerse notar. Venetia odiaba tener que admitir que incluso si se lo hubiera cruzado por la calle una sola vez, lo habría recordado durante el resto de su vida. Imponente, vigoroso y desgarradoramente atractivo de una manera extraordinaria. Así era como imaginaba a los vikingos: de cabello liso y pálido, mirada sombría y figura guerrera.

—¿Va a decirme de una vez qué ha decidido, o tendré que esperar al año que viene? —le espetó.

Venetia se mordió la lengua para no espetarle una barbaridad. En su lugar, entrelazó los dedos de las manos y los dejó sobre el regazo, esperando que se le contagiara su diplomacia aunque fuese por casualidad.

—Mis hermanas están entusiasmadas con la idea de casarse. Solo dudan de si tendrán la oportunidad de viajar a Londres y presentarse en sociedad, algo que les haría muchísima ilusión.

—Entonces todo es maravilloso. ¿A qué esperamos para zanjar el negocio?

—Agradecería que no se apresurase. Aún guardo mis reticencias al respecto.

—Sus reticencias, por supuesto. Las echaría de menos si dejara de espetármelas a la cara.

—¿Y no echas de menos la cortesía y el civismo? Porque yo sí —terció Cassidy, cruzando las piernas. Venetia le dirigió una mirada entre agradecida y cansada, reservándose la sorpresa por la tranquilidad con la que había corregido al conde delante de una invitada. Invitada, porque eso era desde que la propiedad cambió de manos.

Arian cogió aire haciendo todo el ruido posible. Se apoyó en el borde de la mesa.

—Ya se habrá hecho a la idea de que me corre bastante prisa casar a sus hermanas, así que no puedo esperar hasta la primavera, que es cuando inicia la temporada londinense. Por si esa respuesta no la satisficiera, en la capital no vive nadie en invierno, además de que me tendrían que partir tres rayos antes que prestarme a desfilas con el resto de esos palomos.

—Me consta que los lores se marchan a sus residencias oficiales en estas épocas —apuntó ella, obviando la última anotación—, pero los burgueses y otros nobles trabajadores permanecen allí todo el año.

—Sí, pero imaginé que se tomaría como un insulto que pretendiera unirla en santo matrimonio a un hombre inferior a duque. Si me equivoco siempre está a

tiempo de iluminarme.

Venetia controló el nerviosismo presionando las manos entrelazadas contra su estómago.

—Sería el honor de cualquiera desposarse con un duque, no me malinterprete. El problema es que... Ya insinué durante nuestra conversación que no sería una empresa sencilla encontrar marido para las Marsden.

—Me pude hacer una idea en cuanto conté siete faldas.

—No tiene nada que ver con el número, sino con nuestra reputación —replicó enseguida—. Pero antes de explicarme, me gustaría que me diese su palabra: que prometiera que cuando esté al corriente, no cambiará de opinión y rescatará la orden de desahucio.

Arian frunció el ceño y ella se temió lo peor.

—¿Han matado a alguien?

Venetia abrió la boca.

¿Acababa de decir eso? Porque no lo había hecho, pero le estaba dando inspiración para probar suerte en el mundo criminal.

—¿Qué? ¡Por supuesto que no!

—¿Alguna se entregó a un tórrido romance con un desconocido?

Venetia desencajó la mandíbula.

—Claro que no. ¿Cómo se atreve?

—Entonces... —Arian miró a sus consejeros en busca de ayuda—. ¿Qué se supone que podría hacer complicada la búsqueda de un marido? ¿Alguna es coja, tuerta o tartamuda?

—No, señor Varick. Y le agradecería que dejara de reírse de mí. Hay muchos factores que complicarían la delicada tarea de encontrar esposo.

Los ojos de Arian brillaron al mirarla.

—Discúlpeme, milady, pero no estoy muy enterado sobre cómo se inicia, cómo transcurre o cuáles son los inconvenientes durante... la delicada tarea de encontrar esposo —repitió con retintín—. Seguro que no le sorprende saber que nunca me he visto en necesidad de conquistar a ningún hombre. Ni ninguna mujer —añadió, arqueando las cejas.

Venetia se quedó de una pieza al oír su desahogado comentario. Le costó reponerse lo mismo que él tardó en recuperar la palabra.

—¿Tienen algún enemigo poderoso? ¿Es eso?

—No. Prométame que no dará su brazo a torcer y le explicaré el problema.

—Lo prometo.

Venetia arrugó la frente.

¿Ya estaba? ¿Sin meditación a solas? ¿Sin pensárselo aunque fuera una segunda vez?

—No le creo. Ni siquiera se ha tomado un momento para barajar posibilidades.

—Soy un tipo impetuoso. Y haría bien en no cuestionar mis promesas. La palabra de un juramento es lo único que tiene valor para y entre los hombres como yo. —Cruzó los tobillos y echó más el peso sobre el escritorio—. ¿Va a iluminarme?

Venetia miró de reojo a sus acompañantes. El marinero se mostraba interesado, como cabía esperar en un fanático de las buenas historias; Cassidy Davenport la observaba como si quisiera averiguar antes que ninguno qué era lo que iba a decir.

No le avergonzaba que aquellos dos estuvieran presentes cuando se sinceraba. No sentía que el señor Davenport fuera a juzgarla, quien además debía ser muy discreto en su trabajo, y aunque no conocía mucho mejor al señor Stubton, esa afinidad que seguro que tendría con todo el mundo era suficiente para que no la avergonzara el relato.

El único cuya reacción le aterraba era Arian, que ya no sabía cómo disimular la impaciencia.

—Hace algún tiempo, mi familia... —empezó. «No, así no». Carraspeó y lo intentó de nuevo—. Los Marsden han sido por muchas generaciones una de las familias más importantes del norte de Inglaterra. El apellido se remonta al siglo dieciséis, cuando el inaugurador de nuestro linaje servía en la corte de Enrique VIII. Siempre hemos sido muy queridos por nuestros semejantes. Y respetados. Hasta el punto de que el marquesado de Wilborough le fue concedido a mi tatarabuelo por su impecable servicio a la Corona.

Arian abrió la boca para decir algo, pero el pie cruzado de Cassidy, que por casualidad estaba cerca de su rodilla, se alzó a tiempo para darle un toque que le cerró el pico al instante.

Venetia no se dio ni cuenta.

—Mis antepasados nunca hicieron nada que pudiera considerarse reprobable. Mi padre solo era otro ejemplo de caballerosidad, finura e inteligencia. —Hizo una pausa—. No puedo decir lo mismo de mi madre.

—Ni yo —bromeó Fox.

—Yo tampoco —asintió Arian.

Los tres se giraron hacia Cassidy, que escuchaba mientras frotaba el pulgar y el índice.

—¿Qué? No voy a denostar a mi madre. Pero si queréis me pronuncio en nombre de Bast: la suya se lleva la palma. —Volvió a acomodarse—. Continúe, por favor.

Venetia inspiró hondo y obedeció, con una pequeña sonrisa que se negaba a creer que fueran a mostrarse comprensivos.

—Mi madre no era hija de ninguna familia noble, pero que sí tenía muchísimo dinero por una serie de... negocios. Todo el mundo sabía que estos negocios eran en su mayoría ilegales, aunque siempre fueron bienvenidos en la temporada. Claro que, de abrirles las puertas a casarse con una Davies, había un camino que nadie estaba dispuesto a recorrer. Excepto mi padre —suspiró—. Se enamoró de ella, de Audelina, y se casaron.

»Eso ya levantó ciertos resquemores por parte de amigos de la familia, de parientes incluso, que le dieron la espalda por elegir a la hija de un timador. Todo el mundo estaba convencido de que ella había heredado la sagacidad y malicia del pillo de su padre, y si bien tardó unos años en demostrarlo... Lo hizo. —Pausa necesaria—. Fugándose con un destilador de cerveza irlandés.

Cassidy cambió de postura.

—Entiendo.

—Yo no —interrumpió Arian—. ¿Qué tiene que ver que su madre fuera una mujer de mundo con sus hermanas?

Aquel comentario irónico no hizo bien al estado anímico de Venetia, que estuvo a punto de gritarle por qué no podía tomarse en serio nada de lo que decía. Sin embargo, se dio cuenta enseguida de que no era una pregunta maliciosa, sino simple desinformación.

—Usted debería saberlo mejor que nadie, señor Varick —respondió, directa—. Las andanzas de nuestros padres nos persiguen toda la vida.

—¿Qué comparación es esa? —bramó—. A mí me perseguirán porque no dejo de reivindicarlas y soy un maleducado, pero usted es suficientemente bonita para que a toda Inglaterra se le olviden los errores de su madre, su tío y hasta su bisabuela si me apura.

Lo dijo con tal convencimiento que Venetia no supo cómo responder. Sabía que no era un cumplido, y sin embargo se ruborizó.

—No... No es solo eso. Después de la huida de mi madre, mi padre cayó enfermo de tristeza. Se refugió en el alcohol para intentar sobrevivir, convirtiéndose en un... —Parpadeó rápido para que las lágrimas no cayeran—. Lo apodaron de forma despectiva en los salones y empezaron a prohibir la entrada a sus casas. Él no estaba consciente para darse cuenta, pero nosotras sí,

y... Al dar la espalda al marqués, se la daban al resto de su familia. La última vez que fui a Londres para visitar el cementerio, alguien me reconoció y le oí decir... —Carraspeó—. La historia suelen resumirla a que mi madre era una... No era mejor que una buscona. Y que mi padre se quitó la vida.

El despacho se quedó en silencio. Venetia sacó fuerzas para mirar a los ojos a Arian, que era el único que parecía pendiente de cada uno de sus gestos. La miraba como si no acabara de entender por qué eso repercutía en ella, o por qué debía avergonzarse. Por primera vez, y de forma paradójica, Venetia encontró consuelo en lugar de frustración en el hombre que tenía delante.

—¿Hace cuánto que sucedió todo esto?

—En Navidad harán cuatro años desde que murió mi padre.

—¿Desde entonces vivieron con lord Clarence? —inquirió Cassidy, en tono suave.

La pregunta hizo que la inquietud estuviera a punto de doblarla por la mitad. Faltaba la segunda parte de la historia. Su historia.

No supo cómo abordarla.

—No. Pasamos casi un año en nuestro... verdadero hogar. Un sobrino lejano de mi padre heredó el título y permitió que nos quedáramos durante una temporada. Después, lord Clarence decidió hacerse cargo de nosotras.

—Comprendo —acotó Cassidy, que descruzó las piernas y se incorporó para mirar al silencioso Arian—. Cargando con esta historia es muy difícil, por no decir impensable, que las Marsden se casen tan bien como deberían haberlo hecho de haberse dado otras circunstancias.

—Tal vez no se casen con duques o marqueses —intervino Fox—, pero conozco a unos cuantos hombres a los que no les interesaría un carajo la reputación de su mujer, si fuera tan bella o divertida como lo son las muchachas.

Arian entornó los ojos.

—Estoy seguro de que a mi amigo el deshollinador tampoco le importaría —ironizó. Añadió, en voz baja—: Imbécil.

—Tranquilo, Arian. Entiendo lo que dice Fox. Yo tengo unos cuantos amigos que se encuentran en una realidad no muy favorable por meros prejuicios, y estoy hablando de hombres ricos, propietarios de negocios prósperos... Gente trabajadora, prudente y con un gran futuro por delante.

—¿Y crees que esa gente trabajadora, prudente y con un gran futuro por delante, se casaría con mujeres que arruinarían sus fortunas? Si me estás hablando de Rhage, el de las telas, o de cualquier otro que se dedique a la venta, dudo que se arriesguen a perder clientela por un mal matrimonio.

—Es una situación muy distinta. Si las Marsden se casan con los propietarios de monopolios, como sería el caso de Rhage, que es el único que importa de Oriente las sedas preferidas de la reina; o de los socios de Astori, cuyo hotel no tiene comparación... Nadie dejaría de pedir sus servicios. Además, olvidas la hipocresía que hace latir el corazón de esta sociedad. Aunque hablaran mal de sus elecciones a la espalda, pondrían muy buena cara porque les necesitan.

—A Michael Linton tampoco le importaría casarse con una mujer con historia —continuó Fox, repantigándose en el diván—. Posee el único astillero rico y fértil de Londres hasta la fecha, y según he oído, su hijo está cansado del rubor de las princesitas que le han presentado. —Y le guiñó un ojo a Venetia.

Esta no se había movido en toda la conversación, temiendo despertar la ira de Arian con solo dar un paso. Aunque no estaba segura de que estuviese enfadado.

¿Era ira de veras, o... desorientación?

—No niego que será muy difícil convencerlos porque lo único que tienta a los hombres ricos de casarse con una dama, es cuánto escalará en importancia gracias a su linaje —prosiguió Cassidy. Se puso de pie y se ajustó la corbata—. Tendremos que prescindir de esto como beneficio y buscar otro aliciente, que puede serlo la dote, que habría que doblar para hacerlas interesantes y así atraer a lores en bancarrota... O bien el mismo encanto de las muchachas.

Arian se giró hacia él, tenso como la cuerda de un violín.

—¿El mismo encanto de las muchachas? ¿Qué se supone que significa eso? ¿Que o se casan por obra de la adoración y el romanticismo de sus pretendientes, o no se casan?

—Bueno, confieso que si hubiera sentimientos por medio sería mucho más sencillo. No tenemos otro cebo con el que atraerlos, salvo, como ya he dicho, el dinero.

Venetia observó con el corazón encogido de pavor que Arian se pasaba una mano por la cara. Estaba esperando que soltara lo que se figuraba que diría desde que entró en el despacho: rompería su promesa y la echaría de su casa sin miedo a quedar mal con sus semejantes. Con la reputación con la que cargaban las Marsden, habría nobles apoyando su decisión de largarlas.

En lugar de pronunciarse, Arian rodeó el escritorio y se puso a buscar algo palpando la superficie de la mesa. Al no encontrarlo, se crispó y empezó a abrir cajones con movimientos bruscos. Armó tal revuelo que los papeles flotaron alrededor y Venetia se sintió tentada de pedirle que no destrozase un lugar tan querido para el conde.

—¿Es que no hay ni una maldita pluma en este sitio? —espetó.

Cassidy metió una mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó una estilográfica muy distinta a las que Venetia estaba acostumbrada a ver. Se la tendió a Arian sin ninguna expresión.

—Clarence las guardaba todas en el cajón debajo de mesa —contestó Venetia—. El que está en el medio. Es muy fino y no tiene tirador.

Arian lo comprobó y sacó de un puñado tres diferentes. Si Clarence hubiera visto cómo las trataba se habría echado las manos a la cabeza, pero evitó hacer ese comentario y en su lugar aceptó la que él le tendió después de proveerse a sí mismo y a su hermano con el otro par.

—Muy bien. —Repitió el proceso de distribución con papeles en blanco—. Quiero que cada uno de vosotros haga una lista de hombres que conozca que puedan estar interesados. Si los enumeráis por orden de posibilidades de que muerdan el anzuelo, en lugar de por importancia, mejor. Desde el más rico hasta el más pobre. Mínimo catorce. —Y los señaló uno a uno—. Para que cada una tenga al menos ocho posibles pretendientes. Hay que asegurar que se casan como sea.

—Vaya, parece que al final sí sabes multiplicar —bromeó Fox.

—Buena idea —anotó Cassidy.

Venetia bajó la pluma y el papel, que había estado sosteniendo como escudo en lugar de como material de escritura. Abrió la boca para discutir su orden, señalando que sería mejor que restara una Marsden; la única que tenía entre cero y ninguna oportunidad. Era lo que le quedaba por confesar, una parte de la historia imprescindible para comprender por qué Venetia nunca encontraría pareja. Sin embargo, Arian decidió dirigirse a ella cuando estaba a punto de sincerarse. Sus ojos grises la aseguraron en el suelo y obligaron a recordar ese instante para siempre, como todos aquellos en los que la miraba con una sombra de entendimiento y la hacía sentir mucho más valiosa de lo que en realidad era.

—Si no ha salido mucho de Gateshead conocerá a los nobles justos y necesarios, pero alguien habría venido a visitar a Clarence a la finca, ¿no?

Venetia tragó saliva y asintió.

—Tenía un par de amigos inseparables, y diversos conocidos con los que nunca perdió el contacto. Era un hombre de muchas amistades, pero dudo que lleguen a catorce.

—Añadiré unos cuantos más por ti —dijo Cassidy, garabateando con trazos firmes en su lista—. Tenemos suerte de que medio Londres esté endeudado conmigo.

—Bien. Cuando tengáis las listas, quiero que busquéis al que sea que se encargue de hacer invitaciones. Se acerca la Navidad y me consta que se celebran fiestas en casas señoriales por estas fechas. Pienso que será suficiente con dos o tres semanas en Beltown Manor para conocer a las muchachas y cerrar los matrimonios.

—¿Qué? Eso es imposible —murmuró Venetia—. En tan corto periodo de tiempo ni siquiera les ha dado tiempo a conocer bien a uno de ellos, como para presentarse a ocho...

—¿Que no, dices? Parece que alguien necesita que Fox le dé una charla sobre amor a primera vista —masculló Arian.

—No —insistió ella. Sin darse cuenta de que estaba respondiendo a su tuteo con lo mismo, continuó—: Además de que está muy reciente la muerte de Clarence para que celebres una fiesta. Deberías mantener un bajo perfil hasta el año que viene, y después aparecer en acontecimientos muy selectos...

—En realidad, de los sesenta o setenta a los que enviaremos invitación, no vendrán más de treinta —dijo Cassidy—, ya sea porque están al tanto de que las Marsden viven en Beltown Manor o porque no les inspira confianza el nuevo conde. Y no se puede considerar una fiesta llamativa a ojos de la sociedad si se invita a menos de cincuenta personas. Además... Cuando fallece un noble, se suele celebrar la herencia del siguiente en la línea de sucesión, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca, pero...

Arian la miró por encima del hombro.

—Haría bien en recordar que no estoy haciendo esto porque me apetezca recibir a palurdos y desconocidos —apostilló. Venetia se envaró.

La estaba llamando desagradecida en toda la cara.

—Cierto —repuso, venenosa—. Lo está haciendo porque no soporta que vivamos en su casa.

—Haced el favor de no volver a eso, ¿queréis? —pidió Fox, que ya daba la vuelta a su lista. Eso captó la atención de Venetia.

¿Cuántos amigos podría tener un marinero? ¿Y qué tipo de amigos?

—Pues que deje de recordarlo —murmuró Arian.

—¡Eres tú quien no para de provocarme! —exclamó Venetia. Iba a decir algo más, pero le turbó el efecto que tuvo sobre ella su sonrisa ladina.

Arian se volvió a mirarla, apoyado cómodamente en el escritorio.

—¿Y no puedes imaginarte por qué? —Ladeó la cabeza—. Cada vez tengo más claro que si yo he visto poco mundo, tú menos aún. Estar encerrada en una casa durante cuatro años te ha afectado bastante.

—¿Me estás llamando loca?

—Más bien inconsciente. —La señaló con la punta de la pluma—. Y ahora escribe.

Capítulo 6

Cuando dos horas más tarde, Venetia Marsden salió del despacho, Arian pudo respirar por fin como era debido. Si aquello era lo que sentían las mujeres cuando llevaban corsé —dificultad para respirar y sudores fríos—, las acompañaba en el sentimiento.

No conocía otro deporte de riesgo mayor que permanecer en la misma habitación con una mujer a la que no sabía cómo diablos dirigirse, y a la que sin embargo se moría por molestar. Le frustraba que esa necesidad de comunicación constante no fuese recíproca, y que ella se tensara y cambiase la cara cada vez que lo cazaba mirándola. Y por debajo de la frustración coexistían dos opiniones distintas.

Por un lado quería ofenderse, dar un golpe sobre la mesa y exigir que dejara de reaccionar a él como si fuese a insultarla, y por otro... Se intentaba convencer de lo que Cassidy había repetido tantas veces. Venetia estaba a la defensiva porque no había hecho otra cosa que atacarla.

Por desgracia, reconocer su parte de culpa no cambiaría las cosas, y tampoco le ayudaba a gestionar la desilusión.

—Relájate, hombre —lo animó Fox—. Vas por buen camino.

Arian se sacudió la mano de su hermano. Lo último que necesitaba era el consuelo del hombre-bala, al que tendría enganchado al cuello y susurrándole consejitos amorios en cuanto le diese un poco de cuerda. O de pólvora.

Él no necesitaba consejos amorios. Había dormido con muchas más mujeres de las que recordaba, porque la mayoría de veces se entregó borracho a insinuaciones femeninas y la resaca de ron barato producía una amnesia que incluso se agradecía. No se acostaba solo con fulanas y tabernerías, como Cassidy había insinuado: más de una vez lo eligió alguna que otra dama cansada de sus rutinas a la que no pudo rechazar por necesidad, o porque le ganó el instinto a los principios. Esas mujeres se morían porque les faltaran el respeto. Le rogaban que las tratase mal. No querían que fuese educado y atento, y eso a él le venía de maravilla porque por si aún no se había notado, el romanticismo no se le daba muy bien y la trova la reservaba para sus grandes actuaciones.

Lo que sí necesitaba, por otro lado, era un manual de instrucciones. O que alguien le mostrara el reglamento del caballero básico, porque a la vista estaba

que solo con los consejos de Cassidy no iba a ninguna parte.

«¿Cómo que no vas a ninguna parte? En primer lugar, ¿a dónde pretendes ir?».

Una excelente llamada de atención de su conciencia.

Aún no estaba seguro. No estaba seguro de nada. Quería llegar a la cama de Venetia, pero había demasiados obstáculos en el camino. Y Arian no era un hombre que se rindiese con facilidad: no era la pereza o el miedo lo que le frenaba, sino cuestiones de carácter moral y algunas evidencias físicas que iban en contra de su querer, como las reacciones de Venetia.

Era una señoritinga estirada, por el amor de Dios. No le negaría que pudiera haber sufrido. Que le partiera un rayo si se atrevía a dictaminar quién había pasado penurias y quién no. Pero ni esas circunstancias habían logrado que dejara de ver el mundo como una deleznable aristócrata. Y él no estaba allí para modificar esa visión, ni tampoco para entenderla, sino para largarse lo antes posible. Llevaba unos días en Beltown Manor y ya sentía que era una persona diferente.

Eso era lo que peor llevaba. Haberse convertido, en cuestión de tres días, en un hombre irascible, cuando sus amigos le conocían por tomarse con humor todas las miserias que azotaban su vida... al menos en apariencia. Y no eran pocas.

Antes del testamento había tenido que afrontar muchísimos problemas. Pero se sobreponía a ellos con un chiste y una birra, y una mujer si había suerte. Era un hombre sencillo con un día a día más o menos llevadero, y se sentía tan acorralado entre aquellas espaciosas paredes que ahora sentía que su época de verdadera gloria sucedió hacía varias reencarnaciones.

Venetia acentuaba su pérdida de identidad. El verdadero Arian habría coqueteado con ella desde el primer momento. Hubiera intentado hacerla sonreír, y bromear con tonterías al alcance de cualquiera. Habría sacado los mejores halagos de su infinito repertorio de opciones. No se le daban mal las mujeres, sino los condados heredados a la fuerza y las morosas petulantes con complejo de superioridad. Y disculpándose con ella solo estaría dándosele a entender.

Ya tenía bastante con que Fox y Cass supieran que andaba bastante escaso de conocimientos sobre cómo manejar una propiedad, lo que había valido ya unas cuantas chanzas de mal gusto, para que también se sumara Venetia Marsden al carro de las burlas.

—Ya veo que no estás para un último vino antes de dormir —dijo Cassidy—.

Con tu permiso, y si eso ha sido todo, me retiro a dormir la mona.

Arian le hizo un gesto que venía a significar «haz lo que te venga en gana». Fox le siguió después de dar las buenas noches.

Agradeció que por fin ambos hubieran entendido lo que significaba que entrara en trance. No quería a nadie a su lado cuando se ponía a meditar, aunque aquel silogismo, más que una pregunta en busca de respuesta, era la queja que no se atrevía a expresar.

Echó un vistazo rápido a las listas que habían escrito. Los tres fueron muy meticulosos anotando, además de los nombres de los posibles candidatos, a qué se dedicaban y, en el caso de Cassidy, una cifra aproximada de sus ganancias anuales. Así habían conseguido reunir a unos cuantos lores venidos a menos por pérdidas económicas, a unos amigos de noble linaje del viejo Clarence y que según Venetia «las adoraban», al hijo del propietario del astillero, al capitán del Esperanza, un potente navío inglés; al dueño de una destilería de vinos francesa, al gerente de una tabacalera americana, a un embajador de la Compañía Británica de las Indias Orientales, a los socios del hotel Astori, a un par de burgueses que se pavoneaban por tener unos cuantos barcos... Y así sucesivamente, hasta llegar a las lamentables opciones de Arian, que solo podía convencer a sus amigos.

Enzo Bourne trabajaba como comerciante itinerante de antiguallas compradas a precio de saldo. Inventaba historias sobre ellas para endosarlas así por precios exorbitantes —en su defensa podía decir que aún no lo habían pillado—; Bruce Payne era el boxeador invicto de uno de los muchos garitos de ocio que había a orillas del East End, una bestia en el cuadrilátero con un corazón que no le cabía en el pecho; y Seith Crewe... Seith Crewe había sido su compañero desde la tierna infancia y era, aún por aquellas fechas, una de las personas más desgraciadas que había conocido. Lo invitaba porque no pasaría mejores navidades en el antro atestado de ratas donde vivía, aunque no le extrañaría que no apareciese. Se lo imaginaba recordando a todos sus ancestros con insultos en galés por tratarlo como a un niño al que proteger.

No solo no se avergonzaba de sus amigos, sino que además estaba seguro de que serían mejores maridos que los marqueses que había anotado Venetia en su lista, con una caligrafía tan bonita y cuidada que había tenido que quedarse mirándola un buen rato.

Guardó las listas en el interior de un cajón, junto con otro montón de cartas abiertas que llevaban el sello de su padre.

Su padre. Sonaba extraño incluso en su pensamiento. Treinta años y todavía

no había asimilado que lord Clarence y el hombre que le dio la vida eran la misma persona, el mismo y verdadero bastardo. Estar allí, sin embargo, hacía más real la sangre que les unía.

Arian salió del despacho cuando el reloj iba a dar la una de la madrugada, cansado y dolorido en los hombros. Antes de reunirse con Venetia había dado una vuelta completa a las tierras de Clarence, presentándose como algo mejor que el intruso a todos los arrendatarios. Le había sorprendido encontrarse con casitas modestas pero muy bien provistas, sin goteras ni pequeños roedores; lo bastante grandes para que una esposa y varios hijos pudieran vivir de forma apacible. Nunca hubiera imaginado que Clarence se preocuparía por sus trabajadores, pero después de descubrir que todos estaban de luto por su pérdida, y que había adoptado a las Marsden por puro sentido del honor, no le había quedado otro remedio que admitir que sabía cómo construirse una reputación. O cómo destruirla.

Arian no dejaba de pensar en que su padre había acogido en su casa a siete mujeres marcadas por el escándalo, y no a un hijo que estuvo a punto de morir de hambre en las calles.

¿Acaso habría sido más escandaloso darle legitimidad que declararse amigo de un borracho y una casquivana, por muy marqués y marquesa que fueran, para luego refugiarse bajo su ala a las hijas que engendraron...?

No entendía nada, y eso aumentaba su frustración. Tampoco quería entenderlo. Prefería no pensar que para Clarence, lo último y más despreciable, eran sus bastardos. Y sin embargo, en cuanto llegó a los aposentos del conde — que ahora eran suyos— y cruzó el umbral, su primer impulso fue clavar el puño cerrado en la pared.

Llevaba dos días durmiendo allí y sentía que estaba perdiendo el alma. Daba igual que nunca lo hubiera visto o vivido: él miraba esa cama vacía y veía al conde y a la condesa de Clarence, durmiendo como benditos mientras una versión más pequeña de sí mismo lloraba en alguna esquina del barrio cockney.

Cassidy había insinuado que debía reconciliarse con su idea del conde, y que debía hacerlo también consigo mismo. No podía. Aquel techo le estaba contaminando la sangre y lo único que repetían, lo único que podían ofrecerle sus hermanos, eran consejos que no servían para nada. Para nada. Se quería arrancar la piel y destrozarse todo lo que estaba viendo, que era suyo por una broma maldita del destino, y los demás aún tenían la poca vergüenza de mirarlo como si su sentir no tuviera ni pies ni cabeza.

Arian abandonó la habitación. Dormiría en cualquier otra. Haría que cerraran

esa con llave y prohibieran la entrada a todo el mundo. O la quemaría hasta los cimientos y mandaría construir otra nueva. Podía hacerlo; le pertenecía. Entonces, ¿por qué sentía lo contrario? ¿Por qué no se atrevía a tocar nada? Quería romperlo todo, pero al final ni siquiera encendía una lámpara.

Siempre se sentiría un intruso en un sitio como ese por lo que lo definía, y un incomprendido por los que allí se alojaban. No solo un incomprendido, en realidad. No habría sido tan lamentable si hubieran admitido que no entendían su resentimiento, pero sí aceptaban sus decisiones. Ellos lo juzgaban y veían como un desagradecido y un animal.

Si esa era la vida que le esperaba...

Caminó apresurado por el corredor que daba a... no sabía en qué desembocaba. Solo se le ocurrió que lo mejor para despejarse sería deambular por la casa, y le importaba un rábano si alguien lo cazaba descalzo, sin chaqueta y sudando como un cerdo. Arian bajó y subió escaleras, cruzó pasillos, abrió y cerró puertas... Hasta que tuvo que reconocer que no sabía dónde estaba porque, en su obstinado orgullo, no quiso que le enseñaran la casa.

¿Cuántos bastardos podría haber alojado allí? Al menos los suyos, los de su padre, los de su abuelo. Tenía más de treinta habitaciones, por el amor de Dios.

Respirando artificialmente, con la nuca empapada y los pies doloridos, se sentó en el suelo y apoyó la espalda en la pared. Cerró los ojos y se imaginó que estaba en cualquier otra parte menos allí, encerrado. Su cabeza se encontraba compartimentada en tantas partes como preguntas tenía.

Por qué él. Por qué no podía aceptar sin más su nuevo lugar en el mundo, que no era tan malo. Por qué prefería su vida anterior si ahora podía abrazarse a los privilegios. Por qué no podía dejar de odiar, calmar su ira...

Porque era testarudo, porque él pertenecía a otra parte.

Pero ¿a dónde? ¿Acaso perteneció a sus supuestos padres de acogida? ¿Acaso pertenecía a la ruina de los suburbios? La pura verdad era que no conocía ningún lugar donde le gustaría que le enterrasen. Pero tenía claro que no sería Beltown Manor, la representación de cada miseria que azotó su vida.

Entre pensamientos y un intenso dolor de cabeza, se quedó dormido allí, con los brazos cruzados sobre el pecho. No descansó ni seis horas seguidas, pero no fue la pesadilla lo que le despertó, sino una voz femenina.

—¿Milord? ¿Qué hace aquí?

Arian se frotó los párpados antes de abrirlas. La iluminación de las ventanas laterales le cegó un momento. Tuvo que concentrarse en el punto que tenía delante, cosa que no le costó demasiado al reconocer sus ojos verdes.

Verdes. Pero no eran verdes como el musgo o el agua de los pantanos; ni como la primavera. Eran verdes como los vidrios preciosos que se encontraban en la orilla de la playa: pálidos, transparentes. Cambiaban como un camaleón en distintos escenarios. Verde azulado, verde grisáceo, verde verde. Frente a la palidez cremosa y tersa de su piel, y a una melena oscura que presentía densa y suave, ese verde era lo que le faltaba para ser la Snowdrop sobre la que leía uno de los párrocos más cultos que conoció cuando era adolescente. Venetia era la caída de la nieve, y que él hubiera nacido en invierno explicaba que su atracción hacia ella fuera irremediable.

—¿Milord? ¿Me oye?

Arian usó su propio peso para incorporarse. Aún llevaba la ropa del día anterior, y no el atuendo al completo: le gustaba andar descalzo y odiaba los chalecos, las chaquetas y todas esas prendas de dandi que se ceñían al cuerpo. El resultado era una sola camisa fuera del pantalón, remangado por las rodillas. Siendo finales de octubre, y encima al norte de la isla, estaba muerto de frío.

Apenas lo notó al volver a mirarla.

Dios santo. ¿Cómo podía alguien ser tan perfecto? No había tenido mucho margen para estudiarla y ya se la había aprendido de memoria. Apenas podía resistirse a tocarla, aunque fuera sin querer. Solo para asegurarse de que no era una aparición.

Debió dar la impresión de que no estaba en sus cabales... y no lo estaba, porque se tambaleó al intentar ponerse en pie rápido. Venetia alardeó de reflejos agarrándolo por un hombro para equilibrarlo. Arian no la habría necesitado para erguirse, pero al notar su mano fría a través de la camisa, perdió la noción de todo excepto de su contacto. Aún medio dormido, lo buscó aferrándose a ella por la cintura.

Todo lo que vio antes de perderse fantaseando, fue cómo entreabrió los labios por la sorpresa.

—¿Se encuentra bien? —balbuceó ella. Alargó una mano nerviosa a la frente masculina. Arian exhaló con los ojos cerrados al sentir allí la dulce caricia de sus dedos—. Está ardiendo.

Sí que lo estaba. Ardía por ella. Desde que la vio.

Y no se calmaba.

Quiso abrazarla con más fuerza, contenerla contra él hasta quebrarse los huesos y fundirse con sus labios en un arrebato de locura. Estuvo a punto de hacerlo. Se inclinó y la sostuvo para dar rienda suelta a su deseo... Pero en el último momento reculó, arrepentido.

Ella no sentía lo mismo. Y que se lo llevaran los demonios si la tocaba sin la promesa de una respuesta similar.

La soltó muy regañadientes y volvió a apoyar la espalda en la pared, mareado. El dolor de cabeza persistía, y verla eclipsando el amanecer había terminado de fundir su sentido común.

—Estoy bien. —Se pasó una mano errática por la cara—. ¿Qué diablos quiere?

Ella regresó a su estado de incomodidad natural.

—Parece que no tiene usted muy buen despertar. ¿Cómo ha acabado aquí?

—Me he perdido.

La vio abrir los ojos con sorpresa.

—¿Cómo que se ha perdido?

—¿Le sorprende? Esta casa tiene cientos de pasillos, y tengo la vista de un lince, pero por la noche es difícil saber dónde pone uno el pie. —En cuanto estuvo seguro de que no daría de bruces si intentaba tenerse sobre su eje, se giró hacia ella—. ¿Y? ¿Me buscaba?

Ella asintió en silencio.

—Debemos hablar de algunos aspectos básicos acerca de las fiestas navideñas que propuso... Pero antes debería vestirse apropiadamente.

—¿A qué se refiere con vestirme apropiadamente?

—A ponerse zapatos, por ejemplo.

Arian arqueó una ceja.

—¿Le ofenden mis pies descalzos? No son mi mejor rasgo, pero podría ser mucho peor. Tengo amigos a los que les falta algún que otro dedo.

Ella compuso una mueca asqueada con la idea.

—Espero que no presente esos amigos a mis hermanas.

—¿Y por qué no? —Se acercó un poco, solo para averiguar si se apartaría, si estaba asustada o impresionada por su reacción nada más despertar. No lo hizo—. Mientras sepan mantener el equilibrio dudo que les afecte en lo más mínimo. Mejor que les falte un dedo a que les falte sentido común, ¿no? No es necesario que me dé la razón. Sé que le resultaría muy desagradable.

—Por supuesto que no me resulta desagradable. Puedo reconocer cuándo me equivoco, y estoy con usted en eso. —Venetia frunció el ceño al ver que Arian sonreía con ironía—. No son sus pies lo que me molesta.

—¿Entonces? ¿De qué se trata?

Venetia apartó la vista. La ilusión por su preocupación y porque no se hubiera movido del sitio al aproximarse se desvaneció.

¿Tan repulsivo le encontraba, que ni lo quería mirar? No se consideraba el hombre más atractivo de Londres, pero si había logrado enamorar mujeres en una noche no era gracias a su simpatía natural, que de todos modos la derrochaba cuando estaba de buen humor.

—Es de muy mal gusto enseñar tanta piel.

—¿Tanta piel? Espero que lo diga solo por los hombres, porque en la corte francesa del siglo pasado, las mujeres llevaban escotes fulminantes, y durante la regencia... también.

—Pero no en la actualidad. La reina se caracteriza por su recato. ¿Y cómo sabe usted eso?

—Fox conoce unas cuantas curiosidades femeninas. En su opinión, no sería yo el que va muy poco vestido, sino usted la que va muy tapada.

Ella lo miró a la cara de una forma que encontró divertida. Parecía desorientada, y eso le inspiró para crecerse.

Tal vez hubiera aspectos de la vida en los que Arian debía instruirla. No le extrañaría. Había intentado aplacar su mala relación a través de indirectas sobre su aplastante atracción hacia ella, y no lo consiguió ni una de las veces. Pensó que era porque prefería ignorarlo, pero empezaba a creer que no se daba cuenta de que la deseaba.

—¿Muy tapada? Es invierno.

—Si de mí dependiera, te vestiría con algo más cómodo. No se debe vivir como Dios manda encerrado en vestidos como ese...

Arian deslizó la mirada desde el escote a la barca hasta la estrecha cintura. Tenía que imaginar el tamaño de sus caderas debajo de aquellas faldas pomposas, lo que suponía un desafío encantador. Sus pechos no eran ninguna exageración, pero solo por la carne que se intuía sobre la línea del vestido, deducía que serían tiernos y suaves como el terciopelo de su gargantilla. ¿Podía ser una mujer más tentadora sin hacer nada más que mirarlo con recelo? Era asidua a llevar ese tipo de colgantes, apenas una tela fina de la que pendía una gema preciosa.

Maldita fuera. Quería arrancársela con los dientes.

—De vestidos le tenía que hablar —carraspeó ella, mirando hacia otro lado—.
— Mis hermanas necesitan renovar su vestuario.

Arian frunció el ceño.

—¿Y eso quién lo dice?

—Considero que deben estar relucientes para las festividades; así será más fácil deslumbrar a los caballeros que vienen a pretenderlas.

—¿Es que no tienen vestidos? Cuando abrí su armario me pareció ver unos cuantos.

Venetia cambió la cara, como si le molestara que le hubiese recordado aquel momento.

—No pido los vestidos para mí, sino para ellas. Hace años desde la última vez que vieron a la modista, porque no iban a salir de Beltown Manor y no tienen nada apropiado para veladas de noche.

Arian se quedó con la única parte conveniente de la conversación.

—¿Es que tú no quieres vestidos nuevos?

—No los necesito —respondió con un hilo de voz, aunque procurando sonar firme—. Sobre eso también quería hablarle, milord. Yo... no pretendo casarme. Aunque quisiera...

—Lamento interrumpir, milord, pero acaban de servir el desayuno y las damas le están esperando.

Venetia enmudeció de repente, como si estuviera arrepentida de la conversación que iba a proponer. Solo porque le rugieron las tripas y ella debería comer también, Arian aclaró con un gesto que hablarían más tarde y siguió al mayordomo.

—Le dije que prefería señor Varick a «milord» —le recordó.

Bowler ni se giró para mirarlo.

—Una de mis obligaciones como mayordomo es tratarlo como merece según su título, milord. Que usted demuestre tener serios problemas para actuar según su estatus no significa que yo vaya a ignorar las reglas por las que se rige el mío.

Arian detuvo la marcha. Bowler lo hizo unos segundos después, teniendo la caradura de hacerle un gesto de cortesía.

—¿Ocurre algo, milord?

—No, señor Bowler. Solo he tenido que tragarme un reproche innecesario.

—Oh, ¿entonces tiene problemas de indigestión? —resolvió con fingida preocupación—. Haré que la cocinera le busque un remedio. Si también demuestra síntomas de ardor, comuníquemelo. Estaré encantado de ayudarle.

Retomó el camino después de hacerle una pequeña reverencia. Arian se giró hacia Venetia, que se mordía el labio para no reírse.

Al principio le molestó que se lo tomara a risa, pero enseguida cayó en que no la había visto sonreír ni una sola vez desde que la conocía, y se le olvidó cualquier principio de irritación. Se quedó mirando cómo sus dientes blancos asomaban con timidez para atrapar el labio inferior. Se preguntó, encogido por dentro, si sería tan dulce y tan blando bajo la presión de los suyos.

¿Qué sería lo peor que podría pasar si la besaba, allí y ahora? La tomaría en sus brazos, y...

—Bowler no se va a disculpar, así que ya lo hago yo en su lugar. Es posible que haya hecho ese comentario por mi culpa —expresó ella—. El otro día me vio algo agitada por mi discusión con usted y le conté lo que estaba pasando. Es como un padre para nosotras y siempre ha tenido libertad para dar su opinión.

—¿Qué tiene eso de malo? Que dé su opinión todo cuanto guste, siempre y cuando luego pueda encajar mi respuesta. Yo no soy tan sutil poniendo a la gente en su lugar.

—Me he podido hacer una idea.

Arian frunció el ceño ante el retintín de su comentario. Lo pasó por alto cuando entendió que era el momento perfecto para abordarla. «Si le pides disculpas, intenta no hacerlo de forma que se sienta insultada otra vez», le había dicho Cassidy.

—Respecto a eso...

Le cerró el paso apoyando una mano contra la pared. Ella casi tropezó con él.

El cuerpo le tembló por novedosa impresión de tenerla tan cerca. Algo similar le había sacudido al arrinconarla en su propia habitación, cuando, al verla a punto de llorar, tuvo que elegir entre abrazarla y la muerte. No tenía lógica lo que azotaba cada recóndita fibra de su ser al respirarla, a su perfume y a ella, dos esencias distintas que combinadas descomponían del todo su poco sentido común... pero no era lo bastante fuerte para resistirse.

Tuvo que cerrar los ojos un instante para calmarse. Después adoptó un rictus serio.

—No puedo disculparme alegando que no sabía lo que decía o no pensaba lo que dije. No sería cierto, y un hombre que miente al pedir perdón, ni es un hombre ni merece que le perdonen. Pero sí puedo asegurarte... —Sus dedos nerviosos resbalaron por la pared, acabando reprimidos a un lado de su cadera—, que no era mi intención tratarte como a una prostituta, ni mandarte a sufrir lo que ellas. He vivido muy cerca de las cortesanas y las admiro. Su labor no es un insulto para mí. Aun así, comprendo que en tu mundo ellas no son ejemplo de nada. Quiero que sepa que siento el malentendido y si he sido grosero en otra ocasión.

—En todas las otras ocasiones —puntualizó ella, con la garganta atascada.

Arian levantó una ceja.

—Tú no has sido mucho más encantadora.

—Lo sé. Yo también... me disculpo. —Asintió antes de decir—: Eres muy

cruel cuando te lo propones.

—¿Cruel?

—Contundente —corrigió.

—Es posible. Y tú eres demasiado sensible.

—Soy consciente. Espero que sabiéndolo no se esfuerce tanto por provocarme.

Arian extendió la mano que tenía reducida a un puño, solicitando permiso para tocarla, aunque fuera al estilo de los dandis. Vacilante, ella le concedió la suya.

Al tocarla le invadió la misma maldita sensación que cuando la estrechó contra sí, y decía maldita porque aquella piel estaba condenada a encadenarlo entre las nubes. Era tan frágil y fría como la aguanieve deshaciéndose sobre su palma. Acarició el dorso de su mano con el pulgar. Huesos largos y finos. Quebradizos. Cuando se las veía con hombres de constitución parecida, el pensamiento intrusivo de Arian era preguntarse cuánto les tomaría partirlos. Era una de las herencias de su pasado, una de la que no estaba orgulloso. En cambio, sosteniéndola a ella se imaginó custodiando sus manos entre las suyas, besándolas con cuidado de que ni su barba punzante la arañase.

La guio a sus labios y ahí dejó un beso contenido. Tuvo que hacerlo rabiando. Era una galantería con la que no se sentía identificado. Él no quería acariciar sus manos, por Dios, sino todo su cuerpo. Su pelo. Incluso su aliento.

—En paz —masculló.

Venetia asintió con rapidez y se dirigió al final del pasillo, dejando patente que no le simpatizaba estar a solas con él. La siguió por las escaleras y el segundo corredor, perdido en su andar mujeril. La lujuria lo bombardeó con imágenes de la estrecha cintura apresada entre sus brazos y las caderitas femeninas encajadas en su regazo, haciéndolo arder de pasión. Necesitó detenerse antes de pasar al comedor para no hacer una aparición gloriosamente excitado. No hacía falta ser un genio ni aplicarse en protocolo aristócrata para saber que eso sería de muy mal gusto.

Inspiró hondo y, en cuanto entró, todas las miradas cayeron sobre él. En torno a la mesa se habían sentado seis mujeres muy bien vestidas, quizá porque sabían que esa mañana se reuniría con ellas. Fox estaba ubicado entre una de las mellizas y la que parecía la menor. Cassidy ocupaba un lugar más apartado.

—Buenos días, milord —saludó una morena.

Todas copiaron su saludo al unísono, y por un instante, Arian se sintió... atrapado. Atrapado entre seis voces y las sonrisas burlonas de sus hermanos.

No le aterraba ser el centro de atención. Todo lo contrario: había nacido para serlo. Pero la escrupulosa mirada que le dirigían era diferente a la de su público habitual. Estaban detallando defectos que ni se había molestado en esconder, como su falta de interés por encontrar el atuendo adecuado.

Arian carraspeó.

—Buenos días.

Tomó asiento en el sillón presidencial. Sospechando que el silencio que se instaló en la sala significaba que tenía que añadir algo más, volvió a aclararse la garganta y las miró una a una.

—Si pudierais recordarme vuestros nombres, de preferencia por diminutivo, para que vaya familiarizándome...

Las muchachas ni siquiera tuvieron que ponerse de acuerdo para ver quién empezaba.

—Yo soy Brenda —saludó la más lejana. Era la morena que había tenido la iniciativa, una belleza esbelta de sonrisa estudiada.

—Yo me llamo Florence —exclamó una rubia en tono cantarín, dando un bote en el asiento. La que estaba a su lado y compartía su parecido físico, se presentó como Frances.

—Audelina. —La susodicha dio un pequeño mordisco a un trozo de pan con mermelada de melocotón, del mismo tono que su denso cabello y sus ojos vivos.

—Puede llamarme Rachel, milord —musitó una de las más cercanas a él, con los hombros encogidos.

—Para ti, soy Fox. —Y Fox aleteó las pestañas, levantando una risa tonta por toda la mesa.

Arian lo ignoró y se dirigió a la última, que estaba sentada a su lado y no había parpadeado desde que había ocupado su lugar. Lo estudiaba como si fuera un raro espécimen, y la verdad era que no estaría muy equivocada.

—¿Y tú? —preguntó.

—Yo soy Geneva Dorothy Marsden. Dorothy —corrigió—. ¿Por qué ha bajado a desayunar con la ropa de cama, milord?

Toda la mesa se sumió en un silencio casi doloroso.

—Estoy más cómodo con ella —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Eso significa que yo podría desayunar en camisón? —exclamó F...

Después de la «F» había una consonante, estaba seguro.

Cristo redentor, tendría que hacerse un croquis. Quizá con adjetivos representativos. La morena podría ser «la Vanidosa». Saltaba a la vista que se quería muchísimo a sí misma, por la forma en que examinaba su reflejo en el

revés de la cuchara. La que comía en silencio y su nombre empezaba por «A», «la Atontada»; la que no podía ni mirarlo a la cara, esa tal Rachel, «la Retraída». Dorothy podría ser Dorothy a secas. Así se llamó una de sus amantes. Y si no, se quedaba como «la Pequeña».

Las mellizas parecían revoltosas. Sería fácil distinguirlas como «Chalada» y «Chiflada».

—No, no puedes desayunar en camisón —atajó Venetia, sacándolo de sus cavilaciones.

—Pero milord...

—¿Por qué no? —interrumpió Arian—. Siempre y cuando no sea un camisón atrevido, no creo que nadie vaya a ofenderse. Estáis entre mujeres.

—Excepto por el señor Stubton, el señor Davenport y usted mismo.

—Si es por los caballeros, no se preocupe. —Alargó la mano hacia un panecillo caliente. Le dio un mordisco y siguió hablando—. Están bien educados. No se les ocurriría decir nada desagradable, ¿verdad?

—Disculpa, no estoy siguiendo la conversación —respondió Cassidy, asomando la cabeza por encima del periódico—. No llevo muy bien los disgustos matutinos.

—No es apropiado —insistió Venetia, presionando los labios.

—¿Y eso quién lo dice? Que se vistan como quieran. Están en su casa, qué menos que ponerse cómodas.

—Oh, ¿ahora es nuestra casa? Qué curioso.

Arian observó con el ceño fruncido que Venetia pedía permiso para levantarse y salía del comedor, alegando que había perdido el apetito. Como si fuera lo más normal en un día cualquiera, una de las jóvenes se estiró y retomó la conversación. Su nombre era B...

Maldición, tenía que empezar a aplicarse con los apelativos.

—No le haga caso, milord —comentó, mientras untaba mantequilla en el pan—. A Venetia no se le da muy bien tolerar que le lleven la contraria, pero por suerte no es rencorosa.

Para no ser rencorosa le había durado muy poco la tregua. Se quedó mirando la puerta por la que había salido, que Bowler custodiaba con la clásica postura diplomática de los mayordomos. El estómago le seguía rugiendo de hambre. Sería un sacrilegio desperdiciar un desayuno en Beltown Manor, y la verdad era que no se moría de ganas de discutir, pero acabó dejando el bollo sobre el plato y yendo tras ella.

—¿A dónde va, milord? —volvió a preguntar la Vanidosa—. Venetia nos ha

informado de sus planes navideños y se suponía que íbamos a hablar sobre eso en la mesa...

—Hablaemos sobre eso esta tarde.

Capítulo 7

No estaba exactamente furiosa, pero la emoción era tan intensa que no sabía describirla de otra forma. ¿Cómo se atrevía a contradecirla cuando intentaba educar a sus hermanas? Por supuesto que era el que hacía y deshacía en Beltown Manor, y que como heredero podía tomarse tantas licencias como quisiera. De haber sido otra clase de persona, ella misma habría pedido su consejo a la hora de instruir a las Marsden en valores y comportamiento. Pero hacía no más de setenta y dos horas, se había referido a todas ellas como una «cosa» que expulsar de sus dominios lo antes posible, atreviéndose a mandarlas a prostituirse en la gran ciudad. ¿Y ahora se creía en el derecho de decidir cómo bajaban a desayunar, por encima de las órdenes de la que llevaba cuidando de ellas desde la infancia?

Venetia apretó el paso, sin saber muy bien a dónde iría. Encerrarse en su cuarto sería tan excesivo como haber salido del comedor sin dar más explicaciones, pero aquel hombre tenía un talento encomiable para sacarla de sus casillas con solo despegar los labios. Le pedía disculpas y la rebatía en público, como si su opinión no fuese importante, en el mismo periodo de tiempo. Y entre medias, le besaba la mano con la pasión de un amante.

Por el amor al cielo, ¿qué clase de beso había sido aquel? Un hombre no debía mirar de esa forma a una mujer, y menos sin vestir. ¡Menos aún a solas en un pasillo!

No le extrañaba su viva personalidad, que ya había sufrido varias veces, sino su propia reacción. Desde que lo había visto tirado en el pasillo, desorientado como un niño sin su madre, se le había encogido el corazón. Pero eso no era lo único. Si llegara a oídos de alguien los pensamientos de los que pretendía refugiarse en su salita, no podría volver a mirar a nadie a la cara.

Venetia Marsden no había sido educada para ser tan fácil de conmover con la galantería de un animal sobre dos piernas, ni para salivar cada vez que echaba una mirada audaz al triángulo de piel que su camisa dejaba al aire. Visto así, era muy probable que hubiese salido del comedor para no tener que enfrentar sentimientos para los que ni estaba preparada, ni pretendía estarlo. Estaba mareada y le latía el corazón como si en lugar de haberse topado con un hombre ligero de ropa, hubiese visto un fantasma. Y lo peor era que la comparación no

iba muy lejos, porque había presenciado paseos de espíritus tantas veces como la desnudez parcial de un hombre como él.

Era... Ni siquiera tenía palabras, pero nada más doblar el pasillo, apoyó la espalda en la pared y se agarró la mano, donde aún sentía la extraña suavidad de sus labios.

Llevaba años sin tratar con un hombre tan bien plantado. Hacía tres desde que no sabía nada de lord Wilborough, y los amigos de Clarence casi tenían un pie en la tumba. Además de esto, su contacto con el exterior era casi nulo, aunque a veces fuera al pueblo para hacer algunos recados junto a la pinche de cocina. Pero en Gateshead no había hombres como ese. El único atractivo era el mozo de cuerdas, y como era natural, Venetia no había hablado con él ni una sola vez.

Se aferraba a eso para explicar su repentino histerismo. Había perdido toda su maña y resolución para lidiar con presencias masculinas, y no solo eso, sino que ahora debía enfrentarse a una que se salía de lo normal.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso?

Su estómago dio un vuelco al reconocer el tono estridente. Levantó la vista de las manos agarradas e intentó camuflar su confusión. Pero al dar de golpe con el pecho masculino casi al aire perdió su habilidad para el disimulo.

—¿No deja de llamarme grosero y de hacer referencias desagradables a mi actitud, para ahora salir del comedor como si la hubiera insultado? ¿Quién es la que no tiene modales aquí?

Venetia presionó los labios. Tenía más razón que un santo. Había reaccionado igual que una niña consentida.

—¿No va a decir nada? ¿Solo porque le he llevado la contraria me desplanta de esa forma?

Lo miró a los ojos con una mueca torcida.

—Puedo tolerar que me lleven la contraria, pero no que intervengan cuando estoy disuadiendo a mi hermana de portarse como una bárbara. No sé de qué barrio ha salido usted, señor Varick, pero en este lado del mundo, las mujeres no pueden deambular por la casa en camisón, y menos aún si hay invitados masculinos. Es una norma básica de educación.

El pequeño silencio que Arian dejó correr la puso aún más nerviosa.

—¿Qué me reprocha esta vez? ¿Que no sepa cómo funciona el atuendo matutino de las mujeres de clase, o...?

—Le reprocho que se meta donde no le llaman. Beltown Manor le pertenece, el servicio también, y puede echar a todas las Marsden a la calle si le apetece,

pero no dirigir su educación. De eso me encargo yo, como llevo haciéndolo desde que mi madre decidió que su querido irlandés era más importante que su propia sangre.

Tragó saliva en cuanto culminó la reprimenda, avergonzada por haber sacado a la fugitiva lady Wilborough a colación. Por fortuna, Arian no le dio mayor importancia.

—¿Todo esto por haber dicho que puede desayunar como le apetezca?

—Y por su comentario malicioso sobre que «es nuestra casa». Me cuesta digerir que se rían en mi cara, señor Varick. Como a todo el maldito mundo. Y es mejor pararle los pies ahora que cuando se les ocurra otra locura de ese tipo y usted decida alentarlas.

—Solo era un comentario. No pretendía educar a nadie. Que me aspen si alguna vez he querido imponer a los demás mi modo de vida.

—Da igual si es queriendo o sin querer. Debería empezar a asumir que, como conde de Clarence, ahora no solo tiene responsabilidades del tipo económico y político, sino que sus acciones poseen un valor moral. Mis hermanas, no todas ellas gracias a Dios, aún son muy influenciables y que usted ande por ahí haciendo lo que le da la gana, diciendo lo que le da la gana y comiendo como le da la gana, no ayuda a ejemplificar el modelo de instrucción que pretendo que interioricen.

—¿Comiendo como me da la gana? Por su culpa ni siquiera me ha dado tiempo a empezar.

Venetia frunció los labios, aunque la acusación la hizo sentir mal. «Nadie te ha obligado a perseguirme», pensó con rencor.

—No quiero ponerme a sacarle defectos, señor Varick, pero un conde no se despatarra en el sillón, no pone los codos sobre la mesa, no habla mientras come y no mastica con la boca abierta.

El semblante fruncido de Arian se suavizó. Una sonrisa escueta asomó a sus labios.

—Menos mal que no quería ponerse a sacarme defectos... ¿De todo eso se ha percatado en los dos minutos que hemos estado en el comedor? Parece que me ha estudiado muy bien.

Venetia contuvo la respiración, preocupada por si se daba cuenta de que temblaba al exhalar.

—Señor Varick, si en una habitación todo el mundo viste de negro excepto una sola persona, es inevitable dirigir la mirada al foco del desequilibrio —respondió, muy digna—. Debería revisar sus modales si pretende casar a las

mujeres que hay a su cargo. Ya que los caballeros no se sentirán atraídos por la reputación de mis hermanas, intente impresionarlos con la suya. O al menos evite que huyan despavoridos.

Arian se cruzó de brazos. El gesto tiró de su camisa hacia abajo, enseñando casi hasta el esternón. Venetia se empecinó en sostenerle la mirada mientras su visión periférica captaba el movimiento de sus brazos fuertes.

Por el amor de Dios, ¿qué había estado haciendo ese hombre para ganarse la vida? Sospechaba que no muchas cuentas, ni tampoco juegos intelectuales. Así no se desarrollaba la musculatura de un hombre de trabajo noble.

Como si hubiera escuchado su pensamiento, Arian soltó:

—No sé por qué se cree en el derecho de reprobar mi estilo de vida, pero deje que le diga una cosa antes de que pueda cogerle el gusto. He vivido durante toda mi vida en una choza más pequeña que solo el comedor de Beltown Manor, defendido oficios que la escandalizarían, y disfrutado de mi ocio bailando borracho en tabernas. Eso es lo que soy y estoy muy orgulloso porque nunca he tenido que reprimirme, ni preocuparme por la imagen que doy. No lo pienso hacer ahora solo porque a usted le ofende mi seguridad.

—No se trata solo de lo que a mí me ofenda. Va a recibir a gente importante en muy poco tiempo y todavía no sabe ni cómo referirse a los demás. ¿Cree que no se marcharán o rechazarán a mis hermanas si ven que el caballero que las representa es un animal?

De repente, Arian la agarró de la cintura y la trajo hacia sí con brusquedad.

—No vuelvas a llamarme animal —siseó con voz gutural—. ¿Queda claro?

Ella tragó saliva. No había sonado dolido ni rabioso, sino decidido, dispuesto a cualquier cosa para suprimir las razones que la llevarían a desafiar su orden.

—Solo digo que debería corregir algunas de sus conductas...

—No. Usted solo decía que no me ponga a educar a sus hermanas, y ya de paso criticaba todo lo que soy. —La soltó y le dirigió una mirada ominosa—. ¿Sabe qué pienso? Pienso que, si tiene que ponerse tan territorial y digna para que me aleje de la enseñanza de las Marsden, es porque está convencida de que si me inmiscuyo me harán antes caso a mí que a usted.

Aquello fue como un jarro de agua fría.

Venetia se estiró para intentar ponerse a su altura.

—No voy a negar que mis hermanas lo vean como el gran libertador por haberles prometido un marido y una vida de aventuras. Pero no es territorialidad, ni tampoco celos. Solo las estoy protegiendo de que sientan simpatía por alguien que solo quiere librarse de ellas, porque a la larga sufrirán... otra vez.

—¿Qué quiere entonces? ¿Que sea desagradable con ellas? ¿Que las ignore? ¿Que me marche de la habitación en cuanto vea entrar a una? ¿Quién diablos la entiende? —Dio un paso atrás, molesto—. Me suelta que no soy educado y ahora me quiere siendo grosero con sus hermanas para que no me aprecien. Bueno, pues no tiene de lo que preocuparse. No he intentado ser un miserable con usted ni una sola vez y es evidente que me detesta; bastará con que sea yo mismo para que celebren mi marcha por todo lo alto.

Arian la dejó con la palabra en la boca. Abandonó el pasillo sacudiendo la cabeza, con ese caminar tan diferente al de un verdadero conde.

«Un verdadero conde».

¿Por qué la invadían pensamientos tan despectivos? ¿Acaso su rivalidad se había afianzado hasta el punto de que, de forma inconsciente, buscaba reducirlo? Siendo sinceros, no le tenía ningún aprecio, pero ¿celebraría su marcha?

Venetia volvió a agarrarse la mano que él había tratado con suavidad. Se la quedó mirando con el ceño fruncido. La respuesta a esa pregunta era terriblemente compleja. Porque sí, le encantaría que se fuera. Pero a la vez... No.

¿Quién la entendía?

Capítulo 8

Esa misma tarde, y después de tener una pequeña discusión en la que tuvo que convencer a Lottie de que merecía darse un respiro en la feria de Gateshead, algo captó la atención de Venetia. Estaba cruzando apresuradamente el pasillo principal con unos cuantos libros de protocolo que las mellizas habían dejado tirados, cuando captó las voces de una conversación: Arian y Brenda, a los que se unían Rachel y Dorothy.

Al asomarse, observó que Cassidy estaba también allí, haciendo anotaciones en una libreta.

—Tenemos que llevar algo negro encima por Norbert —explicaba Rach, con esa vocecilla trémula que era como una vela en medio de la tormenta—. Pero al no ser familia directa podemos permitirnos vestir de otros colores. No muy estridentes, claro...

—¿Quién se quejaría en el caso de que usáramos un traje amarillo? —replicó Brenda—. A nadie le importa lo que hagamos. Y para hacer que les importe, debemos empezar por llamar la atención.

—¿Con un vestido amarillo, dices? —replicó Dorothy—. Siempre he pensado que ese color da mala suerte. Me lo confesó un titiritero al que nos presentamos Rach y yo este verano. En el mundo del espectáculo está prohibido.

—Suerte que no vivimos en un teatro.

—Creo que mientras llevaran una prenda negra u oscura no habría problema —intervino Cassidy—. A fin de cuentas estarían en casa y no en un gran salón.

—Gracias al cielo —exclamó Brenda—. Me parecería deprimente tener la oportunidad de mandar hacer vestidos nuevos y que por obligación debieran ser negros.

—¿Vestidos nuevos? —repitió Venetia. Todos se giraron hacia ella... excepto Arian, el único que le daba la espalda. Dudosa, preguntó—: ¿Milord está de acuerdo?

—Sí —respondió Rachel por él, sonriendo. Solo por ese gesto, Venetia olvidó que habían reunido sin ella. Hacía años que no la veía feliz—. El señor Davenport estaba haciendo el presupuesto.

Venetia colocó los libros bajo el brazo y entró en el salón.

—¿Habéis pensado en alguna modista? No quiero ser pesimista, pero es

bastante improbable que alguien quiera hacerse cargo del armario de una Marsden. Recordad lo que pasó la última vez.

Las tres cambiaron la sonrisa por una mueca consternada. A ninguna se le había olvidado el episodio con las dos modistas que fueron a ver después de que su madre se fugara con el irlandés. La primera las echó de su establecimiento con frialdad y sin reparo, mientras que la segunda ni se molestó en recibirlas. Las tuvo esperando tres horas hasta que comprendieron lo que significaba ese silencio.

—Por dinero baila el perro —puntualizó Arian.

Venetia apreció, mucho más tranquila, que ya se había vestido, aunque no como le correspondía. Las prendas estaban igual de desgastadas y llenas de remiendos. Se intuía que nunca fueron de muy buena calidad.

—No sé si el dinero será suficiente para convencerla.

—Si no lo es, se buscará a otra. Y así hasta que una acepte.

—¿Usted buscará también un sastre? —se le ocurrió preguntar.

—Naturalmente. No podemos permitir que el conde se pasee con esos harapos —respondió Cassidy por él—. La estaba buscando, milady. Me gustaría tener una conversación con usted.

Venetia asintió y dejó el bloque de libros sobre la mesilla de café: un manual de protocolo general, otro de lo que cabía esperar en la buena esposa, y una introducción básica a cultura genérica para mujeres. Un poco de Historia, menos de Arte y lo justo de Geografía.

Brenda, Rachel y Dorothy abandonaron la habitación con la promesa de que esa misma semana recibirían a la modista para tomarle las medidas. Entonces se quedaron Cassidy, sentado con su postura habitual de piernas cruzadas y manos ocupadas —esta vez con una taza de té—, Arian, que se había desplazado al pie de la ventana, y ella.

Venetia se sentó en un sillón Trafalgar sin llegar a apoyar la espalda.

—Iré al grano: Arian necesita perfeccionar su trato y corregir algunos aspectos de su conducta. Tal y como usted ha señalado en varias ocasiones —empezó Cass. Su voz era una seductora nana que incitaba a seguir escuchando—. Además de eso, y teniendo en cuenta que deberá tratar con caballeros más o menos cultos, requerirá de instrucción intelectual.

Venetia frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

—Conocimientos generales en materias de Historia, Economía, Literatura, Arte, y hasta Música si me apura. Algo que le permita tener una conversación

con...

—Soy muy capaz de tener una maldita conversación con un aristócrata. No hace falta haber vivido en un internado desde que se llevaba pantalón corto. Y no tienes que hablar de mí como si no estuviera presente —añadió Arian, cruzado de brazos.

—No comprendo —murmuró Venetia—. El señor Varick debe tener alguna formación. Por lo que Clarence me dijo, el condado lo heredaría una persona de su confianza.

La carcajada crispada de Arian quebró la calma del ambiente.

—Diablos, ¿eso se atrevió a decir, el muy hijo de perra?

Venetia se envaró.

—Le agradecería que no se refiriese a mi tutor de esa forma. Al menos, no en mi presencia.

—Entonces puede largarse.

—Arian —amenazó Cassidy.

No consiguió que Arian dejara de mirarla con animosidad.

—¿Tiene esa petición algo que ver con su sensibilidad, o solo se está riendo de mí? —Sus ojos brillaban heridos, como si al defenderlo, lo hubiese denostado a él—. Oh, olvidaba que Clarence es encantador con las mujeres. Solo las ricas, claro. No me suena que con la mía la fuera en demasía.

Venetia se mordió el interior de la mejilla.

—Conmigo siempre fue atento. Mucho más que mi propio padre.

—Entonces debe estar llorando su marcha todavía. Menuda victoria para el despreciable. Aunque no me extraña. Para usted, no importa si no es bueno de corazón mientras el caballero demuestre tener modales.

—Señor Varick —cortó, perdiendo la paciencia—. Yo no tengo la culpa del que fuera su problema con lord Clarence. No tiene que trasladar a mí su rabia.

—No lo hago, solo me interesaba por saber algo más de usted, pero ya veo que no me equivocaba y al igual que al resto de los de su clase solo va al sol que más le calienta. En este caso, Clarence.

—No era el sol que más me calentaba, sino el único dispuesto a ampararnos. Ya veo que se le escapó lo fundamental de la historia que conté.

—Sí que se me ha escapado la parte en la que apreciaba a un hombre que la recluía en Beltown Manor para no quedarse solo, en palabras de la Vanidosa.

—¿La Vanidosa?

—No sé cómo se llama.

El corazón se le aceleró. Brenda.

—Lo hacía por mi bien —lo defendió.

—Sí, a mí también me arrancó de los brazos de mi madre «por mi bien» — espetó, dejándola helada—. ¿Por qué no acepta que su querido Clarence era el verdadero animal?

Venetia perdió la compostura con esa acusación.

—¿Animal por no legitimarle? Yo tampoco lo habría hecho, y eso no me convierte en una mala persona, sino en alguien con dos dedos de frente.

Antes de atender a la reacción de Arian, se levantó y dirigió una mirada sin expresión a Cassidy, que asistía al intercambio de pullas sin parpadear.

—Si me disculpa, creo que voy a retirarme antes de que la discusión se nos vaya de las manos.

—Espere, milady. La conversación no se alargará mucho, solo queríamos proponerle algo...

—Deja que se largue —interrumpió Arian con voz grave.

—No. Entiendo que hay mucho resentimiento por parte de los dos, que pertenecéis a mundos distintos y tenéis muy poca paciencia, pero debéis ponerlos de acuerdo esta vez por el bien de las muchachas. Por el bien de vuestro futuro.

»Arian, si quieres deshacerte de la herencia, debes adaptarte primero a la tradición aristocrática. Y usted, milady, si pretende casarse deberá colaborar para que los pretendientes queden encantados con la idea de ser familia del nuevo conde.

—¿Y cómo se consigue eso? —ironizó Venetia—. Porque no sé obrar milagros.

—Enseñándome a ser un caballero.

Venetia levantó las cejas de golpe.

—Antes se congela el infierno. Doy por perdido su proyecto antes de comenzar.

—Estoy haciendo esto para que no acabes en la calle, maldita pomposa desagradecida —siseó—. Harías un favor a todos bajando del pedestal en el que a saber quién te ha colocado y dejar de actuar como si estuvieras por encima de todos.

—¡Eres tú el que cree que está por encima de todos!

En solo tres zancadas, Arian estuvo delante de Venetia.

—No, solo me creo en un lugar superior al que tú me has colocado: junto a los criminales y los mendigos.

—Eso no es cierto —barbotó—. Yo le respetaba hasta que demostró que es incapaz de pagarme con la misma moneda.

—Entonces, ¿a qué esperas para aceptar? —la retó—. Tienes la oportunidad perfecta para cambiar todo lo que no te gusta de mí, hacerme decente y respetable a ojos de tus amigos.

—Puede que no me gustes, pero no te cambiaría —espetó Venetia—. Ese eres tú, y si fueras otro, no tendríamos villanos sobre los que escribir historias.

—¿Eso crees que soy? ¿El villano?

Venetia tragó saliva al ver cómo brillaban sus ojos. Quizá Arian no fuera un animal, pero había uno dentro de él que durante esas discusiones asomaba una pezuña. Estaba lleno de odio y ella debía asumir su parte de culpa: lo único que estaba haciendo era alimentarlo. Pero ¿cómo si no se defendía? No podía quedarse en silencio.

—Pues hazme bueno —dijo él, bajando la voz. Una nota de sumisión se filtró en su tono aún severo.

Venetia se mantuvo inmóvil, tensa.

—No sé si dispongo de suficiente tiempo, medios o fuerzas.

—La recompensa será un marido. Creo que por eso merece la pena aguantarme.

«Yo no tendré ningún marido», se cuidó de replicar.

—Sé lo básico sobre las materias mencionadas. Y nada de números.

—De los números se encargará Cass, y Fox tiene mucho tiempo para leer en el barco, además de amigos de todas las culturas, para instruirme en los ámbitos que sobran. Usted solo tendría que dedicarse al protocolo.

Venetia vaciló, aunque sabía que, muy a su pesar, cuando él usaba ese tono con ella, no podía resistirse a contrariarlo. Además de que en esa discusión había sido Arian el más perjudicado.

Se le tiñeron las mejillas de vergüenza al recordar la bajeza en la que había caído haciendo mención a la bastardía.

—Muy bien. Intentaré suavizar su actitud. Pero no se atreva a discutir una sola de mis órdenes.

—Eso ya lo veremos.

Venetia se apartó de él con los ojos entornados.

—Al final será un honor meterlo en cintura.

—O con un poco de suerte, el efecto se revierte y le sacamos el palo que tiene... —Venetia lo fulminó con la mirada, retándolo a terminar la frase. En lugar de hacerlo, hizo una genuflexión—. Milady.

Ella bizqueó y se dirigió a la puerta, aún nerviosa. Era un misterio que fuese posible notar sus ojos grises taladrándole la espalda.

—Los condes no se ponen la mano en la espalda al hacer reverencias, señor Varick; solo los mayordomos —exclamó sin mirarlo—. A ver qué puede hacer con esa primera lección.

Capítulo 9

No tenía ni un solo manual de protocolo en la biblioteca restringida a su uso. Todo se centraba en cómo las señoritas debían alardear de modales en la mesa, en veladas nocturnas, en su propia casa con invitados y durante viajes y cortejos, pero nada sobre condes que necesitaran aprender cuestiones básicas de etiqueta.

Era una suerte que Venetia hubiera vivido durante años con el paradigma de la distinción, la clase de hombre que no se saltaba una sola regla, y recordara al dedillo cómo se comportaba. Sin duda iba a ser doloroso recordar el caminar, el saber estar y la conversación de Norbert, y también injusto para Arian, que lo odiaba lo suficiente para no querer saber nada de él. Pero por lo pronto no se le ocurría nada mejor.

Arian apareció unos minutos antes de lo estipulado. No era su deber levantarse, pero Venetia lo hizo, pudiendo detallar así su atuendo de día. Gracias al cielo que se habían puesto en contacto con el sastre; no era tan sensible como para sentirse ofendida, pero cualquiera tomaría como un ultraje que Arian apareciese con camisas desgastadas y chaquetas holgadas. Ni siquiera llevaba el chaleco obligatorio en la vestimenta de un noble.

—No tengo mucho tiempo —anunció. Fue como si de pronto recordara que no tenía por qué estar de pie y se sentó en la primera butaca que encontró—. Debo atender a unos arrendatarios a las once.

—Cuando entre en una sala habitada, su primer comentario debe ser un «buenos días», «tardes» o «noches», dependiendo de la hora que sea —corrigió—, y hasta que no reciba respuesta, debe quedarse en pie. Al sentarse, no lo hará abriendo las piernas y echando todo el peso en el asiento, sino con cuidado, tal y como lo hace el señor Davenport.

Arian bufó.

—Eso tampoco es muy caballeroso —apuntó Venetia.

—Pensaba que me darías un respiro antes de empezar con toda esta pantomima.

—Oh, ¿esperaba una agradable conversación? ¿Cree que eso sería posible entre nosotros, o que tenemos algo en común sobre lo que hablar sin sacarnos los ojos?

—Para eso estoy aquí, ¿no? Para que me enseñe a tratar con gente como

usted.

—Así es, y dado que tenemos poco tiempo, sería recomendable que comenzáramos lo antes posible. Levántese y venga aquí. Hay que corregir la postura.

Arian obedeció con el ceño fruncido. Su mirada era recelosa, al igual que su forma de andar. Lo hacía con las piernas algo abiertas, pisando fuerte y zarandeándose de un lado a otro, como si estuviese peleando con el aire. Los hombros tensos y los puños apretados no ayudaban a hacer de su postura algo agradable a la vista.

Venetia puso las manos cerca de su cuello. Trató de ignorar que todo el vello se le ponía de punta.

—Relaje los hombros. Está erizado como un gato cuando lo mojan. Y suavice los dedos de las manos. Los tiene agarrotados, en posición de ataque.

—Nunca se sabe. Hay que estar preparado.

—Un conde no necesita estar preparado para nada excepto para las impertinencias de sus invitados.

—A eso me refería. Las impertinencias se curan con un puñetazo certero.

Venetia suspiró de forma inaudible.

—No, señor Varick. Los condes no usan los puños para reconducir la mala educación, sino su inteligencia.

—¿Y cómo?

—Con las palabras se puede dar una lección de la importancia de la cortesía.

—Pamplinas.

—Estire el cuello.

—Si me vas a dar órdenes, puedes tutearme.

—En ese caso, estira el cuello. —Le dio unos toquecitos en la barbilla, que encontró rasposa y masculina—. No encorves la espalda. Recuerda que estás muy orgulloso de quién eres. Tu mirada va al frente, no a tus pies.

—Así no puedo mirarte.

Venetia prefirió ignorar el latido que se saltó su corazón.

—Mejor. Nos ahorramos las disputas.

—¿Y no es de mala educación no mirar a alguien al hablar?

—Durante una charla sí puedes bajar la vista. Una mirada muy fija puede resultar turbadora. Pero cuando camines no mires las piedras. No se te ha perdido nada en el suelo.

Arian cogió la mano que Venetia había dejado cerca de su barbilla marcando la dirección. La apartó de su cara, pero no la soltó.

—Quien no mira al suelo puede tropezar, y hay que tener cuidado de no pisar a nadie —corrigió—. También se mira a los costados, para saber quién nos acompaña. Hacia delante, para ver hacia dónde vas; hacia atrás, para recordar de dónde vienes, y hacia arriba, porque allí siempre hay alguien que nos observa. Todo eso recoge la mirada de un hombre honrado. La de un lord, en cambio, solo apunta por encima de su hombro.

Venetia observó su llana expresión con curiosidad, sin olvidar que sus dedos estaban enterrados en la mano cálida del hombre.

—¿Quién te ha enseñado eso?

—Es mi propia filosofía. Hacia delante miran solo los burros, y porque les cubren los extremos. Y queremos que deje de ser un burro, ¿no es así? —inquirió con una ceja arriba. También levantó la mano que sujetaba la de Venetia y entrelazó los dedos con los suyos. Le pareció un gesto tan íntimo que se puso nerviosa y la retiró enseguida.

—Pero no estamos hablando de filosofía, señor Varick. De eso se encargará su hermano Fox. Esto es simple protocolo. Debe transmitir poderío y seguridad.

—¿Y qué transmito ahora?

Venetia no respondió porque transmitía eso mismo, pero de una forma más... primitiva. Era poderoso y seguro de sí mismo. No se lo podía negar.

—No transmites elegancia, que es más importante. No puedes intimidar al interlocutor.

—¿Qué significa eso? ¿Te intimido?

—Haces muchas preguntas —apuntó, irritada—. Límitate a obedecer y acabaremos antes.

—No me interesa acabar antes.

Venetia se convenció de que lo decía porque después tendría que salir a visitar a los arrendatarios y hacía un frío de muerte. Sin embargo, era imposible ignorar que todo lo que decía era una insinuación. Las últimas veces se había percatado de que él parecía estar interesado en ella. Podía no ser de una forma amorosa o sexual, sino que disfrutara burlándose de sus rígidas normas y la facilidad con la que la provocaba. No sería el primero, ni el segundo. Pero Venetia no sabría cómo afrontar cualquier tipo de interés, y por eso había pasado por alto sus últimos comentarios.

—Pues solo tenemos un mes para convertirte en un caballero, y son muchos los principios que debes ir asimilando. Si no te interesa salir de aquí rápido, al menos estarás deseando terminar el adiestramiento.

—No me gusta esa palabra. No soy un perro. Y no estoy deseando terminarlo

porque ni siquiera deseo empezar. Esta solo es una idea estúpida que no sé de dónde diablos ha sacado Cassidy. De ti, imagino. No me siento representado en la idea de aprender latín, o griego, o la vida de grandes pensadores, o cómo diablos sentarme. No me interesa abandonar mis raíces para convertirme en lo que queréis que sea.

Venetia entrelazó los dedos en el regazo.

Ya se había comprometido con la labor. Más le valía mostrarse paciente si no quería irse a dormir frustrada todas las noches.

—¿En qué queremos convertirle con exactitud, señor Varick? Porque yo solo quiero que sea un hombre educado, cortés y que trata a su prójimo con el respeto que merece todo buen cristiano. Su hermano Fox pretende instruirle en materias que le harán culto y ayudarán a conocer mejor su historia y desarrollar otras formas de pensar, y gracias al señor Davenport aprenderá a gestionar su fortuna sin miedo a que, al dejarla en otra manos, pueda ser objeto de timos o engaños.

»Así que, permítame preguntarle: ¿con qué no se siente representado? ¿Con la sabiduría, el saber estar, el crecimiento personal... o las herramientas que le serán útiles en el día a día?

Arian le sostuvo la mirada en silencio. Incluso cuando estaba callado, Venetia sentía que se negaba a aceptar que pudiera tener la razón. Pero se la daba. Y si no, ella todavía se llevaba la satisfacción de haber podido mirarlo un momento sin que se notara que, contra todo juicio, le gustaba hacerlo.

—Muy bien, creo que he captado la esencia de la postura —masculló al final—. ¿Qué sigue?

Venetia sonrió para sus adentros, sin saber que lo hacía también —aunque de forma sutil— hacia fuera.

—¿De qué te ríes?

—De nada. Solo... —Buscó la mejor forma de decirlo sin que pudiera usarlo en su contra—. Me sorprende que cada vez cedas más rápido durante una discusión.

Arian la estudió con los párpados entornados.

—Yo no me enorgullecería de ello. Doblegar la voluntad de un hombre no es una victoria, sino una manera de reprimir su espíritu.

—No he doblegado a nadie, solo he respondido y has cambiado de opinión.

—No he cambiado de opinión. Nada de esto me servirá cuando me marche de Inglaterra porque no pienso moverme en ambientes refinados.

»Maldición, todo esto no es más que una bufonada que contradice lo que he venido a hacer. Estoy convencido de que Clarence quería eso, convertirme en un

caballero, y que me parta un rayo si le doy esa satisfacción.

Por una vez, la curiosidad venció al despecho.

—¿Tanto lo odias que no quieres aprovechar el regalo que te ha dado?

—Es un regalo envenenado. Me priva de mi libertad y me obliga a atender obligaciones que no tengo ningún interés por cumplir. El noble promedio debe tomar esposa y engendrar hijos, debe ser de una determinada manera... Ya bastante estoy dando por ti y por tus hermanas aceptando estas ridículas lecciones.

—¿Significa eso que no vas a casarte?

—No. Ya que debo ser un conde a mucha honra para impresionar a vuestros pretendientes, lo único que me queda para ser fiel a mi respuesta inicial es extinguir a los Bellamy.

—¿Tanto odiabas a tu padre? ¿Qué es lo que te hizo para que esos sean tus sentimientos?

—Nada —respondió con brusquedad—. No hizo nada. Y, en consecuencia, yo tuve que hacerlo todo. Absolutamente todo.

La mente de Venetia no podía viajar más allá del trabajo esclavista de las grandes industrias, pero incluso sin concebir algo que traspasara esa línea, se le tensó el cuerpo de genuina inquietud por lo que insinuaba. La mirada de Arian se ensombrecía cada vez que mencionaba a Norbert, y si bien ella nunca podía odiarlo porque solo tenía buenas referencias, sí que sembraba la duda.

—Entonces, habiéndolo hecho todo, no te resultará difícil aprender a ser un caballero. Algunos dicen que se lleva en la sangre, pero yo creo que con un poco de esfuerzo y constancia, saldrá adelante.

Arian tiró de los labios en una sonrisa cansada.

—Conseguiremos hacerles creer que soy un hombre de provecho, ¿no? Por suerte se me da bien el teatro.

—¿A eso te dedicabas? ¿Al... teatro?

—Más o menos —respondió, misterioso—. ¿Y bien? ¿Qué más vas a enseñarme, Venetia?

Un estremecimiento placentero trezó sus nervios al oír su nombre.

—Para empezar, no puedes referirte a un caballero o a una dama por su nombre de pila, solo a los sirvientes. Serán señor y señorita, o lord y lady, tanto durante el trato directo como el indirecto.

Venetia se dirigió al fondo de la sala y corrió las cortinas para que entrara la luz, vaga y triste por culpa del mal tiempo. En su lugar encendió unas cuantas lamparillas.

—Pretendo que hoy se vaya de aquí sabiendo...

—Sigue tuteándome.

Venetia asintió.

—Pero has de saber que no debes tutear a nadie. Solo a amistades y personas de confianza, y si te lo permiten. Como te decía, pretendo que te vayas sabiendo cómo recibir, acomodar y dirigirte a damas y caballeros. Es esencial dar buena imagen como anfitrión.

Procedió a explicar todo lo que sabía al respecto. El buen anfitrión nunca acomodaría a sus invitados en una sala que no estuviera adaptada a la temperatura adecuada dependiendo de la estación del año. Preguntaría con educación por la familia o los negocios, aunque no por el dinero o política. No comenzaría todas las conversaciones hablando del tiempo, ni utilizaría las mismas estructuras —«ya veo», «ya sabe»—, ni se referiría a posibles defectos físicos o de comportamiento. Debería ser humilde, sin mencionar a cada rato los orígenes nobles de su familia...

—Creo que eso puedo hacerlo —bromeó Arian.

Venetia, que no se había atrevido a detenerse durante la enumeración y explicación, paró un momento para sonreír.

—Ahora debe aprender a estrechar manos con propiedad, y a besar manos.

—¿Hay muchas formas de dar la mano?

—Y de besarla —apostilló. Se la tendió—. Tienes que ofrecer la mano entera. Dar solo dos dedos te haría quedar como un estúpido esnob, y tendiéndola sin vida, sin ganas, estarías insultando al otro. También quedaría muy maleducado estrecharla con demasiada fuerza o moviéndola con demasiado entusiasmo.

—Qué gente tan delicada —se burló—. ¿Por casualidad no sabrás cuánto tiempo debo estar sujetando su mano? A lo mejor tres segundos es una falta de respeto porque a los nobles no les gustan los números impares.

Venetia contuvo una risotada.

—Entre dos y tres segundos, si es un saludo cordial —contestó. Sonrió al ver que lo había dejado sin palabras—. En caso de ser un amigo, puede estar hasta cinco, y darle un apretón en el codo con la mano libre.

Arian soltó una carcajada ruidosa, que ella guardó en su memoria como una reacción natural y, quizá —no si le preguntaran—, bonita.

—Dios mío, voy a insultar a un caballero diez veces antes de que pueda pasar al recibidor. Se marchará sin haberse quitado la chaqueta.

—No seas pesimista —le regañó—. Vamos, dame la mano... No, esa no,

tienes que ofrecer siempre la derecha. Es la que lleva la espada en tiempos de guerra y por eso se considera un saludo respetuoso, una forma de prolongar el compañerismo cuando reina la paz.

—Cuánto bombo para un maldito saludo. ¿Y qué pasa si soy zurdo?

—¿Eres zurdo?

—No.

—Entonces cierra el pico y dame la mano.

Arian la miró con una sonrisilla discreta y tomó su mano para estrecharla como era debido. No había nada más en el gesto, solo cordialidad, pero el calor que encerraba su palma, y el tacto callosos de sus dedos le produjeron un inoportuno y placentero estremecimiento. Nunca pensó que encontraría agradable el tacto de un hombre trabajador.

—Tienes las manos muy frías —apuntó él, en voz baja.

—Sí... Es algo típico en mí. Los pies también suelo tenerlos helados —comentó. En cuanto se dio cuenta de lo que había dicho, carraspeó—. Eso es algo que no se debe hacer.

—¿Tener los pies helados?

—Hablar del cuerpo de una mujer.

—Pero solo he mencionado tu mano. ¿Qué pasaría si hablara de tus tetas?

Venetia abrió los ojos como platos.

—Esa palabra es terriblemente vulgar. Si en algún momento sientes el deseo de decirla, o es inevitable, cámbiala por «pechos». Eso que has dicho solo lo dicen los...

—La gente de los suburbios. Me lo puedo imaginar. Ni siquiera Cass la dice... De acuerdo, milady —suspiró—. ¿Y qué pasaría si mencionara tus pechos?

—Que podrías recibir una bofetada por el atrevimiento. Tu conversación debe ser agradable y entretenida, no incomodar al interlocutor.

—Ah, mujeres nobles con oídos sensibles... A las que yo conozco les encanta que alaben sus virtudes. Y lo que es más... ¿Sabes cómo las saludamos cuando las vemos?

Arian tiró de su mano de sopetón y la encerró en un abrazo. Aquel gesto espontáneo la pilló con la guardia baja. Cuando se quiso dar cuenta, tenía sus labios tan cerca que el corazón le dejó de latir súbitamente.

—Las agarramos bien fuerte para que sepan cuánto las hemos echado de menos. —Apoyó la frente en la de ella—. Eso es algo a lo que no quiero renunciar, ni siendo conde, ni siendo rey. Odio la fría distancia que hay entre hombres y mujeres en este mundo. Besar manos con guantes puestos... —bufó y

la ciñó más a él—. Si algún día, después de irme, viniera de visita, querría sentir el recuerdo de que estás viva en tu piel junto a la mía... No pegando mis labios a un pedazo de seda.

Venetia no comprendió por qué no quería luchar contra su cuerpo. Ella odiaba a aquel hombre, la había vejado y menospreciado y era una bestia sin modales. Se tuvo que convencer de que era el hecho de estar presa en sus brazos lo que le impedía apartarlo.

—A veces se dan besos sin guantes —murmuró. Respiraba por la boca—. Aunque los besos que dan los nobles no son en realidad besos como tal. Solo un roce.

Arian soltó la mano del apretón y la volvió a tomar, esta vez con delicadeza, para acercarla a sus labios. Venetia levantó la vista, aterrada porque volviera a hacerlo como la mañana de su encuentro en el pasillo. Ya había soportado el fuego de su boca allí una vez, no quería volver a sentirlo con la misma intensidad... o más.

—De donde yo vengo, las manos de las mujeres no se besan. Me siento ridículo pensando en hacerlo. Pero la tuya... —Movié la cabeza—. Tú inspiras galanterías de ese tipo en mí. Me parece una locura y una tremenda injusticia tener que resignarme a rozar de casualidad la única mano en el mundo que quiero besar.

Venetia tragó saliva y exhaló por la boca entreabierta, viendo cómo aquellos labios capaces de pronunciar las peores maldades, se convertían en puro terciopelo al acariciar su dorso. No pudo contenerlo y tampoco quiso, ansiosa por dejar ir al menos una vez una muestra de los estragos que la emoción dejaba en ella. El beso no vino solo; lo acompañó una mirada como las brasas del fuego. Una mirada que no podía verse en un salón, sino que por el contrario se reservaba a las amantes más afortunadas. No fue entonces el gesto lo que comprimió su corazón, sino la intencionalidad encerrada, toda esa expresividad envolvente que lo definía como hombre de sangre caliente, y que se acentuaba cuando la tocaba.

—No puede besar así a una mujer, señor Varick —musitó—. L-la confundiría y...

—Por supuesto que no puedo besar así a otra mujer. ¿Qué te has creído? Las grandes pasiones no son precisamente grandes porque abarquen cientos de señoritas, sino porque se concentran en unas pocas, o en una sola..., así pueden volcarse en ellas con devoción y locura, y sin ninguna educación.

Venetia lo miró temerosa, sin saber a qué se enfrentaba. Tenía la ligera idea

de lo que era el deseo en un hombre. Una vez fue el centro de la vida de uno, uno que se desvivió por ella, pero no había punto de comparación entre los dos. Lord Wilborough había necesitado palabras rimbombantes y gestos grandilocuentes para expresar una pasión que por sí misma no valía nada, mientras que Arian, aun dejando patente que se estaba conteniendo, parecía ahogado en un sentimiento que le venía grande.

¿Qué maldito sentido tenía lo que estaba ocurriendo? Quería alejarse, pero él le había robado el equilibrio.

—Tampoco p-puede hablarle así a una mujer, señor Varick. Para decirle eso a la cara debería esperar a la noche de bodas, después de meses de cortejo formal, y... Ni siquiera entonces sería normal —musitó, queriendo esconderse en su pecho del propio rubor—. A las damas no las preparan para el deseo, sino para la decepción. Los nobles buscan el amor muy lejos del lecho conyugal, pero eso supongo que ya lo sabrá.

—Sí, y lo detesto. Me da más motivos para no casarme. Pero tú... Maldita sea, tú has nacido para que te llenen de placeres y caprichos, para que te consientan cada petición.

—Y así luego podrías llamarme ricachona pomposa, desagradecida y egocéntrica, ¿no? —replicó, mirándolo a la cara. Tenía que provocar una discusión o de lo contrario daría la impresión equivocada. Si lo odiaba, no podía permitir que aquello le gustara.

Él frunció el ceño.

—No te desprecio por lo que eres, sino porque piensas que serlo te sitúa a una escala superior al resto. Y aunque estuvieras ahí, donde te colocas, es una muestra de soberbia y grosería recordarlo a los demás. No deberías tener derecho a mirarme como si fuese un perro por haber nacido pobre y bastardo.

—No te miro mal porque fueras pobre, ni porque seas un bastardo, sino porque has sido desagradable conmigo. —Sintió que perdía fuerza estando aún arropada por él—. Y porque te parece poco el sufrimiento al que una mujer de mi clase esté expuesta.

—Lo vuestro no es sufrimiento, sino un cúmulo de pesares. A ti no te han negado la atención primaria ni las necesidades básicas, y dudo que te hayan apaleado. Además de que te han entrenado para la decepción, mientras que nadie está entrenado para el hambre o el dolor físico. Lo que no quita que me haga rabiar la idea de que te convencieran que no tendrías pasión y que eso queda reservado para las amantes, porque por Dios que a ti te hicieron para enloquecer a los hombres. A mí mismo me has vuelto loco. ¿Crees que soy tan desagradable

siempre? Por supuesto que no.

—¿Me vas a echar la culpa de tu vena agresiva?

—No te voy a culpar de tenerla, pero sí de inflarla. Si no tuvieras tanta facilidad para irritarme ahora mismo estaría postrado a tus pies.

Aquella confesión la desarmó casi por completo. Sus palabras fueron una explicación necesaria a esas insinuaciones que había hecho durante las discusiones, en las que reverenciaba su belleza e insistía en el deseo que tenía de mirarla todo el tiempo.

—Entonces tenemos suerte de que haya nacido con carácter, porque sería imposible que me tuviera de la forma en que me desea.

La respuesta no debió gustarle, porque la soltó de golpe y la miró como si hubiera pronunciado una palabra prohibida. O tal vez se hubiera dado cuenta de que mentía para distanciarlo cuando ni la propia Venetia era consciente.

—Milord —interrumpió el mayordomo—. La señora Langley ha sido conducida al gran salón para tomar medidas a las damas. Milady, usted debería estar allí.

Venetia se aferró a esa interrupción para aclarar sus ideas. Arian, en cambio, no parecía muy dispuesto a dejarlo pasar. Su mueca de contrariedad hablaba por sí misma.

—¿Ha conseguido encontrar a una modista? ¿Tan rápido?

—Puedo ser muy eficaz cuando me lo propongo —espetó de mal humor.

Ella trató de ignorarlo. Solo estaba resentido, se dijo. Se le pasaría. El deseo de un hombre duraba unos segundos. Después desaparecía sin dejar rastro.

—¿Cuántas le rechazaron antes?

—Todas. Por eso contacté a una vieja amiga.

Venetia lo siguió fuera de la habitación con el ceño fruncido.

—¿Cómo que «vieja amiga»? ¿Ha trabajado para usted, o conocía su tienda en Londres?

—Ha trabajado para amigas mías. Esas que tanto detesta.

Al principio le costó comprender a qué se refería, pero tan pronto como lo hizo, frenó de golpe con la boca abierta.

—¿Me está diciendo que una modista de... cortesanas de bajo nivel, va a diseñar los vestidos de mis hermanas?

Arian la miró por encima del hombro.

—Y los suyos también.

—¿Cómo se atreve? —siseó, dirigiéndose a él con los puños apretados.

—Relaje los dedos. Los nobles no atienden a sus interlocutores con actitud

beligerante.

Venetia desencajó la mandíbula.

—¿Tiene idea de lo que supondrá para la reputación de mis hermanas que una modista de esa talla haga sus encargos?

—En principio, nada. La señora Langley es muy discreta.

—No lo suficiente si ha sabido dónde encontrarla y a quiénes ha vestido —exclamó, furiosa—. ¿Lo hace para escarmentarme?

—Aunque me encantaría poder decir que sí, mi elección no tiene nada que ver contigo. U os viste Langley, u os vestís vosotras con las puñeteras cortinas —espetó, señalando el gran ventanal del recibidor—. Si eliges lo segundo, tú misma te encargarás de mandarla de vuelta a casa. Yo no pienso desairar a mis conocidos por berrinches estúpidos de mimadas caprichosas.

—¡No soy una caprichosa! ¡Sencillamente eso es intolerable!

—¡Has pedido y yo te he dado, maldición! ¡Lo siento si no ha estado al nivel, pero no puedo ofrecerte nada más! ¡Y debo decir que esta vez no es por mi culpa! ¡La próxima vez búscate tú la vida!

Venetia retrocedió. Lo había ofendido de veras.

Lo vio echar a andar, olvidando todas sus indicaciones, y aunque una parte de ella ardía de rabia por cómo le había hablado, otra lamentó su propia respuesta. No era su culpa que tuvieran que recurrir a una modista de mala reputación, y mientras fuese discreta...

—Señor Varick —lo llamó—. ¡Señor Varick!

Él no se dio la vuelta. Tuvo que detenerlo cogiéndolo de la mano, como si fuera una niña pequeña que temía perderse. El contacto se sintió casi familiar después de haber estado abrazada a él.

Arian se dio la vuelta con el gesto contraído en una mueca de disgusto.

—Tiene razón —murmuró, muy a su pesar—. Ha sido una reacción... injusta con sus esfuerzos. Le doy las gracias por haberse tomado la molestia. Seguro que mis hermanas están encantadas y la señora Langley es una persona maravillosa. Lo siento.

Arian se acercó a ella con una mano en la oreja.

—Perdona, no te he oído. ¿Podrías repetirlo?

—Le decía que me avergüenzo de mi arrebató, y le pido disculpas...

—Dilo otra vez.

Venetia presionó los labios.

—No se regodee, maldita sea. Yo no lo hice cuando se disculpó por convidarme a pasar el resto de mi vida en el muelle.

—No es por intervenir, que está claro que alguien debería hacerlo antes de que uno mate al otro —habló Bowler—, pero les están esperando. Sin milord, la señora Langley no puede comenzar. Y a milady la necesita.

Bowler no tuvo que insistir. Venetia dejó plantado a Arian, de nuevo ofendida con su comportamiento. Detestaba la desorientación a la que la había arrojado. ¿Era aquello lo que la esperaba hasta que las Marsden estuvieran casadas? ¿Gritos y discusiones que alternaban con breves pero intensos momentos de complicidad? Lo peor era que Venetia no estaba segura de saber cuál afectaba más a su estado de ánimo, pero se atrevía a arriesgar que la desequilibraba más el Arian que la asediaba con su agresiva honestidad.

En cuanto entró en el gran salón, parte de su frustración se suavizó. Todas las hermanas estaban reunidas en torno a una mujer de mediana estatura, redondita y con el pelo de un precioso tono gris ceniza. La que reconoció como señora Langley había traído un amplio muestrario de telas, colores y rollos que se iban pasando de unas a otras mientras escuchaban con atención la explicación de la profesional. Como era natural, Brenda destacaba subida al pequeño altar; era a ella a la que le probaban por encima del pecho las telas que más llamaban su atención. A Venetia no le pasó por alto que la mayoría de los que descansaban sobre el diván eran de colores chillones, tal y como era común en los atuendos de prostitutas.

Pese al recelo que no la abandonaba, Venetia se acercó a las telas a las que Langley daba la espalda. La mujer se percató de esto en cuando Dorothy dijo su nombre.

—Oh, no, milady, esas muestras son demasiado vulgares para mujeres como usted —exclamó—. Las he apartado para no dar lugar a confusión. Venga y eche un vistazo a mi selección.

Por lo menos tenía claro lo que había ido a hacer allí: a vestir damas de clase alta, no a trasladar la moda de la calle a las altas esferas. Eso denotaba prudencia, lo que suponía un alivio, pero al mismo tiempo le produjo un pinchazo desagradable en el pecho. Había sido esa palabra para referirse a las mujeres que vestía. Vulgares.

Era un término que Arian no habría aprobado y que, por algún motivo, a ella tampoco le terminó de gustar.

Ese hombre le había contagiado su falta de coherencia.

—Señora Langley —saludó el rey de Roma, entrando con una sonrisa cálida. La susodicha dejó enseguida lo que estaba haciendo y fue hacia él, aceptando el abrazo casi parental que le ofreció encantado. Un nuevo pinchazo molestó a

Venetia, aunque en este caso tenía el nombre de la curiosidad. Una curiosidad matadora.

¿Cuándo la habría conocido, y en qué circunstancias? Imaginaba que Arian habría tenido amantes antes de heredar el condado, y que quizás requirió los servicios de Langley para vestirlas como era debido. «Eso no suena como Arian», dijo una vocecita en su cabeza, con mucha razón y más impertinencia todavía. Algo que sí sonaría más a él sería que hubiera buscado una modista por petición de las jóvenes.

Langley y Arian se enzarzaron en una conversación mientras las Marsden seguían probándose las telas, comentando su textura y a quién combinaba mejor según el tono de la piel y el color de los ojos. Venetia se acercó un momento a examinar el muestrario «apto», coincidiendo con la mayoría de los colores. Azules oscuros, celestes pálidos, rosas suaves, blancos, más puros y más rotos; lavanda, verde aguamarina, negro, ocre amarillento... Nada muy intenso, a diferencia de lo que destacaba sobre el diván.

Las ganas la vencieron y acabó curioseando entre las telas prohibidas. Sus hermanas estaban tan entretenidas discutiendo que no se dieron cuenta. Aprovechó esa distracción para acariciarlas e ir apartándolas con cuidado de no perderse una sola tonalidad. Había amarillos fuertes, verdes brillantes, fucsias llamativos... El borgoña acentuado captó su interés, pero no fue el que robó su aliento.

Los ojos de Venetia se quedaron en la seda roja intensa debajo de todas las posibilidades. Lo más seguro era que la señora Langley lo hubiera escondido al fondo porque era el color que representaba la prostitución. Incluso una mujer como Venetia sabía que un vestido de ese rojo sería una provocación, y en el caso de ponérselo ella, un pase directo al escarnio. Y, sin embargo, no pudo resistirlo y lo rozó con los dedos.

—Si lo quieres, es tuyo —susurró Arian.

Venetia apartó la mano como si se hubiera quemado.

—¿Qué dice? —masculló.

Se alejó del diván igual que si la hubiera cazado haciendo algo indebido.

—Un vestido de ese color te sentaría como un...

—Ni se le ocurra terminar la frase. Un vestido de ese color y yo es un imposible. —Observó que Arian fruncía los labios. Esa era la palabra que le molestaba, pero no se achantó al descubrirlo—. Es increíble la facilidad que tiene para insultarme cada vez que abre la boca. Solo las fulanas visten de rojo.

—Esa facilidad solo es equiparable a la que tú tienes para ofenderte.

Venetia no lo negó.

—Creía que estaba enfadado.

—Me cuesta mantenerlo por mucho tiempo cuando el motivo tiene los ojos verdes. —Venetia apartó la mirada, devolviéndola sin querer a la tela roja—. Si te gusta...

—Es un color de furcia —insistió, esperando que fuera suficiente para callarlo.

—¿Y eso quién lo dice?

Venetia lo miró de reojo.

—Empiezo a pensar que esa es su frase preferida. Ya que lo pregunta tanto, le responderé que casi nunca lo dice alguien en particular, pero está presente en las normas del decoro, las leyes, los dictados de etiqueta y moda...

—Al carajo con eso. Si quieres un vestido rojo, no hay barrera que pueda impedirte disfrutarlo.

—Usted de veras cree que los ricos podemos hacer lo que queremos, ¿no? Pues celebro que vaya a quedarse un tiempo más, porque significa que va a descubrir por sí mismo lo que conlleva esta condición.

—¿Y qué conlleva, si puede saberse? Me conformo con un breve adelanto.

Venetia ya le había dado la espalda cuando él tuvo que hacer sonar su voz como una broma que no hacía ninguna gracia. Le respondió sin girarse.

—A grandes rasgos... Significa tener siempre lo que necesitas, pero nunca lo que quieres.

Capítulo 10

A partir de la primera lección con lady Venetia, Arian se dio cuenta de que los días dejaban de tener veinticuatro horas para convertirse en eternas sucesiones de obligaciones abominables. Sus nuevos horarios no tenían comparación con los antiguos, y no es que su vida anterior fuera todo vino y rosas, porque nunca hubo día que no se acostara con la sensación de que no volvería a ver amanecer, pero ese dolor extenuante por los sobreesfuerzos de sus empleos físicos se había transformado en una migraña que, al final de la tarde, derivaba en un mal humor insoportable.

Desde las ocho de la mañana tenía que poner su trasero en una silla almohadillada y aguantar los rollos insufribles de Foxcroft, que por fin veía realizado su deseo de impartir sus conocimientos absurdos, más la retahíla de responsabilidades respecto a gestión económica que Cassidy le soplabá al oído hasta que dejaba de salirle por el otro. Eran horas y horas memorizando el ascenso del rey Jacobo I al trono inglés, los detalles de la estrategia bélica de Napoleón Bonaparte y los problemas cíclicos entre Inglaterra y Escocia por unificar el territorio bajo una sola religión; horas y horas repitiendo la tabla de multiplicar, empezando por el uno y acabando por el nueve, y recibiendo reprimendas con giros dotados de optimismo cada vez que se equivocaba. «Cuando estés haciendo tus cuentas para calcular gastos y beneficios, no podrás permitirte fallar en un solo dígito, Arian, porque cada libra cuenta, y no es lo mismo dieciséis que veinticuatro... Pero estoy seguro de que mañana lo dominarás muchísimo mejor». Reprimendas a las que Arian respondía con su acostumbrada ira irreprimible: con mucha suerte, al día siguiente estaría muerto y no tendría que recitar que cualquier número multiplicado por cero, daba cero como resultado.

Después de tediosas horas adquiriendo sabiduría que no sabía para qué le iba a servir —porque a no ser que alguno de sus invitados le preguntara a mala idea qué opinaba de la ejecución militar durante la Batalla de Waterloo y en qué año tuvo lugar, no le veía la utilidad—, debía reunirse con Venetia para continuar aprendiendo a dar la impresión de que había nacido entre doseles. Su estado de ánimo tras un día entero de «debes saber esto» y «debes saber lo otro» quedaba perjudicado para cuando ella iniciaba sus lecciones, y por desgracia no tenía la

misma santa paciencia que Cassidy, ni mucho menos el sentido del humor que le permitía a Fox tomarse abroma sus agresivos despotriques. A causa de esto, las discusiones entre ellos eran el pan de cada día.

Arian llegaba a la puerta de la sala repitiéndose una y otra vez que no iba a pagar con Venetia su frustración, pero estaba tan mareado por las operaciones numéricas, fechas e hitos históricos que le costaba concentrarse. Una lástima, porque las lecciones de Venetia, a pesar de ser las más complejas por tener que llevarlas a la práctica en el acto, eran también las más dinámicas.

Jamás habría imaginado que el cansancio mental existiría, y no llevaba ni siquiera dos semanas siendo adiestrado. Le aterraba verse a sí mismo un mes después del comienzo, cuando debiera demostrar al grupo de elegantes caballeros que podía aprender en treinta días lo que ellos habían tenido casi dos décadas para asimilar.

—¿No podemos hacer una maldita pausa? —exigió Arian, dejándose caer en el asiento con dramatismo. Se frotó las sienes con los nudillos—. Te acabo de recitar toda la dinastía de Plantagenêt con la casa de Lancaster incluida. Por el amor de Dios, ten piedad.

—La dinastía de Plantagenêt ni siquiera es la más extensa, y pretendo que salgas por esa puerta sabiéndote la de York, los Tudor, los Stuart, y así hasta la casa de Hannover actual. Solo tenemos veinte días, Arian. Si quiero hacerte más o menos culto tengo que concentrar varios siglos en unas horas. Y agradece que solo hable de Inglaterra —añadió Fox, levantando las cejas—. Como tuvieras que aprenderte las hazañas de cada Luis francés...

—¿Cuántos Luises hay? ¿Más que Enriques en Inglaterra?

—Bastantes más. El último fue Luis XVIII.

—Bendito sea Dios. ¿Dieciocho? ¿Es que no hay más nombres en Europa?

—También había Enriques —rio—. No te distraigas y continúa con la casa de York.

—No. Me niego. Llevo con el culo enclaustrado escuchándote hablar sobre los hitos del siglo quince cuatro horas. Cuatro. Necesito hacer una pausa y mantener una conversación chabacana para recuperarme a mí mismo.

Fox soltó una carcajada y cerró el libro que cargaba.

Por extraño que pudiera parecer, no había recurrido a la inmensa biblioteca de Beltown Manor, sino que usaba su propio volumen de anotaciones sobre la Historia de Inglaterra para dar lecciones, añadiendo datos que ni siquiera exponía el mismo recopilatorio. Era curioso cuanto menos ver a un pirata —o pongamos, marinero— en posesión de material intelectual, pero al igual que el

resto de los bastardos de Clarence, se salía de lo común. Mientras que sus compañeros de camarote estaban orgullosos de su ignorancia, pasión por el ron a deshoras y cultivaban su cuerpo en ratos libres, tanto en actividades deportivas como dándose paseos insinuantes por los burdeles del puerto, Fox aprovechaba su tiempo libre para leer e interrogar a los pasajeros.

Aunque su mayor sueño era comandar su propio barco, nunca iba a bordo del mismo navío y debía someterse a las órdenes de capitanes nombrados por altos cargos británicos. Estos siempre tenían compañía que no dejaba nada que desear. Fox terminaba charlando por las noches con los susodichos, y siendo la mayoría aristócratas u hombres de buena familia que viajaban por placer o cuestiones de negocios, no perdían la oportunidad de deshacerse en halagos hacia sí mismos contando todas las historias que conocían. Así había aprendido lo que sabía, y así había recolectado libros que nunca podría haberse permitido comprar: gracias a donaciones de hombres que tenían cientos como ese en su biblioteca y confiaban en que él les sacaría partido.

En el fondo, Arian admiraba que fuera capaz de retener tanta información, y no solo eso, sino que estuviera tan bien documentado sobre todas las culturas conocidas. Foxcroft tenía en su poder desde recopilatorios de la consolidación del reino visigodo en Hispania hasta poemarios de ponentes del sturm und drang^[2] alemán, pasando por manuales sobre cómo jugar al uta-garuta^[3], un juego de cartas oriental.

—Podemos detenernos diez minutos, pero no mucho más. Necesito acicalarme.

—¿Acicalarte? ¿Para qué? —Arian sonrió de repente—. ¿Has cambiado de opinión respecto a tu matrimonio con una Marsden? ¿Alguna te ha llamado la atención lo suficiente para recortarte la barba?

—Aunque me atrajera alguna de las muchachas, ¿de veras crees que lady Venetia me daría su mano? No es que me avergüence de mí mismo, pero una dama no pertenece al lado de un bastardo que nunca se saca el salitre de la piel.

Arian odió tomarse tan a pecho dicha apreciación.

—Enrique VIII se casó con una prostituta, y para colmo adúltera —le recordó con retintín—. Después de eso no veo por qué sería imposible una unión desnivelada.

—Se casó con ella sin saberlo, y después la mandó al cadalso. Y mi cuello no se ha librado de mil sables y puntas de cañón para acabar envuelto en una soga. Aunque lady Venetia no es de cuerdas cuando se disgusta, sino de usar la mano, ¿verdad? —añadió, jugueteando.

—No me hagas querer volver a la lección. ¿Para qué quieres acicalarte, si no?

—Esta noche comienza la feria de Gateshead. Acudirá todo el pueblo, incluida la servidumbre de la casa e incluso algunas de las jóvenes. Frances y Florence están deseando poner un pie en la calle.

Arian cambió de postura en el sillón.

—¿Feria, dices?

—Sí. ¿Por qué? ¿Te interesa?

—Desde luego. Cualquier distracción me vendrá de maravilla. Necesito alejarme de esta jaula para pájaros.

—Yo diría que Beltown Manor es bastante más amplia que una jaula para pájaros... Si no recuerdo mal, incluso llegaste a perderte.

—Tienes razón, lo que necesito es alejarme de la cantidad de sabiduría que me hace ver como un estúpido de remate.

Fox esbozó una sonrisa divertida.

—No puedo prometerte que puedas asistir. Dudo que un conde tenga permitido acudir a eventos de tan bajo nivel. Pero quizá puedas visitar al duque de Durham; no queda muy lejos de aquí y seguro que te sirve algo mejor que pan de jengibre e historias alrededor del fuego.

Aquello captó la atención de Arian.

Historias alrededor del fuego.

—Ni siquiera sabrán que soy el conde. Aún no me las he visto con el sastre y mi atuendo no es aristocrático como quien dice, ¿no crees? Pasaré desapercibido.

—¿Asistiendo con siete mujeres del brazo? Lo dudo bastante. No sé si te has dado una vuelta por el pueblo, Arian, pero aquí las únicas mujeres bonitas son las Marsden. A excepción de la hija del librero, a la que no te acercarás mientras pueda evitarlo. Uriel está enamorado de ella y placaré a todo hombre que intente conquistarla.

—¿Quién es Uriel?

Fox lo miró con una ceja arriba.

—Para quejarte tanto de la superioridad moral de los ricos, veo que no te has molestado en conocer al servicio por su nombre. Uriel es uno de los lacayos, el más joven; el que siempre está con Charlotte.

—¿Quién es Charlotte?

—La muchacha tartamuda que se encarga de que tu habitación esté caliente cuando vas a acostarte —intervino Cassidy. Acababa de aparecer bajo el umbral de la puerta. Se toquetaba la corbata mientras alternaba una mirada a un hermano

y a otro—. ¿Por qué esto no se parece en nada a una lección de historia? Debe aprenderse los nombres de los ministros, no los del servicio.

—Gran coherencia la vuestra: memorizar antes el apellido de un hombre al que nunca conoceré, que el de quienes viven bajo mi techo —ironizó—. Estábamos haciendo una pausa.

—No tenemos tiempo para hacer pausas. De igual modo, es mi turno. Vamos.

—¿Tu turno? No me puedo creer que me haya convertido en una fulana que se pasan de manos los sinvergüenzas de turno. Entiendo que debería saber situar Beltown Manor en el mapa de Inglaterra, pero te he contratado como administrador para que hagas las cuentas por mí. Así que, ¿por qué tengo que aprender a dividir?

—Para que nadie pueda timarte nunca.

—¿Pretendes timarme?

—No, pero podría equivocarme haciendo mis cuentas y eso, en última instancia, te saldría muy caro.

—Pamplinas. Jamás te has equivocado. Eres un maldito genio.

—Sería una irresponsabilidad por tu parte no supervisar mi trabajo y cerciorarte de que los balances son correctos —insistió Cassidy—. Y es muy tarde para que te quejes de unas lecciones que ya hemos empezado.

—Maldita sea. Solo queréis jugar conmigo y reiros de mi ignorancia —espetó—. No necesito nada de esto para ser conde. El único trabajo de un noble es derrochar y tener la barriga llena de lo que se le antoje, no encargarse de su finca.

—Ese es el trabajo del noble que nunca asume sus responsabilidades y al que detestan los hijos que luego heredan el desastre, no el del aristócrata promedio —corrigió con sabudiría—. El poder conlleva, además de los sacrificios y esfuerzos que ya estás haciendo, un gran compromiso.

—Tienes una idea muy equivocada de lo que significa ser rico —apostilló Fox—. No es tan difícil en términos físicos como ser pobre, pero por supuesto que no ibas a llegar a Beltown Manor y tumbarte a la bartola.

—Amén. Ahora ven conmigo.

Arian suspiró con dramatismo. Como cualquier ser humano, odiaba que le llevaran la contraria, y más aún ser el que no tenía la razón, pero a diferencia de los obtusos, sabía cuándo reconocer que había perdido. Si estaba ahí era porque él lo decidió así; otro asunto distinto era que hubiese tomado dicha decisión si hubiera sabido lo que acarrearía. Un dolor de cabeza constante que hacía de él

un energúmeno en permanente estado de agitación. Aunque los motivos de sus emociones revueltas no eran siempre tan abstractos..., sino que alguno que otro hasta tenía nombre y apellidos.

—Pensaba que después tendría que aprender a almorzar con lady Venetia.

—La hora de almorzar ya ha pasado, y por lo que sé está ocupada ayudando a sus hermanas a prepararse para la feria. Es una de las pocas fechas del año en las que pueden salir a divertirse. Siempre sin interactuar con el pueblo, claro está.

Arian no supo si celebrarlo o dar una patada disconforme al suelo. Optó por la prudencia en la que Venetia hacía tanto hincapié, recordando que una lección básica era evitar a toda costa hacer berrinches.

En parte, si soportaba la pantomima del hombre de provecho en el que le querían convertir, era porque después de los esfuerzos vendría la recompensa... y no hablaba del momento en que demostraría al mundo que era todo un caballero, sino cuando daban las seis y podía vérselas con Venetia frente a frente. Aun hastiado y dolorido, se sentaba delante de ella en sumo silencio y procuraba no suspirar de puro placer al verla terminando de poner sus cosas en orden.

No sabía todavía si le molestaba su obsesión con los detalles o por el contrario lo encontraba divertido. Podría enfadarlo que prestara tanta atención a las irrelevancias cuando había cosas más importantes de las que encargarse: a fin de cuentas, solo las mujeres de clase alta podían permitirse perder el tiempo..., o bien, podía conmoverlo que alguien pareciera de veras tan preocupado porque todo estuviera en su sitio. Venetia y la alineación de los jarrones con el paño de la mesa y los picos de esta. Venetia y el equilibrio de las velas sobre los estantes. Venetia y «no se doblan las esquinas de los libros». Venetia y estupideces que solo ella podría hacer necesarias.

Cassidy volvió a hacerle un gesto para que se levantara. Para ser el conde, todo el mundo parecía creerse más importante que él, y no recordaba haber cedido sus poderes y jurisdicciones a nadie... Pero estaba demasiado harto para ponerse a discutir, y la posibilidad de pasar la noche bebiendo y bailando era lo bastante tentadora para concentrarse en ella.

—Sería más sencillo si disfrutaras lo que estás haciendo —le comentó Cassidy mientras cruzaban el pasillo—. ¿Entiendes lo que te digo? Celebrar que tienes la oportunidad de aprender y una biblioteca inmensa. Nos lo harías más fácil a nosotros.

—Disculpa, no sabía que te estuviera molestando una idea que propusiste tú. Cassidy suspiró.

—Suerte que te entendemos y queremos lo suficiente para aguantar tu genio. Habrías hecho huir despavorido a cualquier estudioso al que hubiéramos llamado para instruirte.

Arian lo miró de reojo.

—¿Queréis?

—Sí. Fox y yo te queremos. No sé a él, pero a mí no se me caen los anillos por recordártelo de vez en cuando. Sobre todo si cabe la posibilidad de que te ablande y dejes de ponérselo tan difícil. Haces que parezca que te odiamos y te deseamos lo peor, cuando incluso dudo que Clarence hubiera tenido eso como objetivo.

Arian no soltó un exabrupto porque acababa de recordarle algo que necesitaba escuchar. Lo hacían porque lo querían y por nada más.

No consideraba que hubiera estado dificultando el proceso de aprendizaje; aun quejándose a menudo, no había decepcionado a ninguno durante las memorizaciones y recitales. Ni siquiera a Venetia, habiendo asimilado ya la postura y las coletillas al referirse a los demás. Pero tampoco le sorprendía que hubiera un abismo entre su pensamiento y la apreciación del resto. Aquella diferencia siempre sería su cruz.

Fue a responder, pero justo entonces pasaron por el recibidor de la casa, donde se oían unas voces agitadas. Cassidy fue el primero en detenerse.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Él mismo se calló al reconocer la voz de Venetia.

—Señora Milton, créame que entiendo su situación, pero dudo que vaya a hacerle ningún mal a su familia que Charlotte acuda a la feria.

—Con el debido respeto, milady, esto no tiene nada que ver con usted o con las normas de la casa. Es una cuestión que remite a la respetabilidad de mi apellido —exclamó la susodicha, en tono adusto—. En un ambiente de diversión no deseo preocuparme por los comentarios malintencionados que puedan tener lugar.

—Si fuera una visita a un particular o un evento importante simpatizaría con sus celos, pero los hombres van a emborracharse y las mujeres quieren bailar. Nadie estará pendiente de Charlotte. Puedo asegurarle que no causará ningún problema, y creo que tiene derecho a salir de vez en cuando de la casa. El mismo que usted.

—No voy a dar mi brazo a torcer, milady. Yo también tengo derecho a disfrutar de mis horas libres sin tener que ver la cara de la bastarda de mi marido, ¿o es que su empatía es unidireccional?

Aquella palabra puso en guardia a Arian, que no intervino sobre la marcha por el cambio de expresión que atisbó en Venetia: pasó de la conciliación a la severidad.

—Claro que no. Pero Charlotte solo tiene catorce años y nadie la defiende. Si tanto le afecta verla, yo misma me encargaré de que no se la cruce ni una sola vez en toda la noche.

—He dicho que no. Charlotte es mi responsabilidad y no permito que vaya a ninguna parte.

Arian reaccionó en ese momento. Habían estado tan enfrascadas en la discusión, reproducida delante de la propia Charlotte, que no se dieron cuenta de que estaba allí hasta que dio un paso hacia delante. Antes de abrir la boca, dirigió una mirada a la muchacha, que tenía los brazos retorcidos en el regazo y cara de espanto.

—¿Qué pasa aquí? —espetó, sin despegar los ojos de sus hombros encogidos. El efecto que tuvo su presencia en Charlotte le rompió el corazón. Por la forma en que lo miró, le dio la impresión de que pensaba que iba a castigarla.

—Nada, milord —respondió Milton, endulzando el tono—. Hablábamos de algunas cuestiones de...

—No le he preguntado a usted, sino a ella.

Charlotte dio un respingo y lo miró con ojos espantados. Como toda sirvienta, iba uniformada, si acaso algo más sucia que las demás por encargarse de las chimeneas. Era enjuta, muy poca cosa, lo que hacía destacar entre sus rasgos corrientes unos grandes ojos castaños.

—N-nada, n-no ha p-pasado nada, m-milord —tartamudeó, con un hilo de voz—. La s-señora Milton y m-milady estaban p-poniéndose d-de acuerdo p-para... ajustar algunos d-detalles de la v-visita del sastre m-mañana.

Arian arqueó una ceja.

—No me mientas, Charlotte. —No le gustó que ella clavase la vista en la alfombra. Se acercó y le tiró de la barbilla hacia arriba—. No mires al suelo cuando te hablo. Puedes dirigirte a mí directamente. ¿Vas a decirme qué está pasando?

Era una pregunta de cortesía, como Venetia bien le había explicado: a veces, las retóricas o las que se hacían conociendo la respuesta, eran mucho más elocuentes que un insulto. Se dio cuenta de cuánta razón tenía cuando Charlotte se tensó y envió una mirada a la señora Milton. No le estaba pidiendo permiso para hablar, sino confirmando que debía tener la boca cerrada.

Arian intentó ser paciente, pero viendo que no hablaba, suspiró y se alejó.

—Si eso es todo lo que tienes que decir, puedes retirarte. Imagino que cuentas con todo lo que necesitas para prepararte.

Charlotte, que había estado a punto de salir corriendo, frenó de golpe y lo miró con timidez.

—¿P-prepararme, m-milord?

—Para la feria, por supuesto.

—Milord —interrumpió la señora Milton. Supo por la mueca que hizo Venetia que aquello era una impertinencia—. Con todo el respeto del mundo, Charlotte está bajo mi tutela y cuidado, y no considero que...

Arian se giró en todo su esplendor dominante hacia ella. La miró desde su altura sin bajar la cabeza.

—No considera, ¿qué? Acabo de llegar, señora Milton, pero ya estoy al corriente de quiénes son mis asalariados y, si no me equivoco, dado que Charlotte percibe unos honorarios anuales de mi bolsillo, está bajo mi tutela. Usted bien puede ser su familiar, pero duerme en los sótanos de esta casa además de trabajar para mí... y sucede que no requiero su presencia esta noche.

—Milord... —empezó de nuevo, frotándose las manos con nerviosismo. Arian notó que más que histérica, estaba enfadada—. No deseo contrariarle, pero llevo trabajando en Beltown Manor desde que tenía quince años, y de eso hacen ya varias décadas. No tengo apenas días libres, y para uno que puedo disfrutar, me parecería una injusticia ver a esa... joven. Milord, me gustaría olvidar por una noche... la aventura de mi marido, que resulta ser mi peor desventura.

—Señora Milton, discúlpeme si respondo con poco tacto, pero dudo bastante que al conde le interesen sus sentimientos —espetó Venetia—. Charlotte tiene el mismo derecho que usted a desvincularse de sus miserias por unas horas.

—Por favor —balbuceó Charlotte, hecha un manojo de nervios—. S-si yo en r-realidad n-no q-quiero ir. O-odio las f... f-f... f-ferias. Además d-de que hace f-frío y no d-deseo salir hoy...

—Lottie, eso no es verdad. El otro día me dijiste...

—P-pero he cambiado d-de opinión. P-por favor, m-milord —suplicó, elevando la vista a Arian—. D-deje q-que me retire. Alguien t-tiene que encargarse d-de que todo esté... esté... a la t-temperatura adecuada c-cuando vuelva.

Arian apretó la mandíbula.

Nunca pensó que entendería el punto de vista de la parte contraria, ni creyó que alguien además del bastardo pudiera sentirse insultado por su condición,

pero se negó a validar el discurso de Milton al ver cómo Charlotte luchaba por no romper a llorar.

—Maldita sea —masculló. La apuntó con el dedo—. Vas a ir a esa condenada feria como que mi nombre es Arian Varick. Y si tengo que dormir esta noche en una habitación fría, ya me las veré con el calor del infierno cuando esté muerto.

»Usted. —Se giró hacia Milton, que lo miraba colorada por la rabia muy mal disimulada—. Supongo que también habrá prohibido a su marido que asista a la fiesta.

—No, milord.

—¿No? Pues busque la coherencia de su argumento, y solo cuando la encuentre, intente convencerme. Mientras tanto, esta es mi última palabra. ¿Tiene algo que decir?

La señora Milton permaneció inmóvil.

—No, milord.

—Excelente. —Pasó entre las mujeres como un abanto, no sin antes lanzar una mirada decidida a Charlotte—. Si no te veo allí, volveré a buscarte. ¿Entendido?

Esperó a que la muchacha asintiera para hacerle un gesto a Cassidy, que lo siguió con cara no de haber estado presente en la conversación. La señora Milton no pudo con la gran ofensa y se retiró antes que ninguno; la indignación de sus pasos firmes hizo tintinear las llaves que le colgaban de la falda.

Arian estaba a punto de cruzar al pasillo contiguo y perder de vista el recibidor, cuando se giró en el último momento para comprobar la reacción de Charlotte. Su mirada se desvió sin querer a Venetia, que esbozó una sonrisa tierna y le ofreció la mano, haciéndole un gesto con el que parecía referirse a su habitación. La muchacha, aún pálida, aceptó vacilante.

Se quedó prendado de la suave expresión de la dama y del gesto maternal de acariciarle el pelo, tranquilizándolos a los dos, a Charlotte y a él, de una manera inexplicable. Fue como si también sintiera sus delicados dedos en el cuello formulando un consuelo que le había faltado en situaciones muy similares.

Arian apoyó una mano en la pared y se asomó para verlas subir las escaleras.

—Ese ha sido un excelente ejemplo de cómo reconducir la ira para enfocarla en lo importante —interrumpió Cassidy—. ¿Ves como no cuesta tanto ser un caballero?

Arian se desvinculó del vestido negro y se giró hacia su hermano.

—¿Que no cuesta tanto? Habría cogido a la señora Milton del cuello si

hubiera sido un hombre de mi tamaño.

—Entonces agradezcamos que la custodia de las llaves se haya configurado como un empleo comúnmente femenino. —Señaló la habitación contigua con una mano—. Detrás de ti.

Capítulo 11

Venetia se examinó en el espejo con dureza. Cualquiera que la viera pensaría que se había quedado para vestir santos. El negro no era un color muy favorecedor para una mujer, y menos para una de su edad, que mientras pudiera debía intentar por todos los medios aparentar ser más joven.

Se mirara por donde se mirase —por encima del hombro, de lado y de frente—, se veía espantosa, y no se le ocurría cómo arreglarlo. Tampoco podía. Pensaba llevar el luto hasta el comienzo de la Navidad, como dictaba el decoro y a diferencia de algunas de sus hermanas. Brenda no estaba entusiasmada por un evento tan pueblerino como una sencilla feria local, pero le había faltado tiempo para quitarse el vestido oscuro y cambiarlo por su terciopelo preferido, como si alguien allí fuera a apreciar sus esfuerzos por verse perfecta.

No podía criticarla porque, en el fondo de su corazón, ella también quería lucirse.

Se pasó las manos por la cara buscando alguna imperfección. Había heredado la piel inmaculada de su madre, al igual que el peor de sus defectos, pero llevaba la edad en los ojos y en las formas, en la rígida postura, en la poca ilusión por salir de la habitación. Mientras Frances y Florence lanzaban al aire sus vestidos preferidos, Venetia volvía a pensar en cómo podría librarse de la asistencia sin parecer lo que era: una mujer triste y asustada que no superaba sus continuos desengaños. No le parecía que la persona que le devolvía la mirada en el espejo tuviera ningún derecho a divertirse. Su reflejo le recordaba a la misma muerte, aunque el encaje Quillings del escote resaltara la esbeltez de su cuello y los pendientes brillaran a juego con sus ojos.

Cumplía veinticinco años en solo unas semanas y era peor que una matrona. Se lo buscó ella sola al asumir las responsabilidades de un cabeza de familia y comportándose como una madre; no solo para sus hermanas, quienes lucían recogidos más o menos elaborados y vistosos gracias a su mano peinando, sino para el servicio. Charlotte había salido de su habitación hacía tan solo unos minutos, feliz por oler a rosas después del baño y haber cambiado el rígido moño por algo más juvenil. Y no se arrepentía de haber elegido cuidar de los demás. Alguien debía hacerlo. Pero en días como ese, desearía estar tan entusiasmada como las demás y mirarse al espejo con una gran sonrisa... No andar

preguntándose si alguien la señalaría.

Durante la feria del año pasado tuvo la suerte de no escuchar un solo comentario sobre lord Wilborough, lo que tal vez significara que estaba superado. No obstante, temía que hubieran recuperado las habladurías que ella también protagonizaba. Cada vez que Wilborough propiciaba un escándalo, y eso sucedía muy a menudo, todo el mundo tendía a retroceder en el tiempo y recordar sus miserias pasadas. No le extrañaría que, en los últimos tiempos, su nombre hubiera circulado por los más bajos ambientes. Wilborough no solo era el bufón o el ídolo de los de su clase, sino también un despojo para la clase baja.

Suspiró y se dijo que, entre el vestido negro y la oscura noche, nadie la miraría dos veces. Se pellizcó las mejillas por costumbre y abandonó sus aposentos preparada para reunirse con sus hermanas, que se repartieron en los dos carruajes disponibles. No vio a Arian por ninguna parte cuando aceptó la mano del lacayo para acomodarse en el interior.

¿No se suponía que él también asistiría?

¿Y qué le importaba a ella?

No demasiado, pero después de ver a Charlotte con su vestido más especial y una sonrisa en los labios, le costó no pensar en el conde. Por fin había usado su vena irascible para el bien común en vez de para irritarla. Tal vez estuviera aprendiendo a ser un caballero después de todo, aunque eso era ser muy generoso. Sentía que aún le faltaba un inmenso recorrido, y que en cuanto volvieran a discutir a lo grande, se le olvidarían sus enseñanzas.

Al bajar del carruaje y reconocer los ámbares tan típicos de la feria, parte del temor se esfumó. Todo lo que consideraba familiar la llenaba siempre de una curiosa exaltación. En este caso le infundieron valor la cantidad de jóvenes agrupados en torno a la plaza central de la zona, exclamando y riéndose en los puestecillos donde se vendían todo tipo de baratijas. La habían decorado con farolillos de colores que desprendían tanto calor como las hogueras, en torno a las que se reunían los músicos voluntarios para tocar hasta calentarse los dedos. Era curioso que se celebrara la feria anual en fechas donde imperaba el frío, pero aquella sección de Gateshead se templaba de manera milagrosa por el encuentro de todos los habitantes del condado, por la concentración de gente con ánimos de bailar y comer. Todos tenían el mismo derecho a celebrar su ilusión por las ricas y sencillas viandas, por el rumor continuo de las trovas más conocidas y la exhibición de mercaderes extranjeros recién desembarcados. Para un local, era el acontecimiento del año. Incluso los que apenas tenían contacto con los habitantes del pueblo se animaban a salir.

—¡Yo quiero ver a los saltimbanquis! —exclamó Florence. Señaló la sección donde los admiradores del fuego y los arriesgados con zancos divertían a los niños—. Vamos, Frances, luego compraremos cualquier cosa para comer. No van a estar aquí toda la noche.

En casos de ocio era cuando se acentuaba la diferencia de temperamentos en las Marsden. Mientras que Frances y Florence se morían por las artes marciales y los protagonistas de circo, Brenda exigía su bolsa de monedas para dar un paseo por los puestos donde exponían las telas. Rachel, al ser más tímida, no quería ni despegarse de Audelina, a la que siempre le llamaban la atención los borrachos que cantaban y contaban historias en torno al fuego. Dorothy ignoraba todo el galimatías para vérselas con la modesta granja y las caballerizas, donde los granjeros y adoradores de equinos mostraban al público sus mejores piezas.

Por culpa de la indecisa Brenda, que nunca sabía qué ponerse, habían llegado cuando gran parte de los fiesteros ya estaban arrobados por el alcohol. Venetia siempre se sorprendía cazando a algunas parejas no oficiales haciéndose carantoñas, y a jovencitas que a plena luz del día eran tímidas, desatándose con una jarra de cerveza en la mano. La feria del pueblo era el único momento donde podían ser ellos mismos, y todos le guardaban tanto respeto a la tradición que lo que sucedía allí nunca era comentado en días posteriores.

Venetia acompañó a Dorothy a ver a los caballos, sin perder de vista a las demás. Suerte que había suficientes doncellas al servicio de Beltown Manor para que las mellizas no se quedaran solas y Brenda fuera debidamente reprendida por gastar todos los ahorros en caprichos innecesarios.

—Alban —saludó Venetia en cuanto reconoció al mozo de cuadras de la finca—. No sabía que estuvieras aquí en calidad de cuidador. ¿No vas a divertirte?

El susodicho se giró y bajó el cepillo. Al lado del semental ruano que preparaba para exposición, cualquiera parecía pequeño. Alban no. Pese a tener solo veinte años, era alto como una torre y más orgulloso que el propio conde. Llevaba el largo cabello dorado algo sucio, pero entre las manchas de su rostro brillaban unos potentes ojos verdes.

—Milady —saludó. Acentuó la reverencia al ver a Dorothy—. Alguien tiene que asegurarse de que los caballos no se asustan. Este ruido es desagradable para los más sensibles, y Paul no quiere oír hablar de su responsabilidad con la que hay montada.

—¿Te ha dejado todo el trabajo a ti?

—Sí, pero estaré reuniéndome con mis amigos en torno al fuego en unos

minutos. Acabo de oír por ahí que milord está contando historias como uno más.
—Su sonrisa se torció a un lado—. No me lo perdería por nada del mundo.

Venetia arrugó el ceño.

—¿Contando historias, dices?

Alban asintió con la cabeza. Venetia pensó, en su inocencia, que quizá se debiera a que Arian necesitaba demostrar lo que estaba aprendiendo con Fox narrando las hazañas de algún emperador antiguo o referente inglés. Cuando Alban terminó su tarea y le susurró una especie de despedida al caballo, se unió a ellas en el camino al gran fuego del centro de la plaza, donde se congregaba la inmensa mayoría. Apenas reparó en la familiaridad con la que trataba a Dorothy. Enseguida reconoció a Arian, que subido sobre unas cajas de madera y con la atención de todo el mundo sobre él, parecía aún más grande e invencible... y mucho menos aristócrata.

No es que tuviera una gran variedad de prendas, pero estaba segura de que podría haber elegido algo mucho más apropiado que una camisa de manga abullonada y abierta al pecho. Sospechaba, aun así, que no estaba pasando frío por el alcohol que llevaría en el cuerpo.

—¡Esa ya la conocía! —exclamó una voz—. ¡Es usted poco original, milord!

—¿Poco original? —rugió Arian—. ¿Quién ha dicho eso, que le parta las piernas?

Venetia abrió los ojos como platos y se cubrió la boca con la mano, pero todos rompieron a reír, como si hubiera dicho algo tremendamente divertido. En su defensa debía decir que no estaba a la defensiva ni había sonado como tal.

«Dios santo, ¿no puede aprender a comportarse?».

—Muy bien, muy bien, reconozco que no he contado las mejores —admitió, levantando los brazos—. Permitidme restaurar mi buena reputación sorprendiéndooos con una que me invente ahora mismo. ¿Alguien sería tan amable de darme un tema?

Arian miró en derredor, sin soltar su jarra. A Venetia, a quien le costaba detallar los rostros de los allí acoplados, tuvo que reconocer que el ojo de Arian Varick no tenía comparación: consiguió ubicarla entre todas las caras y saludarla con un simple levantamiento de cejas. Después la ignoró para buscar entre el público. Terminó señalando a una muchacha.

—¿Qué tipo de historia te gustaría oír?

Venetia ladeó la cabeza hacia el rostro iluminado.

—U-una s-sobre amor, m-milord —chapurreó Charlotte con timidez—. C-con f-final f-feliz.

—En ese caso necesitaré dos voluntarios para que me ayuden a representar el teatro. Ven aquí, Uriel, serás el protagonista perfecto. Y usted es ideal para dotar de belleza el relato... ¿Su nombre? Señorita Daines, ajá. Sí, sé a lo que se dedica su padre. Noble empleo el de vender libros.

En cuanto Venetia vio al lacayo y a la hija del librero a los pies de Arian, pensó que todo era fruto de una coincidencia maravillosa. Todos en Beltown Manor sabían del amor que Uriel profesaba en secreto a la joven. No obstante, en cuanto vio que Arian perfilaba su sonrisa, dejó de creer en las casualidades.

Esta sonrisa brilló en sus labios como el fenómeno del primer amanecer nocturno. Venetia no había querido prestarle mucha atención para no agarrar una irritación por su falta de elegancia. Allí, de pie, y así vestido, violaba varias de las numerosas reglas que estaba intentando inculcarle... Además de que no pretendía reconocer, nombrar y ni mucho menos invocar aquel sentimiento sin nombre que vibraba por él y se pasaba el día anudando y destensando. Sin embargo, aquel Arian no era el mismo de siempre —el animal furioso que le sacaba brillo a las garras—, sino una belleza salvaje y masculina de músculos de roble que por fin degustaba la libertad. Delante del público, en mangas de camisa y concentrado para no defraudar a nadie, consiguió que Venetia se distanciara de la idea que tenía de él y lo viese como un hombre diferente. Un hombre que brillaba, y no solo porque la fogata reflejara en su perfil ondulantes sombras doradas; sino porque sus ojos, a punto de revelar un secreto, eran como un resplandor de luna... y él, en su bendita sencillez, lo hacía ver todo tan natural que no podía ofenderse.

Estaba donde quería estar.

—Prestad mucha atención, porque nunca oiréis una historia como esta...

Capítulo 12

Arian adoptó la que Venetia decretó en ese momento como su pose de narrador. Se sentó en el borde de la caja de madera que le había servido de tarima, al igual que los demás, y puso los codos sobre los muslos. Se camuflaba tan bien con el resto del pueblo que el cuadro costumbrista casi tenía sentido.

—Imaginemos a un lacayo —empezó—. El lacayo de una gran casa como podría serlo... ¿Beltown Manor, quizá? Quiero que lo visualicen con su traje de terciopelo, con botonadura de metal plateada y chupa con flores bordadas. Un tipo joven y lleno de energía, tal vez algo desgarbado; no ya resignado a la vida que le ha tocado, sino orgulloso de su posición por pura vanidad.

»Podría lamentar no haber nacido barón, marqués o incluso rey, pero en lugar de eso se ciñe a su papel sirviendo a los vagos señores de una gran casa que, en su opinión, nunca se han merecido. Oh, sí, este sirviente siempre ha tenido unas ideas cargadas de resentimiento a la aristocracia. Cree que toda nobleza reside en el corazón —y se plantó una mano en el pecho—, no en bolsillos ni en la sangre de colores; que no es hereditaria, sino que se trabaja, como la fortaleza y la misericordia. En consonancia con sus pensamientos podría haber desarrollado un desprecio mayor hacia sus superiores. Podría haber boicoteado a su señor, ignorando las invasiones de termitas del torreón y las goteras del sótano. Podría haber dejado que la casa se viniera abajo. Le habría encantado ver al amo de la mansión con unos cuantos huesos rotos a causa de un derribo. Todos esos huesos que este caballero de la nobleza más paradójica le había roto a él... Pero no podía permitirse decepcionar a la condesa.

Venetia apenas fue consciente del guiño a su propio pensamiento de clase. Si lo hubiera sido, habría agarrado su bolso y su orgullo y se habría marchado para no seguir escuchando despatriques contra su condición. Bastante tenía con oírlos bajo su techo para también aguantarlos en tiempo libre. No obstante, la servicial diligencia con que las palabras se ponían en labios de Arian, y la forma en que las distribuía para formar oraciones, era tan cautivadora que se vio atrapada al instante. En lugar de hablar a voces, con ese tono estridente que cargaba contra ella en discusiones, se había apropiado de una voz suave y calma, perfecta para poner a un bebé a dormir y a un niño a no parpadear hasta que terminase su historia.

—La condesa... La mujer prohibida. La manzana del Edén —continuó. Se echó hacia atrás y cambió la postura dejada por una llena de tensión—. El pobre lacayo la había amado desde que la vio. Era una beldad sin comparación. Tenía el cabello oscuro como el ala de un cuervo, los ojos verdes como las piedras preciosas de los bazares de baratijas en los que él, a veces, compraba broches para remendar los desperfectos de su traje. Su piel era un recuerdo de las heladas del norte, de donde el muchacho salió. Un extracto de hogar, una pequeña cura para su sempiterna sensación de desarraigo. Quería alargar la mano... —Arian estiró el brazo hacia delante, con la mirada perdida en el relato—, y tocarla. Para saber si estaba hecha de hielo o de porcelana, de marfil o de mármol. Para saber si estaba hecha... para él.

La mano que había acariciado el aire un instante, y que todos se quedaron mirando con anhelo, cayó de golpe sobre su pierna. Venetia volvió a respirar entonces. Se convenció de que era casualidad que la descripción del personaje encajara con la suya.

—Como es natural, no estaba hecha para él —cortó de repente, alzando el tono—. Milady era diosa, pero también esposa. Solo las manifestaciones de riqueza podrían haberla tentado a abandonar a su marido, y este lacayo era un miserable sin ahorros, que ni siquiera constituía un modelo de conducta entre los de su clase. Un hombre analfabeto sin nada que ofrecer. Es una de las... virtudes que la joven dama señaló cuando el lacayo, de súbita impaciencia y ahogado de amor, le confesó sus sentimientos. Ella se sintió calumniada.

—¿Q-qué? —balbuceó Charlotte—. ¿P-por qué?

—Porque era un hombre bruto, sin inteligencia ninguna, y sus pasiones no estaban bien vistas bajo aquellos techos. Para ella era, simplemente, un animal.

A Venetia se le revolvió el estómago, pero no se movió de donde estaba.

—Aquel doloroso comentario sobre sus invisibles conocimientos le caló en lo más profundo y se propuso demostrar que era mucho más que el valor que ella le dio. Así pues, con el corazón roto, se refugió en los libros. Por tanto tiempo fueron su casa y su alimento, que se leyó todos los volúmenes de este mundo.

—Eso es imposible —exclamó la hija del librero—. Son demasiados.

—Él lo hizo —aseveró Arian. Le ofreció la mano a la muchacha, que se la cogió algo reticente, y la acercó a Uriel. El muchacho estaba tan inmerso en la historia que no se dio cuenta de que los acercaba—. Todos los días, el lacayo salía de la mansión e iba al único lugar del pueblo donde se vendían los libros. Compró cada uno de ellos. Incluso los memorizó. Deseaba conocer todas las historias que se hubieran contado, todas las leyendas, las leyes, las normas, los

cuentos... Ser el hombre más inteligente del mundo para, o bien sorprender a su dama cuando volvieran a enfrentarse... o poder denostarla como ella lo hizo. Pero recuerdo que nuestro lacayo era, ante todo, un hombre noble, y seguía estando enamorado.

»Mientras las desventuras del susodicho iban en aumento, la librería se iba vaciando. La muchacha que se encargaba de entregarle sus pequeñas dosis de paz y silencio comenzó a preocuparse; no ya de que los libros se estuvieran acabando y no pudiera conseguir más, sino de que el joven no encontrara la crónica en la que hallaría la solución a su permanente desesperación. Así que ideó ella misma un relato y, cada noche desde que el lacayo terminó la inmensa biblioteca, escribió, a la luz de las velas, un capítulo de su historia... que luego vendería como el último libro que podría prestarle para alumbrar su mente.

Arian esbozó una diminuta y cautivadora sonrisa al pausar la narración.

—El lacayo nunca volvió a la librería a pedir el último ejemplar de la historia hecha a su medida. Un golpe de suerte le quiso al frente de un marquesado: uno de sus parientes lejanos había fallecido, dejándole la fortuna de Crespo y una inmensa lista de propiedades. El lacayo tuvo que abandonar la propiedad en la que servía y afrontar su responsabilidad a millas de distancia de la humilde librería, que no pudo hacerle entrega de sus sentimientos en papel.

—¿Ella estaba enamorada de él? —preguntó la señorita Daines, sin moverse del lado de Uriel.

—Por supuesto. Solo que no tuvo la oportunidad de confesarlo porque era demasiado tímida para ello. Estaría arrepintiéndose durante años, hasta que el lacayo pudo poner todos sus asuntos en orden y regresar. La dama que amaba enviudó, y él aún seguía sintiendo esa extraña y ridícula fascinación por ella. No fue rechazado cuando pidió su mano, ahora que tenía dinero, vestía botas por el precio de su viejo uniforme y su humilde vivienda, y estaba dispuesto a enterrarla en joyas y alabanzas.

»La librería fue invitada a la boda. Su regalo fue el libro.

Se levantó un coro de gritos ilusionados, en su mayoría femeninos. Los hombres pusieron los ojos en blanco, pero estaban tan pegados al relato que no se movieron. Venetia también sonrió, intentando que no se notara demasiado. Menudos eran aquellos, incapaces de admitir que les conmovía el amor tanto como a las parientas.

—El lacayo ya no sentía que tuviese que leer. Creía saberlo todo. No obstante, una noche, tras discutir con su señora y darse cuenta de que vivía con el colmo de la superficialidad, agarró el volumen y se perdió en sus páginas.

Estaba escrito a mano —apuntó—. Con una caligrafía precisa y preciosa. Solo con admirar las palabras anotadas, su corazón se quebró de dolor. Pero leyó. Y en la historia había un único personaje. Una única mujer... —Ubicó un rostro entre su público y añadió, con voz suave—: Charlotte.

La muchacha tartamuda se ruborizó. Una sonrisa ilusionada torció sus labios.

—El lacayo se enamoró del personaje del libro. No como amaba a su dama y ahora esposa; eso era admiración. No más que su deseo de realización encarnado en una meta que nunca alcanzaría, pues en el fondo de su corazón sentía que nunca sería lo bastante bueno para ella. Y no por sus pobres orígenes, sino porque ambos caminaban en direcciones opuestas. Así fue como el lacayo se dio cuenta de que debía abandonarla y buscar a su Charlotte. A la mujer que no existía.

—¿Cómo se busca a una mujer que no existe? —preguntó una niña con su vocecita infantil.

—Recorriendo el mundo entero y estrechando la mano de cada una de ellas. Averiguando sus nombres. ¿Quién podría ser Charlotte? —lanzó al aire—. El lacayo ya se había leído todos los libros existentes. No sería tan difícil presentarse a todas las mujeres, y menos ahora que tenía una fortuna para permitirse pisar cada pueblo, de cada ciudad, de cada país... de cada continente. El lacayo invirtió casi diez años de su vida buscando a Charlotte, pero no la encontró. Y cuando regresó a casa, con su esposa ya fallecida, sintió que nada le quedaba salvo el amor genuino y paciente de la joven encerrada en las páginas de su novela.

—¿Y ya está? —balbuceó Charlotte—. ¿N-no t-tiene f-final f-feliz?

—Por supuesto que lo tiene. Es lo que me has pedido, ¿no? —inquirió, arqueando una ceja. Ella asintió, frenética—. Cuando llegó a su pueblo natal, el lacayo ya no tenía dinero. Lo había gastado todo en su búsqueda imposible. Volvía a ser pobre e infeliz, y como la última vez que lo fue, se dirigió al palacio de los libros para leer todos los que se escribieron durante esos diez años. Así pasaría el resto de su vida. Pero cuando entró... Se dio cuenta de que le costaba reconocer la figura femenina que afrontaba el deber de atender con cansancio y tristeza. Aun envuelta en melancolía, aquella mujer que había invitado hacía años a su boda le pareció la más hermosa. Buena y sencilla, dos cualidades que perdió de vista en cuanto se rindió al encanto pomposo de su mujer.

»Sin embargo, eso no aplacó su rabia. Estaba furioso porque le había entregado la cárcel donde la joven de sus sueños, la única que podría amarlo, estaba encerrada, y no le había entregado a su vez las llaves para rescatarla. Así

se lo espetó. Y después de desahogarse, de llorar a sus pies por haberle convertido en un desgraciado... Exigió conocer su nombre, acostumbrado como estaba a ir preguntándolo en cada rincón del globo.

»Ella lo miró con una sonrisa cansada y le respondió. Charlotte. Se llamaba Charlotte y había estado allí siempre, toda la vida, viviendo en la distancia todas sus desdichas... Sufriéndolas con él.

—¿Se quedaron juntos? —preguntó la señorita Daines.

—Eso creo. No los conozco, así que a mí no me dijeron nada.

La niña que había estado preguntando prorrumpió en aplausos y pronto la siguieron las Marsden que se habían sentado a escucharlo. También la hija del librero, que miraba a Uriel con timidez. Algunas de las mujeres se acercaron. Venetia observó que lo trataban con familiaridad... incluso con cierto descaro, como si se conocieran de toda la vida. Debía decir en su defensa que, si no lo conociese, ella misma habría invadido su intimidad para preguntar de dónde sacaba sus historias. O aunque fuera para admirarlo de cerca. Después de finalizar la narración, y rodeado de gente que aplaudía feliz por haberse distanciado un rato de la realidad, Arian estaba exultante.

Parecía otro hombre. Pero cuando cazó su mirada curiosa en la distancia, recuperó la sombra de la mal disimulada lujuria que le definía, al igual que el aire vikingo. Venetia se encogió al tener su atención por un solo momento, antes de que volviera a dirigirse a otra de las mujeres. Lo vio guiñar un ojo a esta y sonreír de oreja a oreja. Tan cómodo y natural... Y ella, tan rígida e introvertida, asustada por si alguien hacía algún comentario hiriente sobre su pasado. Le daba la impresión de que los dos estaban destinados a no encajar en el mundo del otro, y mientras decidía si eso le causaba tristeza o le era indiferente, volvió a los detalles de la historia que había contado.

Tenía sus similitudes con el día a día de cada uno, y por el modo en que Arian la concebía, no le extrañaría que se hubiera inspirado en ella para crear a la dama pomposa. ¿No la llamó así una vez? ¿Debería molestarle?

En otras circunstancias lo habría hecho, pero aún tenía el gusanillo en el estómago y el shock encima por haber saboreado una ración del Arian verdadero. Porque ese era él en realidad, ¿no? Era imposible que una persona estuviera amargada todo el día. Hasta ella, que sentía que le sobraban los motivos para encerrarse en una habitación, tenía sus momentos de alegría. Y eran esos los que valían, en los que se veía reflejada.

Venetia se reclinó al fondo de la plaza, desde donde pudo observar la escena con mayor detalle. Dorothy aceptó la mano de Alban y Audelina la de un

hombre trabajador que quería bailar. Los músicos habían empezado a entonar sus serenatas, muy apropiadas después de la dulce historia romántica. A Venetia le aterraban la música y a la ilusión; el disfrute de las ventajas de la vida. Sentía que había alguien acechándola para luego denigrarla en público por el atrevimiento de darse una segunda oportunidad. Y si no, ya tenía sus sentimientos y su rígida moral para contener cualquier deseo de libertad. Aun así, eran celos lo que sentía al verlos a todos pasándolo de maravilla en medio de la plaza, cantando y bailando, bebiendo como soldados.

Se estaba aferrando al chal de lana que llevaba encima del vestido, cuando Arian logró deshacerse de sus fervientes admiradoras y trasponer hasta donde ella se encontraba. Venetia apartó la vista para no ponerse a contar cuántos segundos tardaba en acercarse. Estaba perdida, vulnerable, y le había descolocado que Arian Varick fuese capaz de narrar un romance con semejante dulzura. Aquel hombre haría bien en saber que las mujeres como ella no encajaban bien las sorpresas. Ni las buenas, ni las malas.

—¿No quiere bailar? —le preguntó.

Venetia reprimió un escalofrío que decidió achacar al frío. Lo miró. El fuego hacía de su pelo el corazón de las llamas y sus ojos centelleaban como las chispas independientes de la hoguera. Era tan guapo que más le habría valido rendirse.

—He venido solo a vigilar.

Arian ladeó la cabeza, divertido.

—¿A quién? ¿A mí?

—No, aunque si me pregunta por aspectos mejorables de su conducta esta noche, podría estar recitando correcciones hasta el amanecer —respondió con dignidad.

Una parte de ella se resintió y la llamó amargada por volver a ese tema, pero sabía que era mejor aferrarse a lo único que debía unirlos —las clases de modales— que animarlo a conversar de otros asuntos. Ese hombre tenía una facilidad muy grande para llevar las charlas por donde más le convenía.

—¿De verdad? —Arian caminó hacia ella. Venetia retrocedió en consecuencia. Él no pareció captar la indirecta, porque no se detuvo hasta que estuvieron fuera del empedrado de la plaza; lejos del calor de la hoguera, pero no de su borrosa iluminación—. ¿Qué he hecho mal?

—Para empezar, señor Varick, debería haberse vestido de manera más apropiada.

—Debo admitir que le he agarrado una tirria interesante a esa palabrita suya.

Parece que es su favorita. «Apropiado» —repitió—. Apropiado, ¿para quién?

—Para lo que se entiende por correcto. Va vestido como un pordiosero cuando es el conde. Y el conde no va por ahí coqueteando con mujeres en medio de la plaza, ni contando historias a los pobres.

Al ver que no se ofendía por el involuntario menosprecio a las gentes de Gateshead, Venetia comprendió que había bebido suficiente cerveza para ahogar su vena temperamental.

—Solo estaba charlando con mis vecinos.

—No son tus vecinos. Están a tu servicio. Casi son tus súbditos.

—Por favor... —rio él. Se quedó de una pieza ante su fantástico estado de ánimo—. Según he estudiado, las relaciones vasalláticas de dependencia al señor del castillo quedaron atrás hace muchísimo tiempo. No hay nadie a mi servicio. Y si no, pocos besos feudales he recibido por parte de esas súbditas, aunque es un mal que siempre se puede subsanar —añadió, entrecerrando los ojos. Si Venetia no dio un paso hacia atrás, fue porque la potencia de su poco sutil indirecta la atrajo como el fuego a las mariposas—. De todos modos... ¿Debo entender con eso que no te ha gustado mi historia?

Ella tragó saliva.

—Sí me ha gustado, pero debería dejar las historias a los trovadores.

—Los trovadores se han extinguido, para pena de muchos... yo incluido. Aunque si te sirve, es eso lo que hacía en mis tiempos libres antes de irrumpir en tu lujosa vida: contar historias. Conozco tantas como libros leyó y mujeres conoció el lacayo. Se me ocurrió que esta podría ser la más apropiada para ti. Y por favor... tutéame.

Venetia desvió la vista.

—Entonces no eran imaginaciones mías. Tenías que hacerme la villana incluso en tu relato.

—No eras la villana, sino la mujer bella que no todos pueden permitirse.

—Pues ya que podías inventarme un personaje, podrías haber pensado en darme algún valor práctico, más allá de mi belleza —barbotó, sin saber muy bien qué estaba diciendo—. Si pudiera situarme en otra realidad, sería un soldado, o una simple heroína.

Los ojos de Arian brillaron al dar otro paso hacia delante.

—¿Bella y además heroína? Sería muy injusto que una mujer aunase todas las virtudes del mundo, ¿no crees?

Ella se abrazó más al chal. El anhelo sexual en Arian era tan evidente desde que le había dado un beso en el dorso, que sentía que debía justificar en todo

momento la ocupación de sus manos, o de lo contrario ni ella misma entendería por qué no estaban cerca de sus labios masculinos.

—Lo que se dice es que Dios no castiga dos veces —replicó—, no que Dios no premie por partida doble.

—Y yo no he dicho que no sea posible que se tenga más de un talento... Solo que no es equitativo.

Venetia le lanzó una mirada recelosa.

—Ya veo que quieres llevar la igualdad a todos los campos. Lamento decirte que en algunos casos es imposible.

—Desde luego. Hay cosas que no podría ni querría quitarte. Pero las podrías compartir conmigo —expresó. Estaban hablando de virtudes, y sin embargo su semblante decía algo muy distinto—. No se trata de arrebatarse al prójimo sus privilegios, sino de permitir que los que no los tienen participen en ellos.

Venetia estuvo a punto de preguntar de qué forma podría participar otra persona en su belleza, pero se dio cuenta de que podría malinterpretarse. En su lugar dejó correr el silencio.

—Pero hablando de justicia... No sería nada justo que no bailaras esta noche —continuó él. Venetia lo miró sin creérselo demasiado.

—Sería inadecuado...

—Oh, otra de tus palabras preferidas. Voy a empezar a apuntarlas para que no se me olviden.

Sin preguntar de nuevo, Arian avanzó hacia Venetia. La música llegaba a ellos como el eco de la diversión que siempre quedaría fuera de su alcance. No pudo retroceder mucho más. Su espalda dio con el tronco del roble encorvado que llevaba décadas custodiando el pueblo. Las ramas retorcidas los protegían de miradas indiscretas.

—Estás siendo sorprendentemente amable esta noche.

—Estoy siendo yo mismo. No soy como me has conocido, Venetia.

—¿Quieres decir... —probó, sin moverse un centímetro. Lo miró a los ojos—, que no siempre estás enojado? ¿O que siempre estás borracho?

—Créeme, no estoy borracho. Si lo estuviera, no me habría acercado a ti. Suelo perder los papeles con facilidad cuando no estoy en mis cabales y no te arriesgaría de esa forma.

—¿Debería darte las gracias por eso?

—No. Lo que deberías hacer es cambiar esa cara de vinagre y sonreír un poco. Sé que esto no se parece a tu palacio de cristal... —Apoyó una mano al lado de su cabeza y la repasó con la mirada—, pero tendrías que hacer lo posible

para adaptarte al ambiente. Es lo que yo hago cuando estoy en tu terreno; hazlo tú cuando andes por el mío.

—¿Qué quieres que haga?

—Que te diviertas.

Venetia quería desaparecer, quitarle los ojos de encima antes de que él dedujera lo que estaba pasando por su cabeza: que no podía porque su reputación era mucho más importante, porque debía pasar desapercibida, porque su existencia estaría siempre estigmatizada y a diferencia de otros no pensaba prestarse a nuevos escándalos. Sin embargo, él la tenía atrapada. Nunca había visto unos ojos como esos, un cabello de ese color, una belleza tan fría y que, en contra de su esencia invernal, despertaba incontroles sofocos dentro de sí.

—¿Tanto te repugno que no puedes relajarte ni siquiera aquí?

Ella temió haberle molestado con su actitud retraída. Buscó en su semblante algún signo de decepción, pero no había nada de eso. Ni tampoco curiosidad. Era... inquietud.

—No me repugnas, aunque debería detestarte después de lo que he presenciado esta noche. Has demostrado que sabes ser... tierno y agradable. Lo que significa que a mí no me valoras lo suficiente para tratarme como a una de tus historias. Y eso va en contra de la igualdad que tanto predicas —lamentó ella, sincera—. Aun así, ha sido muy bonito el gesto que has tenido con Charlotte. Enfrentar a la señora Milton y cuidar de ella... Es justo lo que la muchacha necesita.

—¿Qué tendría que ver cómo trato a Charlotte contigo? No lo he hecho para impresionarte.

—Ya lo sé. Imagino que, si hiciera las cosas por y para mí o viviese para complacerme, no habría estado a punto de acabar en la calle. No hacía falta que lo señalara.

—Qué facilidad tienes para ir y volver del trato cortés según te conviene. La misma que tengo yo para no explicarme como Dios manda —masculló—. Lo que quiero decir es que no deberías comparar mi actitud contigo con la de nadie más. Todo el mundo recibirá un grito si me enfada y una sonrisa si me sonrío. Ahí está esa igualdad. Pero para impresionarte a ti, se me ocurren muchas otras cosas que hacer antes que utilizar a una pobre niña.

Venetia no respiró.

—¿Como cuáles?

Sus ojos contenían el resplandor sobrenatural de una criatura mítica, uno de esos licántropos de los cuentos de terror que con la luna se transformaban en una

bestia. Era tan cautivadora su facilidad expresiva que el corazón de Venetia terminó pendiendo del mismo frenético palpitar que el de él.

Arian bajó la mirada a su cuello. Su pulgar fue a cubrir el borde lateral del vestido, que llegaba hasta la mitad de su garganta. Tiró hacia abajo, dejando que el frío se colara por ahí. Venetia lo miraba sin pestañear. No sabía qué pretendía hacer, y aunque la horrorizaba a todos los niveles, también se sentía tan ligada a su deseo que separarse habría ido contra natura. Supo que había tomado la decisión correcta al verlo exhalar aire caliente. Se condensó un instante en una nube blanca que ella respiró, temblando.

Venetia tragó saliva de forma compulsiva.

—Has dicho que antes... te dedicabas a contar historias. ¿De dónde las sacabas? —Carraspeó—. ¿Dónde estaba tu público?

Pobre de ella si pensó que iniciar una conversación lo disuadiría de ponerle las manos encima. Sin una negativa, oral o corporal, él no iba a poner distancia, y Venetia era un pedazo de gelatina ansiosa, aunque no pudiera verse. Protegida del ojo ajeno por la enorme silueta del hombre se sentía a salvo de todo lo que le daba miedo.

—En tabernas, en bares... En el muelle, cuando hacía buen tiempo. En eventos folclóricos de pueblos perdidos. Yo estaría allí donde hubiera música y bebida, fría o caliente, dependiendo de la estación —contestó en voz muy baja, como si pretendiera hipnotizarla. Lo consiguió, y fue un hechizo tan potente que no vio con claridad sus caricias—. Todas me las inventaba o eran fruto de leyendas que había oído, o me las contaron los curas con los que pasaba algunas noches en la ciudad. No soy religioso, pero eran tan buenos conmigo y con mi hambrienta imaginación que lo fingía para contentarlos. Fueron los que me hablaron de ti por primera vez. Snowdrop.

Arian se inclinó sobre ella, buscando ese punto de piel expuesto al frío. El soplido de su aliento fue el aviso de que iba a besar su cuello. Tuvo tiempo para apartarse, pero en lugar de eso, Venetia se ofreció. No sabría decir qué pasó por su cabeza, si pensó que no sería tan grave o que no tendría efecto en ella. En cualquiera de los casos habría estado equivocada. La boca de Arian reprimía una urgencia de la que no podría huir por mucho tiempo.

—Te deseo como un loco —confesó él, con una voz sacada del último círculo del infierno.

Encontró su cuello y lo llenó con esa clase de calidez que solo se sentía una vez en la vida. Capturó el temblor que sacudió a Venetia oprimiendo su cintura. El beso fue tan crudo y fervoroso que podría haber temido que quedase una

marca, pero lo único que la asustó fue la sensación de estar precipitándose a un riesgo de muerte que podría llegar a amar. Había algo en el abrazo turgente del hombre, en su forma de usar los labios para hacerse notar, en el apretón masculino de su cuerpo... que la puso a delirar.

Venetia se clavó las uñas en el brazo que la rodeaba. No para que la soltara, sino para corresponder su declaración de alguna manera.

Arian la aplastó contra el tronco del roble. A pesar de la cantidad de ropa que llevaba, que en contra de sus principios presintió sobrante, sintió la agonía que el hombre no sabía cómo ocultar. Más que atrapada en unos brazos que podrían reducirla en cuestión de un mínimo estrangulamiento, reconoció su poder sobre alguien casi irreductible. Se derritió sin querer con cada choque de su boca en esa zona tan sensible, tan fácil de seducir, y casi convulsionó al notar una humedad resbalando por su garganta.

La certeza de que dejaría que hiciera lo que quisiera con ella la sorprendió y asustó más que el repentino estruendo de los fuegos artificiales. Arian se sobresaltó y se giró a mirar por encima del hombro para comprobar que no era nada peligroso. Venetia aprovechó ese momento para fijarse en su magnífico perfil, en lo que su sencilla admiración provocaba en su cuerpo. Se llevó una mano temblorosa al cuello, ahí donde él había besado y lamido. Un golpe de calor estuvo a punto de tumbarla.

Negó para sí. Negó una y otra vez y obligó a sus piernas a caminar, a volver donde estuviera a salvo de contradecirse y caer de nuevo en la pasión.

Se agarró las faldas y salió andando tan rápido como se lo permitieron los flojos tobillos. No se detuvo hasta que estuvo en medio de una aglomeración de muchachas, donde pudo sentirse a salvo del impacto de su tacto... pero no de lo que ya había despertado.

De eso ya no podría huir, e intentar convencerse de lo contrario sería inútil.

Capítulo 13

Arian despertó empapado en sudor y con el corazón acelerado. No habría sido la primera vez, ni tampoco la última, si estuviéramos hablando de una pesadilla, pero en sus sueños no había morado esa noche ningún monstruo. Todo lo contrario. Si no se incorporó de golpe fue porque se negó a aceptar que hubiera terminado su fantasía.

Se quedó como estaba, con la espalda pegada a las sábanas. Cerró los ojos y por un instante se regodeó en el inclemente ardor de su sangre, concentrada como nunca antes en el centro de su cuerpo. Se negó a mirar hacia abajo y comprobar lo que sus sueños habían provocado. En su lugar recuperó los detalles y guio la mano muy despacio hacia su entrepierna. No llegó a tocarla; le paralizó el último eco de dos cuerpos envueltos en el placer del sexo. Aún notaba el sabor de la cerveza de la noche anterior bajo la lengua, y el suave perfume de Venetia en el paladar, como una representación del cielo y del infierno.

La fogosa necesidad que había experimentado al tenerla entre sus brazos fue tal que, nada más caer en la cama, imágenes escandalosas lo habían estado atormentando. Venetia desnuda, encima de él, con el cabello libre por la espalda y la cabeza hacia atrás, rendida a sus crudas penetraciones. En su fantasía, ella disfrutaba como las mujeres con las que estuvo en el pasado, lo que ya sabía que sería imposible. Una dama de clase no se dejaba vapulear como si fuera una cualquiera. Podía ser sumisa, pero no vencida o denigrada, y él había sido un canalla en su imaginación, maltratando su piel clara con azotes.

Gruñó entre dientes y se cubrió la cara con el antebrazo. Le temblaba todo el cuerpo de insatisfacción. Llevaba tenso desde que la conoció y, mientras pudo, trató de convencerse de que esa rigidez se debía al desprecio y a nada más... Pero su ser había terminado por rebelarse y ahora no le quedaba otro remedio que afrontar la realidad. Estaba tan excitado que se sentía al borde del infarto. Si bajara a desayunar y por casualidad la veía por el pasillo, no podría resistirse y se tiraría sobre ella como un animal. Y entonces, solo estaría dándole la razón. Pero oler su cuello y probar su carne en la feria había marcado un antes y un después. Su ensoñación nocturna daba fe de que había cruzado el límite de la obsesión para enfermar de locura.

Por desgracia, dudaba que ella fuera a hacerse cargo de su frustración. No le

quedaba otro remedio que encontrar el placer por su cuenta. Y aun así, no se sintió orgulloso de tirar del nudo del pantalón y colar la mano en el interior. Raras veces tenía dinero para pagar a prostitutas, por eso casi siempre había yacido con doncellas, taberneras u otras mujeres de empleos respetables, y por eso también estaba muy acostumbrado a hallar la liberación en soledad. Pero de alguna forma se sintió sucio e injusto pensando en Venetia al acariciarse. No solo eso, sino también tan hundido que no consiguió alcanzar el clímax.

Le daba rabia estar tan cerca de alguien que no podía tener, y deber conformarse con migajas. Le daba rabia haber olvidado cómo resignarse, y ser ahora uno de esos hombres que estaban siempre descontentos porque sabían que había algo más grande esperando.

¿Desde cuándo él pugnaba por lo mayor, por lo mejor?

—¡Arian! —exclamó alguien, al tiempo que empujaba la puerta de la habitación—. ¿Qué haces que no te levantas? El sastre lleva veinte minutos esperándote en el salón para... ¡Por el espíritu de Mary Reed!

El enorme pirata retrocedió con los ojos cubiertos. Arian sacó la mano del pantalón y volvió a anudarlo.

Fox no tardó en superar el shock y romper a reír como un crío.

—Ni que hubieras visto algo que no conozcas —refunfuñó.

—Conozco el modelo, pero no cada particular... y sería un tanto turbador que al tuyo lo hubiera tratado, ¿no te parece?

—No actúes como si tú no hicieras lo propio antes de levantarte.

—Ni se me ocurriría. A todos nos gusta estrecharle la mano a nuestras virtudes por la mañana temprano —se carcajeaba—. No va a hacer falta ni que te la laves antes de bajar. Al sastre le encantará sentir esa parte de ti en su propia piel.

—¿De qué estás hablando, loco? —le increpó mientras se vestía—. ¿No podrías haber enviado a un sirviente?

—¿Ahora quieres un sirviente? Te estás acostumbrando a la vida aristocrática, hermano mío. Solo quería saludarte en persona. Dios santo, ahora comprendo por qué te cuesta tanto levantarte de buen humor. No he tenido yo el mástil tan rígido en mis treinta y dos años de vida.

—Primero el espíritu de Mary Reed y ahora hablando de mástiles. Si tanto echas de menos la mar, ¿por qué no vuelves por donde has venido? Los dos sabemos que como niñera solo necesito a Cass.

—Y para divertirte solo necesitas a tu derecha —apostilló con maldad. Sonreía como un truhan—. Puedes estar tranquilo. Dentro de unos días, tanto

Cassidy como yo nos marchamos a Londres. A él le esperan unos clientes y a mí me requiere en cubierta el capitán Foster. No por mucho tiempo. Volveré para las fiestas de Navidad. No me perdería tu actuación de casamentero por nada del mundo.

Arian ignoró a su hermano. Esperó a que este saliera de la habitación para cerrar tras de sí, no sin antes echar un vistazo receloso al interior. Había pedido que lo trasladasen a otra alcoba, pues en la cama de su padre le resultaba imposible conciliar el sueño y, como si su cuerpo supiera que estaba envuelto en las sábanas del enemigo, se levantaba al día siguiente con los músculos agarrotados y un profundo dolor de huesos. No obstante, aquella tampoco le parecía del todo apropiada, y no era porque Clarence la hubiese ocupado —por lo que tenía entendido, no puso un pie allí jamás—: el problema no era quién hubiera dormido en la cama antes que él, sino quién no estaba durmiendo en la misma, a su lado, en esas noches.

Inspiró hondo y se concentró en la lista de tareas que tenía pendientes durante el día. Sería una jornada matutina distinta porque el sastre pasaría un buen rato tomándole medidas, pero por lo demás acabaría tan cansado como de costumbre. Números con Cassidy, historia con Fox, protocolo con Venetia... ¿Dónde estaría ella en ese momento? Quería convencerse de que no le importaba, de que no estaba interesado en averiguar cómo reaccionaría cuando se reencontrasen después de la noche anterior, pero examinó cada pasillo con el corazón encogido, ansioso por cruzársela. Iban a dar las diez de la mañana, lo que significaba que ya habría desayunado y estaría ocupada con sus tareas preferidas: las irrelevantes.

Algo le decía que podría encontrarla en el invernadero.

—Buenos días, milord —saludó Bowler, muy erguido ante la puerta del salón—. Ya he enviado a un lacayo a reparar el reloj de su habitación.

Arian frunció el ceño.

—¿Qué reloj? ¿Qué le pasa?

—Se le ha parado, ¿no es así? —inquirió, dudoso—. Según el reloj universal, debería haber bajado a desayunar hace dos horas. Debe estar muy irritado porque un error tecnológico le haya hecho quedar como un maleducado de manual, milord.

Fox se empezó a reír. Arian no se tomó tan bien su toque de atención y le sostuvo la mirada al hombrecillo con los ojos entrecerrados.

—Es usted un bribón de los de antes, Bowler —le dijo el marinero.

—A mí solo me preocupa milord, señor Stubton.

Casi sonó preocupado de veras. Aquel tipejo llevaba la ironía a un nivel para el que no existía alcance. Arian no era el único al que le costaba seguirlo. Bowler se reía de todos con una única excepción. Solo Cassidy había conseguido congeniar con él, porque era más inteligente y sabía devolverlas con la misma elegancia.

Sin su permiso, entró en el salón, donde aguardaba Cassidy junto a un caballero enjuto. Tenía el cabello gris en su totalidad, largo y bien peinado, y una nariz hebraica que le daba el último toque de personalidad a su extravagante apariencia. Por la forma en que el sastre lo miró de arriba a abajo, Arian captó que la alianza en su dedo anular no significaba ni amor ni compromiso, sino el resultado de una forzada convención social con la que no se sentía en sintonía. El especialista se recreó en la altura y los atributos de Arian, que vagamente vestido y aún excitado representaría una tentación para cualquier ferviente admirador del atractivo masculino.

—Milord —exclamó, con una nota de admiración.

Arian avanzó hacia él y le tendió la mano izquierda con cordialidad.

—Lamento haberle hecho esperar. Se me han pegado las sábanas y olvidé por completo que tenía una visita.

—No se preocupe. Lo normal en hombres de su clase es hacerse un poco de rogar, y está de suerte porque ofenderme me parece una pérdida de tiempo. No le esperaba así, milord. Ahora no estoy seguro de que vaya a servirme la cinta de medir con usted. Sirvo a caballeros bastante menos robustos.

—A algún conde voluminoso habrá tenido que hacerle los calzones.

El sastre, también conocido como Bernard, se mostró muy interesado en la idea de coserle la ropa interior. Si Cassidy se dio cuenta de la fascinación del sastre por su hermano, no lo exteriorizó. Se quedó al margen, observando el trabajo del susodicho, mientras que Fox demostraba sentirse tan cómodo como Arian. Ambos estaban acostumbrados a tratar con hombres como él. En las largas travesías marítimas, los marineros se rendían a los placeres de la carne con sus compañeros, y en los prostíbulos donde Arian durmió en contadas ocasiones había más de un cliente con gustos poco comunes. Se había relacionado con muchos de los jóvenes maquillados que esperaban una señal para escoltar a quienes pagaron por ellos a la sala secreta. A algunos los consideró incluso sus amigos. Cassidy era el único de los tres, pues, que se rezagó y observó la labor de Bernard con recelo. Incluso con cierta tensión.

—He de decir, milord, que las formas de su cuerpo no son las clásicas por las que se crearon el tipo de prendas a la moda. El varón inglés promedio sigue el

modelo anatómico de nuestro Beau Brummell, que es básicamente el dios del oficio de la sastrería —contaba—. Le voy a tener que pedir que me deje tomar ciertas licencias para que quede más acorde con su corpulencia. ¿Puedo preguntar a qué se dedicaba antes de ser nombrado heredero? Unos músculos así, milord, no se consiguen ni por herencia sanguínea ni por constitución...

Arian y Fox intercambiaron una mirada divertida. El hombre estaba tan fascinado que ni se daba cuenta de que ponía las manos donde no debía. Arian no se sintió violado en ningún sentido, pero Cassidy lo interpretó como un exceso y se levantó del sillón para llamarle la atención a Bernard.

—Oh, lo lamento —se apresuró a decir—. Debe comprender que nunca he tenido que vestir a alguien así. Es usted un hombre magnífico, milord. La mujer que elija como esposa será la más afortunada de Inglaterra. De Europa, si me apura; en el continente tampoco abundan los caballeros de esta talla...

—Me está usted halagando todo lo que no me han halagado en la vida, Bernard —sonrió Arian—. No sabe lo que daría porque alguna que otra mujer compartiera su opinión.

—¡Oh! —volvió a exclamar—. Entonces ya tiene una querida. Espero que me escoja a mí para diseñar su atuendo de bodas. Podría crear algo realmente magnífico. Magnífico, le digo...

—Nada de bodas, Bernard. El precio de mi libertad está alto incluso para que yo mismo pudiera pagarlo —bromeó—, pero sí que...

—Señor Davenport —intervino una voz femenina. El eco de su delicadeza llegó a Arian con la fuerza de un martillazo. Se giró hacia la puerta, por donde Venetia avanzaba sin reparar en él.

Llevaba un vestido en terciopelo color lavanda y un semirecogido de diosa romana. El demonio de su hombro lo llenaba de ideas imposibles mientras la admiraba, inmóvil sobre la tarima.

Dios santo. Su silueta parecía recortada del paraíso y pegada de la forma más irreal posible en un paisaje que no la merecía. Estuvo tan convencido de estar viendo la cosa más bella del mundo que la parálisis le llegó hasta el corazón.

—Siento interrumpir —dijo, dirigiéndose a Cassidy—. Me gustaría que me acompañara a la biblioteca. Hay unos documentos del viejo Clarence que creo que debería revisar. Si no me he fijado mal, se trata de la exacta cuantía de la dote de mis hermanas, lo que creo que es importante ahora que...

Venetia se calló en cuanto reparó en un Arian que no llevaba ni la raída camisa que usaba para dormir. Solo el cielo sabría qué fue lo que la mujer vio con exactitud en su cuerpo semidesnudo; a él le quedó una sencilla idea general

que bastó para robarle la respiración.

Los ojos verdes de Venetia resbalaron por su físico sin un parpadeo que intermediase. Solo sus mejillas intervinieron en el examen, adquiriendo un tono rojizo tan cautivador como excitante. En el preciso momento en que Arian se percató de que su ritmo cardíaco había cambiado, tomó una decisión de la que ella no podría escapar. Y ella, como si lo hubiese sabido, retrocedió.

—Mis disculpas —murmuró, atropellada—. No sabía que estaban reunidos. Volveré en otro momento.

Venetia salió despedida del salón. La estela de fantasía que dibujó su vestido hipnotizó a Arian, que ignoró lo que dijo Bernard y bajó enseguida de la tarima para seguirla, sin molestarse en cubrirse. Aunque hubiera habido público en los pasillos, él no se habría detenido. Tenía el presentimiento de que quería esconderse de algo que podría delatarla, y Arian necesitaba estar seguro de que lo que había visto en sus ojos era una oportunidad.

Al empujar la puerta de la salita en la que se había encerrado, esa que pertenecía a ella en exclusiva, supo que no estaba equivocado. Venetia estaba apoyada en la pared contraria, con una mano en el pecho y cara de desorientación.

—¿Qué haces aquí? —preguntó en cuanto lo vio, horrorizada.

Arian avanzó pensando en la fragilidad de su cuello. En los besos que le había robado anoche. En cómo habría amanecido su piel si hubiera sido un poco más entusiasta.

—¿Qué haces tú aquí? —contestó en su lugar—. Parece que has visto algo que te ha sofocado.

—Señor Varick...

—¿Te gusta lo que ves?

—Señor Varick —repitió, esta vez con firmeza. Lo enfrentó, aún atribulada, pero preparada para defenderse.

—Es una pregunta muy sencilla, en realidad. Yo puedo responderla por mi parte.

—¿A qué se refiere?

Arian la cogió del antebrazo y la acorraló usando su cuerpo.

—No estoy para tonterías ni para adivinanzas, milady —susurró—. Anoche tú y yo nos quedamos en algo y ahora parece que no soportas verme desnudo... ¿O no soportas que te guste verme desnudo? Abogo por lo segundo.

Ella respiraba. Su pecho se movía, arriba y abajo, pero sabía que el aire no estaba llegando a sus pulmones.

—Suéltame. No dices más que estupideces y no voy a caer en tu juego. Anoche... Habías bebido demasiado y yo estaba asustada, por eso no me moví.

Arian desencajó la mandíbula.

—¿Vas a tener el descaro de acusarme de abusador para no afrontar lo que sientes por mí?

—¿Lo que siento por ti? —repitió—. ¿Y qué se supone que es eso, si eres tan amable de iluminarme?

—Maldita seas, mujer. ¿Ni siquiera vas a ser capaz de concederme esta verdad? Puedo ser tan despreciable que no soportes escuchar mi voz, pero una parte de ti se muere por mí... Igual que yo lo hago por ti.

La vio estremecerse y supo que esa era su primera victoria. Lamentaba que fuera tan orgullosa. La veía aferrándose a un clavo ardiendo aun cuando el vello erizado la delatará.

—Tú me odias —musitó—. No es unilateral. Eso es lo que sentimos el uno por el otro.

—Sí que lo sentimos. Detesto todo lo que representas igual que tú no toleras mi presencia, pero no es lo único que hay entre nosotros. Por mi parte... —Hundió los dedos en su brazo, presionándolo en busca de una reacción—. Tu pomposidad y soberbia es muy soportable en comparación con lo que me haces al mirarme. Odio lo que eres, pero me fascina lo que veo. Y el sexo no entiende de política.

Venetia abrió los ojos de golpe.

—¿Cómo te atreves? —exclamó, ofendida. Lo apartó de un manotazo—. ¿Cómo te atreves a tratarme como a una cualquiera?

—¿Una cualquiera? Ojalá lo fueras. Así no tendría que buscar placer por mi cuenta para suavizar tus provocaciones.

Ella volvía a estar enfadada, y era un enfado muy distinto a cualquier otro anterior. Era chispeante y confuso, lleno de matices que Arian, ahogado en sus sofocos, no consiguió apreciar.

—¿Mis provocaciones? Yo a ti no te he provocado jamás. ¿Y de qué placer estás hablando? Porque tampoco me interesa proporcionarte ninguno.

Su tajante y falsa respuesta lo sacó de quicio. La cogió de la mano y la clavó en su pecho desnudo, ahí donde palpitaba su corazón.

—Pues por eso debo tocarme yo. Porque tú no vas a hacerlo y eres la única maldita mujer a la que deseo en este mundo —siseó. Tuvo el atrevimiento de guiar su mano al pantalón, donde latía con fuerza su ansia de pasión. Apoyó la boca cerca de su oído y se desahogó—. Este soy yo cuando te siento cerca.

Todas las noches desde que te conozco me he acariciado para rebajar el dolor, pero nada me sacia. Y pienso en ti cuando lo hago. Pienso en ti, enredada conmigo en la cama...

La reacción de Venetia no fue la que había esperado. Apartó la mano como si la hubiese quemado —y no le hubiera extrañado si fuera así— y escapó de su abrazo. Al girarse en busca de ella, la vio respirando con la boca abierta, los ojos brillantes y tan sonrojada que parecía que ya la hubiera besado.

—Eres un descarado, un grosero y un... ¡un cerdo! Espero que no se te vuelva a cruzar un pensamiento de ese tipo mientras estás en la cama. Yo no quiero formar parte de tus fantasías y quiero que te alejes de mí...

Venetia retrocedió con los dedos pegados al estómago. Parecía enferma, y él sabía cuál era su dolencia porque la estaba sintiendo con la misma intensidad que ella... solo que la mujer era incapaz de reconocerlo. Lo más probable era que ni siquiera supiera qué era lo que sentía, ni mucho menos cómo catalogarlo. Antes creería que era el demonio lo que tenía dentro.

Decidió intentarlo solo una vez más.

—Te deseo —rugió. Ella le sostuvo la mirada con los hombros tensos—. No me importa si no puedes soportarlo. No es excusa, porque yo tampoco puedo. Me cuesta controlarme aquí y ahora, y aun así... Debo ser sincero. Quiero poseerte, mujer, y lo quiero como no he querido nada en este mundo.

Venetia no se movió. Lo único que cambió en su postura fue esa rigidez tan típica suya, que fue transformándose en una dulce tensión anticipada conforme las palabras salieron de sus labios. Arian supo que la había ablandado. Lo que no podría haber dicho con seguridad era hasta qué punto, pero fue tarde para cuando se dirigió a ella con grandes zancadas y atacó su boca con violencia.

Un gruñido de gloria quebró su garganta. Los labios femeninos eran tan suaves como las muestras de terciopelo del sastre, como el envés de las hojas de los robles... Un estimulante que le hinchó las venas. Fue como volver a respirar después de haber vivido bajo el agua; un renacer de cinco sentidos subordinados al eterno invierno de un profundo y helado vacío. La besó y ella lo besó de vuelta. Abrió la boca para él, y Arian entró con todo lo que tenía para dejar una huella imborrable.

Quería morder y succionar. Quería ponerla a temblar, y eso hizo al presentir que le estaba gustando la intromisión de su lengua tosca.

Eso era Arian. Un hombre tosco a las puertas de un palacio de cristal que no quería ganarse sus riquezas por buen comportamiento. La estrechó contra su cuerpo de forma lujuriosa, incluso obscena; bajó las manos a la curva de su

trasero y rabió en voz alta al no sentir su carne, sino las peripecias de un traje completo. Lo agobió todo lo que lo separaba de ella y abandonó su pretensión inicial para arropar su escote. Metió las manos en el interior y gimió al rodear sus pezones con los dedos. Tan suave y femenina... Era como abrir una rosa. Solo que él quería romper la rosa. Arrancar cada pétalo.

Ladeó la cabeza y se hundió más en su boca, con una urgencia desesperada que ni ella podía seguir. El beso había cruzado la línea de indisciplinado para convertirse en un pecado grotesco para el que aún no había nombre. Y mientras, sus manos buscaban la manera de abrir ese escote, de exponerlo en su gloriosa desnudez solo para él... Sin ningún resultado. Enloquecido por su sabor, olvidó el deber de ser paciente y rasgó la parte frontal del vestido. La tela cedió con un silbido de queja y sus pálidos pechos llenaron las callosas manos masculinas, que los apretaron y presionaron con apremio...

Venetia lo agarró de las muñecas y se las sacó de encima con un movimiento brusco. Arian retrocedió por la inercia, perdido, y más se perdió y dobló al ver lágrimas en sus ojos verdes.

La mujer se abrazó el pecho e intentó cubrirse mientras se alejaba hacia la puerta, tan aterrorizada que el alma se le cayó a los pies.

—¿Qué...? ¿Qué creías que estabas haciendo? —sollozó sin aliento. Una lágrima de incredulidad rodó por su mejilla.

Arian fue a decir algo, pero ella salió casi corriendo, tan aferrada a sus hombros que parecía que tuviera los huesos helados. Preocupado, se precipitó hacia la puerta en busca de una explicación, y siguió el dibujo difuso de su vestido lavanda hasta que una figura masculina, unos centímetros más alta que él, lo detuvo de manera violenta.

Enfrentó de repente los ojos castaños de Cassidy, que lo miraba con severidad.

—¿A dónde diablos crees que vas? O más bien, ¿qué crees que estás haciendo? —le increpó. No gritó, no levantó el tono, pero su voz lo atravesó—. Ella no es una de tus fulanas, Varick.

—Lo sé —balbuceó—. No sé qué ha pasado. Ella... Me besaba de vuelta, Cass.

Al ver que perdía de vista a Venetia en un pasillo del que luego no se acordaría, empujó a Cassidy para quitarlo del medio y seguir su ruta. No obstante, su hermano fue el perfecto muro de contención. Lo tenía agarrado por los hombros con firmeza.

—Te lo repito —dijo muy despacio. Y con ello, la resistencia de Arian se

desvaneci6—. No es una de tus fulanas.

Capítulo 14

—Nesha —llamó Dorothy por quinta vez, con la cabeza rubia asomada bajo la puerta—. ¿Estás visible?

Venetia no contestó. Tampoco abrió los ojos. Ni siquiera se movió. Era un bulto inmóvil en medio de una cama que sentía demasiado grande, por la que habían pasado Audelina, Rachel y Dorothy unas cuantas veces. Las mellizas y Brenda también, pero habían captado antes el mensaje de que quería que la dejaran sola y por eso decidieron no insistir.

Tampoco llevaba tanto tiempo encerrada en la habitación. Solo desde que el sastre de milord se marchó hasta un par de días después. Había hecho las comidas allí y no se había despegado de la colcha ni para cambiarse. Llevaba casi setenta y dos horas con el camisón, y todo apuntaba a que no se lo iba a quitar en un buen rato.

Se sintió mal por ignorar a su hermana. Ella no tenía culpa de su malestar. Y si Venetia supiera lo que le convenía, se aferraría a la pequeña para levantarse los ánimos. El problema era que seguía conmocionada y no podía pensar en que la ayudaran a recomponerse.

—Venetia —intervino Audelina esta vez. En lugar de quedarse esperando con prudencia, entró en el dormitorio y rodeó la cama para asistirle de frente—. ¿Te sigue doliendo la cabeza? —Venetia asintió—. ¿Jaqueca? Mandaré a la doncella a traer polvos neurálgicos. ¿Has tenido fiebre? Ahora mismo no estás caliente... ¿Qué hay de ese dolor de estómago?

Venetia sacó fuerzas para fulminarla con la mirada. El mensaje era claro: «No me interrogues». Audelina suavizó la expresión y asintió. Captada la directa, hizo un gesto a Dorothy para que no las molestara por un rato. Acto seguido, se levantó para cerrar la puerta y acercar un sillón en el que acomodarse.

Venetia no las tenía todas consigo. Prefería intentar dormir o martirizarse en silencio a hacerlo delante de su hermana. Y no de cualquier hermana... Brenda y las mellizas la distraerían con sus locuras y caprichos, Rachel acompañaría su silencio con sumo respeto, y Dorothy solo interrumpiría para preocuparse por su estado. Audelina, en cambio, leería su mente como si fuera uno de sus libros. Era una suerte que fuera lo bastante respetuosa para no hablar en voz alta de sus

descubrimientos por mentes ajenas.

Eso por lo general, que no entonces.

—No te duele nada —dedujo, sin ánimo de reproche—. Y aunque estuvieras enferma, no habría manera de postrarte en una cama. Dime... ¿Por qué estás así? ¿Ha pasado algo?

A veces no sabía si es que su hermana era demasiado perspicaz para lo que convenía a los demás, o es que los demás no lo eran tanto a la hora de ocultar sus emociones. Lo que quedó claro fue que a Venetia le habían jugado una muy mala pasada sus inalterables horarios. No era creíble que un resfriado o una intoxicación la tuvieran desconectada del mundo durante días.

No contestó enseguida. En su lugar pensó en mentir.

¿Había pasado algo? Sí. Esa pregunta era fácil de responder. Ahora... ¿Por qué estaba así? Esa ya era algo más compleja.

—Si no quieres hablar, me marcharé. Pero la casa entera anda preocupada, Venetia. Si ir más lejos, esta mañana, milord se ha enfadado muchísimo al ver que no bajabas.

El corazón se le aceleró.

—Milord puede irse al infierno —espetó—. ¿Qué le importa a él?

—¿Sigues molesta por su idea de casarnos? Venetia, debes entender que esta es ahora su casa y nosotras seguimos siendo demasiadas. Es lógico que quiera deshacerse de las Marsden, por muy mal que suene. No somos nada para él. Ni siquiera nos conoce.

—Tampoco se ha molestado en hacerlo. Si se hubiese preocupado por comprendernos, no estaríamos en esta situación. —«Al menos yo no lo estaría»—. Pero no tiene que ver con eso. Milord y yo estamos destinados a llevarnos como el perro y el gato. Es así.

—Las cosas no «son así» sin más. ¿Tiene él que ver con tu estado?

Tenía todo que ver con su estado, pero no quería pensar en ello. No quería, y sin embargo no le quedaba otro remedio. Al besarla, Arian se las arregló para inculcar en su cabeza la idea de que debía pensar en él todo el tiempo. Y por el momento estaba cumpliéndolo a rajatabla. Solo que no se decidía por un sentimiento u otro.

Se sentía ultrajada, vilipendiada, humillada y agredida, sí. Pero, ¿lo suficiente para no volver a mirarlo a la cara, o aún le quedaban fuerzas para sentarse a hablar con él sobre su conducta? Venetia se comprometió a enseñarle modales, y sus clases aún no habían concluido. Era una irresponsabilidad por su parte dejar que corriesen los días, cada vez más cercanos al gran evento, sin

echarle la mano que necesitaba. Pero tampoco era su problema, y desde luego no iba a volver a arriesgar su integridad solo porque fuera un conde en apuros. Venetia debía defenderse, conservar su dignidad intacta, y al lado de aquel hombre, toda su voluntad y sus principios peligraban.

¿Cómo se había atrevido a hacer algo así? Cada vez que lo recordaba, un calor que no tenía que ver con la fiebre seca la invadía. Sus labios... Su boca era fascinante. Al principio la había aceptado no ya con agrado, sino con desesperación, porque la verdad era que lo quiso. Quiso que él la tomara. Pero después... Arian la insultó con agresividad. Venetia se asustó de veras. Se sintió como una prostituta sin importancia.

Tenía tan reciente aquella sensación gracias a Wilborough que le costaba contener las lágrimas al recordar que Arian había hecho lo mismo.

—No quiero verlo nunca más —anunció, tajante.

Audelina la miró con preocupación.

—Estoy segura de que podéis resolver vuestras diferencias. No sé qué ha ocurrido, pero ha estado tan inquieto estos días. Ha preguntado mucho por ti. Se nota que no le eres indiferente.

Era recíproco. Arian había encontrado la forma de no serle indiferente, pero no en el buen sentido.

—Y te necesita —añadió—. Te comprometiste a ser su tutora y eres una mujer de palabra. No puedes permitir que el rencor te convierta en alguien que no eres.

En eso tenía mucha razón, pero Venetia seguía sin estar preparada para levantarse e ir a verlo. Estaba nerviosa, débil y aún temblaba. No por el miedo; la lujuria desmedida de Arian no la había asustado más que un instante, cuando oyó el rasgado de la tela. Era la rabia por el trato recibido.

—¿Quieres hablar de lo que pasó? —preguntó, respetuosa.

Venetia volvió a ver a Arian acercándose y besándola. Enroscando los brazos en su cintura. Jadeando víctima de su propia pasión.

Su cuerpo reaccionó en contra de lo que le habría gustado. Lo detestaba, pero no solo por denostarla, sino por hacer que sus lágrimas estuvieran llenas de desprecio hacia sí misma. Venetia no soportaba que su mente y su pecho hubieran tomado rumbos distintos. Ahí donde una lo quería matar, la otra se recreaba en las manos que la tocaron.

Se había vuelto loca. ¿Cómo iba a gustarle a ninguna parte de ella que la trataran de esa manera? ¿Cómo iba a dejarse vapulear?

Negó con la cabeza y Audelina no insistió más.

—Te dejaré para que descanses. Solo quiero que recuerdes que la vida te espera ahí fuera y que debes retomarla cuanto antes. Eres indispensable para el funcionamiento de esta casa y la gente que te quiere no merece estar tan preocupada. Pronto van a hacer tres noches desde que te metiste en la cama... No esperes tanto como Cristo y levántate antes. Con un buen baño resucitarás, ya verás.

Audelina no era de las que daban toques de atención. Al contrario. Formaba parte de ese grupo de inocentes que confiaba en la madurez de cada uno para resolver sus cuitas personales. Su intervención debía significar que la alarmaba su situación, y frente a eso, Venetia debía reaccionar.

No lo hizo enseguida. Se estremecía de pensar en bajar las escaleras y reunirse con Arian aunque fuera un segundo, y eso era lo que debería hacer, honrando su promesa. Sin embargo, asumía también que haciendo como si nada hubiese ocurrido, normalizaría ese momento de ultraje y todo volvería a ser como antes. Y no sería justo.

Lo que más le preocupaba era que Davenport y Stubton se hubieran marchado a Londres. No los había visto en acción, pero sabía que eran los responsables de que Arian supiera disculparse y tuviese sus momentos de humanidad. Con ellos lejos... ¿Qué cabría esperar en él?

Se puso un vestido de tarde de lana y algodón gris y estuvo repitiendo ante el espejo que no se iba a alterar. Con el episodio del otro día tuvo suficiente carga negativa para el resto de sus días. A continuación, bajó las escaleras y se preparó para que le llovieran preguntas impertinentes sobre qué había estado haciendo en el dormitorio esos tres días.

Iba a dar la hora del almuerzo. Los lacayos iban y venían con los preparativos del comedor. Venetia esquivó con elegancia sus miradas curiosas y se dirigió al salón.

No entró al oír a Varick conversando con sus hermanas.

—Fue una de las mejores historias que he oído nunca, es cierto —decía Rachel con timidez—, pero se ha superado con esta, milord.

—Llámame Arian, por Dios. No quiero acostumbrarme a ese trato.

—¿Nos contará otra historia como esa? —exclamó Frances. Florence la secundó—: ¡Por favor! Los lacayos y librerías no están mal, pero prefiero a los caballeros, dragones, espadas de acero al rojo vivo... Quiero aventuras.

Así que Arian había estado narrando relatos mientras ella estuvo indispuesta. Le molestó un pinchazo en el pecho. Parecía que se estaba ganando el cariño de las Marsden, y en otras circunstancias le habría dado igual. Puede que incluso lo

hubiese celebrado. Pero no podía entender cómo era posible que solo ella lo viera tal cual era: como el hombre que quería deshacerse de las siete porque las consideraba un lastre. Se suponía que eso era lo de menos. Y lo era. No obstante, seguía escociendo.

Decidió pasar de largo y acomodarse en la pequeña salita donde Arian y ella se reunían para las clases. Se acordó de aquella en la que le enseñó a estrechar y besar manos, acorde con el clásico estilo caballeroso. No fue del todo correcto entonces, aunque sí... encantador, de alguna forma. Igual que en la feria. A veces era apasionado y romántico, y otras... Era un desgraciado. ¿Le tendría cariño a su dualidad, o él mismo la vería como un martirio?

Mandó servir el té en bandeja de plata para continuar las lecciones. Quedaba una hora para el almuerzo, tiempo de sobra para meter en su cuadriculada cabeza cómo debería comportarse durante la merienda. Dudó antes de pedir a la doncella que lo avisara de que todo estaba preparado.

Venetia se sentó e intentó calmar su respiración. Estaba tan acelerada que le entraron ganas de reírse históricamente. Si no lo hizo fue porque Arian estuvo allí antes de que le diera tiempo a pensarlo.

—Por fin te dignas a bajar —exclamó sin titubear, con el aliento entrecortado. Había venido corriendo—. ¿Te encuentras bien? Audelina me ha dicho que podrías haber cogido frío de la feria. ¿Por qué no has dejado que llame al médico?

Su preocupación la caló más de lo que le habría gustado.

—Porque no era nada grave.

—Pero podría haberlo sido. No hay quien entienda a los ricos. Despilfarradores natos, pero cuando llega el momento de gastar dinero en lo importante, como es la salud, se lo piensan dos veces. Le haré venir de todos modos.

—No es necesario. Era cansancio, no un resfriado. No he estado enferma, señor Varick. Solo indispuesta.

Arian cambió de registro. Tan pronto como la miraba preocupado, frunció en ceño y la enfrentó con recelo.

—Entonces es verdad. No pensé que llegaras a tanto, pero tampoco debería haberme sorprendido. Cassidy me dijo que estabas huyendo de mí de forma sutil. Tan sutil como para que no me enterase.

Venetia se envaró. Fue tarde cuando quiso negarlo.

—¿En serio? ¿Eso eres capaz de hacer? Me has tenido dos noches en vela, a mí y a tus hermanas, inquietos por tu enfermedad fingida. Se suponía que

estabas por encima de toda irresponsabilidad.

—Yo nunca me he creído por encima de nada. En cambio, tú tienes un severo problema de egocentrismo. Todavía me sorprende que consigas hacerte la víctima durante nuestros pleitos. Estoy postrada en la cama dos días y el pobrecito eres tú. Encantador.

Su mirada adquirió un rastro de hostilidad.

—Has estado postrada porque has querido. No tenías narices de enfrentarte a mí.

Venetia tragó saliva. Aunque pensó en edulcorar su discurso, se dio cuenta de que lo que quería era espetarle cuatro verdades en la cara.

Se levantó para que no le resultara tan fácil quedar por encima de ella.

—¿Y qué esperabas de mí, después de lo que me hiciste? ¿Que bajara a almorzar con toda tranquilidad y te regalara una dulce sonrisa al alcanzarte el salero?

—¿Lo que te hice? —repitió—. ¿Te refieres a besarte?

—Eso no es besar —retrucó, con voz temblorosa—. Tú me atacaste. Me trataste sin respeto. Te comportaste como una bestia.

Arian dejó ir una carcajada cargada de incredulidad.

—Debería haber tenido presente cuán impresionables sois las damas.

Su comentario displicente la sacó de quicio.

—¡No somos impresionables! ¡Eres tú el que actúa como un animal!

—¿Un animal?! —repitió. Dio un paso hacia ella—. ¡Solo era un beso! ¿Te ofende hasta que un hombre te desee?

—¡Un hombre no desea así a una mujer!

—¿Y cómo la desea, si puede saberse? ¿También vas a enseñarme eso? Para ser mi institutriz, parece que hay cosas de las que no tienes ni una maldita idea.

—No, no estoy muy informada al respecto, pero así no besas a alguien que te importa —balbuceó. Tragó saliva y envió una mirada herida al añadir la acusación—: Me rompiste el vestido.

Se hizo un breve silencio en el que Arian la escrutó con recelo. Por un momento pareció sentirse culpable, pero enseguida se armó de rabia.

—Pues perdona si mis deseos te ofendieron —escupió—. Gracias al cielo me he enterado a tiempo de que esto te produce una inmensa mortificación. No te puedes imaginar todo el pesar que te he ahorrado, porque eso solo era una ínfima manifestación de lo que siento.

—Yo no tengo que hacerme cargo de tus deseos. Ni de tus impulsos. Crees que todo el mundo debe estar preparado para encajarlos y... Me denigraste. Me

hiciste sentir ninguneada y poco valorada, y... Y me asustaste —confirmó, al borde del sollozo.

Arian presionó la mandíbula. Con aquello pareció haber rebasado el vaso.

—¿Que te denigré...? ¿Que te sentiste ninguneada? Por el amor de Dios —masculló, afectado. Se pasó las manos por el pelo, fuera de sus cabales—. Un hombre besa así a una mujer cuando está loco por ella. Mi intención no era... Maldita sea, si el problema es el vestido, arruíname: gasta todo mi dinero en nuevas telas.

La barbilla de Venetia tembló.

—No lo entiendes... El vestido... El vestido no tenía valor sentimental, es... Es lo que hiciste. Me trataste mal y creo que si eres lo bastante hombre para arrancarme la ropa, lo eres también para pedir disculpas.

—¿Quieres que te pida perdón por algo que no puedo controlar? Lo que siento no es... ¿Se supone que tú eres una santa? ¡Te has encerrado en tu habitación por días para no verme!

—¡Porque me aterraba coincidir contigo otra vez! —exclamó, al borde del ataque. Se pasó la mano por la cara, el pelo y el pecho, como queriendo comprobar que todo estaba allí—. Tú... Quiero que te marches.

—¿Y qué más quieres? —preguntó, pasado un segundo—. ¿Quieres que nunca más vuelva a dirigirme a ti? ¿Quieres que no te mire, que no te dé los buenos días? Dime qué más para empezar a prepararme. Tal vez me excedí, pero no voy a permitir que me demonices cuando unos segundos antes de empujarme estabas agarrada a mi cuello.

Venetia parpadeó de prisa para contener las lágrimas de frustración. Ella había tenido una vida sencilla, sin esos constantes altibajos emocionales. Ese huracán de sentimientos tan desconocido la mataría si no lo apartaba, pero si pensaba en no volver a mirarlo, en no volver a hablar con él, se le ahogaba el corazón en el pecho.

—¿Vas a negarme eso también? —insistió él—. ¿Sostienes que te violé?

Lo miró muy acalorada. No había tenido en mente la palabra «violación» en ningún momento, ni tampoco se sintió acosada; solo en riesgo por su propia reacción. Ella lo había querido tanto como él y no sería justo que borrara todo el episodio por el fatal desenlace.

Quiso disculparse por su grave acusación al ver que le había hecho daño con ella. Arian tenía una mirada que no le había visto antes a nadie.

—Yo también te deseaba —murmuró—. Pero no así.

Arian inspiró hondo para tranquilizarse.

—¿Y cómo me quieres? ¿Cómo besan los caballeros? —Sonó comprensivo, pero no tardó en fruncir el ceño y continuar en tono molesto—. ¿Sabes? Estoy cansado de no ser suficientemente correcto para ti. Puedo intentar contenerme en todo menos en esto. No voy a convertirme en el hombre de tus sueños.

—¿Significa que vas a ir asaltando mujeres como hiciste conmigo? Porque si es así, deberías volver a la cueva de la que has salido... Ah, no, que saliste del vientre de una oportunista.

Viendo que él no iba a marcharse, echó a andar hacia la salida, pero la cogió del brazo antes de que cruzara la puerta. Su agarre fue suave; nada que ver con su mirada acerada.

—Discúlpate ahora mismo.

—¿Acaso he dicho alguna mentira? —Se sacó su brazo de encima—. ¿Tú puedes insultarme de todas las formas habidas y yo no? Ser conde te ha convencido muy rápido de que no mereces ni una crítica. No encajas ni una.

—No encajo que me des la espalda.

»Vuelve a tu sitio. El conde no te he permitido retirarte.

—¿Debo pedirlo? —se burló, echando chispas por los ojos—. ¿Tengo su permiso para marchar, milord?

—No. —La fundió con su mirada intensa—. Tienes permiso para venir aquí y besarme como quieras que lo haga la próxima vez.

Venetia exhaló de golpe. Fue a espetarle su falta de vergüenza entre insultos peores, pero él la tocó... y ella se abandonó a la sensación.

—Antes de que te vayas, déjame añadir la amenaza —dijo en voz baja—. Algún día, cuando dejes de estar asustada y mis deseos no te ofendan, volveré a besarte. Quizá de otra manera... Pero lo haré. Y si te gusta... Maldita sea, si te gusta, lo repetiré y lo repetiré hasta que quieras más. Hasta que quieras lo mismo que me ahoga cada vez que te miro a la cara.

Ella apartó la mirada para que no viera el rubor en sus mejillas. No solo el orgullo le había dado un golpe, sino el arrepentimiento. Su comentario anterior fue una bajeza, y él, a su manera, la estaba halagando. Empezaba a sentirlos como halagos, al menos. Se le pasó por la cabeza quedarse allí un minuto más, dando a entender que estaba dispuesta a recibir ese beso que prometía delicadeza. Pero en el último momento, se arrepintió y se castigó por haber cambiado de opinión.

Enfadada consigo misma, pasó en silencio por su lado. Tenía muchas cosas en las que pensar, y con él tan cerca no sería sencillo.

Capítulo 15

No tenía nada mejor que hacer que martirizarse. Cassidy y Fox se habían marchado dejando a Arian visitando a los arrendatarios de nuevo para cuadrar los nuevos honorarios por las pérdidas de la cosecha pasada, y redactando un informe financiero para demostrar que, por lo menos, a sumar y multiplicar en condiciones había aprendido. Dividir aún se le resistía, pero su hermano le prometió antes de irse que no se preocupara, porque volvería antes de que necesitara aplicar dicho conocimiento.

Aparte de la ausencia de tareas, lo que ya lo tenía bastante frustrado, se añadía la soledad. Sin Fox no había ruido en el ambiente, y se había hecho bastante dependiente del mismo en los últimos días, mientras que Cassidy siempre ofrecía una compañía necesaria para tranquilizar sus nervios. Ese era el problema. Que sin Cass mediando, sin Cass palmeándolo y acercándolo a la humildad y la prudencia, le costaba mucho más encajar los desprecios de Venetia, aquello que le estaba consumiendo.

En cuanto ella desapareció después de expresar sus sentimientos respecto al beso, Arian dio varias vueltas histéricas por toda la casa. Pasó por cualquier estado imaginable. Primero, furioso. Con ganas de hacer el berrinche de un crío, cosa que nunca se había permitido. ¿Cómo iba a ofenderse por un maldito beso? ¿Cómo encajaría entonces... todo lo demás, cuando se casara? Luego derivó a la ansiedad. ¿Tan mal lo había hecho? Repitió el momento para sus adentros y lo único que consiguió fue excitarse, hasta que recordaba sus ojos empañados y entonces le embargaba la preocupación. Al final se dirigió a su alcoba, donde la doncella había preparado la bañera, y se introdujo en el agua caliente sintiéndose diminuto. No dejó de pensar en todas las advertencias de Cassidy.

«Arian, las damas de buena cuna no suelen abofetear a sus anfitriones, ni a nadie. Han recibido una educación muy reglamentada».

Estaba claro que no paraba de empujarla muy lejos de su zona de confort, y por eso gritaba, lo abofeteaba y la hacía llorar con facilidad.

«Te aclaro que no se puede tratar de la misma forma a damas que a taberneras (...) Referirte a la hija de un marqués de esa manera es una inmundicia».

Y él le había soltado que quería poseerla. Había dicho incluso la palabra

«sexo», que dudaba que se usara en las altas esferas con semejante descaro.

«Los aristócratas no son de pensamiento flexible, y no perdonan una falta.»

Arian le había roto el vestido.

Le había roto el vestido...

Se pasó una mano por la cara y se hundió más en la bañera. Nunca antes había disfrutado de un privilegio como ese. Las tinas con el agua sucia de lavar los platos no tenían nada que ver con el goce del baño de los nobles. Y sin embargo, no pudo apreciarlo. Se deprimía cada vez más.

¿Por qué, en nombre de todos los santos, tuvo que prendarse de la hija de un marqués? ¿No podría haberse fijado en una doncella, o en una moza, como hasta entonces? Él, que tanto se jactaba de no dejarse impresionar por la riqueza, no podía obviar la mayor de todas las visibles en Beltown Manor. Lady Venetia Marsden era la personificación de sus odios y desgracias. Y quería arrancarse la cabellera porque le había hecho daño.

Terminó de frotarse y salió del baño sin sentirse mucho mejor. Menudo día le esperaba, sin Fox para divertirse o Cassidy para darle un discurso mortificante, siempre sin perder su clásico toque optimista. Lo único que se le ocurrió después de vestirse, fue ir a hacerle una visita a Charlotte, a la que no había visto desde el día anterior. Por lo que sabía gracias a Uriel, la muchacha contrajo un resfriado la noche de la feria y Milton no la dejó subir del sótano por riesgo de contagio.

Bajando las escaleras experimentó una extraña sensación de familiaridad. El olor de la cocina, el vago decorado, el pésimo estado del papel de pared... Eso se parecía mucho más a los lugares por los que pasaba cuando no era el conde de Clarence. Igual que se sintió identificado con la vestimenta de las doncellas que, al verlo allí abajo, abrieron los ojos como platos y se apresuraron a atenderlo.

—Milord, ¿qué necesita? ¿Por qué ha bajado? —preguntó la mayor, limpiándose las manos en el delantal. Parecía la ayudante de cocina—. ¿Quería darle alguna indicación a la cocinera? Podría haber mandado al señor Bowler...

—En realidad quería ver a Charlotte. Me he enterado de que no se encuentra muy bien. ¿Dónde está su habitación? ¿Sabéis si está despierta, o la estaría molestando?

No le sorprendió en lo más mínimo la cara de sorpresa que esbozaron las dos, al tiempo que compartían una mirada de asombro. Arian decidió no comentar nada porque no vio desprecio o recelo en sus ojos, sino todo lo contrario.

—Es la del final del pasillo, milord. —La señaló para que no cupiese duda—. Hace unos minutos ha pasado por la cocina para almorzar. Estoy casi segura

de que la acompaña Uriel. Son inseparables.

Se fijó algo más en la doncella. Debía tener su misma edad, y no llevaba alianza. A su parecer, era bastante bonita. La clase de mujer rolliza, de ojos alegres y manos firmes que llamaba su atención. Pocas cosas le gustaban tanto a Arian como agarrar de la mano a una mujer y notar los callos del trabajo en sus palmas. Si la hubiera visto antes, tal vez...

Tal vez nada. Ahora era conde y no podía andar revolcándose con las mozas, como cuando era un desgraciado sin futuro. Además de que esa mujer, al igual que cualquiera de las Marsden, merecía un respeto. Quizás estaba esperando para casarse con alguien o era cortejada por un hombre decente.

—Gracias. Lamento haber invadido vuestra parte de la casa.

—¿Se está disculpando? —exclamó, con los ojos muy abiertos—. Milord, puede aparecer cuando quiera. Solo... Intente avisar para entonces. De este modo podremos atenderlo como es debido y tenerlo todo ordenado y limpio.

Arian estuvo a soltar que había vivido más polvo y más arañas que ella en toda su vida, y que consideraba una estupidez su precaución, pero la vocecita de Cassidy se infiltró en su pensamiento y lo dejó para otro momento. O tal vez para nunca. Agradeció de nuevo a la doncella, sorprendido por no tener que esforzarse para parecer agradable, y siguió el camino a la habitación de Charlotte.

Tocó un par de veces antes de que la muchacha hablara desde el interior. Sonaba congestionada, y también se vio como tal, con la nariz colorada y los ojos llorosos. Estaba sentada en un camastro ridículo que crujió de forma desagradable cuando los dos amigos se levantaron, Uriel y Charlotte.

Fue el lacayo el que se apresuró a hacer la reverencia correspondiente.

—Milord.

—No os levantéis, no es necesario. Venía a verte —le dijo directamente a Charlotte, a la que se acercó con el ceño fruncido. Le puso la mano en la frente y torció la boca—. No parece encontrarte muy bien. ¿Cuánto llevas con fiebre?

—D-desde hace d-dos n-noches, m-milord.

—¿Y por qué nadie me lo ha dicho? ¿Uriel?

El muchacho se mostró muy confundido.

—¿Ha habido problemas de organización? Se supone que Therese la estaba reemplazando.

—¿Y?

A Uriel le costaba entender lo que estaba sugiriendo.

—Yo... No creí que fuera a echarla de menos, milord. Cuando alguien del

servicio está indispuesto, se encuentra un reemplazo enseguida.

—Un reemplazo —repitió—. Como si fuera la pieza de una máquina. De aquí en adelante quiero saber cuándo hay alguien en la cama.

»¿Te ha visto un médico? —preguntó a Charlotte—. Yo nunca he confiado en los matasanos, creo que es peor el remedio que la propia enfermedad, pero en el caso de ser una gripe contagiosa... Tú no deberías estar aquí, Uriel.

—Lo sé —se apresuró a decir—. He venido porque necesitaba su opinión. He estado escribiendo un poema y ella siempre... —Se ruborizó—. Me iré si me lo pide, milord.

Arian levantó las cejas con sorpresa. En lugar de echar al muchacho, le hizo un gesto para que se acomodara si le quedaba algo pendiente con Charlotte. Él también se sentó en una ridícula silla coja de madera. El crujido le hizo chirriar los dientes. Se estaba empezando a acostumbrar a los lujos, y ese cuartucho cochambroso no era uno.

—¿Poemas? ¿Cómo es que sabes leer y escribir?

—Mi padre es el profesor del pueblo —respondió—. Trabajo aquí porque necesito llevar dinero a casa. Somos muchos hermanos, algunos muy pequeños, y mi madre está enferma. Pero cuando sea mayor, trabajaré en la escuela. Mientras, me preparo leyendo.

Sonrió con amargura. El lacayo estaba mejor cualificado para ostentar su puesto que él mismo, cuyos garabatos aún dejaban bastante que desear.

—¿Y os gusta la poesía a los dos? ¿Por eso habías venido a ver a Lottie, para pedirle opinión?

—Sí, milord —asintió, con una pequeña sonrisa tímida—. Ella tiene mucha más imaginación y se le da mejor escribir... y eso que le enseñé yo —añadió, con orgullo—. Y es muy romántica. Es la que me ayuda a sorprender a la señorita Daines.

Arian miró a Charlotte, encontrándose con que quería esconder la cabeza bajo la almohada. Tenía cientos de miles de preguntas que hacer. Dónde estaba su madre, por ejemplo. Si su padre la había reconocido o se hizo cargo de ella. Si tenía algún hermano o medio hermano, lo que en última instancia siempre era bueno para un bastardo —en el caso de que estos estuvieran interesados en adoptarlo—... Si era feliz, si tenía objetivos, si iba a quedarse allí para siempre.

—N-no es verdad. La mayoría de las veces lo ayudo a encontrar v-versos en algunos libros que le pide p-prestados. A las mujeres les gusta la p-poesía y los clásicos, sobre todo S-Shakespeare. P-por lo menos c-con la señorita Daines sirve. Se sonroja y sonrío cuando Uriel se los d-da.

—Sobre todo desde la feria —añadió Uriel, mirando a Arian de reojo—. Es gracias a usted, milord. Si no hubiera contado esa historia... Sarah estaba muy feliz porque una librera fuera la protagonista. Tuve la oportunidad de hablar con ella al respecto, y... Por fin se dio cuenta de que existo.

Arian sonrió de veras. Fue a responder que no era necesario que le agradeciera nada, cuando otra parte del discurso caló en él.

Observó de reojo el poemario de lomo gastado que reposaba sobre la cama.

—¿Decís que a las mujeres les gusta la poesía?

—Mi padre conquistó a mi madre leyéndole sonetos —explicó, muy orgulloso—. Dice que ninguna mujer se resiste a una palabra bonita si viene de la persona adecuada y en el momento oportuno... Y no hay palabra más bonita que la de un poeta.

—Nunca he comprendido la poesía —confesó—. Me parece lenguaje en clave, aunque no negaré que tiene cierta... musicalidad, en caso de que sepa lo que es eso —añadió en voz baja. Se levantó y se frotó los muslos, pensativo—. Pero podría servir.

Vio en la cara de Uriel que se moría por preguntar para qué. La prudencia se interpuso entre la curiosidad y sus cuerdas vocales, y menos mal, porque no habría sabido qué decirle.

Arian se dirigió a Charlotte y le dijo que haría llamar al doctor del pueblo para que la revisara. Ella se negó, tartamudeando en el proceso, pero la decisión de Arian fue firme y no estaba en posición de rechazarlo cuando parecía a punto de desmayarse. Dentro de la preocupación que le provocaba su estado, Arian celebró en secreto disponer del poder suficiente para imponerse. Dios tendría que amenazarlo de muerte para que hiciera un uso degradante de su influencia, y ni siquiera bajo intimidación se prestaría a ello, pero debía admitir que para casos como aquel... tenía mucha suerte de ser el conde.

Arian subió de nuevo al primer piso con una idea rondando su cabeza. No tenía ni una maldita idea de poesía; sobre eso podría preguntar a Bastian, el otro eslabón perdido de los casi Bellamy. Era la definición de bellaco, de vil seductor. Utilizaba lisonjas, poemas y declaraciones de amor que sonaban honestas para luego aplastar corazones sin pestañear. Tan pulidas tenía sus artes que sus creaciones dedicadas hacían competencia a literatos de la época. Algunas de sus amantes, más en busca de fama que por despecho, mandaban a publicación sus versos anónimos para ganar unas monedas, en el caso de las pobres, y para regodearse en el talento de sus admiradores, como hacían las ricas. Por desgracia, no sabía dónde estaba su hermano, y aunque había enviado una

invitación a su domicilio para el gran evento navideño, solo Dios sabría si estaba allí o andaba viviendo en amancebamiento con una duquesa rusa.

En vista de su falta de recursos e inspiración, Arian se dirigió a Bowler para preguntar por la biblioteca. El mayordomo lo miró con toda la sorpresa que sabían expresar sus ojos permanentemente entrecerrados.

—Nunca pensé que me haría esa pregunta, milord. Pensé que quería que se le conociera por su atávica y recalcitrante enemistad con toda fuente intelectual.

—¿Qué significan esas palabras? No importa, han sonado ofensivas. Cada vez está más cerca de cruzar la línea, Bowler. Modere sus comentarios.

Bowler aceptó el toque de atención con una reverencia. No añadió nada al guiarlo hasta la sala en cuestión, cuyo equipamiento dejó a Arian anonadado. Nunca había visto más de cinco o seis libros juntos, y todos estos estaban relacionados con la religión; los curas de la urbe no solían hacer ostentación de sus reliquias, ni mucho menos ponían a la vista una novela que pudiera opacar las Sagradas Escrituras. Allí, en cambio...

Una parte ingenua de él pensó que acumulaban todos los libros del mundo.

—¿Busca algo en particular? Lord Clarence disponía de una amplia recopilación de novelas cortas con ilustraciones, por si le interesara. Aunque la mayoría se las quedó su sobrino a los siete años de edad.

Arian lo enfrentó.

—Aún no sé lo que busco, aunque sí lo que no: su aprobación. Soy un hombre obtuso y bruto, pero no imbécil. Si cree que no asimilo la intencionalidad de sus comentarios, permita que se lo avise para que, de ahora en adelante, muestre un poco más de respeto.

—Tendrá que disculpar la costumbre que tengo de seguir al pie de la letra los lemas de mis señores, milord.

Lo miró con cara de pocos amigos.

—Y ahora ¿qué dice?

—Usted pregona la ley de igualdad y se reserva el derecho a faltar al respeto a las damas presentes. Yo, como su empleado, debo conjuntar con usted en muchos más aspectos que llevando la librea de su casa.

Arian comprendió que era de dominio público no solo la animadversión que Venetia sentía por él, sino los motivos que la habían llevado a despreciarlo. Admitió quitarse un peso de encima para sus adentros. Pensaba que Bowler le detestaba por su más que evidente falta de educación en todos los aspectos, cuando en realidad solo defendía a su manera el trato las muchachas.

—¿Le molestó mi decisión de enviar a las Marsden fuera de casa?

—Por favor, milord. Un mayordomo no opina sobre las decisiones de su patrón.

—Me tendrá que poner al corriente de cuáles son los quehaceres del mayordomo, porque si puede opinar sobre mi inteligencia y no sobre mis decisiones, considero que algo está fallando.

—Con el debido respeto, milord, no he opinado sobre su inteligencia sino sobre su falta de ella.

Arian no supo si echarse a reír o despedirlo en el acto. No sabía qué se hacía en esos casos, y ese tipejo se aprovechaba de ello.

—Ya veo que ha esperado a que el señor Davenport se marchara para insultarme a su antojo. Le recuerdo algo más contenido durante su estancia en Beltown Manor.

—Respeto al señor Davenport, pero no lo temo. Mi trato ha podido recrudescer por el estado en que dejó a lady Venetia hace solo unos días.

Arian perdió la sonrisa helada que lucía por cortesía.

—Fue un malentendido.

—Para evitarlos, milord, los sabios recomiendan leer. Es una buena forma de curarse en salud.

—Creo que es bastante evidente que hasta hace unas semanas no sabía leer bien, ni tampoco pretendía aprender —espetó—. No he tenido el mejor de los comportamientos, señor Bowler, y no voy a pedirle que me comprenda porque dudo que haya estado bajo la presión de convertirse en príncipe de un día para otro... Pero sí tendré que exigirle respeto.

»Puedo tolerar sus pullas inofensivas. Me parecen divertidas hasta cierto punto y no me negaré nunca a las risas. Las acusaciones ya son harina de otro costal. Si cree que no podrá mantener la boca cerrada, lo invito a marcharse y encontrar otro amo al que atormentar.

—Sus problemas durante el proceso de alfabetización estuvieron fuera de la conversación desde el principio, milord. Yo me refería a un comportamiento concreto hacia una dama en particular, a la que juré cuidar en cuanto apareció con sus baúles para residir en Beltown Manor junto a sus hermanas. No se me ocurriría sabotearle. Mis servicios están a su disposición, pero el precio de los empleados no puede pagarlo junto al salario, y el mío queda muy lejos de su alcance después de lo que ha hecho. No se necesita ser especialmente avisado, ni tampoco conocer las obras clásicas al dedillo, para comportarse con humanidad y decencia.

Arian lo encaró sin pestañear.

—Le invito a pasar una noche invernal en el East End con los mismos harapos de la primavera pasada y un grupo de bandidos acechando en la esquina para quedarse con sus zapatos, que ni siquiera son los mejores del barrio. Ahí se dará cuenta de que la humanidad y la decencia no sirven ni para limpiarse el culo.

»Si reproduce esa noche durante cada día del año, y la prolonga hasta los treinta que tengo, seguro que llegará a la rápida conclusión de que mis modales actuales no son tan criticables como podrían serlo. Y creo que tampoco debe ser usted un genio para adivinar que, mirando mi ombligo durante tres décadas por mera supervivencia, no puedo convertirme al día siguiente, y por obra de una herencia inexplicable, en el paradigma del caballero inglés.

—La solución a su resentimiento no es deshonar a lady Venetia.

Esta acusación colmó su paciencia.

—Yo no he tocado a esa mujer en contra de su voluntad. Maldita sea, estoy intentando trabajar mi sensibilidad. Si no va a darme cuartel, apártese de mi vista.

Dio la vuelta y se dirigió a la primera estantería de muchas. Esta disponía incluso de una escalera para alcanzar el sector más cercano al techo. Arian empezó a husmear entre los tomos.

Sentía la mirada juiciosa de Bowler aún a la espalda. Su silencio le generó una incomodidad tremenda que trató de disimular acariciando el lomo de los libros y sacándolos para echar una ojeada por encima.

Necesitaba un buen rato para entender un título.

—¿Qué está buscando? —habló Bowler por fin.

—Poemarios —soltó de mala manera.

—Esa no es una muy buena manera de empezar a trabajar su sensibilidad.

—No es usted la persona ante la que quiero quedar bien.

—En un ambiente como este no puede permitirse ser selectivo.

—Y un pobre tampoco puede permitirse una chaqueta de terciopelo, y tengo el armario repleto de ellas. ¿Dónde están los poemarios? —insistió.

Bowler se acercó con prudencia y le señaló la sección donde Clarence conservaba, como si fuera oro en paño, una extensa colección de obras. Shakespeare, John Keats, Wordsworth, Byron, Shelley, Blake... Nombres que Arian había oído al pegar oreja en conversaciones entre caballeros, cuando lograba colarse en algún burdel por tiempo limitado. Escogió a Shakespeare por ser el preferido de Charlotte y arrastró sus versos hasta la mesita más próxima, de la que rescató material de escritura.

—El preferido de lady Venetia es Goethe —dijo Bowler—, por si le interesa.

—Ya sabe que me interesa; no voy a leer yo poesía por voluntad propia. Deje de regodearse en mi sufrimiento y lárguese.

—Como quiera, milord.

Se olvidó del mayordomo y, preguntándose cómo diablos se escribiría «Goethe» o como diablos lo hubiese pronunciado, volvió a rebuscar entre los volúmenes. ¿Qué clase de nombre era Goethe, para empezar? ¿Sería galés? No había quien entendiera a esos desgraciados al hablar. Tenían hasta su propio dialecto, por lo que sabía gracias a Seith. Claro que Seith era otro niño perdido de los barrios pobres, seguramente el marqués de Cardiff supiera pronunciar. Si es que existía tal noble...

Arian vació los estantes y dispuso cada libro en el suelo, abierto y marcado por las páginas en las que le pareció leer algo que pudiera servir. No entendía la mitad de las figuras retóricas empleadas. Era una estupidez recurrir a la poesía para hacer comprender sus sentimientos cuando era bastante más enrevesada que sus exabruptos, pero pensaba que, si Venetia se sentía insultada por John Keats, al menos valoraría el esfuerzo. De todos modos, aquellos tipos podrían estar llamándole cerdo, que él o no se daría cuenta o no le importaría. Incluso él captaba la belleza de su manera de escribir, aunque fuera siguiendo el lema de que «si no lo entendía era porque era bueno».

Fue apuntando los versos que le iban gustando y pensaba que iban bien con ella. Ninguno tenía un solo poema que hablara sobre el perdón o la importancia de pedir disculpas, que sería lo más apropiado. Y si hablaban de esto, llegó un momento en el que la mente de Arian no retenía los posibles significados. Le tomaba un minuto leer una frase y casi media hora anotar medio poema: el cansancio mental era tan grande, que para el momento de la cena estaba sudando y con temblores. Todo para nada, porque lo único que había conseguido era garabatear seis frases sin sentido en un papel rasgado.

Arian se pasó una mano por la cabeza y se preguntó qué esperaba hacer con eso. ¿Ir a recitárselos? Leía como un niño de siete años o peor, y una cosa era pedir disculpas y otra humillarse. Arian había pasado suficientes fatigas en su vida para encima quedar como lo que era delante de lady Venetia Marsden, lo cual era curioso y, hasta cierto punto, carecía de sentido. Ella ya conocía sus trapos sucios. Estaba al tanto de la bastardía y todo lo demás. Nada de lo que pudiera hacer o decir lo dejaría en peor lugar. Pero no quería permitirse otro error.

Se dio por vencido y decidió en el acto que solo la buscaría para disculparse

por el vestido. Por el vestido y nada más. Si él no se avergonzaba de sus sentimientos, y era quien debía hacerlo porque, a fin de cuentas, contradecía sus principios al mirarla más que de reojo, evitaría que ella lo hiciese.

Agarró el papel y lo guardó en el puño.

Nadie debería saber que había desarticulado la biblioteca para hacer el estúpido.

Pasó por el recibidor para pedirle a Bowler que fuera a buscar al doctor.

—¿Tan mal le ha caído la verdad, que necesita asistencia médica?

—No me ha caído mucho peor de lo que me cae usted.

—Si esto va de caídas, milord, espero que no busque compañía en ese estado de frustración o caerá mucho más bajo de lo que ya lo ha hecho.

—¿Se refiere a caer en la tentación de despedirle finalmente?

—Eso sería caer en un grave error.

—No me importa. Tómelo como una advertencia... y que no caiga en saco roto.

—Deje que añada que, si lo que busca es ganarse el favor de milady, echándome no conseguirá caerle en gracia.

Le costó controlar la sonrisa mucho más de lo que le habría gustado admitir. Estaba crispado y odiaba a aquel hombre con todo el fuego de su alma, pero, contra su voluntad, lo encontraba chispeante.

—¿Me está amenazando? Debería caérsele la cara de vergüenza.

—No le amenazo... Solo le aviso. Si me echa, a lady Venetia se le caerá el mundo encima.

—Por supuesto que sí, a lady Venetia y a toda la casa. ¿Cómo he podido tardar tanto en caer en la cuenta de que se considera usted más importante que la propia reina de Inglaterra? —se burló. Cortó ahí el intercambio de pullas y enfiló al gran salón.

Quiso Dios que no llegara a su destino, porque el destino ya había dado las buenas noches a sus seis hermanas y fue a buscarlo sin saberlo recorriendo el mismo pasillo, solo que en la dirección contraria. Arian, que pensó que estaría preparado para llegar y soltarle a Venetia el soliloquio de lamentos, no encontró la fuerza para hablar cuando se cruzaron sin querer en la intersección de los dos corredores. Ella se había cambiado el vestido; llevaba uno azul de una tela que parecía suave, y el pelo recogido con el mismo estilo que cuando perdió los papeles.

Por la mirada que le dirigió, confió en que no estaba tan enfadada como durante la discusión.

—Lo siento, no le había visto —dijo ella, con la boca pequeña.

Arian apretó el puño de la mano que ocupaban los ridículos versos. Qué facilidad tenía el ser humano para ponerse el «perdón» en la boca cuando no era necesario, y qué dificultades mostraba al tratarse de una cuestión vital. Eso es lo que Venetia era para él. Una cuestión vital. Aunque lo pareciese, odiaba discutir con ella. Después le quedaba una sensación de tristeza en el cuerpo que le impedía reconocerse. No se reconoció, al menos, cuando asintió en lugar de hacer algún comentario, divertido o inconveniente, y se apartó para que pasara. Le dolía la idea de estar molestándola, y eso añadía doble carga a sus hombros porque quería molestarla. No en el mal sentido. Solo quería estar ahí, mirándola.

—Espera —exclamó en el último momento. Ella se giró preparada para que escupiera una estupidez de las suyas. El lado orgulloso de Arian quiso darle motivos para que pusiera esa cara. El otro supo que ya los tenía y no necesitaba más—. Yo... Quería...

Besarla otra vez. Abrazarla. Tenerla entre sus brazos había desterrado de su corazón la irrefutable seguridad de que el odio lo mataría. Ya no sentía que hubiera que fulminar a los nobles; no sentía que hubiese que fulminar a nadie. No sentía que tuviera que hacer nada más que quedarse allí, para siempre.

Odiaba que Venetia hubiera convertido el refugio que él había construido en torno a ella, sin otro material que sus sentimientos, en un ultraje. Estaba enfadado porque lo había privado de la expresión de sus pasiones por el motivo erróneo. Si ella no lo quería, estaba bien. Si le asqueaba, poco tenía que hacer. Pero era injusto que no lo soportara porque sus delirios se le antojaban un vicio o una perversión ofensiva. La necesitaba de manera desesperada y ansiosa, sí. Había rabia en su modo de expresarse; por supuesto. También quería hacer con ella cosas que cualquiera censuraría. Sin embargo... eso no quitaba legitimidad a sus sentimientos. No los hacía impuros. Por el contrario, Arian no podía pensar en nada más genuino que su sentir.

Lamentando no haberlo expresado de la mejor forma, y lamentando más aún no poder expresarlo delante de ella, se limitó a cogerla de la mano, separarle los dedos y plantar en su palma el papel arrugado. Gruñó algo por lo bajo que ni él mismo comprendió —quizá dijo algo como: «No espero que sirva para algo, pero quería que lo supieras»— y se marchó en lugar de esperar una reacción. Por muy rápido que lo hiciera, sabía que no escaparía de la impresión de ser un estúpido redomado.

Básicamente lo que era en realidad.

Capítulo 16

Venetia se quedó mirando el papel que Arian había dejado en su mano sin saber qué hacer. Estaba húmedo, tal vez por el sudor, y tan arrugado que a duras penas leería lo que parecía haber escrito. Pero ese no era el problema, sino el contenido y su posible reacción. Venetia ya sabía que no conocía a Arian lo suficiente para ver venir todas sus actuaciones, pero como todo el mundo, se ceñía a un patrón de comportamiento y aquel la había dejado fuera de eje. ¿Se había ruborizado al entregarle la nota? Lo que había aflorado en su mirada al dirigirse a ella era una combinación de emociones que nadie hubiera imaginado compenetradas: timidez y vanidad. Inseguridad y determinación.

Parpadeó unas cuantas veces y desdobló el papel sin expectativas. La caligrafía era tosca, casi ilegible, y la tinta se había corrido en los puntos de las íes y los rabillos finales de las vocales. Con dificultad, Venetia descifró cada palabra, aunque no el mensaje. Estaba compuesto de frases inconexas divididas en varios párrafos.

«Oh, diosa, escucha estos versos sin melodía, arrancados con dulce esfuerzo y caro recuerdo»; «...ventana abierta a la noche, para que deje entrar al cálido amor».

«¿Por qué me atraes irresistible a ese esplendor? ¿No era yo feliz, joven apacible, en la noche sin color? (...) Soñaba con largas horas doradas de placer bien puro. Sentía tu cara enamorada del pecho en lo oscuro».

«De sobra yo conozco que yo de más te lleno, juntando tu deseo con toda mi porfia (...) ¿No quieres, en tu vasto deseo espacioso, guardar mi Vil deseo... Darle la bienvenida?»

«Inseguro, no digo, porque olvido la fórmula exacta del rito amoroso; por tal razón parece que cede mi cariño, lastrado por el peso de amor tan poderoso (...) Que mi mirada entonces me sirva de elocuencia, y sea mudo heraldo de lo que el pecho siente (...) Aprende a leer lo escrito por el amor callado: oír con la mirada, es arte refinado».

«...Pero si entonces pienso en ti, las pérdidas compenso y mi dolor mitigo».

Venetia releyó los versos una y otra vez. A Clarence le gustaba la poesía, y ella a veces recitaba algunos poemas para él. Otras, tomaba los poemarios prestados y los leía para sí. Arian no había elegido los más bonitos, ni sus

preferidos, pero porque no era su intención impresionarla con la belleza de la literatura, sino lanzar un mensaje. A pesar del lirismo captó lo esencial.

No era una disculpa. Era algo mucho más concreto. Era... una especie de declaración. Keats, Goethe y Shakespeare habían tomado las palabras grotescas de Arian para expresar la misma idea de otra manera. Y eso significaba que había entendido lo que ella quiso decir: necesitaba que la tratara con un poco de tacto.

Dobló el papel con ternura y lo refugió entre sus manos.

Venetia nunca dudó que él la deseara. Lo que le preocupaba era para qué, por cuánto tiempo y cómo la trataría cuando se cansara. No era el primero que se prendaba de ella, pero ahí acababan las similitudes con los demás, porque cada hombre era un mundo. Lord Wilborough era cálido y agradable al trato. Persuasivo. Inclemente. Egoísta. A veces cruel. Arian no era nada de eso. De hecho, resultaba sorprendente que, sin tener dotes de persuasión y sí todo su carácter en contra, hubiera conseguido que ella pensara en él.

No le había hecho ilusión verlo abatido, y se debían una conversación en la que pudiera disculparse por el comentario de su madre.

Era demasiado tarde para ir a buscarlo. ¿Y qué? Lo haría de todos modos. Preguntó a Bowler si había subido a sus aposentos, y este señaló que se encontraba en el salón, aprovechando que las Marsden ya se habían retirado a descansar.

Un cosquilleo le subió por la espalda.

Se obligó a guardar la calma y sostuvo la selección de versos con el puño muy apretado. Así hizo el camino hasta la sala, a la que accedió sin tocar a la puerta. Arian estaba de pie junto a la licorera, que observaba como si no supiera qué hacer. Su cabello resplandecía especialmente claro a la luz de la luna. A veces parecía su hijo, heredero de su magia de plata. Solo por eso nunca encajaría como conde, ni como hombre, ni como nada menor que una criatura de mitología. Venetia imaginaba así a los dioses escandinavos y a los guerreros sanguinarios, y en efecto se comportaba como uno. Tenía su vanidad y orgullo, su fiereza... y su vestimenta.

Gracias al cielo que el sastre no tardaría en enviar su nuevo vestuario.

—¿Qué querías decir con todo esto? —preguntó ella.

Arian soltó de golpe el tapón de cristal, provocando un estruendo. Nada se rompió: fue lo bastante ágil para evitarlo y se giró con el ceño fruncido.

—Podrías no asustarme cuando veas que tengo algo de valor en la mano —masculló.

—No sabía que le dieras valor a algo de lo que se pudiera encontrar en esta casa.

Arian le dirigió una mirada fácil de descifrar.

—Las cosas tienen valor por sí mismas; no esperan a que yo se lo dé. Y de todos modos, se me ocurre algo que considero más valioso de lo que debería.

Venetia no tuvo que abandonar las ganas de pelear porque había entrado allí sin ellas.

—¿Por qué ese algo no debería ser considerado tan valioso? ¿No lo merece?

—Es dañino para mí. Y yo tampoco le voy muy bien. —Devolvió la vista a la licorera. Se arrepintió de apartarle la mirada, y en cuestión de un pestañeo, Venetia tuvo sus ojos de lobo blanco encima—. Sobre qué quería decir con todo eso... Quería decir lo que insinuó ahora. Creo que tú y yo no nos entendemos.

—Eso es evidente.

—Y creo también que, si nos entendiéramos... —continuó. Dejó el cristal sobre la mesilla y caminó hacia ella—, dominaríamos el mundo.

Venetia sonrió sin enseñar los dientes.

—¿Para qué querrías dominar el mundo?

—Por si tú lo quisieras para ti —respondió en voz baja, contenido. Muy contenido. Estaba tan tenso que parecía a punto de romperse—. No te pediría ni una porción, sería una especie de regalo. A mí hace mucho tiempo que no me llena ni me satisface nada en este mundo. Excepto...

Inspiró y clavó la vista en sus zapatos.

—No entiendo qué me ocurre contigo. Ni por qué. Quiero decir... Eres bonita y tienes carácter. Pero me he cruzado a muchas mujeres con esa descripción.

—Teniendo en cuenta que estás vivo, yo diría que no estuviste con esas otras mujeres tanto tiempo como conmigo, o de lo contrario, su carácter te habría matado —comentó con ironía.

—No es una cuestión de tiempo. Si tuviera que escribir la historia de mis sentimientos, no duraría ni una página. Ni dos oraciones. Te vi —dijo—, y eso fue todo.

Venetia trató de controlar su respiración.

—Pero es imposible que nos entendamos. Aunque me esfuerce, muchas cosas de tu mundo se me van a escapar, y tú lo tienes tan controlado que mis faltas, sean estructurales o nimios detalles, no dejarían de afectarte nunca. Y aunque tú te esforzaras por mí, cosa que dudo que hicieras porque nadie quiere ser como yo, sería imposible que me comprendieras.

»Tú no puedes imaginar la clase de vida que he tenido. —Venetia se

estremeció de forma inexplicable—. Nadie es lo bastante imaginativo para hacerse una idea, y sería mejor así. Por lo que... Estamos abocados a despreciar de donde procedemos solo porque no conocemos la vida del otro.

—¿Entonces? —murmuró ella, tras una pausa—. ¿Cuál es la conclusión?

—No lo sé —confesó. Le lanzó una mirada desgarradora—. Te suplicaría que lleváramos mejor la convivencia, que mantuviéramos la paz dentro de los límites posibles y que aprendiéramos a mediar en nuestras propias discusiones. Pero Dios sabe que si me ofreces una mano, aunque sea sin querer, te agarraré del codo. Acabo de comprender que necesito que me desprecies para que no vuelva a ocurrir lo que ocurrió hace unos días. Ciérrame la puerta aquí y ahora, Venetia, porque si la entornas... entraré. Y lo haré de una patada, porque así soy yo.

Se vio en una encrucijada. La alternativa que él le ofrecía era justa. Alejarse del todo. Ignorarse para que no corriera peligro su integridad y no dar lugar a discusiones o peleas como las que coleccionaban desde que se conocieron. Pero la honestidad y frustración que reflejaba su semblante era demasiado para ella. No quería dar nada por zanjado. Y ella tampoco.

—¿Y no crees que podría...? —Se mordió el labio—. Señor Varick... Puede que nunca llegue a ser de los que se abrillantan los zapatos y arreglan la corbata antes de tocar educadamente a la puerta. Pero eso no significa que no pueda moderarse. No soportaría que se hiciera notar dando una patada, o un portazo, pero sí podría adaptarme a... No sé, tal vez a que avise con un grito de que va a pasar, o toque con palmadas en lugar del golpe de nudillos habitual, o entre sin llamar pero se quede bajo el quicio, esperando una señal.

—No sé para qué he hecho esa comparación. Ahora me he perdido —masculló él, nervioso—. ¿Podrías prescindir de las metáforas y hablarme directamente? Y de paso tutearme. Es la última vez que te lo pido.

—La adorada medianía, Arian —resumió—. Sé que yo no debo ser tan escrupulosa y sensible, y tú tienes que abandonar tus modales prehistóricos. Nadie tiene que ceder a nada, solo modelarse un poco para facilitar la convivencia.

—Eso ya lo estoy haciendo.

Venetia le sostuvo la mirada un segundo. Era verdad. Lo hacía. Había dado un paso hacia delante con aquella nota y ese discurso sincero. Le tocaba a ella actuar, y se le ocurrió dar la vuelta para cerrar la puerta del salón. Luego apoyó la espalda contra esta y cruzó las manos tras las caderas. Le costó toda la saliva y las agallas decir:

—Bésame otra vez. Con... cuidado y respeto. Trátame como a una de tus historias preferidas.

Arian no se movió ni un centímetro.

—¿Cómo sería?

—Tomándote tu tiempo. Con calma y mimo. Sin saltarte ninguna parte...

—No me saltaría ninguna de tus partes —dijo precipitadamente.

—Sin ser grotesco o indecente —añadió ella, con una mirada de advertencia—. Me ha dicho Audelina que también conoces historias irónicas, y que esas son tus preferidas, pero yo no te pido ser una de esas, sino... Como la que contaste en la feria.

»Puedes ser mejor de lo que crees, Arian. Siento que entre todos te hemos convencido de que eres tan testarudo que no puedes superar tus vicios, y eso no ha sido justo —confesó—. Si te doy ahora ese voto de confianza y no me... vuelves a atacar... Quizá encontraremos ese punto medio.

—¿Qué punto medio? ¿Yo te beso y tú me besas de vuelta, y así hasta que te vayas? Porque a mí esa adorada medianía no me interesa un carajo. Yo te quiero entera. Y no creo que nadie exagerase al referirse a mí como una bestia. Me veo incapaz de besarte sin terminar tumbándote o levantando tu falda.

Venetia llevó el sonrojo con toda la dignidad que pudo.

—Seguro que existen muchas maneras de levantar una falda. Trátame bien —pidió.

Arian tragó saliva. Por un momento pareció asustado.

—¿Y si no puedo parar?

—Claro que puedes parar. Eres un maldito hombre, Arian, no un demonio poseído ni un animal con la rabia —exclamó, cerca de perder la paciencia—. Se supone que te diferencias del resto de seres vivos en que tienes cierta potestad sobre tus actos. Usa la cabeza. Yo puedo usarla cuando estoy contigo para marcharme o marcar unas líneas que no pienso cruzar, y te aseguro que lo que siento por ti no es menos intenso.

Los ojos de él se iluminaron. Se decidió a avanzar un poco.

—Nunca has dicho que tuviera la rabia, pero eso de «animal» es un tópico recurrente en tu diccionario de insultos —decía al acercarse—. Al menos contra mí.

—Mejor para ti. Este es el momento de demostrar que estoy equivocada.

Arian paró delante de ella, a punto de rozar su pecho. Venetia disimuló el histerismo presionando la espalda contra la puerta, como si esta pudiera contener sus emociones. Estas se desbordaron de todos modos cuando él se humedeció los

labios.

—¿Quieres besarme?

—No, esta es solo otra de tus lecciones para moverte en sociedad — respondió con ironía—. ¿Tú qué crees?

—Dímelo.

—¿El qué?

—Que quieres besarme. —Arian apoyó las manos a cada lado de su cabeza. En sus antebrazos se percibía una tensión insoportable. Lo desgarraba la emoción, y era contagioso—. Por favor. Dímelo.

Venetia inhaló.

—Quiero besarte. Y maldito seas por eso.

—¿Por qué?

—Porque me vas a echar de mi casa, me vas a obligar a casarme, me has insultado como nunca antes lo han hecho y me has hecho llorar más veces de las que me gustaría admitir. No sé en qué me convierte eso, si en una masoquista o en una enferma, o... No lo sé, pero vas a tener que ponerle arreglo. Yo no puedo vivir de esta manera.

Arian acarició la barbilla femenina con las puntas de los dedos. Su roce era electrizante, y él, un vacío inmenso: Venetia sentía que estaba al borde de un barranco cada vez que se acercaba, y la atracción a caer, al silbido del viento rajando sus oídos y al frío abrazándola, era tan intensa que no se reconocía. No reconocía su cuerpo. La voluntad la abandonaba y entonces era lo que Arian Varick quisiera que fuese.

Envolvió su cuello con la palma, una palma grande y callosa. Le gustó cómo se sintieron sus imperfecciones, el fruto de su trabajo, y tembló. Se aproximó a él con miedo a que se diera cuenta de que lo buscaba más de lo que dejaría entrever. Arian le acariciaba la garganta con los dedos, y la miraba como seducido por ella, declarando sin miedo su devoción absoluta.

—Eres... —balbuceaba, sofocado—. No he visto nada como tú jamás. El aire que respiro cerca de ti nunca es suficiente. Eres... tan... —Exhaló de golpe y gimió al tocar sus labios de forma superficial. La sujetaba por el cuello sin hacer presión—. Dios mío, mujer... No sé qué me haces.

Venetia se armó de valor para ponerse de puntillas. Empujó la nariz de él con la suya. Arian hizo un sonido con la garganta que le puso la carne de gallina. Tenía razón al decir que nadie era tan imaginativo para comprender su posición. El deseo que captaba Venetia de su parte era asfixiante, más de lo que su consciente podría llegar a asimilar. Y aun así sacó fuerzas para jugar con ella,

para acariciar sus labios con el pulgar y separarlos de forma que pudiera encajar su boca como la perfecta pieza de un puzzle incompleto.

Pensó que temería el momento. No fue así. Venetia se recreó en la forma de sus labios, en el aliento que le transmitió con un suspiro que se quedó encajado entre sus pulmones. Percibía su contención y la agradecía, porque incluso reprimido era puro fuego, pero uno con el que podía lidiar. Venetia empezó a temblar cuando él movió la lengua junto a la suya, incitándola a alejar la inocencia del beso. Correspondió su anhelo con más entusiasmo del debido. Al abrazarlo lo sintió recio y poderoso como una torre, grande y musculoso como un campeón. Su cabello largo le hacía cosquillas en las mejillas, y despedía un aroma limpio, exótico y varonil.

Venetia lo estrechó más, sofocada.

—¿Lo quieres así? —preguntó él entre besos. No pudo imaginar otra cosa tan erótica como su voz inyectada en deseo—. ¿Prefieres que vaya más despacio?

—No... Está... bien.

—Déjame quitarte el vestido —jadeó. Escondió sus labios debajo de la mandíbula femenina. La besó allí antes de recuperar su lugar en la boca—. Solo... Quiero verte.

Venetia quería decir que sí, pero sabía que no era buena idea.

—El vestido entero no. Solo... Un poco. Con cuidado.

—Usaré las tijeras esta vez.

—No bromees con eso —balbuceó. Pero una risa inapropiada la traicionó—. Un poco.

—¿Qué es un poco? —Venetia percibió la ansiedad que desvirtuaba su tono seguro, y el temblor de sus manos al ponerlas en el borde de las mangas. Bajó una hasta que su hombro quedó a la vista—. ¿Así...? Creo que podría conformarme. Hay partes del cuerpo femenino que nunca pensé que me excitarían, y que en ti... En ti me abruman.

—No te abrumes. No te dejes llevar. Intenta calmarte...

—¿Tú puedes calmarte? —Pulsó la curva de su hombro con los dedos y siguió descendiendo. El escote del vestido estuvo a punto de revelar sus secretos—. Siento que me va a dar un ataque al corazón. Quiero aplastarte, mujer. Tenerte debajo de mí.

Venetia debería haberse apartado, o haber insistido en que reservara sus ansias, pero la atravesó la necesidad de seguir allí con él. La pasión no entendía de leyes ni atendía a razones. Ella tampoco. Buscó sus labios y repitieron el

beso, que saltó a otro y a un tercero, y así hasta que Venetia perdía la cuenta y se notaba la boca seca, hinchada y llena de un sabor que no era el suyo. Arian orientaba sus besos al cuello y el escote, a los hombros que revelaban sus tirones, y cada uno tenía un significado especial. Debía disuadirlo de seguir, pero lo animaba cogiéndose a su pelo. ¿Cómo podía un hombre tener esa melena, lisa y preciosa, tan suave como hilos de oro? ¿Cómo podía oler tan bien? Su pasión se sentía vital y paradójica. Él suplicaba cuando ella se encontraba a su merced.

—Tenemos que separarnos —logró articular—. Arian...

—No... No, no, no. —Sus besos eran interminables, seductores—. No. Y tú tampoco me sueltas.

—Arian, esto... Solo puede terminar d-de una forma, y... No quiero. No debo. Oh... Por favor —suplicaba, delirando. Se aferró a su camisa—. Debes dejar de besarme.

—¿Hasta cuándo?

Venetia presionó los párpados, a punto de romper a llorar. La idea de separarse de él se le hacía insoportable. Era difícil para ella aceptar que existía una dependencia.

—Arian... Por favor.

—¿Y a dónde quieres que vaya yo ahora? —gimoteó, pegado a su cuello—. ¿Vas a dejarme así?

—Arian, no puedo... No puedo hacer lo que tú quieres. No voy a hacerlo.

Arian lanzó un soplo ardiente contra su garganta al suspirar. Durante unos segundos solo se oyeron respirando, hasta que él se separó colorado, con los labios hinchados y los ojos vidriosos. Venetia lo vio retroceder con el peso descompensado.

—Estás decidida a hacernos daño. Lo quieres igual que yo y aun así vas a hacerme buscar a otra mujer para que termine conmigo.

Venetia abrió los ojos como platos.

¿Otra mujer?

—¿De qué estás hablando?

—No podré vivir solo de esto. Acabará colgándome si debo irme a dormir así todas las noches. En algún momento necesitaré recurrir a alguien que sí pueda dármelo todo...

—¿Y lo dices ahora? ¿A mí? ¿Así... sin más? —exclamó con voz aguda—. Eres un insensible y un desconsiderado. ¿Cómo puedes decirme eso... después de...?

Desconcertada y desilusionada, se subió el vestido y estiró un brazo

tembloroso al pomo de la puerta. Necesitaba irse antes de que él dijese algo de lo que los dos se lamentarían más tarde. Estaba insinuando que iba a buscarse una amante...

Por el amor de Dios, ¿cómo se atrevía a decir tal cosa delante de sus narices, y en un momento tan delicado?

—¿Por qué te ofende? Es injusto que no me permitas buscar placer en otra parte si tú no quieres proporcionármelo —intentó explicar él, con calma—. No podría vivir así, mujer.

Venetia controló el temblor de barbilla apretando la mandíbula. Estaba todavía desorientada. Guardaba aún sus besos en la piel y en los labios y se negaba a soltarlos porque a él le apeteciera ser inoportuno. Incluso si sabía que tenía razón.

—¿Y yo sí? —replicó en su lugar.

—Si tú no quieres irte insatisfecha, deja que te toque. Estoy aquí para eso. He nacido para eso.

Claro que quería. Por Dios que quería. Le dolían los tobillos de sostener unas piernas que flaqueaban, una voluntad que se doblaba.

—No me fuerces.

—No te estoy forzando. Necesito saber dónde estamos antes de enloquecer porque quieras pasar tres días encerrada en tu habitación.

Ni siquiera ese comentario la enfrió. Pero le dio fuerzas para abrir la puerta y amenazar con irse. Antes de hacerlo, de mala manera y contradiciendo toda la conversación anterior, se giró y lo miró. Se le cayó el alma a los pies.

Él era... Todo lo que no debería querer, y aun así deseaba como a nada.

—Estamos... —saboreó la amargura de la frase—. Estamos en una situación muy complicada.

Capítulo 17

Venetia pidió a la doncella que la ayudara a disponer los cubiertos para la lección del día. Ese era el tipo de tareas que le gustaba realizar sin colaboración. No consideraba que el servicio supiera colocar los manteles y las servilletas a su gusto, y tenía muy aprendido que, si quería que algo saliera a pedir de boca, debía encargarse de ello personalmente. Sin embargo, esa mañana prefería compañía. Si ya la consumían el remordimiento y la preocupación mientras charlaba con la muchacha, no quería ni imaginarse a dónde la llevarían sus pensamientos si estuviera a solas.

No había pegado ojo en toda la noche. La pasó reviviendo, en contra de su voluntad, el momento con Arian. La textura de sus labios, la inflexibilidad de sus brazos envolviéndola, sus palabras murmuradas con adoración...

Venetia no era de las que se regodeaba en emociones intensas. Se veía demasiado susceptible para aprender a tolerarlas antes de que se la llevaran por delante. El único sentimiento que le había durado más de unas horas, era el rencor, y porque era sencillo de encajar en la vida diaria sin que la entorpeciese de forma notable. O por lo menos ese fue hasta que Arian decidió hacer inolvidables sus besos. Creía que la excitación era una emoción transitoria, pero se había insertado en su cuerpo y no parecía por la labor de marcharse. Ni siquiera después de que hiciera esa insinuación tan poco acertada.

No la ofendió tanto como podría haberlo hecho. Venetia se estaba acostumbrando poco a poco a su personalidad, a sus intromisiones carentes de tacto. Cada vez lo encontraba menos desagradable y más como un bruto adorable, que no contento con despertar a veces su ternura, la desequilibraba con su curiosa seducción. Pero no la consolaba no haber llorado de frustración o rabia; no servía de nada que la curase del odio para sustituirlo por los celos.

Claro que los hombres necesitaban desahogo sexual. Venetia lo sabía muy bien. No era ningún misterio a dónde se iba Clarence en su día cuando se enfundaba sus mejores galas, se perfumaba y se marchaba al pueblo. Lord Wilborough era mucho menos disimulado e invitaba a las fulanas a pasar la noche en su habitación. Quizá por este último, Venetia rechazaba de lleno la posibilidad de que Arian buscara otra amante. No lo había vivido aún, pero sospechaba que no soportaría ver a una serie de rubias desfilando por el pasillo

de madrugada.

Había sido injusto que la pusiera entre la espada y la pared. La abordó con sus exigencias cuando estaba en un momento vulnerable. Podría haberle dicho que sí, que le daría todo lo que tenía, en ese mismo instante. Lo deseaba tanto que hubiera hecho cualquier cosa que hubiese pedido. Gracias a Dios que recobró el juicio y se ofendió lo suficiente para regresar a su habitación. Allí esperó, con una estúpida e ilógica esperanza, a que Arian apareciese. No para disculparse, sino quizá... con otros objetivos.

¿Quién diablos la entendía?

Tenía el corazón dividido. No quería volver a ser la furcia de un hombre poderoso que podría ningunearla como se le antojase, pero el egoísmo la impulsaba a suplicarle que no buscara cobijo en otros brazos, y el deseo, además, la incitaba a complacerlo ella misma.

Veía una única solución al problema. Matrimonio. Y se echaba las manos a la cabeza de pensar en casarse con ese hombre, que de todos modos... no estaba interesado.

—Esto es todo, milady —dijo la doncella—. ¿Me necesita para algo más?

—No, puedes retirarte. Gracias.

La mirada recelosa de Venetia persiguió a la muchacha hasta que salió del comedor. Era una mujer joven y bonita. Mucho más joven que ella, y mucho más bonita, de hecho. Incluso con el uniforme y sin joyas. Y se acercaba a lo que Arian buscaba en una mujer: sencillez y voluntad para ganarse la vida. ¿Recurriría a esa cuando los ardores estuvieran matándolo? ¿Buscaría a otra con el cabello oscuro? Le había dicho que la quería a ella, y solo a ella... Y Venetia, como era natural, no se lo creía. Pero se sentiría mucho mejor si buscara calor en mujeres que se le parecieran.

Dios, ¡claro que no! No se sentiría bien de ninguna manera. Y esa posesión ridícula y enfermiza no tenía ni pies ni cabeza. Arian la había besado dos veces, y asustado durante la primera. Un beso no convertía a alguien en su propiedad. Solo la iglesia podía determinar si debían guardarse fidelidad, y ni siquiera esta aseguraba que los votos se cumplirían. Pero entonces, ¿por qué le dolía tanto el corazón? ¿Por qué, en cuestión de unas horas, se había convertido en una lunática, ponderando las virtudes de sus doncellas e incluso pensando en qué hacer para quitarles lo tentador?

«Maldito monstruo de los ojos verdes».

Se sentó en el asiento que presidía la mesa y esperó. Iba a ser difícil enfrenarlo sin ruborizarse. Tendría que ceñirse a la lección: ese día era el turno

de los modales en la mesa. Se imaginaba cómo reaccionaría Arian al ver tantos cubiertos; un hombre que había comido con las manos haría un mundo de la colección de tenedores y cuchillos a los lados del plato.

Pasó media hora y Arian no llegaba. Más que impacientarse, Venetia comenzó a temerse lo peor. ¿Estaría molesto por haberlo «dejado así» la noche anterior? Si ella había pasado una noche terrible, no quería imaginarse cómo se sintió él... Pero Venetia no era su amante. No era su deber darle placer. Y si se le ocurría hacer algún comentario al respecto, volvería a abofetearlo sin vergüenza. ¿Ese hombre de veras se atrevería a reprocharle que no hubiera calentado su cama? ¿O acaso estaba ocupado con algo más importante que encontrarse con ella? Quizás ya andaba a la búsqueda y captura de una mujer con la que saciarse...

Venetia se envenenó con todos los malos pensamientos habidos y por haber. Cuando comenzó a entrar en detalles, tales como dónde las seduciría y si repetiría todo lo que le había dicho a ella, la acorralaron las lágrimas.

¿Sería capaz de vengarse de esa forma? ¿Tendría que volver a ver cómo un hombre cautivado —al menos en teoría— no se conformaba con sus aprecio?

Estaba a punto de levantarse y salir a dar un paseo, cuando Arian apareció de sopetón. Empujó la puerta con tanta fuerza que esta rebotó contra la pared opuesta.

Venetia dio un respingo y lo miró, encontrándolo vestido con sus peores galas y el pelo totalmente suelto. Estaban intentando convertirlo en un caballero y en lo físico se parecía cada vez más a un pordiosero, pero en esa sencillez estaba su encanto.

—Lo siento —espetó, con su tono estridente habitual—. Lottie está enferma y andaba peleándome con Bowler para que la llevara a una de las habitaciones del piso superior.

No le quedó otro remedio que creer en lo que decía, y no ya porque Arian nunca mintiera, sino porque aceptaría todo lo que dijese si la miraba así. Había entrado dando golpes y con el ceño fruncido, y nada más verla, sus facciones se relajaron, como si hubiera encontrado lo que estaba buscando.

Para sentarse a su derecha, levantó la silla con cuidado de que no chirriase. Se acomodó forzando la postura educada.

—Te aseguro que a comer no tienes que enseñarme. Soy un agujero sin fondo.

Venetia sonrió un poco.

—Sabrás comer, pero no cómo comer —corrigió—. ¿Qué ocurre con

Charlotte?

El semblante de Arian volvió a nublarse.

—Cogió frío durante la feria y no me he enterado de su enfermedad hasta un estado muy avanzado. El doctor ha venido hoy y me ha dicho que va a necesitar todo el reposo que Milton le ha estado negando... y que hay posibilidades de que no se recupere. No va a morir, pero podrían quedarle secuelas. Tiene una bronquitis, o algo así. No sé qué es, solo que suena horrible —farfulló—. Normal que empeorase, viviendo en una maldita ratonera con grietas en el techo. La he mandado a la habitación del conde.

Venetia abrió la boca.

—¿Qué? ¿A la habitación del conde?

—Es la más cálida y cómoda.

—Pero... Es una sirvienta, Arian. Quiero decir... —añadió enseguida—, yo adoro a Lottie y estoy de acuerdo en que hay que trasladarla a otra parte. Es solo que... Me parece inconveniente acomodar a una criada en un dormitorio de la planta superior.

—Pues que duerma en mi habitación.

—¡Eso es peor! A veces pienso que de todas las opciones eliges adrede la más inapropiada.

—Y yo creo que, sin esa palabrita en tu vocabulario, no sabrías cómo formular oraciones —respondió en el mismo tono—. Charlotte va a estar donde a mí me dé la gana. Por el amor de Dios, dejad de reaccionar como si la hubiera mandado a dormir sobre las camas con clavos de los faquires. Bowler me ha salido con las mismas, y Milton ni te lo imaginas. Dudo que a Clarence le discutierais tanto.

«Clarence tenía muy claro lo que podía y lo que no podía hacer», pensó Venetia. Decidió, por prudencia, no expresarlo en voz alta. En parte porque el detalle le parecía encantador, y Charlotte lo merecía. No iba a meterse entre Arian y su forma de cuidar de alguien como no cuidaron de él. Era evidente que se veía reflejado en la muchacha, no ya por la bastardía, sino por la ausencia de una figura paterna y la falta de tacto con la que todos la trataban.

—Cristo redentor, ¿qué diablos es todo esto? —soltó de repente—. ¿Vas a enseñarme a lanzar cuchillos, como los espías orientales? Porque creo que no he usado tantos para comer en mi vida.

Venetia volvió a sonreír.

—Las diferencias son muy sutiles. Es de mal gusto limpiar el cubierto entre platos, así que la mayoría se repiten para no probar el sabor de la ensalada

cuando estás probando el rosbif. Pero hay varios con una función distinta. No es lo mismo el cuchillo de untar que el de cortar la carne. Fíjate en la punta, una es roma y otra afilada.

Arian no se fijó en las puntas, sino en ella.

—¿Cómo de inapropiado sería que dijera lo erótico que me parece oírte hablar de cuchillos?

—¿Por qué te resultaría erótico algo así? —preguntó ella unos segundos después, con la garganta atorada.

—No lo sé. Siempre me han llamado la atención las mujeres que suponen una amenaza para mí. Si sabes de cuchillos tendré que andarme con cuidado.

—Nunca lo usaría contra ti.

Él sonrió con todos los dientes. El dulce gesto le llegó a los ojos, que brillaron como estrellas.

—Esa puntualización me ha hecho sentir especial. ¿Sí la usarías contra otros?

Venetia lo miró con coquetería.

—Puede ser. Depende de si me provocan. —Se dio cuenta de que estaba flirteando con él y cambió enseguida de expresión. Carraspeó y se centró en los cubiertos—. Bueno, será mejor que empecemos. Ya vamos muy atrasados.

»Lo primero que tienes que saber es que se usan de dentro hacia fuera. Los primeros utilizados serán los que estarán más lejos del plato. ¿Ves los cubiertos más pequeños, la cucharilla, el cuchillo y el tenedor? Estos son para los postres o la ensalada. Sabes cómo coger un cuchillo, ¿verdad?

—Depende de para qué lo haga. Si es para comer, supongo que así. —Hizo una demostración—. En cambio, si es para apuñalar...

Lo lanzó al aire y lo agarró con el puño cerrado sobre el mango.

Venetia suspiró. Con paciencia, lo enseñó a coger el cubierto de la forma adecuada.

—No va a ser necesario apuñalar a nadie durante la cena.

—Permíteme dudarlo. Si mi hermano pequeño se presenta a las fiestas de Navidad, hay altas probabilidades de que lo empuñe.

—¿Hermano pequeño?

—Bastian Carstairs. El cuarto bastardo de mis amores. No te sonará porque no has viajado mucho a Londres, pero allí es una leyenda viva. Mis hermanos en general lo son, y por méritos propios, aunque él es quien se lleva la palma. Se gana la vida como cazarrecompensas.

—¿Cómo es? —se interesó ella.

—Es... un desvergonzado sin escrúpulos, vengativo y liante. Tiene un sentido del humor irrespetuoso. Concibe a las mujeres como los postres, siempre después de un buen banquete y con mucho chocolate. Es el guapo con diferencia y también el menos recomendable.

—No suena como una buena compañía —murmuró, recelosa—. ¿Crees que sería buena idea que viniera? Quiero decir... Si es un conquistador...

—Ah, no, no hará nada malo. Sabe fingir de maravilla que es todo lo contrario a lo que te he dicho antes.

—¿Estás seguro? Mis hermanas...

—Nunca ha seducido a una mujer casadera. Su preferencia son las viudas de clase media, las que se desposaron por amor. Dice que son las más difíciles de conquistar porque tienen el corazón roto y no están abiertas a seducción. Es una canallada, lo sé. Pero nadie se atrevería a decirle nada, y... No deja de ser mi hermano. No podría dejar de quererlo ni aunque matara a alguien.

Venetia no pudo quitarle razón. Sabía cómo se sentía querer a alguien a pesar de todo. Brenda no era su persona preferida: nunca le había perdonado que estuviera en una situación social lamentable por su culpa, pero jamás le daría de lado.

—Pero si estás preocupada por tus hermanas y tú, no dejaré que se acerque.

—Gracias —dijo de corazón—. Aunque si es tan encantador y atractivo como dices, y tiene un trabajo estable, podría ser un buen partido para alguna de mis hermanas. Solo que sería imposible que tu hermano se enamorase, ¿verdad?

—Sí, diría que esa es la palabra. Imposible. Pero contigo aquí, podría cambiarla por «improbable». Si existe una Marsden capaz de hacerle sentar la cabeza, esa serías tú. Adora a las mujeres con carácter, sobre todo las inalcanzables. Es una lástima que no te conformaras con alguien como él. No hemos hablado de tus preferencias, pero creo que considerarías un insulto casarte con algo menor a un conde.

Venetia apartó la vista del plato y lo enfrentó por primera vez de forma directa. El contenido de su respuesta era ofensivo, porque de nuevo daba a entender que la veía como una elitista caprichosa, pero en el tono empleado no se distinguía ningún reproche.

En lugar de pensar en una réplica desagradable, se quedó en blanco.

Aún no le había dicho la verdad. Arian todavía no sabía que ella no podía permitirse exigir.

—En realidad no espero casarme con un conde —admitió en voz baja—. Ni con ningún hombre importante. De hecho... —Humedeció los labios secos—.

Hace tiempo que quería hablar contigo sobre esto. Intenté abordarlo cuando te encontré perdido en la casa, y cuando la señora Langley estuvo aquí, pero fui incapaz.

»Ahora que nos llevamos algo mejor... Creo que es el momento de serte sincera.

Arian arrugó el ceño.

—¿Debería preocuparme? Espera, recuerdo que insinuaste que tu reputación estaba marcada. Más que la de tus hermanas.

—Así es. —Colocó las manos en el regazo y enderezó la espalda—. Fui la culpable de que Wilborough nos echara de su casa y Clarence tuviera que acogernos.

—Con el debido respeto, no me extraña en absoluto que te mandara al infierno, si te comportaste con él como conmigo.

—No te recomiendo empezar un reproche con la muletilla «con el debido respeto». Te hace sonar más cínico de lo que ya eres. Pero no, no me comporté con él de la misma forma que contigo, porque él no se comportó como tú lo hiciste. Era muy amable, generoso y dulce. Recibió lo mismo por mi parte.

—No me parecen cualidades que encajen con la figura del aristócrata promedio. Me parece especialmente irónica la de la generosidad.

—Creo que es inconveniente meter a todos los caballeros del mundo en el mismo saco. De todos modos debo darte la razón. En su caso era una máscara. Cuando me di cuenta era demasiado tarde. Ya estaba cegada por sus atenciones, su atractivo y... su desproporcionado interés en mí.

Venetia se detuvo para escrutar su expresión. Lo hizo con temor, pero también a la defensiva. Entendería una crítica, lo que no significaba que fuera a aceptarla.

—Wilborough me hacía sentir única y preciosa. Y yo necesitaba que me trataran así después de lo que ocurrió con mi padre. Pensé que mi vida se acabaría y él estaba allí para confortarme. Para darme una oportunidad.

—Siento que lo estás adornando mucho. ¿Por qué no vas al grano, sin tanta descripción?

—Porque son imprescindibles para que lo entiendas. Yo lo quería —dijo de sopetón. Arian separó los labios y aspiró de forma imperceptible—. O... Creía que lo quería. Ahora entiendo que solo era dependencia. No es que quisiera sus cumplidos. Los necesitaba.

—¿Cuál es la diferencia? —alcanzó a preguntar.

—Un cumplido siempre debería ser un regalo. Algo agradable y puntual que

te saca una sonrisa. Para mí, la atención e interés de Wilborough, igual que todas sus manifestaciones, eran el aire que respirar. Si no me decía nada en todo el día, sufría muchísimo y me sentía un estorbo.

»Por eso creía que lo quería. Más me valía creer que estaba enamorada de él, o no podría ofrecerle nada. Esto se intensificó cuando prometió que se casaría conmigo.

—¿Cómo? ¿Estuviste prometida?

—No... No. —Venetia desvió la vista a las manos que retorció en el regazo—. Wilborough me decía que tarde o temprano se arrodillaría, y a eso me aferraba para estar tranquila con sus besos y sus caricias. También porque me sentía una intrusa. La única forma de corregir esa incomodidad, era haciéndole feliz. Complaciéndolo. Así que me dejaba hacer.

»No desconfié de él en ningún momento. Era agradable y parecía obsesionado conmigo. Me decía que me amaba, no podía quitarme las manos de encima... Estaba tan... Era... Apasionado e impaciente. Sobre todo impaciente. No dejaba de insistir en que quería... pasar la noche conmigo. Yo le pedía que esperásemos a la boda, y cuanto más lo rechazaba, más insistía. Yo pensaba que su desesperación era amor y que lo estaba decepcionando, así que al final accedí.

—Accediste, ¿a qué? —gruñó Arian—. ¿Te obligó a acostarte con él?

Venetia tragó saliva. Dudaba que pudiese acostumbrarse a que fuera tan directo. Ni siquiera ella lo había pensado de esa forma.

—No, no me obligó. Yo sentía una fuerte presión, pero lo decidí por mi cuenta. Esperé a que me encontrase y me besara, y en lugar de pedirle que se detuviera, lo animé. Él fue... No importa.

Lo miró a los ojos.

—Ya no soy doncella.

Arian apartó la vista.

Cuando habló, lo hizo con un tono moderado que escondía un juramento.

—¿Por eso dices que no podrías casarte bien? Lo último en lo que pensaría un hombre en esa situación es en la sangre. Y da igual de qué clase de hombre estemos hablando. Somos el mismo cuando estamos con una mujer.

»De todos modos, siempre se pueden manchar la sábanas. He conocido a cientos de jóvenes que han usado el truco del vino para no levantar sospechas, bien porque no sangraron, o bien porque tuvieron un pasado como prostitutas y lo ocultaron al casarse.

Venetia se ruborizó.

—¿Qué? ¿Cómo sabes tú eso?

—La señora Langley fue prostituta durante su juventud, hasta casarse con un sombrerero. Nadie tiene por qué enterarse de que eso ocurrió.

—Sí que se enterarán —replicó. Le tomó un rato continuar, y al hacerlo le tembló la voz—. Wilborough no se cortó a la hora de humillarme en público. Me convirtió en una de las muchas prostitutas que invitó a su habitación después de mí, y conmigo delante. Todo el servicio sabía que yo era una fulana que durmió con él a cambio de joyas y vestidos, y en cuestión de días lo supo el resto del pueblo. Unos meses después, viajé a Londres y me di cuenta de que el chisme llegó hasta allí. No hay nadie en Inglaterra que no sepa, o crea saber, que soy una... buscona.

Arian se levantó y se frotó los muslos con ansiedad. Después se dio la vuelta. Venetia temió que agarrase la puerta y se fuera, pero solo caminó hasta esta antes de girarse y preguntar:

—¿Por qué Wilborough no se casó contigo?

Venetia parpadeó.

—Porque no me quería. Nunca pretendió hacerlo.

—¿No hay un código de honor al respecto? Cass me ha hablado de él cientos de veces.

—En teoría sí, pero a él no le interesaba. Me lo dijo antes de echarme. Solo quería...

—Maldita sea.

Venetia buscó su mirada entre turbada y molesta.

—¿Estás enfadado conmigo? —inquirió con temor—. Porque es cierto que me equivoqué, pero no eres nadie para juzgarme, y quiero que sepas que aunque no pretenda casarme, no voy a quedarme aquí para siempre. Buscaré un trabajo, o si Audelina se casa bien, quizá me vaya con ella.

Arian dejó de pasarse las manos por el pelo.

—¿No quieres casarte, o no te casas por ese motivo?

—¿Cómo?

—La pregunta es bastante simple. Si no hubiera pasado todo esto, ¿te habrías resignado a no casarte, o estarías buscando un hombre?

Venetia parpadeó una sola vez. No era una pregunta que hubiera imaginado viniendo de él. Sonaba como si le importaran sus preferencias. Unas que tenía pero no había compartido ni siquiera con sus hermanas. La hacían sentir demasiado egoísta.

—Para serte sincera... Si dispusiera de una casa y unos ingresos para mantenerme sin ayuda de nadie, no me casaría. No, no lo haría ni aunque

podiera —meditó en voz alta—. Es irracional, pero... No tengo a los hombres en tan buen concepto para arriesgarme a pasar con uno el resto de mi vida.

Arian asintió, sumido en un silencio que la sacó de quicio.

—Insisto en que no tienes derecho a...

—Por supuesto que tendría el derecho a opinar —espetó. Regresó a la mesa dando zapatazos—. Vives bajo mi techo y me lo estás contando porque contradice una promesa que me hiciste. Pero no voy a hacerlo.

—No hablo de opinar, sino de...

—¿Crees que estoy yo para criticar? Haber sufrido las consecuencias de los pecados de otros no te convierte en nada a mis ojos. Nada distinto a lo que eras hace unos minutos, cuando estabas hablando de tenedores, no de predadores. — Un músculo palpitó en su mandíbula—. He conocido a hombres como Wilborough.

—Tu hermano, sin ir más lejos.

—Mi hermano no promete bodas ni amor eterno. Ni miente cuando dice que las quiere. Simplemente deja de hacerlo demasiado rápido. Es distinto al crimen premeditado.

»Esto solo afianza mi idea de los ricos —prosiguió, tras dejarse caer en la silla—. Hasta pueden permitirse ser caprichosos con las mujeres.

—Insisto en que generalizar...

—Tú acabas de generalizar. Has dicho que no te casarías porque no tienes en alta consideración al sexo masculino —cortó con razón. Inspiró y agregó—: ¿Puedo hacerte una pregunta? Es de mal gusto.

—Como todas las que sueles hacer, no me voy a sorprender.

—¿Cuántas veces? ¿Fue solo una, o te utilizó varias?

Venetia tragó saliva.

—¿Por qué querrías saber eso? Es un detalle sórdido.

—¿Fue agradable contigo?

—Antes de esa noche, sí. Con el paso del tiempo se hacía más bruto, supongo que por la impaciencia. Algunas veces... Eh... No quiero hablar de esto contigo —acotó con voz queda—. Es...

—¿Inapropiado?

Venetia sonrió a desgana.

—Me gustaría volver a la lección, si fuera posible.

—¿Y qué va a ser de ti? Habrá que hablar de ello.

—Podría ser institutriz, o profesora en una escuela de señoritas, o dama de compañía. Hay otras salidas. Las ponderaré llegado el momento.

Agarró la tetera, que por un milagro aún estaba caliente, y se sirvió una taza. Arian la observó sin añadir nada. Apostaba a que tenía la garganta tan seca como ella misma. No debía hacerle mucha gracia descubrir que la hermana que menos simpatía le causaba iba a ser la que más le costaría quitar del medio.

Inclinó la pipa sobre la taza de Arian y se la acercó. Durante unos minutos, solo se oyó el péndulo del reloj sobre sus cabezas y el tintinear de la vajilla.

Luego se dio cuenta de que él la estaba mirando con fijeza. Lo conocía lo suficiente para saber que tenía las palabras en la punta de la lengua, ansiosas por salir a propulsión. Venetia no hizo cábalas para averiguarlo, pero aun habiéndolas hecho, lo que dijo fue lo último que habría imaginado saliendo de su boca.

—Sé mi amante.

Capítulo 18

Venetia abrió los ojos como platos y atragantó con el líquido que estaba bajando por su garganta. No llegó a tragar: escupió el té en la cara de Arian, que no lo esquivó a tiempo.

Se apresuró a limpiarse la boca y la nariz con la servilleta que reposaba sobre el regazo, sin dejar de mirarlo con el corazón latiendo desaforado.

—Un «no» habría bastado —gruñó él, secándose las mejillas con el puño de la camisa—. Maldita sea, esto está ardiendo... ¿Desde cuándo se sirve té con el almuerzo, por muy simulado que sea?

Le costó varios intentos articular la pregunta que bloqueaba cualquier amago de meditación.

—¿Cómo se te ocurre?! ¿Tu amante?!

Arian terminó de tirarse de las pestañas para secarlas y la miró.

—¿Y por qué no? No te quieres casar. Yo no puedo hacerlo. Ya no eres doncella, y yo por supuesto tampoco. Te deseo y me deseas. No se sabe a dónde irás aún... —Apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia delante—. Podrías vivir conmigo.

—¿Vivir contigo en pecado?! —Se levantó de golpe—. ¿Te has vuelto loco?!

—Nadie tendría por qué saber que duermes conmigo. Tendrías tu habitación, las mismas obligaciones que ahora... Podrías ser la señora de la casa, la dama soltera con mala reputación que Clarence habría mantenido para siempre. Es lo que eras cuando él estaba vivo, ¿no? ¿Qué diferencias hay entre lo que te propongo y lo que tenías?

—¡Que tengo que acostarme contigo!!

Arian también se puso de pie.

—¿Y eso te parece mal? Porque anoche no parecía desagradarte.

—Hay una diferencia entre un beso y... eso —balbuceó—. Te aseguro que no quiero repetirlo.

La comodidad de Arian fue arrasada por un ramalazo de ira.

—¿Te trató tan mal?

Venetia retrocedió unos cuantos pasos sin dejar de sacudir la cabeza.

—Mujer, ven aquí.

—He dicho que no quiero hablar sobre eso.

—Y yo no quiero que estés tan lejos de mí. Yo nunca te haría daño —juró, con una mano en el pecho. Extendió la otra hacia ella—. ¿Me oyes? Nunca.

—La primera vez lo hiciste.

—Te asusté, pero no te herí. Y seguro que reaccionaste así porque Wilborough hizo algo parecido, solo que con violencia. ¿Me equivoco?

Ella no supo qué contestar.

—Venetia. Acércate, por favor.

Se dijo que obedecería solo por lo novedoso de su trato: porque había rogado y no era su estilo, y se sentía atraída por su lado comprensivo. Pero en realidad no fue una decisión que tomara ella, sino su cuerpo. La mano extendida de Arian no era una invitación. Era su destino.

No la cogió, sin embargo. Se quedó a un par de pasos de él.

—¿Por qué no quieres ser mi amante?

—Soy... —empezó, dudosa—. Soy una dama. Aunque mi reputación ande por los suelos y nadie me quiera, tengo derecho a hacerme respetar.

—Yo sí te quiero; quiero que seas mía hasta que tú lo decidas. Desde mi punto de vista, no eres menos respetable por dejarme tocarte... Y, Dios, llevo queriendo hacerlo desde que he entrado —agregó, apasionado. Acarició su mejilla con la mano y la envolvió por la nuca para acercarla a él—. No me creerías si te dijera dónde he pasado la noche. Estoy en el infierno cuando no comparto habitación contigo... Cuando no te veo.

Venetia se estremeció.

—No intentes convencerme con toda esa palabrería. Ahora ya sabes que cualquier cosa que puedas decirme ya me la dijo Wilborough cientos de veces.

—¿Las palabras de Wilborough te hacían temblar como las mías? ¿Te besó alguna vez como yo?

Había hecho las preguntas exactas, las que harían que se le doblasen las rodillas. La respuesta estuvo clara aunque no pronunciase el monosílabo.

—Ya he caído muy bajo, Arian. No quiero hacerlo más convirtiéndome en la querida de otro hombre. Lo fui y no me gustó la sensación, ¿de acuerdo? Por Dios, ni siquiera sé por qué me tomo la molestia de contestar...

—Porque no te parece descabellado. Porque quieres...

—Te ruego que no insistas —interrumpió, fuera de sí—, y no me vuelvas a insultar con una petición parecida, o pensaré que eres un aprovechado. ¿Cómo puedes hacerme esa propuesta después de haber descubierto... la verdad? ¿Es que quieres que reviva mis pesadillas?

—No. Quiero hacerlas dulces.

Dulces. Esa palabra en él sonaba a lo que era la dulzura de verdad. A una cualidad nunca vivida. A un regalo que nunca le hicieron. A un sabor irresistible.

Venetia se mordió el labio. Él lo interpretó como lo que era, una invitación a que la besara. Un instante estaba decidida a empujarlo, y al siguiente la seducía la encantadora humedad de su beso apremiante.

Deseaba tanto a ese hombre que era enfermizo. Su respuesta había sido firme, pero todo su cuerpo se entregó al abrazo que le dio. Le palpitaba el corazón con una furia para la que no estaba preparada. No sabía que le sobrara tanta sangre para concentrarse en puntos que nunca imaginó activos. Arian la había hechizado.

El abrazo y el beso fueron similares a un golpe de calor. La envolvieron por todas partes y la hicieron sudar. Venetia respondió al movimiento de sus labios con desesperación, agarrada tan fuerte a su cuello que seguramente estaría haciéndole daño. Él la levantó del suelo, guiado por la inercia frenética de sus bocas en guerra, y la sentó sobre la mesa. Se encajó entre sus débiles piernas abiertas, entre los pliegues de un vestido que la estaba quemando.

Nunca había sentido la necesidad de quitarse la ropa. Jamás. Y menos en esas fechas. Pero aquel invierno se preveía abrasador. Aquel invierno... iba a ser eterno.

—Mírame, mujer. Haría cualquier cosa para tenerte. Pide lo que quieras. Pídelo.

—No puede ser... —jadeaba. Le dolió tanto decirlo que los ojos se le llenaron de lágrimas—. Yo no puedo... Me da miedo, m-me da miedo lo que siento y lo que... podrías hacerme. Te necesito... —confesó con un hilo de voz. Arian gimió contra su cuello—, pero no quiero ser la fulana de nadie.

—Venetia...

Tenía que apartarse porque no iba a darle lo que quería. Sin embargo, sus manos y sus labios se rebelaban. No soportaba la idea de soltarlo, de detener sus caricias; quería seguir conociendo los relieves de su pecho, y cómo su piel se calentaba y enrojecía por la tensión. Odiaba que fuera así, pero necesitaba sus besos para respirar... aunque quitaran el aliento.

—Solo podría suceder una vez —gimoteó—. Una. No lo soportaría otra.

—¿Por qué no? Yo no podría prometerte una sola noche. No sería suficiente. Sería como pasar un día en el Edén y luego regresar a la realidad, y no me haría eso.

—No puedo ofrecer otra cosa. Aguantaría el dolor por ti una vez, pero no

otra.

—¿Dolor? No te dolerá, te lo prometo. ¿Te duele esto? —La contuvo contra su robustez, presionándola por la espalda, y ella exhaló de placer. La llenó de besos que hacían cosquillas por la barba. Se le escuchaba conmovido al hablar —. Porque si esto no te molesta, nada lo hará. Es la misma lujuria. Seré la misma pasión dentro de ti.

—Oh, por favor...

Venetia descolgó la cabeza hacia delante y apoyó las dos palmas sobre su pecho, esperando que solo la postura, sin empujes ni palabras, sirviera para distanciarlo. ¿Cómo le decía a un hombre que se alejara, cuando ninguno de los dos quería hacerlo?

Odiaría quedar reducida a ser la amante de alguien, con todo lo que ella podría haber sido. Sería aceptar por fin una verdad de la que llevaba años huyendo. Siempre quedaba la pequeña esperanza de remontar, y si se convirtiera en su querida, estaría sellando su destino de forma fulminante. Ya no habría vuelta atrás. Y una parte de ella quería conservarse tal y como estaba. Magullada, pero orgullosa. Si se metiera en su cama tendría que renunciar a su vanidad. Al modelo de mujer virtuosa y cercana a la perfección en el que creía a ciegas, y que la estaba protegiendo de ir al infierno.

¿Qué castigos la esperarían si cedía a la lujuria otra vez? Los mismos... Porque si él tocaba a otra mujer como la estaba tocando a ella, caería en los pecados de la ira y la envidia. El egoísmo, aunque no lo contarán. Pero aunque tres eran más que uno, no se atrevía a ceder. La condena de Dios no sería nada comparado con la posibilidad de que la abandonara. De que la echara. De que la humillara. De que un día no volviera a mirarla igual, y de buenas a primeras, se viera con las manos vacías.

—No... —sollozó. Lo empujó y bajó de la mesa, tropezándose con la falda, con los pies y con la vergüenza—. No. No seré nada tuyo.

Capítulo 19

Beltown Manor estaba que ardía, desde la organización interna hasta las chozas de los arrendatarios. Iban a entrar en el último fin de semana de preparación para las fiestas navideñas y solo quedaban los remates finales.

Lo que Arian entendía por remate final distaba mucho de guardar alguna relación con la definición del servicio, que lo perseguía por toda la casa pidiéndole opinión sobre estupideces. Le habían preguntado hasta cuántos pisos debía tener la tarta de la cena de apertura. Él ni siquiera sabía que existiera la tarta, para empezar: se pudo hacer una idea a raíz de un delicioso desayuno que se preparó en honor al cumpleaños de Rachel, pero este tenía un solo piso y creía que así debía ser. La respuesta a esta pregunta, igual que a las diez que siguieron hasta que se comprendió la indirecta, fue: «Preguntad a lady Venetia».

—La está tratando como a la señora de la casa, milord —le había dicho Bowler esa misma mañana. Había cortado una discusión sobre si era necesario que le cortaran el pelo para espetar esa indiscreción—. No le recomendaría que delegara las tareas a alguien que no pretende tener aquí siempre.

—¿Y a quién las delego? A usted no, desde luego. Preferiría que no me sirvieran veneno con la sopa durante la cena, y por su orden directa.

—¿Cómo puede acusarme de algo así, milord? No me atrevería a envenenarle en público. Sería muy desagradable para los invitados.

—¿Después de soltarme eso pretende seguir insistiendo en que le deje agarrar unas tijeras y empuñarlas a mi espalda? No voy a poner en su mano ningún objeto punzante, y me importa un ardite si eso significa llevar el cabello como las señoras durante una cena de gala.

—Pero debe cortarlo, milord.

Estuvo a punto de preguntar que quién decía eso, pero le pareció mal utilizar una réplica tan usada contra Venetia con otra persona. Aunque Venetia llevara ignorándolo unos cuantos días. Nada más que por el recordatorio de que necesitaba que le echaran una mano para entender a las mujeres nobles, que eran una especie distinta, aceptó sentarse y... sí, poner un objeto punzante en manos de Bowler. Nadie conocería mejor a una dama de clase que él, el mayordomo que llevaba viviendo con ella desde hacía años.

—Atrévase a rebanarme el pescuezo y regresaré del infierno para vengarme.

—Me alegra que no le quepa ninguna duda de que irá al infierno, milord. Puede ser una de las pocas cosas en las que estamos de acuerdo.

Arian lo ignoró como llevaba haciendo desde que decidió no dar ninguna importancia a sus estupideces. Se cruzó de brazos delante del tocador de su dormitorio, esperando que comenzase el juego. A saber para qué necesitaba un hombre tener un espejo de ese tamaño en su habitación. Un hombre normal, entiéndase, no uno de esos dandis lampiños que practicaban poses afeminadas mientras hablaban de sus sastres.

—Si se va mirando en el espejo, me facilitará bastante la tarea —apuntó Bowler—. Puede ir diciéndome si lo quiere más corto o más largo por delante.

A regañadientes, Arian enfrentó su reflejo. Solo se había mirado —y recreado— una vez antes de esa. Fue cuando aún vivía en las calles y no llegaba a los dieciocho años. Una pelea de barrio había dejado la acera plagada de cristales rotos, y en uno de ellos coincidió con su rostro amoratado y sucio. Al primer vistazo, no creyó que eso fuera él. De ninguna manera se parecería a un monstruo sin boca y con la nariz torcida. Acabó agarrando el pedazo de cristal y asimilando, con horror, que Arian Varick era la bestia ahí dibujada.

Ya no se parecía en nada al adolescente de cara negra y heridas infectadas que vio entonces. Estaba mucho mejor. Pero seguía reservándose una mirada recelosa, llena de crítica hacia sí mismo.

Se preguntó qué vería Venetia cuando lo miraba. Si sus opiniones coincidirían.

—Bowler —llamó, en tono estridente—. Dígame la verdad.

—Siempre se la digo, milord.

—¿Usted me considera atractivo?

Las manos del mayordomo quedaron suspendidas en el aire un instante. Dos pares de ojos se encontraron a través del espejo.

—Puede que su apariencia sea una de sus escasas virtudes, milord.

—¿De veras? —inquirió, para nada ofendido. Apoyó los codos sobre el tocador y escudriñó su rostro muy de cerca. Su mano palpaba el cuello y la mandíbula, como si fuera la primera vez que se veía—. ¿Cree que una mujer podría...? Quiero decir, es obvio que atraigo a las féminas, pero... Me refiero a esa otra forma.

—¿Qué otra forma, milord? Si me está preguntando si las mujeres se fijarían en usted por otro motivo, mi respuesta sería un rotundo no.

—No, no es eso. Hay una diferencia entre ser atractivo y hermoso. La atracción es una calle sin salida, y la belleza, un camino con dos sentidos; ambos

llegan a un destino infinito. Usted sabrá de lo que hablo. Hay mujeres con las que uno se revuelca y mujeres en las que piensa cuando está solo y no tiene nada que hacer, porque requiere concentración e incluso cierto respeto. ¿Entiende por dónde voy? Conozco hombres que solo prestan atención a las muchachas bellas, y supongo que habrá mujeres que hagan lo mismo. ¿Cree que soy bello?

—Voy a ignorar esa pregunta porque rechazo todo el planteamiento. El poder del atractivo supera a la belleza, milord. Hay mujeres muy bellas que no le despiertan ninguna emoción, mientras que las atractivas siempre se hacen notar.

—En mi caso no es así. Toda mujer bella me despierta una emoción. Creo que a todo el mundo. A las atractivas las quiero agarrar, y a las que son bonitas siento que de alguna manera las amo. Recuerdo haber visto a una dama subir a su carruaje desde la esquina de Bond Street en la que estaba pidiendo. Cuando el propietario de la tienda en la que me había parado se acercó a darme patadas para que volviera a mi alcantarilla, ella se giró a mirarme. Aún me acuerdo de su cara. Si me hubiera mirado un segundo más, habría atado mi tobillo a la rueda de su carruaje para seguirla adondequiera que hubiese sido su destino. ¿Me entiende? Dígame. ¿Cree que soy lo bastante atractivo para emocionar así a una mujer?

—Creo, milord, que las mujeres son bastante más inteligentes que nosotros en ese sentido. Por muy guapo que sea el objeto de su devoción, nunca se ataría a la rueda de un carruaje. ¿Por qué no deja los rodeos y pregunta lo que le atormenta? Es lo que mejor se le da.

Arian se dejó caer sobre el respaldo.

Tenía los ojos grises, el pelo casi blanco y una piel con marcas que disimulaba bien con la barba. Sus rasgos eran bellos según el canon, pero no se veía nada especial. Seguramente Venetia tampoco lo viese. Y quizá por eso, además de sus obvias reticencias por el miserable de Wilborough y su obsesión con redimir su error volviendo a ser una dama intachable, hubiera decidido negarle una oportunidad.

Si la hubiera tentado de veras, habría caído. Estaba seguro. Los dioses y héroes arriesgaban sus tronos entre las estrellas por un instante abrazados a la criatura que los fascinaba. Comparado con ellos ¿qué no hacía el ser humano? Al final, Arian no sería para tanto. La había atraído, pero no seducido. Y eso debía significar que él no merecía la pena.

—¿Le ha dicho milady algo sobre mí estos últimos días?

Bowler, que ya había empuñado las tijeras de nuevo, lanzó una mirada significativa al espejo.

—Milady no habla sobre usted. Es muy prudente.

—Ya.

—Aunque también es bastante expresiva. Se la ve mortificada. No le he preguntado la razón porque era obvio que se debía tratar de usted.

Arian volvió a cruzarse de brazos.

No era la única mortificada. Él no podía dejar de pensar en ella, en su propuesta, en la negativa recibida, en sus lágrimas, en sus labios... Llevaba soñando con que la desnudaba entre sábanas varias noches consecutivas, y al despertar recordaba tan bien los detalles que se pasaba las mañanas y las tardes atormentado.

Se sentía muy perdido. Sin Cassidy y Fox para guiarlo no sabía cómo comportarse ni cuándo disculparse. Tenía que encargarse de cientos de pequeñeces y Venetia se lo impedía, alzándose como la máxima impostergable de todas sus responsabilidades. Debía hacer algo, pero no tenía ni idea de qué. Lo que le pedían la carne y la sangre era encerrarse en una habitación con ella y rogar porque sus besos fueran lo bastante convincentes para ganarse una oportunidad. Sin embargo, cada vez que se la cruzaba por los pasillos, Venetia lo ignoraba. Y él se moría admirando el meneo de su falda al desaparecer doblando la esquina.

—¿Qué puedo hacer para no hacerla sentir mal, Bowler?

—Nacer de nuevo.

—Debería haber supuesto que no me daría una respuesta en condiciones. Olvídelo.

Hubo un pequeño silencio en el que Bowler decidió apiadarse de él.

—A milady le gusta el orden y el equilibrio. Las cosas deben estar siempre en su sitio. La descolocan las arrugas en las alfombras, que lady Audelina toque el piano después de las cinco y que las mellizas dibujen sobre los cristales empañados. Cree que hasta el objeto más significativo pertenece a un espacio. ¿Entiende lo que le digo, milord? Esta jerarquía y concepción de pertenencia aplica también a nosotros.

Arian asintió casi sin mover la cabeza.

—Yo no encajo aquí y eso le molesta —dedujo con voz queda.

—No, milord. Usted la está intentando llevar a un lugar al que ella no pertenece. Es distinto.

Se agarró al borde del respaldo para torcer el torso y miró a Bowler a la cara.

—Es que las cosas no tienen un lugar por nacimiento. Eso es lo que ella no puede ver. Nos han dicho dónde tenemos que estar, a quiénes tenemos que

dirigirles la palabra, cómo nos debemos vestir, pero eso no nos define. Cada uno se define como quiera. Ella no es feliz como una dama perfecta porque no podrá ser una dama perfecta. Entonces, ¿por qué no busca encajar en otra descripción? ¿Por qué no busca usted encajar en otra descripción?

—¿Qué tengo que ver yo en todo esto, milord?

—Usted tampoco ha nacido para ser mayordomo. Y no lo digo porque se le dé mal, lo que también es cierto. ¿No está hartó? Me detesta con todo su corazón y debe servirme. No puedo imaginar un trabajo peor que ese, hacer reverencias al peor enemigo.

—No es así como yo lo veo, ni como verá lady Venetia su condición.

—Por supuesto que no. Ella es una dama, está en un alto escalón de virtud, y usted es un criado bien pagado, apreciado y que puede permitirse dar órdenes a los que están por debajo. Incluso burlarse del que está por encima. Pero no iré a decirme que este era su sueño desde que era un niño. ¿Lo era? ¿Soñaba con ser mayordomo?

—Mi padre fue mayordomo y mi abuelo antes que él. Así hasta llegar al primero de mi nombre.

—Entonces nunca hubo opción para usted. ¿No piensa ahora en sus oportunidades? ¿No le gustaría ser... profesor, doctor, policía? Yo he tenido muchísimo tiempo para pensar en lo que me gustaría haber sido antes que pobre o conde. Me imaginaba en una granja cuidando caballos, ¿sabe? Siempre me han encantado esos animales, son de una majestuosidad incomparable. Los únicos días felices de mi vida en las calles eran cuando veía pasar a los nobles montados en sus sementales. Me veía allí encima, cabalgando muy lejos de las ruinas de mi mundo... —Carraspeó al darse cuenta de que se había perdido en su descripción—. ¿Usted no tenía sueños?

—Me abruma su imaginación y su originalidad, milord. Y también me ofende lo que insinúa. ¿Cree que ser granjero está por encima de ser mayordomo?

—Que me parta un rayo si estoy desprestigiando su situación. Sabe Dios que yo no aguantaría ni diez minutos vistiendo su uniforme, Bowler, y tardaría cinco en romperle la nariz al noble que me diera una orden agitándome la mano con desprecio. Solo siento curiosidad. De joven no tenía posibilidades, pero ¿y ahora? ¿No le gustaría tomar sus maletas y sus ahorros y pasar el resto de su vida viviendo cómodamente al único y exclusivo servicio de sus deseos?

—Espero que no le hagas esa pregunta a todos los criados o acabarán tomándote la palabra... y no creo que te gustara que te dejaran solo a cargo de

Beltown Manor —repuso una suave voz masculina.

Arian sonrió antes de girarse hacia Cassidy, que junto con Fox y una figura femenina que parecía diminuta al lado de los dos gigantes, ocupaba todo el marco de la puerta. Se levantó sin preguntar a Bowler si había terminado y fue a abrazarlos. Cassidy se mostró algo reacio al contacto, aunque lo aceptó como si se tratara de una transacción comercial, mientras que Fox le palmeó la espalda tan fuerte que seguramente le dejó marca bajo las tres capas de ropa. Cass vestía con su sobriedad habitual, en tonos tierra y con zapatos relucientes, mientras que Foxcroft no había abandonado la moda del juglar. Llevaba un chaleco brocado que con tanta falsa pedrería colorida parecía un titiritero.

—Habéis regresado.

—Es por las cenas gratuitas —se mofó Fox—. Como aquí no se come en ninguna otra parte.

—He resuelto los asuntos que tenía pendientes en Londres y me ha dado tiempo a pasarme por aquí para comprobar que está todo en orden —dijo Cassidy—. Nos hemos encontrado abajo a la señora Langley. Llevaba un buen rato esperando a que la recibieras.

Arian saludó con efusividad a la modista. Había llegado justo a tiempo con buenas noticias y los vestidos encargados para las muchachas.

—Quería que los revisara antes de entregarlos —apuntó, enviándole una mirada elocuente. Arian asintió e hizo un gesto para que lo llevara a donde hubiese dejado las prendas.

—No os mováis de aquí —ordenó—. Volveré enseguida.

—Claro, milord. —Fox reprodujo una torpe genuflexión que Cass no tardó en copiar.

—A sus órdenes, Clarence.

—Iros al infierno.

Langley había dejado los baúles con las prendas en una de las salitas de la primera planta. Había uno por cada Marsden, incluida Venetia, a la que la modista no le tomó las medidas porque esta se negó aduciendo que no necesitaba un nuevo guardarropa. Tanto Arian como Langley habían estado de acuerdo en ignorar sus réplicas y servirse ellos mismos metiendo la mano en su armario.

Sin decir palabra, la modista se acercó a uno de los baúles y levantó la tapa para sacar un vestido concreto. Miró a Arian con dudas, más seria de lo que era normal en ella.

—Es uno de los vestidos más hermosos que jamás he confeccionado, pero estoy convencida de que no se lo tomará bien de ninguna de las maneras.

—Yo también lo estoy. Tanto como sé que terminará encajándolo.

—Eso espero. Si no le gustara, me llevaría una tremenda irritación. He dedicado horas y horas a esto para que ahora no caiga en su cuerpo.

—Se lo pondrá. Algún día —aseguró Arian—. ¿Cuánto te debo?

Pagó lo equivalente a las horas de trabajo y se quedó un rato hablando con ella sobre banalidades. Le sentó bien conversar con alguien que pertenecía a su pasado, a un mundo en el que vivió durante toda su vida. A veces, paseando bajo los techos altos de una mansión a la que empezaba a acostumbrarse, se le olvidaba que una vez padeció la precariedad y otros males de la pobreza. Otras, le daba la impresión de que estaba soñando y pronto despertaría entre la mugre del East End.

A pesar de eso, y a diferencia de otros como él, Arian no quería olvidar dónde estuvo. Su golpe de suerte solo era eso: un golpe más de la vida. Otro de tantos que debía aprender a encajar.

La señora Langley era una de esas afortunadas que había recibido uno de estos reveses de la vida. Nació en la calle, y de no haber sido porque lloró lo bastante fuerte para que no pudieran ignorarla, allí se habría quedado hasta morir por congelación. Fue una joven prostituta la que se apiadó de ella y la llevó al burdel del momento, donde fue querida, cuidada y protegida hasta que no le quedó otro remedio que ponerse a trabajar como tal. También afortunadamente, quiso Dios que fuera lo bastante atractiva para convertirse en poco tiempo en una cortesana muy solicitada, hasta el punto de ganar bastante dinero para retirarse y poner su negocio de modista, al que solo acudían sus amigas cercanas y compañeras de vieja profesión. Arian sabía que supuso una ilusión tremenda para ella que la tuviera en cuenta para renovar el guardarropa de siete muchachas nobles. Era la clase de oportunidad que jamás creyó que tendría con la reputación que cargaba a las espaldas.

Arian la despidió con agradecimientos, alabanzas y abrazos, y después de insistir en que se quedara a pasar la noche. Su marido, un hombre excelente al que no le importó su pasado ni su diferente clase social, la estaba esperando en casa. Le dio recuerdos para él y suplicó, aun sabiendo que no ocurriría, que acudiera a las fiestas de la semana siguiente.

Cuando regresó a la habitación, Cassidy y Fox se habían acomodado, cada uno en su estilo. El primero buscaba la luz de la sala, sin importar si esta quedaba muy lejos del sujeto con el que conversaba; el segundo se decantaba por la superficie más blanda, que en este caso era su propia cama. Allí tirado parecía una estrella de mar.

—¿Cómo van los preparativos? —fue lo primero que preguntó el mayor—. ¿Has recibido alguna confirmación de asistencia?

—Así no es como funciona —dijo Cassidy, apoyado en la pared—. Aparecerán o no aparecerán. La nobleza no tiene esa clase de deferencia con sus anfitriones. Aunque he visto a unos cuantos de los invitados en estos días y me han comentado que sentían curiosidad.

—¿Qué invitados? —inquirió Arian.

—James Astori y Carlone Sutton. Propietario y socio del Hotel Astori, respectivamente. Si alguna de las Marsden se casa con alguno de los dos, conseguirá la luna si la pide. Están podridos de dinero. Junto a Gabriel Goodwin, Abraham Hawthorne y Oliver Blackwell, entre decenas de aristócratas que han sabido conservar sus bienes, son los dos tipos más ricos de Inglaterra. Y del Continente, si me apuran.

—Creo que esos que has mencionado no fueron invitados.

—No, decidí que sería mejor que no. Llevan años casados. Pensé que invitarlos estaría de más, dado nuestro objetivo. Y aunque hubieran estado solteros, dos de ellos no son la clase de hombre que hubiera aprobado lady Venetia.

Como si la hubieran invocado, un criado tocó a la puerta pidiendo disculpas y solicitando la presencia de Arian en la sala del fondo del pasillo. No había pasado ni media hora desde que Langley y él habían estado discutiendo sobre el vestido y Venetia ya estaba rabiando. Se podía imaginar lo que le iba a soltar, y mejor; así iba preparado y podía ir ensayando cómo no reaccionar cuando le gritase. Se alegraba de haber mandado a Langley hacer aquel vestido, o de lo contrario, la mujer podría haber pasado el resto de su vida sin dirigirle la palabra.

—Si me disculpáis...

—Oh, yo te disculpo. Habrá que ver si ella hace igual —comentó Fox—. Langley nos ha hablado de tu trastada. Eres un pilluelo.

Arian aceptó el cumplido —así quiso tomarlo, al menos— y salió de allí sin pensar en el aspecto desaliñado que ofrecía. Cruzó el pasillo repitiéndose que daba igual con qué saliera Venetia. No levantaría la voz. Estaba de muy buen humor y no quería molestarla más de lo que ya lo hizo con su sugerencia.

—¿Me buscabas?

Venetia se dio la vuelta con los brazos cruzados en cuanto oyó su voz. Llevaba un vestido en distintos tonos de gris, lo que hacía sus ojos menos verdes y más melancolía. Estos despedían chispas.

En los dos meses que llevaban compartiendo techo, Arian había aprendido a

calibrar el grado de sus enfados. Esa vez no le pareció que estuviese tan molesta como cuando la animó a dedicarse a la prostitución, pero tampoco solemne, paciente o solo decepcionada como cuando discutieron por la intensidad de su primer beso. En cualquier caso, y sin importar los matices de su enojo, era la mujer más bella que había visto en su vida. Y no es que tuviera demasiado con lo que equipararla, pero Arian no creía en los superlativos por comparación. Si una mujer era la más hermosa del mundo entero, lo era y se sentía como tal: el corazón palpitaba de manera distinta en su presencia. No importaba qué otras bellezas pudieran aparecer después.

—¿Qué es esto, Arian? —le espetó, quebrando su fantasía.

Capítulo 20

Señaló con la mano la tela roja que descansaba sobre el pequeño sofá. Sus mejillas estaban del mismo color. Arian barajó muchas opciones antes de decantarse por la opción que parecía más obvia.

—Un vestido.

—¿Un vestido? Es un... —Presionó los labios—. No me puedo creer que te hayas atrevido a hacer esto. Voy a tener que esconderlo para que nadie lo vea. Los criados van a pensar que...

—Los criados siempre van a pensar. Es lo que hacen, porque son seres humanos. Y también van a hablar. Son tan cotillas como podrías serlo tú. Pero eso no tiene nada que ver con el vestido.

Venetia lo miraba tan erguida que parecía que le estuvieran haciendo un retrato.

—¿Es que no me entendiste cuando te dije que un vestido así me haría ver como una prostituta?

—¿Y no me entendiste tú a mí cuando dije que para mí eso no era ningún insulto?

Ella se pellizcó el puente de la nariz.

—Arian, devuelve esto ahora mismo. —Sonó amenazante.

—Imposible. La señora Langley me aclaró que se llevaría una irritación si ese vestido volvía a sus manos, y no soy de los que maltratan a sus empleados.

—Ya veo que prefieres maltratarme a mí.

—¿Cómo?

—¿Por qué insistes en convertirme en una cualquiera?

—¿Qué?

—¿Es una especie de soborno para que reconsidere tu propuesta, o un aviso de lo que me espera si no lo hago? ¿Una lección por las veces que te he vejado? Porque en ese caso he de felicitarte. Estás consiguiendo que me sienta la mujer más baja entre todas las que existen.

—¿De qué hablas? —Se acercó a ella con las manos por delante, como si tuviera que calmar a una fiera—. Mandé hacer este vestido porque vi que te gustaba la tela. Solo por eso. Cuando hice el encargo ni siquiera sabía que pudiera llegar a besarte.

—¿Y cuando ha venido Langley no se te ha ocurrido evitar que me lo entregara? Llevo días evitándote y ahora me haces la clase de regalo que los nobles entregan a sus amantes. ¿Lo haces adrede? ¿Te ríes de mí?

—No, maldición. Yo... Si he dejado que Langley siguiera adelante y te lo entregara fue porque pensaba que te gustaría, muy en el fondo... Y porque sabía que esto me conseguiría una audiencia contigo, para bien o para mal. Necesitaba hablar contigo.

Venetia se ablandó. Lo vio en su postura.

—No me importa —balbuceó, ya sin gritar—. Llévatelo, Arian. No quiero verlo.

—Espera un momento.

—Arian, te he...

La cogió por los brazos con suavidad y la zarandeó con suavidad para quitarle la testarudez de encima.

—Un momento, por Dios, mujer, no pido más. No te estoy obligando a que te lo pongas, ¿de acuerdo? Solo respóndeme. Intenta deshacerte de lo que podrían decir si te vieran con ese vestido encima. Intenta no pensar en eso y dime... Si te gusta.

Venetia tragó saliva.

Envió una mirada rápida, casi anhelante, al precioso vestido de capas de seda que brillaba sobre el diván. Arian no tenía ni una sola idea de costura y se le encogía el estómago de pensar en que pudiera llevarlo puesto. Era precioso. Tan precioso que incluso los que no apreciaban la belleza o les resultaba muy difícil, lo verían. Y nada más que la forma en que ella lo había dejado allí, con cuidado de que ningún volante se arrugara, delataba sus verdaderos sentimientos hacia el regalo. Tenía carácter de sobra para romperlo y pisotearlo si de veras lo hubiese odiado.

—Es inapropiado —musitó al final.

—Como todo lo que hago, ya lo sé. ¿Pero?

Venetia elevó la vista hacia Arian, que pudo respirar por primera vez después de días de silencio. La mujer se perdía en la encrucijada de lo que debía sentir y lo que, sin embargo, sentía. Igual que le ocurría con él. Estaba sumida en una tristeza que no sabía cómo arrancar de su corazón, y aunque ahora sospechaba de dónde procedía, era consciente de que le faltaba un largo camino para enfrentarla cara a cara.

—¿Te gusta? —repitió con paciencia—. Es una pregunta sencilla.

La barbilla de ella tembló. Por un momento pareció preparada para decir que

no, empujarlo por el pecho e insistir en que apartara aquella aberración de su vista sensible. Al siguiente, sin embargo, ocurrió algo insólito que le fundió los huesos. Arian se estremeció cuando Venetia envolvió su cintura con los brazos y apoyó la mejilla en su pecho, temblando.

—Sí. Pero nunca podría llevarlo —musitó, con un sollozo incontrolable—. Sería el fin para mí. ¿Es que no lo entiendes? No puedo permitirme ninguna estridencia. Si ya me mirarán y tratarán como si fuera la peste, llevando algo así...

—Pues llévalo solo para mí.

Venetia estiró el cuello para mirarlo. Fruncía el ceño, incrédula.

—Te gusta. Te lo quieres poner. A lo mejor no dentro de unos días, cuando recibas, con suerte, a condes y duques... Pero conmigo puedes hacer lo que quieras. Puedes vestir, hablar y ser como te apetezca. Sin miedo. Puedes maldecir como un marinero, utilizar el cuchillo de la carne para el paté y viceversa, ponerte el corsé encima del vestido y reírte como una vulgar pescadera, tan alto que te escuche el duque de Durham.

Venetia se mordió el labio. Él no se pudo resistir y acarició su fina barbilla con el pulgar.

—Yo soy ese vestido, mujer. Soy lo más indecente que te podrías hacer. Me consta. Incluso yo me doy cuenta de lo poco que soy para ti. Pero si te atraigo... Si quieres llevarme contigo, hazlo. Respetaría que lo rechazaras porque no te interesara —continuó—, pero no puedo evitar insistir cuando el problema no somos ni tú ni yo. No quiero que una sociedad de la que ni siquiera formo parte me impida estar contigo como necesito... Y como necesitas tú.

»Me dijiste que no te casarías ni aunque pudieras. Me dijiste que me deseas. No estaba pensando solo en mí. Si quieres encontrar un marido, moveré cielo y tierra para que lo tengas. Te lo juro. Pero si no lo quieres y una parte de ti se muere por estar conmigo... No hay nadie mirando y no lo habrá. Seríamos tú y yo.

Temió que lo malinterpretase como siempre ocurría: que se sintiera ultrajada porque la estaba forzando o lo comparase en algún aspecto con Wilborough. Arian se aferró a la franqueza de Venetia para confiar en que no aceptaría por inercia, y que si no reconsideraba su propuesta no sería para cerrarle el pico de una vez.

Venetia tenía dudas porque había sido creada para tenerlas. Porque la entrenaron para avergonzarse de sus deseos y arrepentirse de sus acciones. Ahora veía el lado negativo de nacer en una cuna de oro; comprendía por qué

dijo que ser noble significaba tener lo que se necesitaba y no lo que se quería. Él quería darle todo lo que anhelase. Lo haría si se lo permitiera, porque tenía los medios, la influencia, el poder. Tenía algo que nunca había querido y quería usarlo exclusivamente por ella.

—Tal vez necesito que me beses otra vez.

Arian se quedó inmóvil.

—¿Cómo?

—Necesito recordar si merece la pena y no he estado idealizándote estos últimos días solo porque te echaba de menos.

Arian inspiró hondo, asombrado por su sinceridad. Se habría pellizcado de no ser porque no había mayor expresión de realidad que su perfume. Estaba allí y le había dicho que lo echó de menos, que quería un beso. Y él pensaba obedecer como humilde esclavo suyo.

Se dirigió a la puerta, sin saber cómo disimular la emoción, y la cerró. Al pie de la entrada, y a una distancia de duelo de ella, lanzó una mirada que gritaba cuáles eran sus pensamientos. Venetia entrelazó los dedos de las manos, nerviosa, antes de volver a separarlos y quedarse esperando. Sin pestañear. Ella no estaba hecha para dar el primer paso, sino para recibir, para que la trataran como una diosa. Y eso a él le resultaría difícil, pero allí iba, dispuesto a intentarlo.

Redujo el espacio que los separaba, la tomó en sus brazos y la besó con un nudo en el pecho. Si esa era la última oportunidad, haría sus labios infinitos para que los llevara con ella para siempre. Para que, si alguien la besaba después, aún paladeara el recuerdo de su pasión. Arian estaba convencido de que esta duraría hasta el final de los tiempos solo por cómo reaccionaban al unísono cada una de sus partes. Por fin su mente y su cuerpo se ponían de acuerdo en que tenían algo valioso entre manos.

¿Cómo era posible que no se cansara de besarla? ¿Cómo era posible que lo sintiera mejor que la última vez?

Tiró de la manga de su vestido. El hombro liberado recibió un beso con la marca de sus dientes. Ella se estremeció y se apretó contra él, pidiendo más. Arian no se arrojó al vacío de primeras. Prefirió dejarla marcar el ritmo y saborear cómo se iba abriendo poco a poco.

Estaba desesperada porque la besara en otras zonas, y eso hizo, con una calma impropia de su personalidad. Deshizo el lazo frontal del vestido mientras la distraía con besos. Esa distracción se convirtió en el objetivo principal, hasta que después de esforzarse por no arrancarle el corpiño allí mismo, tuvo la piel

cremosa de sus pechos al alcance de la mano. Se le paró el corazón al echar una mirada, primero no muy segura, temiendo que ella lo rechazara por fisgón... y luego absolutamente maravillado. La excitación podría haberlo tumbado de no ser porque la agarró por la cintura justo a tiempo, y ella le dio carta blanca para hacer lo que quisiera.

—No seas bruto —balbuceó, en cuanto Arian la elevó sobre la mesa.

—No seas preciosa.

Venetia hundió los dedos en su pelo. Solo Dios sabría cómo consiguió despegar los labios de los suyos para compartir con ella una mirada devota. Ella esbozó una sonrisa débil que le sirvió como aviso de que estaba ante material delicado.

Lo que le atravesó como un rayo al notar las caricias de sus dedos en la nuca no fue solo deseo. Fue una emoción superior que no recordaba haber sentido por nadie, jamás.

—Me gusta tu pelo.

—Entonces la próxima vez que Bowler sugiera cortarlo lo despediré.

—No hará falta ser tan tajante.

Arian le habría dicho que sí a cualquier cosa que hubiera dicho. Deslizó la palma de la mano por el valle entre sus pechos, ahí donde la piel era más suave. Si ya era pálido su rostro, aquella debía ser la única nieve que podía quemar. Tenía frío, pero no estaba temblando por eso. Era más bonita de como la había imaginado. Delicada. Frágil... No pudo comportarse por mucho más tiempo. El camino que trazó su lengua por la garganta se detuvo para cambiar de dirección y abordar directamente las duras areolas. Escuchar el gemido ahogado de sus labios hinchados y notar cómo separaba las piernas para él fue mucho más de lo que pudo soportar. Arian sopló aire caliente sobre el pezón y dio un mordisco suave que la hizo botar. Sus manos buscaron el calor entre sus piernas, vagando antes entre mares y mares de volantes.

—No quiero que lleves estas ridiculeces —jadeó.

—¿Qué? ¿No quieres que me ponga medias?

—Ni enaguas. No ninguna de esas tonterías. Si aceptas y te quedas aquí, conmigo, siendo mi amante... No te haré ir desnuda porque te respeto, pero no querré detenerme a deshacerme de todo eso.

—Veo que lo tienes muy claro. Ser conde te ha convencido de que no hay nada que no puedas tener... —No se percató del tono decepcionado en su voz—. Espera... Espera. Antes de decir que sí, necesito estar segura de que...

—¿De qué? —Su voz sonó sofocada.

—Estuve hablando con una criada sobre... cómo se evitan los niños. Métodos anticonceptivos. Y luego recordé haber escuchado que los pobres padecen enfermedades. No sé mucho de ellas, solo que se las transmiten las prostitutas y que pueden llegar a morir de ellas. Para evitar que tú... me contagiaras, no podríamos hacer...

Arian dejó de besarla y se separó con los oídos llenos de sus palabras dudosas.

«Los pobres padecen enfermedades».

«Para evitar que tú me contagiaras».

—Sería mejor que no corriéramos ese riesgo, aunque debe haber muchas otras posibilidades. ¿No es cierto?

«Los pobres».

«Tú me contagiaras».

Parpadeó varias veces, de repente desorientado.

¿Enfermedades...?

La miró a los ojos sin poder hacerse una idea de su mueca conmocionada.

—¿Con cuántas prostitutas crees que he dormido?

Y era una pregunta retórica, porque no esperaba que le respondiera. De repente le dolía el estómago y sentía que toda la habitación daba vueltas.

No encontraba las razones para enfadarse. Su duda era legítima. Había sido un hombre de la calle, por el amor de Dios: era raro que estuviera sano y de una pieza. Pero le afectó tanto que lo creyera tan sucio que no supo ni cómo armar su defensa.

Retrocedió.

¿Lo veía capaz de insistir en convertirla en su amante si hubiera estado enfermo? Ahora lo estaba. Así se sentía. Y no tenía ningún sentido, salvo por el detalle de que acababa de darse cuenta de que, muy probablemente, Venetia lo considerase un perro pulgoso. Ni un hombre, ni mucho menos un conde, sino un miserable que había pagado por sexo con fulanas infectadas.

Un minuto estaba junto a ella, y al siguiente palpaba el pomo de la puerta, sudoroso y con un leve temblor entre los dedos. Tragó saliva, y con ello, el nudo que se le había formado en la garganta.

—Los pobres también se cuidan, milady.

Capítulo 21

Le había hecho daño. Lo vio en sus ojos antes de marcharse precipitadamente con las manos vacías de ese amor urgente que los había quemado a ambos. Con ello, Venetia entendió tantas cosas que no le dio tiempo a reaccionar. Lo primero y más importante, que ejercía un poder categórico en el propietario de la finca. Lo segundo... que no le gustaba verlo herido.

Nunca habría imaginado que un hombre de su talla, tan grande y brutal en todos los aspectos, pudiera acoger con semejante afectación las palabras de una mujer. Por supuesto, Venetia era una privilegiada. Su padre fue un hombre enamorado que tuvo en cuenta la opinión de su esposa, pero de todos modos jamás había presenciado una cesión de derechos similar. Arian le había entregado el poder de romperle el corazón. Y ella no quería usarlo. Estaba tan sorprendida por las noticias, y tan perdida por no saber qué había hecho con exactitud, que no se le ocurría ni una idea para arreglarlo.

Tampoco ayudó que él la rehuyera durante los días siguientes. Venetia comprendía que estaba muy atareado ultimando las necesidades de los invitados. No obstante, siempre había tenido un momento para atosigarla. Ahora más que nunca, dado que tenía tal confianza en su efectiva capacidad de resolución, que encomendaba a ella la toma de decisiones que concernían al protocolo.

Se encontraba perdida. Sobre todo después de haber intentado conseguir audiencia con él. Venetia se habría ofendido si hubiera gruñido: de hecho, admitía para sí estar buscando una reacción exagerada por su parte para iniciar una bronca y solucionarlo de una vez por todas. Pero Arian llevaba días sin ladrar. Y casi sin mirarla. Casi... Porque a veces lo cazaba enviando un vistazo anhelante que le evaporaba la sangre, y que la dejaba turbada durante el resto del día.

Saber que la deseaba la tenía algo más tranquila. Venetia temía pocas cosas tanto como el cambio de humor y opinión de los hombres. Lo sufrió en el pasado y lo seguía sufriendo en el presente, en la forma de unas consecuencias que condicionarían su futuro. Pero nada en ese aspecto había cambiado para Arian. La quería a su modo, y su querer tenía poco que ver con el de Wilborough. El caballero había premeditado su ternura para cautivarla y calculado al detalle sus métodos de actuación, evitando así asustar a una pobre virgen como ella era

entonces. Fue el perfecto actor. Y debía reconocerle el talento, pero celebraba haberse topado con su contrario. En la brutalidad de Arian siempre despuntaba la adorable inexperiencia, la fragilidad del inocente. Se exponía tanto que quedaba vulnerable, lo que denotaba una confianza tal vez ingenua en ella, y por supuesto, una verdad como ninguna otra. Era absolutamente genuino, y eso le llenaba el corazón y la piel de un calor que quería que revistiera su cuerpo para siempre.

Pero no la quería ni ver. Suponía que era su turno de ofenderse, después de haberse tragado un reproche tras otro de su parte por no más que meros errores protocolarios... y por ser él mismo. En realidad, se detenía a pensarlo y se acaloraba por la vergüenza. No había hecho otra cosa que castigarlo por ser original. De un modo tan grosero que resultaba atroz, sí, pero ¿no se solían perdonar los crímenes cuando no había intencionalidad?

En cualquier caso, esa vez no era a ella a quien le tocaba perdonar, sino disculparse. Y a riesgo de quedar como una estúpida por hacerlo sin saber las razones, decidió intentarlo la tarde antes de iniciar las fiestas, todo gracias a una breve conversación con Audelina.

Cuando fue a pedir consejo, su hermana estaba tendida sobre su diván preferido, con una novela tan extensa que parecía imposible sujetarla con sus frágiles muñecas.

—¿Qué te atormenta? —le preguntó al verla. A Venetia ni le sorprendió que no necesitara levantar la vista de las páginas para reconocer su estado.

—¿Cómo sabes que algo me atormenta?

—Cuando no te encuentras bien, te pones a toquetear cosas que ni siquiera están torcidas, hasta que las tuerces y tienes un motivo para suspirar y echarle la culpa a alguien.

—¿Crees que siempre le echo la culpa a los demás de problemas que genero yo?

Audelina pasó la página, distraída.

—Qué pregunta tan interesante... Dudo que te lo hubieras planteado sin inspiración externa. ¿Quién te está haciendo cuestionar tu naturaleza?

Venetia frunció el ceño.

—Entonces lo crees. Culpabilizo al resto de mis defectos.

—No es eso. Solo tienes una gran facilidad para apreciar las fallas del resto, lo que no significa que te cueste ver las tuyas. Tus defectos te parecen incluso peores que los de los demás, lo que a veces supone un consuelo cuando nos insultas. Resumiendo... —La miró con una sonrisa ligera—. Eres bastante

fatalista, querida.

—¿Y qué puedo hacer para...? No importa, ese no era el problema. Yo...

Por primera vez en su vida, se dio cuenta de que estaba nerviosa delante de su hermana mayor. Aunque Audelina fuera la mayor, Venetia había asumido su papel con facilidad porque poseía la naturaleza maternal que a la otra le faltaba. Ella estaba comprometida con la educación y las formas, era seria y estricta, lo que la hacía parecer una educadora frente a la personalidad etérea de la mayor.

En ese momento, sin embargo, Venetia se dio cuenta de que su hermana había adquirido una mayor madurez y experiencia a través de los libros que ella en su vida.

Se frotó las manos.

—He herido los sentimientos de alguien y no sé cómo disculparme. Siento que no será suficiente con un «lo siento». Tal vez sea percepción mía, pero... Creo que di en un punto débil.

Por fin, Audelina apartó el libro y clavó los ojos en ella.

—Verte tan mortificada bastará para que olvide lo que dijiste. No es algo que suceda a menudo.

Ese comentario le dio las esperanzas que había perdido por su actitud evasiva y decidió salir en busca de Arian. Sabía que estaba reunido con el señor Stubton y el señor Davenport porque escuchó esa mañana durante el desayuno que tenían una lección pendiente. Venetia no creyó que esta fuera a tratarse de un combate de esgrima. El entrechocar de las espadas, ya perceptible a unos cuantos pasos de la entrada, hizo que Venetia se detuviera y antes echara un vistazo receloso al interior.

Tanto Arian como Cassidy estaban vestidos apropiadamente para desempeñar la actividad: pantalones tan estrechos que parecían medias, del mismo blanco que la ropa interior, y una camisa que facilitaba la libertad de movimientos. Venetia se ruborizó hasta las orejas al advertir una vez más la facilidad que el señor Varick tenía para exhibir su cuerpo. Llevaba las abullonadas mangas remangadas por el codo, y el escote de la parte superior era tan amplio que se le caía por un hombro. Cassidy Davenport era, como siempre, mucho más prudente en todos los aspectos. No dejaba ninguna porción de piel al aire.

Fue a entrar, pero la conversación la retuvo.

—Sabrás que la esgrima no trata de simular duelos a muerte —decía Foxcroft, acomodado como espectador. Estaba tranquilo, con los tobillos cruzados y una botella de brandy entre las piernas—. No es tanto dar espadaos

a diestro y siniestro como aprender a girar la muñeca.

—Lo que Fox intenta decir, es que no le haría ilusión que me hicieras agujeritos. Es un combate amistoso, Arian; trata de relajarte.

—O por lo menos sé más razonable de lo que acostumbras y dime: ¿De qué nos serviría Cass muerto? Lo necesitamos vivo y rico para aprovecharnos de sus contactos, conocimientos y bolsillo. No expresamente en ese orden.

—Cerrad el pico de una vez. Habría que ver si vosotros no os desahogáis con el primer objeto punzante que encontráis estando en mi situación.

—Yo desde luego tiendo a desahogarme bastante con el primer objeto punzante que encuentro..., sobre todo en alta mar, solo en mi habitación. No hay otra manera de entretenerse.

Venetia comprendió a qué se refería y se ruborizó en el acto. Debería darle vergüenza andar espiando conversaciones ajenas, y era consciente de que tenía que intervenir o marcharse, pero una parte de ella sentía tanta curiosidad por saber de qué hablaban los hombres sin compañía femenina que los moderase, que se quedó.

—¿Lo que te tiene preocupado es el recibimiento de mañana? —indagó Cassidy. Su voz sonó amortiguada por el choque de los floretes—. No sería para menos. De la imagen que ofrezcas dependerá lo que vendrá en un futuro. Si las muchachas no se casan bien, nunca podrás alquilar Beltown Manor a un rico excéntrico. Al menos, no sin echarlas a cajas destempladas, y creo recordar que ese plan lo descartamos.

—Debería atravesarte por suponer que esa pandilla de pavos me importa en lo más mínimo. Sé que no soy lo bastante bueno para ellos y no me importa. Lo único en lo que pienso es en Venetia.

Ella se estremeció. Pegó la espalda a la pared y ladeó la cabeza, como si así pudiera oír mejor.

—Oh, sí... Cuando me marché estabas intentando que dejara de odiarte. Por lo que he percibido, no parece que vaya viento en popa. ¿La volviste a mandar a hacer las esquinas?

—No —jadeó Arian. De nuevo los aceros cortando el aire—, pero se lo tomó de manera parecida y se ha vengado de mí haciéndome ver como un pordiosero pulgoso.

—Por favor, explícate —pidió Cassidy. Sonaba jadeante por el esfuerzo del combate—. Estoy ansioso por averiguar cómo has conseguido ofenderla esta vez.

—Le dije que fuera mi amante.

El percutido de las espadas cesó de golpe, igual que la respiración de Venetia, que se abrazó el estómago. ¿Cómo se atrevía a contarle al señor Davenport algo tan personal? ¿Es que no sabía lo que era la intimidad? Por supuesto, Cassidy era uno de esos hombres que sabían guardar un secreto, y Foxcroft Stubton lo haría porque compartían línea sanguínea y era apreciado. Aun así... era humillante.

—Deberías escribir un manual sobre cómo no cortejar a una mujer —propuso Cassidy—. Yo podría ayudarte a impulsarlo entre mis contactos, solo que no lo veo triunfando en el mercado. Muy pocos hombres poseen esa fijación tuya por ofender a todo el sexo.

—Lo que ya es digno de alabanza —apostilló Foxcroft—. Para bien o para mal, tienes un talento inconmensurable.

—Irrepetible, me atrevería a decir —añadió Cassidy.

—Sois muy graciosos. Ya me llegará a mí el momento de mofa —juró en tono solemne—. Os aseguro que no tendré piedad en cuanto enseñéis vuestros defectos.

—Nadie ha hablado de defectos; lo tuyo con milady es de una agudeza impresionante. Debería ser glorificado públicamente. ¿Has pensado en aplicar a un certificado de honor? Si ella no honra tus groserías en serie, al menos el alcalde lo reconocerá.

—Ya me puedo imaginar qué diría la placa —exclamó Fox—: «En memoria al señor Arian Varick por sus grandes aportaciones a la educación y el respeto hacia las mujeres nobles, se otorga la condecoración del peor galán jamás conocido».

—La condecoración sería una paliza de muerte en la puerta de tu casa —rio Cassidy—. Con suerte te rompen algún hueso y lo llevas colgando durante el resto de tu vida, como advertencia para que el resto no se te acerque ni de casualidad... Y también recordatorio personal, a ver si así dejaras de ser un capullo integral. Ahora, guasas aparte... ¿Cómo demonios se te ocurre?

—La quiero para mí.

—Yo también quiero para mí a Lianna Ainsworth y no voy proponiéndole que sea mi amante —rezongó Foxcroft—. Aunque estoy convencido de que me aceptaría. Le gustan los pobres.

—Antes de regresar a tu adoradísima Ainsworth, necesito que Arian me diga cómo piensa disculpar tremenda grosería.

—De ninguna manera. Ella estuvo de acuerdo conmigo antes de...

Venetia tragó saliva y decidió que más le valía entrar antes de que se le

ocurriese proveer detalles. Carraspeó con gravedad e hizo su entrada con un par de pasos firmes, que captaron antes la atención de Arian. Este levantó su barbilla como un perro de caza, lo que permitió que Cassidy pudiera adelantarse con el florete y le clavara la punta en la zona pectoral.

Arian lanzó un alarido exagerado y miró al señor Davenport con un gesto furibundo. La conversación le había tocado bastante la moral, porque su reacción fue desproporcionada: apartó con un brazo el espadín y le arreó un puñetazo que le obligó a retroceder unos pasos.

—¿A qué diablos ha venido eso de pincharme? —le espetó Arian.

—De eso va la esgrima, hermano. ¿No entendiste las reglas cuando te mencionamos el famoso «Touché»? —recordó Fox, que en lugar de preocuparse por Cassidy como Venetia, soltó una carcajada—. Diablos, milady... Va a tener que avisar cada vez que entra. He descubierto que mi hermano sufre un fuerte deseo de reafirmación masculina en cuanto la ve, y solo se le ocurre demostrar su talento arreando al primero que pilla. Eso lo sabe bien el diente que me hizo perder en otra ocasión...

—No tiene nada que ver con esto —farfulló Arian, palpándose la herida. Un fino hilillo de sangre corría por su pecho. Venetia no quiso mirar, pero la visión era hipnotizadora—. Me ha atacado estando distraído. No puedes asaltar a un hombre de la calle y esperar que no se defienda. Pero será mejor que no mencione nada al respecto, hay unos oídos muy finos por aquí.

Venetia se dio por aludida. Desde donde estaba —atendiendo a Cassidy, quien insistía en que se encontraba bien mientras se manipulaba la mandíbula—, se giró hacia él con su mejor mirada retadora.

—La última vez que se mencionó algún que otro aspecto de un hombre de la calle, la que demostró tener los oídos muy finos no fui yo.

Arian la miró por fin, y ella sintió que recuperaba una parte muy importante de sí misma. Llevaba sin destinar un triste vistazo en su dirección desde el comentario desafortunado, y eso había creado un vacío muy grande en su corazón. El cariz rabioso de sus ojos no fue la mejor forma de recuperarlo, pero aun así se sintió nueva.

—Pues sería por primera vez —rezongó—. ¿Qué puedo hacer por usted, milady?

Capítulo 22

—Será mejor que les dejemos solos, Cass —intervino Fox—. Lidiaremos con tu mandíbula hinchada en otra parte.

—Estoy bien. Solo me ha pillado desprevenido, pero todo se encuentra en su sitio. Me honra su preocupación, lady Venetia. —E hizo una sutil reverencia, que parecía más un asentimiento—. Espero contar con su presencia a la hora de la cena. De lo contrario pensaré que el señor Varick ha vuelto a hacer de las suyas.

—Dios no lo quiera, pero por si acaso... No castigue a estos humildes hijos de Adán por las irritaciones que le proporciona Caín —pidió Fox, pasándole un brazo por los hombros a Cassidy—. Nosotros le profesamos un profundo respeto.

Venetia no dudaba que en los discursos de Foxcroft hubiera verdad, aunque en una boca donde las máximas eran la teatralidad y la exageración siempre cupiera la posibilidad de estar siendo irónico. El hombre tenía modales y se molestaba tanto en hacer que se le notaran, que al final parecía estar burlándose de todos. Y quizá lo hacía, pero solo por desafiar su tendencia a pensar mal de los demás, Venetia había decidido en cuanto lo conoció que no daría otra interpretación a sus comentarios.

Asintió agradecida y concedió su humilde petición... ¿O llamada de atención? No se le ocurriría pagar sus frustraciones con nadie que no fuese Arian Varick. Y aunque quiso aclararlo, los dos hombres se marcharon, dejándola a solas con un hombre que se taponaba la minúscula lesión con su misma camisa. Salvo por un par de gotas escarlata, era inapreciable que lo habían herido.

—¿Sigues dudando entre rosas y azucenas? —expresó sin mirarla—. Porque me importa un bledo. Como si quieres hacer una combinación de ambas para los jarrones de las salitas de invitados, o como si quieres esparcirlas por la colcha... Aunque luego tendrías que encargarte tú de lidiar con las posibles interpretaciones que los tipos darían. No sé entre ricos, pero entre pobres, una cama con pétalos es una invitación al sexo.

Venetia se cruzó de brazos.

—Lo que quiero hablar no tiene nada que ver con eso. No requiero de su opinión o gusto personal para decidir sobre las flores. Lo que sí voy a pedirle es que deje de hacer esa diferenciación entre ricos y pobres.

—Ya veo que vuelves al trato cortés. No hay quien te entienda. Y disculpa, pero esa distinción es la que hiciste tú en su momento. Por si no te has dado cuenta, y a pesar de ser el que supuestamente manda, yo me limito a adaptarme a las exigencias del resto. —Y esbozó una sonrisa que sabía a todo menos a buen ánimo—. ¿Qué quieres de mí, mujer?

Ella tragó saliva y esperó a que se pusiera cómodo para hablar. No lo hizo. Arian le dio el perfil y se entretuvo arreglándose los puños de la camisa, que de repente eran mucho más importantes que la educación. Quizá había heredado esa pequeña compulsión de Cassidy.

—Para empezar, agradecería que no comentara con el señor Davenport el estado de nuestra relación.

—Nuestra ¿qué?

—Sabes de lo que estoy hablando. Cuando venía, te he oído decir que... No quiero que sea de dominio público lo que tú y yo... estuviéramos a punto de hacer.

Arian giró la cabeza hacia ella, como si acabara de decir algo crucial.

—¿Dominio público? Cass es mi hermano. Si no puedo hablar con él sobre lo que acaece en mi vida, entonces ¿con quién? Yo necesito expresar mis sentimientos y decir lo que pienso de veras, Venetia. No soy como tú.

Recibió el golpe con humildad porque tenía razón y no lo había dicho con desprecio. No buscaba atacarla, solo remarcar una separación entre ellos. Además; la descolocó la confesión. Imaginaba que Cassidy era muy importante para él. No dejaba de ser el único al que permitía darle lecciones sin quejarse... demasiado. Pero nunca habría sospechado que fueran hermanos. Eran como la noche y el día.

—Yo... Yo también necesito expresarlos, pero... Olvídalo. No sabía que fuerais hermanos. Vuestro parecido es... bueno, inexistente.

—Somos cuatro en total, como las estaciones. Y claro que somos distintos. Cada uno se crio en una familia distinta de un estrato social diferente. Yo en la calle, Cassidy en una casa con dinero, Fox en barcos y Bast en graneros y establos.

Venetia parpadeó. El objetivo de disculparse se desvaneció en pro de una historia que le causaba curiosidad.

—¿Y cómo coincidisteis, viviendo cada uno en una parte?

—Apuesto a que no has venido a preguntar por mi árbol genealógico.

—Ni tampoco con ganas de guerra, Varick. Puedes tranquilizarte.

—Eso no quiere decir que yo esté interesado en bailar al son de la paz.

Venetia frunció el ceño.

—¿Tanto te irritó lo que cuestioné? —inquirió, frustrada y dolida a partes iguales—. Arian, creo que es humano prevenir. No puedes culparme por querer saber si...

—La madre de Bast —cortó con brusquedad. Venetia lo miró sin entender—. Los cuatro nos conocimos gracias a ella.

»No era una buena madre, ¿sabes? Era moza de cuadras, pero a cambio de unos peniques se daba un revolcón con cualquiera. Los disfrutaba porque se trataba de una mujer superficial, sin nada que perder y ningún escrúpulo. Bast nunca lo reconocerá, pero tiene unas cuantas de sus virtudes y todos sus defectos.

Venetia relajó la postura.

—No suena a que la señora Carstairs tuviera ninguna virtud.

—Solo un par reconocidas. Entre ellas, la de ser muy consciente de sus imperfecciones. Sabía que era una mala madre y que, a su lado, Bast solo sería miserable. Por eso le contó que era el bastardo de Clarence y que había muchos otros como él. La señora Carstairs no era solo la puta de mi padre, sino de muchos otros lores que estaban obsesionados con ella y le contaban todo lo que quería saber. Le costó muy pocos favores sexuales averiguar dónde podría encontrar a los otros ilegítimos y transmitírselo así a Bast, que era hijo único, abandonado, solitario y... triste. La idea de sentirse acompañado por sus hermanos tuvo que parecerle espléndida, porque movió cielo y tierra para encontrarlos. Gracias a él tengo una familia —aclaró con solemnidad—. Solo por eso le perdonaría cualquier cosa.

»A Cass, Fox y a mí nos gusta ver esto como un ejercicio de misericordia por parte de la señora Carstairs. Como el intento de darle una buena familia. Esto nos ayuda a odiarla menos. La otra lectura es que se lo contó para sacárselo de encima porque le estorbaba. Eso es lo que Bastian cree firmemente.

Venetia no se movió.

—¿Qué edad teníais cuando os reunió a todos?

—Él tenía catorce. Yo, dieciocho. Cass los veinte recién cumplidos. Y Fox iba a llegar a los veintidós. Había muchos más aparte de nosotros —continuó—. El hijo de una duquesa viuda al que consiguieron pasar por legítimo y que como es normal no quiso saber nada de nosotros para no perder su estatus. Dos gemelos de una prostituta austríaca, residente del barrio cockney... Tuve trato con uno de ellos. Son buenos chicos. Y una niña. La única —añadió, con una sonrisa melancólica—. Ya estaba casada cuando su marido nos encontró. Tiene

mi edad. Beth nos escribe con frecuencia. Fox siente auténtica devoción por ella.

—Tienes una familia grande y de la que puedes aprender mucho.

—Desde luego. Gracias a Fox sé que las picaduras de mosquito en la mar se resisten con vinagre blanco, que se puede hacer trampa a las cartas sin que nadie se entere de que sobran comodines en la baraja, y que Carlos II de España coleccionaba el vello público de su mujer. —Hizo una pausa. Se pasó una mano por la cara, cansado—. Lo que aún no me han enseñado es a dejar de hacer esos comentarios delante de una dama.

Venetia sonrió con las mejillas coloradas.

—El señor Davenport va por buen camino —dijo, mirándose las manos—. Ahora que ya me has contado la breve historia... ¿Responderías mi pregunta? ¿Por qué te molestó tanto lo que dije? Era una simple duda.

Arian soltó por fin la camisa, que había tenido agarrada y arrugada contra el pecho desde el principio. La manga resbaló por su hombro y no se molestó en recolocarla.

—No era una simple duda porque no te preocupó cuando estuviste con Wilborough, ¿me equivoco? Y él era abiertamente mujeriego, por lo que tenía más probabilidades de contagiarte de cualquier enfermedad.

—Yo no tenía ningún conocimiento al respecto cuando vivía con Wilborough. Lo dejé ser y pasar, y cuando me di cuenta de que me repugnaba hacerlo de nuevo, me informé. Cuando lo hice me aterrorizó darme cuenta de todos los riesgos que corrí. —Siguió una pausa—. No pretendía ofenderte, lo juro.

Arian la miró a los ojos en silencio. No vio desconfianza ni rabia. Estaba tranquilo. Tan tranquilo que tuvo un mal presentimiento. Sería imposible ver a un tigre sin garras, y él las había guardado porque no sentía que debiera defenderse de nada.

La resignación no le sentaba nada bien.

—No lo dudo. Solo me di cuenta de algo que he estado intentando ignorar desde que te conozco: lo que soy.

—¿Cómo?

—Quiero que sepas que sería imposible que te transmitiera enfermedad alguna. Nunca he yacido con una mujer sin precauciones. Pero eso no quita que sea un hombre poco recomendable para ti.

—¿A qué te refieres?

Arian ladeó la cabeza hacia la ventana. Estaba nevando, pero allí dentro no hacía ningún frío gracias a la chimenea. Solo se oyó el chisporrotear del fuego durante unos segundos.

—Hace unos meses entré por esa puerta armado con un orgullo que no sentía —admitió—. Estoy contento de estar vivo, de haberlo logrado pese a todas las trabas que hubo en el camino... Pero sé que no me honra, porque para ello he hecho cosas que no imaginarías. Tú tampoco has hecho nada especialmente relevante para que yo te haga una reverencia; ya conoces mi opinión al respecto. No obstante, no voy a negar a lo que me llevo aferrando desde que te miré.

»Tú y yo no estamos al mismo nivel. Lo único que me rescata de ser una bestia es el amor que siento por mis hermanos. Por lo demás, y aunque me llame conde, estoy sucio, y no voy a usarte para limpiarme. Tú, en cambio, siempre brillas. Estás acostumbrada a una exuberancia que yo jamás podría fingir.

—¿De qué estás hablando, Arian? ¿Después de todo vas a decir que soy superior a ti?

—Superior jamás —atajó con gravedad—. No hay nadie mejor que yo, ni nadie mejor que tú. Solo hay quienes son distintos, y eso no nos sitúa en una escala, sino en un plano distinto. Lejano. Y no existe nadie más lejano a donde yo me encuentro que tú.

—Pero estoy intentando acercarme a ti —interrumpió ella. Para demostrarlo, avanzó hacia él. La detuvo la sonrisa muerta que esbozó.

—Sigues pensando que soy un miserable. Crees que estoy manchado. Y lo estoy, no voy a mentirte, pero ni siquiera he tenido tiempo para explicarte por qué. No quiero significar eso para ti, ¿comprendes?

—¿Y qué quieres significar, si has dicho que eso es lo que eres y no piensas fingir delante de mí? ¿Querrías que te apreciara por virtudes que no tienes?

—Quiero significar el lado positivo de haber sido pobre. Prefiero que me mires y pienses que podrías aprender algo de mí, no que podría contagiarte o causarte algún mal. Sé que esto es innecesario para compartir un beso, y en otro momento no me lo habría pensado; te hubiera tomado aun sabiendo que una parte de ti me desprecia. Pero no soportaría tocarte sabiendo que, mientras yo te adoro, tú temes que te manche.

»Así que... Olvida mi propuesta. Ahora la siento tremendamente deshonesto.

Arian envainó el florete y se dio la vuelta para dejarlo sobre la mesilla. Venetia siguió todo su recorrido sin pestañear, con la mente en blanco y el corazón colgando del pecho como peso muerto. La voz de Arian no cargaba ninguna tristeza en especial como lastre, y no era un hombre humilde, aunque esta fuera su ascendencia: era pura decisión. Estaba determinado a cumplir con lo que acababa de sugerir entre líneas.

—Pero... —empezó ella, inmóvil. De repente sentía unas oscuras ganas de

romper a llorar. Y ni siquiera tuvo que pensar en Wilborough para que le doliese. Las comparaciones sobraban cuando el dolor se valía por sí mismo—. ¿Ya no me quieres contigo?

—Te quiero tanto que me duele. Pero más me quiero yo —esclareció—, y no puedo aceptar nada que no me respete, aunque sea involuntariamente.

—Solo sería... un momento de pasión.

Él le dirigió una mirada serena.

—No sería solo eso. Sería tu pasión. Por eso no puedo permitirlo.

Capítulo 23

Venetia estaba reviviendo su peor pesadilla: la de querer encerrarse en una habitación y no volver a salir. No era un sentimiento controlable, ni un deseo repentino, ni un capricho momentáneo... Sino una necesidad primaria que la estaba asfixiando.

No dejaba de abanicarse con las manos, caminar de un lado a otro y recordarse que no podía ni debía llorar. Por el momento estaba ganando la batalla a la desesperación, pero sabía que no por mucho tiempo. Quedaban unos minutos para empezar a recibir a los invitados, y no estaba preparada para exponerse. Menos aún después de que Arian la apartase de su lado con una facilidad aterradora.

Se miró en el espejo del tocador y alisó las arrugas de la falda. Intentaba verse atractiva por todos los medios, pero iba a resultar imposible. Sabía lo que los caballeros verían en ella y no serían sus ojos verdes, sino su vergüenza. Su lamentable historia. La verían desnuda en la cama de Wilborough; quizá incluso la vieran desnuda entre sus propias sábanas. Si algún atrevido se tomaba la libertad de hacerle una propuesta indecente, Venetia no se sorprendería en lo más mínimo. No sería la primera vez. En su viaje a Londres y la velada que allí tuvo lugar, toleró peores insinuaciones que las que Arian había hecho en las últimas semanas. La experiencia sin duda ayudó a que no le abofeteara y respondiera con mayor o menor mesura, aunque no por ello se sintió menos insultada.

Ahora era él quien se sentía insultado, y Venetia no podía figurarse por qué, pero lo compadecía con todo su corazón. Si había experimentado solo un tercio de su sensación de inferioridad, entonces rogaría de rodillas su perdón. Jamás desearía al prójimo la frustración que por tanto tiempo reinó en ella, que la vació de esperanzas y la convirtió en una obsesionada de su esclavitud. Venetia odiaba estar encerrada tanto como sus hermanas, pero temía tanto ver la luz que languidecería en Beltwon Manor para siempre si así se sentía más protegida.

Brenda, Rachel y las mellizas estaban entusiasmadas. Había pasado antes por sus habitaciones para supervisar que todo marchaba correctamente. Las encontró arregladas, parlanchinas... Dueñas de un entusiasmo que intentaron contagiarle, sobre todo Audelina y Dorothy. Pero Venetia estaba muy lejos de allí. Lo único que podría haberla apaciguado hubiera sido contar con el apoyo de Arian, y esto

le fue negado por un comportamiento negligente más. ¿Cómo tendría que disculparse? Él no quería que aullase por su perdón, quería algo muy distinto, complejo... Quería que le demostrara que lo respetaba. Y no sería difícil encontrar respeto en su corazón, pues este había brotado conforme él se iba acercando a ella. Lo que le parecía un mundo aparte era aprender a expresarlo, sobre todo en ese estado.

Venetia se dejó caer ante el tocador y escudriñó su reflejo con ansiedad. Las lágrimas que no pensaba derramar empañaron sus ojos. Odió su involuntario victimismo, odió su dependencia a la opinión ajena, y odió a Arian Varick por haber hecho que lo descubriera. Si él no hubiera estado allí, prometiendo que no la juzgaría, no se habría dado cuenta de que aquello era lo que necesitaba para empezar a vivir. No hablaba de felicidad o bienestar, sino solo de vivir a secas. No recordaba ni un día en su vida en el que lo hubiera hecho.

Ojalá Arian supiera cuánto sufría por no ser como él. Cuánto sufría porque él tendía la mano y ella ansiaba tomarla, pero le era imposible. Cuánto sufría por todas esas promesas que no podía aceptar, todos esos sueños que no podía cumplir, y todo ese amor visceral y necesario del que debía privarse para no acabar peor.

—¿Nesha? ¿Estás lista?

Audelina olvidó el significado de una puerta entornada y pasó sin preguntar si estaba visible. Cazó a su hermana cubriéndose el rostro con las manos y temblando, presa del pánico. La mayor demoró un instante en correr hacia ella.

—Dios santo, Venetia. ¿Qué ocurre? —Le frotó la espalda, ofreciendo un consuelo que se quedaba corto—. ¿Es por el recibimiento? Sabías que tendrías que dar la cara. Creía que ya te habrías hecho a la idea.

Venetia negó con la cabeza.

—No he asumido lo que significaba hasta ahora. Si me daba miedo ir a la feria nocturna, cubierta y en compañía, imagina esto. Voy a estar en el ojo del huracán. Todos van a mirarme, a cuchichear... Reconozco que no soy tan importante, que no merezco tales atenciones, pero me las darán porque soy... Yo soy...

—No termines esa frase —pidió Dorothy, que había estado observando desde la puerta. Abrazó a su hermana por detrás y le dio un beso en el pelo—. Nadie se acordará de nada, Nesha, ya verás.

Le tembló la barbilla al oír la voz de la pequeña. Sonaba comprensiva, pero también preocupada. Nadie creía que fueran a pasar por alto semejante infracción. La nobleza no perdonaba, y la burguesía, si encontraba razones para

ponerse por encima de la aristocracia, no dudaría en explotarlas. Venetia se lo puso muy fácil.

Le importaba lo que dijeran a su espalda, pero más le preocupaba lo que hubiera en la cabeza de Dorothy.

—Yo lo hice porque tenía miedo —intentó justificarse—. Me convencí de que amaba a Wilborough porque pensé que sería más sencillo... Y creí que os protegería de ese modo. Estaba segura de que si me convertía en su... concubina... tendríamos un techo...

—Lo sabemos, Nesh. No nos lo tienes que explicar —interrumpió Audelina, con suavidad—. Estamos de tu parte. Ninguna de nosotras te condenamos por eso.

—¿Y qué hay de Brenda? —tartamudeó—. Ella aún no me perdona.

—Claro que te ha perdonado. Ya sabes que tiene una personalidad difícil y ha pasado demasiado tiempo encerrada. Está ansiosa por descargar su mal humor y sus frustraciones con el resto. No le des mayor importancia y no te pongas en lo peor antes de que ocurra.

—Alban y yo estuvimos atentos en la feria y no oímos nada sobre ti —aseguró Dorothy—. Nadie te miró de ninguna forma. Tarde o temprano, esas historias sórdidas se acaban olvidando.

—Lo que no olvidarán es que llegues tarde o no bajas a saludar. Saben que estás aquí. Lo mínimo que puedes hacer es ofrecer tu mejor sonrisa y demostrar que nada te afecta.

Venetia miró a Audelina.

—Pero sí me afecta. Estoy asustada.

—No permitiremos que nadie diga una sola palabra sobre ti —prometió Rachel. Las tres se dieron la vuelta, sorprendiendo a la tímida muchacha con el pomo de la puerta en la mano—. Y milord menos aún. Tengo la sensación de que no tolerará un solo comentario.

—¡Por supuesto que no! —exclamaron Frances y Florence a la vez, una a cada lado de Rachel. La segunda siguió hablando—: Me han contado que defendió a Lottie delante de la señora Milton hasta que se puso roja como un tomate. ¡Y el otro día, Alban me confesó que le prestó dos libras para que pagara el alquiler de casa de su madre, porque las cosechas no salieron bien y lo iban a echar!

—Sí, sí —asintió Frances, frenética—. A mí Uriel me ha dicho que, gracias a su historia, la señorita Daines accedió a salir con él una tarde. Si hizo eso por los criados, ¿qué no haría por ti?

«Pero los criados no le han decepcionado. Yo sí».

Venetia les hizo un gesto para que le dieran espacio. Necesitaba reaprender a respirar antes de bajar la escalinata, y esperar a que se suavizara el efecto de las lágrimas.

Mentiría si dijera que el apoyo de sus hermanas había servido para tranquilizarla. El suyo era un miedo que había anidado en sus entrañas para siempre, no un estremecimiento que aparecía por temporadas. No obstante, estaba tan agradecida que cogió fuerzas donde no las había para enfrentar la noche. Se veía incapaz de ser optimista, pero se prometió a sí que al menos intentaría demostrar que el pasado no pudo con ella.

Animó a sus hermanas a bajar. Dorothy y Audelina se mostraron reticentes a dejarla sola en ese estado, e insistieron en que sería inteligente que apareciese escoltada, pero Venetia se negó. No podría pasar la noche del brazo de Audi, y jamás se le ocurriría usarla como escudo. No soportaría que ella sufriera el desprecio de la gente.

Venetia inspiró de nuevo y la idea de perderse la tentó. Podía aprovechar su soledad para huir o esconderse. Luego recordó que tenía un trato con Arian y debía supervisar sus modales, ayudarlo si en algún momento la conversación se torcía u ocurría algo fuera de lo planeado. No podía abandonarlo a su suerte, y menos sabiendo que no tenía demasiada. Además de que contaba con que ningún miembro de la nobleza acudiría a las festividades, y eran pocos los burgueses que se atrevían a denostar en público a las damas de clase. Aunque la hubiesen perdido toda.

Así pues, se preparó para el gran momento. Llevaba un vestido de raso y satén verde oscuro, con una sobrefalda algo más clara que se abría como una cortinilla para mostrar filas y filas de pequeños volantes. El escote mostraba lo justo y la forma de hombros. Las mangas ceñidas llegaban hasta la muñeca. Se suponía que era su mejor vestido, el más nuevo, porque no quiso tocar los que Arian mandó a su medida. Ponérselos sería una forma de decir que estaba a su servicio. Que aceptaba ser su amante. Y aunque deseaba vestirlos por vanidad y también porque ansiaba mandar un mensaje provocativo... No se atrevía.

Cuando bajó la escalinata, ya había unos cuantos invitados merodeando por el recibidor. Otros eran recién bienvenidos, y los sirvientes se encargaban de poner sus abrigos a buen recaudo. Por lo que Venetia pudo observar en el último presentado, con el que Arian charlaba, estaba nevando fuera. Vestía un pesado gabán caro y mojado, y su sombrero de copa estaba lleno de pequeños y pálidos copos. La forma elegante en que descubrió su cabello negro, peinado en

delicadas ondas, la distrajo de enviar una mirada desesperada al hombre que en realidad le interesaba.

El caballero era tan alto como Arian, pero mucho más delgado, a la moda de la fibra y esbeltez francesa. Vestía con una exquisitez demencial y él en sí era absolutamente magnífico. Su bello rostro dibujó la sonrisa perfecta, entre la amabilidad distante y la cercanía con la que los canallas trataban a su prójimo... y con un ligero toque de superioridad que sin duda merecía lucir en sus escrutadores y vibrantes ojos azules. Él reparó en ella en cuanto puso un pie en el último peldaño. Arian se giró a su vez, y ambos la observaron con dos expresiones muy distintas.

Venetia decidió que, si aquel hombre de allí respondía a algún título nobiliario importante y lograba deslumbrarlo, no tendría nada de lo que preocuparse después. Los ya acomodados le dirigían una mirada anhelante, llena de esa admiración que no solo bebía de la importancia que venía dada por la reputación, sino de mucho más. Por el comportamiento del resto, dedujo que estaba ante una leyenda.

—Excelencia —dijo Arian—, le presento a lady Venetia Marsden, la mujer que justo estaba mencionando.

No le dio tiempo a temer el tono sólido y educado de Arian, por el que no se filtró ni una remota esperanza de amor: la sorpresa porque el caballero ante ella fuese duque la fulminó.

Dios santo. Había acudido lo más alto de la nobleza a la humilde celebración del conde de Clarence.

—Sin duda una belleza que se ha ganado el derecho, incluso la obligación, de ser mencionada. Clarence debe estar orgulloso de que también bajo techo le florezcan las rosas. —Sus ojos azules relampaguearon al tomar la mano de la mujer—. Nathaniel Blackbourne, milady. A veces duque de Sayre, a veces Blackbourbon por mi debilidad hacia el whisky americano y en caso extremo solamente Nate.

—¿Cómo desearía que lo llamase yo, excelencia?

—Como le pida la inspiración. En los labios de las mujeres, todos mis nombres suenan a misa. Sagrada, no aburrida —concretó, con una sonrisa ladeada. Dejó un beso correcto en el dorso de su mano y se dirigió hacia Arian—. He de decir que quedé impresionado cuando el señor Davenport me envió una invitación. Sabiendo lo caras que me salen las juergas, no es muy inteligente arrastrarme a una, por no mencionar lo poco dado que es a las fiestas. Debo amenazarle con el despido para que me acompañe a los clubes.

—Eso es porque en sus clubes jamás lo paso bien, Sayre —intervino Cassidy.

El duque sonrió por encima del hombro de Venetia, ubicando al vuelo al encantador hombre de cabello rubio que todos admiraban con respeto. Ella aprovechó ese cambio de pareja para dirigirse a Arian. Su objetivo era hacer la sana pregunta de cómo lo había logrado para traer al duque de Sayre a sus costas, pero se las palabras se atascaron en su garganta al verlo vestido como un conde.

No estaba mejor. Estaba distinto, y no por ello menos hermoso. Venetia no había conseguido verlo ataviado con el uniforme de aristócrata aún; el sastre se tomó su tiempo para reconstruir el contenido de su armario, y él no mostró ningún interés por estrenarlo hasta ese instante, en que lucía una camisa limpia y nueva, con los respectivos gemelos de oro, el frac distintivo, un chaleco bordado a juego con los destellos plateados de sus ojos, y una distinguida chaqueta oscura. Se notaba que no estaba cómodo con el disfraz, porque eso debía significar para él, pero destacaba de tal forma que nadie se fijaría en su postura pudiendo disfrutar de la vista.

El estómago se le encogió.

—¿Cómo...? —musitó. Envió una mirada a un lado y a otro. A su lado se desvaneció el temor a que alguien estuviera cuchicheando su nombre en una esquina—. ¿Cómo lo has hecho para que...?

—Es todo gracias a Cass. Sus amigos son importantes.

Su respuesta no fue cortante, pero el hecho de que careciera de la dulzura de otras veces resquebrajó su corazón. No supo qué hacer para recomponerlo: tanto el ánimo de él y sus sentimientos, como los pedazos. ¿Sería posible que se hubiera cansado de esperarla y hubiese usado una excusa para hacerla sentir peor? No quería pensar lo peor de Arian; eso era justo de lo que él se quejaba, y esa maldad no encajaba con su personalidad, pero no se le ocurría ninguna otra explicación.

«No es un asunto sobre el que meditar estando rodeada de personas importantes».

—Acompáñame. Quiero que me ayudes a dar la bienvenida a todos.

El terror la invadió lentamente. Ni siquiera ella supo cómo logró hacer de tripas corazón para asentir y permitir que la dirigiera. Había sido entrenada para destacar en ese tipo de eventos, y no podía sentirse más descolocada. Que Arian estuviera a su lado fue un pequeño consuelo. Nada se lo aseguraba, pero estaba convencida de que mientras estuviese con ella, nadie le dedicaría un comentario

malintencionado. Aun así, esperaba que fueran los recién llegados los que decidiesen ser benevolentes con su pasado.

Conforme fue avanzando la noche, se dio cuenta de que no había nada de lo que preocuparse. Todos estaban mucho más ocupados examinando al nuevo conde, y también entretenidos con las Marsden, como para fijarse en ella. A pesar de que se moría cada vez que pronunciaban su nombre completo, la mayoría ni siquiera pestañeaba dos veces. Llegó un momento en el que Venetia pudo bajar la guardia y empezar a disfrutar de las conversaciones, siempre memorizando los nombres y aspectos de los invitados.

Los que más llamaron su atención, además del glorioso duque, fueron James Astori, Carlone Sutton y el embajador de la Compañía Británica de las Indias Orientales, un tal Dhaval Varun que se mezclaba entre los ingleses como si allí perteneciera. Y quizá fuera así, pese a su piel dorada y su exótica apariencia. Sin duda alguna, su atractivo, igual que el de los otros dos, era el dinero que poseía. El primero era un italiano de rostro demasiado masculino, inclinado a lo neandertal —mandíbula muy cuadrada, ojos hundidos y mirada intensa—, y el segundo, un hombre de chocolate por el que Brenda se derritió nada más verlo. Tenía el cabello del color del caramelo, la piel besada por el sol y los ojos de una atractiva y llamativa tonalidad miel. Pero el encanto no residía en su belleza innegable, sino en su mirada. Dentro de aquel hombre no había órganos o sueños, sino llamaradas incandescentes.

—¿Y bien? —preguntó Venetia a sus hermanas. Brenda y Rachel escrutaban el baile con ojos calculadores y temerosos respectivamente—. ¿Habéis tratado con alguno que os pueda interesar? No olvidéis que esto es por vosotras.

—La pregunta es si yo le habré interesado a alguien —musitó Rach, con su acostumbrada pusilanimidad. Venetia fue a contestar cuando Brenda se impuso estirándose como una reina.

—Yo ya lo he elegido. Me voy a casar con el duque.

Venetia parpadeó una sola vez. Había tanta seguridad en su actitud que su primera reacción fue cabecear, dándole la razón. Un segundo después, asimiló lo que acababa de decir y la miró con recelo.

—¿Cómo dices? ¿Con el duque? Ese caballero podría desposar a una princesa, Brenda. No digo que no seas encantadora y hermosa, pero...

—No ha dejado de buscarme con la mirada desde que me ha visto —declaró—. A mí me parece más atractivo el señor Sutton, y tiene bastante dinero, pero prefiero convertirme en la duquesa de Sayre. Y por el interés que el susodicho me está demostrando, diría que es mucho más asequible que convencer al

primero. Me he presentado a Sutton y casi me ha ignorado. Luego he preguntado con discreción a una de las acompañantes del señor Warwick, y me ha dicho sin tapujos que está perdidamente enamorado de una mujer que lo desprecia. Diría que eso me da oportunidades porque podría hacerle sentir bien, pero no me gustan los hombres que ponen la otra mejilla. El duque, en cambio... —Se giró en su busca. Venetia juraría que en sus ojos brilló la morbosidad de los criminales antes de cometer un delito—. Parece que es de esos a los que les gusta jugar y hacerse el difícil.

Venetia estaba decidida a convencerla de que cambiara de objetivo. Un duque nunca sería para una Marsden. Pero al girarse hacia el caballero, reclinado a una esquina con su vaso de bourbon, se fijó en que la estaba observando con interés real.

—Dios santo —murmuró—. ¿Será posible que lo que digas sea cierto?

Brendaladeó la cabeza hacia ella. Venetia no había visto mujer tan hermosa jamás, y probablemente nunca la vería. Su hermana era un apabullante en todos los sentidos.

—Por supuesto que es posible. Si lo digo, se hace realidad, porque suelo estar dispuesta a todo para lograrlo. Me pasearé cerca de él, por si quisiera pedirme un baile.

—Brenda... Ten cuidado. Tal vez su interés en ti radique en aspectos distintos al matrimonio.

—Eso no lo dudo. Reconozco la lujuria cuando la veo; es un saber que viene incorporado en nosotras, una especie de aviso ancestral. No te preocupes, soy muy avispada y más lista que tú.

Aquello le cayó como una jarra de agua fría, pero no le sorprendió. Brenda siempre la odiaría porque le arrebató la libertad, la encadenó a una vida que un espíritu como el suyo no soportaba e hizo que perdiese los años más hermosos de su juventud. Ahora tenía veintidós y eran pocas las que se presentaban en sociedad con esa edad. Ella soñaba con una puesta de blanco ante la reina y Venetia se lo quitó con su acto impulsivo. Aunque hubiera nacido de la buena intención, no dejaba de ser un tremendo error. Brenda no soportaba que se defendiera alegando que lo hizo por ellas; jamás le perdonaría que no hubiese sido lo bastante inteligente para prever que Wilborough olvidara su promesa de matrimonio, y por ende las hubiera abocado a vivir escondidas.

Brenda se marchó con la barbilla alta. No tuvo que hacer nada para que el duque la persiguiera con la mirada.

—No te martirices —susurró Rachel—. En realidad no lo hace con mala

intención. Nunca hace nada con mala intención. Solo es egoísta y demasiado apasionada.

—Lo sé. Es como mamá. Lo único que espero es que no termine tan mal como ella.

«O como yo».

Venetia recorrió el salón con una mirada, tratando de leer los labios de los invitados, de discernir si alguno pronunciaba su nombre. Nunca había estado en un evento de ese tipo y todo resplandecía por la causa: candelabros de bronce iluminaban hasta las sombras con sus temblorosas y románticas luces ambarinas. La cubertería y las bandejas de plata con las que se servían los tentempiés estaban tan limpias que podría aplicarse sus lociones faciales sirviéndose de su reflejo. El aroma de las flores frescas —azaleas, rosas, lilas y tulipanes— impregnaba el ambiente con tolerancia, permitiendo que con él se mezclaran los perfumes de cada uno de los bailarines y conversadores. Todos estos sostenían en sus manos sendas copas de alcohol, que ocasionaron en determinados individuos un ligero rubor. También habían asistido unas cuantas mujeres, y parejas casadas, entre ellas los condes de Ashbourne —viejos amigos de Clarence y camaradas de las Marsden— para que no fuera tan evidente la razón por la que estaban allí reunidos.

Observó que Audelina charlaba con el caballero que había acompañado al duque, solo que llegó unos minutos después, y que las mellizas atormentaban a Fox y al capitán Foster, a quienes suplicaban originales historias de la mar. Brenda había encontrado a la horma de su zapato sonriendo con inteligencia a Sayre, en un rincón lo bastante apartado para charlar sobre asuntos lejanos a lo banal. Las únicas que se mantenían al margen eran Rachel y Dorothy. La segunda, feliz de no tener que mezclarse con los hombres, esas extrañas criaturas con las que no terminaba de sentirse en sintonía... Y la primera muy alicaída, por no ser lo bastante llamativa ni atractiva para que alguien se fijara en ella.

Le habría gustado detenerse a hablar con ella largo y tendido o conseguirle un compañero de baile, pero como anfitriona en la sombra, Venetia debía atender a todo el mundo. Los que ya estaban borrachos —la mitad de ellos— se habían reunido en una salita de café apartada, donde seguían besando sus elegantes copas en compañía del billar y las cartas. En torno a una mesa redonda se habían sentado Cassidy, Sutton, Astori y un caballero llamado Reginald. Este último le anunció que el lacayo ya no podía servir más vino porque necesitaba sacar otro barril de la bodega. Venetia se prestó a ir en su busca, aun cuando no le parecía que el hombre debiera dar un sorbo más.

Mientras enfilaba al recibidor en busca de Bowler, se preguntó dónde se habría metido Arian y si debía preocuparse por Brenda y su confianza en sí misma. Durante la velada había oído suficientes historias sobre el duque para definirlo como un mujeriego. Temía que fuera a comportarse como Wilborough, o como...

—...lo pretendía, pero he sufrido una inconveniencia durante el trayecto —decía una voz femenina. Provenía del acceso principal. Venetia frenó en seco y dirigió una mirada al fondo del pasillo; Bowler tomaba la hermosa gabardina oscura de una mujer. No venía sola—. Las ruedas partidas no perdonan cuando el cochero no guarda repuestos.

—¿Puedo preguntar cómo ha conseguido trasponer hasta Beltown Manor después de semejante infortunio, milady?

—El señor Carstairs cabalgaba hacia aquí cuando vio en qué situación me encontraba. Le dije a dónde me dirigía y se ofreció a traerme para luego aterrorizarme con su manera de montar.

—No corrió peligro en ningún momento, lady Kinsale —respondió una voz lánguida—. Pero entienda que ya íbamos con retraso, y no me gusta llegar excepcionalmente tarde.

La curiosidad guio los pasos de Venetia antes de pensarlo dos veces. Tal y como había dicho el hombre, llegaban demasiado tarde para tratarse de unos invitados corrientes. Enseguida hiló casualidades y comprendió que al menos uno de ellos no lo era.

Bastian Carstairs tenía los ojos del color de las heladas durante la aurora; de un extraordinario celeste violáceo que se intuía ya en la distancia. Contrastaba frente a su oscura y cerrada barba, cuidada lo suficiente para denotar que se preocupaba por su físico, aunque no hasta el punto absurdo de ciertos figurines. Tenía la piel tostada y una sonrisa que guardaba todas esas historias que una mujer querría conocer pero que nunca le serían contadas. No guardaba ninguna clase de parecido con ninguno de los otros hermanos, y entonces recordó que había salido enteramente a su madre.

Carstairs la detectó al instante, como si su estuviera hecho para captar las miradas femeninas. La que le dedicó la dejó con un vacío extraño en el estómago. No había chocado con unos ojos tan intensos, jamás. Y debió ser esa intensidad lo que llamó la atención de lady Kinsale, que se giró hacia ella. Debía rondar los cincuenta años de edad, pero era bella como un amanecer. Tenía el cabello blanco y unos ojos nacidos de la borrosa calina que se levantaba entre las montañas; esa que tenía el poder de eclipsar cualquier color externo.

Algo en ella estuvo a punto de hacerla estremecer.

—Buenas noches —saludó lady Marian, con su voz aterciopelada. Se aproximó para saludarla con propiedad—. Usted ha de ser lady Venetia. Lamento muchísimo haber llegado a tan altas horas de la noche y sin haber recibido invitación, pero no podía resistirme a conocer al honorable caballero que ahora ocupa la vivienda de mi hermano. Soy la marquesa viuda de Kinsale, lady Marian de Lancaster. En mis tiempos de soltera fui Marian Bellamy.

Venetia se apresuró a responder su saludo. Al principio había quedado maravillada con su distinguido aspecto, y, después, con su exquisita educación... Pero en cuanto asumió lo que significaba su aparición estelar sin invitación, y recordó que en los tres años que había vivido con su Clarence no la había visto ni una vez, sacó como conclusión que no podía traer nada bueno.

Los ojos de aquella mujer no podían brillar de esa forma por casualidad. La expectativa de conocer a Arian era mucho mayor que la de un simple curioso.

—¿Dónde puedo encontrar a milord? —inquirió, escrutándola con circunspección—. Espero que a estas alturas no esté demasiado afectado por la bebida para charlar conmigo.

—¡Bowler! —exclamó el rey de Roma. Apareció caminando a paso ligero—. Te estaba buscando. Reginald y los demás están impacientes por... ¿Bast?

Bastian estiró cruelmente las comisuras de sus labios. Así creó una sonrisa llena de espinas.

—Dudo que Reginald y sus amigos, sean quienes sean, estuviesen impacientes por recibirme.

Le habría gustado tener varios ojos para poder embeberse del abrazo en el que se fundieron, sin ninguna vergüenza o reparo, y para también supervisar el comportamiento de lady Kinsale. Esta debió sentirse observada y juzgada, porque no modificó su postura ni hizo ningún comentario, aunque sí repasó a Arian con una profunda mirada evaluadora. Había algo más en sus ojos... Un sentimiento que no supo definir pero que intuía de una visceralidad apabullante.

Arian se giró hacia la susodicha tras palmear la espalda de su hermano, al que por supuesto no presentó como tal.

—Usted debe ser lord Arian Varick —pronunció ella, casi sin voz—. Estaba ansiosa por conocerlo.

Arian detectó también —y con extrañeza— el tinte singular del que estaba teñida su voz; la forma en que se dirigía a él, como si estuviera esperando más que un beso en el dorso de la mano. Con una arruga en el ceño, y pensando en las palabras a utilizar, tomó su brazo con delicadeza y la saludó.

—¿De veras? No pensé que fuera tan famoso. ¿Con quién tengo el placer de tratar?

—Lady Marian de Lancaster. Su tía por parte de padre.

Arian elevó las cejas. Si bien había pasado toda la noche comportándose como un auténtico caballero —excepto por algunos aspectos mejorables—, su expresividad facial era capaz de echar por tierra todos los esfuerzos. Se notó que le incomodaba la presentación; que incluso le molestaba mirar a la cara a la mujer.

—¿Cómo ha sabido que andábamos de celebración, milady?

—El ama de llaves, la señora Milton, tiene la deferencia de enviarme un número de cartas anuales para informarme del estado de la propiedad. Mientras vivió mi hermano también lo hacía, aunque para indicarme si su salud mejoraba o empeoraba.

—Perdóneme por el atrevimiento, pero si quería conocer el estado de salud de su hermano, ¿por qué no vino a visitarlo? Lancashire no queda muy lejos de aquí —apuntó Venetia. Ella misma se quedó horrorizada por lo que acababa de decir.

Lady Kinsale estaba tan absorbida por Arian que ni siquiera escuchó el reproche.

—¿Por qué motivo quería que la tuviesen tan informada? —inquirió él.

—Me preocupaba que sus dolencias fueran a peor.

—O a mejor —propuso con suavidad, pero con un fondo de desconfianza palpable.

Lady Kinsale sonrió con suavidad y entrelazó los dedos sobre el regazo.

—¿No va a invitarme a pasar?

Arian dudó unos segundos adrede. Venetia le había enseñado aquello: a mostrar su desacuerdo con pausas silenciosas. Más por ofrecer una alternativa a los puñetazos y las puñaladas que porque quisiera animarle a usarlo.

—Por supuesto —dijo, con una sonrisa falsa. Hizo un gesto hacia el pasillo—. Beltown Manor es toda suya.

Lady Kinsale lo agradeció con una escueta reverencia. Le costó despegar los ojos de Arian, pero al fin lo hizo y desapareció en el salón acompañada de Bowler.

—Si hubiera sabido quien era, la habría dejado morir de frío en medio del camino —comentó Bastian con naturalidad. Venetia estuvo a punto de sonreír. «Ya veo en qué se parecen»—. ¿Crees que dará algún tipo de problema?

—Ya lo averiguaré estos días. No me corre ninguna prisa encasillar a nadie

como el villano. Pretendo disfrutar un poco de la paz después de las guerras que ha habido por aquí estos últimos meses —respondió, mirando a Venetia de reojo—. ¿Buscaba algo, milady?

Estaba tan poco acostumbrada a que Arian se dirigiera a ella en esos términos que tardó en comprender que se trataba de ella. Se cuestionó si alguna vez la había llamado «milady», aunque fuera sin querer.

—Sí... Iba a pedir que subieran unos barriles de la bodega.

—Yo me encargaré de eso. Bast, ven conmigo. Creo que te interesará elegir el licor que pondremos sobre la mesa. Usted puede regresar a la fiesta, lady Venetia.

Ella tragó saliva. Se le ocurrían muchas formas de responder a eso dejando claro lo que le producía ese nuevo y despreciable trato cortés, pero no tenía derecho a ofenderse. Por fin se refería a ella como debía ser. ¿Por qué iba a molestarle?

Porque después de la intimidad compartida, no quería que hubiera ninguna distancia entre los dos.

Le empezó a doler el estómago. Ni siquiera sabía mantener el interés de un hombre por más que unos meses. No debió desearla como Venetia lo hacía, porque ella habría renunciado a su condición por tal de pasar una noche a su lado. Incluso aterrorizada por lo que pudiera suceder. Pretendía abandonar sus esperanzas de futuro, sus principios y su integridad como mujer para calentarle la cama: se lo dijo. No con esas palabras, pero se lo dijo. Estaba despuesta. Y él tenía el valor de decir que no lo respetaba o quería lo suficiente. ¿Acaso tenía una ligera idea de lo que todo eso significaba para ella?

Obedeció su sugerencia forzosa regresando al saloncito, tensa y desesperada. El corazón le suplicó ir tras él, pero su indiferencia la estaba matando. Tenía carácter de sobra para gritarle, para indignarse y ofenderlo, pero no para pedir otra oportunidad. Porque pedir esa oportunidad significaba salir de su encierro, y aunque a su celda no llegara la luz del sol, al menos estaba a salvo. Con él no sabía si podría estarlo. Le estaba ofreciendo el lugar de amante, y las amantes solían irse por donde vinieron. No soportaría que la echara de su lecho, y ahora comprendía que tenía razones para estar asustada. Si ya dolía que la apartase sin más, si la abandonaba después de una noche se volvería loca.

Inspiró hondo y accedió a la salita ocupada. La partida de cartas seguía al margen del baile. Cassidy se había retirado para conversar con el duque. En torno a la mesa quedaban Reginald, Astori y Sutton, además de un par de hombres que le tomaron el relevo a los que dejaron su asiento libre.

—El conde en persona está seleccionando el vino que se va a servir — anunció, mirando a Reginald. Este reía por lo bajo mientras observaba sus cartas —. No tardará en subir.

—¿Ha ido él mismo a la bodega? —inquirió Reginald—. Es, desde luego, un aristócrata de lo más pintoresco. Extraña que teniendo tantos sirvientes no les dé utilidad.

—Nadie dice que el gesto de bajar las escaleras sea símbolo de benevolencia hacia los criados. Yo no permitiría que cualquiera degustara mi vino —comentó Sutton, sin levantar la vista de los naipes.

—A mí tampoco me parece un acto especialmente revolucionario —acotó Astori con sequedad.

—Oh, vamos, quizá no sea un personaje por eso, pero no vais a negarme que es un tanto especial.

—No es tan desagradable como otros nobles que me he cruzado —habló Sutton—, lo que hace que no parezca un noble en absoluto, si es ahí a donde quiere llegar.

—Exacto —apostilló Reginald. Dejó las cartas sobre la mesa y miró hacia Venetia—. Es innegable que aunque Beltown Manor parezca una vivienda al uso, no la habitan los prototípicos caballeros... como tampoco las prototípicas damas, si es que se pueden llamar así.

Venetia se tensó en el acto, al igual que James Astori. Este elevó sus fríos ojos de la alfombrilla verde donde tenía apoyados los codos.

—Allí de donde vengo, no solo se les puede llamar damas a las damas, sino que es una obligación tratarlas como tal.

—Pero tú vienes de Italia, y allí las normas son menos estrictas. No dudo que en tu ciudad natal permitirían que una mujer de baja reputación se pasease por un evento de esta categoría.

—¿De qué mujer de baja reputación habla? —inquirió Sutton, haciendo gala de una cortesía fascinante—. No he tenido la suerte de cruzarme con ninguna y he saludado a todas las invitadas. Me habrá faltado alguna.

Venetia quería salir de allí, pero sus pies echaron raíces. Un zumbido se instaló en su oído en cuanto Reginald le dedicó una mirada lujuriosa.

—Venga aquí, querida. Parece que el señor Sutton no ha tenido el placer de besar su mano... —Estiró el brazo y la cogió del suyo, más fino y pálido—. Vaya, qué piel tan suave.

Venetia no reaccionó enseguida. Quedándose paralizada dio a entender que le complacía que deslizara su guante fuera del sitio. Cuando fue a sacudírselo sin

elegancia, él ya se había puesto de pie, tambaleante, con el objetivo de acorralarla.

—Haya sido adrede o no, celebro que el conde se haya animado dotando de compañía femenina estas magníficas semanas festivas. Por lo que ahora veo, las fulanas de la capital no son ni la mitad de apetecibles que las del norte.

Ella tragó saliva.

—Se está confundiendo conmigo, milord. Debería disculparse por lo que insinúa. No estoy al servicio de...

—Por supuesto que no me he confundido. Se habla de los ojos verdes de la Venecia de Wilborough a lo largo y ancho de Inglaterra. No se haga la remilgada... —susurró—. Llevo encima suficiente para pagarle todo el mes. Desde que la he visto no he dejado de pensar en usted calentando mi cama.

De repente el silencio se había hecho en la sala. Casi todos estaban borrachos y algunos se atrevían a reírse, conformes con el trato de Reginald. Sutton y Astori no estuvieron de acuerdo y se pusieron de pie, pero no pudieron evitar que el hombre la besara en la mejilla y añadiese:

—Vas a disfrustar tanto conmigo... Estaré esperándote en la última habitación. Quiero que traigas...

Nunca sabría qué quería que trajese. Un segundo, Reginald estaba sobre ella, y al siguiente solo quedaban los vestigios de su aliento calentándole cuello. Enfocó la vista y observó que Arian estaba allí. No sabía por cuánto tiempo, solo que había escuchado algo lo bastante desagradable para actuar. Sostenía a Reginald por la perchera de la camisa cuando hizo lo que Venetia más temía: dar una muestra de su comportamiento menos cortés. Le propinó tal puñetazo que el hombre fue a parar al suelo de un golpe seco. Su exclamación ahogada fue adornada por la sorpresa de los que estaban de su parte, y que miraron a Arian con los ojos fuera de órbita.

Arian ni se percató de eso. Se pasó la mano por la barbilla mientras observaba al hombre caído con las narinas dilatadas. Estaba tratando de calmarse, pero su ritmo cardíaco se había disparado. Todos asistían a la escena en sepulcral silencio, horrorizados. Venetia temió mucho antes lo que sería de él que lo que podría haber ocurrido.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Estaba tan segura de que allí acabaría todo y de que era el fin —y de que ella era la culpable—, que no supo cómo reaccionar.

Entonces se oyó un suspiro lejano, cargado de cansancio. Venetia movió la cabeza hacia la esquina, donde el duque jugaba con el borde de su chaleco con

aire despreocupado.

—Yo habría hecho lo mismo.

Fue ahí cuando Venetia, entre la estupefacción y la vergüenza, acertó a comprender el poder que tenía un hombre de su clase sobre los demás... O quizá solo ese hombre en particular. Hubo una pausa después de su intervención que todos usaron para digerir el desarrollo de los hechos. Después, todos soltaron el aire en una carcajada, y lentamente se fueron reanudando las conversaciones. Incluso Reginald, tendido en el suelo, sonreía cuando lo ayudaban a incorporarse.

Pero ni Venetia ni Arian fueron capaces de unirse al jolgorio. Los dos compartieron una mirada. Ella se mordió el labio con fuerza para contener un sollozo, y él cerró las manos en un puño.

Venetia musitó un «disculpadme» en voz tan baja que nadie lo oyó, y salió de allí con paso acelerado.

Arian la siguió pisándole los talones.

Capítulo 24

Había aprendido a distinguir sus pasos de los del resto, y eso era una señal de intimidad. Venetia sabía cuándo era Dorothy la que empujaba la puerta, quién de todas hacía ruido al sorber el té, y, si todas estaban leyendo, con los ojos cerrados señalaría a la que pasaba las páginas doblándolas en lugar de tirando de la esquina. Apostaba cualquier cosa a que ese andar apresurado y nervioso pertenecía a Arian. ¿Qué otra persona habría salido en su busca después de semejante espectáculo?

No quería que la viera llorar. Bastantes veces la había atrapado ya en esa tesitura, y no estaba en condiciones de defenderse. Fuera cual fuera el propósito de su persecución, rezaba porque no la alcanzase. Pero eso no iba a ocurrir. Ni en ese mundo ni en ningún otro.

Una mano grande se cerró en torno a su brazo. Con una facilidad alarmante, y sin emplear ninguna fuerza, Arian logró darle la vuelta y apoyarla con suavidad contra la pared paralela al pasillo. Si alguien los cazara en esa postura y entre la oscuridad entremezclada con las tenues luces de las lamparillas, reafirmaría la verdad en las palabras de Reginald. No era más que una buscona que se dejaba querer por cualquiera.

Solo que él no la estaba mirando como tal. Y él nunca sería «cualquiera».

No sabía qué esperaba de Arian, pero le sorprendió toparse con una mueca de pavor.

—Déjame, te lo ruego —balbuceó—. No tendrías que haber hecho algo así. Aunque estén demasiado borrachos para recordarlo, tú... Esto no te lo perdonarán.

—Imagino que no, dado que en primer lugar no se me ha pasado por la cabeza pedir disculpas.

—Deberías. Te has comportado como un...

—Animal —concluyó—. Dilo. Como un animal.

Venetia apartó la vista, aunque no por mucho tiempo. Sí, era un animal. Podría vestir con elegancia y mejorar sus modales; podría moderarse y tener una actitud servicial... pero siempre sería un animal. Había algo en el conjunto de sus rasgos que impedía que lo viese como un hombre corriente. Un brillo sagaz... o quizá una sombra salvaje. Estaba implícito en su actitud, en su esencia, en todo

lo que no se veía, pero se sentía. Y ahora se le veía más desgarrador y primitivo que nunca.

—Solo les has dado la razón. Al defenderme de esa forma se habrán dado cuenta de que te importo, y habrán hecho sus conjeturas. Ya dará igual si me pongo tu vestido o rechazo tu propuesta... Estarán convencidos de que soy tu amante.

—Siendo mi amante estarás mucho más protegida que solo viviendo bajo mi techo. Nadie se atrevería a decirte nada.

Venetia lo miró a través de las lágrimas.

—¿Estás volviendo a poner las cartas sobre la mesa? Porque yo no puedo soportar este ritmo, estos constantes cambios de opinión. Quiéreme a todas horas o no vuelvas a quererme nunca, pero no hagas y deshagas a tu conveniencia. Yo no puedo vivir así.

—¿Y crees que yo sí?

Las palabras se le atascaron en la garganta. Tuvo que tragar saliva para continuar.

—Mi oferta sigue retirada. Nunca volveré a decirte nada parecido. —Dio un paso atrás, tambaleante, y le sostuvo la mirada fuera de sí. Pareció batallar contra sí mismo antes de preguntar, al fin—: ¿Yo sonaba así? Dime la verdad.

—¿Cómo?

—¿Sonaba tan asqueroso al hablarte de mis sentimientos? Me he visto a mí mismo en cada palabra de Reginald y me he odiado tanto que no sé cómo puedo mirarte ahora a la cara.

Venetia se abrazó los hombros.

—¿De qué estás hablando?

—Hablo de que yo también te he invitado a mi habitación y lo he creído legítimo hasta que él me ha parafraseado. Entonces he sentido... —Meneó la cabeza—. ¿He sido yo tan invasivo y repugnante contigo?

Lo vio pasarse las manos por la cara. Estaba tan pálido que parecía haber enfermado, y el contraste con sus nudillos amoratados por el duro golpe no ayudaba a mejorar esa apariencia de mártir. Nunca lo había visto así y no supo cómo consolarlo, porque una negación no fue suficiente, y siendo sincera, sus pasionales declaraciones no fueron mucho más halagadoras. También la frustraron, le hicieron daño y se sintió como una furcia de segunda. Pero no era lo mismo porque parte de ese dolor bebía de no poder decirle que sí. A Reginald, en cambio, jamás lo habría aceptado.

Así quería expresarlo, pero él no lo permitió. Arian se acercó, renqueando, y

la cogió de las manos con fuerza.

Se arrodilló. Arian se arrodilló delante de ella, y ella se quedó sin aliento al comprender la intencionalidad del gesto.

—Por Dios, levántate. No es necesario. Estoy acostumbrada a que me traten así.

—No lo estás, y si lo estás es por mi culpa. Cada vez que he abierto la boca, desde el momento en que te conocí hasta ayer mismo, te he tratado como si fuera tu obligación calmar mis ardores. Te hice llorar y aún tuve el valor de ofenderme.

»No soy mejor que él. Lo siento tanto. Aunque estuvieras acostumbrada, no querría ser como ellos. No querría. Perdóname.

—Arian, por favor...

Quiso decir que no era la misma situación, pero lo era. La había avergonzado y humillado al hablarle como si ella debiera hacerse cargo de sus íntimos deseos. La había rebajado a una categoría a la que nunca podría pertenecer. Y por mucho que la atrajera, no cambiaba nada. Solo que, a pesar de sentirse como una cortesana y odiar la sensación con toda su alma, regresaba a él. Dejaba que la tocara.

No la habían preparado para la atracción que sentía por él y eso solo ponía una carga mayor sobre sus hombros. Dolían sus groseras formas de acercamiento... y dolía que no podía manejar estar obsesionada con un hombre que la trataba de una forma detestable.

—Lo siento —repitió él. Besó el dorso de sus manos atrapadas, y respiró muy hondo antes de intentar ponerse en pie—. Juro por mis hermanos que no volveré a hablarte de esa forma.

—En ese caso yo también debo disculparme. No te he tratado bien. Tú... Simplemente no te dabas cuenta. Te lo ruego, no le des mayor importancia. Por lo menos, no ahora. Lo último que necesito es... —Tragó saliva y apartó las manos de las de él—. Me gustaría tener permiso para retirarme a mi alcoba.

Arian asintió en silencio. Una sombra de decepción oscureció sus ojos, y con ello entendió que necesitaba mucho más que eso para dejar de sentirse culpable. Pero Venetia no sabía cómo tranquilizarlo sin mentirle.

Arian la tomó de la mano de nuevo, esta vez con suavidad, pasando el pulgar por el dorso de su mano. La caricia de su mirada centelleante detuvo sus signos vitales. Cuando habló, lo hizo con el corazón en los labios.

—Solo deseo que sepas que mi intención nunca fue ultrajarte, y que Reginald y yo deseamos cosas muy diferentes. Tú me importas —susurró,

apasionado—. No sé por qué, ni qué significa, porque nunca he sentido la necesidad de complacer a alguien... Pero nada me llenaría tanto como verte feliz. Y si en algún momento me propasé al expresar mis sentimientos... Fue porque creí que yo podría conseguirlo; que yo podría hacerte feliz.

Venetia derramó una lágrima al parpadear. Él la atrapó con la yema del índice.

—Para ser feliz necesitaría mucho más que el calor de un hombre.

—Supongo que ahí también estaba pecando de ingenuo y egocéntrico, porque desde que te vi supe que a mí me bastaría con el tuyo para deshacerme de las cargas que me llevan acompañando toda la vida. —La soltó como si le doliera—. Puedes retirarte. La mayoría de los invitados lo entenderán. Cass ha invitado a gente muy decente.

Venetia forzó una sonrisa.

—No esperaba menos de él.

Arian no añadió nada más. Por una vez se despidieron sin dejar con la palabra en la boca al otro. Compartieron una intensa mirada, y luego él dio la vuelta en contra de su voluntad, como si una garra espectral lo estuviera empujando hacia Venetia y debiera pelear contra ella. Observó su caminar cansado y sus hombros tensos al regresar a la salita, y esperó a que el denso y pesado silencio impregnara el pasillo para dejar ir un suspiro entrecortado.

Pudo contener las lágrimas mientras subía las escaleras, pero en cuanto estuvo protegida de miradas desconocidas en el corredor de su dormitorio, se rompió de nuevo. Con las manos encogidas contra el pecho y la cabeza apoyada en la pared, sollozó sin hacer ruido.

Los recuerdos hacían más daño que las balas. No tenía que hacer memoria para vivir los desprecios de Wilborough, las muecas torcidas o llenas de lástima con las que los criados de la antigua casa la despidieron; el cambio de actitud de los pretendientes que Clarence buscó para ella en cuanto decía su nombre completo... Y, ahora, Reginald.

No tenía fuerzas para pensar en lo que le depararía el día siguiente. Procuró mantener la mente en blanco mientras, con ayuda de la doncella, se quitaba el vestido. Cuando estuvo en ropa interior, envió una mirada entre recelosa y anhelante al armario. Fue como si pudiera atravesar las puertas y ver, oculta bajo las que sí eran decentes, la tela roja del vestido de Arian.

Suspiró y se dejó poner el camisón mientras pensaba en lo mucho que la ofendió el regalo. Y en lo mucho que le gustó a la vez. Soñaba con desprenderse de todas esas normas que cada vez le parecían más estúpidas, de la culpabilidad

por tener sentimientos, y entregarse a la libertad de decisión. Lo primero que haría si no estuviera encadenada, sería ponerse aquel vestido e ir a buscar a Arian. Él no la había hecho sentir bella, única y preciosa como clamaba el romanticismo de los poemas, pero hizo que ciertos insultos, que determinados comentarios que podrían haberla herido, se convirtieran en lo que necesitaba oír. Arian no había construido un refugio en torno a él, sino un escudo, una realidad aparte. Y Venetia aún estaba decidiendo si lo usarlo para protegerse del revés humillante de sus declaraciones, quedándose así con el lado genuino y hermoso. Aún no sabía si poner los dos pies en el mundo en que él vivía, donde el hombre debía ser fiel a sí mismo antes que obedecer ninguna norma.

En cuanto la doncella salió de la habitación, Venetia dirigió una mirada elocuente al secreter. Allí guardaba, como oro en paño, los fragmentos de poemas que le había dedicado. Nada comparado con el discurso conmovedor de la última vez.

«Yo soy ese vestido, mujer... Si quieres llevarme contigo, hazlo. El problema no somos ni tú, ni yo. No hay nadie mirando y no lo habrá».

Había aceptado antes de que él cambiara de opinión. Lo que significaba que, si no hubiese dado un paso atrás... Quizá esa noche estaría durmiendo a su lado. Acompañada. Segura. Llena. Mentiría si dijera que los segundos que duró su relación, llenos de besos interrumpidos por un comentario, no fueron los mejores de su vida. No había conocido a nadie que supiera hacerla olvidar sus miserias. Nadie que, con una simple caricia, pudiera enternecerla.

Él por fin la había comprendido. A través de Reginald supo lo doloroso que era cualquier insinuación de ese tipo. Eso les acercaba y en cierto modo se sentía eufórica, aunque no lo suficiente para cegarla. Aún faltaba que ella diera un paso hacia delante. Aún debía entender por qué dijo que se veía indigno, que estaba manchado.

Miró al reloj de pared. Era escandalosamente tarde: la fiesta habría concluido mientras ella daba vueltas a la habitación.

Inspiró hondo y se cerró la bata de satén blanco echando un nudo a la cintura.

Era arriesgado ir a verlo. Muy arriesgado. Pero lo necesitaba.

Empujó la puerta y miró a un lado y a otro. Su habitación estaba en el ala este, junto la del resto de los invitados; en la oeste dormía Arian. Se decidió así para alejar lo máximo posible al caballero de las muchachas, como era lo conveniente. Por fortuna, y al haber prescindido del dormitorio principal —el que Clarence ocupó—, le quedaba mucho más cerca. Podría alcanzar su alcoba

sin temer un cruce desagradable.

Venetia se deslizó con sigilo. Estar descalza ayudó a que la alfombra amortiguara sus pasos. Nunca había hecho una travesura, y aquello no podía considerarse como tal porque, si era cazada en medio, las consecuencias serían más que nefastas... Pero ella sonreía de todos modos, porque por fin estaba haciendo algo mal por voluntad propia.

Durmió con Wilborough porque así lo eligió, pero no lo deseaba. Aquello era otra historia. Una muy distinta.

Se detuvo delante de la puerta, rogando por no haberse equivocado. Tocó con los nudillos. Estaba entornada y cedió por el peso del puño, invitando a echar una ojeada a través del espacio liberado. Arian justo se dio la vuelta.

Ella retrocedió por instinto al advertir su desnudez de cintura para arriba.

—¿Quién es?

La certeza de estar buscándose la ruina la golpeó con saña. ¿Qué estaba haciendo ahí? No hacía ni unas horas que se deshacía en lágrimas y le negaba el perdón al hombre y ahora lo visitaba en su alcoba a oscuras. Se había vuelto loca, loca de remate... Pero no hubo vuelta atrás. Arian abrió la puerta y la cazó allí de pie, con las sudorosas palmas sobre el vientre.

—Eres tú.

Se le encogió el estómago, y un segundo después, se relajó tanto que podría haberse desmayado. Ese «tú» había recogido todos los milagros datados hasta la fecha. Así no podía sino sentirse bienvenida.

Tragó saliva.

—Quería hablar contigo.

La inseguridad se adueñó de su semblante.

—¿Aquí? —dudó. Venetia vaciló antes de asentir.

—Confío en que no harías nada que no quisiera, y aquí no nos interrumpirían.

Arian frunció el ceño y abrió la boca con toda la intención de reprochar, pero o estaba demasiado cansado o se tomó en serio su juramento, porque al final suavizó sus maneras.

Se apartó de la puerta para que pasara y la cerró.

Venetia apreció que no había ni una lamparilla encendida; solo velas derritiéndose en puntos estratégicos del modesto dormitorio. Era muy pequeño,

pero estaba bien aprovechado con muebles sencillos acoplados a las paredes. Le sorprendió que la cama fuese individual.

—Todavía desconfío un poco de las lámparas, si es eso en lo que estás pensando —murmuró él—. Antes solía apañarme con velas, y la verdad es que sea por costumbre o por estética, me gustan más.

—No es una habitación digna de un conde.

—Pero sí es digna de Arian Varick.

Se miraron a los ojos con cierto desafío, esperando a ver quién cedía antes. Venetia se rindió al comprender que no hablaban de lo mismo. Nunca le reducirían a la figura de «conde» porque era mucho más que un título. Era una personalidad.

—Me pondré una camisa encima.

—No es necesario. Si así es como estás cómodo... No quiero molestarte.

Arian permaneció quieto y recio como una estatua. Había una distancia absurda entre los dos, pero Venetia lo agradecía porque así podía admirarlo de la cabeza a los pies. Estar a solas con él, y más de esa guisa, la ponía tan nerviosa como también la excitaba de un modo criminal. Cruzado de brazos, tan alto e imperturbable, teñido por el reflejo de las llamas ondulantes, parecía el dios Sol.

—¿Y qué quieres, mujer? —interrogó con voz ronca.

Ella descartó la posibilidad de tomar asiento.

—Quiero darte la oportunidad de explicarme por qué te crees manchado. Dijiste que te la negué y te convertí en alguien miserable antes de conocer la historia y tenías razón. Por eso deseo que me informes.

—Entonces es así como funciona.

—¿El qué?

—Me disculpo y tú te disculpas.

Venetia se tensó.

—No estoy aquí porque sienta que te lo deba.

—Pero no negarás que tienes un gran sentido del deber.

—Contigo no aplica —soltó a la defensiva, sin moverse.

Arian fue esbozando lentamente una sonrisa.

—Eso era justo lo que quería escuchar.

Bajo su recelosa mirada, Arian se dejó caer sobre uno de los butacones. Con la espalda pegada al respaldo y las rodillas separadas, parecía un rey después de un banquete, cansado y satisfecho. Las velas arrancaban falsos destellos dorados a su piel pálida. Venetia no quería mirar su torso; su comportamiento ya era bastante libertino como para permitirse un vistazo a un lugar prohibido, pero no

podía resistirlo. No tenía modales en presencia de aquel hombre, y su pecho, casi falto de vello y trabajado, suponía una visión demencial.

Temblaba porque tenía frío. No dejaba de ser invierno. Pero también se moría de calor.

Arian ladeó la cabeza, convenciendo a un mechón de acompañarlo en el movimiento.

—¿Qué quieres saber?

—Lo que tú desees contarme —respondió, tras un instante de duda—. ¿Dónde vivías?

—Depende. Esta última década he dormido en posadas y burdeles. Antes de eso me aprovechaba de la bondad de los curas para colarme en la parroquia, pero descubrieron que les robaba y no pudieron perdonarme. Siendo un crío, con unos nueve y diez años, en fuertes que otros niños y yo levantábamos en la calle.

—¿En la calle? ¿Solo? ¿Dónde estaba tu madre?

—¿Dónde estaba mi padre? —contraatacó.

Ella se ruborizó.

—Ya sé dónde estaba Clarence. Por eso no lo he mencionado. No pretendía echarle la culpa a ella.

—Pues deberías, porque la tiene. Yo pasé mucho tiempo dándole el beneficio de la duda. Más que nada porque conservaba algunos recuerdos de ella. Muy... abstractos. Imprecisos—deletreó, con el ceño fruncido. Tenía los ojos clavados en la alfombra—, pero ahí estaban. Ahora me doy cuenta de que no recordarla dándome una paliza no la hace buena madre.

—¿Qué tipo de recuerdos tienes?

—Mi mano enganchada en su pelo. Era del mismo tono que el mío. También recuerdo que me hablaba como si me amara. Me llenaba la cara de besos. Creo que olía a jabón y a lavanda... Nada más.

»Hasta los veinticinco, más o menos, me aferré a la esperanza de que estuviera muerta. No la quería culpar de mis dificultades. Pero enfrenté a Clarence y no quiso hablarme de ella. Solo me dijo que viví a su lado hasta los cinco años, y que después él me llevó donde pudieran cuidarme mejor. Que no dijera nada de mi madre hizo que me temiese lo peor.

Venetia asintió en silencio.

—¿Cómo coincidiste con Clarence?

—Descubrí que él era mi padre gracias a Bast. Ya te dije que mi hermano pequeño entró en mi vida cuando yo tenía veinte; me costó muchísimos años encontrar el valor para buscarlo. En parte tardé porque nadie quería

acompañarme. Bastian es demasiado orgulloso. La madre de Cassidy y Clarence tenían un acuerdo, que era que nunca lo contactarían, ni para pedir dinero ni para exigir que cumpliera sus obligaciones como padre... Y a Fox, simplemente, no le importaba. Supongo que porque ellos, dentro de lo que cabía, vivieron bien. Estuvieron arropados por la mitad de la familia. La madre de Fox puede ser una bucanera, pero quiere a su hijo más que a nadie en este mundo; igual sucede con la de Cass. Bastian es otro asunto en el que prefiero no ahondar. Concluycamos que, aunque mal acompañado, tenía a alguien. Yo no. Y quería saber por qué.

»No me resultó muy difícil averiguar dónde vivía cuando estaba en Londres. Me hice pasar por mensajero, aprovechando que Cassidy tenía contacto con él por temas comerciales. Estuve diez minutos increpándole en su propio despacho. Fue divertido.

—¿Divertido? —repitió, incrédula.

Arian apoyó los antebrazos en los muslos y se frotó las manos durante unos segundos. Luego levantó la vista de allí y se la quedó mirando, como si no supiera si decirlo o no.

—No te lo vas a creer —añadió en voz baja—, pero me alegré de verlo. Me tuve que aferrar a mis años dando bandazos para no romper a llorar y suplicar que... —Tragó saliva—. El aislamiento puede volverte loco. Fue una suerte que pasara antes unos cuantos años con mis hermanos, que me enseñaron lo que era la calidez de un hogar, o habría entrado arrastrándome por un poco de aprecio. Mugiendo como el animal que crees que soy.

—No creo que seas un animal, solo que tienes un lado animal. Y no lo veo como un defecto.

—Yo no dudo que lo sea. —Sonrió con humildad—. Pero ahora estoy y soy mucho mejor.

Venetia desvió la mirada, sobrepasada por la tristeza con la que se dirigía a ella.

—A los cinco años, como te digo, me entregaron a una pareja trabajadora que vivía muy cerca de la cloaca de Camden Town. Puedes imaginarte cómo me sentí cuando te respiré la primera vez. Había probado el aire limpio muy pocas veces antes de llegar aquí. Tu olor era la cosa más exquisita que había paladeado jamás.

—No estábamos hablando de mí —susurró con suavidad—. Mencionabas a una pareja.

—Sí... Él era el peón de una fábrica textil. Se suponía que ella no debía trabajar, pero no había suficiente dinero para mantenernos, aun con la asignación

de Clarence. Acabó solicitando un puesto como pulidora de metales.

»No recuerdo mucho esa época, solo que cuando Clarence venía a supervisar me trataban bien. La preocupación le duró poco, porque semanas después de la entrega, cuando cumplí seis, él dejó de venir y a mí me pusieron a deshollinar chimeneas. A los ocho ya era demasiado alto para colarme en las chimeneas y me trasladaron a las minas de carbón.

»Huí de casa cuando me dieron el primer golpe por rebelarme. Podía soportar que no me quisieran. Podía soportar que me hicieran daño. Pero no que disfrutaran con ello. Incluso con mi limitada visión del mundo y lo interiorizado que tenía que el ser humano era pérfido por naturaleza, sabía que el señor y la señora Watson eran auténticos sádicos. Y yo jamás he sentido que mereciera semejante trato. Ni por un solo segundo. Así que me marché, a riesgo de pasar el resto de mi vida vagando por la ciudad.

»Eso fue lo que hice. Vagar. Y lo que eso conllevaba. Éramos muchos huérfanos pobres. Esos fuertes que construíamos servía para protegernos de la lluvia y las amenazas nocturnas. Pero cuando llegaba el invierno, veía morir a los desnutridos y a los que aún eran muy pequeños.

—Dios santo.

Arian la miró con una mueca inexpresiva.

—Nunca los lloré porque nunca los quise. Lo intentaba, pero estaba tan lleno de desprecio hacia el mundo que solo podía pensar en su debilidad. En lo poco que hacían para intentar seguir vivos. Eran enclenques, pusilánimes... No merecían nada de mí. Estaba demasiado ocupado buscándome la vida para salvarlos a ellos. Ya ves que aprendí a ser egoísta muy joven.

—No te quedó otro remedio.

—Esa es la moraleja. No tenía otra opción. Desde que me levantaba hasta que me acostaba, las decisiones estaban tomadas por mí. Tenía una sola muda: no podía elegir entre el chaleco brocado o el de dibujos romboidales. No podía elegir entre el croissant o los bollitos de limón: tenía que pasar hambre y esperar que hubiera suerte y el tendero se apiadara de mí para regalarme los restos de pan duro. Solo podía elegir entre estar vivo o muerto, y siempre he sido demasiado orgulloso para dejarme matar.

Ella respiró varias veces antes de hablar. Seguía de pie, en medio de la habitación.

—Si yo hubiera estado en tu lugar, no habría intentado vivir. Todas las mañanas me habría esperado la misma miseria, y no soy tan optimista para haber pensado que algún día cambiaría.

Sus ojos relucieron como el revés de un cuchillo.

—En torno a eso que has dicho gira la gran pregunta que me he hecho desde que tengo memoria. ¿Por qué? ¿Por qué me tomaba la molestia?

—Lo has dicho. Eras demasiado orgulloso.

—Eres orgulloso cuando puedes pararte a pensar, y el hambre no te deja ni respirar. No era ese el motivo. Este ha estado difuso toda mi vida, pero me ha acompañado y supongo que debo estar agradecido.

»Últimamente he meditado al respecto. Cada noche que he tenido la oportunidad de meterme bajo unas sábanas limpias, he llegado a una conclusión diferente. Ahora estoy casi seguro de que ese motivo no era más que el presentimiento de que la felicidad o la suerte llegarían en algún momento.

»A lo mejor eres tú lo que me esperaba detrás de la intuición.

Se le aceleró el corazón.

—El condado en general, ¿no?

—No. El condado me da tanta rabia como dormir a los pies de la puerta trasera de la panadería. Tú eres lo único que lo hace soportable.

No pudo quedarse allí, quieta y distante, por mucho más tiempo. Una fuerza imaginaria la empujó por detrás y ella decidió aceptar esa iniciativa. Se acercó a él, atraída por el rastro hipnotizador que dejaba el eco de sus palabras al hablarle con esa dulzura. Venetia no había sufrido ese maltrato ni esa hambre, pero no tenía mucha más idea de lo que era el amor o el cariño que él. Lo vivía a través de sus hermanas, igual que Arian bebía del contacto con Davenport, Stubton y Carstairs para no desfallecer. Pero ese tipo de aprecio, esa pasión que manaba de él... Era diferente.

Los ojos de Arian brillaban como estrellas sobre el mar cuando ella se detuvo entre sus piernas abiertas. Sentir su respiración más profunda y errática le arrebató un suspiro de excitación. La había encantado con el subir y bajar de su pecho.

—Me vuelves loca. Haces que quiera hacer lo que no debo, que acepte lo inaceptable y que anhele lo imposible.

Su mirada se convirtió en pura nieve derretida.

—Para ti nada será imposible, nunca. No mientras dependa de nuestra testarudez —repuso, en tono afectado—. ¿Qué quieres que haga contigo?

Un escalofrío de anticipación la envolvió.

—¿Conmigo? ¿No preferirías... estar solo? Abrirte en canal de esa manera ha debido ser doloroso.

—Es una historia que arrastro conmigo. No tengo que contártela para

recordarla. Estoy bien, Venetia.

Ella se alegró de veras porque no quisiera que se fuera.

—Me gusta cuando dices mi nombre —confesó con timidez—. No lo haces a menudo.

—Tienes un nombre precioso. Insólito y elegante. Como tú.

Venetia esbozó una sonrisa insegura. Un foco de calor brotó de su pecho.

—¿Ya no estás enfadado por la pregunta que te hice? No era mi intención ofenderte.

—Lo sé. Por eso me dolió. Hubiera preferido que fuese adrede y no porque estuvieras tan segura de que soy un perro al que sacar las pulgas. Pero no importa ya.

Ni siquiera había tirado aún del extremo del cinturón cuando Arian selló los labios. No sabía de dónde salía la fortaleza para atreverse a desnudarse delante de un hombre, pero era tarde para arrepentirse: Venetia deshizo el nudo que mantenía la bata en el sitio y dejó que cayera a sus pies. Debajo llevaba el camión, y bajo este, solo unos calzones viejos.

—No tienes que hacer esto para que te disculpe —interrumpió Arian. La miraba con seriedad, pero su ceño fruncido era vulnerable; no soportaría ninguna provocación sin actuar—. Ni quiero que lo hagas porque sientes que debes proteger tu lugar en esta casa. Yo no soy ese bastardo, mujer. Soy otro bastardo... —corrigió, con una nota de humor ahogado—, pero ese en concreto, no. Y nunca te haría daño.

—Lo sé. Igual que tú siempre has sabido que nunca he podido compararte. Igual que deberías saber que no me he tenido que obligar a venir aquí.

Arian cogió aire con fuerza y lo soltó muy despacio, como si no quisiera que se enterase.

—Acércate —ordenó en tono erótico—. Siéntate sobre mí.

Venetia vaciló ante la inexperiencia y se ruborizó por la vergonzosa postura, pero lo deseaba tanto que las agallas hicieron el esfuerzo por ella. Con lentitud y temor a parecer torpe, se concentró en abrirse a horcajadas sobre las piernas de Arian. Este la observaba con las narinas dilatadas y los ojos entrecerrados, en actitud de vigilancia.

—¿Así...?

No esperó una contestación para apoyar las manos en su pecho. La sorprendió la calidez que manaba de su piel. Dejó escapar un jadeo al reparar en cuánto había deseado acariciarlo. Perdió la conciencia de dónde estaba y olvidó quién era: sus dedos corrieron en libertad por el torso masculino. Solo había

visto a un hombre desnudo y no tenía nada que ver con él. Los protuberantes relieves de su cuerpo parecían hechos de hierro.

—Wilborough no tenía nada de esto.

Arian se echó a reír. Venetia siguió las contracciones de su estómago, maravillada. Era suave... Tenía algunas cicatrices por las que prefirió no preguntar.

El suave vello en el esternón la intrigaba. Su índice recorrió esa línea hasta desembocar en el ombligo.

Arian dio un respingo.

—Déjame tocarte —gimió él. Entonces ella se dio cuenta de que había estado conteniéndose: tenía los puños comprimidos sobre los reposabrazos, y esperaba una señal.

Empezó acariciando las ondas oscuras que caían sobre sus hombros. Venetia cerró los ojos y empezó a notar que le flaqueaban las piernas al intentar mantenerse lo más lejos posible del contacto directo con su regazo. Creyó que sus caricias serían castas, dedicadas a la cara y la melena, pero pronto notó el tacto calloso de sus dedos recorriéndola por detrás de los muslos desnudos. Ella exclamó, ahogada, cuando la inspección concluyó sobre sus nalgas.

Lo miró con los ojos muy abiertos. Enseguida descubrió que le gustaba el masaje superficial, y pronto, la tela dejó de interponerse entre los dos. Desabrochó los calzones sin mayor dificultad. Sus grandes palmas la protegieron del frío y calentaron a un ritmo pausado pero tan contundente que se ruborizó.

Él la observaba a su vez.

—¿Has venido a que te haga el amor?

Se quedó sin saliva. Él se estiró para alcanzar el beso que había en el lateral de su cuello. Le puso la piel de gallina, desde esa zona sensible hasta los dedos de los pies, engurrñidos y helados como carámbanos.

—No lo sé —confesó en un jadeo—. Tengo miedo. La otra vez... Me dolió.

Siguió un silencio en el que Arian respiró pegado a su garganta.

—Ese «no lo sé» no es una afirmación. ¿Quieres que te convenza, o que te deje ir?

—Convénceme —suplicó.

Las manos de Arian ascendieron de su cómoda posición. Venetia resistió las cosquillas mordiéndose el labio y trató de confiar en él cuando, abrazado a sus caderas, la empujó hacia abajo el notable bulto en su sencillo pantalón. Era un juego excitante y quería que su piel irradiase ese mismo calor. Si solo podía conseguirlo fundiéndose con él, lo haría sin reservas.

—¿Sientes ahora mismo dónde estoy? —susurró. Ella asintió—. Voy a bajar un poco más y voy a tocarte. Con cuidado. Hasta que te tiemblen las piernas y sientas que la tensión que se apropia de tu estómago se hace líquida. Quiero prenderte y hacerte sudar. Cuando ardas... Y solo cuando ardas —aclaró—. Me deslizaré dentro de ti. Si no siento que estás preparada, no lo haré. Lo prometo. ¿Confías en mí?

Venetia se abrazó a él a la desesperada.

—Si me resulta desagradable... ¿Te apartarás si te lo pido?

—Me apartaré antes de que tengas que pedirlo. Estaré pendiente de todos tus gestos. Te miraré a la cara todo el tiempo.

Ella se arrojó al vacío con un asentimiento que cambiaría el curso de las cosas. Al principio hubo solemnidad entre los dos, pero no tardó en transformarse en lo que era en realidad: un deseo doloroso por entregarse. Si no la hubiera besado al deslizar los dedos entre sus muslos, se habría asustado. Dudaba que fuera a gustarle nada de lo que él pudiera hacer con su cuerpo. Pero confiaba en que, si con un solo beso conseguía convencerla de que aquello estaba bien, nada de lo que derivase de ello sería un error.

No pensó en Wilborough cuando se dedicaba a responder sus besos. Si lo hubiera hecho, se habría dado cuenta de que el otro no hizo nada de lo que él estaba haciendo. Nadie la había tocado allí y la experiencia no se preveía tan incómoda como apabullante. Venetia no sabía qué hacer, si rotar las caderas o alentarle a continuar. Se limitó a expresar su caliente agradecimiento deslizando la lengua por su labio inferior.

Olía bien... Una mezcla de cedro, agua fresca y a lo que quiera que oliesen los hombres. Porque cada gesto suyo, su forma de gemir, de acariciarla... Era propia de un hombre de manos grandes y curtidas por el trabajo, poseído por un afán sexual contagioso. Bajo sus palmas, el corazón de Arian latía desenfrenado; justo como el de ella, que solo se detenía cuando él amenazaba con penetrarla con los dedos. Las rítmicas caricias circulares la relajaban, la animaban a moverse siguiendo su delicioso sentido. Gracias a sus manos y a su facilidad para dejarla ansiosa, sabía que resbalaba, y que su sexo estaba preparado para que la derrumbara de placer.

—Me muero por verte desnuda —gruñó él, contra sus labios enrojecidos.

—¿Y si no te gusta? —dudó, entre sendas respiraciones—. Quiero gustarte.

—Lo harás. De ninguna manera conseguirías desencantarme.

Venetia ahogó un nuevo gemido. La estimulación se intensificó por acción de la entrada de un grueso y largo dedo. Ella dejó de respirar de golpe y cerró los

ojos, preparándose física y mentalmente para una punzada de dolor que no llegó. Arian susurró mil veces su nombre y le pidió que respirase, que lo abrazara, que experimentara con la nueva sensación. Le costó, pero cuando él retomó su lluvia de besos esponjosos, volvió a relajarse en sus brazos. Estaba acogiendo al invasor con ansias y necesidad, y algo dentro de su cuerpo se contraía.

Quería y pedía más.

—Quítate el camisón por la cabeza. Quítatelo para mí.

Obedeció, ansiosa por demostrar que su placer era el de ella. Le costó mantener el equilibrio sobre las dos rodillas temblorosas, pero mereció la pena al mirarlo a los ojos otra vez. Venetia habría entregado su alma al diablo a cambio de un instante de atención semejante, porque en ese instante se sintió más valiosa que a lo largo de sus veinticuatro años de vida. La devoción con la que la miraba logró convencerla de que merecía, porque siempre lo mereció, que aquella fuera su primera vez en brazos de un hombre.

Arian enterró la nariz en su escote. Sintió vergüenza y pavor, porque toda ella se movía, presa de un delicioso temblor, y sus pechos la acompañaban; porque estaba totalmente desnuda y a su merced, pero la sensación no tuvo nada que hacer contra el desmesurado placer que su boca le proporcionaba. Los dedos de Arian hicieron un esfuerzo por rascar más gemidos, más contoneos, más «quiero y no puedo soportarlo», mientras sus labios exploraban los pechos que ya le habían dejado maravillado una vez. Venetia sintió que él estaba en todas partes. Lo respiraba, olía y saboreaba..., y supo que podría acostumbrarse a esa invasión.

—Voy a llevarte a la cama —resolló él.

Venetia fue rápida al negar con la cabeza.

No. La cama no. La cama nunca. Él la había tomado en una cama y la había humillado poniéndola sobre sus cuatro ejes. No permitiría que pasara de nuevo, y menos cuando aquella nueva postura representaba la intimidad... y la dominancia. Venetia mandaba si iba sobre su regazo.

—Lo quiero así.

Arian clavó las uñas sobre una de sus nalgas. Parecía borracho, borracho de amor, hipnotizado por su piel. Demostraba una entrega que la ponía a temblar.

—Va a dolerte más de esta forma, mujer.

—Lo prefiero. No quiero estar debajo de ti. Por favor.

—No tienes que rogarme. Si lo quieres, es tuyo.

Arian buscó su boca estirando el cuello. Ese gesto tan sumiso le puso la piel de gallina. Lo tomó por las mejillas y se elevó para separar sus labios y besarlos.

lenta y seductoramente. Un sonido gutural reverberó en la garganta de él al enredar la lengua con la suya, mientras ladeaba la cabeza para explorarla en profundidad.

—Te derrites —susurró, al separarse para coger aire—. ¿Lo notas? Mira cómo te deshaces en mis manos.

Levantó los dedos que la habían estado torturando con dulzura y Venetia observó, azorada, el brillo que despedía el espeso líquido entre ellos. Lo perdió de vista en cuanto Arian volvió a bajar la mano, esta vez guiándola hacia el pantalón. Deshizo el sencillo nudo tirando de un extremo de la cinturilla.

Se le secó la garganta al contemplar su miembro. Era el primero que veía. Wilborough la empujó por la espalda y solo pudo sentirlo, por eso agradeció disponer de unos segundos para medir qué era lo que iba a acariciarla. Aunque sintió pánico por el tamaño, una parte de ella se regocijó en lo más hondo. Le hormigueó el estómago de anticipación.

—¿Te duele? —jadeó, colorada—. No suele estar así, ¿no?

—Solo cuando estoy excitado. Muy excitado. Nunca he ardidado tanto como lo hago por ti. Desearía que hicieras con ella lo que quisieras.

Venetia volvió a mirar hacia abajo. Era un tallo venoso y grueso como su muñeca. Por curiosidad, lo envolvió con una mano temblorosa, y comprobó que sus dedos no llegaban a tocarse. Era la parte más caliente de su cuerpo. Incluso sintió que palpitaba contra sus palmas, que crecía en envergadura.

—¿Qué podría hacer con ella? —dudó con inocencia.

—Ahora mismo, nada. Voy a poseerte —anunció, con los ojos entornados—. Bueno, en realidad... Vas a poseerme. Estás arriba, lo que quiere decir que mandas sobre mí. Hazlo a tu ritmo, mujer, pero hazlo o me moriré aquí mismo.

Venetia se mordió el labio. Quizá no había sido tan buena idea tomar las riendas; no dejaba de ser una joven inexperta. Pero se sentía poderosa, deseada, bella e inolvidable. Sobre todo inolvidable. Saber que él la mantendría en sus recuerdos durante mucho tiempo fue clave a la hora de elevar las caderas y fundirse en uno solo.

Soltó el aire de golpe al tocarse con el relieve húmedo de su miembro. Miró hacia abajo, asombrada, temblando violentamente. Un pensamiento perverso cruzó su mente: quería verlo desaparecer dentro de ella. Quería ver todo lo que no había visto, saber cómo se hacía... Pero también quería embeberse de la pasión que apesaba a Arian en una nube tormentosa. Parecía otro hombre, uno capaz de suplicar y llorar por besarla de nuevo.

Venetia tuvo miedo de insertarse hasta que comprobó que resbalaba dentro

de ella. Sus cuerpos eran impacientes y no podían soportar su prudencia. Tampoco la propia Venetia, a la que cegó un sofoco criminal. La certeza de estar desnuda en sus brazos, poseyéndolo, rindiéndose a un placer indescriptible, derribó sus últimos recelos. Se dejó llenar por la orgullosa erección. El encaje entre sus piernas desató una serie de hormigueos en la baja espalda; estos ramificaron a escalofríos que se instalaron en lo más hondo de su ser.

Descolgó la cabeza y por un momento se limitó a respirar, a asimilar y acoger esa ardiente dureza que la estaba matando. Había punzadas de dolor y escocía, pero se sentía posesiva con el hecho de estar arropándolo.

Lo miró a los ojos y se aferró a sus brazos hinchados.

—¿Me sientes... como yo a ti? —balbuceó ella.

—Me siento como si estuviera en el corazón de Dios. Adoro cómo me aprietas... cómo me meces. ¿Te gusta, mujer? ¿Te gusta sentirme tan dentro?

Venetia asintió con la boca abierta. Cerró los ojos al notar las manos de Arian, húmedas por el sudor, contra sus nalgas. La empujó con suavidad y una llama se prendió en la unión de sus cuerpos.

—Demuéstramelo —la retó, respirando de forma artificial—. Muévete y hazme saber hasta dónde me puedes tener.

Dejó que él marcara el ritmo que quería que siguiera. No estaba cansada, pero no sabía cómo moverse y le gustó el vaivén propuesto. Luego la soltó y ella tuvo que experimentar por su cuenta. Afianzó las manos en sus hombros y los ojos sobre los suyos, queriendo decir que esperaba una señal positiva de sus labios. Él no dejó de mirarla con ese deseo vivo que enloquecía a los hombres, y ella tuvo la impresión de que nunca podría decepcionarlo. Aun así, quiso demostrar que podía volverlo loco, que ninguna mujer lo descontrolaría como ella, y comenzó a cabalgarlo. Al principio, despacio y con dudas; después, y con ayuda de un beso húmedo en la barbilla, en la mejilla y en el cuello, besos imprecisos pero preciosos, se incorporó a un frenético baile en el que solo buscaba ese chasquido mágico. Ese momento de máxima unión en el que lo sentía latiendo en su corazón, acariciando su piel ultrasensible.

Entonces enloqueció. Algo dentro de ella se quebró, una barrera última y desconocida y de la que emergió la curiosidad. Quería averiguar qué la esperaba después de todo aquel placer húmedo, porque la intuición le decía que estaba por llegar un momento culmen.

Clavó las uñas en sus hombros como reacción involuntaria a un instinto primitivo. Arian decía su nombre y ella gemía el de él. Cada bajada era más cruda que la anterior, más profunda, pero sentía que se quedaba sin fuerzas. Y

cuando creyó que no podía más, él se hizo enorme en su interior y la abrazó tan fuerte que ella se abandonó también a un gemido incontrolable. Creyó que una fuerza inexorable la arrastraba al centro de la tierra, y que la obligaba a desprenderse de todo lo que tenía. Fueron solamente Venetia y su desencadenada pasión, vibrando. Fluyendo en un orgasmo que le robó el aire, la voz y el equilibrio.

Se desplomó sobre el pecho aún caliente de él, brillante por el sudor, e intentó mantener los ojos abiertos para mirarlo.

—Me habría gustado que esta fuera la primera vez.

—Para mí lo ha sido —murmuró él, ronco. Posó los labios contra su sien—. Es la primera vez que una mujer me hace suyo.

«Y espero que la última», pensó ella, antes de quedarse dormida.

Capítulo 25

En medio de la nebulosa de sus sueños, que por fin lo guiaban por senderos dulces y no la pesadilla habitual, Arian percibió un estímulo externo que le quiso sacar de la cama. Un vacío a su derecha. El aire frío colándose bajo las sábanas.

La sensación de que algo no estaba en su sitio le despertó bruscamente.

Somnoliento, ladeó la cabeza. Estiró un brazo y palpó sin delicadeza lo que debería ser un cuerpo. Nadie le acompañaba.

Por intuición, dio la vuelta en la cama. Entonces apareció una silueta femenina recortada junto a la ventana. Había cubierto su cuerpo desnudo con una gruesa manta que debía ser insuficiente para salvarla de las bajas temperaturas.

—Venetia —llamó, con voz pastosa. Ella no respondió—. ¿Venetia?

Esta se dio la vuelta. Con la luz lunar en contra no atinó a describir su expresión. Solo tenía el frágil presentimiento de que algo no marchaba bien.

Se incorporó con torpeza sobre los codos, frotándose un ojo.

—¿Qué haces ahí?

Ella se tomó un segundo para responder.

—Quedan unas pocas horas para que amanezca. Debo estar en mi habitación cuando la doncella venga a buscarme, o de lo contrario pensará... Intuirá dónde he dormido.

Estuvo a punto de bramar un «¿Y qué?», pero tenía la cabeza embotada por el sueño y ella le estaba hablando con suavidad. No había necesidad de soltar un exabrupto.

—¿A qué hora van a despertarte?

—A las ocho.

—¿Y qué hora es?

—Van a dar las seis.

—Pues ven aquí y duerme a mi lado. A las ocho menos diez tienes mi permiso para marcharte.

Venetia permaneció inmóvil junto a la ventana, aferrada a una pesada manta que debía estar haciéndole daño en los frágiles hombros.

—No sabía que tuviera que pedir permiso.

—Por favor —rogó, sin ánimos de discusión—. Ven conmigo.

Al principio, Venetia vaciló, pero acabó cediendo. Arian no le dio mayor importancia, y quizá debiera haberlo hecho. Solo era una mujer precavida y condicionada por su entorno, comprendía que quisiera marcharse. Por una vez podía decir eso de ella; que la entendía.

Cuando se metió bajo las sábanas y él pudo empaparse de su tibieza, no dudó que ella quisiera estar allí.

Rodó sobre el costado y deslizó las sábanas por sus hombros, aún con los ojos entornados. Tenía un pie en la realidad y otro en los sueños, pero como Venetia formaba parte de ambos no le extrañó que ella estuviera respirando tan cerca de él. Lo hacía de manera irregular, como si se estuviese conteniendo.

La cubrió hasta medio cuello y pasó una mano por su cintura desnuda. Su mujer desnuda. Suya. En toda su vida había experimentado una sensación parecida, tan relacionada con la pertenencia, la correspondencia, el hogar. No podía sino alegrarse de todo el mal que había padecido si este lo había llevado a ese momento: al de tener en sus brazos a la hechicera que casi hizo olvidar a Ulises que le quedaban muchos viajes para regresar a su isla. A él ya se le olvidaba el motivo por el que había emprendido su odisea particular. Le sorprendía, incluso, que hubiera tenido un destino distinto a Venetia Marsden.

Volvió a cerrar los ojos. Solo se acercó para besar su barbilla y sus mejillas. Ella respondió su iniciativa con lentitud, casi con pereza; no había en ella la misma energía, quizá por el cansancio, pero tampoco en él. Venetia sabía húmeda y salada. Amó sus labios así, porque los amaba de todas las formas. Tanto, que se durmió pegado a ellos.

* * *

Cuando volvió a despertar por intervención de un sirviente, estaba solo. Físicamente solo, porque el pensamiento lo acompañaba una exaltación que no había tenido el placer de conocer antes.

Por primera vez desde que había llegado a Beltown Manor, dejó que su ayuda de cámara lo vistiera sin hacer ningún comentario malicioso, sin quejarse por la pomposidad de sus ropas, y sin suspirar por el tremendo día que se le venía encima. Si ya era agobiante pensar en recibir clases de Economía, Historia y «saber estar», tener que vérselas con un grupo de caballeros —y lo que era peor: servirlos— era un precioso motivo para salir huyendo.

Dentro de lo mucho que le costó concentrarse en los invitados, tan

preocupado como estaba de mostrar su mejor cara, reconocía que no eran tan terribles como pensaba. Por un momento estuvo convencido de que odiaría a cada uno de los visitantes por su mera procedencia, pero nada más lejos de la realidad. De hecho, le irritaba que le cayeran bien. Le parecía injusto que considerase a algunos, además de ricos y honorables, divertidos. Arian era un hombre de ideas fijas, y aquel descubrimiento —que los nobles fuesen tan humanos como él— había modificado varios de sus esquemas mentales. Por suerte, había algunos que se mantuvieron fieles a la definición que Arian tenía de sus señorías, como aquel roñoso de Reginald, que habría largado de Beltown Manor si este no hubiese tenido la prudencia de marcharse antes.

Ni se le ocurrió dedicar un segundo pensamiento al susodicho o a su comportamiento de la noche anterior. Nadie le dio ninguna importancia a su estallido; con la intervención del duque y el alcohol que nubló los juicios de todos, estuvo justificado de sobra. Solo por eso le estaría agradecido por toda la eternidad, aunque no hasta el punto de secundar su concepto de «mañana inolvidable». Nada más bajar, Sayre le había soltado que quería salir a montar.

—Está todo nevado, excelencia —explicó Arian, con el ceño fruncido—. ¿Quiere que los caballos enfermen?

El duque le observó con esos extraños ojos azules que parecían burlarse de todos.

—Hice todo el camino de Londres al norte en un carruaje tirado por dos equinos. Ambos se encuentran en perfecto estado. ¿No ha visto el buen día que hace? Extraordinariamente soleado para ser un invierno inglés en el condado. ¿Cómo puede vivir sabiendo que desaprovecha oportunidades como esta?

—Creo que no ha comprendido mi posición al respecto. De eso se trata justamente: de seguir viviendo, excelencia. Si agarramos una pulmonía, pocas oportunidades podremos aprovechar días como este.

Su idea de aprovechar el día, sin ir más lejos, tenía poco que ver con la del duque. Contemplaba pasar el resto de la mañana observando a Venetia en la distancia. No le importaba si Sayre quería salir a cabalgar, si le apetecía cenar pato a la naranja o si quería que le abanicase desnudo con hojas de palmera. No le importaba nada. Solo pensaba en lo que lo acercaría o alejaría de Venetia. Le aterraba la idea de dejarla sola en Beltown Manor ahora que sabía de lo que eran capaces esos lores del tres al cuarto, y no quería que corriese el aire entre los dos después de la noche anterior. Desde luego, tanto el duque como él estaban ansiosos por una cabalgada, pero la de Arian podía llevarse a cabo en la intimidad del dormitorio.

—Me parece una idea magnífica —interrumpió una voz femenina—. Montando uno pierde el frío más que aguardando junto a la chimenea.

Arian se dio la vuelta y una preocupación enterrada resurgió al instante. Reconoció los rasgos etéreos de lady Kinsale, su supuesta tía por parte de padre. Su primer impulso fue ponerse a la defensiva. Después, volvió a recordar los consejos de Venetia; todas esas veces que insistió en que la sociedad era un juego en el que ganaba el que mejor disimulaba.

Observó que el duque y la marquesa se saludaban con un asentimiento de cabeza. Eran dos contra él y querían pasear sus aristocráticas posaderas por las hectáreas nevadas.

Magnífico. No le quedó otro remedio que mandar ensillar los caballos y prepararse para la salida.

Mientras el mozo de cuadras, Alban, se las apañaba para convencer a los animales de exponerse al frío, que relinchaban y pateaban en señal de negación, las dos eminencias conversaban como si se conocieran de toda la vida. Así debía ser por la familiaridad con la que se tocaban. Si el inglés promedio esquivaba el contacto físico, un inglés de abolengo directamente lo censuraba, pero aquellos dos parecían una pareja borracha con tanto manoseo. Debía haber aprecio sincero entre ambos.

Arian odió sentir curiosidad por la figura de la mujer, al mismo tiempo que experimentaba un mal presentimiento. No estaba en la lista de invitados y era la única Bellamy reconocida que aún vivía... además de todos los casi hijos de Norbert. Lo más probable era que fuese demasiado educada para soltar de buenas a primeras que había ido allí a recuperar lo que era suyo. Antes tantearía el terreno.

Quizá intentase ridiculizarlo delante de lord Sayre.

Al dirigir su montura, se preguntó qué le habría recomendado Venetia. O Cassidy. Ya se figuraba que el consejo de Fox habría sido una barbaridad escandalosa o inviable; a él solía mantenerlo al margen en esa clase de meditaciones. En cuanto a Bast...

«¿Y a mí que me cuentas?», le habría soltado.

—Confieso que no conozco el terreno —apuntó—. No hace ni tres meses desde que llegué a Beltown Manor.

—No se preocupe —exclamó lady Kinsale, con una sonrisa serena—. Yo he vivido aquí hasta los dieciséis años, y no sería la primera vez que recorro el perímetro sobre mi yegua. Sabré a dónde nos dirigimos en todo momento.

Arian entornó los ojos. Intentó suavizar su postura defensiva, pero un

comentario tan desenfadado podía esconder el filo de la guadaña.

—¿Ya sabía controlar un caballo a los dieciséis? —inquirió el duque.

—A un caballo, a mi padre, a los hombres que pedían mi mano... Siempre se me ha dado muy bien imponer mi voluntad.

Arian disimuló la rigidez de sus hombros, enfadado con su propia reacción. Sin duda era molesto que le dirigiese miradas elocuentes y dejara caer sin vergüenza que había llegado a Beltown Manor para mandar... Pero le molestaba que le importase. Desde que puso un pie allí, todo cuanto quiso fue deshacerse de la herencia. Que otra persona se encargara de las tierras, los bienes, la riqueza solvente y las mujeres que formaban parte del lote. Tenía la oportunidad perfecta de desentenderse ahora que lady Marian de Lancaster había llegado. Un par de meses atrás, la habría recibido entre aplausos y vítores y hubiese entregado las llaves de la mansión como hiciera San Pedro el fundador.

Ya no lo veía con esa claridad. ¿Qué haría con las Marsden?

¿Qué haría con Venetia?

—¿No cree, milord? —preguntó el duque.

Arian pestañeó en su dirección. Ignoró la expresión inquisitiva y picaresca del susodicho, que estaba disfrutando con su desconexión.

—Disculpe, me he distraído un momento.

—Departíamos sobre lo interesante que es una mujer con carácter, como milady. Desde que tengo pantalón corto, me han vendido la imagen de la dama virtuosa como todo a lo que he de aspirar, esperando que por arte de magia lograran atraerme. Es curioso que consiguieran el efecto contrario: repelerme sobremanera. Seguro que usted sabe de lo que hablo.

—No lo creo, excelencia —intervino Kinsale, enviando una mirada enigmática a Arian—. El reciente conde de Clarence solía ser un hombre humilde antes de recibir la herencia, y no se le habrá hablado nunca de la clase de mujer a la que aspiran los duques... ¿me equivoco?

Arian forzó una sonrisa que le supo amarga. Tuvo que hacer un esfuerzo monumental por no mandarla al infierno. Tal vez de eso se tratara pertenecer a la nobleza; tolerar individuos y discursos del todo miserables.

—Incluso yo he oído hablar de las virtudes de la dama de clase, milady. Obediencia, sumisión, moderación, elegancia... Apuesto a que fue el abuso de adjetivos lo que me aburrió al duque.

El caballero sonrió de lado. Se retiró un mechón negro de la lisa frente.

—Es probable. Por eso será que ahora busco todo lo contrario en las mujeres. Es mi martirio personal: considerar buen material de esposa a la que no lo sería

ni en mil años.

—Hace mucho que no piso Londres, pero tengo entendido que es usted uno de los solteros de oro —anotó la marquesa—. ¿De veras considera material de esposa a alguien?

Arian se relajó en cuanto escuchó la pregunta. La dama debía ser una cotilla e impertinente de manual. Cuestionar al duque su estado civil tampoco era una gran muestra de educación.

Clavó la vista al frente y se concentró en la línea del horizonte, donde se dibujaba el bosque caduco en las proximidades de la finca. La neblina del amanecer y el paisaje nevado despedían un brillo blanquecino y apagado que dificultaba su observación con los ojos bien abiertos. Estaban bordeando la zona de las arboledas, que en primavera debían teñirse del sano y vibrante verde de los ojos de Venetia. La palidez actual de las copas, forma y textura, recordaba a los helados de Gunther's que enloquecían a Cassidy. Quería probar los artesanales de su lugar de origen. Entonces recordó —y en qué momento— que había prometido un viaje a Italia a sus hermanos. Uno sin fecha de regreso para él, y que pagaría con lo recaudado tras la venta de las propiedades de Clarence.

Una leve nota de amargura asomó a sus facciones. Agarró las riendas con más fuerza. El frío lo azotó con especial crueldad junto a una desagradable certeza. ¿Dónde habían quedado sus planes?

La respuesta rápida generó en él un nuevo y extraño desconcierto: sepultados bajo el dulce peso de Venetia al cabalgarlo. Una mujer había hecho que se olvidara de su objetivo original y ahora se le estuviesen congelando las pelotas en compañía de un palomo al que debía bailarle el agua.

La repentina toma de contacto con su conciencia lo dejó noqueado. Le fue imposible decidir qué sentimientos le despertaba esa verdad. Antes lo distrajo un movimiento a la derecha, y gracias al cielo, porque la conversación prometía un buen viaje por el aburrimiento y su meditación no auguraba nada bueno.

Reconoció al semental negro de morro blanco que solo una persona podía y sabía montar; esa bestia indomable que su dueño respetaba más que a ningún hombre del reino viviente.

Bastian lo sorprendió con un abrigo que había ganado en alguna apuesta de algún club para el que consiguió invitación. Hubiera pensado que se traía algo entre manos si su semblante sombrío no lo acompañara a todas partes. Agradecía que lo acabara de socorrer sin saberlo, pero de todas formas inquirió:

—¿Qué haces aquí?

—Sabes que me encanta montar —dijo con voz queda—. Soy un jinete

espectacular. En caso de que ocurra algún percance, creo ser el más indicado para solventarlo. Milady. —Hizo una pausa notable, y clavó su mirada fría en el duque—. Excelencia.

Estos apenas le dieron un segundo vistazo. El duque tal vez lo confundiera con algún mozo que los acompañaba en caso de que ocurriese alguna contrariedad. Justo como lo que se había presentado.

Bast se mantuvo en la retaguardia para no interferir en la conversación de los nobles, con la cabeza gacha.

—Acércate —le dijo Arian en voz baja—. No me gusta que estés atrás.

—La plebe siempre escolta. Y siento curiosidad por las conversaciones que mantienes con los ricos. Yo he estado muy cerca de muchos, pero tú... Habría que ver qué tal te desenvuelves.

La anterior sensación de desapego volvió a desplegarse en su interior, tiñéndolo todo de desorientación. De pronto no tenía ni la menor idea de qué estaba haciendo allí, porque nunca antes hubiera imaginado que Bast y él compartirían espacio con un hombre de la talla del duque. No porque fuera imposible, pues podría haberle limpiado los zapatos en una escalerilla de Bond Street a cambio de unos sucios peniques. Se trataba de algo más profundo, algo más visceral y antiguo que Venetia había eclipsado: odiaba a los señoritos caprichosos como él. Odiaba a los ricos. ¿Por qué intentaba convertirse en uno? ¿Por ella?

Bastian lo observaba con fijeza, como si supiera lo que acababa de desatar con su sencilla aparición. Él no tendría que estar en Beltown Manor. No era su ambiente. No encajaba entre los invitados... Y Arian y Bast eran casi la misma persona. Por equivalencia, Arian encajaba lo mismo. Nada. O menos: absolutamente nada. Hasta la fecha, solo uno de los dos estaba fingiendo ser alguien que no era.

—Bast... —empezó.

Era el único con el que aún no había hablado de sus planes, pese a haber disfrutado de su compañía durante parte de la noche anterior. Entonces no mencionó Italia, ni la tajada que pretendía sacar vendiendo propiedades, ni hizo ninguna referencia al profundo rechazo que le retorció el corazón cuando tuvo que dormir en la cama del hombre que lo abocó a la miseria.

Su hermano negó con la cabeza. Sobreentendió que no debía dar explicaciones, pero Arian quería hacerlo. Siempre fue el único que entendió su aversión ancestral hacia la situación económica y social prevalente de los adinerados. Quizá, si hubiese contado con su asesoramiento y no el de Cass, las

cosas habrían sucedido de otra forma. Aunque ¿de qué otra forma? ¿Quería que fuese distinto... o solo se estaba confundiendo porque no comprendía que su voluntad hubiese sido tan fácil de someter?

—Pero no tiene de lo que preocuparse —decía lady Kinsale. Encabezaba la marcha y era ajena a la charla secundaria y a los devaneos del caballero—. Aún es usted muy joven.

—No tanto —respondió el duque—. Y, para ser honesto, no le doy esa importancia vital al matrimonio. Siempre supe que me casaría con la mujer que me despertase un presentimiento, no necesariamente positivo. Y parece ser que la he encontrado. Aquí, sin ir más lejos. Por eso quería citarme con usted en privado, Clarence.

Le costó asimilar que Clarence era él.

—¿Aquí? —Su corazón se aceleró de forma estúpida, temiendo la pronunciación de un nombre concreto—. ¿De quién estamos hablando, excelencia?

—Creo que ella es la única que se mantiene al margen de la península, pero pertenece al reino —tanteó, pensativo—. ¿Sicily, era su primer nombre? Lady Brenda Marsden y yo tuvimos una interesante conversación la noche anterior sobre la pasión de su padre por Italia. Y sobre la justicia poética encerrada en el hecho de que su madre decidiera fugarse a esa zona del Mediterráneo.

Le dirigió a Arian una mirada elocuente que pretendía desterrar cualquier amago de burla. Había mencionado su situación social con el único objetivo de remarcar que estaba al tanto y que le era indiferente, lo que supuso un gran alivio. Arian pudo respirar al dibujar el rostro moreno de la Vanidosa.

—¿La noche anterior? —repitió la marquesa—. ¿Una noche ha bastado para que el incommovible se decida a contraer nupcias?

—¿Para qué perder el tiempo cortejando a una mujer que me ha confesado sus defectos en el primer encuentro? Los meses de agasajos solo sirven para detectar algún error o falla imperdonable, y yo ya conozco todos los de lady Brenda. —Su sonrisa se torció a un lado, adquiriendo un tinte de fascinación moderada—. Parece ser que considera sus imperfecciones una virtud más. Nos parecemos tanto que es preocupante. ¿Algún otro caballero ha pedido su mano, Clarence?

Arian necesitó unos segundos para asimilarlo. Sabía que Brenda triunfaría a primera vista. Sus atractivos eran innegables, sabía conversar y manejaba los cara a cara como una profesional. No le sorprendía que el duque hubiera caído rendido. Por desgracia, su naturaleza propia y la soltería del susodicho lo

llevaban a desconfiar.

—No, excelencia. Por la razón que usted mismo ha señalado antes, las Marsden han tenido problemas para encontrar esposo.

—Bueno, si lady Brenda se casa conmigo, ninguna otra tendrá problema con eso jamás.

—¿Estaría dispuesto a asumir esa responsabilidad?

—Es lo único que hacen quienes nacen en una cuna de oro, además de pedir a los demás que hagan ciertos sacrificios por uno. Aunque no creo que le suponga ninguno despedirse de lady Brenda.

—No, si es para verla bien casada y feliz —respondió Arian—. Pero... ¿No desearía seguir conociéndola antes de tomar una decisión?

El duque le dirigió una mirada perspicaz.

—¿Tanto le sorprende que su estrategia de llenar el salón de pantalones en busca de una falda haya tenido resultado?

Arian respondió a su sonrisa canalla con otra similar.

—Suponía que tendría alguno positivo, pero no esperaba que fuese tan sencillo hacer picar a un hombre como usted.

Soltó una carcajada llena de humor.

—Los hombres como yo seguimos siendo hombres, y estamos ansiosos porque una mujer nos preste la debida atención —cabeceó. Su semblante llevaba grabado un «touché»—. Llevo una década siendo el soltero codiciado. Ahora me pregunto cómo se siente el papel del esposo mimado. Imagino que usted comprenderá mi sentir. Anoche me fue imposible mirar a otro lado cuando demostró cuán importante es lady Venetia para usted.

Arian ladeó la cabeza hacia el duque, que lo estudiaba con una ceja arqueada. La marquesa hacía lo mismo, y apostaba porque Bastian también escuchaba con interés. Su mención añadió una nueva incógnita a su problema de identidad. Más desorientación. El mismo nombre que llenaba su pecho de calidez, de repente le hacía sentir acorralado.

—Igual que heredé Beltown Manor, heredé la obligación de cuidar de las Marsden —expresó con prudencia—. Incluida lady Venetia.

—Para cuidar a una mujer como usted cuida a lady Venetia no se necesita una obligación, sino cierta debilidad, ¿no cree?

La inquietud se apoderó de él. Si así era como interpretaban su interés por Venetia, ¿cómo lo habría hecho ella después de una noche? Se dijo que ya estaba al corriente de lo que podría esperar de él: una relación meramente carnal y protección. Las mieles del amor no habían cambiado su decisión de acabar con

la lacra de los Bellamy, solo una familia de todas las crueles y frívolas que acumulaban riqueza para que otros no pudieran ni comer.

Sin embargo, recordarla de pie junto a la ventana antes del amanecer le hizo temer que hubiese interpretado su entrega de forma errónea.

—La dama y yo comenzamos con muy mal pie, excelencia —respondió Arian, ansioso por cortar de raíz esa insinuación de matrimonio—. Siento que, después de todo, le debo como mínimo un techo confortable y el obvio respeto. Además de que no voy a tolerar ese tipo de comportamientos bajo mi techo. Lady Venetia es casi la señora de la casa y no merece que se la desaire así.

El duque sonrió.

—Es a eso a lo que me refería, Clarence. Tiene todas las atribuciones de la digna esposa del amo y señor. No seré yo el más apropiado para mencionarlo, viendo cuánto y cómo me he aferrado a la soltería, pero posee ahora una de las fortunas más grandes de Inglaterra y debería compartirla.

Y eso iba a hacer. Compartirla con quienes la necesitaran, no dedicarla a vivir bien con su esposa en una mansión de más de veinte habitaciones. No necesitaba ese lujo. No quería ser noble... Poco a poco iba recuperando la conciencia, nublada por unos encantos femeninos.

Santo Dios, ¿cómo había llegado hasta ese punto?

—No lo veía yo como un romántico, excelencia —masculló.

—Y no lo soy. Antes de usted, solo he visto reaccionar a un hombre de esa forma tan visceral ante una mujer, y ahora no puedo imaginarlo viviendo sin ella. Se me ocurrió que alguien debía quitarle la venda de los ojos, en caso de que no los tuviera abiertos.

—Tengo los ojos muy abiertos, excelencia —respondió con sequedad—. Agradezco sus consejos, pero me temo que ha malinterpretado del todo mi generosidad. Lady Venetia tiene mi aprecio y admiración, pero no es mi objetivo tomarla como esposa, igual que nunca lo ha sido y nunca lo será.

Picó espuelas y, en cuestión de segundos, su caballo alcanzó el galope. Ni se molestó en asegurarse de que lo seguían o por el contrario les había ofendido su tajante afirmativa. Los condes no reaccionaban con semejante impulsividad. Pero ya estaba bien de papeles con los que no se sentía identificado. Que hubiera tenido que aparecer un duque para hacerle ver que estaba perdiéndose a sí mismo era el colmo. El azar tenía un retorcido sentido del humor.

Estaba furioso y se ensañó con su montura, como si alejándose del trío pudiera huir de unas obligaciones que había aceptado por mera fascinación. La belleza de Venetia, su encanto mujeril, su suavidad femenina y su elegancia

señorial le habían nublado el juicio. Se había dejado convertir en un tarugo más para pasar la noche con ella, y lo peor de todo era que le parecía un pacto justo. Lo había pensado esa madrugada, pero no le dio mayor importancia. Ahora que estaba despierto y horrorizado por el alcance de sus sentimientos, podía decir con toda certeza que renunciaría a su espíritu por una noche en sus brazos.

Pero eso no podía ser. Durante el éxtasis había llegado a pensar que Venetia daba significado a todo su sufrimiento anterior. Pamplinas. Nada borraría esa miseria. Nada calmaría su sed de venganza. Venetia lo había distanciado de sus represalias durante unas horas, pero no lo disuadiría jamás.

Arian no era un señor. No quería serlo. No iba a serlo, ni por ella, ni por su bien, ni por nadie.

Espoleó al caballo con renovada energía. Unas cosquillas de excitación le recorrieron la columna. No sabía qué explicaciones iba a dar cuando regresara acerca de su repentina carrera. Solo que se sentía diferente. Con opciones. Obnubilado por la obsesión por ella no había visto otra alternativa que la de complacerla, pero eso debía terminar. Pretendía ser firme en sus decisiones, y una de ellas no contemplaba ceder a la percepción del público sobre las que fueran sus pasiones.

No iba a casarse. No iba a quedarse.

El caballo saltó un obstáculo del camino. Arian creyó volar por unos instantes. Durante esa brevedad, su corazón palpitó dos veces, y ambas lo hizo por el recuerdo traicionero de las caricias de Venetia. La necesitaba y eso era innegable. Igual que saber que llegaría muy lejos por ella le aterraba, y era un miedo del que otros se habían percatado antes que él. Era un miedo que le hacía débil y estúpido.

Un segundo, la montura quedó suspendida en el aire. En el siguiente, el caballo tocaba la nieve blanda con sus cascos y relinchaba al tropezar. Las patas se le hundieron en una zanja y se doblaron a un lado, empujando a Arian al costado de la silla. La velocidad de la cabalgada había sido tal que el frenazo brusco lo envió prácticamente de cabeza al suelo. Arian no gritó; no le dio tiempo más que a evocar la imagen de Venetia antes de que un contundente golpe le hiciera perder el conocimiento.

Capítulo 26

Venetia esperaba con bendita paciencia a que Brenda terminara de acicalarse. Todas las Marsden tenían órdenes de emperifollarse para bajar al salón. Estaban siendo observadas y ponderadas para el matrimonio y no podían permitirse un mechón fuera del moño. Pero como en todo, Brenda necesitaba destacar. Se había plantado un vestido demasiado escotado y llevaba un rato peleándose con el frasco de perfume, que no dispensaba las tres gotas que siempre alojaba bajo el lóbulo de sus orejas.

Perfume para el desayuno... Venetia estaba demasiado preocupada por lo que pudiera suceder al bajar las escaleras como para reñirla por su falta de sutileza. Ciertamente era que no se la conocía por su perspicacia a la hora de calar las intenciones de un hombre, pero estaba convencida de que a un duque no se le conquistaba siendo tan evidente.

No obstante, Brenda era de una opinión distinta.

—Se ha enamorado de mí —aclaró, sin apartar la vista de su reflejo. La tenía totalmente hipnotizada. Hasta la fecha, Venetia no había conocido mujer que estuviese tan encantada de haberse conocido—. No me lo ha confesado aún. Es uno de esos hombres a los que le encanta hablar de sentimientos, pero jamás de los que guarda en su corazón, así que deberé esperar un tiempo hasta que se sincere. Para entonces llevaremos meses casados. No me cabe la menor duda de que pretende pedir mi mano en matrimonio, y cuanto antes, mejor.

—Dios santo, ¿a qué se debe toda esa seguridad? —dudó Rachel, en voz baja—. No hace ni un día desde que te conoce. ¿Qué le dijiste o hiciste anoche?

—Le dije todo lo que quería escuchar —Sonrió ladina—, y le hice anhelar aspectos del amor que nunca creyó que podrían interesarle. No es tan difícil deslumbrar a un hombre, querida. Nadie se resiste a una belleza enigmática, y todas las Marsden somos bonitas. Basta con potenciar un poco ese lado misterioso para tenerlos comiendo de tu mano.

—Debe haber sido esa la razón por la que el señor Linton se ha fijado en mí —murmuró Rachel—. Habrá supuesto que mis reservas esconden secretos en lugar de simple timidez. ¿Se sentirá engañado cuando descubra que yo...?

—No tiene por qué enterarse —interrumpió Brenda. Apartó el taburete del tocador y se echó un último vistazo antes de devolver la vista a su hermana—. El

señor Linton no parece muy agudo. Creo que puedes fingir un poco de misterio hasta que pida tu mano, ¿no te parece?

—A no todos los hombres les tienta el enigma —intervino Audelina—. El señor Lovelace parecía muy cómodo en mi compañía. No nos separamos en todo el día y hemos quedado para dar un paseo esta mañana.

—Eres la mujer más enigmática del mundo, Audi —repuso Brenda—. Ni siquiera yo te entiendo. El señor Lovelace debe estar intrigadísimo. Es un buen partido; lo ha traído el duque. El segundo hijo de un vizconde no está nada mal, sobre todo teniendo en cuenta las reducidas posibilidades que teníamos hace tan solo unos meses. ¿Qué hay de vosotras?

Frances y Florence intercambiaron una mirada rápida, como poniéndose de acuerdo por quién empezaba a hablar.

—A mí no me ha gustado nadie —exclamó Florence.

—No se trata de que te gusten, sino de que gustes —apostilló Brenda—. La exquisitez ya no tiene cabida en nuestras vidas, querida. No en este aspecto.

—Pero tú has elegido al duque.

—Porque el duque me ha elegido a mí. Si no, habría ido en busca de otro. ¿Y bien?

—Andrew Foster no dejaba de perseguirme —admitió Florence—. No es del todo desagradable. Parece tener una relación muy cercana con Fox; comanda un navío importante. Su último viaje ha sido a Nueva York. Pero tiene casi cuarenta años y cojea. Y me mira como si fuese un soufflé.

—Pues Joseph Perry es muy cortés, respetuoso y agradable al trato —contó Frances—. Dice que disfruta con mi conversación y que me encuentra encantadora. Es solo que... Bueno, a mí me gusta el señor Payne.

—¿El señor Payne? ¿Quién es ese?

—Un amigo de Arian. Se dedica a enterrar muertos. ¿No es muy valiente?

Rachel lanzó una exclamación ahogada, Brenda torció la boca, Audelina elevó las cejas y el resto prorrumpió en carcajadas. Venetia se quedó mirando cómo Florence y Dorothy se reían a mandíbula batiente, algo que Frances no entendió.

—Vas a tener que olvidarte del señor Payne bien rápido —apuntó Brenda—. No es hombre para ti. Por favor, eres hija de un noble. Haz el favor de fijarte en alguien a tu nivel social. ¿Cómo ha podido traer a alguien como...? Qué más da. Gracias al señor Varick voy a ser duquesa. No se me ocurriría decir una sola palabra en su contra.

Queriendo hacerse de rogar en el salón, aun a expensas de llegar tarde al

desayuno, Brenda se dedicó a investigar acerca de cada uno de los pretendientes mencionados. Ya habían conseguido lo difícil; captar la atención de un hombre. Estos no eran estúpidos. Sabían de sobra lo que fueron a hacer allí, y era cuestión de tiempo que decidiesen si comenzar el cortejo. Venetia atendía a los consejos de Brenda con la cabeza en las nubes y un agradable dolor corporal que, a cada segundo que pasaba, no hacía otra cosa que avergonzarla. Decidió marcharse antes de que el interrogatorio se centrara en ella, o la envidia terminara de pudrirle el corazón.

Se alegraba de que sus hermanas hubieran tenido suerte. Aunque a Florence no le entusiasmara el medio, todas estaban ansiosas por abandonar el luto y la soledad. La mayoría se mudaría a Londres y dispondría de la protección y el aprecio de un hombre con el que formarían una gran familia. Iban a ser esposas y madres. Todo cuanto Venetia deseó una vez no hacía demasiado tiempo.

En lugar de bajar las escaleras enseguida, se detuvo un instante al borde del primer peldaño. Clavó los ojos en el recibidor, ahí donde había visto a Arian Varick por primera vez. Una sonrisa irónica cruzó sus labios. La diferencia entre su presentación oficial y los últimos minutos que habían pasado juntos era abismal. Cuando bajó esos mismos escalones con el corazón en un puño, dispuesta a pelear por su derecho a ocupar esa casa, no imaginó que su relación fuera a derivar en algo tan intenso y complejo.

Venetia cerró los ojos y se llevó una mano al estómago. Había tenido un rato a solas con sus pensamientos antes de que la doncella fuera a buscarla. Las conclusiones a las que había llegado no fueron precisamente halagadoras. Todo el entusiasmo con el que había besado a Arian la noche anterior, se había convertido en una mortificación asfixiante nada más despertar. Una parte de ella había temido que la apartase a un lado y decidiese que ya no la quería. Este temor se desvaneció cuando suplicó que volviese a la cama con él. Sin embargo, esa sensación de haber cometido una terrible equivocación prevalecía sobre el alivio, y casi sobre el placer que había experimentado entre sus brazos.

¿Cómo algo tan gratificante y satisfactorio podía transformarse en el motivo de su bochorno en cuestión de minutos? De haber podido, Venetia se hubiera quedado a vivir en su regazo. Pero lejos de esa calidez masculina había un mundo entrenado para reprochar. Se sentía tan culpable que le daba la impresión de que estarían preparando sus miradas juiciosas para cuando hiciese su aparición en el comedor. Era casi imposible que lo supieran. Sin embargo, Venetia llevaba la culpa grabada en los ojos. No tardarían en detectarlo.

¿Se arrepentía? No estaba segura. La confusión y los celos la estaban

devorando. La noche anterior, sus hermanas habían estado flirteando de forma sana con sus pretendientes, quizá futuros maridos... tal y como cabía esperar en jóvenes de su posición. Ella, mientras tanto, se entregaba a un hombre que no le había prometido más que unas horas de placer. Era esa fulana de la que hablaban. Era doblemente indigna porque se dejaba pasar de unas manos a otras; de Wilborough a Arian. Después, cuando Arian se cansara de que fuese su amante, o cuando decidiese casarse, ¿a dónde iría a parar? ¿Qué otro hombre la recibiría?

Venetia inspiró hondo y trató de tranquilizarse, pero le era imposible. Odiaba esa diferenciación entre las Marsden y ella. «Nadie se resiste a una belleza enigmática». Venetia ya no era ningún reto ni establecía ninguna distancia que solo pudiera salvarse haciendo promesas. ¿Quién querría llevar al altar a una mujer de la que ya se podía disponer fuera del matrimonio?

«Se supone que tú no te querías casar», se reprochó. Pero fue ahí cuando se dio cuenta de que no había hecho otra cosa que engañarse a sí misma. Claro que deseaba el título de esposa. Claro que anhelaba crear su propia familia. Le dolía tanto en lo que se había quedado que a duras penas contenía las lágrimas. Y lo peor era que, si pudiese retroceder en el tiempo, volvería a rebajarse. En contra de sus principios, con Arian la había embargado una engañosa sensación de júbilo infinito que, pese a todo, era más real que ninguna otra emoción previamente experimentada. Qué injusto era hallar la verdadera satisfacción en lo que resultaba tan nocivo. Dios debía estar pasándolo de lo lindo observando sus dilemas.

Sacudió la cabeza y se dijo que ya había lloriqueado suficiente. Bajó las escaleras con la barbilla alta, tratando de revestir su fachada con la dignidad que ya no tenía.

Sabía que Reginald, el miserable atrevido de la noche anterior, se había marchado de Beltown Manor con las primeras luces del amanecer. Aun así, le preocupó presentarse sola en el inmenso comedor ya ocupado por los invitados. No hubo nada que temer cuando reconoció entre los comensales al señor Astori y al señor Sutton, además de otros caballeros que no estuvieron presentes en el momento del agravio. Todos los masculinos se pusieron en pie al verla aparecer, y ni un solo amago de burla o rechazo cruzó los ojos de ninguno de ellos. Venetia saludó con una sonrisa forzada y se acomodó en un asiento al azar. No perdió de vista la calculadora observación de James Astori. Pareció revisarla para asegurarse de que se encontraba bien.

—No tuve anoche la oportunidad de darle las buenas noches, milady —dijo.

Su acento tenía la cadencia suave de las lenguas romances—. Espero que no las necesitara para dormir a pierna suelta.

Venetia sonrió al advertir su velada preocupación.

—Pude descansar lo justo para enfrentar el día con optimismo, señor Astori. —Estiró el brazo hacia la tetera, que aún preservaba su calor, y pidió a la doncella que trajese una taza para ella—. Por favor, continúen su conversación. No pretendía interrumpir.

Echó un largo vistazo a la mesa. La cocinera se había esmerado a la hora de servir un pantagruélico desayuno completo inglés. Pese a que ya se hubieron retirado más de la mitad de los comensales, aún quedaba panceta, huevos, tomates a la parrilla, champiñones fritos, tostadas, salchichas y pastel de patatas. El fuerte olor de la morcilla se intuía en el aire. De repente, Venetia se dio cuenta de que se moría de hambre, y comenzó a llenar su plato dentro de lo que era decente.

Alguien arrastró una silla a su lado.

—Usted que tanto sabe de cuestiones de protocolo... ¿Se me condenaría al ostracismo si desayunara por segunda vez?

Una sonrisa sincera suavizó el semblante adusto de Venetia. Se giró hacia su derecha, donde el señor Davenport se había acomodado con toda normalidad.

—Está ante un Full English Breakfast, señor Davenport. Si se queda con hambre después de la primera vez, es que no ha estado a la altura del concepto.

—No es mi culpa, milady; nací con un agujero en el estómago. Me paso el día zampando.

—En mi casa se ha llegado a desayunar tres veces —intervino el señor Sutton, con una sonrisa moderada. Dio un sorbo a su taza—. Mi hermana Malorie no permite que se quite la mesa, por si en algún momento le entra el gusanillo. No es de las que reprimen su apetito.

—Yo tampoco —confesó Cassidy. A continuación, desplegó el periódico—. ¿Les importa?

—En absoluto —terció Astori—. ¿Qué tal se encuentra Malorie? Hace meses que no sé de ella.

Venetia captó el matiz resignado en la sonrisa del señor Sutton.

—Dios sabe dónde se encontrará ahora mismo. La dejé en casa antes de partir, pero no me extrañaría que pasara las fiestas brindando con los reyes del hampa. —Se dirigió a la sorprendida Venetia, que lo observaba boquiabierta—. No se asuste, milady. Mi hermana no es ninguna canalla ni forma parte de la picaresca, pero le gusta tener amigos en todos los gremios. «Nunca se sabe

cuándo los vas a necesitar», dice.

—Muy inteligente —acotó Cassidy. Pasó a la página siguiente y entornó los ojos sobre una de las columnas.

—Sin duda debe serlo para moverse en ciertos ambientes sin que la salpiquen los escándalos, pero aun así ando preocupado. Me parece mucho más inteligente cuidarse en salud que aprender a ser discreto. Usted que prácticamente ha criado a sus seis hermanas... —La miró a los ojos—, ¿no podría darme un consejo para meterla en cintura?

Venetia tenía la sensación de que apelaba a su conocimiento con el único objetivo de reconocérselo. El señor Sutton no necesitaba ninguna ayuda para nada; era un empresario de éxito, un hombre que, de la nada, levantó un negocio al que pocos hacían la competencia. Pero esa mañana, aquel par de caballeros se habían comprometido a hacerla sentir más valiosa. Quizá para protegerla de la visión que ella misma tenía de sí, gracias a Reginald y a sus propias decisiones.

—Intuyo que la señorita Sutton es un ser humano lleno de vitalidad, con don de gentes y un fuerte impulso aventurero.

Carlone Sutton sonrió, y Venetia entendió por qué su hermana lo había preferido al duque. Siempre había encontrado fascinante que la tonalidad del cabello conjuntase con la de los ojos de una misma persona, y el hombre en cuestión parecía hecho del mismo material: bronce. Vivía al margen de la moda de pieles níveas, melenas y barbas intuitivas. Estaba moreno, sospechaba que de nacimiento, y aunque su afeitado era perfecto, haciéndolo parecer lampiño, no perdía ni un rasgo de masculinidad. El hecho de que no hubiera vello suavizando la tensa línea de su mandíbula solo lo hacía más maduro y atractivo.

—La ha calado usted a la perfección. Temo que ese impulso la acabe metiendo en un problema, pero no comprende mi preocupación.

—Debe ser porque también es segura de sí misma y confía en sus habilidades. Hágalo usted también —le recomendó—. Cuando sienta que respetan sus decisiones empezará a tener en cuenta la opinión ajena.

—Para entonces ya habrá cometido una locura.

—Por cómo la describe, me da la sensación de que solo quiere llamar la atención. Una persona que se involucra con gente poco recomendable y busca su ruina, lo que en realidad desea encontrar es aprobación y cariño. Demuéstrele que está ahí para ella y sea paciente. Es lo más importante.

—Tendré en cuenta lo que...

—Milady —interrumpió una voz imperiosa. Venetia buscó la entrada al comedor con el ceño fruncido, topándose con un Bowler pálido—. Ha ocurrido

un... pequeño percance. Debe acompañarme.

Venetia se levantó enseguida. El mayordomo nunca había mostrado abiertamente su tribulación, y parecía a punto de devolver el desayuno. Se disculpó con los comensales y lo siguió con un mal presentimiento.

Justo cuando cruzaba el umbral, sus hermanas hacían acto de presencia. No las preocupó componiendo una sonrisa que se disolvió en cuanto estuvo a solas con Bowler en el pasillo.

—¿De qué se trata?

Un gruñido mezclado con un jadeo entrecortado les llegó desde la entrada principal. El corazón de Venetia palpitó inseguro. Envió una mirada a Bowler, que le indicó el camino sin decir palabra. Ella se dejó llevar por la fuerte corazonada de que algo marchaba mal, y corrió hasta el portón de acceso. Dos hombres cargaban a un tercero mientras una mujer sollozaba y temblaba espasmódicamente.

Venetia se mareó al reconocer al hombre que no podía tenerse en pie. Tenía el cabello tintado de rojo por uno de los extremos, y húmedo por el líquido que no dejaba de brotar.

—Ella... Quiero que me la traigan a ella... que me lleven a ella —gimoteaba, con los ojos entreabiertos. Temblaba de frío—. Venetia...

Por intuición, se acercó a él y palpó su pecho y hombros por si hubiera otra herida abierta. No detectó nada, pero no podría haberlo hecho ni aunque en ello hubiese puesto todo su empeño. De pronto no sentía las manos, ni las piernas.

—Salió al galope y cuando lo alcanzamos ya se había caído. El caballo también está herido. El terreno es engañoso cuando está nevado... Ha perdido mucha sangre. No ha dejado de llamarla desde que lo hemos cargado en mi montura —añadió el duque—. Algunos caballeros lo han oído.

—¿Cree que eso me importa un bledo ahora mismo? —consiguió articular, una vez recuperó la voz—. ¿Dónde está el doctor? ¿A nadie se le ha ocurrido ir a buscarlo?

—Lottie y Uriel han salido corriendo en su busca. Tienen que llegar al pueblo, así que aún tardarán un rato —contestó Bastian, quien sostenía a su hermano por el otro costado—. Deberíamos subirlo a la habitación.

Venetia se pasó la mano por la frente. Estaba sudando. Y él estaba sangrando. Alargó los dedos a la herida, pero no llegó a tocarla. Tenía muy mal aspecto y Arian parecía bajo los efectos de algún tipo de estupefaciente. Pestañeó varias veces para alejar el inoportuno picor.

—Sí —balbuceó—. Seguidme, les guiaré a su alcoba.

—¿Duerme donde mi hermano? —inquirió lady Kinsale—. De ser así puedo dirigirlos yo. Se la ve muy alterada, creo que debería sentarse un momento.

—No creo que sea buena idea que se separe de él, milady —intervino Bowler—. Aunque no parezca capaz de apreciar su cercanía, tengo la impresión de que inconscientemente sabe que está usted aquí... y lo necesita.

—Basta ya de cháchara. Por supuesto que no pienso separarme de él. Hagan el favor de darse prisa.

Venetia echó a andar en dirección a la escalera.

Arian parecía en algún lugar entre la consciencia y el desmayo. Ella también se sentía en ese limbo. Fue un milagro que consiguiera subir las escaleras sin tropezarse cuando los pies no le estaban respondiendo.

En cuanto llegaron a la habitación, que despertó la curiosidad del duque y la marquesa por su modestia, Venetia se dirigió a la jofaina de aquella misma mañana y tomó un paño para humedecerlo. Había visto suficientes heridas para saber que esa en concreto podía ser peligrosa, pero no conocía otro método de actuación.

Se sentó en el borde de la cama y, con cuidado, presionó el paño contra la herida. Arian gimoteó y ella se mordió el labio para no echarse a llorar. Debía mantener la compostura. Tenían invitados y no era tan terrible. No lo era..., ¿no?

Necesitaba oír del galeno que apenas significaba un rasguño en un hombre tan grande como él.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó lady Kinsale, temblando—. Lo que sea.

Venetia no apartó la vista del rostro de Arian, a la espera de que abriese los ojos. La dama insistió, esta vez con la garganta atorada; Venetia apenas le dirigió una mirada que bastó para apreciar su palidez fantasmal. Una mujer de clase no estaba acostumbrada a esa clase de visiones, pero no podía compadecerla. Le daba la sensación de que a Arian no le gustaría que su tía paterna estuviese allí, y por eso le pidió con toda la cordialidad que pudo que se marchase. Ella se resistió en un principio, pero al igual que Bastian y el duque, acabó abandonando la estancia.

El chirrido de las bisagras alertó a Arian, que movió la cabeza a un lado con agitación.

—Venetia... —empezó de nuevo.

Ella hizo una mueca aprensiva.

—Estoy aquí —balbuceó—. Dios santo... Cuando estés consciente vamos a tener una conversación. No puedes ir gritando mi nombre por ahí. Ellos no pueden saber... Habrán pensando que...

Sacudió la cabeza y continuó limpiando la herida. Cada vez que escurría el paño en la jofaina, el agua adquiría un tono más oscuro. Venetia reprimió un escalofrío abrazándose los hombros. Lo imaginó perdiendo el equilibrio sobre su montura y haciéndose daño, y su cuerpo reaccionó como si ella hubiera recibido el golpe, tensándose y perdiendo la respiración. No sabía si era buen o mal jinete, ni si fue un accidente o algo lo había desencadenado, solo sabía que tenía miedo. Un miedo paralizante con forma de garra helada que la obligaba a permanecer allí, aunque no pudiese hacer nada. La frustró su inutilidad. Decir su nombre no bastó para que regresara a la realidad.

El doctor apareció cuando Arian ya se había desmayado. Pidió que desalojaran la habitación y lo comunicasen a los invitados, pues un golpe de esa gravedad no podía ocultarse por mucho tiempo. Nadie obedeció. Venetia permaneció a un lado de la cama, entrelazados los dedos con los de él, y Uriel y Lottie también se mostraron reticentes a marcharse en cuanto observaron el estado de su patrón.

En cuanto se hubo puesto al corriente a damas y caballeros, Cassidy y Fox se presentaron en el dormitorio, como también Dorothy, Rachel y las mellizas. Tratándose de un especialista de pueblo que estaba acostumbrado a trabajar en todas circunstancias, se adaptó a las nuevas e hizo su revisión y diagnóstico ante el público.

—No es muy profunda. Tampoco se ha clavado nada. Ha debido chocar con alguna superficie dura y áspera. Su estado no se debe tanto a la pérdida de sangre como a la crudeza del impacto. Una caída así siempre aturde, pero gracias a Dios que la nieve ha amortiguado la caída, o de lo contrario su destino habría sido fatal.

Volvió a insistir en que el paciente necesitaba descanso y no tanta observación. Esa vez fue obedecido por la inmensa mayoría. El objetivo de Cassidy era quedarse, pero al intuir que Venetia necesitaba un momento con él y era la compañía que hubiera elegido su hermano, se marchó.

Venetia lanzó un suspiro en cuanto la puerta se cerró. La tensión de la última casi hora y media pudo con ella: se cubrió la cara y se desahogó. Sollozó sin saber muy bien qué le aterraba más, si lo que podría haber pasado, lo que ya había pasado, lo que nunca iba a pasar... O lo que ya estaba pasando. Su inaudita preocupación por él solo podía tener un significado y no estaba preparada para

aceptarlo.

Si lo amara, Arian no tendría que hacer nada especialmente grotesco para romperle el corazón. Sería suficiente con saber que nunca compartirían una familia y un apellido, ni tampoco un futuro juntos.

Pero ese condicional hacía tiempo que expiró. Ahora era un hecho. Estaba enamorada de él. Podría haberse detenido a meditar sobre lo peligroso de amar a alguien imposible cuando lo conoció, la primera vez que la besó, o al aceptar un vestido rojo. Ahora ya era tarde.

Arian era y siempre había sido lo más inadecuado que podría haberse echado a la cara. Él mismo lo dijo. Era un ataque contra sus principios más arraigados, una patada a lo que consideraba correcto y justo, y lo que quería de ella era justo lo que la rebajaba a un nivel de degradación que nunca habría tolerado. Pero lo hacía. Lo toleraba. Y si él la quisiera esa noche en su cama, la tendría. A eso estaba dispuesta a renunciar. Eso sacrificaría. Su manera de pensar y sentir, su forma de ver el mundo. Porque besarlo era abrazar la libertad y así sería como más cerca estaría de ser ella misma. Esa «ella misma» que habría sido si hubiese podido elegir su educación.

Un débil suspiro disipó sus pensamientos.

—Sí que es usted sensible, milady —pronunció Arian con voz pastosa—. Si ya llora así por mi indisposición, no me quiero ni imaginar qué sucederá en mi funeral. Me hará resucitar entre los muertos para venir a consolarla... o a decirle que haga menos ruido.

Venetia secó las lágrimas de sus mejillas para mirarlo a la cara. Tuvo que pestañear varias veces para aclarar su visión borrosa.

—A lo mejor no estaba llorando por ti —rezongó ella, avergonzada por el espectáculo. Se mordió el labio al ver aparecer una sonrisa segura en su apuesto rostro.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué llorabas? —tanteó. No la hizo sufrir más—. Ven aquí y cuéntame qué me han hecho para que me arda la cabeza como si me hubiera dormido cerca del horno del panadero.

Venetia no intentó resistirse. Después de lo acontecido, lo único que le apetecía era tenderse a su lado y disfrutar de lo poco que pudiera ofrecerle. Era innegable que se preocupaba por ella y la deseaba. Si bien no la quería y dudaba que fuera a hacerlo, al menos tenía su interés.

Se tendió sobre el costado, de cara a él, y lo abrazó por el estómago. Arian ladeó la cabeza en su dirección.

Olvidó la pregunta que había formulado en cuanto lo miró a los ojos. Una

dolorosa sensación de insuficiencia la devastó por dentro al imaginar qué pasaba por su cabeza cuando la miraba. Seguramente se recrease en su belleza y el placer que podría obtener de su parte en cuanto se recuperase.

—¿Te encuentras bien?

Bien no. Se encontraba en tierra de nadie.

—En un rato tendré que marcharme. Mis hermanas quieren que les haga un peinado especial para la cena, y tú debes descansar.

—Aún es de día. ¿Cuánto queda para la cena?

—Va a dar la hora del almuerzo. Pero te recuerdo que tengo seis hermanas. Invierto más o menos una hora en cada una. —Sonrió sin ánimos—. Ya voy con retraso.

Arian acarició con dedos perezosos el pálido pómulo de Venetia.

—¿Eres tú la que les hace esas trenzas y moños? —Ella asintió dudosa. Su repentina curiosidad la sorprendió—. Pensaba que ese era el trabajo de las doncellas.

—Y lo es, pero a mí se me da mejor. Además de que es algo que me encanta. Mi madre decía que era muy creativa con todo lo relacionado con la imagen. A la vista está... Algo habrá tenido que ver mi mano con las indomables melenas de las Marsden para que no haya quedado una sin pretendiente.

—Así que esa es la gran pasión de Venetia. Las melenas.

—Puede ser. Es un ejercicio dinámico y hacer trenzas es entretenido. —Pegó la mejilla a la almohada y se lo quedó mirando con un ojo cerrado. Estiró el brazo y rescató un mechón rubio pálido—. Es una pena que te lo hayas cortado. Podría habértelas hecho a ti también. Habrías tenido el aspecto de un auténtico vikingo.

Él levantó las cejas.

—Así que un vikingo. Aún lo tengo largo, podrías intentarlo.

—¿En serio? ¿Te dejarías manipular?

La mirada jovial de Arian se transformó en algo más profundo, como si hubiese tocado una fibra sensible hasta entonces escondida.

—Si es por ti, puedes estar segura de que sí. Más de lo que puedo permitirme.

Siguió un corto silencio en el que Venetia jugó con ese manojito de hebras casi blancas. La tentó indagar en su respuesta. Averiguar si el juego de la manipulación incluía, quizá, convencerlo de quererla para siempre en lugar de exclusivamente para la noche.

—Tendría que lavarte el pelo para trenzártelo. Aún lo tienes manchado de

sangre, y no creo que sea conveniente mojar la herida. Era pequeña, pero el doctor te la ha cosido. Aunque por esta parte... —ponderó, empujando su mentón hacia el otro lado de la cama—, podría probar. ¿Crees que puedes incorporarte?

Arian aspiró entre dientes.

—No lo creo. Vas a tener que sentarte en mi regazo. —Venetia arqueó una ceja—. Para que estés más cómoda, por supuesto. —La ceja de Venetia siguió escalando—. Oh, vamos. Un hombre caído en combate tiene sus estrategias para darse un gusto después de habérselas visto con la muerte.

—¿Caído en combate? La última vez que supe de tu dolencia, se me informó que te caíste del caballo, así que menos gestas heroicas, Hércules —apuntó ella, que pese a todo accedió a remangarse las faldas y repetir la postura de la noche anterior. La evocación le arrancó un destello de color en las mejillas.

Él lo detectó y sus labios se curvaron hacia arriba.

—¿Algún recuerdo que merezca la pena mencionar? —la aguijoneó.

—¿En voz alta? No me mortificaría de ese modo. Incorpórate —pidió. Ofreció sus manos para agarrarlo por los hombros. Él se mareó al intentarlo, pero insistió hasta estirar la espalda. Sus narices se rozaron un segundo—. ¿Estás bien?

—Me he dado golpes peores. O, mejor dicho, me los han dado. Y sabes mejor que nadie que tengo la cabeza muy dura. Si no me la rompió pensar en cómo disculparme contigo aquella vez, una caída no iba a hacerme más que cosquillas.

—¿Aquella vez? ¿Cuál de todas?

Arian le dirigió una mirada de aviso que ella ignoró encogiéndose de hombros. Rastrilló el lado izquierdo de su cabeza con los dedos, que hicieron la función de las púas del peine que no iba a levantarse a buscar. Dedicó unos minutos de más a la labor solo porque la tranquilizaba. Su respiración irregular, su cercanía y su olor le recordaban que, aunque no le había prometido un futuro, el presente no dejaba de ser prometedor. La tensión que acumulaba desde la noche anterior se suavizó conforme los nudos de su cabello iban desapareciendo.

Cuando apareció en Beltown Manor, lo llevaba por debajo de los hombros, y ahora le acariciaba las clavículas; unas clavículas que asomaban por el cuello abierto de la camisa. A pesar del entretenimiento que ofrecía la tarea, sentía sobre ella los ojos despiertos y apreciativos de Arian, que nunca perdían la oportunidad de sembrar ánimos lujuriosos en su cuerpo sensible.

—Eres lo más bello que he visto en mi vida.

Venetia dejó de mover los dedos y clavó la vista en él. Estaba serio, pero no

era su seriedad acostumbrada, esa que conjugaba la incredulidad y la rabia que se le daba tan mal gestionar. Quiso estar en su cabeza entonces, porque por primera vez se refirió a sus atractivos como si fuese terrible.

Tragó el nudo de congoja que se había formado en su garganta y le restó importancia.

—No soy ninguna belleza —rio con suavidad.

—¿No? —inquirió. Ladeó la cabeza, buscando sus ojos—. ¿Quién es una belleza, pues?

—Aquella de melena rubia y ojos cristalinos. Las delgadas con curvas. Suelen ser esas las que prefieren los hombres.

—Son las que prefieren los palomos con el ego por las nubes —corrigió—. A los hombres de verdad nos gustan las mujeres reales. Aunque claro que por preferencia se busquen unas buenas tetas.

Venetia arrugó la nariz.

—Te recuerdo que tienes prohibido hablar de los pechos de una dama.

—Yo no veo a ninguna dama por aquí —bromeó. Venetia detectó su tono burlón, pero aun así se quedó helada en su regazo—. De todas formas, no he dicho esa palabra en ningún momento. He dicho tetas. Tetas. ¿Puedes decirlo?

Ella negó con la cabeza con dulzura. Fingió cerrar con llave una de las comisuras de sus labios. No imaginó que la reacción de Arian fuera arrebatarle una serie de carcajadas a fuerza de cosquillas. Venetia se dobló hacia el costado para huir de sus manos tortuosas, pero solo consiguió mejorar el acceso por el otro lado. Descolgó la cabeza y se entregó a la risa fácil hasta que él se cansó, tan o más sonriente que ella.

—¿A qué ha venido eso? —balbuceó sin aliento.

—Estabas muy seria —se defendió—. He querido hacerlo desde que te vi.

—¡No me digas! ¿Te referías a hacerme cosquillas cuando me amenazabas después de perseguirme por todo el pasillo? A ver si recuerdo... «Yo nunca pongo solo un dedo encima, mujer. Encuentra tu camino o tarde o temprano lo acabarás comprobando» —citó, con la voz en falsete. Arian sonrió al escucharla—. ¿No fue eso lo que dijiste?

—Para hacerte reír he necesitado mucho más que un dedo. ¿Cómo interpretaste ese comentario? Admito que no me refería a matarte de la risa, pero ya en ese momento pensaba en... —Tiró del dobladillo de la falda, que había quedado por encima de sus rodillas. Reveló el cierre de los pololos—. Qué cantidad de ropa más inútil.

Venetia lo cogió de las muñecas.

—¿Me vas a dejar hacerte las trenzas? —pidió con voz suave, una vez recobró el aliento.

Él clavó en ella sus ojos de diamante.

—Te voy a dejar destruir lo que soy, si es lo que quieres.

—¿Por qué iba a querer destruirte? —dudó.

—A lo mejor no quieres hacerlo, pero podría suceder sin que te dieras cuenta. Entonces serías indirectamente responsable —murmuró. Soltó los dedos femeninos que rodeaban su muñeca—. Claro que nunca podría culparte por eso. Es algo superior a ti. Algo superior a mí.

Venetia buscó en su expresión una pista que la ayudara a comprender el comentario. No hubo ningún éxito.

Tomó el grueso mechón que enmarcaba su rostro y lo dividió en tres más finos.

—¿A qué te refieres con eso?

Arian acarició el lateral de su cuello con el pulgar. Se detuvo en el hueco de su clavícula.

—A que a veces no tienes que esforzarte para que alguien esté dispuesto a hacerlo todo por ti. Ciertas cosas, como los sentimientos, son imposibles de llevar a un plano de igualdad. Y aun así son lo mejor que podría pasarte.

—Si son lo mejor que podría pasarte, ¿por qué suena como si te molestara? —dudó, sin dejar de trenzar el largo mechón.

—Porque antes de que me pasaran, yo buscaba algo diferente. Quería una cosa distinta. Y no me gusta que me cambien los planes, sobre todo cuando los míos sí eran justos.

—¿Quién decide lo que es justo?

—Yo.

—¿Y si tú no tienes la razón? ¿Y si estás equivocado?

Arian sonrió con amargura muy cerca de sus labios. Creyó que iba a besarla.

—No me cabe duda de que todo por lo que he pasado ha sido una equivocación. Un error. Pero es un error que otros han cometido, y puede que yo no quiera la compensación que tienen para mí. Nada debería tener el poder de cambiar mi forma de hacer justicia.

Venetia soltó la trenza en cuanto la hubo terminado, olvidándose de amarrarla. Ahora entendía a lo que se refería: no iba a casarse con ella por muy intensos que fueran sus sentimientos, o por muy hermosa que pudiera presentarse la expectativa de un futuro juntos. Permanecería siendo su amante de por vida porque no iba a renunciar a su venganza personal.

Si bien aquella verdad entre líneas le dolió, no fue solo porque tuviese que renunciar a unas esperanzas que no sabía que tenía. Hacía tiempo desde que debió haberse hecho a la idea de que no llevaría la vida que le hubiese gustado. Lo que le rompió el corazón fue la certeza de que, ahí donde ella era capaz de sacrificar sus sueños, él no podía dejar atrás sus rencores. Qué razón tenía al decir que los sentimientos eran injustos y nunca manifestarían una igualdad real. El amor de Venetia era ferviente y sería abnegado a partir de entonces. De su parte no sabría ni decir si existía algo más que pasión.

—¿Suficiente vikingo para ti, o quieres cubrirme la cabeza de trenzas?

Su voz la trajo de vuelta a una escena a la que ya no sentía que perteneciese.

No esperó a que contestara. La cogió de la cintura, como si fuese a echársela sobre el hombro para efectuar un secuestro. Dio la vuelta con ella y la puso contra el colchón. Venetia jadeó por la sorpresa y el culpable placer que le producía su cercanía. Antes de advertirlo por el bien de su herida, Arian cubrió su boca. Solo él sabría con qué objetivo la besó de aquella forma, hambriento y desesperado, pero Venetia lo interpretó como una manera de demostrar que su pasión podría suplir cualquier carencia futura.

Por desgracia, eso sería imposible.

Capítulo 27

Las semanas de visitas habían transcurrido sin mayores incidentes. Arian se recuperó de la caída en apenas cuarenta y ocho horas y estuvo visible durante los días posteriores. Ningún hombre al que le gustara dárselas de caballero había hecho comentarios maliciosos contra Venetia. La suerte había sonreído a las jóvenes Marsden, que ya tenían a su pretendiente preferido.

Esa noche habían decorado el salón principal para celebrar un último baile de despedida. A la mañana siguiente, los invitados regresarían a sus casas. Para asegurarse de que se marchaban con un recuerdo a la altura de Beltown Manor, habían sacado la porcelana china y llenado el espacio con figuritas de pájaros ornamentales, e incluso descorchado un carísimo Cossart-Gordon de 1805. Aquella podía ser fácilmente la fiesta más elegante en la que Venetia hubiera estado desde que lord Wilborough la echó de sus dominios, pero no se encontraba del mejor humor. No podía acostumbrarse a las miradas capciosas que le dirigían ciertos individuos cuando pensaban que no los veía. Sin embargo, y para evitar posibles discusiones, procuraba mostrarse encantada con el jolgorio. Sobre todo delante de Arian, que la buscaba con la mirada con cualquier excusa para asegurarse de que pasaba un buen rato.

Se alegraba de que en cierto modo fuese tan ingenuo: le habían enseñado Historia y protocolo, pero al haberse criado lejos de la hipocresía de clase jamás entendería que detrás de una la sonrisa de una dama podía haber cualquier cosa. En su caso, una nostalgia tan inmensa que sentía que por mucho que intentara ocultarla, la llevaba arrastrando como una cola.

Venetia observaba a los bailarines sin verlos. Estaba de cuerpo presente, pero su mente divagaba por lugares a los que le gustaría no haber llegado nunca. Bebía a sorbos de la primera y única copa que podría tomar, a solas consigo misma en un rincón de la sala. Incluso Audelina se había despegado de su novela para moverse con lord Polly Lovelace. Era evidente que Beltown Manor estaba volviendo a sus tiempos de gloria, y con ello, había llegado el momento de que las Marsden brillaran de nuevo. Tenían una segunda oportunidad y todas la estaban aprovechando. Brenda como la que más, que iba de los brazos del duque a los del señor Bastian Carstairs, y de ahí a los del resto de los caballeros bien avenidos del salón.

¿Cómo era posible que, abierto un camino de luz ante sus ojos, fuera incapaz

de seguir la misma ruta que las demás? ¿Por qué sentía que su vida se oscurecía más que nunca?

A sus hermanas las esperaban matrimonios grandiosos. A ella la esperaba ser la amante de un hombre. Quizá a Brenda y a Audelina no las amaran nunca, pero nada le prometía a ella que fuera a ser más afortunada.

—Ya veo que sus hermanas están haciendo buenas migas con grandes partidos. ¿Qué hay de usted? —inquirió lady Ashbourne, afincada a su lado.

Lady Ashbourne era la esposa de uno de las más longevas amistades del fallecido Clarence. Venetia la conocía de otras visitas y la apreciaba casi tanto como la envidiaba. Era todo en lo que ella se habría convertido si no hubiera sido tan estúpida como para dejarse embaucar por lord Wilborough. La habían invitado, a ella y a su marido, para que no fuera tan evidente que se celebraba aquella fiesta para emparejar a las Marsden. Y también porque habían demostrado especial interés en descubrir quién era el heredero de Clarence.

Venetia esbozó una sonrisa cansada.

—No planeo seguir la misma senda que mis hermanas, milady.

—¿Por qué motivo?

—Tengo veinticuatro años.

—Yo me casé con esa misma edad. No es imposible, y menos siendo una belleza. Además, no crea que no sé que todo esto ha sido gracias a usted. —Abarcó el salón moviendo el brazo—. Tiene un gusto excelente y es la anfitriona ideal, algo que cualquier caballero apreciará.

Venetia aceptó sus cumplidos con otra sonrisa sin vida.

—No creo que la vida matrimonial esté hecha para mí, ni yo estoy hecha para nadie.

—Siempre y cuando se trate de una elección personal, estaré conforme con lo que decida. Clarence la apreciaba muchísimo y no le habría dado su mano a cualquiera; creía que no había nadie a la altura —recordó—. Pero tendrá que pensar en alternativas cuando sus hermanas se vayan. ¿O se quedará aquí?

Se le revolvía el estómago de pensar en quedarse sola en Beltown Manor como la amante de Arian Varick, pero también se le partía el corazón cuando se imaginaba lejos de él. El dilema entre su lado racional y sus sentimientos no parecía acabar nunca. Aún no sabía qué pesaba más, si su amor o su orgullo.

—Lo que milord disponga —se oyó decir.

—Si milord dispone que debe buscar trabajo, por favor, no dude en contactarme. Sería la dama de compañía ideal, y no me perdonaría que ostentara ningún otro empleo.

Venetia observó a lady Ashbourne. Una oferta laboral. La primera y quizá única que recibiría. Una alternativa al oscuro futuro que veía por delante,

esperando a que el hombre junto al que dormía decidiera que se había aburrido de sus caricias.

—Vivo en el condado de Kent, cerca de Ashford —continuó—. En solo cuatro horas en carruaje podría estar en Londres; tres si fuera a caballo.

Kent. El sureste de Inglaterra. Lo bastante lejos de Beltown Manor y todos los norteños que la conocían como para olvidar sus pecados.

—Ashbourne House puede ser mortalmente aburrida en invierno y me encantaría contar con la compañía de una buena amiga. Si está descartado el asunto del matrimonio, no dude en mandar una carta a la dirección. Estaré encantada de recibirla.

—¿Milady? —interrumpió un caballero. Lord Ashbourne se acercó con la mano tendida hacia su esposa—. He decidido que voy a demostrarme que aún puedo bailar a mis sesenta años. Te necesito para hacer el ridículo.

—Por supuesto, milord. ¿Nos disculpa?

Venetia hizo una reverencia de despedida y los vio marchar al centro del salón, sonriéndose con la complicidad de dos viejos amantes.

Eso era lo que ella quería. No podía fingir más. Y era para lo que había nacido, aunque una parte de sí intentara encontrarse en la pasión ilícita de un hombre: para agarrar del brazo a su marido, organizar eventos y engendrar un heredero. Había pasado más de veinte años de su vida formándose para hacer lo mismo que el resto de mujeres de clase alta, y que su camino se hubiera torcido no evitaba que se sintiera una extraña en la piel de la amante.

La amante...

Venetia presionó los dedos contra el cristal del vaso. Se rebelaba contra la idea, y sin embargo, las últimas noches no había podido negarse a las atenciones de Arian.

Lo necesitaba, y eso era terrorífico. Hubiera preferido temer a la soledad que sufrir ese pánico acérrimo a perder al hombre que amaba.

Lo amaba. Su corazón se estremecía al evocar sus caricias, su asombrosa humanidad. Pero sus sentimientos eran un interrogante, y lo que él quería de ella la hacía infeliz.

«¿Quién demonios eres tú para creer que puedes merecer algo mejor que eso? Eres una vergüenza. Una mujer de baja categoría. Nunca te has respetado a ti misma. ¿Por qué iba a hacerlo él?».

Venetia desvió la mirada al borde de su vestido para que no vieran cómo sus ojos se llenaban de lágrimas. Al agachar la barbilla tropezó con las punteras de unos caros pero sencillos zapatos.

—Milady. ¿No baila?

Cassidy la observaba con esa afable inexpresividad tan característica suya.

Venetia se obligó a sonreír.

—Señor Davenport. No lo creo. Estoy un poco mareada. —Y lo decía de veras—. No me gustaría acabar vomitando sobre unos zapatos tan elegantes como los suyos. ¿Qué hay de usted?

—A no ser que mi acompañante me rogara que la pisoteara y humillase delante de todo el salón, me temo que no, no bailo.

—Dudo que le falten voluntarios incluso para eso. Le sorprendería la cantidad de mujeres que hay humillándose por voluntad propia.

Venetia se arrepintió de haberlo dicho en cuanto salió de sus labios, pero era demasiado tarde. Había captado el interés en Cassidy, que la estudiaba con una mirada inteligente.

—¿Se ha cansado de que Fox haga trampas a las cartas? —probó de nuevo, aparentando normalidad. Lo dijo sin mirarlo, temiendo que descubriera lo que rondaba sus pensamientos. En su lugar echó un vistazo al salón.

Audelina charlaba con Lovelace sentada en unos butacones, las mellizas bailaban con sus respectivos pretendientes y Brenda se reía por algo que decía el señor Carstairs mientras se dejaba conducir a la salida.

—Nunca podría cansarme de la buena compañía, incluso si esa compañía ignora las reglas del juego. ¿No le parece que es lo importante, al fin y al cabo? —preguntó, con la cabeza ladeada—. No importa la actividad que se desempeñe mientras se haga con la persona adecuada.

—Tengo que llevarle la contraria, señor Davenport. Su compañía me parece de lo más estimulante y aun así no me batiría en un duelo de esgrima con usted, por poner un ejemplo.

—Entiendo. Hay juegos que no están hechos para usted, y sería lógico que no se sintiera cómoda con ellos —apreció con suspicacia.

Venetia le dirigió una mirada alterada.

—¿A qué se refiere?

Si Cassidy era capaz de percibir su angustia, no se le notaba. Con esa parsimonia con la que lo hacía todo, guardó una mano en el bolsillo del chaleco. Al mirarla a los ojos, una de las volutas rubias de su cabello se deslizó sobre su frente.

—Es usted una dama. Y no quiero usar esta afirmación para introducir la cantidad de placeres que le son negados. Esos los conocerá muy bien. Más bien entiendo su condición como un contexto. Hay cosas que usted no haría porque no están en su naturaleza. Como, por ejemplo, practicar esgrima, fumar puros en un club de caballeros...

«Ser la amante de un hombre».

No se dio cuenta de que lo había dicho en voz baja hasta que sus ojos se

encontraron. Cassidy parecía querer transmitirle su serenidad, pero con su mirada fija solo consiguió que se avergonzara más.

—Aunque un león pierda una zarpa o trasquilen su melena, siempre será un león —explicó, con voz aterciopelada—. Su naturaleza es la misma. Una dama, si comete un error, sigue siendo una dama.

—¿A ojos de quién?

—A los suyos, cuya opinión es, a fin de cuentas, la más importante. Debemos estar muy seguros de qué significamos para nosotros mismos. Solo así podremos desdeñar las interpretaciones ajenas en lugar de tomarlas como una verdad absoluta.

»A lo que me refiero con todo esto, es a que equivocarse no borra sus deseos, ni sus esperanzas, ni su educación. Una dama seguirá teniendo derecho a exigir respeto porque todo el mundo tiene el derecho a exigirlo.

Venetia se miró los dedos entrelazados. Le sudaban las manos.

Cassidy sabía lo que sucedía entre su hermano y ella. No solo eso, sino que conocía también su sentir y tenía una opinión muy clara al respecto.

—Algunas damas deben aprender a conformarse.

—El conformismo es el enemigo del amor. Si uno ama, jamás debe conformarse.

Venetia lo miró sorprendida.

—Tiene una visión muy particular del amor, señor Davenport. Yo siempre he pensado que amar es renunciar. Sacrificarse.

—No cuando solo uno de los dos sacrifica.

»Venetia —pronunció con suavidad. Ella se estremeció. Era la primera vez que decía su nombre—. No tienes que vivir conforme a los deseos de otro. No tienes que vivir conforme a los deseos de los que te educaron. No si tú no quieres. Tu única obligación es buscar tu felicidad. Tal vez aún no sepas dónde está... pero por lo menos ya sabemos los dos dónde no la vas a encontrar.

«Justo donde estoy ahora».

No, nunca iba a encontrar la felicidad en la cama de Arian. No podía quitarse de la cabeza lo que significaba tener privilegios amorios y un vestido rojo en el armario. A lo mejor la respetaba, cosa que le había costado meses entender, pero no la amaba. Si la quisiera, no habría hecho que se rebajase al puesto de amante, uno que tenía fecha de caducidad y se caracterizaba porque se intercambiaban afectos con la mayor frivolidad.

Quizá tuviera que marcharse. La oferta de lady Ashbourne era tentadora. Pero su corazón tenía el pleno convencimiento de que lo más lejos que podría estar de Arian, sería a su lado.

Vació la copa en el fondo de su garganta, esperando tragarse también la

impotencia. No hubo demasiada suerte, y decidió que ya había aparentado suficiente. Abandonó el salón con disimulo y se dirigió a sus aposentos. Rogaba porque Arian no quisiera verla esa noche. Sabía Dios que había perdido su habilidad para negarse y no podría soportar la cantidad de emociones contradictorias que un simple beso disparaba.

Cuando cruzaba el pasillo principal, le pareció escuchar una voz severa seguida del frufú de una falda y un sollozo entrecortado. Se dijo que eran imaginaciones suyas, pero al pasar por delante, reconoció la sombra del duque de Sayre. Al asomarse un poco más, descubrió con horror que estaba ocultando un cuerpo femenino al que conocía muy bien.

—¡Brenda! —exclamó Venetia, acongojada.

Se agarró las faldas para echar a correr hacia ella. Conforme se acercaba y los candelabros iluminaban el rostro espantado de su hermana, se dio cuenta de que la situación no era como la había interpretado. Aunque Brenda tenía el vestido desabrochado y los labios hinchados, no miraba al duque con pánico, sino desesperada. Era ella quien lo agarraba intentando que no se moviera.

El caballero se giró hacia Venetia. Su expresión impasible tenía connotaciones muy claras, entre ellas la distinguible ira contenida de los hombres con un gran control sobre sí mismos.

—Ah, milady —saludó Sayre. Hizo un asentimiento con la cabeza y se retiró para que pudiera ver la vergüenza de Brenda—. ¿A usted también le prometieron diversión si venía a la biblioteca?

Venetia pestañeó sin comprender. Sus ojos iban del rictus impasible del hombre a la frustración de su hermana. Observó que tenía la marca de unos labios en el cuello.

Recuperó el dominio sobre sí misma y enfrentó al duque.

—Exijo que se me informe de lo que acaba de ocurrir aquí.

—Creo que el que mejor podría informarla es el señor Carstairs, milady. A mí solo me ha dado tiempo a descubrir la apoteosis de lo que estaba ocurriendo, y parece que eso era un simple calentamiento.

Brenda hizo un puchero.

—Por favor, Nate...

Con elegancia, Sayre se deshizo de la mano que Brenda había colocado sobre su brazo. A pesar de hacerlo con suavidad, incluso Venetia encontró aquel desaire más doloroso que ningún manotazo.

—Estoy segura de que ha habido un malentendido —dijo Venetia, aunque no estaba muy segura. Había visto a Brenda salir con Bastian Carstairs del salón hacía tan solo cuarenta y cinco minutos. Quizá menos.

—De eso puede estar segura —aceptó Sayre, desde su imponente altura—.

He malentendido las intenciones y sentimientos de lady Brenda.

—Dudo que mi hermana pretendiera ofenderlo. Disculpe su error.

Sayre levantó las cejas.

—Disculparé su error tan pronto como ella disculpe el mío. El pecado de haberla considerado una dama cuando se queda en el intento ha sido infinitamente más lamentable que su demostración de bajeza. A fin de cuentas, las señales estaban ahí —comentó. Parecía incluso aburrido—. Confío en que cada uno lidiará con su culpabilidad por separado. Regreso a Londres esta misma noche.

Venetia no encontró las palabras para reaccionar a tiempo. Solo pudo balbucear su título.

—Excelencia...

—Puede estar tranquila por mi parte —interrumpió con impaciencia—. Seré muy discreto y no mencionaré el asunto. No me gusta darle atención a las mujeres que la van buscando con semejante desesperación.

Agachó la cabeza evocando una seca genuflexión y echó a andar a paso ligero. Brenda hizo el amago de ir tras él, pero Venetia la retuvo antes de que diera un paso. Cruzó miradas con sus ojos pardos, espantados. Le hubiera gustado disponer de un segundo para asimilar que no había visto a su hermana tan afectada jamás, ni siquiera cuando su madre, la persona a la que tanto admiraba, la abandonó para fugarse con un irlandés.

—¿Qué has hecho? —preguntó Venetia, intentando no sonar demandante—. ¿Has besado al señor Carstairs y él te ha visto?

Brenda se abrazó el estómago como si fuera a vomitar. Con este gesto, Venetia comprendió que la situación era mucho más grave, y que ni el beso más apasionado del mundo le habría desabrochado el vestido.

Por un momento pensó que se desmayaría, pero tuvo que mantener la compostura por las dos.

—¿Dónde está ahora el señor Carstairs?

—Tengo que evitar que se vaya...

Venetia la cogió por los hombros.

—Escúchame, Brenda. Responde mis preguntas. ¿Dónde ha ido Carstairs?

—No lo sé. No... —Brenda la miraba sin verla—. Cuando el duque abrió la puerta... Él se retiró y le sonrió como si hubiera estado esperando ese momento durante años. Se marchó. No sé a dónde ha ido.

Venetia cerró los ojos y respiró hondo. Recordó que Arian le había prometido que su hermano menor era inofensivo. Que nunca se atrevería a poner un dedo encima a ninguna Marsden.

—Me prometió que nadie sabría nada y me lo creí. Me lo creí... Había oído

hablar de él. Es famoso en toda Inglaterra. Adora a las mujeres. Nunca les haría daño. Pero...

—¿Por qué lo has hecho, Brenda? —inquirió, sin ánimo.

Su hermana la miró. Por primera vez, parecía que no supiera cómo abordar una conversación. Ella, que era el carisma personificado; que no le daban ninguna vergüenza sus defectos e incluso se enorgullecía de sus errores, ahora retiraba la mirada a la mujer a la que siempre había juzgado por su desluz.

—¿Se casará conmigo, Venetia? —sollozó, sin ninguna esperanza—. Dime que se casará conmigo. No puedo... No puedo permitir que... Por favor, júrame que lo encontrarás.

Venetia se estremeció. Envolvió el cuerpo convulso de su hermana con los brazos y la estrechó hasta que esa tensa vibración fue desapareciendo.

—Por supuesto que se casará contigo —afirmó categóricamente, aun sin confiar demasiado en su palabra.

—No creo que te refieras al duque —intervino una voz—. Acabo de cruzármelo en el pasillo y parecía que acabara de enterarse de que su aristocrática mansión está en llamas. Están ensillando los caballos para...

Arian dejó de hablar al ver el estado en que Brenda se encontraba. Si al principio tuvo alguna dificultad para entender la gravedad de la situación, Venetia le clarificó que estaba en problemas con una sencilla mirada.

No solo su hermana. Él también.

Capítulo 28

Arian tenía el extraño presentimiento de que algo no iba bien con Venetia. Llevaba una semana sospechándolo. Miradas perdidas, sonrisas que se marchitaban... Pasaba demasiado tiempo a solas sin hacer nada. Pero cuando iba a su encuentro por las noches, cualquier atisbo de duda era sofocado bajo su entregada pasión. No había olvidado que las mujeres tenían un talento especial para redirigir la atención a asuntos indudablemente más interesantes, como el cierre de un vestido moderno o los lazos de los pololos. Pero esa noche estaba preparado para enfrentarla: para inquirir sin rodeos qué demonios pasaba por su cabeza, y por qué se largaba de las fiestas sin decir nada a nadie.

Al ver a Brenda Marsden ahogándose en sus propias lágrimas, supo que el interrogatorio tendría que esperar. Y también que sería un milagro si Venetia se dignaba a dirigirle la palabra después. El mismo sentimiento de traición con el que lo recibió el primer día en Beltown Manor fue el que oscureció la mirada que le lanzó.

—Quiero que encuentres a tu hermano y lo traigas ante mí.

Arian arqueó una ceja.

—¿Por qué eso ha sonado a prendimiento? ¿Qué ocurre?

—Tu hermano... —empezó ella, con dificultad—. Carstairs... se ha atrevido a venir a... Ha deshonrado a mi hermana bajo el techo en el que vive. Exijo que averigües dónde está y le obligues a enmendar el daño que ha causado.

—¿Deshonrar...? Eso es imposible —atajó sin contemplaciones—. Bast nunca haría algo así.

—Pues parece que no conoces a Bast tan bien como deberías. Si dudas de mi palabra, ve y alcanza al duque antes de que se marche. Tu hermano es un miserable embaucador, y recuerdo que me prometiste que su hambre voraz por las mujeres no haría peligrar las virtudes de mi familia.

Arian se tensó al ver la forma despectiva en que su labio superior se curvaba al hablar de alguien a quien amaba.

—No te dirijas así a mi sangre —le espetó por impulso. Avanzó hacia Brenda, que usaba a Venetia para defenderse de algo de lo que no podría huir: su vergüenza—. ¿Qué ha ocurrido?

—¡Te lo estoy diciendo yo! ¿No te basta mi relato? —exclamó Venetia, rígida.

—¿Has bebido más de la cuenta? —interrogó Arian, ignorándola sin

miramientos.

—¿Cómo te atreves a...! ¿Qué importa que haya bebido o no? ¿El alcohol disculparía a tu hermano de sus pecados? ¿Acaso los transferiría a ella?

Arian le dirigió una mirada gélida.

—Al contrario. Si está bebida, cambiará mi visión de las cosas. Pero si no, significará que dio su consentimiento, en cuyo caso mi hermano no sería un... ¿Cómo lo has llamado? ¿Miserable embaucador?

—En efecto. Sería un oportunista, y un hombre al que le viene grande su ambición. Brenda iba a casarse con un duque. Carstairs no tenía derecho ni a mirarla de reojo.

Aunque el comentario le afectó más de lo que había previsto por la superioridad que encerraba, la primera defensa que acudió a sus labios fue que Bastian desconocía el interés de Sayre en la muchacha. No obstante, recordó que durante la expedición a los alrededores de Beltown Manor, Bastian los acompañaba unos pasos por detrás. Estaba al corriente de la unión. Sabía de las preferencias del caballero como el propio Arian sabía que su hermano jamás se habría metido entre una pareja en ciernes a no ser que hubiese tenido un buen motivo.

—¿Has bebido, sí o no? —insistió. Brenda clavó la vista en el suelo. Supuso toda una conmoción verla con aquella actitud mustia, igual que Eva cuando fue expulsada del Edén. Negó con la cabeza con lentitud, y con lentitud también volvió el oxígeno a los pulmones del hombre.

—¿Y qué? —le increpó Venetia—. ¿Como dio su consentimiento, no importa? ¿No importa tampoco que sonriera como un rufián cuando vio que el duque los encontraba? ¿Cómo es posible que el duque, en medio de una fiesta, acudiera a la biblioteca sin compañía?

—¿Qué insinúas? ¿Que le tendió una trampa?

—Insinúo que tanto si la tendiera como si no, tiene una responsabilidad. Brenda no es una cortesana con la que pueda divertirse sin compromiso. Es una dama. Y ahora que alguien más conoce su... nueva condición, debemos evitar que esto la afecte haciendo que Bastian responda por sus actos.

—¿Y cómo pretendes que responda por sus actos? Imagino que una disculpa no será suficiente.

La ironía no le cayó bien a Venetia, que perdió del todo la compostura.

—No sé cómo tienes el valor de descubrir algo como esto y ponerte de parte del perpetrador para ahora escupir sarcasmos delante de la afectada.

—Yo no llamaría «perpetrador» a un amante correspondido. Dos no se van a una biblioteca si uno no quiere, Venetia. Tu hermana podría haberlo pensado antes.

Elección de palabras incorrecta. Lo supo en cuanto volvió a mirarla a la cara y la encontró pálida como la tiza. Le costó entender en qué aspecto algo tan evidente pudo haberla afectado de esa forma, resolviendo que era una situación familiar para ella. Abrió la boca para expresar que no le parecía que su vivencia con lord Wilborough tuviera algo que ver con el libertinaje de sus respectivos parientes, pero Venetia le dio la espalda.

—Vete a tu habitación y no salgas hasta que suba a verte.

Brenda ni siquiera intentó replicar. Aún abrazada al estómago, pasó por el lado de Arian encogida sobre sí misma y subió las escaleras a trompicones. En cuanto estuvo a solas con ella, Arian trató de acercarse para suavizar su crispación.

Venetia retrocedió.

—¿Debo interpretar tu actitud como que no vas a hacer nada? ¿Vas a permitir que el duque se marche a Londres y difame nuestro apellido?

—Dudo bastante que el duque se atreviera a hacer algo así.

—Prefieres correr el riesgo, por lo que veo. Como también observo que las Marsden te importan lo mismo que cuando pusiste un pie por primera vez en esta casa. Su integridad te vale basura. —Arian abrió la boca para negarlo—. Muy bien... ¿Y si te dijera que Brenda no podrá casarse si esto se sabe? Incluso mis otras hermanas serían rechazadas por la infamia que pesará sobre ella. Se irían al infierno todos tus planes de matrimonio, ¿no es cierto?

Arian cerró los ojos un segundo.

—¿Qué quieres que haga, Venetia?

—Quiero que lo obligues a casarse, como cualquier hombre con un mínimo de honor habría hecho.

Pensó en su hermano, en las virtudes que lo definían y los defectos que lo constituyeron como una leyenda en la capital. No le parecía que «honorable» fuese un adjetivo que encajara con su personalidad. Podía imaginarlo riéndose a mandíbula batiente si le dijera que tenía que desposar a una mujer rica. Tanto como él lo habría hecho si se hubieran cambiado los papeles, o incluso más.

—¿Y si se niega?

Ella le sostuvo la mirada. Temió la determinación que leyó en sus ojos.

—Le retarás a duelo.

—¿Qué diablos estás diciendo? —exclamó en cuanto pudo salir de su asombro—. ¿Cómo se te ocurre pedirme que dispare a mi hermano, mujer?

—Sería la primera vez que hay que pedirlo. Debería haber salido de ti.

—¿En qué mundo saldría de mí matar a mi sangre?

—Una ofensa de este calibre solo puede pagarse con una citación al amanecer. Es tu deber restaurar el orgullo de la familia que mantienes.

—¿A costa de matar a la familia que amo? —Venetia le retiró la mirada como si le hubiera dolido—. Te has vuelto loca si piensas que empuñaría una pistola contra él. Bastian estaba ahí mucho antes que tus hermanas.

—Bastian ha usado a Brenda para su disfrute y pretende desaparecer sin comprometerse. Es un rufián despreciable.

Arian hinchó las fosas nasales al coger una bocanada de aire. Se acercó a ella con aire beligerante y la apuntó con el dedo.

—No voy a hacerle el menor daño. Ni siquiera si tú me lo pides.

Venetia alzó la barbilla. Aunque su postura hablaba de seguridad, detectó una vulnerabilidad indisimulable en sus ojos empañados.

—Contaba con que mis súplicas fueran en vano. Los poderes que pueda tener sobre ti como la mujer que te divierte no son comparables al aprecio puedas sentir por tu hermano. Sé que nunca podré competir con el amor.

Arian apretó la mandíbula.

—¿Qué estás insinuando? No eres «la mujer que me divierte».

—Pero tampoco soy tu familia. Soy una carga elegante y reluciente de la que puedes sacar partido, pero una carga, a fin de cuentas. Cómo se encuentre Brenda o cómo nos encontraremos las demás cuando todo esto llegue a oídos de los demás te es indiferente, ¿no es así?

—Por supuesto que no lo es. Lamento lo que ha ocurrido y sacudiré a Bastian, pero no puedes pedirme que me vengue. Es mi hermano. ¿Dispararías tú contra las tuyas?

Respiró, aliviado, al saber que había tocado el punto perfecto. Venetia no admitió ceder, pero se notó en la forma que tuvo de rehuir su mirada. Estaba furiosa, aun así. Y esa furia no tenía nada que ver con el fuego destructor que la arrasó durante las primeras semanas de convivencia; era un enojo apagado. Estaba cansada de tener que levantar la voz. No le quedaban fuerzas... y a Arian tampoco.

Intentó transmitirle que no estaba sola, pero ella lo esquivó cuando dio un paso hacia delante. Pasó por su lado con la clara intención de marcharse.

—Venetia, por favor —rogó él.

Ella se detuvo un segundo para mirarlo. Las llamas que valsaban en las lamparillas de las paredes confirieron a su figura un aire casi místico, del mismo corte que su advertencia.

—Solúcionalo. Si no lo haces habrá quedado claro quién soy para ti... y no estoy dispuesta a ser eso.

Capítulo 29

No se veía a la altura de la situación. Esa era la verdad. Le habían enseñado modales, transmitido conocimientos básicos y dirigido en el arte de la conversación, pero eso no le convertía en un referente ni tampoco en un buen padre de familia. Hasta ese momento ni siquiera se había parado a pensar si consideraba a las Marsden algo suyo, ni, ya puestos, cómo le sentaba que su hermano se hubiera aprovechado de una mujer noble. La Vanidosa no era su preferida y aun así admiraba los aspectos más aguerridos de su personalidad. La forma en que se defendía a sí misma le recordaba a él y ambos tenían un oscuro sentido del humor. No estaba feliz con la situación y no dudaba que agarraría por el pescuezo a Bastian aunque fuese lo último que hiciera.

Pero para eso tendría que encontrarlo antes, y había desaparecido. Hasta que el lacayo que le había servido personalmente durante su estancia no le comunicó que el señor acababa de marcharse, no ponderó la posibilidad de que hubiera huido. Bastian nunca daba la espalda a sus errores. Era un hombre que no se equivocaba a no ser que le apeteciera. Siempre le había parecido tan calculador que dudaba de su humanidad tal y como él la definía: el hombre era el único ser vivo que tropezaba con la misma piedra, y Bastian la apartaba de su camino con un puntapié que la hacía rebotar sobre la superficie del lago las veces que él quisiera. Además de tener un dominio sobre sí mismo y sobre los demás, era un tipo afortunado. Le extrañaba que hubiese decidido coronarse como un cobarde, y le ardieron las venas al reparar en que lo había hecho bajo su techo. Se había burlado de su autoridad.

Lo encontró a las afueras de la mansión. Arian tuvo que armarse con una lámpara de gas para ver a través de la ligera niebla. Era noche cerrada y la tormenta de la tarde había cubierto con un manto de nieve hasta donde la vista podía apreciar. Entre el paisaje invernal, la ropa oscura y el semental negro de su hermano destacaban como oro entre carbones.

—Eso es todo, por lo que veo —exclamó Arian en cuanto estuvo cerca. Estaba cubierto hasta los tobillos por la intensa nevada; el frío le mordió el cuello y su voz salió temblorosa al decir—: Vienes, haces lo que crees que tenías que hacer, y te vas.

Bastian le dirigió la mirada de un cuento de terror. Entre la neblina parecía un ser sobrenatural.

—El César tampoco se quedó a echar la siesta. Llegó, vio y venció. No hacía

falta regodearse.

—Eso habría sido justo lo que me faltaba; que encima te hubieses pavoneado. Aunque yo diría que restregarle tu conquista a un duque es una forma de ostentación.

—Yo siempre he pensado que restregar la victoria de un pobre sobre un noble es mera justicia poética. Y hasta hace poco, tú eras de la misma opinión. Me pregunto qué habrá cambiado para que ahora defiendas a los que no hacen falta ser defendidos.

—No estoy defendiendo la integridad de Sayre, sino la de una muchacha. Ella es incluso más vulnerable que tú.

Su hermano ladeó la cabeza. Quería darse un aire divertido, pero la tensión de su cuerpo lo delataba.

—Qué bien hablas. Hace unos meses no habrías sabido lo que significaban todas esas palabras —ostentación, integridad—, ni mucho menos usarlas en el contexto apropiado.

—Siempre he hablado bien. Es obligatorio para ser narrador de historias.

—Solo que no eres narrador de historias, sino el señor de una finca. —Le dio la espalda para terminar de ensillar al caballo—. Bueno, «el señor»... Eres el titular de las propiedades, porque parece que los que se encargan de dar las órdenes son otros a través de ti.

—¿De qué hablas?

Bast esbozó una sonrisa perezosa.

—Mírate. Nunca pensé que viviría lo suficiente para ver a mi hermano convertido en un petimetre de salón. No eres más que una marioneta en manos de gente de alta cuna.

Arian ni se inmutó al recibir una despectiva caída de ojos.

—Deshonrar a Brenda no ha sido la forma más original de hacer patente tu descontento respecto a mi forma de vida.

—¿Deshonrar? ¿Así es como lo llaman los ricos? Dar la espalda a lo que eres y de dónde vienes es lo que a mí siempre me ha parecido deshonroso.

—No he dado la espalda a nada. Tenía una maldita obligación, Bast —espetó, a punto de perder la paciencia—. No espero que entiendas lo que es porque tú no has tenido que responder ante nadie jamás, y no voy a decir que me entusiasme o esté donde deseo estar, pero me debo a Beltown Manor y quienes viven en él. Por eso no voy a permitir que te marches después de lo que has hecho.

Bastian le sostuvo la mirada.

—Yo solo no he hecho nada. ¿Vas a castigarme porque una mujer antepusiera una noche de placer conmigo a su brillante futuro con Sayre?

—Voy a castigarte porque lo hiciste ir hasta la biblioteca para que lo viese.

Seré un paleta al que le falta cultura, pero no un estúpido, y me consta que no eres del tipo pasional a no ser que te provoquen. Eso ha sido una vengaza. Y más te vale decirme cuál era tu objetivo antes de que se me congelen las pelotas.

—¿O qué?

Arian apretó la mandíbula. Se alegró de que el frío le hubiera adormecido los miembros, o de lo contrario le habría soltado un puñetazo a la primera ironía.

—Vas a casarte con esa mujer. Y puedes contarnos por qué causarías tanto daño a tu esposa antes o después de la boda. Cuando prefieras. No pondría la mano en el fuego porque Brenda se diera por satisfecha con una excusa, pero te recomiendo que confieses antes o tu noche nupcial será un desastre.

Bastian soltó una carcajada.

—¿De veras crees que puedes obligarme a hacer algo?

—Conozco muchas formas de obligar a la gente a hacer lo que quiero que hagan, y ni siquiera tú, el gran cazarrecompensas de Londres, podría evitarlas. Pero antes de llegar a eso apelaré a tu significado de la fraternidad.

—Yo no apelaría a nada de eso si no quisiera llevarme una decepción. Esto no tiene nada que ver contigo, Arian. No te metas.

—¿Eres consciente de que has hecho esto bajo mi techo? Tiene todo que ver conmigo. Dame una explicación, Bast, o vamos a tener que vernos con pistolas cuando salga el sol.

—No digas estupideces. Soy el mejor tirador de Inglaterra y tú no sabes ni cargar un revólver.

—Bast —insistió, perdiendo la paciencia—. ¿En qué demonios estabas pensando?

Se tomó un segundo antes de contestar.

—Sayre y yo teníamos algo pendiente. Ha sido un simple ajuste de cuentas.

—¿De qué se trataba?

Bastian esbozó una sonrisa perezosa. Acariciaba distraídamente la crin del precioso Darley Arabian. Solo Dios sabía cómo habría llegado a sus manos un animal tan majestuoso. No era un misterio que trataba con contrabandistas, le encantaban y se le daban de maravilla las cartas, y a pesar de ser despreciado por su reputación, había amasado una fortuna nada desdeñable gracias a su oficio.

—No creo que a su excelencia le gustara saber que ando divulgando por ahí sus historias menos halagadoras.

—Todos tenemos historias de ese tipo.

—No. —Clavó sus fríos ojos en él—. Nadie tiene una historia como esa.

—Estoy a punto de perder la paciencia. Dime qué diablos ha pasado.

—Una mujer por otra mujer. Es lo justo. Voy a arrebatarte todo cuanto quiera porque me arrebató lo que yo tanto quise —dijo sin apenas entonación—. Y

casarme no forma parte del plan.

Bastian hizo ademán de montar, pero Arian lo agarró por la chaqueta.

—¿Qué mujer?

—Annelise.

Arian volvió a juntar los labios. Le asombraba que aún entonces una simple palabra tuviera tanto poder sobre un hombre al que consideraban intocable, pero por encima de eso, encontraba desolador que incluso años después una difunta fuera capaz de movilizarlo. De llevarlo a cometer maldades de ese calibre.

Todas las leyendas que había oído y que su hermano no se había molestado en afirmar o desmentir cobraron sentido. La mujer que amó y perdió durante su juventud sí que existió. Acababa de ponerse su nombre en la boca.

—No tenías derecho a hacer esto con Brenda para hacerle daño a otra persona.

—A veces hay daños colaterales.

Arian rechinó los dientes.

—No entiendes un carajo. Tienes que entrar ahí dentro y hacerte responsable. Todo lo que me importa está peligrando: lo perderé si no actúas como un hombre.

—Perder lo que me hace hombre no me quitará el sueño mientras no tenga que responder ante un ridículo sentido del deber que no comparto. Si tu protegida no fuera de faldas ligeras, como también parece serlo la que te llevas a tu habitación sin faltar una noche, yo ni lo habría intentado.

El puño de Arian salió disparado contra él antes de pensárselo dos veces. Creía que sus heladas articulaciones lo detendrían, pero el golpe acertó en su mejilla. Bastian no profirió la menor queja, y aun cuando el eco del impacto seguía sonando en la explanada y su nariz sangraba, no abrió la boca. Bajo la mirada horrorizada de Arian, quien no se creía lo que acababa de hacer, montó al animal y le dirigió una mirada serena desde lo alto. Antes de agarrar las riendas, se caló el sombrero hasta las cejas.

—Gracias. El golpe me mantendrá caliente hasta que llegue a Gateshead. Entonces le hablaré al posadero de la generosidad del conde, pues me prometió que los gastos de mi habitación y una cena caliente correrían de su cuenta.

Arian lo miraba decepcionado.

—Debería pegarte un tiro.

—Esas exactas palabras fueron las que estuve diciendo al espejo durante años, y todo gracias a Sayre. Nada de lo que puedas decirme o hacerme va a quitarme la satisfacción de haberle hecho daño.

Arian se estremeció. ¿Eso era lo que la venganza hacía con los hombres? ¿En eso se convertiría si se descuidaba...?

—Ya veo que te tengo mucho más en consideración de lo que tú me tienes a mí.

—Tú tampoco quieres que me case con nadie. Estás de mi parte, solo que esos ojos verdes te nublan el juicio. —Bastian se irguió sobre su montura y picó espuelas. Arian interceptó una mirada significativa antes de que el caballo echara casi a volar—. Ten cuidado o acabarán viendo por ti.

Capítulo 30

Odió acobardarse al entrar de nuevo en casa. Odiaba tener que responder ante alguien y dar una mala noticia. Odiaba que una mujer lo manejase de un modo tan terrible.

En momentos como ese recordaba su vida anterior con cierta nostalgia. No era mucho más libre que entonces, pero por lo menos dependía exclusivamente de su juicio a la hora de tomar decisiones y nadie tenía derecho a contradecirlo.

Bastian no había mentido. Por mucho que se hubieran esforzado en hacer de él un hombre digno del título, su mente pensaba como la de un fulano cualquiera; un muchacho de la calle que solo entendía la ley del más fuerte. Le costaba comprender por qué un hombre debía casarse con una mujer por un motivo tan banal como haber echado pasión. Y desde luego no condenaría a su hermano a la infelicidad. Ni a su hermano ni a la propia Brenda, a la que no imaginaba orgullosa de ir del brazo de un criminal.

Pero Venetia no lo vería igual. Y detestaba que eso le importase.

En lugar de subir a dar la pésima noticia, Arian se refugió en la biblioteca.

Solo había entrado dos veces. La primera fue cuando le indicaron dónde podría encontrarla durante la exhibición de Beltown Manor. La segunda, cuando quiso escribir un poema que no desmereciera las virtudes de Venetia. Recordó la frustración de aquel día, otro día de tantos en el que intentó ser lo que no era. En ese caso, un poeta.

Arian cerró la puerta tras él y se quedó en la entrada un buen rato, estudiando con suspicacia cada rincón. ¿En cuál de ellos habrían estado Bastian y Brenda? ¿Cómo los habría encontrado el duque? No servía de nada preguntárselo, pero le pareció más sencillo desvariar que buscar soluciones.

La cruda verdad era que se identificaba más con la clase de hombre que era su hermano que con el duque. Arian no era un caballero, ni un romántico, ni un buen referente. No daba buenos consejos, no se sentía cómodo tratando con miembros de alta alcurnia, y las únicas mujeres que se le daban bien eran las cortesanas. Pero ahí estaba, obligado a responsabilizarse de un condado, de la equivocación de una joven dama y del ultraje de una mujer que le ponía el mundo del revés. Se había prestado a una educación veloz para poner sus asuntos en regla con la mayor presteza posible. Sin embargo, ahora se daba cuenta de que nunca podría abandonar sus obligaciones en Beltown Manor. Y

aunque no fuera quien querían que fuese, él mismo se impedía marcharse cuando lo necesitaban.

«Ten cuidado o acabarán viendo por ti».

Ya lo hacían. Las reglas del mundo de los ricos estaban haciendo los juicios de valor en su lugar. Las concepciones de Venetia y de Cassidy eran la nueva vara de medir, porque parecía que sus límites morales estaban muy por debajo de donde debieran. Pero ¿le molestaba? Ya no estaba tan furioso como cuando recibió la noticia en El Galgo, esa taberna de mala muerte. Ni como cuando se enteró de que Clarence había dejado siete criaturas a su cargo. Ni como cuando miró a Venetia y supo que nunca la podría tener porque ella jamás se prestaría a ser seducida.

Había llovido mucho desde entonces y lo cierto era que resistirse no había evitado que acabara poniéndose en el lugar de sus semejantes.

Era todo tan confuso. ¿Quién era ahora Arian Varick? Por un lado quería dejarlo todo y regresar a Londres, a su vida miserable, donde no debería rendir cuentas a las expectativas de otros. Pero por otro quería ser lord Clarence. Apreciaba a las jóvenes, a ese odioso mayordomo, y no podía imaginar un solo día de su vida lejos de Venetia.

Harto de hallarse siempre en encrucijadas irresolubles, maldijo en voz baja y lanzó una patada a un pequeño reposapiés. Un gritito ahogado lo sacó de sus pensamientos.

Al alzar la barbilla, tropezó con unos ojos color humo que lo observaban con compasión.

—¿Cuánto lleva ahí?

Lady Kinsale se levantó del sillón en el que había estado leyendo. No supo qué le molestó más, si que se creyera con la libertad de afincarse en cualquier rincón de la mansión, con esa actitud que denotaba que la creía suya, o que fuera la clase de mujer elegante que le recordaba todas sus carencias solo haciendo una reverencia. La verdad era que el hecho de que fuera su tía hacía que se le atragantase tratarla. Además de que había algo inquietante en ella. No sabría decir el qué, pero lo ponía en tensión.

—Solo unos minutos.

—Hay un baile celebrándose al final del pasillo, milady.

—Los bailes son para los jóvenes y las parejas, y yo ya no soy la bailarina que fui —explicó. Arian pensó que quizá fuera la nostalgia con la que hablaba lo que lo sacaba de quicio—. Espero que no le haya molestado que le tomara prestado un ejemplar de su biblioteca. Este en concreto lleva aquí desde que era niña y hace décadas desde la última vez que lo leí.

Más por cortesía que porque le apeteciese, se aproximó para leer el título.

—Los viajes de Gulliver. Era mi favorito cuando era un crío.

Los ojos de lady Kinsale brillaron interesados.

—¿De veras? También es mi preferido. Estoy segura de que no ha podido leerlo más veces que yo.

—Leerlo no es la palabra. Me lo leían —corrigió, con un deje sarcástico—. Los curas de la parroquia de mi barrio eran lectores voraces y siempre se apiadaban de este niño ansioso por atención.

—¿Qué opinaban sus padres de que de escapara a la parroquia para que le leyesen? ¿No tenía una institutriz que se encargara de ello?

Arian le dirigió una mirada cargada de ironía. Fuera por la frustración acumulada o porque estaba cansado del misterioso juego de la dama, decidió poner las cartas sobre la mesa.

—Si mis padres pensaban en mí u opinaban algo sobre mi forma de mi vida, nada ha llegado a mis oídos. Haga el favor de no burlarse de mí. Los dos sabemos muy bien que no vengo de una familia noble. Es por eso que se ha presentado aquí sin invitación, ¿me equivoco?

Lady Kinsale pestañeó una vez. Eso fue lo único que denotó su confusión. Arian detestaba y admiraba a partes iguales ese dominio que los ricos tenían sobre sí mismos.

No despegó la vista de los movimientos mecánicos que ella hizo —dejar el libro con cuidado sobre la mesilla y alisar las arrugas del vestido— antes de enfrentarlo.

—¿Qué insinúa?

—He oído a algunos invitados comentarlo por lo bajo. No es muy descabellado suponer que soy un bastardo, dado que Clarence nunca habló de mí y ni haber venido de Francia justifica que mis modales necesiten un buen pulimento. Si lo que quería era desenmascaramme y reclamar la propiedad, quédese con mi confesión y haga lo que crea que debe hacer. No gestionará esto peor de lo que yo lo estoy haciendo.

Una vez dicho, soltó todo el aire contenido y se dejó caer sobre un sillón estilo Luis XVI, alineado en la misma dirección que aquel en el que la dama había descansado.

Viviendo en la calle no se le habría ocurrido revelar sus debilidades a alguien que parecía ansioso por averiguarlas. Era cada vez más evidente que la vida contemplativa estaba suavizando sus actitudes defensivas, e incluso su instinto de supervivencia.

No sabía cuál esperaba que fuese la respuesta de lady Kinsale, pero la que escogió lo dejó patidifuso.

—¿De veras cree que esa es la razón por la que he venido? Deben haber

abusado de su confianza en incontables ocasiones para que esa sea su primera conclusión. Tal vez solo esté aquí para ayudarle.

Arian la miró con recelo. De nuevo lo dominó esa extraña sensación a la que no sabía poner nombre. Sus rasgos le eran familiares, y verse en los ojos de un desconocido no era algo a lo que estuviera acostumbrado. Le causaba rechazo.

¿Podría ella haberlo protegido de todo lo que sufrió de niño?

Por primera vez en años, decidió que no merecía la pena pararse a pensar en eso.

—Con el debido respeto, milady, no me ha dado la impresión de que sus paseos y sus miradas furtivas tuvieran un propósito filantrópico. Parecían más propias de un buitre en busca de carroña. Pero ya le digo que, si su objetivo es hacerme caer, pronto lo haré.

—¿Por qué?

El tono maternal que empleó, sumado al gesto de sentarse sobre el brazo del sillón, lo aplacó lo suficiente para admitir:

—No he sido criado para esto. Ni siquiera sé si quiero esto. Creo que me haría un favor si tomara el mando... pero a la vez dudo que pudiera regresar a la vida que tenía antes.

—¿Qué vida tenía antes?

—Una que usted no podría ni imaginarse. O quizá sí. Seguro que algún cachorro desnutrido ha rogado a los pies de su carruaje por unas cuantas monedas. Seguro que ha visto al cochero revisando las ruedas por si alguno se había quedado a dormir debajo para resguardarse de la lluvia.

—Dios mío —musitó ella, conmovida—. Eso es terrible. ¿Cómo es posible que usted...? Usted no debería haber vivido así.

—Nadie debería vivir así. Pero imagine el cambio. De un jergón compartido en posadas del East End a la flamante cama de un conde. Parece que todo son beneficios.

—No negaré que es más fácil ser noble que un bandido, pero la gente de clase también puede ser infeliz. Tienen otro tipo de penas y sufren otras restricciones, sí, pero no por ello deben ser desdeñadas.

Arian pensó en Venetia, en su impotencia y sensación de ser insuficiente; en lo incapaz que era de aceptar cosas tan sencillas como el deseo. No pudo negar que fuera cierto y tampoco quiso. Había pasado demasiado tiempo haciendo oídos sordos al sufrimiento de Venetia para seguir reivindicando que sus pesares no eran válidos.

—Siempre es difícil acostumbrarse a un cambio. La cuestión es si uno quiere hacerlo o lo hace por obligación.

—Al principio me sentía obligado. Ahora no me parece mal quedarme, pero

el viejo Arian sigue ardiendo en deseos de vengarse. De quemar todo esto y... Lo siento, no es muy apropiado mencionar algo así delante de la hermana del propietario.

—Ahora el propietario es usted. Si quisiera que la casa ardiera hasta sus cimientos, yo no diría nada al respecto. Es su decisión.

Arian la miró de hito en hito. Lo había dicho con serenidad, como si de veras lo pensara, pero no caería en su trampa. Venetia le había enseñado lo sutiles que eran los nobles a la hora de mentir.

—No le creo una sola palabra, milady. Aún no entiendo por qué la hermana de un padre que me abandonó a mi suerte aparecería de sorpresa para echarme una mano. Hable claro como yo lo he hecho y dígame cuáles son sus intenciones.

Muy despacio, lady Kinsale se apartó del reposabrazos y echó a andar hacia la estantería principal. Había tantos libros que necesitaría dedicar una sola vida para leerlos, y quizá aun por esas le faltara unos cuantos títulos por conocer.

Arian no le quitó los ojos de encima.

—El señor Davenport me dijo que tenía dudas sobre su herencia.

—¿Qué tiene que ver el señor Davenport aquí?

—Es experto contable; se dedica a la administración y una de las fortunas que resguarda es la mía. Estamos en continuo contacto, sobre todo estos últimos años. Me mudé a Londres en cuanto enviudé. En Kinsale House solo paso los inviernos.

—¿Son amigos íntimos?

—Podría decirse. He compartido con él mi gran secreto, y yo he sido la única persona a la que ha hecho un favor ilegal.

—¿Cass haciendo algo ilegal? Tendría que verlo para creerlo.

—En ese caso mire alrededor, y luego piense. ¿A quién pertenece todo lo que ve?

Arian frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Mi hermano no tenía descendencia legítima. Se le conocía por sus múltiples escarceos y su larga lista de amantes, pero con Pearl no logró engendrar un heredero y ninguno de sus bastardos estaba a la altura del título. Ningún pariente lejano, ninguna amistad próxima... Cuando murió, dejó por escrito que se hiciera mi voluntad. Y mi voluntad fue acudir al señor Davenport, que manejaba el patrimonio de lo que quedaba de la familia Bellamy, y sugerirle un sucesor.

—Incluso yo sé que eso es imposible. Un administrador no puede nombrar al propietario de un condado, y una mujer no puede decidir sobre un testamento.

—Puede hacerlo cuando es la única opción. Le sorprendería la cantidad de barbaridades que se acometen en administración. Si se tiene dinero para sufragarlas, nunca hay problema. Usted mejor que nadie sabrá lo corrupto que es el mundo.

—Ahora mismo puedo hacerme una idea. ¿Quiere decir que el señor Davenport me eligió? ¿A mí?

—Así es. Y quiere saber por qué, ¿no es cierto? Es lo que se lleva preguntando desde que lo supo. Por qué usted y no el propio Davenport, el señor Stubton o Carstairs.

Arian contuvo la respiración.

—Porque como ya le he dicho antes —respondió con suavidad—, usted no debería haber vivido así. Usted debería haber crecido en una casa como esta, como el hijo legítimo que es.

—¿Legítimo? Acaba de decir que lady Pearl nunca tuvo un hijo.

Los rasgos de Marian se suavizaron al esbozar una sonrisa humilde.

—Pero yo sí.

Arian se quedó sin habla.

—¿Cómo?

—Clarence jamás se preocupó de sus bastardos. Si te protegió a ti, fue porque a mí me impidieron hacerlo.

»Te arrancaron de mis brazos, Arian —susurró, con la voz quebrada—. Jamás supe a dónde te llevaron. No hasta que, en su lecho de muerte, Norbert me confesó que había estado vigilándote en la distancia.

Un intenso pitido en los oídos le impedía escuchar lo que estaba diciendo, pero podía traducir el movimiento de sus labios.

«Vigilándote».

«Te arrancaron de mis brazos».

—No es cierto.

—¿Por qué iba a mentirte?

—¿Y por qué le quitarían un niño a una mujer de clase?

—Por haberlo tenido con el hombre equivocado.

—Un hombre que no era tu marido —dedujo, conmovido—. Sigo siendo un bastardo, solo que tu bastardo... en el remoto caso de que estés diciendo la verdad.

—No eres ningún bastardo. Tu padre era mi marido por derecho. Me casé con él en secreto, en Gretna Green y con dieciséis años recién cumplidos. Pero mi padre me había prometido a un noble norteño cuando eso sucedió. Vino a buscarme, me tuvo encerrada hasta que tuve al bebé, y luego me lo quitó. Retó a duelo a mi esposo por la deshonra, venció y después me obligó a casarme con el

caballero de su elección.

—Te lo quitó —repitió.

Las palabras resonaban en su cabeza como si estuvieran encerradas en una habitación sin ventanas.

—Después de arrebatarme lo que yo más quería, mi padre tuvo el generoso gesto de permitirme elegir a dónde te enviaba. Fuiste a parar a una casa decente. Una pareja que no podía tener hijos iba a ser quien te cuidara. Lo hacían bien: lo sabía porque los veía. Porque te querían. Iba a verte con frecuencia para asegurarme, siempre en la más absoluta clandestinidad y con la obligación de no decirte mi nombre ni quién era. Lo hice durante cinco años. —Tragó saliva—. ¿No me recuerdas?

Arian se estremeció al volver a mirarla a la cara. Recorrió con avidez su expresión anhelante. Fino y pálido cabello; piel de porcelana fina. Ese único recuerdo hermoso que arrastraba desde la infancia encajó con la sonrisa llorosa que ella esbozaba.

Su madre. Esa madre que cantaba para él y la que él intentaba acariciar estirando sus diminutos dedos era ella.

Estaba viva.

Se puso en pie de golpe y retrocedió hasta que su espalda estuvo a punto de dar con el fuego de la chimenea. Negaba con la cabeza. Quería decir que era imposible; que debía estar confundida. Pero algo en el fondo de su pensamiento sabía que decía la verdad. Sus recuerdos no mentían, y esa incómoda sensación de familiaridad tampoco.

—Te llamas Arian por mí. Por mi nombre. Marian.

—No siga.

—Tienes una mancha de nacimiento en el tobillo, justo encima del hueso, y una pequeña cicatriz en la oreja. Te encantaba jugar con los potros; tenías un caballito de madera e ibas trotando a todas partes. Una vez tropezaste y te rasgaste el lóbulo, pero ni siquiera lloraste.

—Cállese —masculló débilmente—. No quiero escucharlo.

—Y yo no quiero que pienses que no te querían. Yo te quería. Tu padre también lo habría hecho. Viviste así porque yo cometí un grave error. He venido a darte las respuestas que necesitabas y ahora a rogar que me perdones. Nunca deberías haber pagado por lo que hice.

Arian claudicó.

—¿Qué hiciste? —inquirió en voz baja, como si no quisiera que nadie supiese, ni siquiera él mismo, que la estaba tuteando. Porque era su madre.

Su madre.

—Intenté llevarte conmigo. Ese invierno habías cumplido cinco años y yo no

podía seguir así. Eras mi hijo. Lo lógico era que estuvieras a mi lado. Pero mi padre se enteró. Me atrapó a mitad de camino, te llevó con él y ya nunca más volví a saber de ti.

»Fue como si te hubieras desvanecido de la faz de la tierra. Te busqué por toda Inglaterra a riesgo de que descubrieran mi secreto, pero nunca di con una sola pista. No supe que Norbert lo estuvo haciendo por su cuenta hasta la noche en que murió. Parece que te dejaron con una familia terrible y él solo pudo ayudarte cuando te colaste en su casa y lo enfrentaste. Te reconoció nada más verte por tu parecido conmigo, y a partir de ahí intentó contactarme. Yo estuve años negándome a abrir sus cartas, por eso no supe que estabas vivo hasta la noche de su muerte.

—¿Por qué? ¿Por qué lo ignoraste?

—Porque pensaba que apoyó la decisión de arrebatarle a mi pequeño.

Arian tragó saliva con dificultad.

—¿Cómo llegué a creer que Clarence era mi padre? —se oyó preguntar.

—Es lo que el mío dijo a tus cuidadores para proteger mi honra, e imagino que gracias a su indiscreción se extendió por Inglaterra. Todos los hombres tienen bastardos y no es importante, pero si una mujer tiene uno... es diferente. Tu abuelo te veía así, como el fruto de una relación extramarital, cuando no es cierto. Eres un hijo legítimo y amado. Tu padre fue mi esposo y te concebimos desde el amor y la compenetración de una pareja bendecida por Dios, por su pastor, y por el Estado.

Arian cogió una gran bocanada de aire.

Nunca había estado tan confuso. Todo lo que justificaba quién era y cómo se comportaba era su historia, y ahora resultaba que muchas partes de la historia eran mentira. Las pocas que no, tenían nuevos matices que lo cambiaban todo.

Siempre había tenido el consuelo de que sufrió porque no era lo bastante valioso para quienes debieron cuidar de él. De que las cosas no podrían haberse dado de otra forma. Eso era mucho más sencillo de gestionar que la realidad que Marian planteaba: su vida podría haber sido muy diferente. Tan diferente que no recordaría cada día las desgracias que lo persiguieron desde que tenía memoria. No habría experimentado nunca esa impotencia de no ser lo bastante bueno.

Fuera de eje, Arian se fue replegando hacia la puerta.

—Hiciste que Cassidy trastocara el testamento para darme lo que se me arrebató.

—No tienes lo que se te arrebató. Serías el barón Godolphin si las cosas no hubieran sido así. Pero Norbert, el señor Davenport y yo intentamos compensarte con...

Él la silenció con una mirada oscura.

—¿Qué te hizo pensar que algo podría compensar lo que he sufrido? ¿Creías que poniendo un pie aquí dejaría de oler el hedor de las cloacas cada vez que cojo aire? ¿Que olvidaría a todos los niños que murieron en la calle y ante mis ojos antes de cumplir la edad de los que ahora me sirven? ¿Que alguna vez podría limpiarme el barro seco que me ha protegido del frío durante cada invierno?

No soportó la mirada de lástima que le dirigía. Temblando, no sabía si de furia o por miedo a derrumbarse, agarró el pomo de la puerta.

—Si de mí hubiera dependido, jamás habrías pasado por eso. No ha habido un solo día en el que no pensara en ti, Arian. Te amaba con locura y aún ahora mi corazón se estremece cuando te miro.

Él le dio la espalda con todo el cuerpo en tensión.

—Desgraciadamente, creo que sabes tan bien como yo que el amor no cambia nada.

Capítulo 31

Venetia se daba aire con un abanico. Necesitaba encontrar la respiración.

Llevaba con el cuerpo descompuesto desde hacía un par de días, pero en las últimas horas sus náuseas se habían intensificado. Ya había devuelto el cordero de la cena; ahora luchaba por mantener en el estómago la media galleta de mazapán que Audelina le había obligado a engullir.

Estiró una mano temblorosa hacia la manzanilla y dio tres sorbos cortos. Cerró los ojos y concentró todos sus esfuerzos en no volver a armar un estropicio. Desde que Arian cruzó el umbral de Beltown Manor, supo que era cuestión de tiempo que su salud se viera severamente afectada. No le deseaba a nadie la ansiedad y frustración que llevaba meses padeciendo, ahora intensificada por la situación.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Dorothy, asomada bajo el quicio de la puerta. Audelina, eterna enfermera, le hizo un gesto para que entrase. La más joven de las Marsden aún estaba vestida de noche, a pesar de que la fiesta debía haber finalizado hacía una hora.

—Llevas unos pendientes preciosos —murmuró Venetia, con los labios agrietados.

—Gracias. ¿Cómo estás? Pareces más pálida que antes.

—La pregunta es cómo está Brenda.

—Rachel y las mellizas le hacen compañía. No llora ni tampoco habla, creo que sigue conmocionada. Solo ha abierto la boca para decir que su vida está arruinada.

Venetia conocía bien esa sensación. Tanto que unas nuevas náuseas le dejaron el amargo regusto de la bilis en la garganta. Recordaba con detalle cómo recibió la noticia de que Wilborough no iba a casarse con ella. La visitaron todas las emociones imaginables. Primero la rabia y después el pánico, para al final arrastrarse ante su protector y rogarle que lo reconsiderase. Se vio a sí misma arrodillada ante Wilborough y con lágrimas en los ojos, prometiéndole que sería una esposa fiel y abnegada que nunca emitiría un solo juicio sobre su tendencia a vivir el amor fuera del lecho conyugal.

Él la humilló de todas las formas pensables. Y luego se humilló ella sola por todas las que le faltaron. No podría soportar verse de nuevo en esa tesitura ni ver a nadie sufriendo lo mismo.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Dorothy, esforzándose por aparentar

serenidad.

Venetia inspiró antes de contestar con dificultad.

—No lo sé. Arian está hablando con él. Espero que logre hacerlo recapacitar...

Una arcada le bloqueó la garganta. Consiguió contenerla a tiempo, antes de que Audelina pudiera acercarle el cubo y Dorothy se acercase para retirarle los bucles sueltos.

—¿Cuánto llevas así?

No quiso decir que su cuerpo renegaba de la comida desde un tiempo atrás, y que su malestar iba empeorando conforme su estado de ánimo descendía en picado. Nunca le había gustado alterar a sus hermanas con sus dificultades, y menos aún cuando el futuro de todas peligraba. No quería ni pararse a pensar en lo que podría suceder si el duque describía lo que había visto una vez llegara a Londres. Quiso creer que era tan honorable y discreto como parecía, y que, en caso de no serlo, se olvidaría de Brenda tan pronto que no le daría tiempo a recordar qué había causado su desencanto con ella.

—Un par de semanas —respondió Audelina. Venetia la miró, sorprendida, a lo que explicó—: Llevas pálida desde hace un tiempo y he oído tus arcadas.

—¿Ahora duermes con la oreja pegada a mi puerta?

—No hace falta cuando tu pared está pegada a la mía. Para leer necesito silencio y soy muy sensible a los ruidos a los que no estoy acostumbrada.

—Quizá tenga que ver con aquel queso azul que trajeron de Dorset —propuso Dorothy—. Es difícil saber cuándo está bueno y cuándo no; como siempre huele mal... A Rachel no le sentó bien.

—O tal vez estés embarazada.

Venetia giró la cabeza bruscamente hacia su hermana mayor. Audelina la observaba sin pestañear.

—¿Cómo has dicho?

—¿Cómo va a estar embarazada? —inquirió Dorothy, en su inocencia—. ¿De quién?

Ni siquiera escuchó lo que decía la menor. No apartó los ojos de los avellana de Audelina, que con su críptica inexpresividad conseguía decir todo lo que Venetia no quería escuchar. «¿Qué estás diciendo?», decía ella, alarmada. «No es del todo imposible», se defendía la otra. Y tenía razón. No era del todo imposible. Pero sí muy improbable. Le habían enseñado suficiente sobre maternidad para saber que las náuseas se manifestaban mucho tiempo después de la concepción, y apenas hacían un par de semanas, tres a lo sumo, desde que estuvo en brazos de Arian por primera vez. Se suponía que tomaron precauciones, aunque las propias criadas le habían dicho que no siempre surtían efecto y se conocía lo suficiente para saber que incluso iniciando el embarazo

podría sufrir los síntomas. Su madre había padecido toda clase de males durante la gestación, y ella en concreto era tan débil de salud que cualquier mínimo cambio producido en su cuerpo podría generar una respuesta de ese tipo.

Saber que su sospecha tenía una base real, y que igual que lo ponderaba Audelina podrían haberlo pensado el resto de sus hermanas, terminó de revolverle el estómago. Una profunda arcada la sacudió y tuvo que agarrar el cubo a toda prisa para vomitar la manzanilla.

Audelina secó las gotas de sudor que se habían amontonado en su frente.

—Veo que no vengo en buen momento —comentó el señor Davenport, asomado a la puerta del saloncito privado—. ¿Qué ocurre?

Hizo ademán de cerrar la puerta tras él, pero alguien empujó desde atrás con suficiente fuerza para que Cassidy estuviera a punto de trastabillar. Arian apareció con la mandíbula apretada. Su palidez le recordó a la de los fantasmas de los cuentos de terror.

Venetia se incorporó como dictaba la buena educación, con la mala suerte de que las arcadas volvieron a sacudirla. Se cubrió la boca con la mano, sin perder de vista el gesto de Arian de agarrar a su hermano del brazo.

—Fuera —ordenó—. Tengo que hablar con él en privado.

—Hay suficientes habitaciones en esta casa para mantener una charla privada. No tienes que desalojar la única que está habitada en todo el piso inferior —apuntó Venetia, mucho más nerviosa que molesta.

¿Qué significaba aquella cara de espanto? ¿Dónde estaba Bastian?

Arian no tuvo que dar su orden de nuevo. Dorothy y Audelina desaparecieron tras hacer las obligadas reverencias. Parecía que solo había hablado por ellas dos, porque no se dirigió a Venetia para repetir la orden. Cerró la puerta de un puntapié, y bajo la horrorizada mirada de la espectadora, cogió a Cassidy por la pechera de la camisa.

—Lo has sabido todo este tiempo y no me has dicho nada —siseó, muy cerca de su cara—, ¿y tú te haces llamar hermano?

—Imagino que si me estás increpando es porque ya sabes que no lo somos.

Arian esbozó una sonrisa que Venetia jamás le había visto.

—Oh, sí, encantado de conocerte, primo. ¿Hay algo más que se me escape y deba saber? ¿Ahora resulta que Fox es mi tío, y Bastian mi mellizo perdido?

Venetia estaba horrorizada por su tono inclemente. Nunca pensó que vería cómo discutía con su hermano, aunque aquello no parecía una discusión, sino algo más.

Cassidy ni se inmutaba.

—No podía arrebatarme a lady Kinsale el derecho a contártelo en persona.

—Pero sí podías arrebatarme a mí la verdad durante años.

—¿Qué habría cambiado que lo supieras? La verdad llega cuando ha de llegar, y de la mano de la persona correcta.

Arian lo soltó de un empujón. No porque estuviera de acuerdo con él, sino porque acababa de decidir que tendría que poner distancia para no caer en la tentación de hacerle daño.

—Tú podrías haberme evitado todo esto.

El semblante de Cassidy se endureció.

—¿Te refieres a un futuro brillante? Deja de actuar como si fueras víctima de un crimen. Has sido bendecido con un regalo que la gente con la que te has codeado hasta ahora solo ha podido admirar de lejos. Ahora que sabes la verdad no puede parecerte envenenado. Es lo que te corresponde. Esto que hemos hecho...

—Se llama corrupción. No puedes cambiar la voluntad de un muerto.

—Se llama justicia, y cuando esta es el fin, todos los medios quedan justificados de sobra. Lamento que no compartas mi visión, pero no voy a perder el tiempo intentando cambiar tu forma de pensar. Solo espero que algún día te des cuenta de que no estás renunciando a tu esencia ni a tus recuerdos por aceptar la vida mejor que se te ha ofrecido.

—No se me ha ofrecido nada. Se me ha obligado a ponerme al frente de una familia, de una casa, de cientos de trabajadores... y aun así, no es eso lo que te estoy reprochando. ¿Cómo puedes tener el descaro de hablarme así después de todo?

La impotencia que sobrecogía a Arian era la misma que tensaba a Venetia. No solo estaba furioso; diría que la furia era solo una emoción intermitente entre la confusión y la amargura, y una simple transición hasta lo que se ocultaba bajo todas esas capas.

Dolor.

Quiso levantarse y ofrecerle consuelo con un abrazo, pero su posición en la pelea era la de objeto invisible. Ni siquiera sabía de qué hablaban. No tenía derecho a intervenir.

—No sabes lo que esto significa —continuó—. Todo a lo que me he estado aferrando es falso. ¿A quién odio si Clarence no me hizo daño? ¿A qué madre voy a añorar si la tengo delante? Ni siquiera sois mis hermanos. Lo sois entre vosotros, pero yo he quedado excluido.

»Quizá siempre lo he estado. —Esa conclusión lo aterrorizó—. ¿Ellos lo saben?

Cassidy negó con la cabeza.

—Y no has quedado excluido. Nuestra fraternidad es algo que nosotros hemos creado. Nunca te ha importado que no tuviéramos la misma madre para

llamarnos hermanos. ¿Por qué iba a importar que no tengamos el mismo padre? Los lazos están ahí. Los desarrollamos todos al crecer juntos, al apoyarnos.

—Tú siempre has sabido que yo era distinto.

—Siempre he sabido que te aprecio lo mismo que a los demás. De quiénes esté compuesta tu sangre me es indiferente. Creía que era ese el pilar fundamental de nuestra hermandad: que nunca nos trataríamos de forma distinta ni nos queríamos menos por ser hijos de nuestros padres.

Arian sacudió la cabeza. No dijo nada. Dio una vuelta confusa por la habitación. Sus ojos perdidos no cayeron sobre Venetia ni siquiera por casualidad.

—Entiendo que es mucho lo que debes gestionar —continuó Cassidy—. Pero intenta no llegar a una conclusión que pueda perjudicarte.

—¿A mí o a vosotros?

—A ti, Arian. ¿De veras crees que esto es por mí? Ya has vivido perjudicado durante muchísimos años. Seguir odiando no te va a beneficiar en absoluto. Tal vez haya llegado el momento de que aceptes que tu vida podría ser mejor de lo que creías, y que no estás siendo injusto con la que era tu gente por buscar la comodidad.

Le dio una palmada en el hombro y se lo apretó en señal de apoyo. Después, y sin que le diera permiso para retirarse, salió del salón en completo silencio. La intranquilidad de Venetia aumentó hasta hacerse insoportable cuando las bisagras de la puerta anunciaron que se había quedado a solas con él.

«O tal vez estés embarazada».

Sacudió ese recuerdo de su pensamiento y se concentró en Arian, que no se había movido.

—¿Qué ha pasado?

Con su voz consiguió traerlo de nuevo a la realidad. Arian le dirigió una mirada insegura, que pronto se transformó en preocupación al verla tendida sobre el diván. Un par de zancadas después ya estaba arrodillado ante ella.

—¿Qué ocurre? —Colocó una palma áspera sobre su frente—. ¿Estás enferma?

Unas intensas ganas de llorar se apoderaron de ella.

—Solo es un pequeño mareo.

—No parece solo un mareo. —Apuntó el cubo con la cabeza—. ¿Quieres que busque al médico? Me parece un auténtico estúpido, pero parece que es el único que conoce la medicina en todo Gateshead.

—No, no es necesario. Quizá... quizá más adelante, si no mejoro. Siempre he sido de salud débil. Estas cosas me pasan con más frecuencia de lo que parece. —Tragó saliva, y con ella la amarga mentira—. ¿Qué significaba todo eso de

Cassidy?

Arian recuperó el semblante adusto.

—Parece que lady Kinsale no es mi tía, sino mi madre.

Venetia levantó las cejas. Fue a expresar su sorpresa, pero no era tan asombroso. El parecido entre ellos era escalofriante. Lo había apreciado e incluso sentido nada más mirarla la primera vez.

Se le ocurrieron miles de preguntas para hacer. No hizo ninguna. Él debía estar haciéndose las mismas y no iba a echar más leña al fuego.

—¿Es buena mujer? —dudó al fin.

—Creo que sí. Si no miente —especificó—, lo es. Incluso parece que soy importante para ella. Pero no es eso lo que me quitará el sueño.

—¿Y qué te lo quitará? ¿No es un consuelo saber que te adora?

—Sí y no. Me siento... impotente. Alguien me estaba queriendo cuando yo buscaba desesperadamente a alguien a quien querer. Eso es mucho peor que ser un despojo abandonado. He podido encajar desde la humildad y la resignación que mis padres me despreciasen. Ha justificado todo lo que vino después. Pero me costará asimilar que he sufrido para nada. Que podría haber evitado esto.

Venetia lo observó con una sonrisa incrédula.

—Una de las cosas que más admiro de ti es lo orgulloso que estás de haber sobrevivido y de lo que has aprendido por el camino.

—Pensaba que eso era lo que más te irritaba.

—Puede ser irritante a veces. Lo que quiero decir es que estoy acostumbrada a oírte hablar de lo curtido que estás gracias a lo que has vivido.

—O te enorgulleces de lo que te ha enseñado, o te victimizas por lo que te ha hecho, y entre esas dos opciones me quedo con la primera. Reivindicar lo que soy solo es una forma de defenderme del mundo. No quiere decir que estuviera dispuesto a volver a pasar por eso si me dieran la oportunidad de nacer otra vez. Fue horrible, Venetia —confesó en voz baja—. Saber que no solo podría, sino que tendría que habérmelo ahorrado, me destroza.

—Habrías vivido como un noble. Tú desprecias a los nobles.

Arian esbozó una sonrisa que parecía compadecerse de ella.

—Los desprecio porque los envidio, mujer. Detrás del odio siempre hay un motivo, igual que lo hay tras el amor.

Venetia se estremeció al oír aquella palabra en sus labios.

—¿Alguna vez has amado?

—Claro. Amo a mis hermanos. —Hizo una pausa que usó para mirarla de hito en hito, como estudiando su reacción—. No podría haberle hecho daño ni aunque hubiese querido. Pero le he dado un puñetazo.

Venetia esperó que le hirviera la sangre. Había confirmado con pocas palabras

que Bastian no iba a hacerse cargo, y ella sabía muy bien lo que eso significaría a corto plazo. Sin embargo, no tuvo fuerzas para enfadarse. Estaba asustada por lo que Audelina había insinuado, y no sentía que tuviese el valor de defender a Brenda por algo que había hecho voluntariamente cuando ella misma se había prestado a una aventura pasional.

—Soy la primera que sabe de buena tinta que no se puede convencer a un hombre poderoso de hacer algo que no quiere —dijo con voz queda—. Iré a hablar con Brenda.

—Cassidy se marcha a Londres hoy mismo. Le he pedido que entregue al duque en persona una carta que escribiré en cuanto organice mis ideas. Si guarda discreción no tendrá nada que temer. No te imaginas la cantidad de señoritas que han acudido a burdeles rogando por un consejo para engañar al caballero en la noche de bodas. Brenda encontrará a alguien.

Venetia lo dudaba bastante. El duque no solo había presenciado un afectuoso intercambio entre dos desconocidos, lo que le habría pasado desapercibido; el duque había sido humillado por la mujer a la que pretendía. Fuera vengativo o no, una afrenta de ese calibre no sería olvidada.

Aun así, agradeció para sus adentros que Arian se hubiera tomado la molestia de calmar sus nervios. Al sonreír notó que tenía los labios agrietados. Imaginó que debía estar ofreciendo un aspecto lamentable, y que no podía permitir que un hombre que la quería por su belleza y disposición la viese de esa manera.

—Si no me necesitas, voy a retirarme —musitó.

Arian entrelazó los dedos con los suyos y depositó un beso en el dorso de su mano.

—Yo siempre te necesito.

«Ojalá eso fuera cierto».

Se entretuvo con los volantes de la falda para no tener que mirarlo a la cara. No soportaría ver su decepción cuando le dijera que esa noche dormiría solo. Confirmaría unos temores que ya no podía ignorar.

—Hoy no —pidió, dándole la espalda—. No puedo.

«Y no sé si volveré a poder».

Capítulo 32

A pesar de los garrafales errores cometidos, Arian tuvo la sensación al despedir a sus invitados de que había conseguido impresionarlos. No le gustó descubrir que aquello lo hacía sentir orgulloso, y se concentró en los problemas emergentes que requerían solución inmediata.

Durante los dos meses siguientes, estuvo escribiendo y enviando cartas a Cassidy. A pesar de no ser un miembro de clase alta, a los lores les encantaba cerrar negocios durante sus eventos y su hermano estaba invitado a la mayoría de estos. Por petición de Arian, estuvo pendiente de lo que se contaba tanto en tocadores como en clubes de caballeros, y afirmó en cada una de sus misivas que el nombre de Brenda Marsden no se había mencionado ni siquiera por casualidad. En cuanto al duque, con el que Cassidy mantenía una estupenda relación, no se pronunció al respecto ni siquiera cuando le preguntó, con su prudencia habitual, que había sido de sus intenciones con ella. Lo más probable era que quisiera olvidar el incidente y él mismo fuera el más interesado en que no llegara a oídos de sus conocidos; a fin de cuentas, en Londres nadie había visto a las Marsden, ni por supuesto tratado con ellas, y un duque no daría coba a los que quisieran burlarse narrando sus fracasos amorosos.

A pesar de saber que Sayre no iba a desenmascararla, Brenda no dejó de dar vueltas por la casa como si una catástrofe estuviera ocurriendo al otro lado de la puerta y no pudiera hacer nada para salvar su vida. No lo decía en voz alta, pero era evidente que pensaba que su vida se había acabado... y no ayudaba a aplacarla ver cómo sus hermanas se prometían en matrimonio y marchaban a Londres para ser cortejadas como era debido. Chalada y Chiflada, las mellizas, habían sido elegidas por un coronel y un barón que capitaneaba un barco respectivamente; Rachel había conseguido llamar la atención de un comerciante enriquecido que parecía intrigado con ella, y Audelina había entablado una hermosa amistad con un joven cercano al duque, lord Polly Lovelace, con el que compartía aficiones. Todas ellas partieron a la capital a mediados de enero con sus respectivas doncellas; Cassidy se encargaría de hospedarlas y dirigir las hasta que iniciara la temporada. El viaje dejó a la joven Dorothy, a la frustrada Brenda y a Venetia en la estacada. La benjamina parecía aliviada por no tener que abandonar su hogar, mientras Brenda pasaba el día pegada a la ventana, como si desde allí pudiera divisar el Támesis, el Parlamento inglés y esas glorias que

ahora veía muy lejos del alcance de su mano.

En cuanto a Venetia, llevaba ocho semanas negándose en rotundo a que un médico revisara su intermitente enfermedad. Arian había querido respetar su deseo, pero después de que la noche anterior se hubiera desmayado en sus brazos, y tras una acalorada discusión que lo dejó nostálgico por los tiempos en los que ese tipo de comunicación era la habitual entre ellos, decidió que haría lo que se le cantase. El médico había visitado a la joven esa misma mañana, mientras Arian atendía las quejas de sus terratenientes y leía con Charlotte y con Uriel los cuentos que les había regalado por Navidad. Cuando se reunió con ella esa tarde y pidió un diagnóstico, Venetia se puso pálida y aseguró que no era nada grave; no más que una pequeña intoxicación. Naturalmente no la había creído, y en otras circunstancias habría decidido discutir con ella, pero la veía tan fuera de sí que prefería no incordiarla.

—No te preocupes —le dijo Fox en cuanto terminó de desahogarse. Había regresado de su breve travesía marítima a Irlanda, donde no había pasado más de unos días—, estará bien. Lo más probable es que la mujer solo haya desarrollado una especie de alergia hacia ti. Mucho estaba tardando.

—Eso explicaría por qué huye de mí. Entiendo que no permite que la toque porque está enferma, pero tampoco quiere que esté cerca e intenta cortar todas mis propuestas de conversación. ¿Qué le ocurre, Fox?

—A lo mejor está harta de que la atosigues. Dale espacio, cazurro. Uno se acaba cansando de tener todo el día encima a un monstruo de pelo blanco, por muy buenas intenciones que tenga.

—Le estoy dando espacio. Ya casi no la veo.

Solo había podido acercarse a ella las tardes que se le hizo insoportable lidiar con la historia de su vida. Lady Kinsale se marchó el día que finalizaron las fiestas, y se despidieron de la forma más fría, aunque ella le hiciera prometer que escribiría a su residencia en cuanto tomara una decisión respecto a su relación. Pese a haberla perdido de vista, ni sus palabras ni impotencia abandonaron a Arian uno solo de los casi setenta días que pasaron después.

Fue a través de Venetia como consiguió sentirse mejor. Solo hablando con ella. Pero sospechaba que su alivio no tenía nada que ver con el ejercicio de desahogarse, sino con la mujer en sí. Escuchar su voz había tranquilizado el miedo que superaba con creces cualquier otro experimentado antes. Tener su piel al alcance de la mano, aun sin estirarse para tocarla, había sido una forma de sentirse a salvo. Hubo algunas noches que se inventó que necesitaba hablar con ella solo para estar en su misma habitación. No soportaba la distancia que había puesto entre los dos, y estaba tan aterrado por los motivos que por primera vez había optado por la prudencia de esperar a que diese el paso de expresarlo.

Se moría porque lo hiciera. La necesitaba. Lo había hecho desde que la vio por primera vez, y ahora que no le quedaba otro remedio que afrontar que estaría encadenado eternamente a Beltown Manor, debía asumir también que era por ella. Venetia había dotado de un sentido y una belleza casi irreal al regalo envenenado. Bastaría con una palabra de sus labios para que no quemara la casa y se marchara a Italia, y eso era terrorífico. Jamás había dependido de nadie excepto de sí mismo, y empezaba a darse cuenta de que teniéndola tan lejos no podía controlarse: era víctima de un estado emocional cambiante.

No le gustaba la sensación. No le gustaba esa debilidad. Y a la vez... amaba cómo una sencilla sonrisa de sus labios elevaba su corazón.

—No esperes entender a las mujeres, Arian. A lo máximo que puedes aspirar es a tolerarlas —bromeó Fox—. Y hablando de mujeres... ¿Qué hay de tu madre? ¿Es que no piensas darle una oportunidad?

Arian hizo una mueca sin despegar la mirada del fondo del vaso. Había sido asiduo al alcohol; era fácil de robar en las tabernas y le ayudaba a entrar en calor durante el invierno. Pero desde que había llegado a Gateshead apenas había bebido un trago. Sus costumbres cambiaban, sus vicios se iban perdiendo en favor de la responsabilidad, e incluso su forma de ver las cosas adquiría nuevos matices. No sabía si se sentía cómodo en esa nueva piel, ni tampoco si le sentaba bien, pero estaba convencido de que podría habituarse a ella.

—No es tan fácil. Me ha dicho que tengo una madre que me quiere cuando llevo treinta años creyendo que no. Uno necesita pensar.

—No pensaste mucho cuando Cass te dijo que te esperaba una fortuna en el norte, y también llevabas treinta años creyendo que las libras eran una leyenda urbana.

—Gracias a ellas he descubierto que la reina es más fea que una blasfemia.

—Pero es una reina. A mí no me importaría servirla. —Le guiñó un ojo. Arian suspiró. Se lo pensó dos veces antes de hacer la pregunta que lo atormentaba.

—¿Me ves diferente?

—¿A qué te refieres? Has engordado, si eso es a lo que te refieres. No te sienta mal, los hombres guapos y corpulentos podemos permitirnos unas libras de más. ¿No te parece curioso el juego de sinónimos? Siempre me ha impresionado el poder del lenguaje. Dependiendo del contexto en que uses una palabra, puedes referirte a una cosa o a otra...

—No me refiero a eso, tarugo, y no te vayas por las ramas. Tú y yo no somos hermanos. Ahora que lo sabes, ¿no me ves de otra forma?

Fox levantó sus gruesas cejas negras. Le parecía más distinto a él que nunca, y eso que siempre había sido consciente de que físicamente no tenían nada en

común.

—¿Me ves tú a mí de otra forma? —contraatacó—. Te lo voy a decir como lo dicen los piratas, milord. Me vale un carajo de qué coño salieras. Contigo he reído y habría llorado si me gustara perder el tiempo sufriendo. Eres mi hermano sin importar las circunstancias de tu nacimiento. Creía que fue así como lo zanjamos en su momento.

Alguien tocó a la puerta del despacho. Tras el «adelante» de rigor, Venetia asomó su rostro pálido bajo el umbral.

Arian dejó de respirar un instante. Se puso en pie tan rápido que disparó la silla hacia atrás, y no se molestó en recogerla.

—Lamento interrumpir, pero me gustaría hablar con milord. Es algo urgente.

—Por supuesto. Pasa y acomódate. Fox, lárgate. Puedes llevarte el vino.

El hermano mayor esbozó una sonrisa de pirata.

—Muy amable. —Agarró la botella y la levantó como si fuera un brindis—. Milady.

—¿Vas a contarme qué te ha dicho el doctor? —quiso saber nada más se cerró la puerta. Ella no dijo nada—. Dios mío, mujer, llevo mucho mejor tus gritos que tu silencio. Incluso los echo de menos. ¿Por qué no me hablas?

Venetia lo miró con un rastro de culpabilidad. ¿Dónde estaba la dama de hierro envuelta en seda que lo irritaba y desarmaba a partes iguales? Su mujer aguerrida de puntos sensibles, barbilla insolente y miradas anhelantes. Se había perdido y no sabía dónde, pero la buscaría por tierra y mar si ella le diera una pista.

—Porque nada de lo que pueda decir será de tu agrado.

—Muchas cosas que han salido de tus labios me han desagradado y aún sigo vivo. De todas formas, es lo justo que me dejes averiguar por mí mismo si me gustará o no.

Arian observó que aquella situación no le era agradable e intentó hacerla más llevadera ofreciendo su mano. Protegió sus delicados dedos con un apretón cariñoso. Estaba a punto de depositar un beso en su dorso cuando habló.

—Estoy encinta. El doctor lo ha confirmado esta mañana.

Tanto el beso como las manos unidas quedaron suspendidas en algún momento temporal entre la confesión y la conmoción que le siguió. Arian no movió un solo músculo: solo sus ojos se deslizaron ávidamente por el rostro de Venetia, buscando un atisbo de broma.

Pero ella nunca bromeaba.

Aun así, las palabras salieron de su boca antes de medirlas, inspiradas por insinuaciones que no había comprendido en su momento y que en ese instante cobraron todo el sentido.

«Quiero que lo obligues a casarse, como cualquier hombre con un mínimo de honor habría hecho (...) Bastian ha usado a Brenda para su disfrute y pretende desaparecer sin comprometerse. Es un rufián despreciable».

La miró a la cara y entendió que él era ese rufián despreciable para ella.

—¿Me estás diciendo esto para que me case contigo?

Un reflejo de traición cruzó sus ojos verdes. Le retiró la mano de inmediato.

—Eres un miserable.

—No... ¡Espera! Espera, mujer, yo... Lo siento, no quería decir eso. Sé que no serías tan rastrera. Solo no comprendo cómo ha podido ocurrir.

—¿No? ¿No se te ocurre? —le espetó, mirándolo con rencor—. Dijiste que tomarías precauciones, y mírame ahora. Albergando en mi vientre a un bastardo como la cualquiera que soy, y al padre empalideciendo al pensar que deba hacerse cargo.

Arian se estremeció al escucharla.

—No hables así de ti.

—¿Cómo quieres que hable de mí? ¿Como una dama virtuosa? ¿Como un referente para las debutantes? ¿Como la joven perfecta...? —Soltó una carcajada estrangulada. Venetia se cobró hasta el último de sus silencios desahogado su frustración—. Eso es lo que soy. En lo que me he convertido con tu inestimable ayuda. En una amante con muy mala suerte.

—Venetia...

—Sé que no quieres casarte conmigo —continuó sin mirarlo—. No se me ocurriría pedírtelo, ni soñar con acabar con tu sed de venganza. Solo pensé que te importaría saber a dónde me marchó con tu hijo, y quisiera averiguar ante todo si pretendes reconocerlo.

Arian se tensó.

—¿Adonde te marchas? —repitió. Dio un paso al frente con actitud belicosa y la cogió de la mano por instinto—. Tú no vas a ninguna parte.

—Suéltame. Estoy harta.

—¿Harta?

—Sí. —Lo miró con los ojos inundados—. Estoy harta de que no me quieras lo suficiente.

Arian se quedó paralizado.

—¿Cómo?

Sonrió entre lágrimas.

—Acepté ser una fulana porque te amaba. He aceptado tener a tu hijo porque te amo. ¿Por qué tú no puedes ser mi marido, ni siquiera soportar pensarlo, si algo te importo? ¿Por qué tu venganza sobre Clarence es más legítima que mi integridad y mis esperanzas?

Él soltó su mano y retrocedió igual que si lo hubiera abofeteado.

—¿Qué esperanzas? Todo esto empezó porque no querías casarte.

—¿Y si te hubiera dicho que sí que soñaba con una familia? —Arian se quedó en silencio—. Lo suponía. No habría cambiado nada.

—Yo nunca he atentado contra tu integridad —se defendió—. Sabes que te respeto.

—Sé que me respetas. Pero yo no quiero el respeto que le das a todas las mujeres por el simple hecho de serlo. Quiero el respeto que le darías a alguien que amas con locura.

—¿Y cómo se otorga ese respeto? ¿Con una boda?

—O solo tratándome como si te preocupara cómo me siento. He cedido y he complacido tus deseos todas y cada una de las veces, aun cuando iban en contra de mis principios. He traicionado todo lo que soy y todo en lo que creo para quererte... y aún ni siquiera ha salido de tus labios un simple «te quiero».

—Sabes que te quiero.

—Y me lo dices ahora, bajo coacción y en una situación crítica. Incluso si fuera cierto, cosa que dudo, ¿qué pasará luego? ¿Hasta cuándo lo harías? Di la verdad —exigió, con la barbilla alta—. No vas a casarte conmigo porque tienes la certeza de que no seré para siempre. Quién sabe si no me besaste para demostrarte que puedes tener a una mujer noble y ningunearla a tu antojo.

—¿Qué diablos estás diciendo? ¿A qué viene todo esto?

—Viene a que ya he callado suficiente. No voy a hacerlo más.

Arian se pasó una mano nerviosa por la cara.

—Venetia... Mis reticencias hacia el matrimonio no tienen que ver contigo como mujer. Te lo expliqué en su momento.

—¿Con quién tiene que ver, entonces? Clarence no es tu padre. De hecho, te salvó la vida y te dio todo esto cuando podría haberte abandonado a tu suerte incluso después de encontrarte. Y tu madre te adora. La única persona de que la te estás vengando al hacer todo esto, es de mí.

»Soy la única que va a sufrir las consecuencias. —Apoyó una mano en el vientre—. Somos los únicos que las vamos a sufrir.

Arian la miró con incredulidad.

—¿Me estás diciendo que quieres llevar mi apellido? ¿Tú, la hija de un marqués, siendo la señora de un bastardo? No me llamo «de Lancaster». No me llamo Bellamy.

—¿Ahora vas a menospreciarte? ¿Toda la vida con la barbilla bien alta, y vas a echar por tierra tu orgullo para convencerme de que tengo ideas de loca?

—No me menosprecio. Digo que para ti, todo lo que soy siempre ha sido muy poco.

—Por supuesto —ironizó—. ¿Cómo puedes ser tan descarado? ¿Vas a mirarme a la cara y decirme que no me has pedido matrimonio porque crees que me avergonzaría de ti, y no por venganza?

—Maldita sea, mujer —masculló, ansioso—. ¿Esperabas de verdad que te pidiera matrimonio siendo lo que soy?

—¿Qué se supone que eres?

—Un bastardo.

Venetia jadeó, incrédula.

—No eres ningún bastardo. Y yo jamás he pensado en ti como tal, ni te he visto como menos por ese motivo. Puede que alguna vez lo usara para hacerte daño porque sabía que te dolería como a mí me dolían tus palabras, pero eso fue durante los días en los que nos odiábamos. Créeme que me es y siempre me ha sido indiferente quién fuera tu padre.

—¿Qué dirían los tuyos si supieran todo esto? ¿Qué dirían si pidiera tu mano?

—¿Qué más da eso? ¿Acaso están aquí? ¡No lo sé! Tal vez mi padre dijera que eres poco para mí, o se negaría en rotundo a entregarte mi mano, pero no porque seas un bastardo, sino... Créeme, hay miles de razones por las que no me casaría contigo antes de tus orígenes.

—¿Como qué?

Venetia rompió la pose guerrera y se abandonó a la resignación.

—Como que no me quieres de vuelta.

—Sabes que te deseo más que a nada en este mundo.

—¿Y qué? Sobre el deseo no se puede fundamentar nada sólido. ¿Qué pasará cuando sea vieja y esté arrugada? Ya no me desearás. Buscarás a otra mujer, y entonces me llevarán los demonios.

—Yo también envejeceré y tus sentimientos hacia mí cambiarán por el mismo motivo. Eres igual de apasionada que yo.

—No lo soy. Yo no era nada de eso antes de ti. No sentía deseo. No quería entregarme a nadie. No me interesaba el placer. Todo eso lo he sido para complacerte.

—¿Qué? ¿Ahora vas a decir que tu pasión nunca ha tenido nada que ver, que se ha tratado solo de mí?

—No. Digo que yo no había sentido esto hasta que llegaste tú, y no me imagino sintiéndolo por otra persona. Tal vez sí... pero qué más da. Yo nunca te cambiaría.

—Yo tampoco a ti —juró, con una mano sobre el pecho—. Venetia... Me muero por ti en contra de todo lo que soy, lo que pienso y en lo que creo. Yo también me he traicionado. Y ahora mismo te juro que no vais a sufrir nada, ninguno de los dos.

»¿Crees que voy a permitir que crezca siendo un bastardo o que te miren por encima del hombro? Por encima de mi cadáver. Tú misma lo has dicho: no hay nadie de quien vengarse. Nos casaremos. Te quedarás aquí, conmigo, y no hay más que hablar.

No sabía qué reacción había esperado por su parte, pero desde luego, no fue la que tuvo.

—Te casas conmigo porque ya no hay venganza y porque voy a tener un hijo. ¿Eres consciente de lo que eso dice de tus sentimientos? ¿Acaso te habrías planteado tenerme a tu lado para siempre si Clarence hubiera sido tu torturador, o si no estuviese encinta?

Arian coló los dedos entre los mechones rubios. Perdió la paciencia al ver que ella no esperaba una réplica y amenazaba con marcharse.

—¿De qué sirve preguntarse eso ahora, Venetia?

—Sirve de mucho. A mí, por lo menos, me sirve para rechazar tu propuesta.

—¿Para rechazar...? Y un cuerno.

Arian avanzó unas cuantas zancadas y la cogió por la nuca. Estampó sus labios contra los tiernos de ella. No hubo resistencia en ningún momento; acarició la seda de su piel con unas manos sedientas del único amor que le saciaba en el mundo, ese amor sensible y a veces despiadado de la mujer que veneraba. La mujer que llevaba en su vientre a su sangre. A su carne. Un niño de los dos. Una prueba de que Venetia le pertenecía en la misma medida en que él pertenecía a ella: una señal que, en realidad, nunca había necesitado para saber que debía reclamarla.

Venetia le dio un mordisco en el labio inferior lo bastante fuerte para hacerle daño. Lo empujó por el pecho aprovechando que se llevaba una mano dolorida a la zona.

Ella respiraba con dificultad y lo miraba con una mezcla de deseo y desprecio que lo encendió.

—Te he dicho que no. No quiero ser tu mujer.

—Eso es lo que parece que aún no entiendes —pronunció con voz gutural. Se apartó el pulgar del labio hinchado, sin perderla de vista—. Eres mi mujer desde que me miraste a la cara. No necesito casarme contigo para saberlo, y me parece muy superficial que a ti sí te haga falta. Pero si el mundo exige que lo ponga por escrito, si te parece primordial, manda las amonestaciones a la parroquia esta misma tarde y encuentra un vestido para mañana.

Venetia le sostuvo la mirada con la respiración contenida.

—Yo soy tu mujer —dijo sin entonación—, pero ¿eres tú mi hombre? Porque no quiero ser tu posesión. No quiero ser tu amante.

Arian la cogió de la cintura y la ciñó a su costado para rugir desde el

corazón:

—¿Y qué diablos quieres? ¿Mi alma? Es tuya.

Venetia respiraba con dificultad. Su voz salió débil al murmurar:

—Quiero tu amor.

—Mi amor eres tú —respondió en el mismo tono, rendido—, y no pienso entregarte a nadie. Ni siquiera a ti misma.

Capítulo 33

Venetia observaba el baúl de su hermana sin fuerzas para expresar consternación, aun cuando estaba, en efecto, totalmente consternada. No solo la doncella doblaba y guardaba con mimo sus preciosos y relucientes vestidos de fiesta; la propia Brenda, conocida por tratar a los sirvientes como sus esclavos, se había ofrecido a ayudarla a preparar sus pertenencias.

A pesar de lo mucho que Dorothy y ella se habían esforzado para convencerla de quedarse, Brenda se había mantenido firme en su decisión de marcharse. El carruaje con destino Londres partía en dos horas, ciudad que había elegido para comenzar su nueva vida muy al margen de sus hermanas y la protectora vigilancia del señor Davenport.

—No tienes que hacer esto —murmuró.

Brenda ni siquiera la miró al responder. Era demasiado orgullosa para admitirlo, pero se estaba refugiando en la indiferencia y el enfado cuando en realidad era la vergüenza lo que le impedía dirigirse a ella.

—Por supuesto que debo hacer esto. Te dije que odiaba este lugar, y ahora lo hago más todavía. Es evidente que en Gateshead no me espera ninguna gloria. Y quizá tampoco en Londres, pero allí por lo menos podré divertirme.

—Entonces vas en busca de diversión. Pensaba que querías hablar con el duque.

Brenda le dirigió una mirada extrañada.

—¿Por qué haría yo tal cosa? Me voy a ganarme la vida.

—No hace falta que te ganes la vida. Un hombre te querrá, Brenda. Has leído las cartas —insistió, al ver que seguía ocupada empujando los volantes. No iban a caber tantos vestidos—. El duque ha sido discreto.

—¿Y por cuánto más tiempo seguiré siéndolo? Estoy segura de que, si se entera de que me he casado y soy feliz, destapará mi secreto. Es lo que yo haría, y él y yo somos la misma persona.

—No lo conoces tan bien, Brenda.

—Lo suficiente —atajó en tono seco.

—¿Y qué vas a hacer allí? ¿En qué pretendes trabajar si no te afincas con las demás?

—Aceptaré que Cassidy me arrope hasta que encuentre un trabajo. Quizá alguna dama desee mi compañía. Soy perfecta para el puesto: el chismorreo es uno de mis grandes talentos.

—Ser dama de compañía te abrirá las puertas a los salones. Podrías cruzarte con Sayre.

Brenda dejó de empujar los vestidos al fondo del baúl. La doncella aprovechó que se apartaba y encaraba a su hermana para amontonarlos de forma que cupieran.

—En ese caso ya decidiré lo que hacer. ¿Crees que sería capaz de avergonzarme mirándome a la cara, de armar una escena en medio de un baile? Es un caballero con clase, Venetia.

—Me alegra que al menos te quede un buen recuerdo de él —murmuró—. No os despedisteis de la mejor forma.

Brenda desvió la mirada.

—Es el recuerdo de lo que podría haber sido y ya nunca seré.

No le pasó por alto el rastro de melancolía que sus palabras dejaron entre las dos.

—No te arrepientas —dijo Venetia—. Si no te arrepientes eventualmente aprenderás a vivir con ello. Pero si lo haces... Nunca dejarás de preguntarte qué habría pasado si hubieras sido precavida.

—¿Es lo que tú haces? ¿Cuestionar la decisión que tomaste, una y otra vez?

Venetia lo pensó antes de contestar. Era la primera vez que su hermana se molestaba en conocer la historia, y no percibía ningún matiz crítico en su tono.

—Yo me vi obligada a entregarme. Puede que mis pies fueran voluntariamente a su encuentro, pero mi mente estuvo en otra parte durante toda la noche. Quizá hoy día siga flotando lejos de mí para no tener que recordar lo que hice, y que lo hice para nada. En cambio, tú lo hiciste porque así lo sentiste, ¿no es cierto? —inquirió, esperanzada—. Eso siempre será un consuelo.

Brenda apartó la mano del borde del baúl y, como si acabara de captar una estrella fugaz en la ventana, se asomó entre las cortinas. La luz grisácea de una nublada mañana le confirió un aspecto paliduzco y nostálgico que contrastaba con su tez trigueña.

—No sé por qué lo hice. Por ambición, supongo. Me quise demostrar que podía tenerlo todo. Al príncipe y al mendigo. Al duque y al bandolero.

»No es que Sayre no despertara mi admiración, pero en mi cabeza él solo era un aristócrata que me daría una vida de lujos. Bastian era una promesa de locura febril. Una aventura de un instante que recordaría con una sonrisa traviesa cuando me sentara con mis nietos en el regazo. Perdí la cabeza cuando se acercó a mí. Me iba a dar la diversión que no he tenido en todos estos años.

Venetia sintió que su corazón se aceleraba.

—¿Estás enamorada del señor Carstairs?

Brenda ladeó la cabeza hacia ella. En sus ojos brilló la risa.

—¿De qué estás hablando? Por supuesto que no. Creo que he pasado tanto tiempo encerrada entre estas cuatro paredes que he perdido la capacidad de apreciar a los hombres y a las mujeres como lo que son: seres sensibles. Cuando la casa se llenó de gente, los miraba a todos como si fueran mis juguetes nuevos. Mi oportunidad de pasarlo bien. No me duele que Bastian me traicionase o el duque se marchase. Creo que solo me aterra haber perdido otras oportunidades. E imagino que ser duquesa no habría estado mal.

Venetia de permitió soltar una risa floja. Su hermana la copió.

—No, no me arrepiento —aclaró al fin—. Esto es algo que me he buscado. Ahora me toca arreglarlo.

—Ojalá fuera tan decidida como tú.

—Nunca sueñes con ser otra persona. Lo imposible es una pérdida de tiempo. Brenda la miró de reojo un instante antes de lanzar al aire un suspiro.

—Durante mucho tiempo he pensado que era mejor que tú. Y lo soy, si hablamos en términos de ambición. Tú llevas toda la vida luchando para que las Marsden sobrevivan y no les falte nada, y yo busco y lucho por ese «más» que solo me beneficia a mí. Pero a la hora de la verdad no eres débil. Ni estúpida. Ni yo tampoco. Solo somos diferentes. Una encantada de ser la culpable, y otra acostumbrada a ser la víctima.

»Siempre preferiré ser la culpable —agregó. Estudió el borde de sus cuidadas uñas como si no estuviera hablando de nada especial—. Significa que no he dado pie a que jueguen conmigo, y que siempre fui yo la que tuvo la sartén por el mango. Pero intentaré... en la distancia... ser menos crítica con quienes esperan lo mejor de los demás y luego son decepcionados. Supongo que la ingenuidad no es del todo un defecto, solo un momento de debilidad que cualquiera puede tener.

Venetia tragó saliva. No le hacía del todo feliz que Brenda y ella hubieran encontrado un punto de unión en la catástrofe, en un error que las perseguiría siempre, pero por lo menos ahora estaban un paso más cerca. No esperaba una disculpa, ni tampoco un abrazo; ni mucho menos que rompiera a llorar. Brenda no era esa clase de mujer. Nunca había tenido tiempo para sensiblerías y ser consciente de su superficialidad le había dado entereza a la hora de enfrentar una situación como esa, igual que le había restado felicidad en otros casos. A pesar de todo, Venetia la admiraba por no tener miedo de quién era. Por no vacilar. Eso que ella sentía y hacía todo el maldito tiempo.

—Si estuviera en tu lugar, no pondría un pie bajo el mismo techo que el duque —reconoció.

Brenda esbozó una sonrisa sencilla.

—Sería ingenuo por mi parte pensar que podré evitarlo para siempre, ¿no

crees? Inglaterra es muy pequeña para un hombre que posee buena parte de ella y una mujer que pretende hacerse un sitio que nadie pueda obviar.

—¿No intentarás pasar desapercibida?

Brenda compuso una expresión que, de alguna forma, le dio a entender que ya tenía un plan de vida. Uno que no la desagradaba en lo más mínimo.

—Si me escondo y quiere encontrarme, me encontrará antes. Al final, la mejor forma de pasar desapercibida es construyendo una casa en el ojo del huracán. Creo que no se atrevería a mirar ahí, y si lo hiciera, sobreentendería que me he perdonado y no lograría avergonzarme. Solo pueden humillarte cuando saben que sigues flagelándote por lo que hiciste, y yo dejaré de hacerlo más pronto que tarde.

»Además... Pasar desapercibida no es en absoluto mi estilo. Pretendo que mi nombre sea incluso más conocido que el suyo. Si no puedo ser duquesa, seré lo más parecido.

—Milady —susurró la doncella—. Su equipaje está listo.

—Magnífico, Olivia. Puedes ir a por tus cosas.

Venetia inspiró al hacerse a la idea, al fin, de que su hermana se marchaba y solo Dios sabía cuándo la vería otra vez.

—¿Cuándo nos cruzaremos de nuevo?

Brenda la miró con sus hermosos ojos pardos.

—Cuando tenga buenas noticias que darte. Hasta entonces deberás conformarte con mi recuerdo de arpía.

—No pienso que seas una arpía.

—Pues deberías. —Le guiñó un ojo—. Para mí no es ningún defecto.

Sin decir más, Brenda alcanzó su sombrero y echó a andar con seguridad hacia la salida. Venetia no la siguió enseguida. Se quedó parada en medio de la habitación, con los brazos lánguidos a cada lado del cuerpo y la respiración contenida. Observó que habían cubierto los muebles con gruesas sábanas, lo que daba un aspecto de abandono e incluso fantasmagórico al dormitorio. Aún olía a Brenda, pero pronto dejaría de hacerlo, igual que tras la marcha de sus hermanas hacía casi dos meses, sus perfumes juveniles se habían disuelto en el aire.

Muy despacio, se dirigió al borde de la cama y allí se sentó. Quiso fingir que no sabía por qué sus ojos se llenaban de lágrimas. Convencerse de que tenían que ver con su marcha; con el crecimiento y la nueva oportunidad de las Marsden. Pero no era así.

No dejaba de pensar que ella también debía irse. Una parte de sí sabía que no le había dicho a Brenda que lady Ashbourne buscaba dama de compañía porque aspiraba a ese puesto. Porque pretendía que la emplease en algún momento.

¿Y cuándo, con una criatura en camino?

Venetia acarició la leve curvatura de su vientre con dedos temblorosos. Llevaba treinta noches acostándose con la promesa de que lo amaría aunque fuese la única. De que con su cariño y su dedicación bastaría para que creciese feliz. Era evidente que de su padre no recibiría tales sentimientos. Ni siquiera su madre los merecía.

Se sentía tan culpable... Era evidente que Arian se había visto obligado a aceptar el matrimonio con el que lo atacó. La palabra «bastardo» lo había convencido. Seguía a su lado porque le daba miedo que la criatura padeciera lo mismo que él. Porque quería darle la vida digna que a él le negaron. Nada tenía que ver con ella. A ella podía desearla, apreciarla por lo vivido, e incluso creerse su amo y señor... pero no la amaba. Y Venetia se había prometido que no volvería a sentirse insuficiente o humillada por un hombre.

Así era como se sentía entonces. Sin embargo, lo quería tanto que no soportaba la idea de romper ese compromiso y marcharse. Una parte de ella, una que tenía muy interiorizada su falta de valor y veía perdida cualquier lucha por un lugar importante en su vida, estaba preparada para pasar la vida a su lado. Para conformarse con las migajas. Hasta entonces todos sus besos habían podido confortarla. Convencerla de que era valiosa. No obstante, esos últimos días se le habían antojado una mentira.

No quería que la besara si su corazón no lo suplicaba. No quería que la besara si no iba a significar lo mismo que para ella.

Se sentía injusta por no aceptar lo que Arian ofreció, por no conformarse con un poco de cariño sincero y pasión arrebatadora. Pero entonces las palabras de Cassidy, un hombre que quería a su hermano y no hablaría en su contra si no lo creyera necesario, acudían a su mente: «El amor nunca es conformarse».

Arian no tenía que conformarse porque ya se lo había dado todo.

Ojalá pudiera hablar con Audelina. Se había ido sin saber que estaba embarazada, porque de lo contrario no habría puesto un pie fuera. Aquel bebé era una vergüenza y por eso lo debía mantener en secreto hasta que Arian la desposara. Hasta que se casaran... Una injusticia para él. Venetia se estremecía de pensar en que la odiara eternamente por haberlo obligado a contraer matrimonio. Era su única condición, lo fue desde el principio.

No se casaría. No engendraría hijos.

Y ella estaba a punto de darle una esposa y un heredero.

La acabaría detestando. Lo sabía. Si tuviera alguna clase de aprecio por sí misma o amara a Arian como merecía, haría sus maletas y marcharía a Londres o a Kent, donde la condesa la refugiaría. Lo libraría de dos cargas de una sola vez.

—¿Venetia? —llamó Brenda desde el umbral—. ¿Qué haces ahí sentada? ¿No

vas a venir a despedirme? Necesito que estés cerca de la fila de sirvientes para oír bien quién suspira de alivio conforme mi carruaje se aleja. Quiero que me escribas sus nombres por carta.

Venetia camufló una sonrisa desvalida detrás de los dientes y se levantó para seguirla.

«Ignórate», se dijo. «Esta sensibilidad es culpa del embarazo. Nada de lo que piensas es real».

Pero lo parecía. Y a veces eso era suficiente para romper un corazón.

Capítulo 34

La despedida de Brenda la había dejado emocionalmente exhausta. No tuvo fuerzas para encargarse de la gestión de la casa: delegó todas las tareas al ama de llaves y pasó la tarde en su habitación, acariciándose la tripa. Si no estuviera tan asustada, reconocería lo mágico que era vivir un crecimiento en su interior. Lo curioso que era amar a alguien que aún no se había visto. Lo bonito que era imaginarse ya con él entre sus brazos y la cantidad de cosas que harían juntos; todo lo que le enseñaría.

Venetia se preguntaba cómo de pequeño sería casi cuatro meses después de aquella noche. Se preguntaba si al igual que se alimentaba de lo mismo que ella, estaría experimentando su angustia. La embargaba la culpabilidad cuando pensaba en que eso pudiera ser posible, y por eso le hablaba en voz alta con suavidad. Se había acostumbrado a contarle historias con final feliz, esas que le había oído a Arian después de que las mellizas rogasen por una durante la cena. Qué lejos estaban ahora Frances y Florence. Qué lejos estaban todas... pero era imposible sentirse del todo sola cuando él la acompañaba. La mantenía en sus cabales con su mera existencia. Aún no había visto la luz del sol y ya la estaba impulsando a ser mejor.

Se consolaba pensando que, aunque Arian no la quisiera, el pequeño estaría ahí reclamando toda su atención. Una que le daría más que encantada.

Él se convertiría en su vida entera.

—¿Llevas aquí todo el día? —preguntó Arian desde la puerta. Había apoyado el hombro en el marco, al igual que la frente. El cabello, de nuevo largo, le molestaba sobre los ojos—. Te estás volviendo perezosa.

—Me estoy volviendo gorda. Estoy aquí porque no quiero que se aprecie —ironizó.

Arian sonrió y se acercó a la cama, cerrando antes la puerta. En lugar de tenderse a su lado, se arrodilló al costado. Primero la miró a los ojos, como si quisiera decirle algo y no supiera cómo. Después estudió con cierta turbación las manos que reposaban en su vientre.

—Yo no querré que se aprecie mi mala paternidad si se da el caso. Suponiendo que así fuera, ¿tendré tu permiso para esconderme en mi habitación? No por mucho tiempo. Solo hasta que crezca y tenga su propia opinión sobre las cosas.

Lo pronunció con esa inusitada dulzura que a veces se le escapaba cuando se

trataban asuntos fuera de su rango de conocimiento. Normalmente no era ese niño ansioso por descubrir, hasta tal punto que no le importaba cómo quedara al preguntar: era el que se frustraba y ponía a la defensiva porque hubiera otros más sabios. Pero en eso había cambiado, y esa nueva humildad le parecía encantadora.

No se contuvo y estiró un brazo hacia su pelo. Acarició el mechón liso que le enmarcaba la cara. Él ladeó la cabeza en dirección a su mano.

—Esa opinión estaría formada por muchos de mis principios. ¿Te arriesgarías a que esta estricta mujer noble lo educara sola?

—Tú solo le harías bien a ese niño.

—Y tú también. ¿Cómo vas a ser un mal padre? Mira a Charlotte. Eres su héroe.

Arian se humedeció los labios.

—¿Y el tuyo?

—No, pero eres mi bárbaro y así me gusta. —Sus labios temblaron al sonreír sin fuerzas.

—Y tú eres la doncella en apuros; la testaruda que no bajará de la torre si no se lo piden con educación. Eres la protagonista de los cuentos que llevo narrando desde que recuerdo.

—Está bien que te acuerdes de ellos. Podrás contárselos todos. Le gustarán.

—¿Le gustarán? —repitió en tono sombrío. Venetia se estremeció al encontrarse con su mirada ominosa—. ¿Le gustará también saber quién era antes, o tendré que guardarme esa historia para mí?

—No si no quieres. Si te interesa mi opinión, creo que conocer esa parte de ti hará que deje de pensar que eres un héroe para estar firmemente convencido de que así es.

La sonrisa que curvó sus labios dio a entender que estaba satisfecho con la respuesta. Sin cambiarse de ropa ni cubrirse con la pesada colcha, se tendió sobre el costado, en la postura perfecta para mirarla toda la noche si ese fuera su propósito.

Si sentir el corazón a punto de explotar de felicidad por el simple hecho de tenerlo a su lado no era amor... ¿Qué era entonces?

—¿Cómo quieres llamarlo?

—¿Tú también sientes que es un niño?

Arian sonrió.

—Si fuera una niña no me enfadaría. Quizá podría llamarse... Marianne.

—¿Como tu madre?

Él parecía pensativo.

—Algo así. He estado meditando y creo que sufrí suficiente para que ahora

deba castigarla con mi indiferencia. También es un castigo para mí porque no soy de los que ignoran.

—Sí, habitualmente eres más ruidoso.

Arian enrolló un dedo en uno de los mechones de su cabello oscuro. Muy despacio, como dándole tiempo para decidir si quería apartarse, fue acercando sus labios. La besó con ternura en la boca; en la comisura, en la barbilla y en el cuello.

Venetia cerró los ojos y se dejó devastar por la emoción que algo tan sencillo producía en ella.

—¿Tienes idea de lo que me has hecho? —murmuró, pegado a su piel—. Beltown Manor y este título no me han encadenado más de lo que tú lo has conseguido. Una parte de mí supo que nunca podría irse mientras estuvieras en este rincón del mundo.

Venetia no supo si amar u odiar su confesión. Ella no quería encadenarlo. Quería que él, de forma voluntaria, deseara quedarse a su lado. Pero no le dio tiempo a madurar esa idea. Arian la enterró en besos y caricias que poco a poco subieron la temperatura de su cuerpo.

—¿No te parece increíble que estemos aquí? —continuó, en voz baja. Sonaba amortiguado al hablar contra su boca—. Recuerda cómo me odiabas. No podíamos estar en la misma habitación.

Venetia se abrazó a su cuello y no se movió cuando él se tendió encima, con cuidado de no aplastarla.

—Tú también me odiabas.

—Odiaba no poder tenerte. Te perseguía por toda la casa para mirarte porque sabía que no podía permitirme nada más. Nunca había visto nada como tú. Me sentaba a desayunar a la mesa con un ángel.

Con una rodilla clavada a cada lado de sus caderas, se mantuvo en eje para retirar unos bucles oscuros de sus mejillas. La admiró un segundo antes de infiltrar una mano en la abertura del camisón.

—Y cómo me hablabas... Cómo me hablas —decía. Se inclinó sobre su cuello y succionó la piel que logró capturar con los dientes—. Cómo te erizas cuando digo una estupidez... Lo sensible que eres a todo, lo fácil que te resulta apreciar sutilezas en las que nadie se fija, cuando yo ni sé dónde estoy de patas. No podría haberme vengado de Clarence estando tan agradecido por hacerme coincidir contigo.

Venetia cerró los ojos y absorbió esa declaración. La plenitud que se sentía sabiéndose apreciado no era comparable a ninguna otra, y aun así, le costaba ignorar al gusanillo que le decía que nada de eso habría salido de sus labios si no estuviese embarazada.

Se obligó a silenciar esa saboteadora parte de ella y a entregarse al amor con el que él quería honrarla. Eso era lo que podía hacerla feliz: lo supo estando a punto de tocarlo con sus dedos. Al hombre que amaba entre sus brazos, habiendo prometido que estaría con ella para siempre y declarando que sus sentimientos eran correspondidos.

Lo abrazó con fuerza y dejó que la desnudase muy despacio, con una ternura y complicidad que hasta entonces no había demostrado por lo que la pasión contenida hacía en los amantes impacientes. En los amantes que no sabían cuándo tendrían otra oportunidad. Ahora no tendrían que ser rápidos y precoces, porque a partir de esa noche, Arian sería suyo para siempre, y sus sábanas serían testigo de lo que compartían cada día hasta que algo los separara.

O lo intentase.

* * *

Arian se despertó de golpe en medio de la noche, como cada vez que sentía, casi de forma sensorial, que algo no estaba en su sitio. Siempre que lo levantaba esa intuición, no se equivocaba: Venetia no estaba a su lado.

Se frotó los ojos y dirigió una mirada soñolienta a la ventana cerrada. Había olvidado cubrirla con las cortinas y una argentada luna llena brillaba sobre la nieve. Era principios de marzo y aún no se había derretido del todo.

Del mismo modo que iluminó parcialmente la habitación con su hechizante color plata, un fino halo de luz llegó hasta el lado vacío de la cama. Arian se quedó mirando las sábanas arrugadas y algo que no recordaba haber visto antes.

Su corazón dio un vuelco al reconocer las manchas de sangre.

El eco de un sollozo entrecortado voló por el pasillo. Arian giró la cabeza hacia la puerta a medio cerrar y se puso en pie de un salto. Con el alma en vilo, abrió de un tirón y examinó las bifurcaciones del corredor. Reconoció la pequeña figura de Dorothy agachada junto a la de Venetia. Era ella la que estaba llorando, hecha un ovillo.

Echó a correr, y antes de alcanzarla, se detuvo de golpe. En el camisón blanco era incluso más llamativa la mancha escarlata, y también lo bastante elocuente para que se sintiera desfallecer. Dorothy y él intercambiaron una mirada de pánico antes de que se arrodillase y la trajera hacia sí para abrazarla.

Venetia temblaba tanto que por mucho que la estrechaba no conseguía calmarla.

—Tranquila. Iré a buscar al médico. Lo sacaré de la cama si es necesario. —
Se le quebró la voz al sentir su intensa vibración. La sostuvo con fuerza—.
Venetia...

—Nada... —sollozaba—. No tengo nada...

—Claro que sí —exclamó Dorothy. Se remangó la falda del camisón para acuclillarse a su lado—. Yo estoy aquí, Nesh.

Dorothy y él intercambiaron una mirada asustada.

—Trae al doctor, por favor.

Él se mostró reacio a separarse de ella, pero lo hizo al ver la mueca de preocupación de Dorothy. En su carrera a la puerta principal, y después de subirse al caballo, le costó tanto deshacerse del dolor de Venetia que fue incapaz de ver el suyo. Pero cuando desmontó, una vez en su destino, y pudo tomarse un segundo para respirar, algo dentro de él se quebró inesperadamente. Cerró los puños, lleno de impotencia, y aporreó la puerta del galeno hasta que casi se abrió una herida en el canto de la mano.

Estaba exhausto, dolorido y muerto de miedo cuando este asomó su cara de pocos amigos.

—Mi mujer —dijo solamente.

Capítulo 35

Las dos turbulentas semanas que siguieron, Arian confirmó una sospecha que llevaba persiguiéndolo desde que llegó a Gateshead: Venetia era el alma de la finca. La luz de Beltown Manor. Y ahora, apagada y consumida por la pena de la pérdida, parecía que la casa se hubiera sumido en la oscuridad.

No podía acceder a ella. Lo había intentado incontables veces, a partir de que el doctor saliera de la habitación y confirmara, no con mucha seguridad, que había perdido al bebé. Arian se había aferrado a sus dudas y a su intención de visitarla en días próximos para confiar en que había esperanza. El buen galeno tenía los sangrados de las embarazadas como un susto frecuente, no necesariamente un aborto. Y sin embargo, Venetia estaba tan convencida de que ya no lo sentía con ella, que había empezado a asumir que sus sueños se habían desvanecido antes de que pudiera asimilarlos. Unos sueños que no sabía que tenía. Unos que lo pillaron desprevenido y en los que ahora no podía dejar de pensar.

Fox aún pululaba por Beltown Manor cuando aquello sucedió, y como envió una carta a Cassidy avisándole de que se iba a casar cuando tomó la decisión, ahora se encontraba en la zona, dispuesto a ofrecer su hombro.

Arian no había derramado una sola lágrima porque aún era incapaz de comprender lo rápido que había pasado todo. Sabía mejor que nadie que la vida era una sucesión de sorpresas. Que, igual que entregaba un regalo inesperado, podía arrebatarlo sin miramientos, y todo en cuestión de segundos. Arian debería estar acostumbrado a esa ley de gratificaciones y castigos. En la calle se sufría con más intensidad. Sin embargo, parecía que haberse alejado de su East End casi natal le había hecho borrar, aunque en pequeña medida, lo que era el sufrimiento.

¿Acaso eso era posible? ¿Podía un hombre desacostumbrarse al dolor?

No había olvidado cómo se sentía el quebranto en el alma. Era que aquel que ahora padecía no se asemejaba en nada a ninguno que hubiese experimentado antes. En esa otra época no tuvo nada que perder salvo una vida a la que no tenía demasiado aprecio. En cambio, en Beltown Manor, había empezado a tener expectativas de futuro. A hacer planes. A prepararse. Y se lo habían arrebatado todo de un plumazo.

A Venetia también, porque aunque ya había salido de su habitación, parecía que le hubieran arrancado el corazón de cuajo. Y tal vez fuera así. Arian no

podía dejar de pensar que lo había llevado dentro y que, conociendo su tendencia a la mortificación, estaría sintiendo que había fracasado. Incluso que le había fallado a él. Sus ojos llenos de culpabilidad y dolor se lo habían confesado las pocas veces que había podido mirarlo a la cara.

Arian no sabía cómo abordar el problema.

—Yo tampoco —admitió Fox, repantigado en un el mullido diván escarlata de la biblioteca. Tenía los dedos entrelazados tras la nuca, y observaba el alto techo como si ahí estuvieran pintadas las estrellas—. Nunca he estado en tu situación.

—En su sensibilidad, milady es una mujer recia —apuntó Cassidy—. Tarde o temprano entenderá que tendrá muchas otras oportunidades de formar una familia en el futuro.

—¿Para eso no tiene que casarse? —dudó Fox.

—Y lo hará.

—¿Con quién?

—Conmigo.

Fox frunció el ceño hacia Arian. Abrió la boca para hacer las preguntas que Arian también se había hecho antes. «¿Y tu venganza?». «¿Y tus planes?».

No tardó en expresar sus dudas en voz alta.

—No tengo de quien vengarme —resolvió—. Y aunque sí lo tuviese, ya había tomado la decisión de quedarme aquí con ella. Antes de eso intenté llegar a un acuerdo con mis sentimientos: ellos se callaban y yo seguía con mi vida lejos de aquí. Pero son los peores negociantes. No iban a dejarme tranquilo.

—Entonces decimos arrivederci a Italia.

—Lo digo yo. Tú puedes largarte si te place.

Fox suspiró largamente. Se incorporó con un cansancio que era muy probable que no sintiese en realidad, y procedió a sacarse las botas bajo la curiosa mirada de sus dos hermanos. Arian frunció el ceño cuando se levantó, descalzo, y plantó los zapatos llenos de barro y remiendos sobre la mesa.

—¿Qué es esto? ¿Mi regalo de boda? —se burló.

—Me aposté las botas a que eras el último en casarse, y un pirata siempre cumple sus promesas.

Arian pestañeó una sola vez.

—Haz el favor de quitar tus guarda-pezuñas de mi libreta de cuentas. Y si no quieres volver a ponértelas, cosa que entendería, arrójalas al fuego.

—Cuando te enfadaste al descubrir que Clarence te había hecho heredero, se me ocurrió que tenías una buena razón, pero ahora que rechazas mis botas empiezo a pensar que solo eres un desagradecido.

—¿Para qué querría yo tus botas, Fox? —suspiró Arian—. Voy a llamar a

Bowler para que avive la chimenea.

—¿Bowler? ¿No era Lottie quien se encargaba de eso?

—Lottie ya no se encarga de nada.

Y era cierto. La había relegado de todas sus tareas y la tenía yendo de allá para acá con sus cuentos y sus poemas a medio escribir. Por supuesto, seguía pagándole la asignación: lo harías hasta que recaudase suficiente para hacer un viaje solo de ida a Londres.

—No estoy seguro de que eso sea rentable —apuntó Cassidy con prudencia.

—Sabes cuánto dinero tengo. No me voy a arruinar por pagarle unos chelines anuales. Quizá debiera subirlo... ¿Fox? —llamó con educación—. Tus puñeteras botas. Por favor.

Cassidy pestañeó dos veces antes de erguirse y decir:

—No veo cómo aferrarte a Charlotte y tratarla como si fuera tu hija va a ayudarte a superar la pérdida del bebé.

Arian le dirigió una mirada hostil.

—Lottie no tiene nada que ver con esto. La aprecio desde mucho antes de que sucediera.

Esa era la pura verdad.

No obstante, era cierto que en los últimos quince días había estado yendo a verla más de lo que acostumbraba. Charlotte no era solo el reflejo de lo que él fue, un niño que se creía repudiado y al que nadie importaba, sino también el ejemplo de lo que la criatura podría haber sido. En lo que podría haberse convertido.

—No sé si estaba preparado para lo que venía. Soy más responsable que hace seis meses, pero eso no significaba que fuera a abordar la paternidad como Dios manda.

Fox, que se había sentado en el borde de la mesa por pereza a regresar al diván, le pasó una mano por la espalda. En sus siempre risueños ojos pardos encontró la comprensión y el aprecio sincero de un verdadero hermano. El asunto de que hubieran resultado ser sus primos lo había estado atormentando en la retaguardia, pero cuando estaba con ellos no sentía que nada fuera distinto. Imaginaba que era cuestión de acostumbrarse a la verdad y asimilar que cambiaba más bien poco.

—Es una experiencia dura —dijo Fox—. Pero estas cosas nos endurecen y enseñan otras perspectivas. Nunca lo agradecerás, eso es cierto. Sin embargo, confío en que pronto dejarás de sentirte impotente. Era algo que escapaba de vuestras manos.

—Ella sigue ahí —añadió Cassidy—. Apoyándoos mutuamente pasaréis antes el mal trago.

—Está ahí... pero ausente. Se pasa el día rumiando su propio dolor. No lo quiere soltar. Entiendo que para ella es más difícil, pero... ¿Por qué me tiene que apartar?

—¿Por qué no se lo preguntas a ella? Yo no la conozco mejor que tú. No tendrá nada que ver contigo, Arian. Milady es una mujer muy sensible y lleva en el límite desde hace algún tiempo. Era cuestión de tiempo que perdiera la compostura y parece que su manera de protegerse es poniendo distancia.

Aquella apreciación captó el interés de Arian, que se giró hacia Cassidy con curiosidad.

—¿A qué te refieres con el «límite»?

Cassidy arqueó una ceja.

—Perdió a lord Clarence, el hombre que la acogió en su seno cuando su anterior tutor la largó. Era alguien a quien apreciaba y un funeral no deja indiferente a nadie. Luego llegaste tú y vio peligrar todo cuanto quiere y conoce. Tuvo que luchar para conseguir un acuerdo, y créeme, pelear contigo puede resultar extenuante. Después empezaste con ese asedio amoroso impropio para una dama —prosiguió—, algo a lo que no estaba acostumbrada ni a lo que creyó que debiera acostumbrarse nunca.

»En contra de sus principios, aceptó el papel que quisiste darle en una relación clandestina, sin dejar de sentirse insuficiente e indigna, y posteriormente se quedó encinta. Si eso ya supuso una conmoción, imagina perderlo. Han sido demasiadas emociones en un brevísimo periodo de tiempo, y ella no estaba preparada para nada de lo que tuvo que afrontar. Dudo que siquiera sea consciente de todo por lo que ha pasado.

—Yo también he tenido que afrontar mucho.

—Pero tú estás curtido. Tú has pasado de ser el mendigo al rey de la historia. Ella era una dama, y ahora es una querida en una situación lamentable.

La voz de Venetia inundó sus pensamientos.

«Eso es lo que soy. En lo que me he convertido con tu inestimable ayuda. En una amante con muy mala suerte».

—¿Sugieres que la he rebajado?

—Creo que no lo está sugiriendo —acotó Fox—, sino que lo afirma. Y yo he de darle la razón. Entiendo que para ti ninguna mujer es mejor que otra, y que no distingues entre relaciones lícitas e ilícitas porque nunca has conocido las primeras, pero para vivir en este mundo elitista tienes que entender que te has tomado muchas licencias que se pueden ver como una tremenda falta de respeto. No puedes ser el mendigo en un mundo de reyes, Arian. Cada uno pertenece a un estrato, y cuando se está en uno concreto, hay que comportarse acorde a sus normas.

—Ella aceptó.

—También habría aceptado despellejarse viva si se lo hubieras pedido. Una mujer enamorada tiende a sacrificarse.

Arian se estremeció.

—Ella no es así. Es orgullosa y valiente.

—Lo es. Pero si quería estar contigo tenía que dar su brazo a torcer. Y lo hizo. ¿Qué has hecho tú, además de hacerla sentir una extraña en su casa, mandar lejos a sus hermanas y recordarle que tu aprecio sería temporal porque te marcharías en cuanto tuvieras oportunidad?

Arian sacudió la cabeza, tan testarudo como era de esperar en él. Pero el sabor amargo que notaba bajo la lengua era una señal inequívoca de que estaban en lo cierto. Había hecho infeliz a Venetia cuando su única ilusión era convertirla en la mujer más dichosa. Lamentablemente cometió el error de pensar que encontraría la dicha viviendo como él quería vivir.

Pero en el fondo no querían cosas tan distintas, ¿no? Venetia lo amaba y él la amaba ella. El curso natural de sus mutuos aprecio los llevaría al mismo sitio: una vida compartida.

Arian se levantó de golpe.

—Necesito hablar con ella.

Fox abrió la boca para decir algo, pero no le dio tiempo. Se limitó a quitar las botas de donde las había puesto y dejarlas junto a la mesilla, un gesto que Arian no pudo agradecer porque ya estaba subiendo las escaleras a grandes zancadas. Su sorpresa fue mayúscula cuando no encontró a Venetia en su alcoba, y sí la imagen del abandono. Los cajones de la cómoda estaban abiertos y vacíos, sin rastro de joyas, igual que las puertas del armario.

Con el ceño fruncido, Arian se aproximó a la ventana entreabierta. Por la rendija se filtraba una brisa furiosa que hacía ondear las cortinas. Las apartó para asomarse y vio que uno de los lacayos terminaba de acomodar un baúl en el carruaje.

Su corazón se saltó un latido. Y después, él saltó escaleras abajo para llegar a la entrada en tiempo récord. Allí descubrió a Bowler con su pose indiferente, y a Venetia ataviada con ropa de viaje. Ambos mantenían una conversación seria.

—¿A dónde crees que vas?

Pensó que se giraría hacia él con cara de terror, preocupada porque la hubiese descubierto, pero solo le dirigió una mirada resignada. Le temblaban las manos y vaciló antes de responder, y aun así sintió que no podría convencerla de volver a entrar.

—Me marcho a Ashford. Es una de las ciudades del condado de Kent. La condesa de Ashbourne busca una dama de compañía y me prometió que me

recibiría con los brazos abiertos si al final me decidía.

—Si te decidías ¿a qué? —Eché a andar hacia ella—. Dime que solo vas a rechazar la propuesta. A hacerle una visita que durará unos días como mucho.

Venetia cerró los ojos un instante. Al abrirlos, estaban llenos de lágrimas.

—No puedo estar aquí, ¿no lo entiendes?

—No, no lo entiendo. No entendería Beltown Manor si no estuvieses bajo su techo. Eres lo que le da sentido.

—Este ya no es mi hogar, Arian. Dejé de serlo en el momento en que entraste por la puerta. Todas mis hermanas se han ido, y a Dorothy me la llevo conmigo.

—¿Y qué si se han ido? Ellas lo decidieron. Yo no las eché. ¿Qué hay de mí?

Venetia se abrazó los hombros, como si la idea la paralizara.

—Esto era lo que siempre has querido. Querías que nos fuéramos y tener vía libre para marcharte de aquí. Te estoy allanando el camino.

—¿Allanándome el...? ¿Te estás escuchando, mujer? Vamos a casarnos. Te lo dije. Te dije que me casaría contigo.

—También íbamos a tener un hijo, y míranos ahora —le recordó, con voz temblorosa—. Solo ibas a casarte conmigo porque estaba encinta. Si no, jamás hubieras aceptado.

—Si eso fuera así, habría cancelado el compromiso y no lo he hecho.

—Solo Dios sabrá por qué. No voy a obligarte a hacer algo que no quieres, ni pienso arriesgarme a que me odies para siempre. No voy a trastocar tus planes. No voy a entorpecer tu vida. Y tampoco voy a dedicarte la mía para convertirme en una infeliz.

»Lo he intentado, Arian. He intentado ser lo que tú querías y no me ha gustado. No puedo permanecer bajo tu techo como la dama caída en desgracia que tendrá un hueco en Beltown Manor siempre y cuando caliente tu cama.

—No eres eso. Eres mucho más que eso. Eres... Venetia —insistió, al ver que estiraba la mano hacia la manija de la portezuela. La cogió por la muñeca y se llevó sus finos dedos a los labios—. Te lo he explicado muchas veces. No eres una cualquiera como te esfuerzas en ver. Esa no es mi perspectiva.

—Pero yo no puedo ver el mundo a través de tus ojos, Arian. ¿No lo entiendes? No puedo verlo todo como tú quieres. Puedo comprenderte, pero eso no nos garantiza a ninguno que esté cómoda con mi lugar.

—Te he ofrecido el lugar de esposa. ¿Eso tampoco te sirve? ¿Qué más quieres de mí? Sabes que te adoro.

Venetia esbozó una sonrisa débil.

—¿Por qué solo me lo dices cuando crees que estás a punto de perderme? ¿Por qué te das cuenta de que soy importante cuando parece que me voy? ¿Eso no te hace reflexionar?

—Te he dicho que te quiero con más palabras que esas dos y te lo he demostrado a mi manera desde que te conozco. ¿Por qué nada es suficiente para ti?

—No sé qué pensar de tu amor, Arian. No es que no sea suficiente, es que a ratos estoy convencida de que es simple fascinación.

Al coger una bocanada de aire, su aliento se entrecortó y un par de lágrimas escaparon de sus ojos. Lo miró rota de dolor.

—Necesito alejarme de aquí. Necesito... un poco de perspectiva y respirar otro aire. He perdido a un bebé que estaba preparada para amar, y he estado convencida de que había perdido al hombre que quería a la vez.

—¿Por qué ibas a perderme a mí?

—Estaba esperando a que cancelaras el compromiso porque ya nada te unía a mí, y eso me ha partido el corazón. No puedo actuar como si no hubiese desconfiado de tus sentimientos hasta ese punto. No puedo seguir dudando. La duda me mata.

Arian la cogió por los hombros.

—Pues deja de dudar. Solo estoy dándote una certeza, que es que te...

—No lo digas, por favor. —Todo su cuerpo tembló—. No lo digas porque pensaré que solo me quieres porque estoy a punto de marcharme y no soportas que te quiten lo que crees que es tuyo.

—¿Y cuándo quieres que lo diga?

Venetia lo miró a los ojos.

—Quizá en primavera... O cuando esté a punto de empezar el verano. La única manera que tengo de saber que no es solo obsesión es que me sigas queriendo después.

—Después ¿de qué? —preguntó, alarmado—. ¿De verdad vas a dejarme?

Venetialadeó la cabeza hacia la puertecilla abierta. En el interior, y tensa como la cuerda de un violín, estaba Dorothy. No los miraba, pero se notaba que lo había escuchado todo. Incluso era evidente que tenía una opinión al respecto.

—Es lo mejor para los dos. Yo no puedo estar aquí ahora. Es superior a mí.

Arian no le permitió avanzar: la abrazó por detrás y la estrechó contra su recio cuerpo. Apoyó la rasposa mejilla en la más suave y húmeda de ella.

Se preguntó si así, con el pecho pegado a su espalda, sentiría el apresurado latido de su corazón. Incluso cómo se rompía. Arian no recordaba haber experimentado un dolor semejante jamás. Era tan intenso que la vista se le emborronó y por un breve pero agónico instante juró que perdería la consciencia.

—No te vayas. Te lo ruego.

—Arian...

—Quédate conmigo. Nada de lo que he dicho o hecho ha sido para hacerte infeliz. Y lo que no he dicho ni he hecho lo solucionaré en el futuro.

—Para eso tendrás que dejar que el futuro venga. Ahora mismo no puedes solucionar nada.

Arian fue aflojando su abrazo hasta que ella fue libre de poner un pie en el peldaño. La desesperación lo obligó a dirigirle una ansiosa mirada, preparada para captar hasta el último detalle de su cuerpo, por si su memoria traicionera lo olvidara antes de tiempo. Estaba preciosa. Perfecta. Y estaba perdida en un mar de dudas por su culpa, mientras él se había perdido alegremente en su pasión de forma egoísta.

Pensó en robarle un beso, pero subió al carruaje, y el lacayo, con los labios apretados y algo vacilante, cerró la puerta. A través del cristal pudo apreciar su pálido perfil y cómo se secaba las lágrimas.

Arian apoyó una mano sobre la superficie antes de que el cochero iniciara la marcha. Venetia, después de tragar saliva, colocó la suya al otro lado. Aquel sencillo gesto lo reconfortó hasta tal punto que su alma se elevó por encima de la terrible despedida, haciéndole comprender hasta qué punto aquello era espantoso.

Se preguntó, aterrado por si la respuesta era afirmativa, si ese adiós iba a ser el momento más triste de su vida. No sería raro. Siempre había sabido que le faltaba algo. Siempre había vivido vacío. Pero no saber qué era lo que echaba de menos lo protegió de la frustración. Ahora no solo sabía qué era, sino que lo había abrazado y atesoraba su risa en el corazón. Sobrevivir a perderlo parecía tan difícil como verla partir.

Aun así, la vio hacerlo. Y aunque olvidó lo que era el equilibrio y la respiración, la esperanza de que diera la vuelta lo mantuvo en pie.

Capítulo 36

Siempre había odiado la autocompasión, y la evitaba en la medida de lo posible porque sabía que, una vez se acostumbrara a ella, se convertiría en su reacción ante cualquier problema. Su objetivo era encontrar soluciones algo más prácticas que detener su vida para ponerse a sollozar. Pero ya no podía ocultarse ni disimular. Sus últimas fuerzas habían muerto en el preciso momento en que dio la espalda a Arian. Dejó de tener motivos para mostrar entereza y se derrumbó. La Venetia de la que ella misma estaba orgullosa había desaparecido junto al niño al que estuvo preparada para amar desde que supo de su existencia. Y de eso hacían ya varios días.

Si le hubieran dicho que su hijo le dolería más en el alma que en la carne, no se lo habría creído. Empezaba a pensar que nunca había crecido en su vientre, sino en su corazón.

—¿De verdad no quieres hablar de ello? —preguntó Audelina. En cuanto se había enterado de su viaje solo de ida a Kent, las Marsden se habían movilizado para hacerle una visita. Todas estaban extrañadas por su repentino cambio de rumbo.

Lady Ashbourne, que no era ninguna estúpida, había sido la que les escribió para comunicarles que su hermana necesitaba apoyo; uno que ella no podía proporcionarle. Las Marsden y la condesa tenían suficiente confianza para reunirse en torno al fuego y jugar a las damas durante toda una tarde, a lo que se habían dedicado hasta que lady Ashbourne decidió darles intimidad, pero Venetia no hablaría delante de su ahora señora por muy maternal que se hubiera mostrado al recibirla en Ashbourne House. Ni tampoco daría explicaciones a sus hermanas.

Ya no servía de nada que contara la verdad. Hablar del pequeño no lo traería de vuelta, y mientras no lo dijera en voz alta, Venetia podría esconderse un poco más de la desgarradora pena. El secreto moriría con ella y con Dorothy, a la que por desgracia no consiguió evitar el mal rato. Cuando la miraba, no sentía que estuviera compartiendo su carga, sino una culpabilidad insoportable. Dorothy la había visto quebrada de dolor, en el momento más terrible de toda su vida. No pudo protegerla de la muerte de su padre, del abandono de su madre y tampoco de la marcha de Clarence... y ahora, tampoco podía ahorrarle el sufrimiento de su propia pérdida.

Nunca olvidaría la forma en que la había mirado al encontrarla en el pasillo.

Nunca olvidaría que lloró todo lo que a Venetia se le atragantaron las lágrimas. Y nunca podría olvidarlo porque, sentada frente a ella, su actitud esquiva se lo estaba recordando.

—Ya sabéis que el señor Varick y yo nunca hemos congeniado del todo —resumió, con la voz cascada—. Además... Le prometí que tarde o temprano nos marcharíamos de Beltown Manor. ¿O habéis olvidado cuál era el trato? Una dama debe hacer respetar su palabra.

—Pero en los últimos meses parecía cómodo con nosotras —replicó Frances.

—¿Cómo no iba a sentirse cómodo con vosotras? Nunca le habéis dado un problema. Yo sí le he hecho pasar malos ratos. Era mejor para ambos que me buscara un trabajo.

—Él también te ha hecho pasar malos ratos a ti —apuntó Rachel.

Venetia quiso salir a defenderlo, pero eso solo echaría más leña al fuego.

—Dejémoslo en que no podemos gustarle a todo el mundo. Él y yo tenemos unos caracteres que chocan demasiado. Incluso si me hubiera quedado, habríamos acabado tirándonos del pelo.

—Pues yo creo que eso es así porque el señor Varick te amaba, y como nunca se había enamorado, no sabía cómo dirigirse a ti.

Venetia dirigió una mirada horrorizada a Florence, que no parecía sorprendida por su propia apreciación. Supo gracias a su tranquilidad que no era la primera vez que lo comentaba en voz alta.

Habría esperado una opinión de ese tipo por parte de la romántica Rachel o de la perspicaz Audelina, pero no de una de las mellizas, y por eso le costó recuperar la compostura.

Se le rompió el corazón al tener que mentir para pasar por encima del tema lo más rápido posible.

—El señor Varick me trataba mal. Ningún caballero trata mal a una dama a la que aprecia.

—Pero el señor Varick no es un caballero —acotó Frances—, es un juglar.

—¡Echo tanto de menos sus cuentos! —suspiró Florence—. Eran increíbles.

—Sí que lo eran —apuntó Rachel—. Es cierto que era un poco bruto, pero eso no quita que supiera actuar como un padre cuando era necesario. Tú no te dabas cuenta, Nesh, pero me consoló varias veces durante las fiestas. Pensaba que nadie me prestaría atención, y él me convenció de no perder la esperanza. También evitó varias peleas entre Chiflada y Chalada...

—¿Chiflada y Chalada? —repitió Venetia.

—En realidad es al revés: Chalada y Chiflada —corrigió Florence con orgullo—. No se le quedaban los nombres, así que decidió ponernos mote. Así nos llama a Frances y a mí.

Venetia se contuvo para no esbozar una sonrisa.

—¿Y os parece bonito?

—¡Pues sí! Hay que ver, Neshia, qué injusta has sido siempre con el señor Varick. Es un hombre muy divertido y generoso.

—Ni que lo digas. Solo tenías que ver cómo trataba a Lottie para saber que es un buen hombre —finalizó Rachel—. Si lo hubieras conocido como nosotras, te habría gustado. Estoy segura.

Si lo hubiera conocido como ellas —superficialmente—, se habría ahorrado mucho dolor. Y sin embargo, una parte de ella, por inmensa que fuera su desolación, no conseguía arrepentirse de nada.

Tragó saliva e intentó cambiar de tema. No soportaría una conversación sobre la paternidad y el lado protector de Arian. Había lugares a los que no quería que llegaran sus pensamientos, y uno de ellos era lo que podría haber sido. Otro que la torturaba con esa misma asiduidad era cómo estaría viviendo él la pérdida. Le partía el alma pensar que pudiera no importarle, pero que estuviera padeciendo lo mismo que ella era lo que no la dejaba dormir. Y esa segunda posibilidad era por la que se decantaba. Lo conocía lo suficiente para saber que estaría flagelándose, y no la abandonaba la sensación de que lo había abandonado cuando más la necesitaba.

Desde luego, ella sí lo necesitaba a él... y se había dado cuenta demasiado tarde, pero incluso si regresara no hallaría el valor para enfrentarlo sin sentir que se moría por dentro. Marcharse fue una decisión precipitada, pero también guiada por un impulso de supervivencia, y eso la había hecho necesaria y correcta. Además de que solo Dios sabía cuántos reproches podrían esperarla en Beltown Manor.

¿Y si Arian pensaba que era su culpa? ¿Y si... lo había matado ella? ¿Y si merecía que la acusara de tal cosa? Solo tenía clara una cosa, y era que Arian no la amaba lo suficiente para encajar la pérdida y seguir adelante como si nada hubiera ocurrido. El bebé había abierto un abismo insalvable entre los dos.

—Reconozco haber sido injusta con el señor Varick algunas veces —aceptó Venetia, una vez asumió que las muchachas no estaban dispuestas a dejarlo correr sin una confesión—, pero os puedo prometer que puse todo de mi parte para llevarnos bien. No tuvimos suerte.

—Vamos, Venetia —interrumpió Audelina con suavidad. Le puso una mano sobre la rodilla, cubierta por un mantón de lana—. No hace falta que finjas con nosotras. Todas aquí estábamos convencidas de que os casaríais.

—¿Cómo? —jadeó, conmocionada.

No se le ocurrió nada mejor para defenderse. Y no tardó, tampoco, en darse cuenta de que no hacía falta que lo hiciese. No la estaban acusando.

—Veíamos cómo os mirabais —explicó Rachel—. Él estaba enamorado de ti.

—Y tú de él —añadió Florence—. Yo no sé nada de amor, pero nunca te había visto tan frustrada.

—Sí, es evidente que no sabes mucho —comentó con ironía—. ¿Estar frustrada es sinónimo de estar enamorada?

—En tu caso, sí —se reafirmó—. Te encanta que te saquen de quicio. Cuando no tienes nada por lo que irritarte, te irritas tú sola. Él te estaba dando las excusas que necesitabas para entretenerte.

—¿Entretenerme? Menuda visión tenéis de vuestra hermana. Por lo visto, soy una histérica por decisión.

—No, solo has estado tan aburrida como nosotras. Unas buscan aventuras, otras leen novelas, y tú te quieres pelear. Tenías mucha frustración dentro y él también; incluso cuando os peleabais os estabais haciendo cierto bien.

—Estar tanto tiempo encerrada afectaría a cualquiera —apuntó Frances.

—Y si tanto odiabais estar encerradas, ¿por qué decís que echáis de menos Beltown Manor? —preguntó Venetia, desesperada por virar a otras materias.

—Verte discutir con Arian era una gran fuente de diversión —rio Florence—. De todas formas, solo lo echamos de menos a él. Se nota que ha vivido en Londres, porque los dos son igual de interesantes.

—Hablemos de eso —propuso Venetia. Se le escapó una nota de desesperación—. ¿Cómo los estáis pasando allí?

—Yo sí echo de menos Beltown Manor en general —habló Dorothy al fin, de carrerilla. Sonó como si llevara toda la tarde esperando el momento oportuno para expresarse—. Me gustaría tanto volver que incluso sueño con ello. Allí están Lottie y Uriel, y los caballos, y... Alban. Echo de menos a Alban.

—¿Al mozo de cuadras? —inquirió Rachel, sorprendida. Dorothy se ruborizó.

—Es mi amigo —se defendió—. Era muy feliz allí, y no sé si quiero... —Su voz se apagó—. No sé si me quiero casar.

Venetia no supo qué decir.

—¿No hay ninguna posibilidad de que regreses? —preguntó Dorothy al fin. La miró a la cara por primera vez desde que se cruzaron en el pasillo.

Venetia comprendió que había hablado de Alban, Uriel y Lottie como excusa para preguntar por su felicidad: por si existía la menor probabilidad de encontrar la paz, la cual ella consideraba que estaba con Arian.

Miró a sus hermanas una a una. Audelina y su melena insostenible, siempre peleada con las decenas de horquillas que usaba para contenerla; Frances y su cuello de reina orgullosa; Florence con la carita llena de pecas; Rachel y sus ojos tristes...

Dorothy se miraba las delicadas manos blancas.

Cómo echaba de menos a Brenda, que ya había empezado a buscarse la vida y no tenía tiempo que perder haciendo viajes innecesarios a Ashford. Si estuviera allí, habría desviado el tema a su futuro, y entonces Venetia habría estado a salvo de preguntas que no sabía ni quería responder.

Acabó suspirando, rendida.

—Tenéis razón. Lo amo. Y él... quizá él me amara a mí. Pero hay obstáculos que el amor no puede salvar, y heridas que no sabe curar.

—El amor es algo maravilloso —replicó Rachel. Venetia cabeceó.

—...y aun así, son muchos los factores que han de equilibrarse para que una pareja llegue a buen puerto. Lo comprenderéis si tenéis la suerte —o corréis el riesgo— de casaros con alguien a quien améis.

—A mí me gustaría —confesó Rachel, en voz baja.

—Y a mí. Debe ser la mayor aventura que existe —dijo Frances—. Pero no creo que suceda. Joseph Perry no despierta mariposas en mi estómago; en todo caso un desagradable picor en la garganta que me avisa de que voy a vomitar.

Venetia también tenía ganas de vomitar. No sabía por cuánto tiempo más podría estar visible. El mareo no era nada comparado con la alarmante sensación de que rompería a llorar en cualquier momento, pero tampoco se veía capaz de soportar las náuseas. Su cuerpo tenía una manera muy irónica y perversa de recordarle que, por unos pocos meses, habían sido dos individuos viviendo en uno solo. Como si no lo tuviera presente.

Su bebé...

Tuvo que cerrar los ojos para que no vieran que se inundaban de lágrimas de impotencia. Por suerte, ninguna se dio cuenta de que la atenazaba el sentimiento. Como si no hubiera hecho una cruda confesión, las jóvenes se enzarzaron en una alegre discusión sobre la opinión que le merecían sus pretendientes. Frances y Florence se desahogaron utilizando toda clase de insultos para burlarse de su calvicie, cojera y dentadura respectivamente; Rachel escuchaba con una sonrisa melancólica, e intervenía solo a veces para quejarse de sus desprecios. Era injusto que lo hicieran delante de alguien que había perdido el interés de su pretendiente. Solo Audelina arrojó un poco de luz al tema del matrimonio, anunciando que Polly Lovelace era perfecto para ella: ambos compartían aficiones —la lectura y la naturaleza—, eran de temperamento dócil y mantenían una agradable amistad que no dudaba que durase para siempre, incluso si no recibía una propuesta... que, de todos modos, ya había recibido.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó Venetia, recuperando la ilusión por un instante.

—E injusto —suspiró Rachel—. La que menos interés ha demostrado es la

primera que se casa.

—Ya te llegará a ti —prometió Audelina, conciliadora—. Tienes toda la temporada por delante. Eres joven y muy bonita. Los deslumbrarás.

—Si eso fuera así, habría deslumbrado a Michael Linton.

—Ese idiota interpretó tu timidez con una fantasía morbosa. No era para ti.

—Eso es —exclamó Frances, que siempre debía estar de acuerdo con Florence—. Encontrarás a alguien mejor.

Rachel no lo tenía tan claro, pero compartía con Venetia esa obsesión por no aguar la fiesta a sus hermanas y actuar como si nada la alterase. Asintió, con una sonrisa escueta, y dirigió la atención a las mellizas.

—¿Tú vendrás? —le preguntó Frances a Venetia—. ¿Participarás en la temporada ahora que has dejado Beltown Manor?

Venetia reprimió un escalofrío. Solo de pensar en volver a exponerse, y más con su estado anímico, le daban ganas de esconderse debajo de las sábanas.

—Solo si milady acepta las invitaciones —respondió con prudencia—, cosa que me extrañaría. Ya sabéis que lady Ashbourne es muy campestre.

—Pero a ti te encantaría la ciudad. Aún no han empezado las sesiones del Parlamento y por eso no hay casi nadie, e incluso vacía está tan llena de vida...

—Si acudieras a cualquier evento, no dudes en venir a saludarnos. La casa de Clarence en Knightsbridge es preciosa, y el señor Davenport viene a visitarnos con mucha frecuencia. Igual que el capitán Foster —bufó Florence—. Ojalá Cassidy fuera mi pretendiente. Aunque sea aburrido, por lo menos no me mira con ojos libidinosos... y conserva todos los dientes.

Así fue como regresaron al tema principal. Pretendientes y sus imperdonables defectos. Las mellizas podían ser muy crueles cuando se lo proponían, pero también tan hilarantes que ni Rachel o Audelina, conocidas por su prudencia, podían contener las carcajadas. En cuanto a Dorothy, se la notaba incómoda y ansiosa por hacer sus aportaciones, pero parecía que no era el lugar ni el momento. Así pasaron el resto de la tarde hasta que llegó la hora de irse.

Para cuando Venetia despidió a sus hermanas, estaba tan emocionalmente exhausta que había aceptado con resignación su futuro próximo: pasaría la noche tendida en la cama con una vela encendida, pensando en lo llenos que estuvieron su cama y su vientre la última vez que tuvo la esperanza de que todo saldría bien. No podía apartar de su pensamiento esa última noche de amor que Arian y ella compartieron, cuando incluso barajaron los nombres que pondrían al pequeño.

No sabía si aprendería a vivir con ello; con la responsabilidad de no permitir que un bello recuerdo y lo que podría haber sido la aplastasen bajo su pesada sombra. De lo que sí estaba convencida era de que no se sobrepondría si, durante

el proceso, también había perdido a su hermana. Por eso, antes de que marcharan al carruaje, y aprovechando que las otras cuatro se despedían con efusividad de lady Ashbourne, Venetia abordó a la silenciosa Dorothy.

—Dorothy —musitó—. ¿Estás bien?

Ella asintió sin apartar los ojos del suelo.

—Dorothy, por favor, mírame —rogó—. Yo... Sé que... No deberías haber estado presente. No deberías haber descubierto... —Cogió aire—. Siento en el alma que tengas que cargar con lo que viste. Si pudiera, lo cambiaría. Pero no puedo hacer nada, y sabe Dios que aún no puedo mortificarme por lo que me llevó a esa situación. Sé que he de avergonzarme por haber dado la espalda a todos los principios que he intentado transmitirte, pero me es imposible. Amaba a esa criatura —sollozó—, y fuera un error o no... Era mía. Era nuestra.

Decidió sellar los labios cuando el aliento se le entrecortó.

—¿Qué estás diciendo, Neshia? ¿Crees que me has decepcionado, o que me avergüenzo de ti? —susurró Dorothy, horrorizada. La miraba con los ojos muy abiertos.

—No me has dirigido una sola mirada en toda la tarde.

—Porque verte me duele. Porque me siento culpable —confesó, ahogada.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No pude hacer nada por ti. Te vi sufrir, y te veo sufrir ahora, y... Me siento impotente.

—Dorothy...

La benjamina se mordió el labio para mantener a raya un sollozo.

—¿De verdad esa ha sido tu primera conclusión; que me avergüenzo de ti? ¿Por qué crees que todo el mundo te juzga? ¿Porque Brenda lo hizo? ¿Porque la gente que no te conoce y dedica su vida a eso... lo hace? Yo te quiero —afirmó, con una mano sobre el pecho—. Audi también. Y Rachel y las mellizas. Incluso Brenda, a su retorcida manera. Tú eres la única que no lo hace.

»No tienes que mentirnos ni sentir que nos decepcionas. Claro que me asusté cuando te encontré, y ahora, si lo pienso... me cuesta no derrumbarme. Pero lo que pienso de ti no tiene nada que ver con tu vergüenza, sino con la mía.

No supo qué decir, pero tampoco tuvo que hacerlo. En la oscuridad, Dorothy se arrojó a sus brazos y todas las palabras sobraron.

Venetia se quedó sin respiración un segundo. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no romper a llorar.

—Regresemos a Beltown Manor —pidió, temblorosa—. Yo soy feliz allí. Y tú también lo serás... porque ya lo fuiste una vez. No te es del todo desconocida la sensación, ¿verdad?

Venetia cerró los ojos.

—Claro que no. A pesar de todos los agridulces, creo que mis mayores alegrías han sido junto a él... y teniéndoos a vosotras cerca para apoyarme. Pero aún estoy asimilándolo todo. Es demasiado para mí. Han sido muchas emociones concentradas en muy poco tiempo, y hasta hace unos meses yo vivía sin aspiraciones. Además...

»Yo lo quería, ¿entiendes?

—¿Ya no estás enamorada de él?

—No hablo de Arian. A él lo amaré toda mi vida. Es... —Pegó la barbilla al delicado hombro de su hermana—. Es el bebé. Era mi bebé, Dorothy. —Se estremeció—. Y no solo eso. Era mi oportunidad de ser feliz. Lo único que habría hecho que viera mi condición con buenos ojos. Lo que me habría convencido de que este era mi destino, y que era mucho mejor que la gloria que pudiera haber alcanzado si hubiera permanecido digna y virtuosa.

Dorothy se separó para mirarla con seriedad. Su expresión no era la de una muchacha de quince años, sino la de una joven adulta. Le aterrorizó pensar que ella pudiera haberle arrancado la inocencia; que el episodio en el pasillo la hubiese marcado hasta tal punto que nunca volviera a ser la misma. Se había torturado con ello durante el viaje en el landó hasta que sus caminos se separaron.

—Aún eres digna —dijo con seguridad—. ¿No te das cuenta de que nadie te ve así excepto tú y una sociedad con la que ya no tienes que lidiar? El bebé te habría dado amor, pero no te habría convertido en nada salvo en una madre perfecta. Y a Arian en un buen padre.

Venetia intentó tragar saliva.

Un buen padre.

—¿Crees que sufre por mí? ¿Y por él?

—Era tan hijo tuyo como suyo —susurró—, y no es ningún monstruo. Creo que...

Supo que no le gustaría lo que iba a decirle antes de que se cortara a sí misma.

—¿Qué?

Dorothy se mordió el interior de la mejilla.

—Puede que no sepa de lo que hablo. No sé cómo se siente perder a un niño, pero... Marchándote así solo os habéis hecho más daño.

—Lo único que hemos hecho ha sido avergonzarnos mutuamente por ser quienes somos, y por sentir como sentimos. Le estaba haciendo un favor.

—Yo no estaría tan segura de eso, Nesha. No dudo que haya sido difícil que encajéis: he visto cómo discutíais. Pero no podemos evitar amar a quien amamos —musitó, con la mirada perdida en el suelo—. Incluso si parece... inadecuado. O

imposible. No puede serlo cuando se siente tan bien.

Venetia sonrió con amargura. Imposible habría sido que lo hubiese descrito mejor.

—A lo mejor no ahora —continuó su hermana, hinchando el pecho con renovado optimismo—, pero algún día será posible. Ya lo verás.

Capítulo 37

Se había prometido que no haría nada antes de tiempo. Respetaría su decisión durante un mes completo, y si no regresaba entonces, tomaría cartas en el asunto. Pero no había contado con que no podría hacer que los días pasaran más rápido, ni con que el calendario anglicano que había encargado en la librería por unos peniques le daría unas tremendas ganas de agujerear el mes de marzo.

Solo tenía que esperar una semana. Siete días y entonces podría montar a lomos de un caballo para hacerle una visita a lady Ashbourne. Las cosas no iban a quedarse así. Entendía que hubiera querido lidiar a solas con la pérdida, pero él no estaba preparado para pasar por ciertas situaciones sin compañía. No terminaba de asimilar lo que había pasado y nunca encajaría ese golpe si Venetia no estaba a su lado.

Se levantó, una vez más sobrepasado por el protagonismo que cobraban sus pensamientos pesimistas, y se dirigió al recibidor con la mandíbula desencajada y el calendario destrozado en el puño cerrado.

—Bowler —llamó, crispado—. Voy a salir.

—¿A dónde, milord?

—¿Le está permitido cuestionarme?

Por primera vez desde que se conocían, el mayordomo no hizo ninguna aportación punzante. Arian tardó en darse cuenta de que la esperaba; estaba tan sumido en sus pensamientos que no reparaba en lo que sucedía a su alrededor. Pero el silencio pronto le chirrió en los oídos y se tuvo que girar hacia él, no tan extrañado como irritado.

—¿No contesta?

Bowler le sostuvo la mirada.

—No creo que esté de humor para una respuesta, milord.

—¿Y desde cuándo le importa eso a la hora de soltar una de sus impertinencias?

El mayordomo ni siquiera pestañeó.

—Estoy tan sorprendido como usted, milord.

Arian se quedó inmóvil un segundo. Luego avanzó hacia él, con aire conspirador, y escrutó su inexpresivo semblante en busca de un amago de burla. No, no estaba de humor para ironías; lo sabía porque le bastaría con una para enzarzarse en una pelea con alguien. Había sido víctima de la rabia en su estado más puro, de la frustración que trastocaba la mente de los prudentes, pero la

sensación que había ensombrecido sus últimos días no tenía nada que ver con ninguna de sus emociones habituales. Era tristeza. Tristeza de verdad: no la melancolía por lo que nunca tuvo, ni el desprecio hacia los que lo tenían, sino el dolor intenso de haber perdido algo para lo que no existía reemplazo.

—Teniendo en cuenta que la razón de nuestra enemistad siempre ha sido milady, hoy más que nunca tiene motivos para ir a por mí, Bowler —acotó, sin mirarlo—. Se arrepentirá de no haberlos aprovechado.

Antes de que empujara el portón de entrada y saliera, el mayordomo lo detuvo.

—Teniendo en cuenta que milady es una mujer hecha y derecha que sabe lo que se hace, nunca he tenido motivos para ir a por usted. Pero tampoco me arrepentiré. Si no lo hubiera irritado en ocasiones anteriores, quizá no me hubiese dado cuenta de que es usted un buen hombre.

Arian se detuvo abruptamente bajo el umbral. Dio la vuelta muy despacio, como si estuviera seguro de que detrás lo esperaba un fantasma.

—Si esta es una de sus ironías, Bowler, no espere que se la devuelva tan bien como acostumbro.

—Con todo mi respeto, milord, usted nunca me las devuelve tan bien como yo las lanzo.

Una voz femenina se infiltró en su pensamiento, trastocando su eje. «No te recomiendo empezar un reproche con la muletilla «con el debido respeto». Te hace sonar más cínico de lo que ya eres».

Parafraseó a Venetia para arrancar un ligero rastro de expresión en el rostro de Bowler.

—Haré que le preparen los caballos —concluyó el criado.

—A no ser que pretenda hacer que me los preparen para la cena, no se preocupe. Sé cómo ensillar a un animal yo solito.

—Por supuesto, milord, usted sabe hacerlo todo de maravilla. Por eso tiene treinta criados.

—¿Está insinuando que debo organizar una sesión de despidos?

—Estoy insinuando lo que llevo insinuando desde que puso un pie aquí: que es usted un conde, le guste o no.

No le gustaba ser un conde sin Venetia. No le gustaba ser un conde alejado de su Londres natal, donde sus hermanos desembarcaban, hacían números y perseguían malhechores. No le gustaba ser un conde porque le habían mentido: ni el título ni el dinero significarían poder mientras no le diera el que necesitaba para devolver una vida, una ilusión y deshacerse de la desolación que lo embargaba.

—Me está costando verle los aspectos positivos, Bowler, pero estoy

empezando a acostumbrarme.

Unos veinte minutos después, Arian cabalgaba hacia el noroeste de Inglaterra en busca de respuestas. Si Cassidy había conseguido enseñarle algo, ese era su método de actuación ante una situación máxima tensión: entre un montón de problemas, debía seleccionar el que tenía solución y hacer todo lo posible por aplicarla. Regodearse en casa pensando en imposibles no serviría para nada, decía siempre. Y era cierto. Por eso se dirigía a Lancashire, donde su corazón le decía que estaba una de las personas que podían poner un poco de orden en sus tormentosos pensamientos.

La mansión de los marqueses de Kinsale se encontraba en las inmediaciones del condado, oculta entre unos jardines laberínticos que la hacían parecer una de esas casas encantadas que mencionaba en sus historias. Aunque algunas enredaderas trepaban por la zona trasera, en la que Arian desmontó como si temiera que lo viesan, la piedra blanca del imponente edificio se conservaba en perfecto estado. Si hubiera sabido de arquitectura solo la mitad de lo que fardaba Fox, habría comprendido que era la obra paradigmática del neoclasicismo, y al igual que el exterior, el interior fue reformado y amueblado siguiendo un estilo jacobita y macizo. Arian no estuvo mucho tiempo en el magnífico recibidor: el mayordomo, que no era en absoluto taimado como el suyo, lo avisó de que lady Marian de Lancaster estaba entretenida con sus labores de jardinería.

El corazón se le encogió ridículamente al ser consciente de que había atravesado el condado para ir a ver a una desconocida que clamaba ser su madre... y con la que, sin embargo, estaba ansioso por hablar. Prefirió que presentarse él mismo en lugar de pedir que anunciaran su llegada.

La sorprendió arrodillada ante las rosas del jardín. Llevaba un sombrero de ala ancha, unas tijeras de podar y unos gruesos guantes. Arian pensó en darse la vuelta y marcharse antes de que ella lo interceptara, pero al escuchar la canción que tarareaba para sí, no hubo vuelta atrás. No quiso detenerse a pensar por qué esa melodía que no había oído nunca le resultaba familiar, ni tampoco por qué el peso de un dolor agudo se insertaba en su pecho. Hizo lo que pudo para cortarlo de raíz: detenerse a su lado y carraspear de la forma más descortés que pudo.

—Max, querido, es probable que estemos ante el primer y último día soleado de 1851. Haz el favor de no tapármelo, ni a mí ni a mis rosas.

Al ver que Max no obedecía, Marian levantó la cabeza hacia él. Su sonrisa ligera se desvaneció enseguida, pero Arian no pensó ni por un segundo que su presencia fuera un estorbo. Inesperada, quizá, pero no desagradable. Los ojos de la dama brillaron igual que si le acabaran de prometer miles de millones de días tan soleados como ese, y se puso de pie a trompicones. Arian la ayudó antes de que se tropezara con la falda. Se sintió extraño al tocarla y sentirla tan frágil. En

sus recuerdos, su madre era algo sólido y firme. Pero eso era porque, en sus recuerdos, él aún era un niño. Y había llovido mucho desde entonces.

Tragó saliva. Quiso decir que no estaba de humor para sentimentalismos, pero él mismo notaba un nudo en la garganta.

—Has venido —balbuceó ella—. ¿Por qué has venido?

—Creo que nos quedó una conversación pendiente. Parece ser que es usted tan egocéntrica como yo: la última vez no paró de parlotear sobre su pasado y no mencionó en ningún momento a mi padre. —Levantó la barbilla hacia el cielo y se quedó observando las esponjosas nubes. Nunca le turbó tanto decir la verdad como cuando confesó—: Y si soy del todo sincero, ahora mismo necesito a una madre.

Lady Kinsale se sacó un guante antes de acariciarle la mejilla con los dedos. El roce se sintió tan terriblemente cálido que Arian no pudo mantener la pose. Desvió la mirada hacia ella, hacia esa mujer que se había presentado altiva y lejana en su casa para no levantar sospechas, y cuyo rostro brillaba ahora con la emoción apasionada de una actriz trágica. Arian no supo qué decir, y no tuvo que hacerlo: ella soltó las tijeras y lo abrazó.

Arian se tensó. No podía reconocer a su madre en esa figura tan delicada. Pero si bien sus brazos eran del todo desconocidos, ese olor a fresco a lavanda y jabón que lo había parado ante las perfumerías en todos sus paseos por Bond Street, estaba tan ligado unido a ella que se estremeció.

¿Por qué demonios iba a tenerle rencor? ¿Por qué no iba a abrazarla de vuelta? Él no entendía nada de protocolo y necesitaba ese cariño. Siempre lo había necesitado.

—Lo siento —balbuceó ella, separándose a regañadientes. Se limpió las lágrimas con los dedos—. Estaba convencida de que nunca más volvería a verte, y perder a un hijo por segunda vez puede ser desolador.

Arian odió identificarse con su comentario.

—No sé lo que es perder a un hijo dos veces, pero sé cómo se siente perder a uno y a la persona que amas casi a la vez —confesó en voz baja—. Nunca he sido especialmente empático. Aun así, ni yo soy tan insensible como para ignorarte después de haber estado en tu lugar.

Marian lo observaba con los ojos muy abiertos.

—¿Qué ha ocurrido?

Arian se tomó un segundo para contestar.

—No lo sé. A veces pasan tantas cosas en tan poco tiempo que ya no tienes ni idea de por qué estás llorando, si por aquello que ocurrió, o por lo que sucedió después, o por la persona que te dejó, o por lo que perdiste...

Ella asintió, comprensiva. Se sacó el otro guante y se colgó el sombrero a la

espalda, con la cinta bien atada al cuello. Echó un breve y silencioso vistazo alrededor; el sol arrancaba destellos a los podados arbustos, a las resedas, clemátides y rosas que crecían en los primeros días de primavera.

—¿Por qué no damos un paseo? Quizá el paisaje te inspira a separar lo que duele de lo que simplemente te preocupa.

Dudoso, Arian ofreció su brazo como Venetia le había enseñado.

—¿Qué diferencia hay entre una cosa y otra?

—Que lo que nos duele no tiene solución, solo existen formas de afrontarlo. Las preocupaciones, por otro lado, casi siempre pueden solventarse. ¿Estás en alguna situación que no puedas cambiar?

—Sí. —La miró de reojo—. No puedo cambiar que nos separaran. Ni tampoco lo entiendo.

Marián suspiró.

—Pero ese es un dolor que me corresponde a mí como madre. Tú no sientes la misma emoción al verme que a mí me atraviesa al verte a ti, y es normal. Apenas me recuerdas. Deja que yo lidie con eso.

»En cuanto a tu falta de comprensión, se debe a los huecos en la historia que te conté. No te hablé de tu padre porque no me diste tiempo.

—Era lo último que esperaba oír en ese momento —se defendió—. Ni siquiera estoy seguro de saber si quiero escucharlo ahora. Solo sé que no voy a estar tranquilo si, conociendo a mi madre, sabiendo dónde está y cómo es su cara, decido fingir que no existe. Sobre todo cuando ella no me hizo nada.

—Te lo hice. Fui egoísta. Quería tenerte solo conmigo. Quebré el pacto con mi padre.

Arian esbozó una sonrisa amarga.

—Nadie ha querido tenerme nunca consigo; lo que me estás diciendo me halaga mucho más de lo que me molesta. Eres la única que se tomó tantas molestias.

—Aun así, si no lo hubiera hecho, tú no...

—No habría sido tan miserable. Lo sé. Pero al igual que tú has dicho, deja que con eso lidie yo solo; soy al que le tocó vivir esa experiencia, a fin de cuentas.

Marian guardó silencio unos segundos. Rodearon una hermosa fuente de piedra blanca, decorada con un par de esculturas de querubines desnudos. Arian la observó sin interés hasta que se atrevió a preguntar:

—¿Mi abuelo me despreció porque era un simple malnacido, o se escudaba en alguna razón?

—Según él, el hombre con el que me casé en Gretna Green no era el más apropiado para mí.

—¿Era pobre?

—No. Era barón. Pero su familia y la mía llevaban enemistadas muchísimos años por motivos económicos. Por eso tuvimos que huir.

—¿Motivos económicos?

—El abuelo de mi padre estafó al abuelo del suyo, y una generación después, jugando a las cartas en el casino, su abuelo se llevó todo el dinero del mío. La estafa inicial supuso una gran conmoción porque antes de eso, las familias eran muy cercanas. Podría haberme casado con Varick por recomendación de mis propios padres de no haber sido por esa traición.

Arian dejó de caminar.

—¿Varick?

Ella lo miró con cariño.

—Así se llamaba tu padre. Tu abuelo tuvo que quitarte su apellido para que no te encontraran después de arrancarte de mi lado... y parece que a mi hermano solo se le ocurrió ponerte su nombre para que lo llevaras de alguna manera. No tuviste apellido hasta que enfrentaste a Clarence, ¿no es cierto?

Arian asintió en silencio.

—Me dijo que me llamaba Arian Varick.

—Suená bonito.

»Él te habría querido. Varick, me refiero. Te quería mucho antes de llegar a conocerte. Ni siquiera pudo sostenerte entre sus brazos —musitó, con voz débil.

Arian tragó saliva. La conversación se estaba haciendo demasiado difícil, y él no tardaría en llevárselo a lo personal. Pensó en detenerla y proponer una charla que no hiciera un recorrido por un pasado triste, pero quería saber la verdad. Se había dado cuenta de que esa resignación con la que solía enfrentar la historia de su desestructurada familia solo era una manera de ignorar que le hacía daño no tenerla. Y ahora la tenía. Una historia mejor... y una madre de carne y hueso, aunque fuese cierto lo que decía y no pudiera amarla como ella lo hacía.

Aún.

—Fue a Francia a combatir —contó—. Regresó con una pierna enferma, pero era tan testarudo y orgulloso que no por eso se quedaba en la cama. Aunque se muriera de dolor, nunca lo decía. Había recibido una educación muy reglamentada, y aun así tenía esas salidas salvajes de hombre libre que descolocaban a todo el mundo. Nada le daba miedo y creo que me contagió su temeridad, porque deberían haberme asustado mis sentimientos y sin embargo los usé para escapar de su mano.

»Con él siempre me sentía segura: él lo tenía todo tan claro, estaba tan convencido de cada decisión que tomaba, que era imposible no arrojarse a la aventura. Uno tenía la certeza de que saldría bien.

Marian se detuvo bajo las ramas de un roble y le sonrió.

—No era tan guapo como tú, pero tienes sus líneas faciales. La nariz recta, la forma de la mandíbula... —La trazó con el dedo índice. Arian se lo permitió—. Has heredado la corpulencia de él, de eso no me cabe duda. Y tienes su misma sonrisa. Incluso si no me hubieras dicho tu nombre, habría sabido de quién eras cuando me sonreíste en el recibidor. A él también se le notaba cuando sonreía a alguien por obligación. Lo hacía casi todo el tiempo porque detestaba el ambiente de las grandes fiestas. Siempre que podía, se escabullía.

Arian exhaló el aire en una especie de risa desganada. Debería estar batiendo las palmas porque su padre hubiera sido un buen hombre, pero lo único que sentía era que se le estaba rompiendo más el corazón.

—Nos parecemos más de lo que pensaba.

—También era... —Se mordió el labio—. Lo siento. No te puedes ni imaginar cuánto tiempo hace de la última vez que pude hablar de él. Llevo años actuando como si nunca hubiera existido, y más de una vez he pensado que fue fruto de mi imaginación. Verte supuso una conmoción porque ya no cabe la menor duda de que todo eso sucedió. Es un alivio y una maldición al mismo tiempo.

—¿Nadie sabe que te casaste con él?

—No. Mi padre me obligó a guardar el secreto. Solo hablé de Varick con mi segundo marido y con Norbert en su lecho de muerte. La noche que murió me dijo que te hizo pasar por su bastardo, el suyo y el de una joven francesa. A mí me llamaban «la Francesa» cuando era joven por mi parecido a una actriz de allí... —Sonrió, nostálgica—, y también me confesó que ni siquiera sabía con quién me casé. Ahí fue cuando se lo conté todo. A pesar de tenerle la misma animadversión a la familia de Varick que mi padre, me apretó la mano y después se fue.

Arian apretó la mandíbula. Dudaba que algún día pudiera superar haber dedicado todas sus fuerzas a odiar a alguien que, en realidad, no era en absoluto detestable. Poco a poco iba haciéndose a la idea de que había vivido treinta años engañado. Y poco a poco se reconciliaba con una parte de él que no conocía, pero siempre estuvo ahí.

—Hablaste de él con tu segundo marido —repitió—. Ese con el que tu padre te obligó a casarte. ¿Fue bueno contigo?

Marian suspiró.

—Tuve que contárselo porque no permití que me tocara hasta cinco años después de casarnos. Él siempre se mostró comprensivo. Sabía que mi padre era un desgraciado y creo que por eso nunca llegó a amarme: porque compadecía mi situación, y siempre he pensado que no puedes querer a alguien que solo te despierta lástima. Pero aunque no me quisiera, me respetó y cuidó de mí hasta el

final de sus días.

—Me alegro —dijo Arian. Le sorprendió decirlo de todo corazón, y no porque fuera lo que se comentaba en esos casos.

Detuvieron la caminata en un pequeño banco de piedra, coloreado con distintos tipos de plantas trepaderas y rodeado, además de por el sendero de tierra, de brotes de crestas de gallo y resedas. Cuando Marian se giró y sus miradas coincidieron un instante, Arian sintió que las absurdas barreras que había levantado para distanciarse de ella cedían, y una breve pero intensa sensación de pertenencia lo sacudía. Ella debió de darse cuenta, porque estiró la mano y volvió a acariciar su mejilla rasposa. A pesar de sus reticencias, Arian la cogió por la muñeca para guiar sus dedos.

No podía engañarse a sí mismo. Llevaba toda la vida esperando una muestra de cariño de alguien que lo amara, y ella estaba allí para hacerlo. Ya le habían negado por demasiado tiempo esa necesidad primaria; no iba a negársela él a sí mismo, y menos en unos días tan oscuros como aquellos.

—¿Es tu amante, mamá?

Marian miró por encima del hombro de Arian y después ladeó la cabeza, como si acabara de recordar que la voz infantil que acababa de interrumpir no podría asomarse por la espalda de un hombre tan alto. Una sonrisa maternal se dibujó en sus labios, y Arian sintió que una punzada de celos pinchaba la burbuja en la que habían estado inmersos.

—Claro que no, cariño.

—Si es tu amante, no pasa nada. Maximus tiene muchas y dice que yo también las tendré. Dice que es ley de vida.

Marian soltó una carcajada.

—Voy a tener que intercambiar unas palabritas con tu hermano mayor. Te prohíbo que lo escuches cuando habla, por muy descortés que suene.

Arian se dio la vuelta sin ocultar su desorientación. Se sorprendió al toparse con los enormes ojos claros de un crío. Iba vestido y peinado como un pequeño príncipe. Las mejillas llenas y coloradas eran el símbolo más representativo de que nadaba en la abundancia; de que era la clase de niño mimado que él había odiado toda su vida por tener lo que le faltaba. Pero a ese en particular no pudo odiarlo, porque no lo miraba con desprecio, sino con una curiosidad incluso cómica.

—¡Qué señor tan alto! —exclamó, emocionado—. Si levantas el brazo, ¿puedes tocar el cielo?

Arian pestañeó una vez. Dirigió una mirada desconcertada a Marian, que aunque no parecía controlar la situación mucho más que él, por lo menos parecía menos incómoda.

—Este es mi hijo Nicholas. Nicholas... Este es Arian, tu primo.

«Tu primo».

Algo dentro de él se quebró irremediablemente.

No pudo contenerse: el sentimiento de traición se hizo tan grande que miró a su madre con la cara desencajada. Ella se dio cuenta enseguida y se apresuró a mandar a Nicholas a jugar lejos de allí, pero para ese momento, Arian ya se había concienciado de que no iba a encontrar en Kinsale House lo que había ido a buscar. Sin dedicar un saludo ni una despedida al niño, y sintiéndose terrible por ello, rehizo sus pasos con prisa y un nudo en el pecho.

No tenía una madre. Nunca tendría una madre. Lo máximo a lo que podría aspirar, era a una tía, porque a ojos del mundo siempre sería un bastardo. Y la opinión del mundo nunca le había importado, pero pensar en tener que vivir con la pose también en la intimidad era descorazonador.

—¡Arian!

Se dio la vuelta de golpe, obligando a lady Kinsale a detenerse de forma súbita para no chocar con él. Respiraba entrecortadamente.

—¿Por qué te has ido así...?

—¿Por qué viniste a buscarme? —le increpó, muerto de celos. Ella abrió la boca, pero no dijo nada—. Ya tienes una familia. No me necesitas. Y yo tampoco te necesito a ti. Durante todo este tiempo han sido mis hermanos los bastardos los que han cuidado de mí.

Marian frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso? Claro que tengo una familia, pero no tiene nada que ver contigo.

—Exacto. No tiene nada que ver conmigo.

Hizo amago de darse la vuelta, pero Marian lo rodeó y lo detuvo colocándole las manos en el pecho.

—Arian, escúchame...

—Haga el favor de quitarse.

—Tardé seis años en superar que te había perdido. Seis —recalcó, alzando la voz—, y después de buscarte por todas partes sin ningún éxito, me di cuenta de que como siguiera haciéndolo, me perdería también a mí. Me obligaron a casarme, Arian, y se esperaba que cubriera ciertos aspectos de la relación.

Le costó continuar, pero lo hizo con voz temblorosa.

—La primera vez que me quedé embarazada después de ti, hice toda clase de locuras para intentar perderlo. No podía volver a pasar por eso. Pero no hubo forma, y acabé teniendo un niño. Un niño rubio con los ojos grises, igual que tú. No pude acercarme a él hasta que cumplió quince años.

»Creció creyendo que no lo amaba... porque no lo amaba: esa es la verdad,

por terrible que suene. Te amaba a ti y él no significaba para mí más que un reemplazo, uno al que no quería ni mirar. Pasaron quince años hasta que pude dirigirme a Maximus con la calidez que necesita un niño. Y claro que tengo una familia, pero tardé mucho en llegar a ese punto y cuando lo hice fue demasiado tarde, porque me había pasado toda su infancia y adolescencia esperando una que no podría tener. Tu padre no iba a volver y tú tampoco. Así que me resigné. ¿Vas a castigarme por eso?

Arian no se movió. No supo qué decir.

—No espero que entiendas cómo me siento esto, pero... Ni siquiera podré llamarte «madre». Vas a ser mi tía para siempre.

—No tiene por qué ser así. Nicholas solo tiene ocho años, es demasiado pequeño para comprender todo esto. Cuando llegue a determinada edad, y si es razonable, se lo diré... igual que se lo contaré a Maximus y a Violet. ¿Crees que a mí los secretos no me ahogan? Los he sufrido mucho más tiempo que tú.

Arian se quedó en silencio un segundo, sobrecogido por el tono cortante que había usado para hablarle. Hasta que no se estiró, no se dio cuenta de que incluso había hundido los hombros después del rapapolvo.

—Menuda regañina —masculló, con la boca pequeña—. Supongo que en algún momento ibas a echarme la bronca, pero si eso es lo que hacen las madres, creo que ya no quiero una.

Marian frunció el ceño al principio, pero en cuanto captó el tono jocoso de su comentario, exhaló todo el aire contenido en un bufido y soltó una risa nerviosa. Con una torpeza en la que no se reconoció, Arian dio un paso vacilante al frente y envolvió a la mujer entre sus brazos.

—No quiero perder nada más —confesó—. Y necesito que me ayudes.

—¿A qué? ¿Qué te hace falta?

—Que evites que sufra lo mismo que tú. No sé si es demasiado tarde... pero tengo que intentar recuperarla.

La expresión de Marian se suavizó.

—Lady Venetia, ¿verdad? Dime qué puedo hacer.

Capítulo 38

—¿Estás segura de que no quieres acompañarnos?

Venetia se giró hacia lady Ashbourne, que la miraba con preocupación. Hizo un esfuerzo por esbozar una sonrisa tranquilizadora y volvió a negar con la cabeza.

—No me gustaría interrumpir de ninguna forma su escapada romántica, milady. Estoy segura de que lord Ashbourne le proporcionará toda la compañía que necesita y más.

La dama no podía rebatir aquello. Como solía pasar con el conde, conocido por su espontaneidad, había decidido y organizado en cuestión de unos minutos un breve viaje a la pequeña casita de campo que alquilaban en Bath. Y, como solía pasar con la condesa, famosa por dejarse seducir por las propuestas de su marido, había aceptado sobre la marcha. Venetia la había estado ayudando con el ligero equipaje.

—¿Y qué harás estos días? Te sentirás muy sola.

—Si milady me da permiso, podría visitar a mi familia en Londres.

—Oh, claro, por supuesto... no me gustaría que te quedaras por aquí, y menos con ese estado de ánimo —apostilló. Venetia ignoró la pulla igual que las últimas veces; lady Ashbourne llevaba tres semanas decidida a sonsacarle qué era lo que la afectaba. Normalmente, la dama se daba por vencida al ver su poca disposición a hablar, pero esa vez no lo dejó correr—. Venetia, querida... ¿Puedo hacer algo por ti?

Esa sencilla pregunta de cinco palabras estuvo a punto de hacerla llorar.

Venetia había acompañado a lady Ashbourne a suficientes eventos, y respaldado durante bastantes incómodas visitas de cortesía, para saber que se mostraba tímida y distante con la gente. Incluso con aquellos que eran de su agrado. No obstante, con su familia era cálida como una madre, y que fuese tan cariñosa con ella solo podía significar que la tenía en gran consideración. La larga amistad que la había unido durante décadas a lord Clarence había servido asimismo para que estrechara lazos con ella. De todas formas, no hacía falta conocerla demasiado para reparar en que algo no andaba bien, y menos cuando no se molestaba en ocultarlo.

Venetia sacudió la cabeza y se miró las manos vacías. Ese era el problema; el vacío. Notaba su vientre vacío. Su corazón vacío. Y la garganta tan atascada que a veces le costaba respirar.

Cuando lady Ashbourne volvió a llamar su atención y tuvo que mirarla a los ojos, se preguntó si ella habría experimentado algo así alguna vez. Estando enamorada de su marido como lo estaba, no le extrañaría que en algún momento hubiera sentido la desazón o el miedo a perderlo.

Se dijo que no tenía derecho a ir como un alma en pena por su casa sin ofrecer una explicación, y se dijo también que ya había huido bastante. Aquella mujer le estaba ofreciendo cobijo y su magnífica amistad, incluso a veces parecía que fuera ella la que le hacía compañía y no a la inversa, y Venetia se creía en el derecho de cortarla cuando quería echarle una mano.

Así que, después de unos segundos en silencio, se decidió a preguntar.

Lady Ashbourne sonrió con un tinte de nostalgia y se sentó en el sillón orejero que había justo frente a ella. La primavera ya había llegado y aun así el fuego ondulaba débilmente en la humilde chimenea de la salita de uso personal.

—Claro que me he sentido así alguna vez —confirmaba.

—Lo imaginaba. Solo el amor causa esos estragos.

—¿El amor? Oh, no. El amor en sí es algo precioso. Lo que duele es estar lejos del ser querido. Lo que duele... es ver que el ser querido está sufriendo y no podemos remediarlo.

Venetia asintió distraída. No se dio cuenta de que sus dedos se acariciaban el vientre.

—¿Por qué decidiste aceptar el empleo? ¿Te enamoraste de alguien imposible?

—Es un hombre imposible, en cierto modo —convino. Una sonrisa melancólica despuntaba en sus labios—. Pero no era imposible para mí. Supongo que la situación lo era. Ha sido mucho tiempo luchando por ver quién cedía de los dos, y al final le cedí tanto terreno que creo que me perdí a mí misma... y muchas otras cosas por el camino.

Lady Ashbourne le dirigió una mirada comprensiva.

—Me imagino el qué. Betty me ha dicho que has estado sangrando. Oh, no pongas esa cara, y no la culpes. La muchacha me lo dijo porque tenemos confianza y quería encontrar una forma de ayudarte. ¿Por qué no te ha visto un médico? Tu salud podría correr peligro.

Venetia intentó no exteriorizar su incomodidad.

—Ya no sangro —respondió con voz queda—. Se ha ido.

Hubo un pequeño silencio.

—Aun así, me gustaría que te viera un médico. El doctor Martin es mi cuñado y vive cerca de aquí. Permíteme que lo haga venir. Dame ese gusto. Estás pálida y te cuesta retener la comida en el estómago. Es evidente que no te encuentras bien.

—Mi hermana Audelina siempre dice que los dolores del corazón pueden terminar afectando al físico —apuntó—. La echo de menos. Las echo de menos a todas.

—¿Ese es el único dolor de tu corazón? ¿Echas de menos a tus hermanas?
Venetia cerró los ojos.

—¿Qué sentido tendría echar de menos a un hombre que me ha irritado como nunca nadie lo ha hecho?

—Tendría sentido si fuera el mismo hombre que te ha hecho sentir viva en cada una de esas ocasiones. La dualidad de la pareja indicada siempre será exasperante, pero normalmente suele pesar más el lado positivo.

Lady Ashbourne tenía razón. Cuando se metía en la cama cada noche desde su marcha, era incapaz de recordar las discusiones. Y, si lo hacía, era con una tonta sonrisa en los labios. Parecía como si los malos ratos no hubieran existido.

—La distancia, el tiempo y la melancolía pueden convertir el recuerdo más triste en algo hermoso. La memoria es muy traicionera.

—Eso también lo decía tu hermana, ¿no es cierto? —La dama sonrió—. Creo que no le das a tus sentimientos la importancia que tienen, Venetia. Y creo, además, que tampoco le das crédito a los sentimientos de otros por el simple hecho de estar dirigidos a ti. Lo he visto desde que te conocí aquella primera noche que pasaste bajo el techo de Clarence.

»¿Por qué te valoras tan poco? —Ladeó la cabeza, intrigada—. ¿Quién ha decidido lo que vales, y ha puesto el precio tan bajo?

Venetia desvió la mirada.

—He cometido errores imperdonables y he de tenerlos muy presentes.

—Todos hemos cometido errores, y muchos de nosotros nunca nos los perdonaremos, pero no debemos dejar que nos impidan ver todo lo bueno que hemos traído al mundo. Estoy convencida de que lord Arian Varick alababa tus virtudes.

Venetia pestañeó, asombrada.

—¿Cómo sabe que se trata de él?

—Vi cómo te miraba. Es uno de esos hombres que parecen peligrosos, pero en realidad no podrían ser más inofensivos. Casi siempre demuestran su debilidad con sus seres queridos.

Recordó cómo había reaccionado cuando casi lo obligó a que retara a duelo al señor Carstairs, y el dolor en sus ojos al descubrir que sus adorados hermanos, en realidad, no lo eran. Arian le había dicho muchas veces que no sabía cómo había logrado sobrevivir durante tantos años a la fatalidad: Venetia estaba segura de que fue gracias al amor que profesaba a su familia. Un aprecio tan honesto como ese estaba destinado a encender el alma de un hombre y mantenerlo en

calor.

—Lo nuestro es complicado. Yo soy complicada. No sentía que mereciera ser su esposa, pero tampoco podía conformarme con menos. Intentaba dejar atrás mis principios por él, pero al final me daba miedo estar humillándome de nuevo. Y sigo aterrada por el alcance de mis sentimientos, porque por ese hombre he hecho lo que nunca se me habría ocurrido hacer.

—¿Y te arrepientes?

Venetia suspiró.

—No. No puedo. Pero si te traiciona el corazón, ¿qué alternativa queda, si no es obedecer sus exigencias? No tenía otra elección que arrojarme a sus brazos. Era o eso... o morirme de pena.

—Ahí te equivocas. El corazón nunca traiciona. Somos nosotros los que lo traicionamos a él.

—¿A qué te refieres?

—Tal vez esta frase te resulte paradójica, pero el corazón siempre tiene la razón. Si no te arrepientes de nada, incluso si lo harías otra vez, no es un error imperdonable ni un delito. Es lo que debe ser.

Lady Ashbourne se levantó con una ligera sonrisa en los labios.

—Creo que estás en el lugar incorrecto, querida. Y cualquier destino al que te dirijas va a ser el equivocado si huyes del que podría hacerte feliz, sobre todo si ya sabes dónde está. Tal vez no lo fueras en su momento —continuó, con una mano arriba—, pero porque no estabas preparadas para algunas cosas. ¿Por qué no meditas sobre todo esto? La pérdida te ha afectado tanto que te lo ha impedido. Ahora que pareces algo más tranquila, habla contigo. A lo mejor descubres que la que se estaba tratando mal eras tú.

Incluso si hubiera sabido qué decir, a Venetia no le habría dado tiempo a expresarlo. La doncella anunció que el equipaje de la dama estaba listo y que partirían en unos minutos, tan pronto como el conde regresara de la finca y se adecentara para el breve trayecto. Venetia se quedaría sola en la inmensa casa de campo a no ser que quisiera hacer un viaje a la capital. ¿Y quería? ¿Era a sus hermanas a las que necesitaba ver, o necesitaba verlas porque estar con todas ellas le recordaría a cuando vivían en Beltown Manor... con Arian?

Se levantó del sillón con cuidado de no marearse y se dirigió a su habitación. Tenía muy mal cuerpo desde que se marchó de Gateshead, y estaba empezando a pensar que Audelina no se equivocaba: los males del alma terminaban invadiendo hasta partes de uno mismo que no sabía que pudieran doler.

Aguantó las náuseas mientras subía las escaleras y se tendió de costado en la humilde cama de su alcoba. Cerró los ojos y, por un instante, imaginó que Arian estaría allí una vez los abriese. Tendido a su lado. Igual que la noche que

hablaron del bebé. Igual que la noche que llenó su cabello de trenzas, como los antiguos vikingos. Igual que otras tantas noches antes, como aquella en la que le habló de él mismo. De su vida. De su experiencia.

Al volver a abrir los ojos, él no estaba ahí. Pero estaba su baúl de viaje, abierto, con todos los vestidos y ropa interior amontonados. Entre los colores de luto y las telas de los trajes más nuevos, un pedazo de seda roja captó su atención.

Su corazón se aceleró al reconocerlo.

Como si se tratara de un animal salvaje y desconocido al que no convenía enfadar, Venetia se estiró muy lentamente hacia el baúl. Tiró de la tela de su interés, y poco a poco fue revelando un precioso e inapropiado vestido que aún no había besado su piel. Para sacarlo tuvo que desparramar enaguas, pololos y chales sobre la alfombra, pero no le importó.

Se incorporó para admirar entre sus manos el único regalo material que Arian le había hecho. Un regalo con simbolismo.

Su voz se infiltró en sus pensamientos.

«Yo soy ese vestido, mujer. Soy el regalo más indecente que podrías hacerte. Pero si quieres llevarme contigo, hazlo».

Mientras sus ojos se llenaban de lágrimas, una idea fugaz iluminaba sus recuerdos. La idea que él había tratado de transmitirle en vano, igual que Dorothy y ahora lady Ashbourne.

Arian no la veía como ella se veía a sí misma. Él no tenía todos esos prejuicios sobre el amor, la familia, las mujeres... Venía de otro mundo. Uno desgarrador y lleno de miseria, pero con unos valores que no hacían daño a nadie. Al contrario. Pretendía igualar a todo el que viviera en él, porque todos merecían el mismo respeto.

Recordaba haberse tomado ese vestido de cortesana como un insulto. Igual que su propuesta de amor, que le pareció poco más que una reivindicación del valor que tenía para Arian: ninguno. A sus ojos solo era una prostituta. Una cara y de origen noble, pero infame a fin de cuentas. Y en realidad, la única que se estaba faltando el respeto, era ella. Por sus errores. Por su pasado. Uno al que él jamás le había prestado la menor atención.

Acarició con los dedos las mangas de fina seda, el escote en forma de corazón; los escuetos volantes. Era sencillo y precioso. Perfecto. Habrían tenido que arrancárselo a tirones para que se lo quitara si no hubiese sido de ese color tan llamativo.

Venetia dejó de querer ser la reina de la fiesta mucho tiempo atrás. Justo cuando se dio cuenta de que nunca lo sería por razones positivas. Pero si nada hubiera ocurrido, si nadie tuviese motivos para acusarla o señalarla, habría dado

que hablar a todo el mundo vistiendo el regalo de Arian. ¿Qué significaba llevar su regalo cuando ya lo llevaba a él consigo, y en un lugar mucho menos visible pero más peligroso?

Se abrazó al vestido como si en él pudiera encontrar algún rastro de Arian. No era tan ingenua como para creer que poniendo tierra entre los dos conseguiría olvidarlo, pero no habría imaginado que la distancia dolería tanto. No habría imaginado que se arrepentiría tan rápido, ni que todas las noches la atormentaría haberse alejado cuando más lo necesitaba. Nadie mejor que él la habría ayudado a sobrellevar la pérdida del niño, una a la que empezaba a pensar que jamás sobreviviría.

Unos toques a la puerta la sacaron de su ensimismamiento. En lugar de esconder el vestido a toda prisa, se quedó abrazada a él. Apenas se dio cuenta de que lady Ashbourne le dirigía una mirada curiosa antes de centrarse en ella.

—Nos marchamos, querida. El doctor Martin está en camino. Vive a veinte minutos y no tiene nada que hacer, así que llegará esta misma tarde. Y esto... — Sacó la mano de la espalda y enseñó lo que parecía una carta—, ha llegado esta mañana para ti.

Venetia se levantó, sin soltar su traje indecente, y cogió el sobre como si no quisiera dejar sus huellas. Dejó de respirar al leer el nombre del remitente. Después miró a lady Ashbourne con recelo.

—Gracias. —La condesa se estaba dando la vuelta cuando se acordó de añadir—: Buen viaje.

Ella sonrió.

—Confío en que no estarás aquí cuando vuelva. Pero sí espero que al menos me dejes una nota de despedida. Nunca he soportado a los maleducados.

Venetia no supo qué decir. Se había perdido observando el sobre, con el corazón acelerado y la estúpida sensación de que en cualquier momento echaría a volar. En cuanto lady Ashbourne abandonó la estancia, ella se dirigió, vestido en mano, al borde de la cama. Rasgó el sobre y se sorprendió al ver que había dos cartas y una pequeña nota. Sacó el papel más pequeño y tembló, al borde del desmayo, al reconocer la pésima caligrafía de Arian.

«Nunca se me han dado bien las palabras, así que en cuanto pasó una semana desde tu marcha, decidí yamar a Cassidy y a lady Kinsale para que me ayudasen a escribirte algo que no te iciera enfadar. Estuvimos toda la tarde discutiendo por que él no dejaba de rrecortar mis frases y cambiar el significado. He ajuntado la carta que redactamos juntos porque después del mal rato que pasamos hambos, habría sido una falta de respeto mandarla al fuego, pero no me satisfació el resultado y por eso he escrito otra yo. La mía es peor y seguro

que tiene errores. Te recomiendo la de Cass, tiene una caligrafía perfecta: es la que tiene una hesquina marcada con tinta azul».

Sin ningún miramiento, Venetia sacó el papel doblado y marcado de «azul», y lo rasgó por la mitad. Después rescató la carta escrita de su puño y letra y lo desdobló con infinito cuidado, como si se tratara de un documento expedido por la mismísima mano derecha de la reina.

Cogió una gran bocanada de aire antes de leer para sus adentros. Se arrepintió de haber roto la carta de Cassidy; la de Arian estaba llena de tachones, borrones, e incluso la tinta de algunas palabras se había corrido, por no mencionar las terribles faltas ortográficas.

El corazón dejó de latirle cuando leyó la primera línea.

«Te quiero quiero. No puedo decirte otra cosa que esa para que vuelvas.

Salvo que, si lo haces, lo diré todos los días. Lo repetiré tanto que, si te marchas otra vez, será porque estás harta de mí. Me dijiste que te has sacrificado por mí y ahora he visto cuánto y cómo... pero yo también he hecho todo esto por ti. Soy un conde más o menos respetable gracias a tu ayuda, y en parte deseo seguir siéndolo para que tengas lo que te mereces. Lamento en el alma haberte echo pensar que no tengo razones para quererte. Me va a faltar papel para enumerártelas todas y voy a arruinar a Cassidy porque esta es la séptima vez que intento escribir algo decente (y parece que la tinta es muy cara), pero tengo que intentarlo.

Amo que siempre cures las heridas de los demás, se hayan arrastrado por el jardín, caído de un caballo, recibido un puñetazo de su hermano bastardo... o incluso en el caso de que hayan tenido una vida difícil. Esas heridas son tu especialidad.

Amo cómo reivindicas la perfección, como si conseguirla en la forma de colocar un jarrón fuese una obligación de todos: te juro que logras dejar de parecer una tiquismiquis para tener toda la razón, y te juro que no he visto otro milagro que ese.

Amo que defiendas a los demás y a ti misma incluso cuando no creas que lo merezcan; porque eres leal hasta la muerte.

Amo que después de gritarme me quieras un poco más, y que se te rompa el corazón cuando estamos enfadados. Es un consuelo no estar solo en eso, porque a mí me pasaba lo mismo.

Amo que tu sola existencia demuestre que se puede ser más testarudo y orgulloso que yo.

Amo que me hayas hecho capaz de amar todo lo que me irrita de ti, aunque a

veces eso me haya llegado a frustrar tanto que solo veía una solución: sacarte de mi cabeza. Algunas veces lo conseguía. Pero aún no le logrado sacarte de mi corazón. Y estoy convencido de que nunca lo haré.

~~(Quería añadir otras cosas sobre ti, pero Cassidy ha dicho que es una bulgaridad ablar de estas cosas con una dama así qu~~ Si no me salvas de cómo me estoy sintiendo ahora mismo, tendré que ir a salvarme yo mismo, tal y como he hecho desde que tengo uso de razón. Estaré en la taberna de Ashford la noche del cuatro de abril, esperándote hasta que salga el sol. Si no estás hay, o no has vuelto a casa para entonces, tendré que encontrar otra forma de recuperarte. Y esa dudo que sea tan ~~haristoerítica aristoeátrica ariseotrátea mierda~~ ARISTOCRÁTICA como esta.

Tuyo,
Arian Varick
(Sin el lord)».

Capítulo 39

Impaciente, Arian tamborileó los dedos contra la mesa. Echó una mirada rápida alrededor, esperando reconocer un rostro particular entre las caras congestionadas de los bebedores compulsivos del festejo y las parejas que, claramente, se estaban viendo a escondidas. La taberna funcionaba también como posada y no era mucho más sofisticada que aquella en la que contaba historias antes de que Cassidy fuese a buscarlo.

Siempre se había sentido cómodo en esos ambientes, quizá porque solía ser el protagonista gracias a sus relatos jocosos. Sus preferidos eran los basados en hechos reales, o los que él creía que contenían cierta verdad. Como, por ejemplo, la de los bastardos de su parte. «Los Hijos de la Infamia», solía titularlo. Después de haber vaciado medio tonel de cerveza, era capaz de ver su pasado y el de sus hermanos como el mejor de los chistes.

Al final, esa era su habilidad. Ese había sido su trabajo. Divertir a los demás con su miseria. Las risas siempre lo habían reconfortado.

Ahora seguía siendo el protagonista; las miradas de aquellos que no estaban ciegos por el alcohol lo habían perseguido en su rodeo a las mesas.

Llamaba la atención por su atuendo. El traje de un conde.

Si le hubieran dicho unos cuantos meses atrás que iba a hacer su aparición en una taberna con unas botas tan caras, se habría ofendido de gravedad.

Ya no le parecía tan terrible tener dinero. De hecho, lo que llevaba un tiempo pareciéndole terrible, era que no le importase ser un privilegiado. Revisaba la posada con ojo crítico y se preguntaba qué había hecho él para merecer ese salto de clase; por qué se lo merecía más él que ningún otro allí. Y la respuesta le desagradaba tanto como le habría desagradado el año anterior. Porque había nacido del amor entre dos nobles. Eso era suficiente para ser bendecido con un destino superior.

Pero ya se había rendido. Ya no lucharía contra lo que no podía cambiar. Si no había conseguido convencer a la mujer que amaba de que se quedase a su lado, ¿cómo iba a promover una revolución social? ¿Cómo iba a ayudar a todos los barbudos con cicatrices en la cara, hombros hundidos, ojos vidriosos y cansancio existencial que lo observaban como si fuese de otra raza...?

—Tienes un asiento en la Cámara de los Lores —le había recordado Cassidy cuando, el día de la redacción de la carta a Venetia, se quejó en voz alta de su posición—. Eso también lo has heredado de Clarence. La temporada social da

comienzo casi al mismo tiempo que las sesiones parlamentarias, y tú deberás estar allí, calentando la silla. Si tanto te disgusta el funcionamiento del mundo, si quieres de verdad echar una mano, usa tu voz. Siempre has podido gritar en contra, pero ahora te escucharán e incluso tendrán en cuenta tu opinión.

Ese simple recordatorio había conseguido que Arian abrazara su nueva condición, ya sin reservas de ningún tipo. No le gustaba ser mejor que nadie a ojos de la sociedad, pero si eso traía alguna clase de beneficio, era su deber aprovecharlo.

—Sí, me escucharán como al que más cuando vean que confundo «haber» con «a ver» —había refunfuñado, a punto de quebrar la estilográfica—. No me enseñasteis a escribir; me enseñasteis a hacer el ridículo.

—En tres meses no se puede convertir a un hombre en el genio de la escritura. Y da gracias de que conocías más o menos el alfabeto por esos curas que te acogían en la parroquia, o habrías tenido que firmar los documentos con una equis... —Hizo una pausa para mirar por encima de su hombro, ahí donde Arian intentaba averiguar cómo se deletreaba «aristocrática»—. Varick, no puedes escribir «mierda» en una carta formal. Ni siquiera si lo tachas.

—¿Que no? Pues ahora la voy a dejar así.

Lady Kinsale, sentada muy cerca de ellos y ofreciendo sugerencias con un poemario en la mano, soltó una carcajada. Arian empezaba a sentirse cómodo e incluso reconfortado en su compañía, aunque aún se le hacía extraño que lo mirase con ese brillo maternal en los ojos.

—Eres igual de orgulloso que Maximus.

Se hizo un pequeño silencio en el que Arian sostuvo la mirada de su madre.

Su madre.

Sonaba tan... bien.

—Algún día podrías presentarnos —propuso muy despacio, como si tuviera miedo de arrepentirse antes de terminar la frase.

Ella enseñó todos los dientes en una sonrisa idéntica a la de Arian.

—Por supuesto. Cuando desees.

Una mano sobre el hombro lo sacó del reciente recuerdo. Un hombre se había acercado a él por la espalda.

Antes que extrañarse porque le estuviera sonriendo como si lo conociera, Arian se sintió extraño. Estaba acostumbrado a disparar el puño contra todo aquel que lo abordase por donde no pudiera verlo.

—Tú eres Varick, ¿no? —preguntó—. El bastardo Varick. Te vi hace unos siete meses en una taberna de Jermyn Street. No me acuerdo del nombre, creo que se llamaba El Galgo, o algo así, pero recuerdo que me hiciste reír a carcajadas con tu historia.

Arian levantó las cejas.

—¿De veras? ¿Qué historia conté?

—La de los cuatro hijos de Clarence. O «casi» hijos. Casi me meé encima con los problemas de lady Pearl... —Señaló con el pulgar una mesa del fondo—. ¿Por qué no cuentas algo? He venido con unos amigos que no te conocen y estamos hartos aburridos. Esa misma que te digo estaría bien. Era tan buena que no me importaría volver a escucharla. Tienes gracia, Varick. Y parece que te va bien con la comedia, porque mírate... Ibas igual de andrajoso que yo aquella otra vez, y ahora pareces un noble.

Arian acompañó la carcajada del tipo con una de su cosecha. Se reconoció a sí mismo en su humildad, en la barba que no tenía tiempo de rasurar; en las cicatrices de la viruela y el olor a carbón quemado adherido a la chaqueta remendada. Aceptó su cumplido con un asentimiento de cabeza y le dio un toque amistoso en el hombro.

—El problema con esa historia es que ha sufrido modificaciones, y una de las reglas de mi negocio es que no puedo contar algo que ya me han dicho que no es cierto.

—¡No me digas que no era verdad todo eso de los bastardos!

—Algunos sí lo son, pero yo no —le confesó. Se acercó a él con aire enigmático y susurró—: Si te apetece, puedo contarte cómo me enteré de que los cuatro son unos bastardos de la cabeza a los pies, pero Hijos de la Infamia... solo hay tres.

El hombre se llevó una mano al pecho e hizo una reverencia que hizo reír a Arian. Probablemente no supiera que, por su rango, debía hacérsela, y no con ironía.

—Será un honor para mí.

—¿Cómo te llamas?

—Larry.

—Eres un tipo suertudo, Larry —suspiró mientras se ponía en pie—. Estoy retirado del oficio, pero por ti voy a hacer una excepción. Por los viejos tiempos, ¿eh?

Se palmearon la espalda como dos viejos amigos y se condujeron, juntos, a la barra donde podría sentarse para comenzar su relato. Una vez allí, Larry empujó su cerveza hacia él. Arian dio un trago, y sabiendo que tenía la atención de todos sobre él, se tomó unos instantes para saborearla con dramatismo.

—La última vez que la bebí me supo mejor. Será que ahora tengo el paladar más fino. ¿Será algo que viene con eso de ser conde? —inquirió, con una ceja arriba—. ¿A quién le gustaría que le contara la historia del mendigo que se convirtió en príncipe? Os prometo que no es un relato apto para pimpllos. En

este drama biográfico hay espacio para el amor y la guerra, para la derrota, para la traición y para el engaño. Y no puedo prometer un final feliz, pero sí un feliz «continuará»... O quizá un «continuará» a secas. —Escrutó la sala en busca de un rostro conocido—. Todo depende de si el público engorda antes de las doce y nos visita un ángel de ojos verdes.

—¡A mí me vale! —exclamó la tabernera, levantando la bandeja en la que llevaba las cervezas.

Arian brindó por ella en la distancia.

—Muy bien. —Cruzó las piernas y apoyó las manos a su espalda. Sintió pegajosa la superficie bajo la palma, culpa de algunas bebidas derramadas—. Esta historia comienza con un hombre no precisamente excepcional...

Un movimiento captado con el rabillo del ojo lo obligó a interrumpirse. Estiró el cuello enseguida, con la mirada fija en la puerta de acceso. El tiempo y él se congelaron al tiempo que una mujer entraba con la vacilación de los prudentes y la belleza de un atardecer. Su protagonismo se apagó igual que una vela en medio de una tempestad. Porque ella era la primera tempestad de fuego que se mostraba ante los ojos de los mortales. La primera que podía verse venir gracias a un vestido rojo que hizo arder a todos los hombres de la sala.

Arian despegó los labios para decir algo.

—Lamento interrumpirle, señor, pero no estoy de acuerdo con que no sea un hombre excepcional —dijo Venetia en voz alta. Él intentó mantener la compostura como ella le había enseñado tantas veces. Se convenció de que, si estaba allí con ese vestido, era porque iba a darle todo el tiempo del mundo y no ahorraría ningún minuto abalanzándose sobre sus labios sin miramientos.

Carraspeó.

—Tiene razón. La historia comienza con una mujer excepcional.

—¿Su madre? —inquirió ella, mientras se acercaba a paso lento. Arian esperó abriendo y cerrando las manos ansiosamente, con la respiración contenida y el alma en vilo—. Fue la que lo trajo al mundo, a fin de cuentas.

—Esa es una dama de gran importancia, sin duda, pero yo no me refiero a la que le dio la vida, sino la que la dotó de sentido. Sin ella puedo asegurarle, milady, que la historia no habría sido la misma.

—Quizá habría sido aún mejor.

Los ojos de Arian despidieron un brillo especial.

—Ni siquiera deseo imaginármelo.

—Palabras mayores viniendo de un hombre que vive de su imaginación.

A esas alturas, Arian estaba tan desesperado porque ella llegara a él que, de no haber sido porque ya se había mentalizado de que debía mostrarse paciente si aparecía, ya se habría levantado para ir a su lado.

—Vivía de mi imaginación cuando la realidad no me parecía tan interesante. Antes lo veía todo en blanco y negro, y ahora mi color favorito es el rojo.

Venetia se detuvo a un par de mesas para sonreír con timidez.

—Qué casualidad. El mío también.

—Por Dios, mujer, ¿por qué te paras ahí? —exclamó, exasperado—. Ven aquí.

—No queremos robarle el protagonismo, señor. —Se llevó una mano al estómago—. Y desde aquí le vemos mejor que si nos acercáramos un poco más.

Arian abrió la boca para dar una orden que destrozaría la magia del momento, pero no pudo pronunciar ni una palabra. Sus ojos revisaron la figura femenina y se quedaron estancados ahí donde la tripa se abultaba. No era muy notable gracias al vestido, pero la verdad estaba en los ojos verdes de una futura madre llena de ilusión.

«Al infierno con la paciencia».

Se levantó de un salto y fue hacia ella. No se paró a mirar por dónde iba y tropezó con varias sillas y mesas antes de llegar a su altura. Hundió los dedos en su cabello, echándole la cabeza hacia atrás, y la besó desesperadamente. Solo se separó de para seguir repartiendo besos por su cara, su cuello, su pelo... El olor le era tan familiar que se dio cuenta de que no pertenecía a Beltown Manor, ni a los suburbios de Londres, ni a las historias, sino a ese hueco entre su garganta y sus clavículas.

—¿Estás segura? —preguntó sin voz, sin aliento y sin soltarla.

—Me ha reconocido un médico esta tarde. Dice que... lo que me pasó ocurre a las embarazadas con frecuencia, pero que no tiene por qué significar... —Se echó a reír—. Arian... No des un espectáculo aquí en medio, te lo ruego. Bastante lo estoy dando ya con esto puesto.

—¿Por qué te lo has puesto? ¿Qué significa?

—Que estoy decidida a tener un comportamiento inapropiado de vez en cuando... mientras tú mantengas una actitud decente en los momentos que corresponda. —Acarició los volantes del vestido—. Y que me gusta cómo me sienta.

Arian sonrió al ver sus mejillas coloradas.

—¿Y yo? ¿Te gusta cómo te siento yo?

—Como para llevarte siempre, igual que si fueras un talismán.

—Dios... Ya pensé que no vendrías.

—Reconozco que me tentó esperar a ver qué hacías si la prudente medida de la carta no surtía efecto.

—Habría entrado a robar a casa de lady Ashbourne. Ha sido un detalle por tu parte que lo evitaras apareciendo por aquí, o habría acabado en la cárcel. —Su

sonrisa se suavizó hasta casi desaparecer—. No vuelvas a marcharte. Al menos, no porque creas que no te quiero. Os quiero.

Venetia entrelazó los dedos con los que él estiraba hacia su vientre.

—Martin dice que vendrá cuando termine la primavera. ¿Cuál de tus hermanos era la primavera, según la historia?

—No te va a gustar la respuesta a eso.

—Bastian —dedujo. Arian cabeceó—. Supongo que tendré que aprender a perdonarlo. Si hubieras dicho Cassidy o Fox, habría accedido a llamarlo así.

—¿No te gusta cómo suena Bastian?

—¡Eh! —exclamó alguien—. ¿Vas a contarnos una historia, o no?

Arian se giró hacia el tipo con una ceja arqueada. En cuanto lo ubicó, enmarcado entre dos amigos más altos que él, cogió aire y entonó:

—Érase una vez un hombre que dejó de contar historias y se dedicó a crear las suyas. —Le guiñó un ojo—. Fin.

Epílogo

—«Este sábado se inaugura la primavera y la reapertura del teatro Miranda's Grace con una reinterpretación más del Hamlet shakespeariano. Aunque aún no hemos visto a La Duquesa en su papel más dramático, jura estar preparada para tomar el relevo de la inigualable Sarah Siddons como reina de la tragedia: Beatrice Laguardia no decepcionará como lady MacBeth. Asegura que nos enamoraremos de sus lágrimas igual que lo hicimos de su increíble facilidad expresiva para la comedia...» —leyó Dorothy en voz alta. Esbozó una sonrisa divertida y miró a su hermana—. Suena a algo que diría Brenda.

—Eso que dicen de que Dios los pone a todos en su lugar no aplica para las reinas sin corona —comentó Arian, igual de complacido que los que se habían reunido para escuchar las noticias. Hacía un espléndido día de marzo y habían decidido hacer un picnic cerca de la mansión—. Convertirse en la actriz más famosa del momento no ha ayudado a su propósito de ser humilde.

—¿Por qué elegiría ese nombre tan espantoso? —preguntó Venetia, con una mueca—. Beatrice suena bonito, pero... ¿Laguardia? Suena demasiado español. Si quiere igualar a las grandes del siglo diecisiete, y es lo que pretende porque así me lo hizo saber en la última carta, podría haberse puesto algo más británico. Y eso de hacerse apodar «La Duquesa»... —Sacudió la cabeza.

Arian soltó una carcajada que llevaba rato haciéndole cosquillas en el estómago.

—Esa muchacha jamás ha tenido vergüenza, y brindo por ella. Siempre he pensado que, cuanta más cara le echas a la vida, más te va a respetar.

—Eso es algo que te dijo ella misma.

—Aún no está prohibido parafrasear. Solo digo que, si ella ha conseguido tomárselo con humor y hacer comedia al respecto, ¿por qué no reírnos nosotros?

—Porque cuando el duque vuelva de Francia no creo que aprecie la broma.

—El duque tiene un gran sentido del humor. Lo infravaloras —la regañó—. No se puede decir que le haya ido mal, mujer. Si fuera tú, me preocuparía más por tus hermanas solteras. No hay forma de casar a Chalada y Chiflada, y Rachel se está desesperando porque no tiene suerte. Y ya van por la tercera temporada.

—¿Qué significa... terceda tempodada? —repitió un pequeño muchacho. Arian le sonrió con todos los dientes y estiró una mano para revolverle el pelo. Venetia bufó: «¡Cuesta mucho peinarlo! ¡Haz el favor de no chafar el...! Qué importa».

—No sé lo que significa, pero tu madre lo pronuncia como si fuera terrorífico, así que finjo estremecerme cada vez que lo dice y ya he cumplido con mi cometido.

—Tedodífico.

—Eso es. Con tres años ya hablas mejor que tu padre con treinta y tres.

Venetia soltó una carcajada que concluyó con un suspiro.

—«Tercera temporada» significa que se van a quedar solteras y que tu padre va a tener que acogerlas en Beltown Manor.

—Pedo eso es bueno —se quejó—. Yo las quiero y me usta que estén aquí.

—Si él quiere que estén aquí, entonces no nos queda más remedio que mandar un carruaje. ¡Bowler!

El mayordomo rompió filas y se acercó con la mano doblada tras la espalda.

—¿Milord?

—Necesito que prepare los caballos. Vamos ahora mismo a Londres a decirles a las muchachas que no van a casarse porque Milan quiere tener a sus tías cerca. Audelina y Brenda se pueden quedar en vista de que están casadas; una con lord Polly Lovelace y otra con su trabajo como dramaturga.

Bowler ni siquiera pestañeó, solo para dirigir una mirada al pequeño.

No le había gustado la elección de nombre, ni siquiera después de que le explicaran que era una de las pocas ciudades italianas importantes que quedaban por poner de nombre a un pariente con sangre Marsden. Lo que sí le encantaba era regañarlo cada vez que hacía una trastada con su padre, el que lo inspiraba a saltarse las reglas que su madre trataba de inculcarle. Por suerte para todos, y para la gloria de Arian, el niño había salido a Venetia; tenía los ojos verdes, una mata de rizos negros que sería la perdición de las mujeres y ya con tres años cumplía con sus responsabilidades religiosamente. Solo cuando sonreía como un pillo y rompía a llorar por las noches para que le contaran el séptimo cuento por decimoctava vez, uno podía decir que Arian Varick era su padre.

—Si el señorito aprecia en algo mi opinión, espero que me permita decirle que es importante que estudie para ejercitar la memoria; esa que su padre demuestra no tener al olvidar que hace poco estaba desesperado por sacar a esas mismas tías de Gateshead.

—No sea aguafiestas, Bowler.

—Es mi deber decirle algunas cosas, milord. Sabiendo lo poco que le gusta contradecirse... no queremos que se agarre una irritación.

—Una temporada más —decidió Venetia en el momento. Tiró de los pequeños bracitos del joven Varick y lo sentó sobre las faldas de su vestido rojo—. A fin de cuentas, Dorothy aún no ha sido presentada. Tiene que ir a Londres, y ellas intentarlo una última vez. Si no lo consiguen, volverán. Pero quiero que

te asegures de que no se pasan estos meses haciendo el idiota, Arian. Viviendo bajo supervisión de Cassidy no han conseguido nada.

—¿Quieres que vaya yo? No me parece del todo mal. Quiero hacerle una visita a Lottie y no me desagradaría ver a las Marsden, pero este muchacho no te desquicia lo suficiente. ¿Qué harías sin mí?

—¿Por qué no le pides a tu primo Maximus que les eche un ojo? Es un hombre muy serio.

Uriel apareció corriendo colina arriba como alma que llevaba el diablo. Interrumpió la conversación con sus jadeos descontrolados. Al apoyar las manos en las rodillas, el cordoncillo que llevaba atado al pulgar captó la atención del pequeño Milan, que se arrastró para intentar quitársela. El joven lacayo la retiró antes de que eso sucediera. Era un humilde e improvisado anillo que representaba una promesa de matrimonio con la mujer de sus sueños. Los poemas de Shakespeare y otras cuantas historias de Arian habían tenido el resultado esperado.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Por qué vienes corriendo?

—Tiene una visita, milord. El señor Carstairs ha aparecido herido... — jadeaba—, y acompañado por una joven. Dice que necesita verle con urgencia. En sus palabras «es una cuestión de vida o muerte».

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Epílogo](#)

[1] Antiguo nombre que recibía Blancanieves (Snow White). Así lo publicó Edgar Taylor en la primera traducción del cuento de los Grimm.

[2] Tormenta e ímpetu. Movimiento literario alemán de mediados del siglo XVIII.

[3] En japonés: juego de cartas cantado.